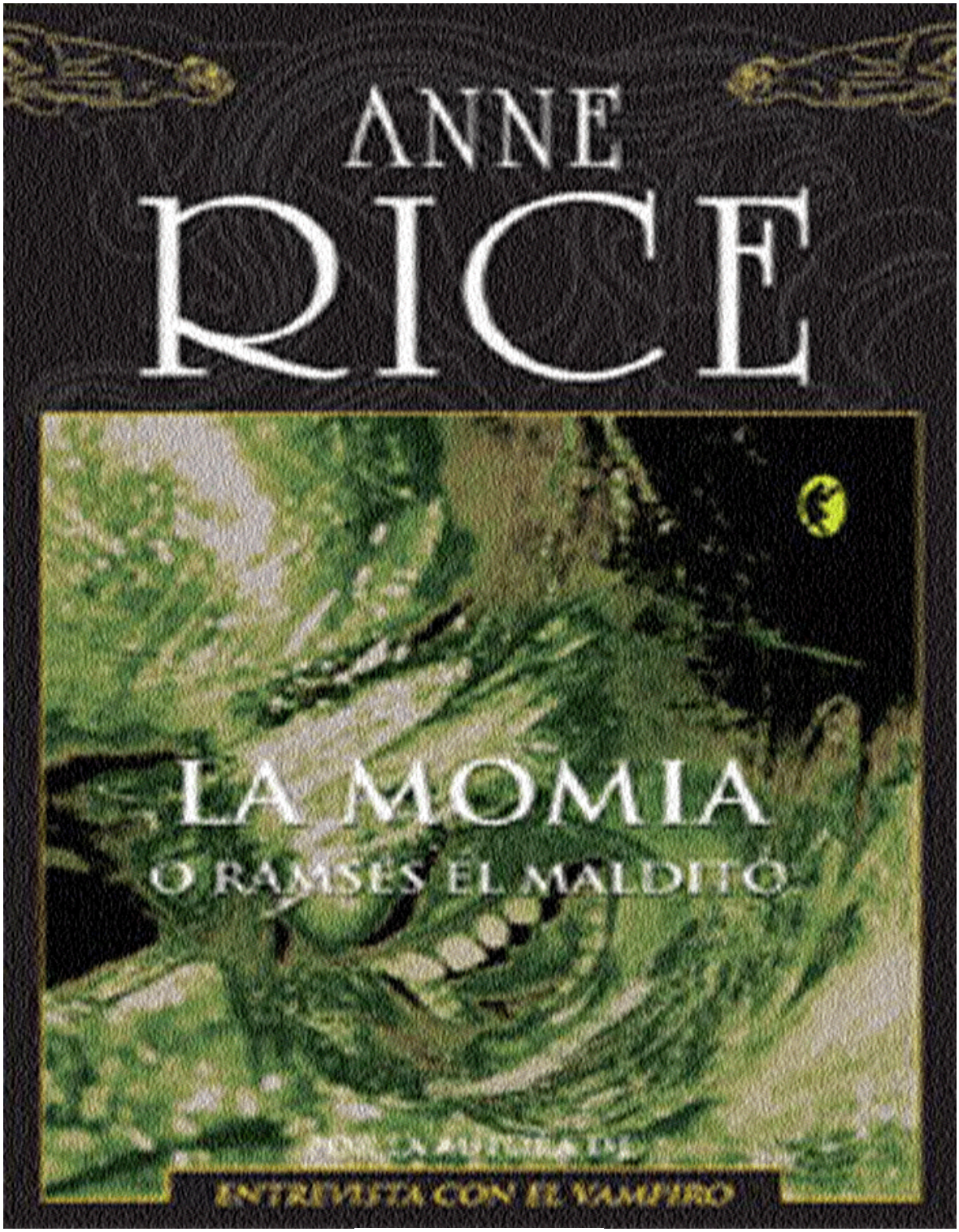
La Momia
Anne Rice



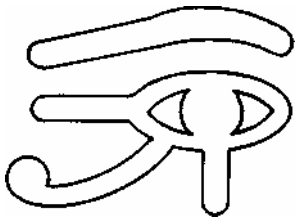
LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Título Original: The Mummy or Ramses the Damned

Esta novela está dedicada con amor a Stan Rice y Christopher Rice
y
a Gita Mema, una inspiración súbita,
a sir Arthur Conan Doyle
por sus espléndidas historias de momias
El lote n.° 249 *y* El anillo de Thoth
y
a H. Rider Haggard, que creó a la inmortal She
y
a todos los que han dado vida a «la momia» en cuentos,
novelas y películas. Y finalmente
a mi padre, Howard O'Brien, que me rescató más de una
vez del cine del barrio cuando «la momia» me había
aterrorizado hasta tal punto que no podía soportar ni
siquiera la siniestra música que llegaba al vestíbulo desde la
sala de proyección.

Mi especial agradecimiento a
Frank Konigsberg
y
Larry Sanitsky
por su apoyo entusiasta al proyecto de *La Momia y* por su
contribución al desarrollo de la historia.

PRIMERA PARTE



1



Los fogonazos de las cámaras lo cegaron por un momento. Ojalá hubiera podido mantener alejados a los fotógrafos. Pero llevaban ya meses pegados a sus talones, desde que habían encontrado los primeros restos en aquellas áridas colinas al sur de El Cairo. Era como si ellos también hubieran sabido que algo iba a ocurrir. Después de tantos años de trabajo, Lawrence Stratford estaba a punto de hacer un descubrimiento fabuloso.

Y allí estaban, con sus cámaras dispuestas y los *flashes* humeantes. Casi le hicieron perder el equilibrio con sus empujones mientras se abría paso por el estrecho pasadizo que conducía a la puerta de mármol cubierta de inscripciones. El crepúsculo pareció cerrarse a su alrededor súbitamente. Podía ver las letras, pero no las distinguía con claridad.

-¡Samir! -gritó-. Necesito más luz.

-Bien, Lawrence.

Al instante una antorcha se encendió a sus espaldas y la poderosa luz amarilla iluminó con claridad la gran losa de piedra. Sí, eran jeroglíficos, profunda y diestramente grabados en mármol italiano. Jamás había visto nada igual.

Sintió el tacto cálido y sedoso de la mano de Samir en su hombro mientras leía en voz alta:

-«Ladrones de los Muertos, alejaos de esta tumba o despertaréis a su ocupante, cuya ira nadie puede contener. Ramsés el Maldito es mi nombre.»

Miró a Samir. ¿Qué podía significar aquello?

-Adelante, Lawrence, sigue traduciendo. Tú eres mucho más rápido que yo -lo apremió Samir.

-«Ramsés el Maldito es mi nombre. En otro tiempo Ramsés el Grande, rey del Alto y el Bajo Egipto; azote de los hititas, constructor de mil templos; adorado por su pueblo; y guardián inmortal de los reyes y reinas de Egipto a lo largo de los siglos. En el año de la muerte de la gran reina Cleopatra, al convertirse Egipto en provincia romana, me entrego a la oscuridad eterna; cuidaos de mí si dejáis que los rayos del sol crucen esta puerta.»

-Pero no tiene sentido -susurró Samir-. Ramsés el Grande reinó mil años antes que

Cleopatra.

-Y sin embargo no hay duda de que estos jeroglíficos son de la dinastía XIX -repuso Lawrence. Limpió con impaciencia la tierra que cubría las letras-. Mira, a continuación se repite el mismo texto en latín y en griego.

Hizo una pausa y finalmente leyó las últimas líneas en latín.

-«Cuidado: Mi sueño es como el sueño de la tierra bajo el cielo nocturno o bajo la nieve del invierno; si se me despierta, no seré servidor de mortal alguno.»

Por el momento Lawrence se quedó boquiabierto, sin poder apartar la vista de la inscripción que acababa de leer. Apenas oyó las palabras que Samir pronunciaba tras él.

-No me gusta. No sé lo que significa, pero es una maldición.

Lawrence se volvió de mala gana y vio que la desconfianza de Samir se había convertido en miedo.

-El cuerpo de Ramsés el Grande está en el museo de El Cairo -dijo Samir con impaciencia.

-No -replicó Lawrence, consciente de que un escalofrío le recorría la espina dorsal-. Hay *un cuerpo* en el museo de El Cairo, pero no es el de Ramsés. ¡Mira los cartuchos, los sellos! En tiempos de Cleopatra no había nadie capaz de escribir en jeroglíficos antiguos, y éstos son perfectos... como las traducciones griega y latina.

Si al menos pudiera compartir aquel momento con Julie, pensó Lawrence con amargura. Julie, su hija, no tenía miedo a nada. Ella hubiera comprendido como nadie lo que aquel momento significaba para él.

Casi perdió el equilibrio al retroceder por el pasadizo apartando de su camino a los fotógrafos. De nuevo volvieron a relampaguear los *flashes* de las cámaras. Los periodistas se abalanzaron hacia la puerta de mármol.

-¡Que los hombres vuelvan al trabajo enseguida! -gritó Lawrence-. Que terminen de despejar el pasaje hasta la puerta. Quiero entrar esta noche en esa tumba.

-Lawrence, no te precipites -le advirtió Samir-. Hay algo en todo esto que no debemos menospreciar.

-Samir, me asombras -respondió Lawrence-. Hace diez años que excavamos estas colinas en busca de algo como esto. Y nadie ha tocado esa puerta desde que fue sellada hace dos mil años.

Con gesto malhumorado apartó a los periodistas que se agolpaban a su alrededor. Hasta que llegara el momento de abrir la puerta necesitaba refugiarse en su tienda y en su diario, el único confidente apropiado en aquel momento. De repente se sintió mareado por el calor del largo día.

-No hay declaraciones por el momento, señores -dijo Samir cortésmente. Como siempre, Samir era el enlace entre Lawrence y el mundo real.

Lawrence descendió por el irregular sendero cojeando ligeramente mientras entrecerraba los ojos y admiraba la sombría belleza de las tiendas iluminadas por antorchas a la suave luz violeta del atardecer.

Tan sólo una cosa distrajo su atención antes de que se refugiara en su tienda, ante la mesa de campaña: la visión de su sobrino Henry, que lo observaba con aire indolente desde cierta distancia; Henry, enfundado en su arrugado traje de lino blanco y con cara de pocos amigos, tan incómodo y fuera de lugar en Egipto; Henry, con el inevitable vaso de whisky en la mano y el eterno cigarro en los labios.

Sin duda estaba con él Malenka, aquella bailarina del vientre *de* El Cairo que entregaba a su señor inglés todo lo que ganaba.

Lawrence no conseguía olvidarse nunca por completo de Henry, pero tenerlo delante era más de lo que podía soportar.

En una vida plena de satisfacciones, Henry era la única decepción: el sobrino a quien no

preocupaba nadie ni nada más que la mesa de juego y la botella; el único heredero varón de los millones de la familia Stratford, a quien no se podía confiar ni un billete de una libra.

Sintió un agudo dolor al recordar a Julie, su amada hija, que debería haber estado allí junto a él, y que habría estado de no haberla convencido su joven prometido para que permaneciera en Londres.

El motivo de la visita de Henry era el dinero. Había traído documentos de la compañía para que Lawrence los firmara. Y el padre de Henry, Randolph, lo había enviado con aquella desagradable misión, desesperado como siempre por cubrir las deudas de su hijo.

«Una buena pareja», pensó Lawrence sombríamente. Un holgazán y el presidente del consejo de Stratford Shipping, la gran compañía de transportes marítimos, que desviaba con torpeza los beneficios de la empresa hacia los bolsillos sin fondo de su hijo.

Pero en realidad Lawrence le hubiera perdonado cualquier cosa a su hermano Randolph. Desde su punto de vista, lo había cargado con todo el peso del negocio familiar, con sus inmensas presiones y responsabilidades, para poder dedicar los últimos años de su vida a excavar en busca de las ruinas egipcias que tanto amaba.

Y para ser escrupulosamente justos, Randolph había conseguido un éxito notable en la dirección de Stratford Shipping. Es decir, hasta que su hijo lo había empujado a convertirse en un malversador y en un ladrón. Lawrence sabía que su hermano admitiría todo si lo obligaba, pero él mismo era demasiado egoísta para provocar esa confrontación. No quería abandonar Egipto ni una sola vez más para volver a las asfixiantes oficinas de Stratford Shipping. Ni siquiera Julie había conseguido persuadirlo de que volviera a casa.

Y allí estaba Henry, esperando el momento de abordarlo. Pero Lawrence aplazó una vez más la> entrevista, entró apresuradamente en su tienda y se sentó ante su mesa. Sacó de un

cajón un cuaderno con tapas de cuero que quizás había estado reservando para un descubrimiento como el que estaba a punto de hacer y anotó con rapidez lo que recordaba de la inscripción de la puerta de mármol y las incógnitas que planteaba.

-Ramsés el Maldito. -Se arrellanó en la silla de tijera y contempló el nombre. Y por primera vez sintió levemente la inquietud que había invadido a Samir.

¿Qué podía significar todo aquello?

Las doce y media de la noche. ¿Estaba soñando? La puerta de mármol de la tumba había sido retirada, fotografiada y transportada con cuidado a su tienda, y todo estaba dispuesto para volar la entrada de la tumba. Por fin era suya.

Hizo a Samir un gesto de asentimiento y sintió cómo una oleada de nerviosismo agitaba a la multitud. Los *flashes* se dispararon mientras Lawrence se cubría los oídos con las manos, y entonces sonó la explosión, que tomó a todos por sorpresa. Lawrence la sintió en la boca del estómago.

No había tiempo que perder. Empuñó la linterna, y estaba a punto de entrar cuando Samir intentó una vez más detenerlo.

-Lawrence, puede haber trampas, podría haber...

-Aparta de mi camino.

El polvo lo hacía toser, y le lloraban los ojos.

Introdujo la linterna por el boquete que había abierto la explosión. Las paredes estaban cubiertas de jeroglíficos. Una vez más se trataba del inconfundible estilo de la dinastía XIX.

Sin dudarlo un momento se introdujo en la cámara. La sensación de frescor era extraordinaria. Y el olor... Era curioso que se hubiera conservado el perfume a lo largo de tantos siglos.

El corazón le latía demasiado rápido. La sangre afloró a su rostro. Volvió a toser a causa del polvo levantado en el pasadizo por los periodistas que se agolpaban en la entrada.

-¡Todos atrás! -gritó con brusquedad. De nuevo los *flashes* estallaron por doquier. El

resplandor apenas le dejaba ver el techo decorado con diminutas estrellas.

Distinguió una gran mesa cubierta de cajas y recipientes de alabastro. Montones de papiros enrollados. Dios Santo, aquello era un descubrimiento de una importancia incalculable.

-Pero esto no es una tumba... -susurró. Había un escritorio, cubierto por una fina capa de polvo. Parecía que su propietario acabase de abandonarlo. Sobre él había un papiro abierto, plumas afiladas, un tintero... y una copa.

Pero el busto... El busto de mármol era inconfundiblemente grecorromano. Era una mujer, con el pelo ondulado sujeto por una diadema de metal y los ojos soñolientos y entrecerrados. En la base se podía leer su nombre:

CLEOPATRA

-No es posible -oyó decir a Samir-. ¡Pero, Lawrence, mira el sarcófago!

Lawrence ya lo había visto. Mudo de asombro, contemplaba el féretro que descansaba con serenidad en el centro de aquella asombrosa sala, de aquel estudio o biblioteca, rodeado por montones de papiros y con aquel escritorio cubierto de polvo.

Una vez más, Samir ordenó a los fotógrafos que retrocedieran. El humo de *los flashes* estaba enloqueciendo a Lawrence.

-¡Fuera todos, largo de aquí! -gritó. Los fotógrafos se apartaron refunfuñando y los dos hombres quedaron a solas en silencio. Fue Samir el primero en hablar.

-El mobiliario es romano. Y ésta es Cleopatra. Mira las monedas sobre la mesa, Lawrence. Tienen su imagen, y están recién acuñadas. Sólo esto puede valer...

-Lo sé. Pero ese sarcófago encierra el cuerpo de un antiguo faraón, amigo mío. Todos los detalles de la decoración lo indican. Es tan refinado como cualquiera de los que se hayan podido encontrar en el Valle de los Reyes.

-¿Pero cómo pudo ordenar un rey ser enterrado aquí? -Samir se aproximó al sarcófago e iluminó con su linterna el hermoso rostro policromado, con los oscuros ojos pintados y los labios exquisitamente delineados-. Juraría que esto es de época romana -añadió.

-Pero el estilo...

-Lawrence, es demasiado realista. Es obra de un artista romano que ha imitado a la perfección el estilo de la dinastía XIX.

-¿Y cómo puedes explicar eso, amigo mío?

-Maldiciones -musitó Samir, como si no hubiera oído la pregunta.

Estaba mirando las líneas de jeroglíficos que rodeaban a la figura pintada en la tapa. Más abajo se distinguía la caligrafía griega, y a continuación la latina.

-«No toquéis los restos de Ramsés el Grande» -leyó Samir-. Dice lo mismo en las tres lenguas. Diría que es suficiente para que cualquier hombre sensato lo piense dos veces.

-No a mí -respondió Lawrence-. Haz venir a varios hombres. Vamos a abrir este féretro de inmediato.

El polvo había vuelto a posarse. El humo de las antorchas que habían instalado en los candelabros de pared estaba ennegreciendo demasiado el techo, pero ya se preocuparía de ello más adelante.

El sarcófago se encontraba de pie, apoyado contra la pared, y la fina tapa de madera estaba a su lado. En el interior del féretro se distinguía una figura humana envuelta en un lienzo.

Lawrence ya no veía a los hombres y mujeres que se apretaban en la entrada de la cámara y contemplaban la escena en silencio.

Lentamente, alzó el cuchillo y cortó la tela reseca, que se abrió con facilidad revelando un cuerpo envuelto en apretadas vendas.

Se produjo un murmullo de asombro entre los periodistas. Lawrence podía sentir tras él el silencio de Samir. Los dos hombres observaron el severo rostro que se adivinaba bajo las

amarillentas vendas, los marchitos brazos serenamente cruzados sobre el pecho.

Al parecer uno de los fotógrafos insistía para que lo dejaran pasar a la cámara. Samir exigió silencio con tono tajante. Lawrence apenas era consciente de lo que sucedía a su alrededor.

Estaba mirando con calma la enjuta figura que tenía delante, con sus vendas del color de la arena del desierto.

Creyó detectar una expresión en aquellos rasgos. Había algo de elocuente tranquilidad en la forma de sus finos labios.

Cada momia era un misterio, una siniestra imagen de la vida en la muerte. Nunca dejaba de desconcertarlo la visión de una momia egipcia, pero aquel ser misterioso que se hacía llamar Ramsés el Grande, Ramsés el Maldito, provocaba en él una extraña añoranza.

Lawrence sintió algo cálido en su interior. Se acercó más y apartó del todo la envoltura exterior de la momia. A sus espaldas, Samir ordenó a todos que abandonaran el pasadizo. Había peligro de contaminación.

«Sí, por favor, idos todos.»

Extendió la mano y tocó a la momia reverentemente con la punta de los dedos. Era sorprendentemente elástica. Quizá la gruesa capa de vendas se había suavizado con el tiempo.

Una vez más, Lawrence contempló el rostro enjuto de la momia, sus cejas redondeadas, su boca sombría.

-Julie -susurró-. Oh, querida mía, si pudieras ver esto...

El baile de la embajada: los mismos viejos rostros, la misma vieja orquesta, el mismo viejo y adorable vals. Las luces molestaban a Elliott Savarell; el champán le dejaba en la boca un sabor agrio. Sin embargo, vació la copa con elegancia e hizo un gesto al camarero que pasaba frente a él: sí, otra. Y otra. Y mejor de un buen coñac, o de whisky.

Pero se suponía que tenía que estar allí, pues el baile no habría sido lo mismo sin el duque de Rutherford. Éste era un ingrediente esencial, como los grandes ramos de flores o los miles de candelabros; como el caviar y la plata; como los viejos músicos que arañaban con pereza sus violines mientras los jóvenes bailaban.

Todo el mundo quería saludar al duque de Rutherford. Todo el mundo quería invitarlo a la boda de una hija, o a tomar el té, o a otra fiesta similar a aquélla. No importaba que Elliott y su esposa apenas recibieran a nadie ya en su casa de Londres ni en la propiedad de Yorkshire, ni que Edith pasase gran parte del año en París con una hermana viuda. El decimoséptimo duque de Rutherford era el artículo que todos codiciaban. Su familia había ostentado diferentes títulos de una forma u otra desde los tiempos de Enrique VIII.

Elliott se preguntó por qué no había abandonado todo mucho antes. ¿Cómo había conseguido cautivar a tanta gente por la que no sentía el menor interés?

Pero no: aquello no era del todo verdad. Amaba a algunas de esas personas, lo admitiera o no. Amaba a su viejo amigo Randolph Stratford, como amaba a Lawrence, el hermano de Randolph. Y desde luego amaba a Julie Stratford, y le encantaba verla bailar con su propio hijo. En realidad Elliott había acudido al baile por su hijo. Estaba seguro de que Julie no se casaría con Alex, al menos no en un futuro próximo. Pero era la única esperanza de que Alex obtuviera el dinero necesario para mantener las propiedades que iba a heredar, las riquezas que se supone acompañan a todo título nobiliario.

Lo más triste era que Alex amaba a Julie. En realidad, el dinero no significaba nada para ninguno de los dos. Eran los viejos los que trazaban planes y conspiraban, como siempre había ocurrido.

Elliott se apoyó en la barandilla dorada y observó el cadencioso vaivén de las parejas que pasaban bailando delante de él. Por un momento intentó hacer caso omiso del murmullo de las voces y escuchar solamente los acordes del vals.

Pero Randolph Stratford estaba hablando otra vez, asegurándole a Elliott que Julie sólo necesitaba un pequeño empujón. Con que Lawrence diera su asentimiento, Julie cedería.

-Dale a Henry una oportunidad -dijo Randolph una vez más-. Sólo hace una semana que está en Egipto. Si Lawrence tomara la iniciativa...

-¿Pero por qué iba a hacerlo, Randolph? -preguntó Elliott.

Silencio.

Elliott conocía a Lawrence mejor que Randolph. Elliott y Lawrence: nadie sabía toda la historia excepto ellos dos. Muchos años atrás, en Oxford, en un mundo libre y feliz, habían sido amantes, y el año siguiente, al terminar sus estudios, habían pasado el invierno al sur de El Cairo, en una casa flotante sobre el Nilo. Pero inevitablemente el mundo los había separado. Elliott se había casado con Edith Christian, una rica heredera norteamericana, y Lawrence había construido el imperio naviero de Stratford Shipping.

Pero su amistad se había mantenido a lo largo de los años.

Habían pasado innumerables vacaciones juntos en Egipto, y todavía podían perder noches enteras charlando sobre historia, ruinas, descubrimientos arqueológicos, poesía o cualquier otra cosa. Elliott había sido el único que había comprendido plenamente la decisión de Lawrence de retirarse a Egipto. Y lo envidiaba por ello. Entonces había surgido el primer brote de amargura entre ellos. A altas horas de la noche y bajo los efectos del vino, Lawrence había llamado a Elliott cobarde por malgastar sus últimos años en Londres, en un mundo que despreciaba, que no le producía ninguna alegría. Elliott había criticado a Lawrence su ceguera y su estupidez. Después de todo, Lawrence era mucho más rico de lo que Elliott hubiera soñado jamás; era viudo y tenía una hija inteligente e independiente. Elliott tenía una esposa y un hijo que lo necesitaban como parte importante de sus vidas convencionales y respetables.

-Todo lo que quiero decir -insistió Randolph- es que si Lawrence expresara su aprobación para este matrimonio...

-¿Y el pequeño detalle de las veinte mil libras? -inquirió Elliott de repente. Su tono era suave, educado, pero la pregunta era imperdonablemente ordinaria. De cualquier modo, insistió-: Edith volverá de Francia dentro de una semana, y notará que falta la gargantilla. Siempre se da cuenta.

Randolph no respondió.

Elliott se echó a reír suavemente, pero no de Randolph, ni siquiera de sí mismo. Y desde luego no de Edith, que en la actualidad tenía apenas un poco más de dinero que Elliott, y la mayoría en plata y joyas.

Quizá se reía porque la música se le subía a la cabeza, o porque la visión de Julie Stratford, que bailaba con su hijo, le alegraba el corazón. O quizá porque en los últimos tiempos había perdido la capacidad de hablar con eufemismos y verdades a medias. Todo aquello se había ido desvaneciendo, como sus fuerzas físicas y el sentido de bienestar del que había disfrutado durante su juventud.

Cada invierno le dolían más las articulaciones, y era incapaz de caminar quinientos metros por el campo sin que el pecho le doliera terriblemente. No le importaba tener los cabellos blancos a los cincuenta y cinco años, tal vez porque sabía que no le sentaban mal, pero el hecho de tener que usar bastón lo llenaba de humillación. Y, sin embargo, todo aquello sólo era una muestra de lo que le esperaba: vejez, debilidad, dependencia. ¡Ojalá Alex se casara con la fortuna Stratford, y que fuera lo antes posible!

De repente se sintió inquieto, insatisfecho. El suave vaivén de la música lo molestaba. En realidad, Strauss lo ponía enfermo. Pero había algo más.

Súbitamente hubiera querido explicar a Randolph que él, Elliott, había cometido algún error crucial mucho tiempo atrás. Algo que tenía que ver con aquellas largas noches en Egipto, cuando Lawrence y él paseaban juntos por las oscuras calles de El Cairo o se

enfurecían uno contra otro medio borrachos en el pequeño salón del barco. De alguna forma Lawrence había conseguido vivir una vida de proporciones heroicas; había logrado lo que los demás eran simplemente incapaces de hacer. Elliott se había dejado llevar por la corriente, mientras que Lawrence había escapado a Egipto, al desierto, a los templos, a aquellas noches claras cuajadas de estrellas.

Dios, cuánto echaba de menos a Lawrence. En los últimos tres años sólo habían intercambiado unas pocas cartas, pero la antigua complicidad no había desaparecido.

-Henry se ha llevado unos cuantos documentos -dijo Randolph-, algunos pequeños asuntos relacionados con las finanzas familiares. -Miró a su alrededor con desconfianza, con demasiada desconfianza.

Elliott estaba a punto de volver a echarse a reír.

-Si todo sale como espero -continuó Randolph-, te pagaré todo lo que te debo, y ese matrimonio tendrá lugar dentro de seis meses, te doy mi palabra.

Elliott sonrió.

-Randolph, ese matrimonio puede celebrarse o no; puede resolver nuestros problemas o no...

-No digas eso, muchacho.

-Pero debo tener veinte mil libras antes de que Edith vuelva.

-Lo sé, Elliott, lo sé.

-;Sabes? Creo que de vez en cuando podrías decir a tu hijo que no.

Randolph dejó escapar un profundo suspiro, y Elliott prefirió guardar silencio. Sabía muy bien que el deterioro de Henry ya no era ninguna broma; no tenía nada que ver con locuras de juventud o con malas rachas. Había algo absolutamente corrupto en Henry Stratford, y siempre lo había habido. Pero no era ése el caso de Randolph, y por ello era una tragedia. Elliott, que también amaba a su hijo Alex en exceso, no podía sentir más que comprensión hacia Randolph en ese aspecto.

Más promesas, una avalancha de promesas: tendrás tus veinte mil libras. Pero Elliott no escuchaba. De nuevo estaba contemplando a los bailarines. Su hijo susurraba apasionadamente en el oído de Julie, que mostraba aquella mirada de determinación que tanto la embellecía por razones que Elliott no alcanzaba a comprender.

Algunas mujeres deben sonreír para estar bellas. Otras tienen que llorar. Pero en el caso de Julie, su verdadera belleza sólo resplandecía cuando se ponía seria; quizá porque cuando no era así sus ojos parecían demasiado suaves, su boca demasiado inocente, sus mejillas de porcelana excesivamente suaves.

Pero cuando la determinación la iluminaba, era como una visión. Y Alex, con toda su educación y su pasión manifiesta, no parecía más que «un acompañante» para ella; uno entre los mil jóvenes elegantes que podían haberla conducido a través del suelo de mármol de la pista de baile.

Era el vals del Periódico, y a Julie le encantaba. Siempre le había gustado. Recordó débilmente haberlo bailado en una ocasión con su padre, cuando él había llevado a casa el gramófono. Habían bailado por la sala egipcia, por la biblioteca y los salones hasta que las primeras luces se habían filtrado entre las contraventanas. Y entonces él había dicho:

-Oh, cariño, no puedo más. Basta.

Ahora la música la hacía sentirse apática y casi triste. Y Alex seguía hablándole, diciéndole de una u otra forma que la amaba. Y ella sentía aquel pánico en su interior, aquel terror a decir palabras frías o duras.

-Y si quieres vivir en Egipto -decía Alex arrebatadamente- y buscar momias con tu padre, muy bien: iremos a Egipto en cuanto acabe la boda. Y si quieres salir a la calle pidiendo el voto, muy bien: yo saldré a tu lado.

-Oh, sí -respondió Julie-, eso me dices ahora, y sé que lo sientes con todo tu corazón,

Alex, pero todavía no puedo. Simplemente no puedo.

Julie no podía soportar verlo tan serio. No soportaba hacerle daño. Si al menos hubiera habido algo de malicia en Alex... Sólo un poco de maldad, como tenía todo el mundo. Su atractivo habría aumentado con un poco de maldad. Era alto y apuesto, y tenía el pelo castaño, pero era demasiado angelical. Sus vivos ojos oscuros mostraban lo que había tras ellos con demasiada facilidad. A los veinticinco años seguía siendo un muchacho inocente y ansioso por agradar.

-¿Qué harías con una esposa sufragista? -preguntó ella-. ¿Con una exploradora? Sabes muy bien que podría dedicarme a la exploración, o a la arqueología. Ahora mismo desearía estar en Egipto con mi padre.

-Iremos allí, cariño. Pero cásate conmigo primero.

Alex se aproximó más a ella, como si fuera a besarla, y ella dio un paso atrás mientras el vals los transportaba a una velocidad casi vertiginosa. Por un momento Julie se sintió mareada, casi como si estuviera enamorada.

-¿Qué puedo hacer para conseguirte, Julie? -le susurró él al oído-. Te traeré las pirámides a Londres.

-Alex, ya hace tiempo que me conseguiste -repuso ella sonriendo. Pero no era verdad. ¿O sí? Había algo terrible en la situación, en la música y su maravilloso y acariciante ritmo, en la mirada desesperada de Alex.

-La verdad es que... no quiero casarme, Alex. Todavía no.

«¿Y quizá nunca?»

El no respondió, y Julie comprendió que otra vez había sido demasiado brusca. Ya conocía aquella imperceptible contracción. Lo había herido, y cuando Alex volvió a sonreír había una dulzura y un coraje en su mirada que se sintió conmovida y aún más triste que antes.

-Mi padre volverá en unos meses, Alex. Entonces hablaremos. Del matrimonio, del futuro, de los derechos de la mujer, casada o soltera, y de la posibilidad de que merezcas algo mucho mejor que una mujer moderna como yo, que te haría encanecer en el primer año de casado y te lanzaría a los brazos de una amante de las de toda la vida.

-¡Cómo te gusta escandalizar...! -dijo él-. Y a mí me encanta que me escandalicen.

-¿Estás seguro de que te gusta? -preguntó ella.

De repente él la besó. Se habían detenido en el centro cíe la pista, y las demás parejas giraban a su alrededor siguiendo la música. Él la besó y ella se lo permitió, abandonándose a él completamente, como si tuviera que amarlo, como si tuviera que encontrarse con él en la mitad del camino.

No importaba que todos estuvieran mirando, ni que las manos de Alex temblasen mientras la abrazaban.

Lo importante era que, aunque lo amaba mucho, no era suficiente.

Había refrescado, y hasta ellos llegaban los ruidos del exterior: los coches que llegaban, el rebuzno de un asno, la risa estridente de una mujer, una norteamericana que había venido de El Cairo en cuanto se había sabido la noticia.

Lawrence y Samir estaban sentados en sus sillas de tijera frente al antiguo escritorio y habían extendido los papiros.

Con cuidado de no apoyar todo su peso sobre el frágil mueble, Lawrence anotaba con rapidez la traducción en su cuaderno de tapas de cuero.

De vez en cuando miraba por encima del hombro hacia la momia, el gran rey, que parecía simplemente dormido. ¡Ramsés el Inmortal! La mera idea lo emocionaba. Sabía que permanecería en aquella extraña cámara hasta la mañana siguiente.

-Pero tiene que ser una broma -dijo Samir-. ¿Ramsés el Grande, guardián de las familias reales de Egipto durante mil años? ¿Amante de Cleopatra?

-¡Ah, pero sería sublime! -respondió Lawrence. Dejó la pluma un momento y contempló los papiros. Le dolían los ojos-. Si una mujer pudo impulsar a un hombre inmortal a encerrarse en una tumba, ésa debió ser Cleopatra.

Dirigió la mirada al busto de mármol y acarició con reverencia la suave mejilla blanca de la efigie. Sí, Lawrence podía creerlo. Cleopatra, amada por Julio César y por Marco Antonio; Cleopatra, que había resistido la conquista romana mucho más tiempo del que nadie hubiera creído posible; Cleopatra, la última reina del Egipto antiguo. Pero aquella historia... Tenía que seguir traduciendo.

Samir se levantó y se desperezó. Lawrence lo vio acercarse a la momia. ¿Qué estaba haciendo? ¿Examinaba el brillante anillo con el escarabajo sagrado, claramente visible en la mano derecha de la momia? Lawrence pensó que, sin la menor duda, aquella tumba pertenecía a la dinastía XIX.

Cerró los ojos y se masajeó los párpados con suavidad. Volvió a abrirlos y se concentró una vez más en el papiro que tenía delante.

-Samir, te aseguro que este tipo está convenciéndome. Su dominio de las lenguas es asombroso. Y su perspectiva filosófica es tan moderna como la mía. -Buscó el documento más antiguo, que ya había examinado antes-. Y esto, Samir, quiero que lo veas. Es una carta de Cleopatra a Ramsés.

-Una broma, Lawrence. Una broma pesada de algún romano.

-No, amigo mío, no es nada de eso. ¡Ella escribió esta carta desde Roma cuando César fue asesinado! Dice a Ramsés que vuelve a casa, a Egipto, con él.

Lawrence dejó la carta a un lado. Cuando Samir tuviera tiempo, vería con sus propios ojos el contenido de aquellos documentos. Todo el mundo los vería. Volvió a concentrarse en el papiro original.

-Pero escucha esto, Samir. Los últimos pensamientos de Ramsés: «No se puede condenar a los romanos por la conquista de Egipto; al final fuimos conquistados por el tiempo. Todas las maravillas de este nuevo y valiente siglo deberían hacerme olvidar mis penas, y sin embargo no puedo hacer sanar a mi corazón; mi mente sufre y se cierra como una flor a la que falta el sol».

Samir seguía mirando a la momia y a su anillo.

-Otra referencia al sol. Siempre el sol. -Se volvió hacia Lawrence-. ¡Pero no es posible que lo creas!

-Samir, si tú puedes creer en maldiciones, ¿por qué no voy a creer yo en la inmortalidad de un hombre?

-Lawrence, estás jugando conmigo. He visto con mis propios ojos los efectos de más de una maldición, amigo mío. ¿Pero un hombre inmortal que vivió en Atenas en tiempos de Pericles, y en Roma bajo la República, y en Cartago con Aníbal? ¿Un hombre que enseñó a Cleopatra la historia de Egipto? Jamás había oído nada parecido.

-Escucha, Samir: «Su belleza siempre me cautivará; y también su coraje y su frivolidad; su pasión por la vida, que parecía sobrehumana en su intensidad, cuando después de todo no era más que un ser humano».

Samir no contestó. De nuevo tenía los ojos fijos en la momia, como si no pudiera apartarlos de ella. Lawrence lo comprendía perfectamente, y por ello le dio la espalda y volvió a sumergirse en la lectura del papiro.

-Lawrence, esta momia está tan muerta como cualquiera de las que he visto en el museo de El Cairo. Este hombre era un escritor, un narrador de historias. Y sin embargo, ese anillo...

-Sí, amigo mío, ya lo he examinado antes con detenimiento; es el sello de Ramsés el Grande, de forma que ya no tenemos sólo un escritor, sino un coleccionista de antigüedades. ¿Es eso lo que quieres que crea?

¿Pero qué quería creer él mismo? Se arrellanó en su silla de campaña y dejó vagar la mirada por la extraña sala. Al cabo de un momento siguió con la traducción.

-«Por ello me retiro a esta cámara aislada; y ahora mi biblioteca se convertirá en mi tumba. Mis criados uncirán mi cuerpo con aceites y lo envolverán en el mejor lino funerario, como era costumbre en mi tiempo, ya olvidado. Pero no me tocará el cuchillo del embalsamador. Nadie extraerá el corazón y el cerebro de mi cuerpo inmortal.»

Lawrence sintió que la euforia lo invadía. ¿O estaba soñando despierto? Aquella voz... parecía totalmente real; comprendía su personalidad a través de sus escritos como no le había ocurrido nunca. Pero claro, se trataba de un hombre inmortal...

Elliott estaba emborrachándose, pero nadie se daba cuenta excepto él mismo, que había vuelto a instalarse cómodamente en la barandilla dorada de la galería con un aire despreocupado poco habitual en él. Tenía distinción incluso en sus menores gestos, pero de repente estaba violando sus normas, consciente de que nadie lo notaría, de que nadie se ofendería.

¡Qué mundo tan lleno de sutilezas! ¡Qué horror! Y tenía que pensar en aquel matrimonio; tenía que hablar del matrimonio; tenía que hacer algo con el triste espectáculo de su hijo, obviamente vencido, que, después de contemplar a Julie bailar con otro, subía la escalera de mármol.

-Sólo te pido que confíes en mí -estaba diciendo Randolph-. Te garantizo que el matrimonio se celebrará. Sólo hace falta un poco de tiempo.

-No quiero que pienses que te presiono -respondió Elliott arrastrando las palabras. Estaba bastante borracho-. Vivo mucho más a gusto en el mundo de mis sueños, Randolph, donde el dinero simplemente no existe. Pero el hecho es que ninguno de los dos puede permitirse esas fantasías. Ese matrimonio es esencial para ambos.

-Entonces iré yo mismo a ver a Lawrence. Elliott se volvió y vio a su hijo a unos pocos pasos, esperando como un colegial el reconocimiento de los adultos.

-Padre, creo que necesito tu consuelo -dijo Alex.

-Lo que necesitas es coraje, jovencito -replicó Randolph secamente-. No me digas que has vuelto a aceptar un no por respuesta.

Alex tomó una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba junto a ellos.

-Me quiere. No me quiere -dijo Alex suavemente-. La realidad es que no puedo vivir sin ella. Me está volviendo loco.

-Claro que no puedes -respondió Elliott con una risa amable-. Mira, ese patoso de ahí abajo le está destrozando los pies. Estoy seguro de que te estaría muy agradecida si fueras a rescatarla ahora mismo.

Alex asintió, sin apenas notar que su padre le quitaba la copa medio vacía de la mano y la vaciaba de un trago. Enderezó los hombros y volvió a la pista. Tenía una figura perfecta.

-Lo más asombroso -murmuró Randolph para sí- es que lo quiere. Siempre lo ha querido.

-Sí, pero es como su padre: ama su libertad. Y, francamente, no la culpo. A su manera, es demasiado para Alex. Pero él podría hacerla feliz, sé que lo haría.

-Por supuesto.

-Y ella lo haría a él mucho más feliz, y quizá sea la única persona que puede hacerlo.

-Tonterías -lo contradijo Randolph-. Cualquier jovencita de Londres daría un ojo de la cara por tener la oportunidad de hacer feliz a Alex. ¡El decimoctavo duque de Rutherford!

-¿Te parece eso tan importante? ¿Nuestros títulos, nuestro dinero, el mantenimiento de nuestro pequeño mundo decorativo y aburrido? -Elliott miró a su alrededor. Estaba entrando en ese peligroso estado de lucidez en que todo comienza a brillar, en que hasta los granos del mármol tienen sentido, en que uno puede lanzar los discursos más ofensivos-. A veces me pregunto si yo mismo no debería estar en Egipto con Lawrence, *y si* Alex no

debería ceder su amado título a alguien.

Pudo ver el pánico en los ojos de Randolph. Dios santo, ¿por qué significaban tanto los títulos para aquellos príncipes del comercio, para aquellos hombres de negocios que lo tenían todo? No se trataba sólo de que Alex pudiera conseguir finalmente a Julie y la fortuna de los Stratford, y que el mismo Alex fuera más fácil de controlar que Julie. Era la perspectiva de pertenecer a la verdadera nobleza, de hijos y nietos corriendo por las praderas de la propiedad de los Rutherford en Yorkshire, de ese miserable Henry Stratford, que intentaría sacar beneficios de la alianza a cualquier precio.

-Todavía no estamos vencidos, Elliott -afirmó Randolph-. Y a mí me gusta tu pequeño mundo decorativo y aburrido. ¿A qué otra cosa vale la pena aspirar?

Elliott sonrió. Si tomaba un sorbo más de champán le diría a Randolph a cuántas cosas más se podía aspirar. Quizá...

-Te amo, inglés -le susurró Malenka. Lo besó y lo ayudó a quitarse la corbata, y la suave caricia de sus dedos en la garganta hizo que se le erizara el vello de la nuca.

Las mujeres eran unas estúpidas maravillosas, pensó Henry Stratford. Pero con aquella egipcia había disfrutado más que con la mayoría. Era una mujer de piel oscura, bailarina de profesión, silenciosa y de una gran belleza, con la que podía hacer exactamente lo que le viniera en gana. Con las putas inglesas uno nunca podía comportarse con tanta libertad.

Pensó que algún día se retiraría a un país oriental con una mujer como aquélla, libre de toda la respetabilidad británica. Es decir, cuando hubiera hecho fortuna en las mesas de juego, cuando hubiera conseguido la gran victoria que necesitaba para ponerse por encima del resto del mundo.

Pero por el momento tenía cosas que hacer. La multitud que se agolpaba delante de la tumba se había duplicado desde media tarde. Y la cuestión era hablar con su tío Lawrence antes de que la gente del museo y las autoridades se apoderasen de él. Si lo abordaba en aquel momento, posiblemente accediera a todo lo que iba a pedirle sólo para que lo dejara en paz.

-Apresúrate, cariño. -Besó a Malenka otra vez y la miró mientras se envolvía en su capa y corría hacia el coche que aguardaba. ¡Qué agradecida se mostraba por los pequeños lujos occidentales que él le ofrecía! Sí, era toda una mujer, y muy diferente de Daisy, su amante londinense; una criatura malcriada y exigente que sin embargo lo excitaba tremendamente, quizá por lo difícil que era complacerla.

Dio un último sorbo a su whisky, cogió el maletín de cuero y salió de la tienda.

Las multitudes le repugnaban. Los motores de los coches y los gritos no habían dejado de molestarlo en toda la noche. Ahora estaba empezando a subir la temperatura y los zapatos ya se le habían llenado de arena.

¡Cómo odiaba Egipto! ¡Cómo odiaba aquellos campamentos en el desierto, y a aquellos asquerosos árabes montados en sus camellos, y a los criados vagos y mugrientos! ¡Cómo odiaba el mundo de su tío!

Y allí estaba Samir, el irritante asistente que intentaba comportarse como si perteneciera a la misma clase que Lawrence, intentando calmar a la turba de insolentes periodistas. ¿Podía ser aquélla realmente la tumba de Ramsés II? ¿Iba a dar Lawrence una rueda de prensa?

A Henry le importaba un comino. Se abrió paso a empujones entre los hombres que aguardaban ante la entrada de la tumba.

-Señor Stratford, por favor -gritó Samir a sus espaldas. Una periodista iba pisándole los talones-. Deje a su tío ahora -rogó Samir acercándose-. Déjelo saborear su hallazgo.

-Una mierda.

**Henry fulminó con la mirada al guardián, y el hombre se apartó. Samir se volvió para

contener a los periodistas. ¿Quién era el que iba a entrar en la tumba? Querían saberlo todo.

-Es un asunto de familia -dijo él fríamente a la mujer que lo seguía. El guardia no la dejó pasar.

Quedaba muy poco tiempo. Lawrence dejó de escribir y se enjugó la frente con cuidado, dobló el pañuelo e hizo una breve anotación más:

«Brillante idea, esconder el elixir entre cientos de venenos. ¿Qué lugar más seguro para una poción que confiere la inmortalidad que entre pociones que traen la muerte? Y pensar que son los venenos que Cleopatra probó antes de decidirse por el áspid para quitarse la vida...»

Se detuvo y volvió a secarse la frente. Ya hacía mucho calor. En pocas horas se le echarían encima, exigiéndole que dejara paso libre a los funcionarios del museo. Si al menos hubiera hecho el descubrimiento sin el museo... Dios sabía que no lo habían ayudado en nada. Y se lo arrebatarían todo.

El sol se filtraba a través de los resquicios de la puerta e iluminaba las redomas de alabastro que tenía delante. Creyó oír algo, como un débil susurro o una respiración apagada.

Se volvió y miró a la momia, a los rasgos claramente moldeados bajo las tensas vendas. Aquel hombre que decía ser Ramsés II había sido alto y quizá robusto.

Desde luego no era un viejo, como el cadáver expuesto en el museo de El Cairo. Pero este Ramsés pretendía no haber envejecido. Era inmortal, y simplemente dormía bajo aquellos vendajes. Nada podía matarlo, ni siquiera los venenos que contenía aquella sala, que había probado en grandes cantidades cuando la añoranza de Cleopatra lo había vuelto medio loco. Siguiendo sus órdenes, sus servidores habían vendado su cuerpo, lo habían enterrado vivo en el sarcófago que él mismo había preparado, supervisando hasta el menor detalle, y después habían sellado la tumba con la losa que él mismo había grabado.

¿Pero qué era lo que lo había hecho dormir? Ahí radicaba el misterio. ¡Ah, qué historia tan deliciosa! ¿Y si...?

Se quedó mirando a la sombría criatura envuelta en lino amarillento. ¿Creía de verdad que aquel ser estaba vivo? ¿Que podía moverse y hablar?

Lawrence no pudo reprimir una sonrisa.

Se volvió hacia los pomos de alabastro que descansaban sobre la mesa. El sol estaba convirtiendo la pequeña sala en un infierno. Envolviéndose la mano en el pañuelo, abrió con cuidado la tapa de la primera redoma. Olía a almendras amargas. Podía ser algo tan mortal como el cianuro.

Y el inmortal Ramsés decía haber ingerido la mitad del contenido de cada pomo para acabar con su vida.

«¿Y si realmente *hay* un ser inmortal bajo aquella envoltura?»

De nuevo escuchó aquel sonido. ¿Qué podía ser? No era un roce, sino más bien como una suave inspiración.

Volvió a mirar a la momia. El sol la iluminaba con hermosos y polvorientos rayos, el mismo sol que atravesaba las vidrieras de una iglesia, o las frondosas ramas de los robles en un bosque.

Le pareció ver el polvo que se alzaba de la antigua figura; una pálida neblina dorada formada por partículas móviles. Ah, estaba demasiado cansado.

Pensó de repente que la momia no parecía tan marchita como antes. Era como si estuviese tomando las formas de un hombre.

-¿Pero quién eras realmente, mi viejo amigo? -preguntó Lawrence en voz baja-. ¿Un

loco? ¿O quizá quien dices ser, Ramsés el Grande?

Sus propias palabras le produjeron un escalofrío. Se levantó y se aproximó a la momia. Los rayos del sol bañaban la imponente figura. Por primera vez se fijó en el contorno de las cejas bajo los vendajes: parecía tener una expresión de dureza y determinación.

Lawrence sonrió y habló en latín, componiendo con cuidado las frases.

-¿Sabes cuánto tiempo has dormido, oh faraón inmortal, tú que dices haber vivido mil años?

¿Estaría asesinando la antigua lengua romana? Había pasado tantos años traduciendo jeroglíficos que ya no hablaba la lengua de César con la fluidez de otros tiempos.

-Ha pasado el doble de tiempo desde que te encerraste en esta cámara, Ramsés, desde que Cleopatra acercó la mortal serpiente a su seno.

Miró un momento en silencio a la figura. ¿Habría una sola momia que no provocase en quien la veía un profundo e indefinido terror a la muerte? Parecía que todavía quedase algo de vida en su interior; que su alma estuviera atrapada entre los vendajes y no pudiese quedar en libertad hasta que su prisión fuera destruida.

Sin pensar volvió a hablar, esta vez en inglés.

-Si al menos fueras inmortal... Si pudieras abrir los ojos a este mundo moderno, y si yo no tuviera que esperar un permiso para retirar esos miserables andrajos y contemplar tu rostro...

El rostro. ¿Había cambiado algo en él? No, sólo era la luz del sol. ¿O no? Sin embargo parecía más relleno. Con gesto reverente, Lawrence extendió la mano para tocarlo, pero la detuvo en el aire. De nuevo habló en latín.

-Estamos en el año 1914, gran rey. Y el nombre de Ramsés el Grande sigue siendo conocido en todo el mundo, como el de tu última reina.

De repente oyó un ruido a sus espaldas: era Henry.

-¿Hablando con Ramsés el Grande en latín, tío? Quizá la maldición ya está actuando en tu cerebro.

-No. Entiende el latín -respondió Lawrence sin dejar de mirar a la momia-. ¿No es así, Ramsés? Y también el griego. Y el persa, y el etrusco, y otras lenguas que el mundo ha olvidado. ¿Quién sabe? Puede que incluso conociera las antiguas lenguas bárbaras que hace siglos se convirtieron en nuestro inglés. -Una vez más cambió al latín-. Pero hay muchas maravillas en el mundo de hoy, oh, gran faraón. Hay tantas cosas que podría enseñarte..

-No creo que te oiga, tío -dijo Henry con frialdad. Se escuchó un suave tintineo de cristal-. O al menos esperemos que no.

Lawrence se volvió bruscamente. Henry, con un maletín debajo del brazo, sostenía el tapón de una de las redomas en la mano derecha.

-¡No toques eso! -lo detuvo Lawrence-. Es veneno, imbécil. Todas contienen venenos. Un poco de cualquiera de esos frascos, y estarías tan muerto como él. Es decir, si él está realmente muerto.

La simple visión de su sobrino lo enfurecía. Y precisamente tenía que aparecer en aquel momento...

Lawrence se volvió hacia la momia. Incluso sus manos parecían más llenas. Y uno de los anillos casi había perforado la envoltura de lino. Pero hacía unas horas...

-¿Venenos? -preguntó Henry a sus espaldas.

-Es un verdadero laboratorio de venenos -respondió Lawrence-. Los mismos que Cleopatra probó en sus indefensos esclavos antes de suicidarse.

¿Pero qué sentido tenía desperdiciar aquella valiosa información con Henry?

-Qué increíblemente original -comentó su sobrino con cinismo-. Creí que la había mordido un áspid.

-Eres un cretino, Henry. Sabes menos historia que un camellero egipcio. Cleopatra probó cientos de venenos antes de decidirse por la serpiente.

Se volvió y contempló con frialdad a su sobrino, que tocaba el busto de mármol de Cleopatra con dedos torpes.

-Bueno, supongo que al menos esto vale una pequeña fortuna, igual que esas monedas. No irás a entregárselas también a los del museo, ¿verdad?

Lawrence se dejó caer en la silla de campaña y mojó la pluma en el tintero. ¿Dónde había dejado la traducción? Era imposible concentrarse con tantas distracciones.

-¿No puedes pensar en nada más que el dinero? -preguntó con desdén-. ¿Qué has hecho nunca con él además de perderlo jugando? -Miró a su sobrino. ¿Cuándo se había apagado el fuego de la juventud en aquel rostro? ¿Y cuándo lo había endurecido y avejentado la arrogancia, dándole aquella mirada de mortal hastío?-. Cuanto más te doy, más pierdes en las mesas de juego. Vuelve a Londres, por el amor del cielo. Vuelve a tu amante y tus calaveradas. Pero lárgate.

Se oyó ruido procedente del exterior. Era el tubo de escape de otro coche que ascendía con dificultad por la carretera arenosa. Un sirviente de rostro curtido y aspecto polvoriento entró en la sala con un desayuno en una bandeja. Tras él iba Samir.

-No voy a poder contenerlos mucho más, Lawrence -le informó Samir. Con un leve gesto indicó al criado que depositara la bandeja en la mesa portátil-. También han venido los de la embajada británica, y todos los periodistas de Alejandría a El Cairo. Me temo que hay un buen circo ahí afuera.

Lawrence miró los recipientes de plata y las tazas de porcelana. Lo único que quería era que lo dejaran a solas con sus tesoros.

-Por favor, mantenlos ahí fuera todo el tiempo que puedas, Samir. Dame unas horas más a solas con estos papiros. Su historia es tan triste, tan patética...

-Haré lo que pueda -respondió Samir-. Pero tómate el desayuno, Lawrence. Estás exhausto. Necesitas alimento y descanso.

-Samir, nunca me he encontrado mejor. Mantenlos a raya hasta mediodía. Ah, y llévate a Henry. Henry, acompaña a Samir. Él se encargará de que te den algo para desayunar.

-Sí, venga conmigo, señor, por favor -se apresuró a decir Samir.

-Tengo que hablar con mi tío a solas.

Lawrence volvió a mirar su cuaderno. El papiro abierto estaba junto a él. Sí, el rey estaba hablando de su inmenso dolor. Se había retirado a aquel estudio secreto, lejos del mausoleo de Cleopatra en Alejandría, lejos del Valle de los Reyes.

-Tío -dijo Henry con voz gélida-. Nada me gustaría más que volver a Londres. Si puedes dedicarme un momento para firmar...

Lawrence se negó a levantar la vista del papiro. Quizá contuviera alguna pista sobre la localización del mausoleo de Cleopatra.

-¿Cuántas veces tengo que decírtelo? -murmuró con indiferencia-. No. No voy a firmar más papeles. Y ahora coge tu maletín y desaparece de mi vista.

-Tío, el duque quiere una contestación con respecto a Julie y Alex. No va a seguir esperando toda la vida. Y en cuanto a esos documentos, se trata sólo de unas cuantas acciones.

El duque..., Alex y Julie. Era monstruoso.

-¡Dios santo, en este preciso momento!

-Tío, el mundo no ha dejado de girar por tu descubrimiento. -De nuevo aquel tono ácido-. Y hay que liquidar las acciones.

Lawrence dejó la pluma sobre la mesa.

-Sé que el mundo sigue girando -contestó mirando a Henry-. En cuanto a ese matrimonio, puede esperar toda la vida. O hasta que Julie decida por sí misma. ¡Vuelve a

casa y díselo a mi buen amigo el duque de Rutherford! Y dile a tu padre que no voy a liquidar más acciones familiares. Y ahora déjame en paz.

Henry no se movió. Sus manos aferraron el maletín y su rostro se endureció mientras miraba a su tío.

-Tío no te das cuenta...

-Te voy a decir de qué me doy cuenta -le cortó Lawrence-. De que tú has perdido en el juego una fortuna, y de que tu padre hará cualquier cosa por cubrir tus deudas. Ni Cleopatra y el borracho de Marco Antonio hubieran podido dilapidar la fortuna que se ha escurrido entre tus manos. ¿Y para qué necesita Julie el título de los Rutherford? Alex sí que necesita los millones de los Stratford, ésa es la verdad. Alex es un mendigo con título, igual que Elliott. Que Dios me perdone, pero es la verdad.

-Tío, Alex podría comprar a cualquier heredera de Londres con ese título.

-¿Entonces por qué no lo hace?

-Una palabra tuya y Julie se decidirá...

-Y entonces Elliott te mostraría a ti su gratitud por echar una mano, ¿no es verdad? Supongo que con el dinero de mi hija sería muy generoso.

Henry estaba blanco de ira.

-¿Qué tienes tú que ver con ese matrimonio? -continuó Lawrence con amargura-. Te humillas porque necesitas el dinero...

Creyó leer una maldición en los labios de su sobrino.

Se volvió hacia la momia, intentando abstraerse de todo. De nuevo lo rodeaban los tentáculos de todo lo que había dejado en Londres.

¡Pero de repente todo el cuerpo de la momia parecía más sólido! Y el anillo... Ahora era completamente visible, como si el dedo hubiera crecido hasta rasgar las vendas. Lawrence creyó distinguir el color de la carne sana.

«Te estás volviendo loco», dijo para sí. Y de nuevo volvía a sonar aquel ruido. Intentó escucharlo, pero el bullicio procedente del exterior era excesivo. Se acercó más al cuerpo que reposaba en el ataúd. Dios, ¿era pelo lo que veía bajo la envoltura de la cabeza?

-De verdad lo siento por ti, Henry -dijo de repente-. Siento que seas incapaz de saborear un descubrimiento como éste, este rey de la antigüedad, este misterio.

¿Quién había dicho que no podía tocar aquellos restos?

Quizá bastara con retirar unos centímetros de aquellas vendas, podridas.

Cogió su estilete y lo sostuvo en el aire. Veinte años atrás hubiera cortado las vendas sin dudar. Entonces no hubiera tenido que dar explicaciones a ningún funcionario. Hubiera visto con sus propios ojos si debajo de todo aquel polvo...

-Yo no haría eso si fuera tú, tío -intervino Henry-. Los del museo de Londres van a poner el grito en el cielo.

-Te he dicho que te largues.

Oyó a Henry servir una taza de café como si tuviera todo el tiempo del mundo. Su aroma llenó la cámara.

Lawrence se dejó caer de nuevo en la silla de campaña y volvió a enjugarse la frente. Llevaba veinticuatro horas sin dormir. Quizá debía descansar.

-Tómate el café, tío Lawrence -le dijo Henry-. Te lo he servido. -Y allí estaba la taza humeante-. Te están esperando ahí fuera. Estás agotado.

-Maldito idiota -murmuró Lawrence-. Déjame en paz.

Henry dejó la taza delante de él, junto al cuaderno.

-¡Ten cuidado! Ese papiro no tiene precio.

El café tenía un aspecto tentador, aunque fuera Henry quien se lo ofrecía. Tomó la taza, dio un sorbo prolongado y cerró los ojos.

¿Qué había visto al dejar la taza en la mesa? ¿Se había movido la momia a la luz del

sol? Imposible. Súbitamente un ardor insoportable en la garganta borró cualquier otra sensación. Era como si su garganta se estuviera cerrando. No podía respirar ni hablar.

Intentó levantarse. Miró a Henry, y de repente le llegó el olor de la taza, que todavía sostenía con mano temblorosa: almendras amargas. Era el veneno. La taza resbaló de su mano; oyó lejanamente el golpe de la porcelana contra el suelo de piedra.

-¡Por el amor de Dios! ¡Canalla...! -Sintió que caía con las manos extendidas hacia su sobrino, pálido y sombrío, que lo miraba con indiferencia como si aquello no estuviera sucediendo, como si no estuviera muriéndose.

Su cuerpo se convulsionó y se retorció violentamente; lo último que vio mientras caía fue a la momia, iluminada por el sol; lo último que sintió fue el suelo arenoso bajo su rostro ardiendo.

Durante un momento que pareció interminable, Henry Stratford permaneció inmóvil. Miraba el cuerpo de su tío como si no comprendiera lo que veía. Aquello había sido obra de otra persona. Era otro el que había roto la gruesa membrana de frustración y había puesto en marcha aquel horrendo plan. No había sido él el que había introducido la cucharilla de plata en la redoma de veneno y lo había vertido en el café de Lawrence.

Nada se movía bajo la luz polvorienta del sol. Las minúsculas partículas parecían suspendidas en el aire caliente. Sólo se oía un ligero ruido en la cámara; algo como el latido de un corazón.

Imaginaciones. Tenía que acabar con lo que había desencadenado. Tenía que hacer que sus manos dejaran de temblar; tenía que impedir que sus labios dejaran escapar el grito. Pero estaba allí, un grito que, una vez liberado, no acabaría nunca.

«Lo he matado. Lo he envenenado.

»Y el tremendo e inamovible obstáculo que entorpecía mi plan ha desaparecido.»

Se inclinó y buscó el pulso en su muñeca. Sí, estaba muerto. Henry se incorporó mientras luchaba contra una náusea incontenible y sacó varios papeles del maletín. Mojó en tinta la pluma de su tío y escribió el nombre de Lawrence Stratford pulcra y rápidamente, como había hecho otras veces en documentos de poca importancia.

Le temblaba la mano con violencia, pero así era mejor, ya que su tío tenía un temblor parecido. Y sobre los documentos las firmas parecían auténticas.

Dejó la pluma sobre el escritorio y cerró los ojos un momento, intentando tranquilizarse, intentando no pensar. Lo hecho, hecho estaba.

De repente los pensamientos más disparatados cruzaron su mente. ¿Cómo podía volverse atrás? No había sido más que un impulso. Podía hacer volver atrás el tiempo, y su tío estaría vivo. ¡Aquello no podía haber sucedido! Veneno..., café..., Lawrence muerto...

Y entonces un recuerdo acudió a su mente, un recuerdo, puro, tranquilo y agradable del día en que había nacido su prima Julie, veintiún años atrás: su tío y él sentados en el salón; su tío Lawrence, a quien amaba más que a su padre.

-Quiero que sepas que siempre serás mi sobrino, mi amado sobrino...

Dios santo, ¿estaba perdiendo la cabeza? Durante un momento ni siquiera supo dónde estaba. Podría haber jurado que había alguien con él en la sala. ¿Quién podía ser?

Aquel ser que reposaba en el sarcófago. «No lo mires: es un testigo. Tienes que acabar lo que tienes entre manos.

»Los papeles están firmados; las acciones pueden venderse; y ahora hay una poderosa razón para que Julie se case con ese estúpido de Alex Savarell. Y para que mi padre tome en sus manos las riendas de Stratford Shipping.

»Sí. Sí. ¿Pero ahora qué hay que hacer?» Volvió a mirar la mesa: todo estaba allí. Y aquellas seis relucientes monedas de oro con la efigie de Cleopatra. Sí, coger una. La deslizó en su bolsillo con rapidez, sonrojándose un tanto. Sí, aquella moneda debía de valer

una fortuna. Y podría ocultarla en una pitillera; era fácil de ocultar. Muy bien.

Tenía que salir de allí de inmediato. No, no estaba pensando fríamente. Su corazón latía desbocado. Llamar a Samir, aquello era lo lógico. Algo horrible le ha sucedido a Lawrence. ¡Un colapso, un ataque al corazón, quién sabe! Y esta celda es como un horno. Hay que llamar a un médico.

-¡Samir! -gritó, mientras miraba hacia la puerta como un actor aficionado en una escena de horror. Su mirada volvió a caer sobre aquel objeto sombrío y macabro envuelto en vendas de lino. ¿Estaba mirándole? ¿Tenía los ojos abiertos bajo los vendajes? ¡Absurdo! Y sin embargo la idea provocó en él un agudo pánico que dio la justa entonación a su segundo grito de auxilio.

2



El empleado estaba leyendo a escondidas la última edición del *London Herald,* que tenía doblado y oculto tras la oscura mesa lacada. La oficina estaba tranquila a causa de la reunión del consejo, y el único sonido que rompía el silencio era el distante teclear de una máquina de escribir en la oficina de al lado.

MAGNATE DE STRATFORD SHIPPING VÍCTIMA DE LA MALDICIÓN DE LA MOMIA:
«RAMSÉS EL MALDITO» ACABA CON QUIEN INTERRUMPE SU SUEÑO

La tragedia había inflamado la imaginación del público. Era imposible dar un paso sin ver una portada que no estuviera dedicada a lo mismo. Y los periódicos populares se habían cebado en la historia, publicando apresuradas ilustraciones de pirámides y camellos, de la momia en su sarcófago y el pobre señor Stratford muerto a sus pies.

El pobre señor Stratford, que había sido siempre un hombre intachable, recordado ahora por una muerte macabra y ¿sensacionalista.

Pero justo cuando parecía que el tema se agotaba, había recibido una nueva inyección de vitalidad:

LA HEREDERA DESAFÍA
A LA MALDICIÓN DE LA MOMIA:
«RAMSÉS EL MALDITO» VISITARÁ LONDRES

El empleado volvió la página en silencio y dobló de nuevo el periódico en cuatro. Era difícil creer que la señorita Stratford hiciera llevar a Londres todo el tesoro para exhibirlo en su casa de Mayfair. Pero, al fin y al cabo, aquello era lo que siempre había hecho su padre.

El empleado deseó que lo hubieran invitado a la recepción, pero sabía que no tenía la menor oportunidad, a pesar de que ya hacía treinta años que trabajaba para Stratford Shipping.

Un busto de Cleopatra, el único retrato auténtico conocido. Y monedas recién acuñadas con su efigie y nombre. ¡Ah, cómo le habría gustado poder ver aquellos tesoros en la biblioteca del señor Stratford! Pero tendría que esperar a que el Museo Británico reclamara la colección y la expusiera para disfrute de lores y plebeyos.

Y también había cosas que habría querido contarle a la señorita Stratford de haber tenido la oportunidad, cosas que quizás el señor Stratford hubiera querido que supiera.

Por ejemplo, que Henry Stratford no había aparecido por su despacho desde hacía ya un año, y sin embargo seguía cobrando un importante sueldo y beneficios; y que el señor Randolph le extendía cheques con cargo a los fondos de la compañía y amañaba los libros.

Pero quizás a la señorita no le importara todo aquello. El testamento la había convertido en única heredera de la compañía de su padre. Por ello estaba en aquel mismo momento en la sala de juntas con su flamante novio, Alex Savarell, vizconde de Summerfield.

Randolph no podía soportar verla llorar así. Era monstruoso presionarla en aquel

momento para que firmara más papeles. Julie parecía sumamente frágil vestida de luto; tenía el rostro húmedo y brillante, como si tuviera fiebre, y en sus ojos relucía la extraña luz que Randolph había visto cuando ella le había notificado la muerte de su padre.

Los demás miembros del consejo guardaban un sombrío silencio sin levantar la vista. Alex la sostenía por el brazo con gentileza. Parecía un tanto desconcertado, como si no comprendiera la muerte, pero en realidad era que no quería verla sufrir. Era un alma sencilla, y parecía fuera de lugar entre todos aquellos comerciantes y hombres de negocios: el aristócrata de porcelana con su heredera.

«¿Por qué tenemos que sorportar todo esto? ¿Por qué no nos dejan en paz con nuestro dolor?», se dijo Randolph.

Sin embargo, él estaba allí porque tenía que hacerlo, aunque nunca le había parecido todo tan carente de sentido como ahora. Jamás habían puesto a prueba de forma tan dolorosa el amor que sentía por su hijo.

-No puedo tomar decisiones todavía, tío Randolph -le dijo ella con calma.

-Por supuesto que no, querida -respondió él-. Nadie espera que lo hagas. Sólo te pido que firmes este permiso para la utilización de fondos de emergencia y dejes el resto en nuestras manos.

-Quiero ponerme al corriente de todo, participar en la marcha de la compañía -repuso ella-. Eso es sin duda lo que mi padre quería. Todo ese asunto de los almacenes en la India... No comprendo cómo ha podido llegar a ser tan crítica la situación. -Hizo una pausa y se sintió ajena a todo aquello, quizás incapaz de comprenderlo. Las lágrimas afluyeron de nuevo a sus ojos.

-Déjalo en mis manos, Julie -dijo él cansadamente-. Llevo muchos años haciendo frente a las crisis de la India.

Randolph empujó los documentos hacia ella. «Firma, por favor, firma. No me pidas explicaciones ahora. No añadas humillación a este dolor.»

Lo sorprendente era que añorase tanto a su hermano. Con frecuencia desconocemos nuestros sentimientos hacia los que amamos hasta que desaparecen. Había pasado toda la noche despierto, recordando: los días de Oxford, sus primeros viajes a Egipto (Lawrence, Elliott Savarell y él), aquellas noches en El Cairo... Se había despertado muy pronto y había estado ojeando viejas fotos y papeles. ¡Qué recuerdos tan vividos!

Y de repente, sin ánimo ni voluntad, estaba intentando, engañar a la hija de Lawrence. Estaba intentando una vez más tapar diez años de mentiras y engaños. Lawrence había hecho de Stratford Shipping lo que era porque realmente no le importaba el dinero. ¡Dios, qué riesgos financieros no habría corrido Lawrence! ¿Y qué había hecho él desde que se había hecho cargo de la empresa? Tirar de las riendas y robar.

Entonces vio con asombro cómo Julie tomaba la pluma y estampaba su nombre con rapidez sobre los diferentes papeles sin molestarse en leerlos. Bien, durante un tiempo seguiría a salvo de las inevitables preguntas que algún día le haría.

«Lo siento, Lawrence. -Fue como una oración silenciosa-. Quizá si supieras toda la historia...»

-Tío Randolph, dentro de unos días quiero que nos sentemos y me pongas al corriente de todo. Creo que es lo que papá quería. Pero estoy tan cansada... Es hora de que me retire a casa.

-Te acompañaré -ofreció Alex al instante, ayudándola a levantarse.

«¡El entrañable y buen Alex! ¿Por qué no tendrá mi hijo ni una partícula de su bondad? El mundo entero habría podido ser suyo.»

Randolph se apresuró a abrir las puertas de la sala. Para su asombro, vio esperando en la antesala a los hombres del Museo Británico. Otra contrariedad. Habría hecho salir a Julie por otra puerta de haberlo sabido. No le gustaba el untuoso Hancock, que se comportaba

como si todo lo que había descubierto Lawrence perteneciera al museo y al mundo.

-Señorita Stratford -dijo el funcionario acercándose a Julie-, todo está arreglado. La primera exposición de la momia tendrá lugar en su casa, como su padre habría deseado. Por supuesto, catalogaremos todo y trasladaremos la colección al museo tan pronto como usted lo diga. Creí que querría tener mis garantías personales...

-Desde luego -respondió Julie con aire ausente. Era evidente que aquello no le interesaba más que una reunión del consejo de dirección-. Se lo agradezco, señor Hancock. Sabe usted bien lo que este descubrimiento significaba para mi padre. -De nuevo hizo una pausa, como si fuera a echarse a llorar otra vez. ¿Y por qué no? Sólo deseaba haber estado con él en Egipto.

-Cariño, murió siendo completamente feliz -intervino Alex sin mucha convicción-. Y entre los objetos que amaba.

Bonitas palabras, pero la verdad era que el destino había estafado a Lawrence al permitirle disfrutar de su gran descubrimiento apenas unas horas. Hasta Randolph lo comprendía.

Hancock tomó a Julie del brazo y la condujo hacia la puerta.

-Desde luego, es imposible autentificar los restos hasta que llevemos a cabo un examen a fondo. Las monedas, el busto, se tratan de descubrimientos sin precedentes...

-No vamos a lanzar las campanas al vuelo, señor Hancock. Sólo quiero dar una pequeña recepción a los viejos amigos de mi padre.

Julie le tendió la mano en un claro gesto de despedida. Realizaba siempre aquellas acciones con decisión, como su padre; y como el duque de Rutherford, pensándolo bien. Julie siempre había tenido un porte aristocrático. Si tan sólo fuera posible que se realizara ese matrimonio...

-Adiós, tío Randolph.

El se inclinó para besarle la mejilla.

-Te quiero, pequeña -susurró sin pensarlo. Lo sorprendió la sonrisa que afloró al rostro de su sobrina. ¿Habría comprendido lo que quería decir? «Lo siento, lo siento por todo, pequeña.»

Por fin estaba sola en la escalinata de mármol. Todos se habían ido, excepto Alex, y en el fondo de su corazón habría preferido que él también se fuera. Nada deseaba tanto en aquel momento como el silencioso interior de su Rolls-Royce con gruesos cristales que la aislaban por completo del mundo exterior.

-Sólo voy a decirte esto una vez, Julie -dijo Alex mientras la ayudaba a descender la escalinata-, pero te lo digo con todo mi corazón: no dejes que esta tragedia posponga nuestro matrimonio. Sé cómo te sientes, pero ahora estás sola en la casa. Y yo quiero estar contigo, cuidar de ti. Quiero que seamos marido y mujer.

-Alex, te mentiría si te dijera que puedo tomar una decisión en este momento -repuso ella-. Necesito tiempo para pensar. Más que nunca.

De repente se le hizo insoportable mirarle: parecía tan joven... ¿Había sido ella joven también? La pregunta habría hecho sonreír a su tío Randolph. Ella tenía veintiún años. Pero, a los veinticinco, Alex le parecía un niño. Y le dolía no amarle tanto como él merecía.

La luz del sol le hirió los ojos al salir a la calle, y se cubrió el rostro con el velo que llevaba prendido al sombrero. No había periodistas, gracias a Dios, y allí estaba esperándola el gran coche negro con la puerta abierta.

-No estaré sola, Alex -dijo ella con suavidad-. Tengo a Rita y a Osear. Y Henry va a instalarse en su antigua habitación, porque el tío Randolph insistió en ello. Voy a tener más compañía de la que quisiera.

Henry. La última persona en el mundo que hubiera deseado ver era Henry. Qué ironía

que hubiese sido él precisamente la última persona que su padre había visto antes de cerrar los ojos para siempre.

Los periodistas se lanzaron sobre Henry Stratford cuando saltó a tierra. ¿Tenía miedo de la maldición de la momia? ¿Había visto algo sobrenatural en la cámara de piedra donde había muerto Lawrence Stratford? Henry se abrió paso hasta la aduana en silencio, haciendo caso omiso de los ruidosos y humeantes fogonazos de los *flashes.* Miró con gélida impaciencia a los funcionarios, que registraron su escaso equipaje y le indicaron con una seña que podía continuar.

El corazón le latía en los oídos, y necesitaba beber algo. Deseaba encontrarse ya en su tranquila casa de Mayfair. Deseaba estar con su amante, Daisy Banker. Cualquier cosa menos aquel viaje en coche con su padre. Evitó los ojos de Randolph al subir al asiento trasero del Rolls.

Mientras el largo y pesado vehículo se abría camino entre el espeso tráfico, Henry vio por un instante a Samir Ibrahaim, que saludaba a un grupo de hombres vestidos de negro, indudablemente los buitres del museo. Era una suerte que el cadáver de Ramsés el Grande interesara a todo el mundo más que el de Lawrence Stratford, que había sido enterrado en Egipto sin ceremonia, como había sido su voluntad.

Dios santo, su padre tenía un aspecto horrible, como si hubiera envejecido diez años. Parecía incluso un poco desaliñado.

-¿Tienes un cigarrillo? -preguntó Henry con sequedad. Sin mirarlo, Randolph le ofreció un delgado cigarrillo y fuego.

-El matrimonio sigue siendo lo esencial -murmuró Randolph como si hablara para sí-. Una recién casada no tiene tiempo para pensar en negocios. Y por el momento, lo he dispuesto todo para que te traslades con ella. No puede quedarse sola.

-¡Pero por Dios, padre, estamos en el siglo veinte! ¿Por qué demonios no puede quedarse sola?

¿Vivir en aquella casa, y además con aquella asquerosa momia en la biblioteca? Se ponía enfermo de pensarlo. Cerró los ojos, saboreó el cigarrillo en silencio y pensó en su amante. Una sucesión de imágenes sensuales atravesó rápidamente su mente.

-Maldita sea, harás lo que te diga -dijo su padre. Pero a su voz le faltaba convicción. Randolph miró por la ventana-. Te quedarás allí y cuidarás de ella, y harás todo lo posible por que acceda a contraer matrimonio cuanto antes. Haz todo lo que puedas para que no se aparte de Alex. Creo que ha empezado a cansarse de él.

-No me extraña. Si por lo menos Alex fuera un poco más decidido...

-Ese matrimonio es bueno para ella. Es bueno para todos.

-De acuerdo, de acuerdo. Vamos a dejarlo.

Se hizo el silencio. Tenía tiempo para cenar con Daisy y descansar un rato en el piso antes de bajar a la sala de juego de Flint's. Es decir, si conseguía sacarle algo de dinero a su padre...

-No sufrió, ¿verdad?

Henry tuvo un ligero sobresalto.

-¿Qué? ¿De qué estás hablando?

-De tu tío -dijo Randolph mientras se volvía hacia él Por primera vez desde que había subido al coche-. El difunto Lawrence Stratford, que acaba de morir en Egipto. ¿Sufrió, por el amor de Dios, o murió sin darse cuenta?

-Estaba perfectamente y un momento después estaba tendido en el suelo. Murió en cuestión de segundos. ¿Porgué me preguntas una cosa así?

-¿Eres acaso un maldito desaprensivo?

-¡No pude hacer nada!

Por un momento volvió a sentir la atmósfera agobiante de la pequeña celda, el olor acre del veneno; y aquello, el cadáver envuelto en vendajes: la absurda sensación de que había sido testigo de todo.

-Era un viejo loco y testarudo -murmuró Randolph casi en un susurro-, pero lo quería.

-¿De verdad? -Henry se volvió hacia él con brusquedad y lo miró a los ojos-. ¡Le ha dejado todo a ella, y dices que lo querías!

-Ya nos dio bastante a los dos hace mucho tiempo. Debería haber sido suficiente, más que suficiente.

-Una miseria en comparación con lo que ella ha heredado.

-No vamos a discutir ese tema.

«Paciencia -se dijo Henry, repantigándose en la suave tapicería gris-. Necesito cien libras y ésta no es la manera de conseguirlas.»

Daisy Banker vio bajar a Henry del taxi a través de las cortinas de encaje. Vivía en un piso amplio encima del *music-hall* en el que cantaba cada noche desde las diez de la noche a las dos de la mañana; semejaba un melocotón suave y maduro, con grandes y soñolientos ojos azules y cabello rubio plateado. Su voz no valía gran cosa, y lo sabía; pero el público estaba loco por ella. Vaya si lo estaba.

Y a ella le gustaba Henry Stratford, o eso quería pensar. Desde luego aquel hombre era lo mejor que le había ocurrido en su vida. Le había conseguido el trabajo en el espectáculo de abajo, aunque no tenía la menor idea de cómo. También pagaba el piso, o eso se suponía. Daisy sabía que debía atrasos, pero ahora acababa de volver de Egipto y lo arreglaría todo o le cerraría la boca a quien se atreviera a decirle algo. Sabía hacerlo muy bien.

Se acercó al espejo mientras lo oía subir las escaleras. Entreabrió el escote de plumas del salto de cama y se arregló el collar de perlas que llevaba en la garganta. Estaba pellizcándose las mejillas para darles color cuando él introdujo la llave en la cerradura.

-¡Bueno, ya estaba dudando que volvieras! -exclamó mientras él entraba en la habitación. Pero al mirarlo..., siempre le sucedía lo mismo. Era tan atractivo, con aquel cabello y aquellos ojos castaño oscuro, con su forma de moverse. Era un auténtico caballero.

Henry se quitó la capa, la lanzó despreocupadamente sobre la silla y le hizo un gesto para que fuera hacia él. ¡Era tan perezoso, tan pagado de sí mismo! ¿Y por qué no iba a serlo?

-¿Y mi automóvil? Me prometiste un automóvil antes de irte. ¿Dónde está? No has venido en él. Era un taxi.

Había algo terriblemente frío en su sonrisa. Al besarla le hizo daño en los labios a la vez que clavaba los dedos en la suave carne de su brazo. Daisy sintió que un ligero escalofrío ascendía por su espina dorsal. Los labios le temblaron levemente. Lo besó otra vez, y cuando él la llevó a la cama no dijo una palabra.

-Tendrás tu automóvil -le susurró al oído mientras le arrancaba el salto de cama y la apretaba contra sí hasta que sus pezones tocaron la rugosa pechera de su camisa almidonada.

Ella le besó la mejilla y la barbilla, y le lamió la barba incipiente. Era maravilloso sentirlo respirar así, sentir sus manos sobre los hombros.

-No me hagas daño -susurró.

-¿Por qué no?

Sonó el teléfono y sintió deseos de arrancarlo de la pared. Mientras él respondía, Daisy le fue desabrochando la camisa.

-Te dije que no volvieras a llamar, Sharples.

«Oh, ese maldito hijo de puta», pensó ella con desesperación. Ojalá estuviera muerto.

Daisy había trabajado para él antes de que Henry la rescatara. Y Sharples era un hombre totalmente ruin. Daisy todavía conservaba su marca: una pequeña media luna en la nuca.

-Te dije que te pagaría cuando volviera, ¿no? ¡Pues déjame deshacer las maletas! -Colgó con violencia el pequeño receptor en su gancho. Daisy apartó el teléfono fuera de su alcance.

-Ven aquí conmigo, cariño mío -dijo ella mientras, se sentaba en la cama.

Pero sus ojos se entrecerraron ligeramente al verlo mirar el teléfono. Así que todavía tenía problemas de dinero: estaba sin blanca.

Era extraño. No se había celebrado en la casa el velatorio de su padre, y allí estaban aquellos hombres introduciendo cuidadosamente el sarcófago de Ramsés el Grande como si fueran los portadores de un féretro, a través de la doble puerta del salón hasta la biblioteca, que Lawrence siempre había llamado «la sala egipcia». Un velatorio para la momia, y el que debía haberlo presidido no estaba allí.

Julie vio cómo Samir daba instrucciones a los hombres del museo para que colocaran el sarcófago de pie en la esquina sudeste, a la izquierda de las puertas abiertas del invernadero. Un emplazamiento perfecto: cualquiera que entrase en la casa lo vería enseguida. Desde el salón central también se veía bien, y la momia parecería tener una panorámica completa de todos los que se reunieran a rendirle homenaje cuando se levantara la tapa y el cuerpo fuese revelado.

Los papiros y los pomos de alabastro estarían expuestos sobre la larga mesa de mármol, bajo el espejo colgado a la izquierda del sarcófago, en la pared este. Estaban colocando el busto de Cleopatra sobre un pedestal en el centro de la habitación. Las monedas de oro irían en una vitrina especial junto a la mesa de mármol. Y Samir se encargaría de distribuir por aquí y por allá otros tesoros de menor importancia.

El suave sol de la tarde entró en la biblioteca desde el invernadero e iluminó la máscara de oro del rey y sus brazos cruzados.

Era una belleza, y evidentemente auténtico. Sólo un loco habría cuestionado su autenticidad. ¿Pero cuál era el significado de toda la historia?

Julie deseó que todos se fueran, poder quedarse sola para examinar el tesoro con detenimiento. Pero parecía que aquellos hombres iban a quedarse para siempre. Y Alex: ¿qué hacer con Alex, que se empeñaba en permanecer a su lado sin darle un momento de respiro?

Se había alegrado de ver a Samir, aunque el dolor del compañero de su padre había agudizado el suyo propio.

Parecía tenso e incómodo enfundado en el traje occidental negro y con aquella camisa blanca almidonada. Vestido con las sedas de su tierra era un príncipe de ojos oscuros, ajeno a las grises rutinas de este ruidoso siglo y a su obsesiva lucha por el progreso. Allí parecía fuera de lugar, casi servil, a pesar del tono imperioso con que daba órdenes a los hombres que lo rodeaban.

Alex miró a los empleados del museo y sus reliquias con extrañeza. ¿Qué ocurría? Aquellos objetos no significaban nada para él; pertenecían a otro mundo. ¿Pero era posible que no le parecieran bellos? A Julie le resultaba muy difícil comprenderlo.

-Me pregunto si existe realmente una maldición -susurró Alex con suavidad.

-Oh, por favor, no seas ridículo -respondió Julie-. Bien, creo que van a estar trabajando aquí un rato. ¿Por qué no tomamos el té en el invernadero?

-Sí, estaría bien -aceptó él. Era disgusto, y no confusión, lo que se leía en su cara, ¿verdad? No sentía nada por aquellos tesoros. Eran algo ajeno a él, no le importaban. Ella se hubiera sentido igual contemplando una incomprensible máquina moderna.

Se sintió triste. Pero en aquel momento todo la entristecía, y sobre todo el pensar que su

padre había tenido tan poco tiempo para disfrutar de aquel tesoro, que había muerto el mismo día de su descubrimiento. Y tener que ser ella quien disfrutara de los objetos que él había descubierto en aquella misteriosa y controvertida tumba...

Quizá después del té Alex comprendiera que quería estar sola. Atravesaron la biblioteca y pasaron al invernadero rebosante de helechos y flores que ocupaba toda la parte trasera de la casa.

Aquél había sido siempre el lugar favorito de su padre cuando no estaba en la biblioteca. No era casualidad que su escritorio y todos sus libros estuvieran a pocos pasos, al otro lado de la puerta de cristal.

Se sentaron juntos ante la mesita mientras el sol jugaba caprichosamente sobre el juego de té de plata.

-Sirve tú, por favor -le pidió a Alex. Aquello era algo que sí le era familiar.

¿Había conocido alguna vez a alguien que supiera hacer tan bien todas las cosas insignificantes? Alex sabía montar a caballo, bailar, tirar al blanco, servir el té, hacer deliciosos cócteles americanos o sumergirse en el protocolo de Buckingham Palace sin pestañear. Podía leer una poesía con tal expresividad que incluso era capaz de hacerla llorar. También sabía besar muy bien, y no había duda de que el matrimonio con él tendría momentos profundamente sensuales. ¿Pero qué más tendría?

De repente se sintió egoísta. ¿Es que no era suficiente? No lo había sido para su padre, un príncipe del comercio cuyos modales eran idénticos a los de sus amigos aristócratas. Todo aquello no había significado nada para él.

-Bebe, cariño, lo necesitas -le dijo Alex, ofreciéndole el té como a ella le gustaba: sin leche ni azúcar; sólo una fina rodaja de limón.

Julie pensó si alguien *necesitaría* realmente el té.

La luz pareció cambiar a su alrededor, velada por una sombra. Levantó los ojos y vio que Samir había entrado silenciosamente en la habitación.

-Samir, siéntate con nosotros.

El egipcio hizo un gesto para que no se levantara. Llevaba en la mano un cuaderno con tapas de cuero.

-Julie -dijo con una mirada lenta y deliberada hacia la sala egipcia-, te he traído el cuaderno de notas de tu padre. No he querido dárselo a los del museo.

-Oh, cuánto te lo agradezco. Siéntate con nosotros, por favor.

-No. Debo volver al trabajo de inmediato. Quiero asegurarme de que todo quede como es debido. Y tú debes leer ese diario, Julie. Los periódicos no han publicado más que una parte de la historia. Aquí hay mucho más...

-Vamos, siéntate un momento -insistió ella-. Ya nos ocuparemos de todo eso después.

Tras una breve vacilación, Samir tomó asiento. Se acomodó junto a Julie e hizo un cortés gesto de saludo a Alex, a quien lo habían presentado poco antes.

-Julie, tu padre no había hecho más que empezar a traducir esos papiros. Sabes cómo dominaba las lenguas clásicas...

-Sí. Estoy ansiosa por leerlo. ¿Pero qué es lo que te preocupa? -preguntó ella muy seria-. ¿Qué ocurre?

-Julie, este descubrimiento me hace sentir incómodo _repuso Samir tras pensar un momento-. Hay algo raro en la momia y los venenos que había en la tumba.

-¿Son en verdad los venenos de Cleopatra? -inquirió Jex-. ¿No es una invención de los periodistas?

-Eso nadie puede saberlo -respondió Samir cortésmente.

-Usted no cree en la maldición, ¿verdad? -dijo Alex. Samir esbozó una ligera sonrisa.

-No -contestó-. Sin embargo -agregó volviéndose a Julie-, prométeme que si ves algo extraño, incluso si tienes un presentimiento, me llamarás enseguida al museo.

-Pero, Samir, nunca pensé que creyeras en...

-Julie, las maldiciones no son corrientes en Egipto -la interrumpió él-. Y las admoniciones escritas en la entrada de esta tumba eran muy serias. Y además está la historia de la inmortalidad de ese hombre. Encontrarás más detalles en ese cuaderno.

-Pero tú no piensas que mi padre muriera por culpa de esa maldición, ¿verdad, Samir?

-No. Pero el contenido de esa tumba desafía a cualquier explicación. Excepto si damos crédito... Pero eso es absurdo. Sólo te pido que no dejes pasar ningún detalle. Si me necesitas, llámame de inmediato.

Samir se levantó bruscamente y volvió a la biblioteca. Julie lo oyó dirigirse en árabe a uno de los empleados. Los observó a través de las puertas abiertas de la biblioteca con una sensación de incomodidad.

«El dolor -pensó- es una emoción extraña e incomprensible. Samir también sufre por mi padre, como yo, y por eso el descubrimiento no significa nada para él. Qué difícil debe de resultarle todo esto.»

Y habría disfrutado tanto con todos los preparativos si... Bien, lo comprendía. Pero a ella no le sucedía lo mismo: apenas podía esperar a quedarse a solas con Ramsés el Grande y su Cleopatra. Pero entendía a Samir. Y el dolor por la muerte de su padre seguiría ahí para siempre; en realidad, no quería que desapareciera. Volvió los ojos hacia Alex y vio que éste la estaba mirando como un pobre muchacho, profundamente preocupado por ella.

-Te quiero -susurró él de repente.

-Bueno, ¿pero qué te sucede? -Julie se echó a reír suavemente.

El pareció desconcertado, asustado. Su apuesto prometido estaba sufriendo otra vez, y ella no podía soportarlo.

-No lo sé -respondió él-. Quizá yo también tenga un presentimiento. ¿No es eso lo que dijo? Sólo sé que quiero recordártelo: te quiero.

-Oh, Alex, mi querido Alex. -Se acercó a él y lo besó, y él le oprimió la mano con desesperación.

El llamativo reloj del tocador de Daisy dio las seis.

Henry se recostó sobre la almohada, se desperezó y cogió la botella de champán. Llenó su copa y a continuación la de ella.

Ella todavía tenía un aire soñoliento, y el fino tirante de satén del camisón había resbalado por su redondeado brazo.

-Bebe, cariño -dijo él.

-Ya no más, amor. Canto esta noche -repuso ella alzando la barbilla con arrogancia-. No puedo pasarme el día bebiendo como uno que yo sé.

Tomó un trozo del asado de su plato y se lo introdujo con torpeza en la boca; tenía una boca preciosa.

-Pero esa prima tuya, ¿no tiene miedo de esa momia asquerosa? ¡Llevársela a su propia casa!

Sus grandes y estúpidos ojos azules estaban fijos en los de él. Así era como le gustaban, pero echaba de menos a Malenka, la bella egipcia, y mucho. Lo bueno de las mujeres orientales era que no tenían por qué ser estúpidas; pueden ser inteligentes y a la vez fáciles de manejar. Con una mujer como Daisy, la estupidez era esencial. Y había que hablarle, y hablarle, y hablarle.

-¿Por qué va a tener miedo de esa maldita momia? -contestó él irritado-. La muy estúpida va a entregar todo el tesoro al museo. Mi prima no sabe lo que es el dinero. Ahora tiene demasiado. Mi tío me dejó a mí las migajas y a ella todo un imperio. El fue el que...

Henry se detuvo bruscamente. Volvió a ver la pequeña cámara, los rayos de sol que caían sobre aquella cosa. Y vio *lo que había hecho.* No. No era cierto. Lawrence había muerto de un ataque al corazón. Allí, tendido en el suelo.

«¡Yo no lo hice!» Y aquella cosa... No podía haber visto nada tras los vendajes. ¡Era absurdo!

Vació la copa de champán demasiado rápido. Ah, pero estaba bueno. Volvió a llenarla.

-Pero tener una asquerosa momia en casa... -insistió Daisy.

Repentinamente Henry volvió a ver aquellos ojos mirándolo a través de las vendas medio podridas. Sí, mirándolo. «¡Ya basta, estúpido, hiciste lo que tenías que hacer! Olvídalo, o te volverás loco.»

Se levantó de la mesa con aire vacilante, se puso la chaqueta y se arregló la corbata.

-¿Pero adonde vas? -preguntó Daisy-. Has bebido demasiado para salir, si te interesa mi opinión.

-No me interesa -respondió él. Daisy sabía adonde iba. Tenía las cien libras que había conseguido de su padre, y el casino estaba abierto desde el anochecer.

Henry quería estar solo en la mesa de juego para poder concentrarse. Sólo pensar en el tapete verde iluminado por las lámparas y en el ruido de los dados y la ruleta le producía una profunda excitación. Si tenía suerte, se retiraría. Se lo había jurado muchas veces. Y con cien libras para empezar... No, no podía esperar.

Sabía que se encontraría con Sharples, y que le debía mucho dinero. ¿Pero cómo iba a pagarle si no ganaba en la mesa? Aunque presentía que no iba a ser una noche de suerte, tenía que intentarlo.

-Quédate un rato. Por favor, siéntate -le pidió Daisy, que se había levantado y lo seguía-. Tómate otra copa de champán conmigo y luego dormiremos un rato. No son más que las seis.

-Déjame en paz -contestó él. Se puso la capa y los guantes de piel. «Sharples. Estúpido.» Buscó en el bolsillo de la chaqueta la navaja que llevaba desde hacía años. Sí, seguía allí. La sacó y examinó la delgada hoja de acero.

-Oh, no, por favor -murmuró Daisy ahogadamente.

-No seas imbécil -replicó él con desprecio. Cerró la navaja y se la guardó en el bolsillo. Sin decir nada más se dirigió a la puerta.

No se oía más sonido que el rumor de la fuente del invernadero. La luz cenicienta del atardecer había desaparecido hacía rato, y la sala egipcia estaba sólo iluminada por la pantalla verde de la lámpara del escritorio de Lawrence.

Julie estaba sentada en la butaca de cuero de su padre, con la espalda contra la pared, vestida con un salto de cama de seda, suave y cómodo, y sorprendentemente cálido. Tenía la mano sobre el diario que todavía no había comenzado a leer. La reluciente máscara de Ramsés el Grande parecía sutilmente amenazadora, y sus grandes ojos almendrados se clavaban en las sombras; el busto de mármol de Cleopatra parecía relucir con una suave luz propia. Y las hermosas monedas se distinguían, montadas sobre terciopelo negro, contra la pared del fondo.

Julie las había inspeccionado con detenimiento antes. El mismo perfil que el busto, el mismo cabello ondulado bajo la tiara de oro. Era una Cleopatra griega, no la tonta imagen egipcia popularizada por las representaciones de la tragedia de Shakespeare o por los grabados que ilustraban las *Vidas* de Plutarco y los libros de historia barata.

Era el perfil de una mujer muy hermosa; fuerte, no trágica. Fuerte como a los romanos les gustaba que fueran sus héroes y heroínas.

Los gruesos rollos de papiro alineados sobre la mesa de mármol parecían sumamente frágiles, y los demás objetos también podrían haber sido dañados por unas manos inexpertas: plumas de ganso, tinteros, un pequeño quemador de plata con varios recipientes de cristal. A su lado había una colección de pequeños tubos de cristal exquisitamente tallados, con diminutos tapones de plata. Por supuesto, todos aquellos tesoros, así como las jarras de alabastro alineadas tras ellos, estaban protegidos por pequeños letreros escritos

con esmero que advertían: «Por favor, no tocar».

Sin embargo le preocupaba que fuera a acudir tanta gente a ver aquellos objetos.

-Os recuerdo que todo esto son venenos -había dicho Julie a Rita y Osear, su doncella y mayordomo. Aquello había sido suficiente para mantenerlos alejados de la habitación.

-Es un muerto, señorita -había contestado Rita-. ¡Un cadáver! Me da igual que sea un rey egipcio. Como yo digo, hay que dejar a los muertos en paz.

Julie se había reído para sí.

-El Museo Británico está lleno de muertos, Rita.

Si al menos los muertos *pudieran* volver. Si pudiera comunicarse con el fantasma de su padre... Lo imaginó por un momento. Verlo otra vez, hablar con él, oír su voz. «¿Qué ocurrió, papá? ¿Sufriste? ¿Tuviste miedo en algún momento?»

En efecto, no le habría importado recibir una visita así; pero lo terrible era que aquello no iba a ocurrir. Caminamos de la cuna a la tumba abrumados por las tragedias mundanas. El esplendor de lo sobrenatural se queda en los cuentos y poemas y en las obras de Shakespeare.

¿Pero por qué seguir pensando en ello? Por fin estaba a solas con los tesoros de su padre y podía leer las últimas palabras que había escrito.

Fue pasando las páginas hasta la fecha del descubrimiento. Y las primeras palabras que leyó le llenaron los ojos de lágrimas.

«Tengo que escribir a Julie, contárselo todo. Los jeroglíficos de la puerta son perfectos; debieron ser escritos por alguien que sabía muy bien lo que estaba haciendo. Y sin embargo el griego es del período tolomeico. [El período tolomeico corresponde a la dinastía macedónica que gobernó Egipto desde la muerte de Alejandro Magno (323 a. C.) hasta la muerte de Cleopatra (30 a. C.). *(N. del T.)]* Y el latín es muy evolucionado. Parece imposible, pero así es. Samir parece extrañamente acobardado y supersticioso. Tengo que dormir unas horas. ¡Esta noche entraré!»

A continuación había un apresurado boceto de la entrada de la tumba con las tres grandes inscripciones. Julie volvió la página con impaciencia.

«Las nueve de la noche por mi reloj. Por fin estoy dentro de la cámara. Parece más una biblioteca que una tumba. El cadáver yace en un sarcófago real junto a una mesa en la que hay unos treinta rollos de papiro escritos en latín, apresuradamente pero con estilo cuidadoso. Hay gotas de tinta por todos lados, pero el texto es completamente coherente.

"Llamadme Ramsés el Maldito, porque ése es el nombre que yo mismo he adoptado. Pero una vez fui Ramsés el Grande, rey del Alto y Bajo Egipto, azote de los hititas, padre de muchos hijos e hijas, que gobernó Egipto durante sesenta y cuatro años. Mis monumentos siguen en pie; la estela cuenta mis victorias, aunque han pasado mil años desde que me sacaron, como a cualquier mortal, del vientre de mi madre.

"Oh, el momento fatal ya enterrado en el tiempo, cuando arrebaté el maldito elixir a una sacerdotisa hitita. No escuché sus advertencias pues ansiaba la inmortalidad. Por ello bebí la poción de la copa rebosante. Y ahora, después de los siglos, entre los venenos de mi reina perdida he ocultado la poción que no quiso beber de mis manos ella, mi desaparecida Cleopatra."»

Julie interrumpió la lectura. El elixir, ¿escondido entre aquellos venenos? Entonces comprendió lo que Samir había querido decir: los periódicos no habían contado aquella parte del misterio. ¡Era extraordinario! Entre aquellos venenos se ocultaba una fórmula que daba la vida eterna.

-¿Pero quién ha podido crear una fantasía así? -murmuró para sí.

Inconscientemente volvió la vista hacia el busto de mármol de Cleopatra. La inmortalidad. ¿Por qué habría rechazado Cleopatra el elixir? ¡Oh, estaba empezando a creer la historia! Sonrió.

Volvió la página del diario. Allí se interrumpía la traducción. Su padre sólo había escrito:

«Continúa describiendo cómo lo despertó Cleopatra de su profundo sueño, cómo él se convirtió en su maestro, en su amante, cómo la vio seducir a los generales romanos uno por uno...»

-Sí -susurró Julie-. Primero Julio César y después Marco Antonio. ¿Pero por qué no tomó el elixir? A continuación había otro párrafo traducido:

«"¿Cómo podría soportar más tiempo este peso? ¿Cómo acostumbrarme a la soledad? Y sin embargo no puedo morir. Sus venenos no me afectan. Custodian mi elixir para que pueda soñar con otras reinas, bellas y sabias, que compartan conmigo el paso de los siglos. ¿Pero no es su rostro el que veo? ¿No es su voz la que oigo? Cleopatra. Ayer. Mañana. Cleopatra."»

A continuación Lawrence había copiado en latín varios párrafos que Julie no pudo leer. Ni siquiera con la ayuda de un diccionario habría podido traducirlos. Había también unas líneas de egipcio demótico, aún más incomprensibles que el latín. Nada más.

Dejó el cuaderno sobre la mesa, intentando luchar contra las lágrimas inevitables. Era como si pudiera sentir la presencia de su padre en la habitación. ¡Qué emoción debía de haber sentido! ¡Qué maravilloso era leer su letra!

Y qué increíble resultaba todo aquel misterio.

En algún lugar entre aquellos venenos había un elixir que daba la inmortalidad. No hacía falta tomarlo en sentido literal para ver la belleza de la imagen. Pero Ramsés el Maldito lo había creído. Y quizá su padre. Y, por el momento, ella misma casi lo creía también.

Se levantó lentamente y se aproximó a la larga mesa de mármol que había contra la pared opuesta de la sala. Los rollos parecían demasiado frágiles. Había fragmentos y trozos de papiro diseminados por toda la mesa, a pesar de que los empleados del museo los habían sacado de sus cajas con extremo cuidado. No se atrevió a tocarlos. Además, no hubiera podido leerlos. En cuanto a las redomas, tampoco debía tocarlas. ¿Y si algún veneno se vertía o escapaba al aire?

De repente se miró en el espejo que colgaba de la pared. Volvió al escritorio y abrió el periódico que había encima.

Hacía ya varios meses que *Marco Antonio y Cleopatra,* de Shakespeare, se mantenía en cartel en Londres. Alex y ella habían pensado ir a verla, pero Alex solía quedarse dormido durante las representaciones. Sólo le gustaban los musicales de Gilbert y Sullivan, y normalmente a la mitad del tercer acto ya estaba dando cabezadas.

Julie estudió el pequeño anuncio del espectáculo. Se levantó y buscó el libro de Plutarco en la estantería que había detrás del escritorio.

¿Dónde estaba la historia de Cleopatra? Plutarco no le había dedicado una biografía completa. No, por supuesto; su historia estaba incluida en la de Marco Antonio.

Hojeó con cuidado el libro hasta llegar a los pasajes que recordaba vagamente. Cleopatra había sido una gran reina, dotada de gran inteligencia política. No sólo había seducido a César y a Marco Antonio, sino que había impedido durante décadas la conquista romana de Egipto. Tras el suicidio de Marco Antonio, ella se había dado muerte, y

entonces Octavio había caído sobre Egipto. La pérdida ante Roma era inevitable, pero ella casi había conseguido que volvieran las tornas. Si Julio César no hubiera sido asesinado, Cleopatra podría haberse convertido en su emperatriz. Si Marco Antonio hubiera sido más fuerte, podría haber derrotado a Octavio.

Sin embargo, incluso en sus últimos momentos, Cleopatra había salido triunfante a su manera. Octavio quería llevarla a Roma como prisionera real, pero ella lo había burlado. Había probado docenas de venenos en prisioneros condenados y al fin había elegido la mordedura del áspid para quitarse la vida. Sus guardias romanos no habían previsto el suicidio. Y así Octavio tomó posesión de Egipto, pero no pudo tener a Cleopatra.

Cerró el libro casi con reverencia. Miró la larga fila de pomos de alabastro. ¿Podían ser aquéllos los mismos venenos?

Se quedó ensimismada mirando el magnífico sarcófago. Había visto muchos como él en Londres y El Cairo, pero éste contenía el cuerpo de un hombre que se decía inmortal, que pretendía no haber sido enterrado muerto, sino sumido en un profundo sueño.

¿Cuál era el secreto de aquel sueño? ¿Cómo había despertado? ¡Y el elixir!

-Ramsés el Maldito -susurró-. ¿Despertarás para mí como despertaste para Cleopatra? ¿Abrirás los ojos a un nuevo siglo de maravillas indescriptibles a pesar de que tu reina esté muerta?

No recibió más respuesta que el silencio y la mirada fija de los grandes ojos de la máscara de oro.

-¡Eso es un robo! -exclamó Henry. Apenas podía contener su rabia-. Esta moneda no tiene precio.

Miró con furia al hombrecillo sentado detrás del escritorio en el despacho de la tienda de numismática. El miserable ladrón, refugiado en su mundo de sucias cajas de cristal y monedas expuestas sobre terciopelo como si fueran joyas.

-Es genuina, sí -respondió lentamente el hombre-. Y si es genuina, ¿de dónde procede? ¿Una moneda como ésta, con una imagen perfecta de Cleopatra? Eso es lo que todo el mundo va a preguntarse. ¿De dónde viene? Y ni siquiera me ha dicho usted su nombre.

-No, no se lo he dicho. -Exasperado, le arrebató la moneda al hombre con brusquedad, se la guardó y se volvió para salir. Se detuvo el tiempo suficiente para ponerse los guantes. ¿Cuánto le quedaba? ¿Cincuenta libras? Estaba furioso. Cerró la puerta con violencia y salió al frío viento de la calle.

El hombre de la tienda permaneció inmóvil un momento. Todavía sentía el tacto de la moneda que acababa de dejar escapar. Era la primera vez que veía algo parecido en sus largos años de experiencia. Sabía que era auténtica, y de repente se sintió como un estúpido.

¡Tendría que haberla comprado! Debería haber corrido el riesgo. Pero sabía que era robada, y ni siquiera por la reina del Nilo se habría convertido en ladrón.

Se levantó de la mesa y cruzó las polvorientas cortinas de terciopelo que separaban la tienda del pequeño salón en el que asaba gran parte del día a solas. El periódico seguía junto a la mecedora. Lo abrió y leyó el titular:

LA MOMIA STRATFORD Y SU MALDICIÓN LLEGAN A LONDRES

Bajo estas palabras había un dibujo a tinta que mostraba a un elegante joven desembarcando del *Melpomine* con la momia del ya famoso Ramsés el Maldito. Henry Stratford, sobrino del arqueólogo fallecido, decía el pie. Sí, aquél era el nombre que acababa de salir de la tienda. ¿Habría robado la moneda de la tumba en la que su tío había muerto tan repentinamente? ¿Y cuántas más como aquélla habría robado? Se sintió

confuso. Por otra parte sentía alivio, pero también pena por haber dejado escapar la ocasión. Miró el teléfono.

Era el mediodía. El comedor del club estaba tranquilo, y los pocos miembros que almorzaban en las mesas lo hacían solos. Así era como le gustaba a Randolph: un verdadero retiro del bullicio de las calles y de la constante opresión de su despacho.

No se alegró de ver a su hijo en la puerta del comedor, a unos quince metros. No debía de haber dormido en toda la noche, aunque al menos iba afeitado y bien vestido. Nunca se descuidaba con las pequeñeces, pero era incapaz de evitar un gran desastre: que ya no había ninguna vida en él; que era un jugador y un borracho sin alma.

Randolph volvió a concentrarse en la sopa.

No levantó la vista cuando su hijo se sentó frente a él y pidió al camarero un whisky con agua, «y rápido».

-Te dije que pasaras la noche en casa de tu prima -dijo Randolph con voz sombría, consciente de que aquella conversación no tenía sentido-. Te dejé la llave.

-La recogí, gracias. Y no hay duda de que a mi prima le van muy bien las cosas sin mí. Tiene a la momia para que le haga compañía.

El camarero dejó el vaso sobre la mesa y Henry lo vació de un trago.

Randolph tomó lentamente otra cucharada de sopa.

-¿Qué diablos haces comiendo en un sitio como éste? -continuó Henry-. Hace diez años que está pasado de moda. Es absolutamente fúnebre.

-¡Baja la voz!

-¿Por qué? Todos estos carcamales están sordos.

Randolph se recostó sobre el respaldo de la silla e hizo un leve gesto de asentimiento al camarero, quien retiró el plato vacío.

-Es mi club y me gusta -repuso con voz apagada. No tenía sentido. Ninguna conversación con su hijo lo tenía. Sintió ganas de llorar. A Henry le temblaban las manos; tenía la tez pálida y consumida, y los ojos fijos en la nada. Era la mirada de un alcohólico, de un borracho.

-Traiga la botella -indicó Henry al camarero sin levantar la vista. Entonces se dirigió a su padre-. Me quedan veinte libras.

-¡No puedo adelantarte nada! -replicó Randolph-. Mientras ella tenga el control, la situación es simplemente desesperada. No comprendes nada.

-Me estás mintiendo. Sé que firmó papeles ayer.

-Ya te has gastado por adelantado el sueldo de todo un año.

-Padre, necesito otras cien...

-Si tu prima examina los libros, tendré que confesar todo. Y pedirle otra oportunidad.

Sintió un sorprendente alivio al decirlo en voz alta. Quizás era eso lo que quería. Miró a su hijo y lo vio muy lejos. Sí, quizá debiera confesar todo a su sobrina y pedirle... ¿qué? Su ayuda.

Henry estaba sonriendo con una mueca de desprecio.

-Ponernos en sus manos. Oh, qué bonito.

Randolph recorrió con la mirada las mesas con manteles blancos. Sólo quedaba un hombre de cabellos grises comiendo en un rincón: el viejo vizconde Stephenson, un miembro de la aristocracia rural que todavía podía mantener sus grandes propiedades con bastante desahogo. «Bien, come en paz tú que puedes, amigo mío», pensó Randolph.

-¿Qué otra cosa podemos hacer? -dijo suavemente a su hijo-. Deberías venir a trabajar mañana. Por lo menos ve a tu despacho...

¿Lo estaba escuchando su hijo, que había sido un desgraciado desde que Randolph podía recordar, que no tenía futuro, ni ambiciones, ni sueños?

De repente sintió que se le rompía el corazón: cuántos años hacía que Henry era un hombre desesperado, furtivo y amargado. Le rompía el corazón ver los ojos de su hijo saltando ansiosamente sobre los simples objetos que había sobre la mesa: los cubiertos de plata, la servilleta que ni siquiera había desdoblado; la botella de whisky y el vaso.

-De acuerdo. Te daré algo a cuenta -aceptó. ¿Qué importaban otras cien libras? Además era su único hijo. Su único hijo.

Era un acontecimiento sombrío y a la vez emocionante. Cuando Elliott llegó, la residencia de los Stratford rebosaba de invitados. Siempre le había gustado aquella casa, con sus enormes salones y la impresionante escalinata central.

Mucha madera oscura, muchas estanterías repletas de libros; y sin embargo tenía un aire alegre, debido a la abundancia de iluminación eléctrica y las interminables paredes cubiertas de papel pintado. Pero se dio cuenta de cuánto echaba de menos a Lawrence cuando se detuvo en la entrada del salón central. Sintió la presencia de Lawrence, y súbitamente todos los momentos perdidos de su amistad volvieron a atormentarlo. Y aquel antiguo amor que seguía obsesionándolo...

Bien, siempre había sabido que sucedería. Pero no había ningún otro lugar en la tierra donde hubiera querido estar en aquel momento más que en la casa de Lawrence, en la primera exhibición oficial de Ramsés el Maldito, el descubrimiento de su amigo. Ahuyentó a los que comenzaron a acercarse a él con un vago gesto de rechazo, inclinó la cabeza levemente y se abrió paso entre extraños y viejos conocidos hasta la sala egipcia. El dolor de las piernas era especialmente agudo aquella noche. Por la humedad, como siempre solía decir. Pero por suerte no tendría que permanecer mucho tiempo de pie. Y tenía un nuevo bastón de diseño moderno con pomo de plata que no estaba mal.

-Gracias, Osear -dijo con la sonrisa habitual mientras tomaba la primera copa de vino blanco.

-Llegas en el momento justo -le comunicó Randolph-. Van a abrir en este momento ese ataúd repugnante. Vamos.

Elliott asintió. Randolph tenía un aspecto terrible, de eso no había duda. La muerte de Lawrence había sido un golpe muy duro para él.

Se acercaron a las primeras filas y por primera vez Elliott contempló el bellísimo sarcófago de la momia.

La expresión inocente, casi infantil, de la máscara de oro lo cautivó. Paseó la mirada por las inscripciones que cubrían la parte inferior de la tapa. ¡Textos latinos y griegos junto a jeroglíficos egipcios!

Entonces Hancock, del Museo Británico, pidió silencio golpeando su copa con una cucharilla. Junto a Hancock estaba Alex, que rodeaba con el brazo los hombros de Julie, exquisita en su vestido de luto y con el pelo severamente recogido, mostrando a todo el mundo que su rostro no necesitaba maquillaje ni adorno alguno.

Cuando sus ojos se encontraron, Elliott dedicó a Julie una sonrisa melancólica y al instante percibió en ella aquel brillo especial con que siempre lo saludaba. «En cierto modo -pensó-, me quiere más a mí que a mi hijo. Qué ironía.» Su hijo observaba toda la ceremonia como si se sintiera perdido. Quizá lo estuviera, y ése era el problema.

Samir Ibrahaim apareció en ese momento a la izquierda de Hancock. «Otro viejo amigo», pensó Elliott, aunque advirtió que él no lo había visto. Con cierta ansiedad indicó a los dos jóvenes que lo acompañaban que se situaran a ambos lados del sarcófago y esperaran sus instrucciones. Los dos permanecieron con la mirada baja, como si les diera vergüenza el acto que iban a realizar. La sala quedó en silencio.

-Señoras y señores -comenzó Samir. Los dos jóvenes levantaron la tapa a la vez y la apartaron a un lado-, les presento a Ramsés el Grande.

La momia apareció a la vista de todos. Era un hombre alto con los brazos cruzados

sobre el pecho, aparentemente calvo y desnudo bajo la espesa envoltura.

Un murmullo colectivo se alzó de entre los asistentes. A la luz dorada de los candelabros eléctricos, la momia tenía un aire vagamente amenazador y siniestro, como era habitual en algo que representaba la preservación y exhibición de la muerte.

Se produjo un vacilante conato de aplauso, estremecimientos e incluso alguna risilla incómoda. Entonces la masa de los invitados comenzó a deshacerse. Algunos se aproximaban para ver el tesoro más de cerca, otros se alejaban de él como si quemara, y otros se limitaron a darle la espalda.

Randolph suspiró y sacudió la cabeza lentamente.

-¿Es por esto por lo que murió? Me gustaría entenderlo.

-No seas morboso -dijo el hombre que tenía al lado, alguien a quien Elliott intentó recordar en vano-. Lawrence fue feliz...

-Haciendo lo que quería hacer -murmuró Elliott. Si oía aquellas palabras una vez más iban a saltársele las lágrimas. Lawrence habría sido feliz examinando su tesoro, traduciendo aquellos papiros. La muerte de Lawrence era una tragedia, y cualquiera que intentase verlo de otra forma era un perfecto imbécil.

Elliott apretó el brazo de Randolph y se alejó, para intentar acercarse al venerable cadáver de Ramsés.

Parecía que todos los jóvenes se habían puesto de acuerdo para impedirle aproximarse a Alex y Julie. Elliott pudo oír la voz de ésta mientras las conversaciones volvían a su volumen habitual a su alrededor.

-... una historia extraordinaria en los papiros -explicaba Julie-. Pero mi padre apenas pudo empezar a traducirlos. Me gustaría saber tu opinión, Elliott.

-¿Sobre qué, querida mía? -Acababa de llegar junto a la momia y estaba mirándole el rostro, maravillado de lo fácilmente que se podía distinguir su expresión bajo tantas capas de vendas descompuestas. Al acercarse Julie, Elliott le tomó la mano. Otros invitados presionaban para ver mejor, pero Elliott defendió su terreno con firmeza.

-Sobre todo este misterio -repuso Julie-. ¿Es realmente un sarcófago de la dinastía XIX? ¿Cómo pudo aparecer en tiempos de los romanos? Papá me dijo una vez que tú sabías más egiptología que toda la gente del museo.

Elliott rió suavemente para sí. Ella miró a su alrededor para asegurarse de que Hancock no estaba cerca. Por fortuna estaba rodeado por su propia camarilla, sin duda explicando algo sobre los papiros o la colección de redomas.

-¿Qué te parece? -insistió Julie. ¿Habría sido alguna vez tan seductora la seriedad?

-Es imposible que sea Ramsés el Grande, querida -contestó él-. Pero eso lo sabes tú perfectamente. -Estudió de nuevo la tapa policromada del sarcófago y a continuación el cadáver cuidadosamente envuelto en vendas-. Un trabajo excelente, eso hay que reconocerlo. No parece que se emplearan productos químicos. No huele a betún en absoluto.

-No hay betún -intervino Samir de repente. Llevaba un rato a la izquierda de Elliott, quien no lo había visto.

-¿Y cómo puede ser eso? -preguntó Elliott.

-El rey nos ha dado su propia explicación -contestó Samir-. O eso me dijo Lawrence. Ramsés mismo se envolvió en las vendas con la ceremonia y oraciones debidas, pero no fue embalsamado. Su cuerpo no salió en ningún momento de la celda en la que había escrito su historia.

-¡Qué idea más sorprendente! -comentó Elliott-. ¿Has leído estas inscripciones? -Señaló el texto en latín a la vez que lo leía en voz alta-. «No dejéis que el sol ilumine mis restos; porque duermo en la oscuridad, más allá de todo sufrimiento, más allá de todo conocimiento...» No me parece a mí un sentimiento muy egipcio. Supongo que estarás de

acuerdo conmigo.

El rostro de Samir se ensombreció mientras miraba las menudas letras.

-Hay maldiciones y advertencias por todos lados. Me consideraba un hombre curioso hasta que abrimos esta tumba.

-¿Y ahora estás asustado? -No era un comentario que un hombre debiera hacer a otro, pero era cierto. Y Julie estaba simplemente intrigada.

-Elliott -dijo ella-, quiero que leas las notas de mi padre antes que los del museo se lo lleven todo y lo encierren en una caja fuerte. Este hombre no sólo pretende ser Ramsés. Hay mucho más.

-No te referirás a todas las tonterías de los periódicos -repuso él-. Que era inmortal y que fue amante de Cleopatra.

Julie lo miró de forma extraña.

-Papá tradujo parte -repitió ella. Miró a su alrededor-. Tengo su diario. Está en su escritorio. Creo que Samir estará de acuerdo en que te va a parecer muy interesante.

Pero Hancock y otro hombre arrastraban a Samir, que se disculpó con una sonrisa. Y lady Treadwell cayó sobre Julie antes de que pudiera continuar. ¿Cómo era posible que no tuviera miedo de la maldición? Elliott sintió que su mano se separaba de la de Julie. El viejo Winslow Baker quería hablar con él en aquel preciso momento. «Por favor, déjame en paz.» Una mujer alta de mejillas marchitas y largas manos blancas estaba plantada delante de la momia y exigía saber si se trataba de una broma.

-¡Claro que no! -aseguró Baker-. Lawrence siempre encontraba buenas piezas. Me jugaría la vida a que esta vez también lo ha hecho.

Elliott sonrió.

-Cuando los del museo le hayan quitado los vendajes -explicó-, podrán fechar los restos con exactitud. Habrá evidencia de su edad, desde luego.

-Lord Rutherford, no lo había reconocido -dijo la mujer.

Dios santo, ¿debía él también reconocerla? Alguien se había interpuesto entre ellos. Todo el mundo quería ver a la momia. Y Elliott debería haberse apartado, pero no quiso hacerlo.

-No soporto pensar en que le corten las vendas -susurró Julie-. Ésta es la primera vez que la he visto. No me atrevía a abrir el sarcófago yo sola.

-Ven, cariño, hay aquí un viejo amigo que quiero presentarte -dijo Alex de repente-. ¡Padre, estás aquí! Deberías sentarte. ¿Quieres que te busque una silla?

-Puedo arreglármelas, Alex, no te preocupes -respondió Elliott. La verdad era que ya estaba acostumbrado al dolor. Eran como miles de pequeñas agujas en las articulaciones, y aquella noche las sentía incluso en los dedos. Pero de vez en cuando podía olvidarse por completo del dolor.

Entrecerró los ojos al acercarse a la cara de la momia. Estaba sorprendentemente bien formada, y no parecía nada reseca. Y desde luego no era el rostro de un viejo, como habría sido Ramsés después de un reinado de sesenta años.

Su boca era la de un joven, o al menos la de un hombre en su plenitud. Y la nariz era delgada, pero no puntiaguda: lo que los ingleses llaman aristocrática. Los arcos de las cejas eran prominentes, y los ojos no podían haber sido pequeños. Probablemente había sido un hombre atractivo.

Alguien dijo con indignación que aquella cosa debería estar en el museo. Otro, que era perfectamente repugnante. Y pensar que aquéllos habían sido los amigos de Lawrence... Hancock estaba examinando las monedas de oro expuestas en su vitrina. Samir estaba junto a él.

En realidad Hancock parecía estar armando un escándalo por algo. Elliott conocía muy bien aquel tono oficioso.

-¿Había cinco, sólo cinco? ¿Está seguro? -Hablaba tan fuerte que se hubiera dicho que Samir era sordo, y no simplemente egipcio.

-Por completo. Ya se lo he dicho -respondió Samir con cierta irritación-. Catalogué personalmente todos los objetos que contenía la cámara.

La mirada de Hancock se dirigió al otro lado de la habitación. Elliott vio que miraba a Henry Stratford, espléndido en su traje gris de lana y corbata negra. Estaba charlando y riendo nerviosamente con Alex y Julie y el grupo de los jóvenes, a los que aborrecía y envidiaba en secreto.

«Tan atractivo como siempre», pensó Elliott. Tan atractivo como cuando tenía veinte años y aquel rostro delgado y elegante era capaz de pasar de una vulnerabilidad conmovedora a la depravación más horrenda.

¿Pero por qué lo estaba mirando Hancock? ¿Y qué era lo que susurraba al oído de Samir? Este miró a Hancock un momento y se encogió de hombros con languidez mientras miraba a su vez a Henry.

«Cómo debe de odiar Samir todo esto -pensó Elliott-. Cómo debe de odiar su incómodo traje occidental; él sólo quiere vestir su *galabiyya* de seda y sus babuchas, y así debería ser. Qué bárbaros debemos parecerle.»

Elliott se retiró a la esquina más lejana y se dejó caer en la butaca de cuero de Lawrence. Entre la multitud pudo ver otra vez a Henry, que se apartaba de los demás mirando inquieto a izquierda y derecha. «Muy sutil -pensó-. No es un villano de novela, pero está tramando algo.»

Henry pasó por delante de la mesa de mármol, como si fuera a tocar los antiguos rollos de papiro. Los invitados volvieron a ocultarlo de su vista, pero Elliott simplemente esperó. El grupo de personas que se interponía entre ellos se apartó al fin, y entonces volvió a ver a Henry a pocos pasos, observando una gargantilla expuesta en un soporte de cristal, una de las muchas antigüedades que Lawrence había llevado a casa a lo largo de los años.

¿Habría visto alguien a Henry tomar la gargantilla y mirarla con gesto de entendido, como si fuera un anticuario? ¿Lo habría visto alguien deslizaría en su bolsillo y alejarse con el rostro inexpresivo y los labios apretados?

Maldito ladrón.

Elliott sonrió. Dio un sorbo a su copa de vino blanco, y deseó que fuera jerez. Deseó no haber visto al miserable ladronzuelo. Deseó no haber visto a Henry.

Sus propios recuerdos de Henry no habían perdido nunca su cara dolorosa, quizá porque nunca le había confesado a nadie lo que había ocurrido. No se lo había contado a Edith, a quien había contado otros muchos detalles sórdidos de su vida cuando el vino y la filosofía le habían desatado la lengua; ni tampoco a los sacerdotes católicos con los que de cuando en cuando hablaba del cielo y el infierno con una pasión que nadie más habría tolerado.

Siempre había pensado que si no revivía aquellos oscuros recuerdos acabaría olvidándolos, pero incluso diez años después seguían siendo horriblemente vividos.

Había amado a Henry Stratford en una sola ocasión. Y Henry Stratford era el único amante que había intentado chantajearlo.

Por supuesto, había fracasado estrepitosamente. Elliott se había echado a reír en sus narices.

-¿Quieres que se lo cuente a tu padre? -le había dicho-. ¿O quizá prefieres que se lo diga primero a tu tío Lawrence? Se pondrá furioso conmigo... durante cinco minutos. Pero a ti, su sobrino favorito, te despreciará hasta el día de tu muerte, porque le contaré todo, ¿sabes? Hasta la suma de dinero que me exiges. ¿Cuánto has dicho? ¿Quinientas libras? Te has convertido en un desgraciado por ese dinero. Imagínatelo.

Henry se había quedado terriblemente confundido y resentido.

Debería haber sido un triunfo para Elliott, pero nada había conseguido borrar la

sensación de humillación. Henry, a sus veintidós años, una víbora con rostro de ángel, había intentado engañarlo en su hotel de París como un muchacho del arroyo.

Y además estaban los pequeños robos. Una hora después de irse Henry, Elliott había descubierto que su pitillera, la pinza con la que guardaba el dinero y todo su efectivo habían desaparecido. Su traje y sus gemelos también. Y otros objetos que no recordaba.

Nunca se había decidido a mencionar el desagradable percance. Pero en aquel momento le habría gustado acercarse a Henry y preguntarle por la gargantilla que había caído en su bolsillo. ¿La pondría junto a la pitillera de oro y los gemelos de diamante, o acabaría todo en la misma casa de empeños?

Todo ello era demasiado triste. Henry había sido un joven dotado; pero se había torcido, a pesar de su educación, su sangre y las incontables oportunidades que había tenido. Había comenzado a jugar cuando apenas era un muchacho, y la bebida se había convertido en enfermedad cuando tenía veinticinco años. Ahora, a los treinta y dos, tenía un aire siniestro que lo hacía parecer más atractivo y a la vez curiosamente repulsivo. ¿Y quién le pagaba aquella vida? Randolph, desde luego, que a pesar de todas las evidencias seguía creyendo que la degeneración de su hijo era su culpa.

«Al infierno con Henry», pensó Elliott. Quizás había buscado en Henry algo del brillo de Lawrence, y aquél había sido su error: buscar al tío en el sobrino. Pero no, al principio su actitud había sido honesta. Y, después de todo, Henry Stratford lo había perseguido. Sí, al infierno con Henry.

Era la momia lo que Elliott había ido a ver allí. Y la multitud había retrocedido un poco. Se apoderó de una nueva copa de vino aprovechando el paso de un camarero, se puso en pie haciendo caso omiso de la terrible punzada de dolor en la cadera izquierda y volvió a acercarse a la solemne figura que reposaba en el sarcófago.

Volvió a mirar aquel rostro, el gesto severo de la boca y la barbilla. En efecto, se trataba de un hombre en su plenitud. Y había cabellos unidos a aquel bien formado cráneo bajo los tensos vendajes.

Elliott alzó su copa en un gesto de saludo.

-Ramsés -murmuró, y se acercó más. Entonces de repente se dirigió a él en latín-. Bienvenido a Londres. ¿Sabes dónde está Londres? -Se rió suavemente de sí mismo por lo absurdo de la situación. Entonces citó algunas frases del relato de César sobre la conquista de las Islas Británicas-. Aquí es donde estás, gran rey -dijo. Intentó continuar en griego, pero era demasiado difícil. De nuevo en latín, añadió-: Espero que te guste esta maldita ciudad más que a mí.

De repente oyó un leve sonido susurrante. ¿De dónde procedía? Era extraño oírlo con tanta claridad cuando el ruido de las conversaciones a su alrededor era tan molesto y persistente. Pero sonaba como si procediera del sarcófago, justo delante de él.

Elliott volvió a escrutar aquel rostro, y a continuación los brazos y las manos, que parecían tirar de las vendas como si fueran a romperlas en cualquier momento. De hecho, había un rasguño en los vendajes oscuros y sucios que dejaba ver algo del ropaje que llevaba el cadáver justo donde se cruzaban las muñecas. ¡Vaya! Aquello se estaba deteriorando a ojos vista. O quizá tenía algún tipo de parásito.

Miró los pies de la momia. Era alarmante: ante sus ojos se estaba acumulando un montoncillo de polvo que al parecer caía de la mano derecha, que había rasgado los vendajes.

-Dios mío, Julie debe mandar esto al museo de inmediato -murmuró. Y entonces volvió a oír aquel sonido con claridad. ¿Un susurro? No, era más débil. Sí, había que hacer algo al respecto rápidamente. Sólo Dios sabía lo que podía hacer la humedad de Londres a aquella momia. Pero con seguridad Samir lo sabía. Y también Hancock-. A mí tampoco me gusta la humedad, gran rey -dijo de nuevo en latín-. Me produce dolor. Y por eso voy a irme a

casa. Te dejo con tus adoradores.

Se dio media vuelta apoyándose pesadamente en el bastón para aliviar el dolor de la cadera. Mientras se alejaba miró atrás una vez más. Aquel ser era extraordinariamente robusto. Era como si el calor de Egipto no lo hubiera resecado en absoluto.

Daisy miró la fina gargantilla mientras Henry se la abrochaba. Su camarín estaba atestado de flores, botellas de vino tinto, champán enfriándose en hicieras y otros regalos, pero ninguno de un hombre tan atractivo como Henry Stratford.

-Es gracioso -comentó ella volviendo la cabeza a un lado. Parecía una simple cadenita dorada con un colgante pintado-. ¿De dónde lo has sacado?

-Vale más que todas las baratijas que te has quitado -repuso Henry sonriendo. Tenía la voz pastosa. Otra vez estaba bebido. Y eso quería decir que podía ser cruel o dulce, muy dulce-. Y ahora ven conmigo, gatita, nos vamos a Flint's. Presiento que hoy es mi día de suerte y tengo cien libras que me queman el bolsillo. Muévete.

-¿Y dices que esa loca de tu prima está ahora sola en su casa con el ataúd de la momia abierto en medio del salón?

-¿A quién diablos le importa eso? -Cogió de la silla el cuello de zorro que acababa de comprarle y se lo puso sobre los hombros mientras la sacaba del camarín y la empujaba hacia la salida del teatro.

Flint's estaba abarrotado cuando llegaron. Daisy no soportaba el humo ni el olor agrio del alcohol; pero siempre lo pasaba bien cuando él tenía dinero y estaba excitado. Henry la besó en la mejilla mientras se acercaban a la ruleta.

-Ya sabes las reglas. Quédate a mi izquierda, siempre a mi izquierda. Me da suerte.

Ella asintió. Miró a todos los elegantes caballeros que poblaban la sala y a las mujeres cargadas de joyas. Y ella con aquella tontería colgada al cuello. La hacía sentirse mal.

Julie se sobresaltó. ¿Qué era aquel ruido? Se sintió vagamente avergonzada, sola en medio de la oscura biblioteca.

No había nadie más allí, pero habría jurado que oía a otra persona. No eran pasos, no. Eran los leves sonidos que produce alguien en una habitación contigua.

Miró a la momia, que dormía apaciblemente en su caja. En la penumbra parecía como si el cuerpo estuviera cubierto de cenizas, y su expresión era sombría y atormentada, cosa que no había notado hasta aquel momento. Parecía como si estuviera luchando contra una pesadilla. Casi podía ver las arrugas de su frente.

¿Se alegraba en realidad de que no hubieran vuelto a cerrar el sarcófago? No estaba segura. Pero ya era demasiado tarde. Había jurado no tocar aquellas cosas, y tenía que irse a la cama; jamás en su vida se había sentido más cansada. Los viejos amigos de su padre se habían quedado hasta tarde. Y a continuación se habían colado los de la prensa. ¡Qué desfachatez! Por fin los guardias los habían obligado a salir, pero no antes de que hicieran múltiples fotos a la momia.

Ahora el reloj daba la una, y no había nadie con ella. ¿Por qué estaba temblando? Se acercó rápidamente a la puerta principal, y estaba a punto de correr el cerrojo de seguridad cuando se acordó de Henry. Se suponía que era su acompañante y protector. Era extraño que no le hubiera dicho ni una sola palabra de condolencia desde que había vuelto de Egipto. Y desde luego no había pasado por su habitación. De todos modos dejó el cerrojo sin correr.

Hacía un frío cortante cuando salió a la calle desierta. Se puso los guantes con rapidez.

«No debí haberla abofeteado», pensó. Pero ella no tenía que haberse metido en la discusión, maldita estúpida. El sabia lo que estaba haciendo. ¡Había doblado su dinero diez veces! Si al menos en la última tirada... El caso era que cuando estaba discutiendo para que

le aceptaran un pagaré, ella se había entrometido.

-¡No debes hacerlo!

Era ofensiva la forma en que todos lo habían mirado. El sabía perfectamente lo que debía hacer. Y Sharples estaba allí. ¡Como si tuviera miedo de aquel canalla...!

Fue precisamente Sharples el que apareció desde un callejón y se plantó delante de él. Por un momento no estuvo seguro pues estaba muy oscuro y la niebla había descendido pesadamente, pero a la luz de la ventana que tenía encima pudo ver su rostro picado de viruelas.

-Aparta de mi camino -dijo Henry.

-¿Otra noche de mala suerte, señor? -Sharples se puso a caminar junto a él-. Y además con la señorita, que le cuesta tanto dinero. Esa chica siempre ha salido muy cara, señor, hasta cuando trabajaba para mí. Y yo soy un hombre generoso, ¿sabe?

-Largo de aquí, estúpido. -Apretó el paso. El farol que había más adelante estaba apagado. Y no encontraría taxi tan tarde.

-No sin que me pague algo de lo que me debe, señor.

Henry se detuvo y se acordó de la moneda de Cleopatra. ¿Comprendería aquel imbécil su valor? De repente sintió unos dedos que se clavaban en su brazo.

-¡No te atrevas! -Henry se revolvió. Entonces sacó lentamente la moneda del bolsillo de su chaleco, la sostuvo en el aire y arqueó una ceja mientras miraba a Sharples, que se la arrebató de inmediato.

-Vaya, esto sí que es una belleza, señor. ¡Una belleza ar... queo... lógica! -Dio varias vueltas a la moneda entre los dedos, observándola como si las inscripciones tuvieran algún significado para él-. La robó, ¿verdad, señor? Es del tesoro de su tío, ¿verdad?

-¡Tómala o déjala!

Sharples cerró el puño en torno a la moneda, como si fuera a hacer un juego de manos.

-No pierde usted el tiempo, ¿eh, señor? -Dejó caer la moneda en su bolsillo-. ¿Estaba allí tirado ahogándose cuando la robó? ¿O esperó a que dejara de respirar?

-Vete al infierno.

-Esto no será suficiente, señor. Ni mucho menos. No cubrirá lo que me debe a mí y a los señores de Flint's, señor.

Henry se dio media vuelta, se ladeó el sombrero de copa para protegerse del viento y comenzó a caminar con rapidez hacia la esquina. Oía los pasos de Sharples sobre el pavimento a su espalda. No había nadie delante, en la niebla, ni tampoco atrás. La tenue luz de la puerta de Flint's había desaparecido.

Oyó cómo Sharples se acercaba cada vez más. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y cogió la navaja. La sacó muy despacio, la abrió y la empuñó con fuerza.

De repente sintió la mano de Sharples en su hombro.

-Me parece que va a necesitar una pequeña lección para aprender a pagar sus deudas, señor -dijo el canalla.

Volviéndose con rapidez, Henry le propinó un rodillazo que le hizo perder el equilibrio, y apuntó la navaja hacia la brillante seda de su chaleco buscando las costillas, donde la hoja entraría sin dificultad. Para su asombro, sintió cómo se hundía en el pecho del hombre, y vio el destello blanco de los dientes de Sharples al abrir éste la boca en un grito sordo.

-¡Maldito imbécil! ¡Te dije que me dejaras en paz! -Tiró del cuchillo y volvió a hundirlo. Esta vez oyó rasgarse la seda y dio un paso atrás. Todo el cuerpo le temblaba con violencia.

Sharples dio varios pasos vacilantes y cayó de rodillas. Suavemente se inclinó hacia adelante, con los hombros encogidos, y cayó de lado sobre el pavimento.

Henry no podía verle la cara en la oscuridad. Sólo veía aquella forma sin vida tendida

en el suelo. El amargo frío de la noche lo paralizaba. El corazón le martilleaba en los oídos como había ocurrido en la cámara en Egipto, cuando se había quedado mirando a Lawrence, muerto en el suelo.

«¡Maldita sea! ¡No tenía que haberme hablado así!» La rabia lo ahogaba. No podía mover la mano derecha. Estaba como helada a pesar del guante, y seguía aferrando la navaja. Con mucho cuidado levantó la mano izquierda, cerró la navaja con ella y la guardó.

Miró a uno y otro lado; no había más que oscuridad y silencio, excepto el remoto ronroneo de un coche a motor en la lejanía. El agua goteaba en algún lugar, como si cayera de una cañería rota, y, en lo alto, el cielo plomizo apenas iluminaba la calle.

Agachándose en la penumbra, volvió a acercar la mano a la seda reluciente, con cuidado de no tocar la gran mancha oscura y húmeda que seguía extendiéndose. Buscó bajo la chaqueta y palpó la cartera: ¡bien gruesa, repleta de dinero!

Sin examinar su contenido, la guardó en el mismo bolsillo que la navaja, giró sobre los talones y se alejó con pasos secos y sonoros. Incluso se puso a silbar.

Más tarde, cómodamente sentado en el asiento trasero de un taxi, sacó la billetera. Trescientas libras. Vaya, no estaba mal. Pero, cuando todavía estaba mirando el fajo de billetes sucios, el pánico se apoderó de él. Incapaz de hablar o moverse, miró por la ventanilla del coche de caballos y vio sólo el cielo gris sucio sobre los tejados de los tristes edificios. Le pareció que no podía haber nada que quisiera o pudiera desear, que fuera capaz de aliviar la desesperación que sentía.

Trescientas libras. Pero no había matado a aquel hombre por eso. Bien pensado, ¿quién podía decir que hubiera matado a nadie? Su tío Lawrence había muerto de un ataque en El Cairo, y en cuanto a Sharples, un despreciable prestamista que había conocido casualmente una noche en Flint's, bien, alguno de sus compinches lo había asesinado. Había caído sobre él en una calle oscura y le había hundido un cuchillo en el pecho.

Por supuesto, aquello era lo que había ocurrido. ¿Quién podía relacionarlo con sucesos tan sórdidos?

Él era Henry Stratford, vicepresidente de Stratford Shipping, miembro de una distinguida familia que muy pronto estaría unida por matrimonio al duque de Rutherford. Nadie se atrevería...

Tenía que ir a ver a su prima y explicarle que estaba pasando una mala racha. Seguramente ella le daría una cifra generosa, quizá tres veces lo que tenía en la mano, porque comprendería que aquellas pérdidas sólo eran momentáneas. Y sería un gran alivio solucionarlo todo.

Su prima era como su hermana. En otro tiempo Julie y él se querían; se habían amado como sólo dos hermanos pueden amarse. Se lo recordaría. Julie no le causaría ningún problema, y entonces podría descansar un poco.

Eso era lo peor de todo: últimamente no podía descansar.



Julie bajó en silencio las escaleras en zapatillas. Se había I recogido los pliegues del salto de cama de encaje para no tropezar, y su cabellera castaña caía en gruesos rizos sobre *J* sus hombros y espalda.

El sol fue lo primero que vio al entrar en la biblioteca. La cálida luz dorada entraba a raudales desde el invernadero a través de las puertas abiertas, danzando entre los helechos, jugando con el agua de la fuente. Haces de largos rayos oblicuos caían sobre la máscara de oro de Ramsés el Maldito, que seguía en su sombría esquina, y se derramaban sobre los oscuros colores de la alfombra oriental y sobre la momia, que seguía alojada en el sarcófago abierto. El rostro y los miembros ocultos tras las vendas parecían dorados como la arena del desierto a mediodía.

La habitación se iluminó ante los ojos de Julie. El sol explotó repentinamente en las monedas de oro, que brillaron con fuerza sobre el terciopelo negro. La luz acarició el suave mármol del busto de Cleopatra dando vida a su mirada soñolienta. Encendió el alabastro translúcido de la larga fila de redomas. Resplandeció en las pequeñas piezas de oro expuestas por toda la habitación y en los títulos dorados estampados en los lomos de cuero de los libros. E hizo brillar intensamente el nombre «Lawrence Stratford», grabado sobre la tapa del diario que descansaba sobre la mesa.

Julie permaneció inmóvil, disfrutando de la calidez que la rodeaba. El leve olor a moho se estaba desvaneciendo. Y la momia parecía moverse bajo la luz como si respondiera al calor, parecía suspirar casi como una flor al abrirse. ¡Qué hermosa ilusión! Por supuesto que no se había movido. Y sin embargo parecía más llena, sus poderosos hombros y brazos más redondeados, sus dedos más vivos.

-Ramsés... -murmuró.

De nuevo escuchó aquel sonido que la había sorprendido la noche anterior. Pero no, en realidad no era un sonido, sino sólo el aliento de la vieja casa, el desperezarse de la madera y la escayola bajo la luz cálida de la mañana. Cerró los ojos un momento. Entonces oyó los pasos de Rita en el salón. Claro, había sido Rita todo el tiempo... el sonido de alguien que está muy cerca: latidos, respiración, el sutil roce de la ropa al moverse.

-Señorita, de verdad le digo que no me gusta nada que tengamos esa cosa aquí -dijo Rita. ¿Era su plumero deslizándose suavemente sobre los muebles de la habitación lo que oía?

Julie no se volvió para averiguarlo. Se acercó a la momia y le miró el rostro. Dios santo, la noche anterior no la había visto bien, no como la veía ahora bajo la fuerte y cálida luz del sol. Aquello había sido un verdadero hombre, conservado para siempre en sus ungüentos y vendajes.

-En serio, señorita, esa cosa me da escalofríos.

-No seas tonta, Rita. Tráeme el café, sé buena chica.

Se acercó más a la momia. Después de todo, no había nadie allí que pudiera detenerla, y podía tocar aquel cuerpo si lo deseaba. Oyó alejarse los pasos de Rita; la puerta de la cocina se abrió y se cerró. Entonces extendió la mano y tocó los vendajes de lino que cubrían el brazo derecho: demasiado suave, demasiado frágil. ¡Y el sol hacía que pareciese incluso caliente!

-No, esto no es bueno para ti, ¿verdad? -preguntó en voz alta, mirando a la momia a los ojos, como si fuera de mala educación hacer otra cosa-. Pero no quiero que te lleven al museo. Te echaré de menos cuando te vayas. Pero no dejaré que te abran. Eso te lo prometo.

¿Eran cabellos oscuros lo que veía bajo las vendas que rodeaban el cráneo? Parecían ocultar una espesa mata de pelo, aunque estaban tan apretadas que producían una desagradable sensación de calvicie. Pero era el conjunto lo que impresionaba profundamente a Julie, y no los pequeños detalles. Aquella figura tenía una personalidad muy marcada, como una buena escultura. Ramsés, alto y robusto, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas en un gesto de resignación.

Los titulares del periódico le volvieron a la memoria con dolorosa claridad.

-Eres inmortal, mi amor -dijo-. Mi padre te ha hecho inmortal. Puede que nos maldigas por abrir tu tumba, pero miles de personas vendrán a verte, pronunciarán tu nombre. Vivirás para siempre...

Era extraño, pero se encontraba al borde de las lágrimas. Su padre estaba muerto y enterrado en una tumba sin nombre en El Cairo, como había sido su voluntad, y Ramsés el Maldito era el personaje de moda en Londres.

Se sobresaltó al oír la voz de Henry.

-Estás hablando con esa cosa exactamente igual que tu padre.

-¡Henry, no te he oído entrar! ¿De dónde vienes?

Su primo se apoyó en la jamba de la puerta. La capa colgaba desganadamente de uno de sus hombros. Iba sin afeitar y, probablemente, bebido. Y tenía en los labios aquella sonrisa helada.

-Se supone que debo cuidar de ti, ¿recuerdas?

-Sí, desde luego. Me imagino que estás encantado con la tarea.

-¿Dónde está la llave del mueble bar? Está cerrado. ¿Por qué hace Osear esas cosas?

-Osear no vendrá hasta mañana. Además, deberías tomar un café. Te sentará mejor.

-¿De verdad, querida prima? -Henry se quitó la capa y se acercó a ella con paso arrogante, recorriendo con la mirada la sala egipcia como si le disgustara-. Tú nunca me abandonarás, ¿verdad? -preguntó con aquella sonrisa amarga en los labios-. Mi compañera de juegos, mi prima, mi pequeña hermanita. Sabes que no soporto el café. Prefiero un poco de oporto, o de jerez.

-Pues creo que no hay -contestó ella-. Será mejor que subas a tu habitación y duermas un rato.

Rita estaba junto a la puerta esperando instrucciones.

-Café para el señor Stratford, Rita, por favor -pidió Julie al ver que él no se movía.

Era evidente que no pensaba ir a ningún sitio. Estaba mirando a la momia con expresión de temor.

-¿Hablaba mi padre con ella? -inquirió Julie-. ¿Como estaba yo hablando ahora?

Él no respondió enseguida. Se dio media vuelta y se acercó a la fila de redomas de alabastro, sin abandonar su aire perezoso y arrogante.

-Sí, hablaba con ella como si fuera a responder en cualquier momento. Y en latín. Si quieres mi opinión, creo que tu padre estaba enfermo hacía tiempo. Demasiados años en el desierto, derrochando dinero en cadáveres, estatuas y basura.

Sus palabras hirieron a Julie. Henry se detuvo delante de una de las redomas sin dejar de darle la espalda. A través del espejo, Julie vio que fruncía el entrecejo.

-Era *su* dinero, ¿no crees? -replicó ella-. Ganó bastante para todos nosotros, o eso creía él. Henry se volvió con brusquedad.

-¿Qué se supone que quiere decir eso?

-No parece que tú hayas administrado muy bien el tuyo, ¿no crees?

-He hecho todo lo que he podido. ¿Quién eres tú para juzgarme? -se defendió él. De repente su rostro, crudamente iluminado por el sol, pareció aterradoramente cruel.

-¿Y los accionistas de Stratford Shipping? ¿También has hecho todo lo que has podido por ellos? ¿O tampoco soy quién para juzgarlo?

-Ten cuidado, pequeña -le advirtió Henry, acercándose a ella. Dedicó una mirada arrogante a la momia como si fuera otra presencia en la habitación, y miró a Julie con los ojos entornados-. Mi padre y yo somos la única familia que te queda. Nos necesitas más de lo que crees. Después de todo, ¿qué sabes tú de negocios y barcos?

Qué curioso: Henry se había anotado un punto y al momento lo había perdido. En efecto, los necesitaba a ambos, pero no tenía nada que ver con los negocios o la compañía. Los necesitaba porque eran su propia sangre, y al diablo los negocios y los barcos.

Pero no quería que Henry notara su dolor. Se volvió de espaldas y dirigió la mirada hacia las ventanas del ala norte, a la que el día parecía no haber llegado aún.

-Sé sumar dos y dos, querido primo -contestó-. Y eso me ha puesto en una situación muy grave y dolorosa.

Con alivio, vio que Rita entraba con una bandeja y un juego de café que dejó en la mesa del salón trasero, a unos pasos de Julie.

-Gracias, Rita. Es todo por el momento. -Tras lanzar una mirada furtiva al sarcófago de la momia, Rita salió de la habitación. Julie se volvió lentamente y vio que su primo estaba plantado frente a Ramsés.

-Entonces será mejor que vayamos al grano -declaró Henry, mientras se volvía hacia ella. Se aflojó la corbata de seda, tiró de ella y se la guardó en un bolsillo. Se acercó a su prima con paso vacilante.

-Sé lo que quieres -aseguró ella-. Sé lo que tú y tío Randolph queréis. Y, lo que es más importante, sé lo que necesitáis. Lo que papá os dejó no será suficiente para cubrir tus deudas. Dios, ¿cómo ha podido llegar tan lejos esta situación?

-Oh, qué buena chica -se burló Henry. Estaba a pocos centímetros de ella, dando la espalda al sol y a la momia-. La sufragista, la pequeña arqueóloga. Y ahora quieres probar suerte en los negocios, ¿verdad?

-Voy a intentarlo -repuso ella fríamente. La furia comenzaba a crecer en su interior, espoleada por la de él-. ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Dejar que todo se te escape de las manos? Dios mío, ¡qué pena me das!

-¿Qué estás intentando decirme? -preguntó él. Su aliento hedía a alcohol, y su rostro parecía más sombrío a causa de la barba sin afeitar-. ¿Que vas a pedirme la dimisión? ¿Es eso?

-Aún no lo sé. -Le dio la espalda y se dirigió al salón contiguo. Abrió su escritorio y, después de sentarse con gesto cansado, sacó el talonario de cheques y destapó el tintero.

Pudo oír los pasos de Henry que se aproximaban mientras rellenaba el cheque.

-Dime, primo, ¿es agradable tener más dinero del que puedes gastar, más del que puedes contar, y no haber movido un dedo para ganarlo?

Se volvió y le tendió el cheque sin levantar la vista. Entonces se levantó y se acercó a la ventana. Apartó la cortina de encaje y se quedó mirando la calle. «Por favor, vete, Henry», pensó desconsoladamente. No quería herir a su tío. No quería herir a nadie, ¿pero qué podía hacer? Hacía años que tenía conocimiento de los engaños de Randolph. Su padre y ella habían estado discutiendo el asunto la última vez que lo había visitado en El Cairo. Lawrence tenía la intención de acabar con aquella situación, siempre había querido hacerlo. Y ahora la había dejado en sus manos.

Se volvió con brusquedad. El silencio la hacía sentirse incómoda. Vio a su primo de pie en la sala egipcia. Estaba mirándola con ojos fríos y aparentemente sin vida.

-Y cuando te cases con Alex, ¿entonces nos desheredarás?

-Por el amor de Dios, Henry, vete y déjame en paz.

Había algo desconcertante en la expresión de su primo, en la extraña dureza de su rostro. Ya no parecía joven, sino envejecido por sus hábitos, la culpa y el desprecio por sí mismo. «No merece más que lástima -se dijo Julie-. ¿Qué puedes hacer para ayudarlo? Dale una fortuna y habrá desaparecido en dos semanas.» Julie volvió a mirar la fría calle londinense.

Paseantes madrugadores. La doncella de la casa de enfrente que salía con los gemelos en su cochecito. Un anciano caminando a buen paso con el periódico debajo del brazo. Y el guardia del Museo Británico, que paseaba lentamente por la acera delante de la casa. Más abajo, frente a la casa de su tío Randolph, Sally, la doncella, estaba sacudiendo una alfombra en la puerta.

¿Por qué no se oía ningún ruido a su espalda? ¿Por qué no salía Henry dando un portazo? Quizá se había ido. Pero no, Julie pudo oír un furtivo tintineo, una cucharilla al chocar levemente contra la porcelana. El maldito café.

-No sé cómo hemos podido llegar a esto -dijo ella sin dejar de mirar por la ventana-. Paquetes de acciones, salarios, pagas de beneficios... Los dos lo teníais todo.

-No todo, querida -repuso él-. Tú lo tienes todo. El sonido del café vertido en una taza. ¡Por el amor de Dios!

-Mira, cariño -dijo él en voz baja y tensa-. Esta discusión me gusta tan poco como a ti. Ven, siéntate. Vamos a tomar una taza de café como personas civilizadas.

Julie no pudo moverse. El ofrecimiento parecía aún más siniestro que su rabia.

-Ven a tomar un café conmigo, Julie.

¿Había alguna manera de rechazarlo? Julie se volvió con los ojos bajos y se acercó despacio a la mesa, sin levantar la vista hasta que fue inevitable. Entonces vio a Henry mirándola. Le estaba ofreciendo una humeante taza de café.

Había algo muy extraño en todo aquello, en la forma en que le ofrecía la taza, en la expresión vacía de su cara.

Pero no tuvo más que un segundo para pensar en ello, pues lo que vio detrás de su primo le heló la sangre en las venas. Era algo que desobedecía a toda lógica, pero la evidencia que ofrecían sus sentidos era incuestionable.

La momia estaba moviéndose. Tenía el brazo derecho extendido, y de él colgaban trozos de venda rasgada. Estaba saliendo lentamente del sarcófago. A Julie se le heló un grito en la garganta. Aquel ser avanzaba hacia ella (hacia Henry, que estaba entre medio dándole la espalda) con pasos lentos y vacilantes. Tenía el brazo extendido y de las vendas se levantaba un polvo que desprendía un intenso olor a moho.

-¿Pero qué diablos te pasa? -preguntó Henry de mal humor. Pero aquello ya estaba justo a su espalda. La mano extendida se cerró en torno a su garganta.

Julie no consiguió gritar. Petrificada, tan sólo escuchó un chillido ahogado en su interior, como los gritos de impotencia de sus peores sueños.

Henry intentó volverse y levantó las manos para protegerse; la taza de café cayó ruidosamente sobre la bandeja de plata. Un profundo ronquido escapó de sus labios mientras luchaba contra el ser que lo estaba estrangulando; volvió a elevarse una nube de polvo cuando la criatura liberó su brazo izquierdo de sus ataduras e intentó aferrar con las dos manos la garganta de su víctima.

Con un grito ignominioso, Henry empujó a la momia con todas sus fuerzas y cayó al suelo a cuatro patas. En un instante se incorporó, tropezó con la alfombra y atravesó corriendo el salón y el gran recibidor hacia la puerta.

Julie, paralizada, no podía apartar la vista de aquella horrible criatura arrodillada junto a la mesa. Estaba jadeando, luchando por recuperar el aliento. Julie apenas oyó la pesada puerta de la calle al abrirse y volver a cerrarse con estruendo.

Jamás en su vida había experimentado una sensación tan irracional. Estremeciéndose violentamente, retrocedió ante aquel ser horripilante, aquel cadáver que acababa de volver a la vida y que ahora parecía incapaz de levantarse.

¿Estaba mirándola? ¿Era realmente un par de ojos lo que brillaba bajo los vendajes rasgados? ¿Unos ojos azules? La criatura extendió una mano hacia ella. El cuerpo de Julie se estremeció involuntariamente. Sintió que le daba vueltas la cabeza. «No te desmayes. Ocurra lo que ocurra no te desmayes.»

De repente, la momia se volvió a un lado. Entonces miró hacia su ataúd, o quizás hacia el invernadero bañado por la luz del sol. Yacía exhausta sobre la alfombra oriental y parecía esforzarse por alcanzar los rayos del sol de la mañana.

Julie la oyó respirar otra vez. ¡Estaba viva, Dios santo, viva! Se debatía por avanzar, levantando el poderoso torso unos centímetros de la alfombra e impulsándose con un lento movimiento de las piernas.

Se arrastró con dificultad fuera del sombrío salón hasta llegar a los primeros rayos de sol procedentes del invernadero. Allí se detuvo y pareció respirar profundamente, como si fuera la luz y no el aire lo que aspiraba. Se apoyó sobre los codos y comenzó a reptar hacia el invernadero a mayor velocidad arrastrando jirones de las vendas de sus piernas y dejando un rastro de polvo en la alfombra. Los vendajes de los brazos se caían a pedazos y parecían desintegrarse por efecto de la luz.

En contra de su voluntad, Julie siguió a la criatura, sin acercarse demasiado pero sin poder evitar seguirla, hipnotizada por su trabajoso avance hacia el invernadero.

La momia se arrastró hasta la zona más iluminada por el sol, se detuvo junto a la fuente y rodó hasta quedar boca arriba, con una mano extendida hacia el cielo y la otra sobre el pecho.

Julie entró en el invernadero en silencio. Sin dejar de temblar incontroladamente se acercó a la extraña figura hasta estar casi encima de ella.

El cuerpo parecía estar rellenándose por efecto de la luz del sol, robusteciéndose ante sus ojos. Julie pudo oír el ruido de las vendas al rasgarse y ver cómo su pecho subía y bajaba rítmicamente.

Y su rostro... Tenía dos grandes ojos azules bajo las delgadas gasas. De repente se llevó una mano a la cara y apartó las vendas. Sí, eran unos grandes y hermosos ojos azules. De otro tirón se arrancó la envoltura del cráneo y apareció una espesa mata de pelo castaño.

Entonces se puso de rodillas con tranquilidad y hundió las manos todavía vendadas en la fuente. Bebió con ansia una y otra vez el agua cristalina a sorbos profundos y ansiosos. Cuando pareció saciada, se volvió hacia ella y se arrancó el resto de los cenicientos vendajes que le cubrían la cara.

¡Era un hombre! Un hombre de ojos azules y mirada inteligente.

Julie sintió que un nuevo grito brotaba de su pecho, pero esta vez tampoco llegó a sus labios. Se dio cuenta de que había retrocedido un paso. La criatura se puso en pie.

Se irguió por completo y la miró con calma mientras sus dedos apartaban con gesto ausente los últimos jirones que le cubrían la cabeza como si fueran telarañas. Sí, era una hermosa cabeza con una espesa cabellera castaña que caía hasta debajo de sus orejas y sobre su frente. Y sus ojos mostraban una inconfundible fascinación hacia ella. *¡Aquel ser* sentía fascinación *por ella!*

Iba a desmayarse. Había leído sobre cosas como aquélla y sabía lo que estaba pasando, aunque nunca hubiera creído que lo vería con sus propios ojos. Sintió que las piernas se le doblaban y las cosas empezaban a desdibujarse. No. ¡Alto! No podía desvanecerse con aquella criatura mirándola.

¡La momia había vuelto a la vida!

Retrocedió hasta la sala egipcia con paso vacilante; tenía todo el cuerpo empapado de

un sudor frío y sus manos retorcían el salto de cama de encaje.

Él la miró con genuina curiosidad, como si se preguntara qué iba a hacer ella a continuación. Entonces se arrancó los vendajes del pecho y los hombros y dejó al descubierto su fuerte torso desnudo. Julie cerró los ojos y volvió a abrirlos lentamente. Seguía allí, con los poderosos brazos cruzados; de su lustrosa cabellera castaña seguía cayendo polvo.

Dio un paso hacia ella, y Julie retrocedió. Él dio otro paso, y ella volvió a retroceder. En realidad estaba cruzando la biblioteca, y de repente sintió en su espalda el frío borde de la mesa de mármol del salón contiguo. Sus manos tocaron el borde de la bandeja del café.

Con pasos silenciosos y elegantes aquel espléndido hombre de grandes ojos azules se acercó a ella.

«¡Dios santo, estás perdiendo la razón! ¡Qué importa que sea atractivo! ¡Acaba de intentar estrangular a Henry!» Con un movimiento rápido se escabulló al otro lado de la mesa, tanteando hacia atrás mientras retrocedía hacia la puerta del salón.

La criatura se detuvo al llegar a la mesa. Bajó la vista hacia la cafetera y la taza volcada y cogió algo de la bandeja: era un pañuelo. ¿Se lo habría dejado Henry? Entonces señaló el café derramado y habló con voz resonante y masculina.

-Ven a tomar un café conmigo, Julie -dijo.

Un acento británico perfecto. Y las palabras eran muy familiares. Con un estremecimiento, Julie comprendió que aquel ser no estaba intentando invitarla: ¡estaba imitando a Henry! Era su misma entonación, ¡eran las palabras que había dicho Henry!

Entonces abrió el pañuelo y se lo mostró. Estaba manchado de un polvo blanco y brillante, como si estuviera formado por diminutos cristales. Señaló la larga fila de jarras de alabastro. ¡A una de ellas le faltaba el tapón! Una vez más volvió a hablar con el mismo acento inglés, elegante y fluido:

-Tómate el café, tío Lawrence.

Los labios de Julie dejaron escapar un gemido. El significado era evidente. Se quedó mirándolo, mientras aquellas palabras resonaban una y otra vez en su mente. Henry había envenenado a su padre, y aquella criatura había sido testigo del crimen. Y ahora había intentado envenenarla a ella. Con las pocas fuerzas que le quedaban intentó negarlo, encontrar una razón para que no hubiera sido así. Pero sabía que había ocurrido, tal como sabía que aquella criatura estaba viva y respiraba, y ocupaba un espacio material frente a ella; y que era Ramsés, el inmortal, el que se había sacudido aquellos vendajes y estaba de pie delante de ella con el sol a la espalda.

Julie sintió que se le doblaban las piernas. No tenía fuerzas para evitarlo y la oscuridad se estaba alzando a su alrededor. Notó que se derrumbaba y como en un sueño vio a aquel hombre avanzar hacia ella como un rayo y tomarla en sus brazos con firmeza. De repente se sintió casi segura.

Abrió los ojos y miró aquella cara: era verdaderamente hermosa. Oyó a Rita gritar desde la puerta y la oscuridad volvió a caer sobre ella.

-¿Qué diablos estás diciendo? -Randolph no estaba todavía completamente despierto. Apartó las sábanas de un tirón y buscó su bata a los pies de la cama-. ¡Me dices que has dejado a tu prima sola con aquella cosa!

-¡Te estoy diciendo que ha intentado matarme! -aulló Henry como un demente-. ¡Eso es lo que te estoy diciendo! ¡Ese maldito monstruo salió del sarcófago e intentó estrangularme con la mano derecha!

-¡Maldita sea! ¿Dónde están mis zapatillas? ¡Y la has dejado sola en la casa, estúpido!

Salió al pasillo descalzo y descendió por la escalera con los faldones de la bata volando tras él.

-¡Date prisa, imbécil! -gritó a su hijo, que lo miraba con aire vacilante desde lo alto de

las escaleras.

Julie abrió los ojos. Estaba sentada en el sofá, y Rita la estaba abrazando con tal fuerza que le hacía daño, mientras gemía entrecortadamente.

Delante de ella estaba la momia. No había imaginado nada: ni la oscura cabellera que le caía sobre la amplia frente, ni sus sombríos ojos azules. Se había quitado más vendajes y estaba desnudo hasta la cintura. Parecía un dios, en especial con aquella sonrisa, aquella cálida y acariciante sonrisa.

Sus cabellos parecían moverse, como si estuvieran creciendo rápidamente. Eran más espesos que antes. ¡Pero cómo podía en aquel momento pensar en el cabello de aquel hombre!

Él se acercó un poco más. Sus pies desnudos también se habían librado de las incómodas ataduras.

-Julie -dijo con suavidad.

-Ramsés -susurró ella.

La criatura asintió y su sonrisa se ensanchó.

-¡Ramsés! -repitió él enfáticamente, e hizo una ligera inclinación de cabeza.

«Dios mío -pensó ella-, esto no es simplemente un hombre atractivo: es el hombre más hermoso que he visto en mi vida.»

Todavía aturdida, Julie intentó levantarse. Rita seguía aferrada a ella, pero Julie se la sacudió de encima y entonces la momia, o el hombre, le ofreció la mano y la ayudó a incorporarse. Sus dedos eran cálidos. Julie lo miró a los ojos. Tenía la piel como la de cualquier otro ser humano, pero más suave, y el color de sus mejillas era más encendido, como el de alguien que ha estado corriendo.

Él volvió la cabeza bruscamente. Ella también lo había oído: voces y discusiones en la puerta. Un automóvil se había detenido delante de la casa.

Rita se acercó apresuradamente a la ventana, como si temiera que la momia fuera a impedírselo.

-Es Scotland Yard, señorita. Gracias a Dios.

-¡No, es un desastre! Pasa el cerrojo de la puerta enseguida.

-Pero, señorita...

-¡Ahora mismo!

Mientras Rita se apresuraba a obedecer, Julie tomó a Ramsés de la mano.

-Ven conmigo arriba, de inmediato -le dijo, y se volvió hacia la doncella-. Rita, pon la tapa al sarcófago. No pesa casi nada. Ciérralo rápido y ven.

Rita acababa de correr el cerrojo cuando comenzaron a sonar golpes en la puerta y timbrazos. Julie tiró de él suave pero apremiantemente, y para su asombro, él la siguió con docilidad escaleras arriba.

Rita estaba gimoteando, pero hacía lo que se le había ordenado. Julie oyó el ruido sordo de la tapa al caer sobre el sarcófago.

Ramsés estaba mirando el papel pintado, los retratos enmarcados, la rinconera llena de chucherías en la esquina del piso superior, junto a la escalera. Miraba los cristales emplomados, la alfombra de lana con motivos de plumas y hojas.

El alboroto de la puerta empezaba a ser insoportable. Julie oía a su tío Randolph gritar su nombre.

-¿Qué hago, señorita? -gimió Rita.

-Sube enseguida. -Julie miró a Ramsés, que la contemplaba con una extraña mezcla de paciencia y curiosidad-. Pareces normal -murmuró para sí-, perfectamente normal. Demasiado guapo, pero normal. ¡Rita, el baño! -gritó mientras lo empujaba por el pasillo-. Rápido, llena la bañera.

Lo condujo hacia la parte delantera de la casa mientras Rita corría hacia el baño. El

escándalo había cesado por el momento. Julie oyó el ruido de una llave en la cerradura. El cerrojo estaba puesto, gracias a Dios. Los golpes arreciaron.

Ramsés sonreía ahora abiertamente, como si fuera a echarse a reír. Se asomaba a todas las habitaciones junto a las que pasaban. De repente vio la lámpara eléctrica que colgaba el techo. Las pequeñas bombillas parecían débiles y opacas a la luz del día, pero estaban encendidas. Ramsés entrecerró los ojos para observarlas, resistiéndose a Julie por primera vez.

-¡Después las verás! -dijo ella aterrada. La bañera estaba casi llena y el vapor salía por la puerta del baño.

El asintió una vez más enarcando ligeramente las cejas, y entró en el baño tras ella. Los azulejos relucientes parecieron agradarle. Se volvió lentamente hacia la ventana y contempló la luz del sol que brillaba en la ventana empañada. Examinó con cuidado el pestillo y abrió la ventana de par en par. Ante él se extendían los tejados de la ciudad y el brillante cielo de la mañana.

-Rita, busca ropa de mi padre -ordenó Julie sin aliento. Los de abajo iban a tirar la puerta en cualquier momento-. Rápido, trae una bata, zapatillas, una camisa, lo que encuentres.

Ramsés alzó la barbilla y cerró los ojos. Estaba bebiendo la luz. Julie vio que sus cabellos se movían imperceptiblemente y que aparecían pequeños rizos en sus sienes. Su cabellera pareció espesarse.

¡Por supuesto! Aquello era lo que lo había despertado de su profundo sueño: ¡el sol! Por ello apenas había podido forcejear con Henry. Y había tenido que arrastrarse hasta la luz para recobrar las fuerzas.

Abajo se oían gritos de «Policía». Rita llegó corriendo con un par de zapatillas en la mano y un montón de ropa sobre el brazo.

-Hay periodistas abajo, señorita; un montón, y Scotland Yard, y su tío Randolph...

Julie tomó una bata de seda y una camisa blanca y las colgó del gancho de la puerta. Entonces puso la mano en el hombro de Ramsés.

Él se volvió y la miró, y la calidez de su sonrisa dejó a Julie sin habla.

-Britannia -dijo con suavidad, moviendo los ojos de izquierda a derecha como para abarcar todo lo que les rodeaba.

-¡Sí, Britannia! -confirmó ella. De repente se sintió deliciosamente embriagada. Señaló la bañera-. *Lavare* -dijo, intentando recordar algo de su latín.

Él asintió, posando los ojos en todos los objetos que lo rodeaban, los grifos de latón, el vapor que se alzaba de la bañera. También miró las ropas.

-¡Para ti! -indicó ella, y señaló la bata y luego a Ramsés. Oh, si al menos pudiera recordar cómo se decía en latín...-. ¡Vestidos! -agregó con desesperación.

Entonces él se echó a reír. Era una risa tierna, complaciente, y ella volvió a sentirse petrificada. No podía dejar de mirarlo. Tenía unos dientes blancos y uniformes, una piel perfecta y un aire extrañamente imponente. Pero al fin y al cabo era Ramsés el Grande, ¿no? Si no hacía algo iba a volver a desmayarse.

Se dirigió a la puerta.

-*Reste!* -le dijo-. *Lavare.* -Hacía gestos de súplica con las manos. Cuando se volvió para salir, la poderosa mano de Ramsés se cerró alrededor de su muñeca.

El corazón de Julie pareció detenerse.

-¡Henry! -murmuró él, y su rostro adoptó una expresión amenazadora, pero no hacia ella.

Julie contuvo el aliento. Abajo Rita gritaba a los hombres que dejaran de golpear la puerta. Alguien vociferaba también desde la calle.

-No, no te preocupes por Henry. No de momento. Yo me encargaré de él, puedes estar

seguro. -Oh, pero Ramsés no debía de entender nada de lo que le estaba diciendo. Le pidió paciencia por gestos y se soltó la muñeca con suavidad.

Él asintió y la dejó ir. Ella cerró la puerta y bajó las escaleras a la carrera.

-¡Rita, déjame pasar! -gritaba Randolph.

Julie estuvo a punto de tropezar con el último escalón. Entró en la sala egipcia y comprobó que el sarcófago estaba cerrado. ¿Se fijaría alguien en el leve rastro de polvo en la alfombra? Pero nadie podría creerlo. ¡Ni siquiera ella lo habría creído!

Se detuvo un momento, cerró los ojos, respiró profundamente y le dijo a Rita que abriera la puerta.

Con expresión inocente Julie vio entrar en el vestíbulo a su tío Randolph despeinado y descalzo, vestido sólo con un camisón y una bata. Tras él entraron el guardia del museo y dos caballeros que parecían policías de paisano, aunque Julie no habría podido decir por qué.

-¿Pero qué es todo este alboroto? -preguntó-. Me había quedado dormida en el sofá. ¿Qué hora es? -Miró a su alrededor confundida-. Rita, ¿qué pasa aquí?

-¡No tengo ni idea, señorita! -contestó Rita casi gritando. Julie le hizo un gesto de que se tranquilizara.

-Oh, querida, estaba muy asustado -respondió Randolph-. Henry dijo...

-¿Sí? ¿Qué dijo Henry?

Los dos hombres con gabán estaban mirando el café derramado. Uno de ellos observaba el pañuelo abierto y el polvo blanco que había caído al suelo. A la luz del sol parecía azúcar. Y de repente apareció Henry en el umbral de la habitación.

Julie lo miró durante un instante. *«¡Mató a mi padre!»* Pero no podía permitir que ese pensamiento le ocupara la mente ahora, porque se volvería loca. Lo volvió a ver mentalmente ofreciéndole la taza de café; volvió a ver su expresión rígida, su palidez.

-¿Pero qué es lo que te ocurre, Henry? -preguntó fríamente-. Has salido corriendo de aquí hace media hora como si hubieras visto un fantasma.

-Sabes muy bien lo que ha ocurrido -siseó él. Estaba pálido y sudoroso. Tenía un pañuelo en la mano con el que se enjugaba una y otra vez el labio superior. La mano le temblaba visiblemente.

-Contrólate un poco -dijo Randolph volviéndose a su hijo-. ¿Qué demonios es lo que viste?

-La cuestión es, señorita -intervino el más pequeño de los dos hombres-, ¿ha entrado algún intruso en la casa?

Su voz y sus modales eran los de un caballero. Julie sintió que el miedo desaparecía, y respondió con aplomo.

-Por supuesto que no, caballero. ¿Es que mi primo vio a un intruso? Henry, debes de sentirte culpable por algo. Tienes alucinaciones. Yo no he visto a nadie aquí.

Randolph fulminó a Henry con la mirada. Los agentes de Scotland Yard parecían confusos.

Henry estaba ciego de rabia. Miró a Julie como si fuera a estrangularla con las manos desnudas. Y ella le devolvió la mirada con frialdad: «Tú mataste a mi padre. Y me ibas a matar a mí».

«Nunca sabemos cómo vamos a reaccionar -pensó-. Sólo sé que te odio, y hasta ahora jamás había odiado a un ser humano.»

-¡El sarcófago! -gritó Henry de repente. Se quedó agarrado a la puerta de la sala egipcia como si no se atreviera a pasar-. Exijo que abran el ataúd de la momia ahora mismo.

-Realmente puedes acabar con la paciencia de cualquiera, Henry. Nadie va a tocar ese sarcófago. Contiene unos restos de un valor incalculable que pertenecen al Museo Británico y no deben ser expuestos al aire.

-¿Qué diablos estás diciendo? -aulló Henry, a punto de estallar en una crisis nerviosa.

-¡Cálmate! -ordenó Randolph-. Ya he oído bastante. Se escucharon voces en el exterior. Alguien se había acercado a la puerta e intentaba ver algo.

-Henry, no quiero escándalos en mi casa -dijo Julie secamente.

Los agentes miraron a Henry con frialdad.

-Si la señorita no quiere que inspeccionemos su casa...

-Por supuesto que no quiero -respondió Julie-. Creo que ya les hemos hecho perder bastante tiempo. Como pueden ver, aquí no ha pasado nada.

La taza de café seguía volcada y el pañuelo estaba en el suelo, pero Julie se mantuvo firme. Miró a Henry y a los dos policías. Uno de ellos la estaba observando con atención, aunque no dijo nada. •

Ninguno de ellos veía lo que ella: la imponente figura de Ramsés, que bajaba las escaleras calmadamente. Ninguno de ellos lo vio atravesar el salón central y entrar en silencio en la habitación. Pero Julie fue incapaz de apartar la mirada de él, y al fin todos se volvieron para ver la causa de su fascinación: el hombre alto de cabellos castaños envuelto en una bata de seda color burdeos que se había quedado de pie junto a la puerta.

A Julie le faltaba la respiración. No sólo era majestuoso, como todos los reyes debían ser, sino que semejaba sobrehumano, como si su corte hubiera estado formada por héroes y hombres de extraordinaria fuerza y valor.

Incluso aquella bata con solapas de satén parecía exótica en él. No se había abotonado la camisa blanca, y sin embargo parecía curiosamente «normal», dado el tono saludable de su piel y su postura: sacando ligeramente el pecho con un aire algo marcial y con los pies plantados en el suelo con firmeza, como ningún hombre moderno habría hecho. Era una posición serena y autoritaria, pero no había nada de arrogante en su expresión. Simplemente miró a Julie y a continuación a Henry, que había enrojecido hasta las raíces de sus cabellos oscuros.

Henry observó la camisa entreabierta y el anillo con el escarabajo sagrado que Ramsés llevaba en la mano derecha. Los dos inspectores también lo miraban, y Randolph parecía absolutamente desconcertado. ¿Habría reconocido la bata que le había regalado a su hermano? Rita había apoyado la espalda contra la pared y se cubría la boca con las manos.

-Tío Randolph -dijo Julie dando un paso adelante-, te presento a un buen amigo de papá que acaba de llegar de Egipto. Es un egiptólogo que trabajó con él. Eh... el señor Ramsey, Reginald Ramsey. Quiero presentarles a mi tío, Randolph Stratford, y a su hijo Henry...

Ramsés observó a Randolph y volvió a clavar los ojos en Henry, que no dejaba de mirarlo con aire estúpido. Julie hizo un leve gesto a Ramsés pidiéndole paciencia.

-Creo que no es éste el momento más adecuado para una reunión social -añadió Julie-. La verdad es que estoy muy cansada, y todo esto me ha cogido por sorpresa...

-Bien, señorita Stratford, quizás ha sido a este caballero a quien ha visto su primo -dijo el afable policía.

-Sí, puede ser -respondió ella-. Pero ahora tengo que atender a mi huésped. Todavía no he desayunado. Debo...

¡Henry lo sabía! Julie lo notaba. Buscó algo correcto y apropiado que decir: que eran ya más de las ocho y media, que tenía hambre... Henry estaba retrocediendo hacia la esquina, y Ramsés no dejó de mirarlo mientras pasaba por delante de los dos policías, recogía el pañuelo del suelo y, con un gesto rápido y elegante, se lo guardaba en el bolsillo de la bata. Nadie más que Julie y Henry vio el gesto.

Randolph miraba a su sobrina boquiabierto; uno de los hombres de Scotland Yard parecía empezar a aburrirse.

-¡Tienes razón, querida mía! -dijo Randolph-. Tienes toda la razón.

-Desde luego que la tengo. -Sin perder un momento, Julie lo tornó del brazo y lo

condujo hacia la puerta. Los hombres de Scotland Yard los siguieron.

-Mi nombre es Trent, señorita. Soy inspector -declaró el policía hablador-. Y éste es mi compañero, el sargento Galton. Llámenos si nos necesita.

-Sí, por supuesto -contestó ella. Henry parecía estar al borde de un síncope. De improviso se lanzó hacia la puerta y desapareció entre la muchedumbre de curiosos.

-¿Era la momia, señor? -gritó alguien-. ¿Ha visto a la momia moverse?

-¿Era la maldición?

-Señorita Stratford, ¿está usted bien? Los agentes de Scotland Yard se apresuraron a salir, y el inspector Trent ordenó a los curiosos que se dispersaran.

-¡Pero qué diablos le pasa! -murmuró Randolph-. No comprendo nada de todo esto.

Julie le apretó el brazo con más fuerza. No, era imposible que supiera lo que Henry había hecho. Él nunca habría podido levantar la mano contra su hermano. ¿Pero cómo podía estar segura? Siguiendo un impulso lo besó en la mejilla.

-No te preocupes, tío Randolph -lo tranquilizó. Y sintió que estaba al borde de las lágrimas.

Randolph sacudió la cabeza con tristeza. Estaba preocupado y humillado. Mientras lo veía alejarse, Julie sintió una gran pena por él, una pena mucho mayor de lo que había sentido nunca por nadie. No se dio cuenta de que su tío iba descalzo hasta que estuvo a mitad de la calle. Los periodistas lo seguían. Cuando los hombres de Scotland Yard se alejaron, algunos se volvieron hacia ella. Julie se retiró con rapidez y cerró la puerta. A través del cristal vio la distante figura de su tío que entraba apresuradamente en su casa.

Julie se dio media vuelta con lentitud y entró en el salón.

Silencio. El suave murmullo de la fuente del invernadero. Un caballo que pasaba al trote por la calle. Rita, que seguía temblando en una esquina, con el delantal hecho un nudo entre sus febriles manos de trabajadora.

Y Ramsés inmóvil en el centro de la habitación. Tenía los brazos cruzados y la miraba fijamente, con los pies algo separados, como un momento antes. El sol, que le daba en la espalda, lo rodeaba de un halo luminoso, y dejaba su rostro en la sombra. Y el profundo brillo de sus ojos era casi tan intenso como los reflejos de sus cabellos.

Por primera vez Julie comprendió el significado de la palabra *regio.* Era un hombre extraordinariamente bello, y buena parte de su belleza procedía de su expresión, inteligente y curiosa, aunque contenida. Era sobrenatural y al mismo tiempo perfectamente normal. Más que humano, pero humano al fin y al cabo.

Ramsés seguía mirándola. Los pliegues de la larga bata se agitaron levemente por efecto de la suave corriente de aire cálido que entraba del invernadero.

-Rita, déjanos -susurró Julie.

-Pero, señorita...

-Vete.

Otra vez el silencio. Entonces él se acercó a ella. No sonreía. Con expresión seria y ojos muy abiertos observó el rostro de Julie, su cabello, su atuendo.

¿Qué pensaría de su caprichoso salto de cama de encaje? Quizá creyera que las mujeres modernas vestían también así por la calle. Pero él no estaba mirando el encaje. Estaba mirando la forma de sus pechos bajo la seda, el contorno de sus caderas. Volvió a mirarla a los ojos, y su expresión fue inequívocamente apasionada. Se acercó a ella y la tomó por los hombros. Julie sintió el contacto de sus cálidos dedos.

-No -dijo.

Negó enérgicamente con la cabeza y retrocedió. Se irguió, intentando no admitir el miedo ni el repentino y delicioso escalofrío que le recorría la columna y los brazos.

-No -volvió a decir con un leve tono de desaprobación.

Mientras seguía mirándolo al borde del pánico, desconcertada por la intensa calidez que

sentía en el pecho, él asintió, dio un paso atrás y sonrió. Abrió las manos en un leve gesto de disculpa y habló en un latín suave y acariciante. Julie distinguió su nombre, la palabra *regina y* otra que sabía que significaba casa. Julie es la reina en su casa.

No pudo reprimir un suspiro de alivio. Otra vez le temblaba todo el cuerpo. ¿Lo notaría él? Por supuesto.

Ramsés hizo un gesto interrogante.

-*Pañis,* Julie -susurró-. *Vinum. Pañis.* -Entrecerró los ojos, como si buscara una palabra más adecuada-. *Edere*

-murmuró, y se llevó una mano gráficamente a los labios.

-¡Claro! Tienes hambre. Quieres pan y vino. ¡Rita! -gritó en dirección a la puerta-. Tiene hambre, Rita. Tenemos que darle algo de comer de inmediato.

Se volvió hacia Ramsés y lo vio sonreír una vez más con aquella extraordinaria mirada cálida y afectuosa. Parecía que le gustaba mirarla. Si él supiera que ella lo encontraba casi irresistible, que un momento antes había estado a punto de rodearlo con sus brazos y... mejor no pensar en ello. No, tenía que dejar de pensar en ello.



Elliott se hallaba sentado en su sillón mirando la chimenea. Estaba muy cerca del fuego, *y* tenía los pies enfundados en sus zapatillas y apoyados en la defensa para que el intenso calor le aliviara el dolor de las piernas y manos. Escuchaba a Henry con una mezcla de impaciencia e inesperada fascinación. Parecía que la mano de Dios había caído con fuerza sobre Henry a causa de sus pecados. Parecía haberse desmoronado.

-¡Son imaginaciones tuyas! -dijo Alex.

-Te estoy diciendo que esa condenada momia salió de su sarcófago e intentó estrangularme. Sentí su mano en el cuello y le vi la cara bajo las vendas.

-Has tenido que imaginártelo -insistió Alex.

-¡Mierda, imaginármelo!

Elliott observó a los dos jóvenes. Henry iba sin afeitar y le temblaba la mano en la que sostenía un vaso de whisky. Alex estaba inmaculado, con las manos tan limpias como las de un niño.

-¿Y dices que ese egiptólogo y la momia son la misma persona? Henry, has estado fuera toda la noche, ¿verdad?

Has estado bebiendo con esa chica del *music-hall.* Has estado...

-¡Y de dónde diablos ha salido ese tipo si no es la momia! Elliott se echó a reír suavemente y atizó las brasas con la punta del bastón. Henry insistió.

-¡Anoche no estaba allí! ¡Y bajó por la escalera con la bata del tío Lawrence! ¡Y además vosotros no lo habéis visto! No es un hombre normal. Cualquiera que lo vea se da cuenta de que no lo es.

-¿Y está ahora solo en la casa con Julie? Alex tardaba tanto en sacar conclusiones, pobre alma cándida...

-Eso es lo que he estado intentando decirte. ¡Dios mío! ¿Es que no va a haber nadie en Londres que me escuche?

-Henry acabó con su whisky, se acercó al mueble bar y volvió a llenar el vaso-. Y Julie está encubriéndole. Ella sabe lo que ha sucedido. ¡Vio cómo aquello se me acercaba por la espalda!

-Te estás poniendo en ridículo con esta historia -dijo Alex con suavidad-. Nadie va a creer...

-¿No te das cuenta? -replicó Henry con impaciencia-. Esos papiros, esos rollos hablan de algo inmortal. Lawrence se lo estaba contando a ese Samir, algo así como que Ramsés II había vivido mil años...

-Creí que era Ramsés el Grande -lo interrumpió Alex.

-Los dos son el mismo, zoquete. Ramsés II, Ramsés el Grande, Ramsés el Maldito. Todo estaba en esos papiros, te lo aseguro. ¿Y no lo has leído en los periódicos? Y yo que creí que el tío Lawrence se estaba volviendo loco por el calor...

-Creo que necesitas descansar, y posiblemente en un hospital. Todo esto de la maldición...

-¡Maldita sea, no entiendes nada! Es peor que una maldición. Esa momia ha intentado matarme. Te oigo que está viva.

Alex miró a Henry con apenas velada repulsión. «La misma mirada con la que lee los

periódicos», pensó Elliott sombríamente.

-Voy a ver a Julie. Padre, si me disculpas...

-Desde luego, eso es exactamente lo que deberías hacer.

-Elliot volvió a mirar el fuego-. Averigua qué pasa con ese egiptólogo, *de* dónde ha salido. Julie no debería estar sola en esa casa con un extraño. Es absurdo.

-¡Está sola en esa casa con la maldita momia! -gruñó Henry.

-Henry, ¿por qué no te vas a casa y duermes un poco? -sugirió Alex-. Te veré luego, padre.

-¡Majadero!

Alex hizo caso omiso del insulto. Era una ofensa sorprendentemente fácil de pasar por alto. Henry volvió a vaciar el vaso y se dirigió una vez más al mueble bar.

Elliott escuchó el tintineo de la botella contra el vaso.

-Y ese hombre, el misterioso egiptólogo, ¿te dijo su nombre? -preguntó.

-Reginald Ramsey, ¡qué te parece! Y juraría que Julie lo inventó sobre la marcha. -Volvió a apoyarse en la repisa de la chimenea con un vaso lleno de whisky hasta el borde. Lo fue sorbiendo lentamente, apartando la vista con nerviosismo cada vez que Elliott lo miraba-. No ha pronunciado una sola palabra en inglés. Y tendrías que haber visto su mirada. Te lo aseguro, tienes que hacer algo.

-Sí, ¿pero qué?

-¿Cómo diablos voy a saberlo? Cazar a ese monstruo, eso es lo que hay que hacer. Elliott se rió secamente.

-Si esa criatura o ese hombre ha intentado estrangularte, ¿por qué lo protege Julie? ¿Por qué no la ha estrangulado a ella?

Henry guardó silencio un instante, mirando al frente con gesto vacío. Entonces dio un largo sorbo a su vaso. Elliott lo miró con frialdad: no estaba loco, no; histérico, pero no loco.

-Lo que te pregunto es por qué intentó matarte a ti.

-Por el amor de Dios, es una momia, ¿no? Yo fui el que entró en su maldita tumba, no Julie. Yo encontré a Lawrence muerto en la condenada tumba...

Henry se interrumpió como si acabara de darse cuenta de algo. Su rostro ya no parecía ausente, sino horrorizado.

Los ojos de los dos hombres se encontraron un instante. Elliott volvió a mirar al fuego. «Este es el joven al que una vez quise -pensó-, al que acaricié con hambre y ternura, al que amé. Y ahora está llegando al fondo de algo, a lo más bajo. La sensación de revancha debería ser dulce, pero no lo es.»

-Mira -dijo Henry casi tartamudeando-, tiene que haber una explicación a todo esto. Pero desde luego, sea lo que sea, hay que detenerlo. Es posible que haya hechizado a Julie.

-Ya.

-Claro, crees que estoy loco. Y me desprecias. Siempre me has despreciado.

-No, no siempre.

De nuevo volvieron a mirarse. El rostro de Henry estaba húmedo de sudor y los labios le temblaban levemente. Apartó la vista.

«Está desesperado -pensó Elliott-. Ya no tiene dónde esconderse de sí mismo, eso es lo que ocurre.»

-Bueno, pues pienses lo que pienses -dijo Henry-, yo no tengo intención de pasar otra noche en esa casa. Voy a mandar que lleven todas mis cosas al club.

-No puedes dejarla sola allí. No es correcto. Y, no habiendo un compromiso formal entre Alex y Julie, yo no puedo intervenir adecuadamente.

-Claro que puedes. Y yo iré a donde me dé la gana. Desde luego no pienso quedarme allí.

Elliott oyó a Henry alejarse tras dejar el vaso con violencia sobre la repisa de mármol del mueble bar. Sus pesados pasos se alejaron y Elliott se quedó solo.

Se arrellanó en su sillón. Un golpe sordo y lejano le indicó que la puerta de la calle se cerraba.

Intentó ver todo el incidente en perspectiva. Henry había ido a su casa porque Randolph no le creía. Y era una historia muy extraña, incluso para haberla inventado un joven tan loco y desesperado como Henry. No tenía ningún sentido.

-Amante de Cleopatra -murmuró-. Guardián de la casa real de Egipto. Ramsés el Inmortal, Ramsés el Maldito.

De repente sintió deseos de volver a ver a Samir, de hablar con él. Desde luego, la historia era ridícula, pero... No, lo que ocurría era que Henry se estaba deteriorando más rápido de lo que nadie hubiera pensado. Pero de todos modos quería saber la opinión de Samir sobre todo aquello.

Sacó el reloj del bolsillo del chaleco: todavía era muy pronto. Tenía mucho tiempo antes de acudir a las citas que tenía por la tarde. Si al menos pudiera levantarse de aquel sillón...

Había plantado el bastón con firmeza sobre el suelo de piedra cuando oyó los suaves pasos de su esposa. Se dejó caer de nuevo en el sillón, aliviado por poder permanecer sentado unos momentos más, y la miró a los ojos.

Siempre le había gustado su esposa, y ahora, en su madurez, había descubierto que la amaba. Era una mujer de aspecto impecable y que poseía un encanto sutil. A él le parecía que no tenía edad, quizá porque no lo atraía eróticamente. Pero ella era doce años mayor que él, y por tanto casi una anciana. Aquello le molestaba, no sólo porque le hacía sentir la proximidad de la vejez, sino porque temía perderla.

Siempre la había admirado y había disfrutado de su compañía; y necesitaba su dinero desesperadamente, aleo que a ella nunca le había importado. Valoraba el encanto de Elliott y sus contactos sociales y le perdonaba sus excentricidades secretas.

Ella siempre había sabido que había algo raro en él, que era algo así como «la oveja negra del rebaño», alguien diferente de sus iguales, de sus amigos y enemigos. Pero nunca se lo había planteado abiertamente. Al parecer su felicidad no dependía de la de él; y, por otra parte, le estaba muy agradecida por seguir cumpliendo con su vida social y por no haber huido a Egipto con Lawrence Stratford.

Elliott estaba ahora demasiado paralizado por la artritis como para seguir siéndole infiel, y a veces se preguntaba si para ella era un alivio o si la entristecía. Todavía compartían el lecho matrimonial, y era probable que siguieran haciéndolo hasta el final. Aunque no había ninguna urgencia o necesidad real, desde hacía tiempo Elliott era consciente de que dependía de ella y la amaba profundamente.

Se alegró de que ya hubiera vuelto a casa pues lo ayudaba a sobrellevar el dolor por la muerte de Lawrence; pero también sabía que tendría que recuperar la gargantilla de diamantes lo antes posible. Randolph le había prometido pagarle al día siguiente el dinero que había obtenido a cambio de la joya, y eso lo tranquilizaba.

Edith estaba especialmente atractiva con su vestido nuevo de lana verde traído de París. Tenía un aspecto pulcro y recatado, excepto por su rebelde cabellera plateada, que contrastaba de un modo adorable con la severidad de su vestuario y la ausencia de joyas y adornos. Nunca lucía los diamantes que Elliott había empeñado, más que para asistir a alguna fiesta. Él se enorgullecía de ella porque seguía siendo una mujer terriblemente atractiva a pesar de su edad. En general a la gente le gustaba más ella que él, y Elliott pensó que así debía ser.

-Voy a salir un rato -le anunció-. No me echarás de menos. Estaré de vuelta a la hora de comer.

Sin responder, ella se sentó en la otomana que había junto a su sillón y le tomó la mano.

El pensó que su tacto era muy ligero y que las manos eran la única parte de su cuerpo que revelaba su edad.

-Elliott, has vuelto a empeñar mi gargantilla -dijo simplemente.

Avergonzado, guardó silencio.

-Sé que lo has hecho por Randolph. Otra vez las deudas de Henry. Siempre la misma historia.

El clavó los ojos en las brasas de la chimenea y no respondió. Después de todo, ¿qué iba a decir? Ella sabía que los diamantes estaban a salvo en manos de un joyero en el que ambos confiaban, que la cifra pedida a cambio era relativamente pequeña y que ella podía devolverla incluso aunque Randolph no pudiera hacerlo.

-¿Por qué no me dijiste que necesitabas dinero? -le preguntó.

-Eso nunca es fácil, querida. Además, Henry le está haciendo la vida muy difícil a Randolph.

-Lo sé. Y también que lo has hecho con buena intención, como siempre.

-Por vulgar que pueda parecer, un préstamo contra un collar de diamantes es un precio bajo por los millones de los Stratford. Y en eso estamos, querida: intentando darle una buena boda a nuestro hijo, como suele decirse.

-Randolph no puede convencer a su sobrina de que se case con Alex. No tiene ninguna influencia sobre ella. Le has dejado el dinero porque sientes pena de Randolph, porque es tu amigo.

-Quizá tengas razón. -Suspiró y siguió sin mirarla-. Quizá de algún modo me siento responsable.

-¿Por qué ibas a ser responsable? ¿Qué tienes que ver tú con Henry y con lo que ha sido de él?

Él no respondió. Pensó en la habitación de aquel hotel en París y en la mirada miserable de Henry al ver que había fracasado su intento de chantaje. Era extraño: recordaba perfectamente el mobiliario de la habitación. Más tarde, al descubrir la ausencia de la pitillera y el dinero, se había dicho: «Debo recordar esto, debo recordarlo todo; esto no debe volver a sucederme».

-Siento lo de tu gargantilla, Edith -dijo en voz baja, repentinamente herido al pensar que él había robado a su esposa de la misma forma que Henry le había robado a él. De repente se dio cuenta de que estaba sonriendo, casi flirteando con ella, como siempre.

Ella aceptó el gesto con su leve sonrisa maliciosa. Varios años antes le habría dicho: «No te hagas el niño malo conmigo». El hecho de que ya no se lo dijera nunca no significaba que ya no lo encontrara atractivo.

-Randolph tiene el dinero para cubrir el préstamo -le aseguró él más seriamente.

-No es necesario -susurró ella-. Déjamelo a mí. -Se levantó lentamente y esperó. Sabía que él podía necesitarla para levantarse. Y, por mucho que lo humillara, él lo sabía también.

-¿Adonde vas? -preguntó mientras le ofrecía las manos.

-A ver a Samir Ibrahaim al museo.

-Otra vez esa momia.

-Henry ha venido contándonos una historia de lo más extraña...



Alex, cielo -dijo Julie tomándole las manos-. El señor Ramsey era un buen amigo de papá. Lo más lógico es que se hospede aquí. -Pero tú estás sola... -Alex miró con gesto de desaprobación el salto de cama blanco que vestía Julie, y con razón.

-Alex, soy una mujer moderna. ¡No cuestiones mis decisiones! Y ahora vete y déjame atender a mi invitado. Dentro de unos días comeremos juntos y te lo explicaré todo...

-¡Julie, unos días!

Ella lo besó levemente en los labios y lo empujó hacia la puerta. Él volvió a mirar con desconfianza en dirección al salón.

-Alex, vete, por favor. Este hombre viene de Egipto. Voy a enseñarle Londres, y se me está haciendo tarde. Por favor, cariño mío, haz lo que te digo.

Alex era demasiado educado para protestar más. Dedicó a Julie otra de sus miradas de inocencia y desconcierto y dijo suavemente que telefonearía por la noche para saber si todo iba bien.

-Desde luego -repuso ella-. Eres un encanto. -Tras lanzarle un beso con las yemas de los dedos, cerró la puerta de inmediato.

Se apoyó un momento contra la pared y dirigió la mirada al salón a través de las puertas de cristal. Rita pasó por delante como una exhalación. Oyó el silbido de la tetera en la cocina. La casa rebosaba de cálidos aromas de comida.

El corazón volvía a latirle apresuradamente; un torbellino de pensamientos le atravesó la cabeza, pero todavía era incapaz de reaccionar. Lo que importaba en aquel momento era que Ramsés estaba allí, en el invernadero.

Cruzó el salón lentamente y se quedó en el umbral del invernadero mirándolo. Todavía llevaba la bata de su padre, aunque se había quitado la camisa con un leve gesto de disgusto por el tacto áspero y almidonado de la prenda. Sus cabellos habían crecido plenamente. Ahora ostentaba una

E oblada cabellera de suaves rizos que llegaban hasta los lóbulos de sus orejas, con un mechón rebelde que le caía una y otra vez sobre la frente.

La mesa blanca del invernadero estaba cubierta de platos de comida humeante. Mientras leía un ejemplar de *Punch,* tomaba delicadamente con los dedos trozos de carne, fruta y pan. La elegancia con la que se llevaba la comida a la boca con los dedos era casi milagrosa. No tocó los cubiertos, aunque había admirado los grabados de aquellos antiguos objetos de plata.

Llevaba dos horas leyendo y comiendo sin parar. Había devorado cantidades inimaginables de comida, como si se estuviera cargando del combustible que durante tanto tiempo le había faltado. Se había tomado ya cuatro botellas de vino, dos de agua mineral y todas las existencias de leche de la casa, y ahora sorbía pausadamente una copa de coñac.

No estaba bebido. Al contrario, parecía extraordinariamente sobrio. Había repasado el diccionario inglés-egipcio con tanta rapidez que Julie casi se había mareado de ver pasar las hojas. Al parecer había asimilado el sistema de numeración árabe, expuesto en el diccionario junto a los numerales romanos, en cuestión de minutos. A continuación había hojeado el Diccionario Inglés de Oxford a la misma velocidad, pasando las páginas adelante y atrás, recorriendo con el dedo columna tras columna.

Evidentemente no estaba leyendo todas las palabras. Estaba captando la esencia, las raíces, la estructura del idioma. Julie lo comprendió cuando él le pidió que le nombrara en voz alta los diferentes objetos que había a la vista y fue repitiendo cada palabra con una inflexión perfecta. Ya había memorizado los nombres de todas las plantas del invernadero: helechos, orquídeas, begonias, margaritas, buganvillas... Asombrada, Julie lo oyó repetir la lista completa momentos después sin el menor error: fuente, mesa, platos, porcelana, plata, azulejos, Rita.

Ahora estaba concentrado en diferentes textos en inglés. Estaba acabando con el *Punch, y* ya había dejado a un lado dos ejemplares de la revista *Strand,* el *Harper's Weekly* norteamericano y todos los números del *Times* que había en la casa.

Pasaba las hojas con gran cuidado, tocando con los dedos las palabras e ilustraciones como si fuera ciego y pudiese leer a través del tacto. Con la misma atención tocó los platos de Wedgwood y la cristalería de Waterford.

Levantó la vista con gesto de excitación cuando Rita le llevó un vaso de cerveza.

-Ya no queda nada más, señorita -anunció la doncella con un leve encogimiento de hombros.

Ramsés cogió el vaso de la mano y lo vació de un trago. Sonrió a Rita y asintió con la cabeza.

-A los egipcios les encanta la cerveza, Rita. Trae más, rápido.

Mantener a Rita ocupada era la mejor forma de evitar que causara problemas.

Julie se abrió paso entre la espesura de helechos y árboles y tomó asiento en la mesa frente a Ramsés. El levantó la mirada y señaló una foto de Nueva York que aparecía en las páginas de una revista.

-América -dijo Julie.

-Estados Unidos -corrigió él. Julie quedó atónita.

-Sí -confirmó.

Ramsés devoró con rapidez un emparedado de salchichón y a continuación dobló en dos una fina rebanada de pan y la engulló de dos bocados. Mientras tanto pasaba las páginas de la revista con la mano izquierda. Se detuvo en una ilustración de un hombre en bicicleta y se echó a reír con fuerza.

-Bicicleta -indicó ella.

-¡Sí! -exclamó él, exactamente como ella lo había hecho un momento antes. Entonces añadió algo en un latín susurrante.

Tenía que salir con él a la calle, enseñarle todo, pensó Julie.

El teléfono sonó en el escritorio de la sala egipcia. Ramsés se puso en pie rápidamente. La siguió a la biblioteca y se mantuvo cerca de ella, sin dejar de mirarla mientras descolgaba el auricular.

-¿Hola? Sí. Aquí Julie Stratford. -Cubrió el auricular con la mano-. Teléfono -murmuró-. Máquina para hablar. -Se lo acercó al oído para que pudiera escuchar la voz que hablaba al otro lado de la línea.

Llamaban del club de Henry. Iban a pasar a recoger sus cosas y querían saber si las tendría preparadas.

-Pueden venir cuando quieran. Tendrán que venir dos hombres. Y, por favor, que sea cuanto antes. Levantó el cordón y se lo enseñó a Ramsés.

-La voz viaja a través del cable -susurró. Colgó el teléfono y miró a su alrededor. Tomó a Ramsés de la mano y lo condujo de nuevo al invernadero. Allí le señaló a través de los cristales los cables tendidos entre la casa y un poste al fondo del jardín.

El observó todo con gran atención. Entonces ella cogió un vaso vacío de la mesa y se acercó a la pared que separaba el invernadero de la cocina. Puso la boca del vaso sobre la

Eared, aplicó el oído al fondo y oyó a Rita trabajar en i cocina. _ A continuación le

indicó a Ramsés que hiciera lo mismo. El escuchó la amplificación de los sonidos con la misma claridad que ella.

La miró pensativo, asombrado, entusiasmado.

-El cable del teléfono conduce el sonido -dijo ella-. Es una invención mecánica. -Aquello era lo que debía hacer: enseñarle las máquinas. Explicarle el gran salto adelante que habían significado las máquinas, la completa transformación de la forma de hacer las cosas.

-Conduce el sonido -repitió él pensativo. Se acercó a la mesa y abrió la revista que había estado leyendo. Hizo a

Julie un gesto para que leyera en voz alta. Rápidamente, ella leyó un párrafo de un artículo sobre política internacional. Demasiado denso y abstracto, pero él se limitaba a escuchar las sílabas, hasta que le quitó la revista de las manos con impaciencia.

-Gracias -dijo.

-Muy bien -aprobó ella-. Estás aprendiendo a una velocidad asombrosa.

Entonces él hizo una curiosa serie de gestos. Primero se tocó la sien y la frente, como si hiciera alguna referencia a su cerebro, y a continuación se palpó el pelo y la piel. ¿Qué estaba intentando decirle? ¿Que su mente respondía tan rápido como su cuerpo había respondido a la luz del sol?

Ramsés volvió a mirar la mesa.

-Salchichas -dijo-. Ternera. Pollo asado. Cerveza. Leche. Vino. Tenedor. Cuchillo. Servilleta. Cerveza. Más cerveza.

-Sí -asintió ella-. Rita, tráele algo más de cerveza. Le encanta la cerveza. Oh, eres maravillosamente inteligente. El se echó a reír.

-Repite -pidió.

-Maravillosamente inteligente. -Julie se llevó un dedo a la cabeza: el cerebro, el pensamiento.

El asintió. Cogió un cuchillo de la mesa y se lo guardó en el bolsillo. Hizo un gesto a Julie para que lo siguiera y volvió a la sala egipcia. Se acercó a un viejo mapamundi enmarcado y señaló con cuidado las Islas Británicas.

-Sí, Inglaterra. Britannia -confirmó Julie. Entonces señaló a Norteamérica-. Estados Unidos -dijo, y fue sucesivamente identificando continentes y océanos hasta llegar a Egipto y el Nilo, una insignificante línea en el pequeño mapa-. Ramsés, rey de Egipto -dijo, y lo señaló a él.

Ramsés asintió. Pero quería saber algo más. Articuló la pregunta con sumo cuidado.

-¿Siglo veinte? ¿Qué significa «después de Cristo»?

Julie se quedó sin habla. ¡Claro! Había estado dormido desde antes del nacimiento de Cristo, y no tenía forma de saber cuánto tiempo había permanecido en aquella tumba. El hecho de que fuera un auténtico pagano fascinó a Julie más que preocuparla. Pero temía su reacción cuando contestara a la pregunta.

Números romanos. ¿Dónde estaba aquel libro? Sacó de un estante las «Vidas» de Plutarco y encontró la fecha de publicación en números romanos. Sólo hacía tres años. Perfecto.

Tomó una hoja de papel del escritorio de su padre y, tras mojar la pluma en el tintero, escribió con rapidez la fecha correcta. ¿Pero cómo explicarle los principios del sistema?

Cleopatra era un ejemplo cercano, pero temió pronunciar su nombre por razones obvias. Entonces le vino un ejemplo a la cabeza.

Escribió con mayúsculas el nombre de Octavio César. Él asintió. Entonces añadió debajo el número uno romano. A continuación trazó una línea horizontal hasta el extremo derecho de la hoja, y escribió su nombre, Julie, y la fecha actual en números romanos.

El frunció el entrecejo. Miró el papel largo rato y de repente asomó el color a sus

mejillas: lo había comprendido. Su expresión se volvió grave, y al instante curiosamente filosófica. Parecía estar meditando, más que asimilando una fuerte impresión. Entonces Julie escribió «siglo», y a su lado el número cien romano y la palabra *annus.* El asintió con cierta impaciencia: sí, sí, comprendía.

Ramsés cruzó los brazos y se puso a pasear lentamente por la habitación. Julie se preguntó qué estaría pensando.

-Mucho tiempo -susurró-. *Tempus... tempus fugit* -De repente se sintió avergonzada. ¿El tiempo vuela? Era todo el latín que se le ocurría en aquel momento. Ramsés sonreía. ¿Habría sido ya un tópico dos mil años atrás?

El se acercó al escritorio e inclinándose sobre ella le cogió la pluma y dibujó con cuidado su nombre en jeroglíficos: Ramsés el Grande. Entonces trazó otra horizontal casi hasta el extremo de la hoja y escribió el nombre de Cleopatra. En el centro de la línea escribió el número romano M, y a su lado la cifra 1000 en los dígitos árabes que había aprendido hacía apenas una hora.

Le dio a Julie un momento para que lo leyera, y escribió bajo su propio nombre la cifra 3000.

-Sí, Ramsés tiene tres mil años -dijo ella señalándolo-, y lo sabe.

El asintió de nuevo y sonrió. ¿Cómo interpretar su expresión? ¿Era triste, resignada, meramente pensativa? Una sombra de dolor atravesó sus ojos. La sonrisa no se borró, pero Julie vio aparecer un leve pliegue en sus párpados durante un instante. Ramsés miró a su alrededor como si fuera la primera vez que veía la habitación. Observó el techo, el suelo y el busto de Cleopatra. Sus ojos eran tan grandes como siempre, su sonrisa igual de suave y agradable, pero algo había desaparecido de su rostro: el vigor. Se había desvanecido por completo.

Cuando volvió a mirarla, había un tenue brillo de lágrimas en sus ojos. Julie no pudo soportarlo. Extendió el brazo y le tomó la mano izquierda. Los dedos de Ramsés se curvaron alrededor de los suyos y los apretaron con ternura.

-Muchos, muchos años, Julie -dijo lentamente-. Muchos, muchos años. Sin ver el mundo. ¿Me entiendes?

-Oh, sí. Desde luego que sí -respondió ella. El la estudió sin dejar de susurrar lenta y casi reverentemente:

-Muchos, muchos años, Julie. -Entonces sonrió; su sonrisa se ensanchó poco a poco y sus hombros comenzaron a agitarse casi imperceptiblemente. Julie se dio cuenta de que estaba riéndose-. Dos mil años, Julie. -Se reía abiertamente, y la mirada de salvaje entusiasmo, de vitalidad desbordante, retornó a sus ojos. Poco a poco su mirada volvió a fijarse en Cleopatra. Al cabo de un momento miró a Julie de nuevo, y la curiosidad y el optimismo habían vuelto. No era más que eso: un optimismo vigoroso y arrollador.

Julie sintió deseos de besarlo. Fue una sensación tan fuerte que le sorprendió. No era sólo la belleza de su rostro, ni la mirada de dolor en sus ojos, ni la forma en que sonreía en aquel momento y le acariciaba el cabello respetuosamente. Julie sintió que un escalofrío le descendía por la espalda.

-Ramsés es inmortal -dijo entonces-. Ramsés tiene *vitam eternam.*

Él dejó escapar una breve risa de reconocimiento.

-Sí -asintió-. *Vitam eternam.*

¿Era amor lo que sentía por aquel hombre? ¿O simplemente una fascinación tan abrumadora que barría de su mente cualquier otra consideración, incluso la idea de que Henry había matado a su padre?

Henry debía esperar. La justicia tenía que esperar. A no ser que matara ella misma a Henry con sus propias manos, y eso era inconcebible. Pero en aquel momento el hombre que estaba sentado delante de ella lo era todo. Ya le llegaría el momento al odio que sentía

por Henry. Si alguien iba a sufrir la justicia divina, con segundad ése era Henry.

Julie siguió mirando aquellos magníficos ojos azules, sintiendo la calidez de la mano que sostenía la suya.

Se oyó un violento sonido procedente de la calle. No podía ser más que un automóvil. Ramsés lo había oído, de ello no había duda. Pero su reacción fue lenta, como si le costara apartar los ojos de ella y dirigirlos a la ventana. Le pasó el brazo suavemente por el hombro y la condujo a la parte delantera de la casa.

¡Qué caballerosidad la suya! ¡Qué extraña cortesía! Ramsés contempló a través de la cortina de encaje lo que sin duda era un espectáculo: dos jóvenes en un descapotable italiano que saludaban a una señorita que caminaba por la acera de enfrente. El conductor hizo sonar la bocina estruendosamente y Ramsés se sobresaltó. Pero siguió mirando el rugiente y humeante vehículo, no con miedo, sino con curiosidad. Cuando el coche comenzó a moverse y se perdió calle abajo, la curiosidad dio paso al desconcierto más absoluto.

-Automóvil -explicó ella-. Funciona con gasolina. Es una máquina, una invención.

-¡Automóvil! -Ramsés se dirigió con rapidez a la puerta y la abrió.

-No. Ven conmigo. Debes vestirte adecuadamente -señaló ella-. Vestidos de verdad.

-Camisa, corbata, pantalones, zapatos -dijo él.

Ella se echó a reír, y él le indicó con un gesto que esperara. Entró en la sala egipcia, se acercó a la larga fila de redomas de alabastro y seleccionó una. Tras darle la vuelta abrió un pequeño compartimiento oculto que tenía en el fondo y extrajo de él varias monedas de oro que ofreció a Julie.

-Vestidos -dijo simplemente.

Ella las miró durante un instante a la luz de las ventanas: más monedas de Cleopatra, relucientes, perfectas.

-Oh, no -repuso ella-. Esas monedas valen demasiado para que las gastemos. Guárdalas. Eres mi invitado. Yo me haré cargo de todo.

Lo tomó de la mano y lo condujo escaleras arriba. Como un rato antes, Ramsés estudiaba con atención todo lo que había a su alrededor. Se detuvo delante del retrato de Lawrence que colgaba en el salón del piso superior.

-Lawrence -dijo él. Entonces miró a Julie con intensidad-. ¿Y Henry? ¿Dónde está Henry?

-Yo me encargaré de Henry -respondió ella-. El tiempo y la ley... *judicium...,* la justicia se encargará de Henry.

Él dio a entender que la respuesta no le satisfacía. Sacó del bolsillo el cuchillo que había cogido de la mesa y pasó el pulgar por la afilada hoja.

-Yo, Ramsés, mataré a Henry.

-¡No! -Julie se llevó la mano a los labios-. No. Justicia. ¡Ley! -replicó-. Somos un pueblo que se gobierna por leyes. Cuando llegue el momento... -No pudo seguir. No podía decir nada más. Los ojos se le llenaban de lágrimas. Otra vez estaba viendo lo que había sucedido en todas sus dimensiones. Henry había robado a su padre su triunfo, aquel misterio, aquel momento-. No -repitió mientras intentaba serenarse.

El se llevó una mano al pecho.

-Yo, Ramsés, soy la justicia -declaró-. Rey. Justicia. Ella intentó reprimir las lágrimas y se las enjugó con el dorso de la mano.

-Aprendes muy rápido las palabras -dijo-, pero no puedes matar a Henry. Yo no podría seguir viviendo si mataras a Henry.

Súbitamente él le tomó el rostro en las manos y, atrayéndola hacia sí, la besó. Fue un beso breve y absolutamente devastador. Ella retrocedió y le dio la espalda.

Con rapidez se dirigió al otro extremo de la habitación y abrió la puerta del armario de

su padre. No volvió a mirarlo mientras iba sacando la ropa. Fue dejando sobre la cama la camisa, los pantalones, el cinturón, calcetines, zapatos. Señaló las fotos enmarcadas de la pared, en las que se podía ver a su padre, Randolph, Elliott y otros amigos, desde los días de Oxford hasta la actualidad. La chaqueta, había olvidado la chaqueta. La buscó en el armario y la dejó sobre la cama.

Entonces levantó la vista. Ramsés estaba en la puerta, mirándola. La bata se le había abierto hasta la cintura. Había algo profundamente primitivo en su postura, con los brazos cruzados y las piernas algo separadas, y a la vez era todo un paradigma de sobria elegancia.

Entró en la habitación y observó las fotos con la misma curiosidad que mostraba hacia todo. Vio las fotos del padre de Julie con Randolph y Elliott en Oxford. Se volvió hacia la cama y miró las ropas extendidas. Evidentemente estaba comparándolas con las de los hombres de la foto.

-Sí -dijo ella-. Debes vestirte así.

Los ojos de Ramsés se clavaron en el ejemplar del *Archaeology Journal* que había sobre una cómoda. Lo abrió y se puso a hojearlo. Se detuvo en un grabado de la gran pirámide de Giza en el que también se veía el Mena Hotel. ¿Qué estaría pensando? Cerró la revista.

-ARRR... queo... logia -dijo, y sonrió con la inocencia de un niño.

Sus ojos resplandecían cuando la miró. Había una sombra de vello en el centro de su ancho torso. Julie se estremeció. Tenía que salir de allí en aquel mismo momento.

-Vístete, Ramsés. Como en las fotos. Te ayudaré después si te equivocas.

-Muy bien, Julie Stratford -repuso él con su perfecto acento británico-. Puedo vestirme solo. Lo he hecho otras veces.

Por supuesto. Esclavos, siempre había tenido esclavos, probablemente docenas de ellos. En cualquier caso, ella no podía hacer nada. Desde luego no podía quitarle la bata con sus manos. Sintió que las mejillas le ardían. Salió apresuradamente y cerró la puerta con suavidad.



Henry no había estado nunca tan borracho. Ya había acabado con la botella de whisky que se había llevado sin permiso de casa de Elliott, y ahora estaba bebiendo coñac como agua. Pero no sentía el menor alivio.

Fumaba un cigarro egipcio detrás de otro, inundando el piso de Daisy con la fragancia acre a la que se había acostumbrado en El Cairo. Aquel olor le recordaba a Malenka. En aquel momento hubiera deseado estar con ella, aunque también deseaba no haber pisado nunca Egipto, no haber entrado en aquella cámara excavada en la ladera de la montaña.

¡Aquella cosa estaba viva! Lo había visto verter el veneno en la taza de Lawrence. Recordaba ahora con dolorosa claridad aquellos mismos ojos mirándolo tras los vendajes. No había duda de que aquella criatura había salido de su ataúd en casa de Julie y había intentado estrangularlo con sus horribles manos.

Nadie comprendía el peligro que lo acechaba. ¡Nadie lo comprendía porque nadie conocía los motivos de aquel monstruo! ¡Qué más daba la razón de su existencia! Aquel ser había sido testigo de lo que había hecho, y, a pesar de que le costase relacionarlos, Henry no tenía la menor duda de que Reginald Ramsey y la horrenda criatura eran la misma persona. ¿Volvería a su tumba cuando hubiera cumplido con su venganza? ¡Dios! Henry se estremeció. Oyó a Daisy decir algo, y cuando levantó la vista la vio de pie apoyada en la repisa de la chimenea, vestida tan sólo con un corsé y unas medias de seda. Sus pechos desbordaban las cazoletas de encaje del corsé y los largos rizos rubios se derramaban sobre sus hombros. Debiera haberle parecido algo digno de ser contemplado, de ser acariciado. Y sin embargo no significaba nada.

-¡Y dices que la jodida momia salió del ataúd y te echó las jodidas manos al cuello! Y que ahora va con una jodida bata por la jodida casa...

«Muérete, Daisy.» Mentalmente Henry imaginó que sacaba la navaja del bolsillo, la navaja con la que había matado a Sharples, y apuñalaba con ella a Daisy en el cuello.

Sonó el timbre de la puerta. ¡No pensaría salir a abrir medio desnuda...! Era una perfecta idiota. ¡Y a él qué le importaba! Se arrellanó en el sillón y palpó la navaja en el bolsillo.

Daisy volvió con un gran ramo de flores balbuciendo estupideces sobre uno de sus admiradores. Henry se hundió en la butaca. ¿Qué hacía mirándolo de aquella forma?

-Necesito una pistola -dijo él sin mirarla-. Seguro que alguno de esos golfos amigos tuyos puede conseguirme una.

-¡Yo no sé nada de esas cosas!

-¡Tú harás lo que te diga! -replicó él. Si ella supiera que había matado a dos hombres... Y casi a una mujer. Casi. Y lo curioso era que también le hubiera gustado herir a Daisy, ver la expresión de su rostro cuando la hoja del cuchillo se hundiera en su garganta-. Y ahora coge el teléfono -agregó con tono tajante-. Llama al inútil de tu hermano. Necesito una pistola lo suficientemente pequeña para llevarla en la chaqueta.

Daisy estaba a punto de echarse a llorar.

-Haz lo que te digo -ordenó él-. Me voy al club a coger algo de ropa. Si alguien me llama, di que voy a quedarme aquí. ¿Me has oído?

-¡No estás en condiciones de ir a ningún sitio!

El se levantó con dificultad y se dirigió a la puerta. El suelo parecía moverse. Se detuvo

un momento y apoyó la frente en el marco de la puerta. No era capaz de recordar cuánto tiempo hacía que se sentía cansado, desesperado, rabioso. Volvió a mirar a Daisy.

-Si vuelvo y no has hecho lo que te he dicho...

-Lo haré -gimoteó ella. Tiró las flores al suelo, se cruzó de brazos y, dándole la espalda, agachó la cabeza.

La intuición en la que Henry siempre había confiado plenamente le dijo que era el momento de suavizar las cosas. Tenía que mostrarse amable, casi cariñoso, a pesar de que sólo verla con la cabeza gacha le daba ganas de vomitar, a pesar de que sus sollozos le hacían rechinar los dientes.

-Te gusta este piso, ¿verdad, cariño? -dijo-. Y te gusta el champán que te traigo y las pieles que te compro. Y te gustará el automóvil que te voy a regalar. Pero lo que necesito ahora es un poco de lealtad y de tiempo.

Ella asintió en silencio y se volvió para acercarse a él. Henry se alejó por el pasillo y cerró la puerta.

Se acababan de llevar las maletas de Henry.

Julie se quedó un momento en la ventana y vio alejarse calle abajo el extraño coche alemán. En el fondo de su corazón no sabía qué hacer con respecto a su primo.

Avisar a las autoridades era inconcebible. No sólo carecía de un testigo verosímil de lo que Henry había hecho, sino que la idea de hacer daño a Randolph le resultaba insoportable.

Estaba convencida de que Randolph era inocente. Y también sabía que, si Randolph se enteraba de la culpabilidad de Henry, sería el final para él. Perdería a su tío como había perdido a su padre. Y, aunque su tío nunca había sido como su padre, era sangre de su sangre y lo quería demasiado.

Julie recordó vagamente las palabras que Henry le había dicho aquella misma mañana: «Somos todo lo que te queda». El dolor la paralizó. Estaba de nuevo al borde de las lágrimas.

Unos pasos que descendían por la escalera interrumpieron el hilo de sus pensamientos. Se volvió, y entonces vio a la única persona en el mundo que podía aliviar aquella carga, aunque fuera por un instante.

Julie se había vestido muy cuidadosamente para aquel momento. Repitiéndose que tenía que agasajar como era debido a su huésped, se había puesto el más elegante de sus vestidos, su mejor sombrero, negro con flores de seda, y guantes, por supuesto; y lo había hecho con la intención de familiarizarlo con las modas de la época.

Pero también se había vestido para él. Y sabía que el vestido de lana color burdeos le sentaba muy bien. El corazón le palpitaba con fuerza cuando lo vio descender por la escalera.

En realidad casi perdió la respiración cuando él entró en el salón central y se acercó a ella peligrosamente, como si fuera a besarla.

Julie no retrocedió.

Las ropas de su padre le quedaban espléndidas: calcetines oscuros y zapatos perfectamente limpios, la camisa bien abotonada y la corbata de seda anudada de modo un tanto excéntrico, aunque le daba un aire interesante. Incluso se había abrochado debidamente los gemelos. Estaba turbadoramente atractivo con el chaleco de seda, la levita bien ceñida y los pantalones de franela gris. Sólo se había equivocado con la bufanda de cachemir, que se había atado a la cintura como un fajín, como si fuera un viejo soldado.

-¿Puedo? -preguntó Julie mientras se la quitaba de la cintura y se la pasaba por el cuello y por dentro del abrigo. La alisó con cuidado, intentando no dejarse llevar por su magnetismo, por los ojos azules que la miraban intensamente, por aquella extraña y filosófica sonrisa.

Comenzaba la gran aventura: iban a salir juntos, iba a enseñarle a Ramsés el siglo XX. Aquél era el momento más emocionante que había vivido jamás.

Cuando estaba abriendo la puerta, él la tomó de la mano y la atrajo hacia sí, como si fuera a besarla. La excitación de Julie se convirtió por un momento en miedo.

El se dio cuenta. Se detuvo y aflojó la presión. Entonces inclinó la cabeza, le besó la mano con reverencia y le dedicó una breve sonrisa maliciosa.

¡Dios santo, era imposible resistirse a aquel hombre!

-Vamos. ¡El mundo nos espera! -dijo ella. Un coche de caballos descendía por la calle, y Julie hizo un gesto para detenerlo.

Ramsés estaba fascinado mirando la calle, las casas con barandillas de hierro y grandes portones, las cortinas de encaje en las ventanas, las chimeneas que despedían delgadas columnas de humo.

¡Qué vital, qué apasionado, qué lleno de interés por todo parecía! Al ver a Julie entrar al carruaje, corrió tras ella.

Julie pensó que jamás había visto ni una chispa de esa pasión en su amado Alex. La idea la hizo sentirse triste por un instante, no porque estuviera pensando en Alex, sino porque estaba empezando a darse cuenta de que su viejo mundo se desvanecía, de que las cosas nunca volverían a ser iguales.

El despacho de Samir en el Museo Británico era pequeño y estaba abarrotado de libros. Apenas cabía nada más que el gran escritorio y las dos butacas forradas de cuero. Pero a Elliott le pareció confortable. Y por fortuna había una pequeña chimenea de carbón que lo mantenía caliente.

-Bien, no estoy seguro de poder aclararle gran cosa -dijo Samir-. Lawrence sólo llegó a traducir un fragmento: el faraón decía ser inmortal. Al parecer había recorrido el mundo a partir del fin de su reinado oficial. Había vivido entre pueblos que los antiguos egipcios no conocían. Decía haber vivido dos siglos en Atenas, y también en Roma. Al fin se retiró a una tumba de la cual sólo podían reclamarlo los miembros de las familias reales de Egipto. Ciertos sacerdotes conocían el secreto, y en tiempos de Cleopatra ya se había convertido en una leyenda. Pero, al parecer, la joven reina lo creyó.

-E hizo todo lo necesario para despertarlo.

-Eso dice la narración. Él se enamoró profundamente de ella, y aprobó su relación con César en nombre de la necesidad y la experiencia, pero no ocurrió lo mismo con Marco Antonio. Esto lo amargó, según Lawrence. No había nada que pudiera contradecir la historia que nosotros conocemos. El condenaba a Marco Antonio y a Cleopatra por sus excesos y su mal juicio, igual que nuestros historiadores.

-¿Creía Lawrence la historia? ¿Tenía alguna teoría...?

-Lawrence estaba delirantemente feliz con el misterio. La inverosímil combinación de objetos lo fascinaba y habría pasado el resto de su vida intentando descifrarla, pero no estoy seguro de lo que realmente creía.

Elliott reflexionó un momento.

119

-La momia, Samir. Usted la examinó. Estaba con Lawrence cuando abrió el sarcófago.

-Milord, usted mismo ha visto mil momias iguales. Lo más asombroso eran los textos, el dominio de las lenguas y, desde luego, el sarcófago.

-Bien, pues tengo una pequeña historia que contarle -dijo Elliott-. De acuerdo con nuestro común amigo Henry Stratford, esa momia está viva. Esta misma mañana salió de su sarcófago, cruzó la biblioteca de Lawrence e intentó estrangular a Henry en el salón. Henry tuvo suerte de salir con vida.

Samir quedó mudo por un momento. Era como si no hubiera oído las palabras de Elliott.

Por fin habló con gran suavidad.

-¿Está bromeando conmigo, lord Rutherford? Elliott se echó a reír.

-No. No estoy bromeando, señor Ibrahaim. Y juraría que Henry Stratford tampoco bromeaba cuando me contó la historia esta misma mañana. De hecho, estoy seguro de que no lo hacía. Estaba aterrorizado, casi diría que al borde de una crisis de nervios, pero no bromeaba.

Se hizo el silencio. «Esto es quedarse sin habla», pensó Elliott mientras miraba a Samir.

-No tendrá un cigarrillo, ¿verdad, Samir? -preguntó.

Sin dejar de mirar a Elliott, Samir abrió una cajita de marfil delicadamente tallada: cigarrillos egipcios, deliciosos. Samir ofreció a Elliott un encendedor de oro.

-Gracias. Sólo me queda añadir..., porque supongo que estará preguntándoselo..., que la momia no hizo ningún daño a Julie. De hecho se ha convertido en su huésped.

-Lord Rutherford...

-Le hablo completamente en serio. Mi hijo, Alex, fue allí de inmediato. Parece que un egiptólogo se hospeda en la casa de Julie, un tal Reginald Ramsey, y que Julie tiene un interés muy especial en enseñarle Londres. No tiene tiempo para hablar de las absurdas alucinaciones de Henry. Y Henry, que ha visto al egiptólogo, mantiene que en efecto se trata de la momia, que va por ahí vestida con la ropa de Lawrence.

Elliott encendió el cigarrillo e hizo una profunda inhalación.

-Muy pronto va a oír usted hablar de esto a otros

-agregó con aire despreocupado-. Los periodistas estaban allí en masa. «La momia despierta en Mayfair.» -Se encogió de hombros.

Samir estaba más asombrado que divertido. Parecía incluso angustiado.

-Tendrá que perdonarme, pero no tengo una opinión muy elevada de Henry, el sobrino de Lawrence.

-Claro que no. ¿Cómo podría tenerla?

-Y ese egiptólogo... Ha dicho usted que su nombre es Reginald Ramsey. Nunca he oído hablar de ninguno con ese nombre.

-Por supuesto que no. Y usted los conoce a todos, ¿no es así? Desde El Cairo a Londres o Manchester, Berlín o Nueva York.

-Eso creo.

-Entonces nada de esto tiene sentido.

-Ni lo más mínimo.

-A no ser, por supuesto, que por un momento juguemos con la idea de que esa momia es inmortal. Entonces todo encaja en su sitio.

-Pero no creerá usted... -Samir se interrumpió. La angustia volvió a apoderarse de él. Incluso había empeorado.

-¿Sí?

-Esto es absurdo -murmuró Samir-. Lawrence murió de un ataque al corazón en esa tumba. ¡Esa momia no lo mató! Esto es una locura.

-¿Había alguna señal de violencia?

-No. Pero aquella tumba producía una sensación extraña, y además estaban las maldiciones escritas por todos lados. Aquel ser quería que lo dejaran dormir en paz, no quería que lo expusieran al sol. Pedía que lo dejaran en paz. Eso es lo que siempre quieren los muertos.

-¿Cree usted? -preguntó Elliott-. Si yo estuviera muerto, no estoy seguro de que quisiera estar en paz. Si ello significara estar simplemente muerto, quiero decir.

-Estamos dejándonos llevar por la imaginación, lord Rutherford. Además... Henry Stratford estaba en la tumba cuando Lawrence murió.

-Hmmmm. Eso es cierto. Y Henry no vio moverse a la momia hasta esta mañana.

-No me gusta la historia. No me gusta nada. Ni me gusta que la señorita Stratford esté sola en la casa con todos esos objetos.

-Quizá el museo debiera investigar más a fondo -sugirió Elliott-, examinar la momia. Después de todo, es un objeto de un valor incalculable.

Samir no respondió. Se había vuelto a hundir en sus pensamientos y miraba con fijeza la mesa.

Elliott empuñó el bastón con fuerza y se levantó. Cada vez conseguía ocultar mejor el dolor que le producía aquella operación, pero tuvo que esperar unos segundos a que el dolor disminuyera lo suficiente para permitirle andar. Apagó el cigarrillo lentamente en el cenicero.

-Gracias, Samir. Ha sido una conversación muy interesante.

Samir pareció despertar de un sueño.

-¿Qué cree usted que está sucediendo, lord Rutherford? -Se levantó muy despacio.

-¿Quiere mi franca opinión, en este instante?

-Sí.

-Ramsés II es inmortal. Descubrió un secreto en tiempos antiguos, alguna pócima que daba la inmortalidad. Y en este momento está paseando por Londres con Julie.

-No puede estar hablando en serio.

-Completamente -contestó Elliott-. Pero también creo en los fantasmas, y en la mala suerte. Me paso la vida tirando sal por encima del hombro y tocando madera. Debería sorprenderme, o más bien asombrarme, que todo esto fuera cierto, comprenderá usted. Pero lo creo, en este momento lo creo. Y le diré por qué: es la única explicación de todo lo que está sucediendo.

De nuevo el silencio.

Elliott sonrió. Se puso los guantes, empuñó el bastón y salió del despacho como si cada paso que daba no le produjera dolor.



Julie pensó que aquélla era sin duda la gran aventura de su vida. Nada de lo que pudiera ocurrirle después lo igualaría, de eso estaba segura. Era sorprendente estar en Londres, a mediodía, recorriendo las calles ruidosas y atestadas que conocía desde siempre.

Hasta entonces nunca le había parecido mágica la grande y sombría ciudad. Pero ahora era diferente. Y lo grandioso era cómo lo percibía *él:* aquella metrópoli hormigueante, con sus grandes edificios de ladrillo, los ruidosos tranvías y los automóviles, además de los numerosos carruajes de caballos que atestaban las calles. ¿Qué pensaría de los omnipresentes anuncios publicitarios, señales de todos los tamaños y colores que ofrecían bienes, servicios, direcciones y consejos? ¿Le parecerían horribles los grandes almacenes con sus pilas de ropa hecha en serie? ¿Qué pensaría de las pequeñas tiendas en las que brillaba la luz eléctrica todo el día porque las calles eran demasiado oscuras y el humo demasiado espeso para dejar pasar la luz del sol?

Ramsés estaba fascinado. Era como si lo absorbiera todo. Nada lo asustaba ni le repelía. Bajó de la acera para tocar con las manos los coches que pasaban. Subió las angostas escalerillas de caracol de los autobuses para ver la ciudad desde el piso superior. Al entrar en una oficina de telégrafos se quedó un rato observando a una secretaria que escribía a máquina. Y Julie, hechizada por aquel gigante de ojos azules, lo animó a pulsar con sus propios dedos las teclas de la máquina, cosa que él hizo entusiasmado, sin dejar de prorrumpir en exclamaciones en latín.

Julie lo llevó entonces a los talleres del *Times.* Tenía que ver las gigantescas prensas, aspirar el fuerte olor de la tinta, oír el rugido ensordecedor de aquellas inmensas salas. Tenía que relacionar todos aquellos inventos. Debía ver lo simple que era todo.

Julie lo vio conquistar a todo el mundo allá adonde iban. Hombres y mujeres lo trataban con deferencia, como si supieran intuitivamente que era de sangre real. Su porte, su caminar, su sonrisa radiante subyugaban a todos los que tenía delante, a los que estrechaba la mano, a aquellos cuya conversación escuchaba con atención como si estuviera oyendo un mensaje de vital importancia.

Debía de haber un término filosófico para expresar su estado de ánimo, pero Julie no habría podido decir cuál era. Sólo sabía que Ramsés disfrutaba plenamente de todas las cosas, que ni siquiera las locomotoras lo asustaron porque estaba preparado para recibir impresiones y sorpresas y lo único que quería era comprender.

Había tantas cosas que quería preguntarle, tantos conceptos que intentaba expresar... Aquello era lo peor: los conceptos.

Pero con el paso de las horas la conversación sobre abstracciones fue haciéndose cada vez más fácil. Ramsés aprendía el inglés a una velocidad asombrosa.

-¡Nombre! -decía si ella interrumpía un segundo su interminable explicación-. El lenguaje son nombres, Julie. Nombres para personas, para objetos, para lo que sentimos. -Se golpeó el pecho con el puño al decir las últimas palabras.

A primera hora de la tarde el latín había desaparecido por completo de su conversación.

-El inglés es antiguo, Julie. Lengua de bárbaros de mi tiempo, y ahora está lleno de latín. ¿No oyes el latín? ¿Qué es eso, Julie? ¡Explícamelo!

-Pero te estoy contando cosas sin ningún orden-objetó ella. Quería explicarle cómo se

imprimían los libros comparándolo con la acuñación de monedas.

-Yo pongo las cosas en orden después -le aseguró él.

En aquel momento estaba demasiado ocupado sumergiéndose en las trastiendas de panaderías y restaurantes, zapaterías y sombrererías, inspeccionando las basuras amontonadas en los callejones y observando los paquetes que llevaba la gente y los vestidos de las mujeres.

Y también mirando a las mujeres.

«Si esa mirada no es de lujuria -pensó Julie-, yo no sé juzgar a las personas.» Y las habría asustado de no haber ido vestido con tanta elegancia y de no ser su porte tan distinguido. De hecho, su forma de moverse, gesticular y hablar tenían una fuerza imponente. «He aquí a un rey -se dijo ella-, fuera del tiempo y el espacio, pero un rey.»

También lo llevó a ver librerías. Le señaló nombres antiguos: Aristóteles, Platón, Eurípides, Cicerón. Él mostró gran interés por los grabados de Aubrey Beardsley expuestos en la pared.

Las fotografías le encantaban. Julie lo condujo a un estudio para que le hicieran una foto, y su reacción fue de un júbilo casi infantil. Y lo más maravilloso, le explicó él, era que cualquiera, hasta los más pobres de la ciudad, podía hacerse uno de aquellos retratos.

Pero cuando vio una película quedó atónito. En el pequeño y atestado cine estuvo todo el tiempo haciendo aspavientos sin soltar la mano de Julie mientras las gigantescas figuras evolucionaban en la pantalla. Tras seguir con la vista el haz de rayos de luz hasta la pequeña ventanilla de la cabina, se levantó decididamente y abrió la puerta de la cabina de proyección. Pero el viejo técnico de proyección fue también víctima de su encanto, y al cabo de un momento estaba explicándole el funcionamiento del proyector con todo detalle.

Por fin entraron en la gigantesca y sombría caverna de la estación Victoria. Las poderosas locomotoras envueltas en nubes de vapor fueron quizá lo que más le impresionó, pero tampoco se acercó a ellas con miedo. Tocó el hierro negro y frío y se acercó peligrosamente a las gigantescas ruedas. Al salir un tren, puso el pie sobre el rail para sentir la vibración.

Y no salía de su asombro al ver a las multitudes que se movían con rapidez.

-Miles de personas que cruzan Europa de un lado a otro -gritó ella por encima del bullicio de la estación-. Viajes que antes duraban meses ahora se pueden hacer en pocos días.

-Europa -repitió él-. De Italia a Britannia.

-Transportan los trenes en barcos a través del mar. Los pobres del campo pueden venir a las ciudades. Todo el mundo conoce las ciudades, ¿ves?

Él asintió con gesto grave y le apretó la mano.

-No hay prisa, Julie. Comprenderé todo en su momento. -De nuevo relampagueó su brillante sonrisa, aquella repentina y arrolladora oleada de afecto hacia ella que la hacía enrojecer y apartar la mirada-. Templos, Julie. Las casas de los *deus... di.*

-Dioses. Pero ahora no hay más que uno, un solo Dios.

Hizo un gesto de incredulidad. ¿Un solo Dios?

Fueron a la Abadía de Westminster y caminaron juntos bajo las grandes arcadas, en medio del esplendor gótico. Julie le mostró el cenotafio de Shakespeare.

-No es la casa de Dios -explicó ella-. Es donde nos reunimos para hablarle. -¿Cómo explicarle el cristianismo?,-. Amor fraternal -añadió-. Ésa es la base.

Él la miró con aire confuso.

-¿Amor fraternal? -Observó a la gente que lo rodeaba-. ¿Creen en esta religión? -preguntó por fin-. ¿O es sólo un hábito?

A media tarde ya era capaz de hablar coherentemente y componer párrafos enteros. Explicó a Julie que le gustaba el inglés. Era un buen lenguaje para el pensamiento. El

griego y el latín habían sido lenguas excelentes para el pensamiento. El egipcio no. Con cada nuevo lenguaje que había aprendido en su existencia anterior, su capacidad de comprensión había aumentado. El lenguaje hacía posible formas de pensar completamente diferentes. Le impresionaba que la gente común de esta era leyese periódicos, llenos de palabras. ¿Cómo era entonces el pensamiento del hombre común?

-¿No te cansas nunca? -preguntó Julie por fin.

-No, nunca me canso -contestó él-, sólo mi corazón y mi alma se cansan. Tengo hambre, Julie. Comida, deseo mucha comida.

Pasearon juntos por Hyde Park, y Julie vio claramente que lo aliviaba estar rodeado de grandes y vetustos árboles, con el azul del cielo entre las ramas, como podía haber sido en cualquier momento o en cualquier punto de la tierra.

Encontraron un banco vacío junto al sendero. El quedó absorto en la contemplación de los paseantes, y todo el mundo miraba con asombro y admiración a aquel atlético caballero de mirada intensamente entusiasta. ¿Sabría él que era muy atractivo? ¿Sabría que el simple tacto de su mano hacía a Julie estremecerse?

Oh, había tantas cosas que quería enseñarle... Lo llevó a las oficinas de Stratford Shipping, rezando por que nadie la reconociera. Tras hacerlo entrar en el ascensor, pulsó el botón del último piso.

-Cables y poleas -le explicó.

-Britannia -susurró él cuando vio ante sí los tejados de Londres, mientras oía los silbatos de la fábrica y el tintineo de los timbres de los tranvías abajo en la calle-. América, Julie. -Se volvió hacia ella y la cogió de los hombros con manos sorprendentemente suaves-. ¿Cuántos días en barco mecánico hasta América?

-Diez días, creo. Se puede llegar a Egipto en menos tiempo. Un viaje a Alejandría dura seis días.

¿Por qué habría dicho aquellas palabras? El rostro de Ramsés se ensombreció levemente.

-Alejandría -murmuró, pronunciando el nombre como ella-. ¿Todavía existe Alejandría?

Ella lo condujo al ascensor. Todavía quedaba mucho por ver. Le explicó que todavía existían Atenas, Damasco, Antioquía. Y, por supuesto, Roma.

Se le había ocurrido una idea genial. Detuvo un coche de caballos e indicó al conductor que los llevara al Museo de Cera de Madame Tussaud.

Entre las estáticas figuras disfrazadas, le explicó de qué se trataba: un panorama de la historia. Le mostraría a los indios americanos, a Gengis Khan y a Atila, el rey de los hunos, hombres que habían hecho temblar a Europa tras la caída de Roma.

Pero, al poco rato de estar en el museo, Julie se dio cuenta del terrible error que había cometido. Ramsés pareció perder el aplomo al ver a los soldados romanos. Reconoció la figura de Julio César al instante. Y entonces se quedó mirando con incredulidad a la Cleopatra egipcia, una muñeca de cera que no guardaba el menor parecido con el busto que él había conservado o las monedas que todavía poseía. Pero su identidad era inconfundible, reclinada sobre una otomana, con la serpiente en las manos junto a su pecho. A su lado estaba de pie la figura de Marco Antonio, un hombre anónimo vestido de general romano.

Ramsés enrojeció. Había algo salvaje en sus ojos cuando miró a Julie y volvió a mirar los rótulos impresos bajo las figuras.

¿Cómo no había pensado que iban a encontrar allí a aquellos personajes? Julie tomó a Ramsés de la mano mientras él retrocedía sin dejar de mirar las figuras de cera. Cuando se dio media vuelta estuvo a punto de tropezar con una pareja. El hombre dijo algo ofensivo, pero Ramsés pareció no oírlo. Se dirigió apresuradamente hacia la salida, y ella echó a correr tras él.

Cuando salieron a la calle pareció tranquilizarse. Estaba mirando el tráfico. Buscó la

mano de Julie sin mirarla, y los dos caminaron lentamente hasta que él se detuvo para observar a los trabajadores de una obra. La gran mezcladora de cemento giraba con estruendo y el ruido de los martillazos retumbaba en las distantes paredes.

Una leve sonrisa de amargura pasó por los labios de Ramsés. Julie detuvo a un coche de caballos.

-¿Adonde vamos ahora? -preguntó ella-. Dime qué quieres ver.

Él estaba mirando a una mendiga, una anciana envuelta en harapos y con zapatos rotos que les había extendido la mano al pasar.

-Es pobre -dijo Ramsés-. ¿Por qué todavía hay pobres aquí?

El coche los llevó por callejuelas empedradas, entre hileras de ropa tendida y niños descalzos de caras mugrientas que los miraban al verlos pasar.

-¿Pero no se puede ayudar a esta gente con tanta riqueza? Son tan pobres como los campesinos de mi tierra.

-Algunas cosas no cambian con el tiempo -contestó ella.

-¿Y tu padre? ¿Era un hombre rico?

Ella asintió.

-Construyó una gran compañía naviera: barcos que transportan mercancías desde la India y Egipto a Inglaterra y América, barcos que dan la vuelta al mundo.

-Por esas riquezas intentó matarte Henry, como mató a tu padre en la tumba.

Julie se quedó mirando hacia delante. Parecía que aquellas palabras iban a hacerle perder el poco control que todavía tenía. El día, la aventura de Londres, la habían transportado a lo más alto, y ahora se sentía caer. «Henry mató a mi padre.» Era casi incapaz de pronunciar una palabra.

Ramsés le tomó la mano.

-Debería haber sido suficiente dinero para todos -dijo ella con voz ahogada-. Para mí, para Henry, para su padre...

-Y sin embargo tu padre buscaba tesoros en Egipto...

-¡No, no buscaba tesoros! -Julie lo miró con intensidad-. Hacía excavaciones para saber más sobre el pasado. Tus escritos significaban más para él que los anillos de tus dedos. La historia que le dejaste, ése era su tesoro. Eso y tu sarcófago, porque era un objeto puro, de tu tiempo.

-Arqueología -dijo Ramsés.

-Sí -contestó Julie, sin poder evitar una sonrisa-. Mi padre no era un ladrón de tumbas.

-Te entiendo. No te enfades.

-Era un erudito -dijo ella con más suavidad-. Tenía todo el dinero que necesitaba. Si cometió un error, fue dejar la compañía en manos de su hermano y de su sobrino. Pero les pagaba tan generosamente...

Se interrumpió. De repente se sentía muy cansada. A causa de la euforia de todo el día, no había llegado a reconocer por completo lo que había sucedido. Y el dolor apenas acababa de comenzar.

-Algo fue mal -susurró.

-La codicia es lo que fue mal. La codicia es lo que siempre va mal.

Ramsés miraba por la ventanilla del coche los edificios viejos y con los cristales rotos. Olía a orina y a podredumbre.

Julie nunca había estado en aquella parte de Londres. Ver aquello la entristecía y exacerbaba su dolor.

-Es necesario detener a Henry -declaró Ramsés con firmeza-, antes de que intente hacerte daño. Y, además, querrás vengarte por la muerte de tu padre.

-Mi tío Randolph se moriría si supiera lo que ha sucedido. Es decir, si es que no lo sabe ya.

-El tío, el que vino esta mañana preocupado por ti, ése es inocente, y teme por su hijo. Pero tu primo Henry es malo. Y el mal es incontenible.

Julie estaba temblando y tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Ahora no puedo hacer nada. Es mi primo. Ellos dos son mi única familia. Y, cuando esto se solucione, quiero que sea delante de un tribunal.

-Estás en peligro, Julie Stratford -afirmó él.

-Ramsés, yo aquí no soy reina. No puedo actuar por mi cuenta.

-Pero yo soy rey, siempre lo seré. Mi conciencia puede soportar esta carga. Déjame actuar cuando vea la ocasión.

-¡No! -murmuró ella, mirándolo con gesto implorante. Él le puso la mano sobre el brazo con suavidad-. Prométeme que no harás nada. Si algo sucediera, también caería sobre mi conciencia.

-Mató a tu padre.

-Si lo matas, matarás a la hija de mi padre -repuso ella.

Hubo un momento de silencio durante el cual él simplemente la miró, quizá maravillado. Julie sintió su brazo pegado junto al suyo. Entonces él la atrajo hacia sí. Sus pechos se unieron y él la besó, cubriéndole la boca con la suya. El calor del encuentro fue inmediato y abrumador. Ella alargó los brazos para rechazarlo, pero en lugar de eso enterró los dedos en sus cabellos y le tomó la cabeza con dulzura. Luego retrocedió, atónita.

Durante varios segundos fue incapaz de hablar. Su rostro estaba encendido, y se sintió lánguida y completamente expuesta a él. Cerró los ojos. Sabía que si volvía a tocarla no podría resistirse: terminaría haciendo el amor con él en aquel coche si no hacía algo...

-¿Qué creías que era yo, Julie? -preguntó él-. ¿Un espíritu? Soy un *hombre* inmortal.

Hizo ademán de volver a besarla, pero ella se apartó levantando la mano.

-Tenemos que hablar más de Henry -dijo él. Le tomó la mano y le besó los dedos-. Henry sabe quién soy. Me vio porque me moví para salvarte la vida, Julie. Lo vio todo. Y no hay razón para dejarlo vivir sabiendo eso, porque es malo y merece morir.

Ramsés sabía que ella apenas podía concentrarse en lo que le estaba diciendo. De repente Julie pareció enfurecerse al sentir sus labios acariciándole los dedos, al ver sus ojos azules brillar en la penumbra de la cabina.

-Henry ha hecho el ridículo con esa historia -replicó ella-. Y no volverá a intentar hacerme daño. -Retiró la mano y se puso a mirar por la ventana. Ya se alejaban de aquel barrio triste y miserable. Gracias a Dios.

Él se encogió de hombros ligeramente.

-Henry es un cobarde -siguió diciendo ella-, un maldito cobarde. La forma en que mató a mi padre, cobarde...

-Los cobardes pueden ser más peligrosos que los valientes, Julie -repuso él.

-¡No le hagas nada! -susurró ella. Se volvió y miró fijamente a Ramsés-. Hazlo por mí, déjalo en manos de Dios. ¡Yo no puedo ser su juez y su jurado!

-Como una reina-dijo él-. Y más sabia que la mayoría de las reinas.

Se inclinó sobre ella lentamente para besarla. Ella sabía que debía rechazarlo, pero no lo hizo. Y el calor volvió a inundar sus venas, debilitándola por completo. Cuando se apartó, él intentó retenerla, pero su decidida resistencia venció.

Cuando volvió a mirarlo, Ramsés estaba sonriendo.

-Soy invitado de tu corte -declaró él con un breve gesto de aceptación-, mi reina.

Elliott no tuvo la menor dificultad en imponerse sobre Rita. A pesar de que ella le rogó que comprendiera que su señorita no estaba en casa, y que era mejor que volviera en otro momento, él pasó por delante de ella y se dirigió a la sala egipcia.

-Ah, estos tesoros maravillosos. No hay tiempo suficiente en el mundo para examinarlos. Tráeme una copa de jerez, Rita. Creo que estoy cansado. Descansaré un

momento antes de volver a casa.

-Sí, señor, pero...

-Jerez, Rita.

131

-Sí, señor.

Estaba terriblemente pálida y atemorizada, la pobre. Y en la biblioteca reinaba el caos más absoluto. Había libros desordenados por todos lados. Miró al invernadero. Desde donde estaba vio diccionarios apilados sobre la mesa, y pequeños montones de papeles y revistas en todas las sillas.

Pero el diario de Lawrence estaba en el escritorio, como esperaba. Lo abrió para convencerse de que no se confundía y se lo guardó en el bolsillo interior del abrigo.

Estaba mirando el sarcófago de la momia cuando entró Rita con la copa de jerez en una bandeja.

Apoyándose pesadamente en el bastón, Elliott cogió la copa y le dio un breve sorbo.

-No me dejarás echarle un vistazo a la momia, ¿verdad? -preguntó.

-¡Por Dios, no, señor! ¡Por favor, no la toque! -contestó Rita con expresión de pánico sin dejar de mirar el sarcófago-. Es muy pesado, señor. No debemos intentar abrirlo.

-Vamos, vamos. Sabes tan bien como yo que sólo es una fina caja de madera. No pesa nada.

La muchacha estaba aterrorizada.

Con una sonrisa, Elliott sacó del chaleco un soberano y se lo dio. Rita se quedó atónita y negó con la cabeza.

-No, tómalo, querida. Cómprate algo bonito.

Y, antes de que la doncella pudiera pensar qué decir, él pasó por delante de ella y se dirigió a la puerta. Rita corrió a abrírsela.

Elliott se detuvo un instante al llegar al último escalón. ¿Por qué no había forzado la situación? ¿Por qué no había mirado el interior de ese ataúd?

Walter, su factótum, que llevaba a su servicio prácticamente desde su infancia, acudió en su ayuda. Dejó que lo ayudara a subir al coche y se arrellanó en el asiento. Al estirar las piernas sintió una profunda punzada en la cadera.

¿Le hubiera sorprendido encontrar la caja vacía, descubrir que aquello no se trataba de un juego? Al contrario: estaba plenamente convencido de que estaba vacía. Y había tenido miedo de comprobarlo con sus propios ojos.

El señor Hancock, del Museo Británico, no era precisamente un hombre paciente. Toda su vida había empleado su devoción por las antigüedades egipcias para avasallar a la gente, para justificar su grosería y su mezquindad ante los demás. Era parte de su naturaleza, al igual que su genuino amor por las reliquias y papiros que había pasado toda su vida estudiando.

Leyó en voz alta el titular del periódico que tenía delante a los tres caballeros que lo acompañaban.

-«La momia despierta en Mayfair.» -Dobló el periódico con brusquedad-. Esto es repugnante. ¿Es que el joven Stratford se ha vuelto loco?

El más viejo de los hombres, que estaba sentado frente a él, esbozó una sonrisa.

-Henry Stratford es un borracho y un jugador. ¡Decir que la momia salió de su sarcófago...!

-Pero el asunto -dijo Hancock- es que hemos encomendado una colección que no tiene precio a un particular, y ahora surge este escándalo. Scotland Yard yendo y viniendo y lo peor de la prensa husmeando todo el día.

-Si me perdona -intervino el anciano-, el asunto de la moneda robada es mucho más preocupante.

-Sí -asintió Samir Ibrahaim suavemente desde un segundo plano-. Pero les aseguro que sólo había cinco cuando catalogué la colección, y ninguno de nosotros ha visto la supuesta moneda robada.

-En cualquier caso -agregó Hancock-, el señor Taylor es un numismático de reputación intachable. Y él está seguro de que la moneda era auténtica. Y de que fue Henry Stratford quien se la ofreció.

-Stratford pudo robarla en Egipto -sugirió el anciano. Los demás asintieron.

-La colección debería estar en el museo -declaró Hancock-. Debemos empezar ya a examinar la momia de Ramsés. El museo de El Cairo está muy molesto por esta controversia. Y ahora, esta moneda...

-Pero, caballeros -interrumpió Samir-, no podemos tomar una decisión sobre la seguridad de la colección hasta que consultemos a la señorita Stratford.

-La señorita Stratford es muy joven -dijo Hancock con gesto despreciativo-. Y en su estado actual su juicio está perturbado.

-Sí -coincidió el anciano-, pero todo el mundo sabe que Lawrence Stratford contribuyó con millones de libras a este museo. No, creo que Samir tiene razón: no podemos trasladar la colección hasta que la señorita Stratford dé su permiso.

Hancock volvió a mirar los periódicos.

-«Ramsés se levanta de la tumba» -leyó-. Les aseguro que no me gusta.

-Quizá deberíamos poner otro guardia -opinó Samir-. O dos.

-Buena idea -repuso el anciano-. Pero, una vez más, hay que tener en cuenta los sentimientos de la señorita Stratford.

-Quizá podría usted visitarla -dijo Hancock mirando a Samir-. Era amigo de su padre.

-Muy bien, señor -respondió Samir en voz baja-. Desde luego que lo haré.

Eran las nueve de la noche y se hallaban en el Hotel Victoria. Ramsés estaba cenando desde las cuatro, cuando el sol todavía entraba a raudales a través de la vidriera emplomada y bañaba las mesas cubiertas de manteles blancos. Ahora había oscurecido y el comedor resplandecía a la luz de los candelabros. Los ventiladores del techo giraban lentamente, agitando apenas las hojas de las altas y esbeltas palmeras que se elevaban desde grandes macetas de latón.

Los camareros, vestidos con librea, dejaban sobre la mesa plato tras plato sin comentarios, arqueando las cejas al abrir la cuarta botella de vino tinto italiano.

Julie había terminado su escasa cena hacía horas. Estaban conversando animadamente, y el inglés fluía con tanta facilidad como el vino.

Julie había enseñado a Ramsés a utilizar los cubiertos de plata, pero él hizo caso omiso de ellos. En sus tiempos, sólo un bárbaro se habría llevado la comida a la boca con una pala.

Tras pensar un momento, Ramsés había señalado que, de hecho, en sus tiempos nadie hacía tal cosa. Le tocó a Julie explicar cómo habían aparecido los cubiertos y tuvo que reconocer que era mucho más... refinado, más elegante y civilizado cortar el pan y la carne en pequeños trozos y colocárselos en la lengua sin tocarse los labios con los dedos.

Ahora estaba explicándole en profundidad el concepto de revolución.

-Las primeras máquinas eran simples, para hilar o labrar el campo. Fue la idea de máquina lo que evolucionó.

-Sí.

-Si construyes una máquina que hace una cosa, puedes perfeccionarla para que haga otra...

-Te comprendo.

-Y así llegó la máquina de vapor, el coche de motor, el teléfono, el aeroplano...

-Quiero hacerlo. Volar por el cielo.

-Desde luego, lo haremos. ¿Pero comprendes el concepto? ¿La revolución del pensamiento?

-Por supuesto. Yo no he salido, como decís vosotros, de la dinastía XIX de Egipto; vengo de los primeros años del imperio romano. Mi mente es... ¿Cómo se dice? Flexible, adaptable. ¿Entonces yo estoy en una permanente... revolución?

Algo lo asombró de pronto. Al principio Julie no adivinó qué era. La orquesta había comenzado a tocar muy suavemente, de forma que apenas se oía sobre el rumor de las conversaciones. Ramsés se levantó, y su servilleta cayó al suelo. Señaló al otro lado del inmenso comedor.

Los suaves acordes del vals de la *Viuda Alegre* se alzaron de repente con fuerza sobre el ruido de la sala. Julie se volvió y vio la pequeña orquesta de cuerda que tocaba al otro lado de la pequeña y pulida pista de baile.

Ramsés se encaminó hacia ellos.

-Ramsés, espera -quiso detenerlo Julie, pero él no la escuchó. Echó a correr tras él. Todo el mundo se quedó mirando al hombre de gran estatura que cruzaba la pista a grandes zancadas y se detenía frente a los músicos como si fuera su director.

Miraba con ojos muy abiertos los violines, el violonchelo; 7, mientras escuchaba la gran arpa dorada, su rostro se iluminó de tal modo que la joven arpista le sonrió y el viejo violonchelista de cabellos grises pareció vagamente divertido.

Debieron pensar que era sordomudo cuando apoyó los dedos sobre la caja del violonchelo. Retiró la mano rápidamente, sorprendido por la vibración, y volvió a apoyarla.

-Oooh, Julie -exclamó en voz alta.

Todo el mundo estaba mirándolos. Incluso los camareros los observaban, evidentemente alarmados. Pero nadie se atrevió a llamar la atención al imponente caballero vestido con el mejor traje de Lawrence, ni siquiera cuando se estremeció de placer y se llevó las manos a la cabeza.

Julie le tiró de la manga, pero él no hizo caso.

-¡Julie, qué sonidos! -murmuró.

-Entonces baila conmigo, Ramsés -dijo ella.

No había nadie más bailando, ¿pero qué importaba? Allí estaba la pista reluciente, y tenía ganas de bailar. Era lo que más le apetecía en aquel momento.

Ramsés la miró asombrado, pero se dejó poner en posición de baile mientras Julie le pasaba el brazo por la cintura.

-Así es como el hombre lleva a la mujer -le explicó al tiempo que comenzaba a seguir el ritmo del vals con los pies-. Mi mano debería estar en tu hombro. Yo me moveré, y tú... eso es. Pero déjame que te lleve yo.

Comenzaron a girar cada vez más rápido, y Ramsés siguió sus pasos con sorprendente facilidad, mirándose los pies sólo de vez en cuando. Otras dos parejas habían salido a la pista, pero Julie no las vio. No veía nada más que el rostro arrebatado de Ramsés, y la forma en que sus ojos recorrían los objetos de la sala como si fuesen tesoros. Julie sintió que a su alrededor se creaba un torbellino formado por velas, ventiladores dorados, flores y plata, mientras la música los rodeaba y los transportaba cada vez más deprisa.

Ramsés se echó a reír de repente.

-Julie, es como música en una copa, como música convertida en vino.

Ella giró en pequeños círculos aún más veloces.

-¡Revolución! -gritó él.

Ella lanzó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

De improviso todo terminó. Debían de haber llegado al final de la pieza. Todo lo que sabía Julie era que el vals había concluido, que él estaba a punto de besarla, y que no

quería detenerlo. Pero él pareció dudar. Vio que las demás parejas abandonaban la pista y la tomó de la mano.

-Sí, es hora de irse -dijo ella.

La noche era fría y neblinosa. Julie dio al portero unas monedas y le pidió que buscara un taxi.

Ramsés caminaba arriba y abajo, mirando a los grupos de viajeros comerciales que entraban y salían de coches y carruajes. Un muchacho le ofreció un periódico.

-«¡La maldición de la momia en Mayfair!» -voceó el chico-. «¡La momia se levanta de su tumba!»

Antes de que pudiera intervenir, Ramsés le arrebató el periódico al muchacho. Julie le dio una moneda con gesto de disculpa.

Allí estaba todo, el maldito y estúpido escándalo. Un dibujo a tinta de Henry saliendo a la carrera de la casa de Julie.

-Tu primo -dijo Ramsés con voz sombría-. «La maldición de la momia ataca de nuevo...» -leyó despacio.

-¡Nadie lo creerá! Es un chiste. El siguió leyendo.

-«Altos cargos del Museo Británico han declarado que la colección de Ramsés está totalmente a salvo, y que muy pronto será trasladada al museo.» -Hizo una pausa-. Museo... Explícame esa palabra. ¿Qué es un museo, una tumba?

Samir veía claramente que la pobre muchacha estaba sufriendo y comprendió que tenía que irse. Pero debía ver a Julie, así que siguió esperando en el vestíbulo, sentado al borde del sofá, y ya había rehusado tres ofrecimientos de Rita de café, té o vino.

De vez en cuando miraba de reojo a través del salón y veía el reluciente sarcófago egipcio. Si al menos Rita no estuviera allí... Pero era evidente que no pensaba dejarle solo.

Hacía horas que el museo estaba cerrado, pero Julie quería que Ramsés lo viera. Descendieron del taxi y se aproximaron a la verja de hierro y a las altas ventanas. La calle estaba oscura, desierta, y había comenzado a caer una fina lluvia.

-Hay muchas momias dentro -dijo ella-. La tuya hubiera acabado ahí finalmente. Mi padre colaboraba con el Museo Británico, aunque pagaba sus propios gastos.

-¿Momias de reyes y reinas de Egipto?

-Hay más en Egipto, en realidad. Allí conservan la supuesta momia de Ramsés II desde hace años en una urna de cristal.

Él dejó escapar una suave risa mientras la miraba.

-¿La has visto? -Ramsés volvió a mirar hacia el museo-. Pobre necio. Nunca se habría podido imaginar que iba a ser enterrado en la tumba de Ramsés II.

-¿Pero quién era? -El corazón de Julie se aceleró: tenía demasiadas preguntas en la punta de la lengua.

-Nunca lo supe -repuso él quedamente, recorriendo con los ojos el edificio sin cesar, como si estuviera memorizándolo-. Ordené a mis soldados que trajeran a un hombre moribundo, alguien que no tuviera a nadie y a nadie le importara. Lo trajeron al palacio por la noche, y así..., ¿cómo se dice?, falsifiqué mi propia muerte. Y entonces mi hijo, Meneptah, tuvo lo que quería: el trono. -Se quedó un momento reflexionando. Su voz se hizo más profunda-. Y ahora me dices que ese cuerpo está en un museo con otros reyes y reinas de Egipto.

-En el museo de El Cairo -respondió ella con suavidad-, cerca de Saqqara y las pirámides. Ahora hay allí una gran ciudad.

Julie se dio cuenta de que estaba afectado. Siguió hablando con dulzura, sin saber muy bien si él la estaba escuchando.

-En los tiempos antiguos el Valle de los Reyes fue saqueado. Los ladrones de tumbas las

saquearon prácticamente todas. El cuerpo de Ramsés el Grande fue hallado con varias docenas más en una fosa común excavada por los sacerdotes.

Ramsés se volvió y la miró con gesto pensativo. Incluso cuando estaba angustiado, su expresión era franca, sus ojos interrogantes.

-Dime, Julie: la reina Cleopatra VI, que gobernó en tiempos de Julio César... ¿Dónde está su cuerpo? ¿En El Cairo, o aquí?

Julie percibió los sutiles cambios que se producían en él. El color le había vuelto al rostro.

-No, Ramsés. Nadie sabe qué fue de los restos de Cleopatra.

-Pero la conocéis.

-Claro, Ramsés. Cualquier colegial conoce el nombre de Cleopatra. Todo el mundo lo conoce. Pero su tumba fue destruida en tiempos antiguos. Nadie sabe dónde está, ni lo que fue de su cuerpo. Entonces el tiempo de las momias ya había pasado.

-No del todo -susurró él-. Fue enterrada según la antigua tradición egipcia, sin magia ni embalsamamiento, pero envolvieron su cuerpo en lino como debía ser y llevaron el cuerpo a su tumba por mar.

Ramsés dejó de hablar. Se llevó las manos a las sienes y descansó la frente sobre la verja de hierro. La lluvia arreció ligeramente. Julie sintió frío.

-Pero su mausoleo -agregó él- era una gran estructura cubierta de mármol.

-Eso nos dicen los escritores de la antigüedad, pero ha desaparecido. En Alejandría no hay rastro de él, y nadie sabe dónde estaba.

El la miró en silencio.

-Yo lo sé, desde luego -aseguró.

Ramsés echó a andar por la acera. Se detuvo bajo un farol y miró la bombilla incandescente. Al fin se volvió hacia Julie y le ofreció la mano.

-Sientes mi dolor -dijo él con calma-. Y sin embargo sabes muy poco de mí. ¿Qué te parezco yo? Ella reflexionó.

-Un hombre -contestó-, un hombre fuerte y hermoso. Un hombre que sufre como todos sufrimos. Y sé más cosas... porque tú las dejaste escritas en los rollos de tu tumba.

Era imposible adivinar si aquello le agradaba.

-Tu padre también leyó los rollos -comentó él.

-Sí. Hizo algunas traducciones.

-Lo vi -susurró Ramsés.

-¿Es cierto lo que escribiste?

-¿Por qué iba a mentir?

De repente él se aproximó a ella para besarla, y Julie retrocedió.

-Ramsés, escoges los momentos más extraños para tus efusiones -dijo ella sin aliento-. Estábamos hablando de... una tragedia, ¿no?

-De la soledad, y de la locura. Y de las cosas que el dolor nos impulsa a hacer.

Su expresión era conciliadora. De nuevo había aparecido su sonrisa juguetona.

-Tus templos siguen en Egipto. Aún permanecen en pie -dijo ella-. El Rameseum, en Luxor. Abu Simbel. Oh, no son ésos los nombres por los que tú los conociste. ¡Y tus colosales estatuas! El mundo entero las ha visto. Los poetas ingleses han escrito sobre ellas. Grandes generales han viajado hasta allí para verlas. Yo he paseado entre ellas, he puesto mis manos sobre ellas. He entrado en tus antiguos salones.

Él no dejaba de sonreír.

-Y ahora estoy recorriendo estas calles contigo.

-Y te alegra hacerlo.

-Sí, eso es muy cierto. Mis templos envejecieron mucho tiempo antes de que cerrara los ojos. Pero el mausoleo de Cleopatra acababa de ser construido. Ah, es como si fuera ayer.

Parece un sueño distante. De algún modo sentí el paso de los siglos mientras dormía. Mi espíritu creció mientras dormía.

Ella pensó en las palabras de la traducción de su padre.

-¿Qué soñaste, Ramsés?

-Nada, cariño mío, nada que se pueda igualar a las maravillas de este siglo. -Hizo una pausa-. Cuando estamos cansados, hablamos de los sueños como si fueran la imagen de nuestros propios deseos: simbolizan lo que nos gustaría tener cuando no nos satisface lo que tenemos. Pero para mí el mundo concreto siempre ha sido el verdadero objeto del deseo. Y el cansancio llegó cuando el mundo comenzó a parecerse a un sueño.

Ramsés miró la lluvia. Ella intentó en vano captar el significado completo de sus palabras. Su breve vida se había visto marcada por el suficiente dolor como para hacerla apreciar lo que tenía. La muerte de su madre, años atrás, había hecho que Julie se acercase mucho más a su padre. Había intentado amar a Alex Savarell porque quería amarlo; y a Lawrence no le había parecido mal. Pero lo que Julie amaba realmente eran las ideas y las cosas, como su padre. ¿Era eso lo que había querido decir Ramsés? No estaba segura.

-¿No quieres volver a Egipto? ¿No quieres volver a ver el viejo mundo con tus propios ojos? -preguntó ella.

-Me siento dividido -murmuró él.

Una leve brisa húmeda barrió el pavimento reluciente de agua. Los cables eléctricos de la calle zumbaron imperceptiblemente. Ramsés levantó la vista para mirarlos.

-Es más vivido que un sueño -dijo, volviendo a mirar el solitario farol iluminado-. Me gusta este tiempo, cariño mío. ¿Me perdonas que te llame así? ¿Como tú llamaste a tu amigo Alex?

-Puedes llamarme así -repuso ella.

«Porque te amo mucho más de lo que nunca lo he amado a él.»

Ramsés le dedicó una de sus cálidas y generosas sonrisas. Se acercó a ella con los brazos abiertos y la levantó en el aire sin esfuerzo.

-Mi pequeña y ligera reina -susurró.

-Déjame en el suelo, gran rey -musitó ella.

-¿Por qué debería hacerlo?

-Porque yo te lo ordeno.

Ramsés obedeció. La dejó en el suelo e hizo una profunda reverencia.

-¿Y ahora adonde vamos, mi reina? ¿De vuelta al palacio de Stratford, en la región de Mayfair, en la tierra de Londres, Inglaterra, antiguamente llamada Britannia?

-Eso mismo, porque estoy terriblemente cansada.

-Sí, y yo debo estudiar en la biblioteca de tu padre, si me lo permites. Ahora debo leer los libros para «poner en orden», como tú dices, las cosas que me has enseñado.

En la casa reinaba el silencio. ¿Dónde estaba la doncella? El café que Samir había acabado por aceptar se había quedado frío pues era incapaz de tomar aquel brebaje aguado. En realidad lo había aceptado por compromiso.

Debía de llevar más de una hora mirando fijamente el sarcófago de la momia, ya que el reloj de pared del pasillo había sonado dos veces... De vez en cuando las luces de un automóvil que pasaba por la calle iluminaban el rostro dorado del sarcófago, dándole vida por un breve instante.

De repente se levantó. Oyó el crujido de la madera bajo la alfombra. Se acercó lentamente al ataúd. «Ábrelo. Ábrelo y lo sabrás. ¿Será posible que esté vacío?» Sus manos temblorosas se posaron sobre la tapa.

-¡Yo no haría eso, señor!

Ah, la muchacha. Ahí estaba de nuevo la doncella retorciéndose las manos. Estaba aterrorizada. ¿Pero de qué?

-La señorita Julie se va a enfadar mucho. Samir no supo qué decir. Hizo un gesto de asentimiento y volvió al sofá.

-Quizá debería volver mañana -sugirió ella.

-No. Debo verla esta noche.

-Pero, señor, es muy tarde...

Se oyeron en el exterior los cascos de un caballo y el lento traqueteo de las ruedas del coche. Samir oyó una risa distante, y supo que era de Julie.

Rita corrió a la puerta y quitó el cerrojo. Samir quedó atónito al ver entrar a la pareja en la habitación: Julie, radiante, con el cabello salpicado de diminutas gotas de agua; y un hombre, un hombre alto y majestuoso de cabellos oscuros y resplandecientes ojos azules.

Julie le habló. Dijo su nombre, pero Samir no lo oyó.

No podía quitar los ojos de aquel hombre. Su piel era pálida, inmaculada, y sus rasgos exquisitamente moldeados. Pero el espíritu que habitaba en él era sobrecogedoramente poderoso. Aquel hombre emanaba una fuerza y una súbita cautela que resultaban escalofriantes.

-Sólo quería..., quería verla-le explicó a Julie, casi sin atreverse a mirarla-, saber que estaba bien. Estaba preocupado por usted...

Su voz se desvaneció.

-¡Ah, yo lo conozco! -dijo el misterioso hombre de improviso con un acento británico impecable-. Usted es el amigo de Lawrence, ¿no es así? Su nombre es Samir.

-¿Nos conocemos? -preguntó Samir-. Yo no lo recuerdo a usted.

Sus ojos recorrieron la figura que se acercaba, y entonces vio el anillo con un rubí y el sello de Ramsés el Grande en la mano que aquel hombre le ofrecía. De repente la habitación pareció irreal. Las voces que oía no tenían sentido, y tampoco necesitaba una respuesta.

¡Era el anillo que había visto a través de las vendas de la momia! No cabía duda. No podía equivocarse en eso. ¿Y qué estaba diciendo Julie que pudiera tener la menor importancia? Palabras corteses, pero al fin y al cabo mentiras. Y aquel hombre lo miraba, sabía tan bien como él que había reconocido el anillo, que las palabras ya no importaban.

-Espero que Henry no te haya contado esa estúpida historia...

Nada tenía sentido. Samir levantó la vista lentamente y comprobó que Julie estaba sana y salva. Cerró los ojos, y al abrirlos no miró el anillo, sino el rostro del rey, sus profundos y comprensivos ojos azules.

Cuando volvió a hablar, su voz era un murmullo.

-Su padre no hubiera querido que le faltara protección. Creo que le hubiera gustado que viniera...

-Ah, pero, Samir, amigo de Lawrence -lo interrumpió el hombre-: Julie Stratford no corre ningún peligro. -Y entonces habló suavemente en egipcio antiguo con un acento que Samir no había oído jamás-: Esta mujer tiene mi amor, y yo la protegeré de todo mal.

Era asombroso. Samir retrocedió. Julie hablaba otra vez, pero él no la escuchaba. Se había acercado a la chimenea y se había apoyado en la repisa como si fuera a caerse.

-Supongo que conoce usted la antigua lengua de los faraones, amigo mío -agregó el hombre de los ojos azules-. Es usted egipcio, ¿no es así? Debe de haberla estudiado. La leerá tan bien como el latín o el griego.

Una voz cuidadosamente modulada. Estaba intentando disipar cualquier miedo. Era civilizada, amable. ¿Qué más podía pedirse?

-Sí, señor, tiene razón -repuso Samir-. Pero nunca la había oído hablar, y el acento siempre ha sido un misterio. Pero tiene usted que contarme... -Hizo un esfuerzo por volver a mirarlo a los ojos-. Usted es egiptólogo, según me han dicho. ¿Piensa que fue la maldición de la tumba lo que acabó con mi querido amigo Lawrence? ¿O se lo llevó la

muerte de forma natural, como creemos?

El hombre pareció sopesar la pregunta. Entre las sombras, Julie palideció y bajó los ojos.

-Las maldiciones son simples palabras, amigo mío -contestó el hombre-. Amenazas para ahuyentar a los ignorantes y a los merodeadores. Hace falta veneno, o cualquier otra arma, para arrebatar la vida a un ser humano.

-¡Veneno! -murmuró Samir.

-Samir, es muy tarde -dijo Julie. Su voz era ronca y tensa-. No debemos hablar ahora de esto, o volveré a echarme a llorar como una idiota. Hablaremos de ello cuando llegue el momento. -Julie se acercó a él y le cogió las dos manos-. Me gustaría que vinieras otra noche, cuando podamos sentarnos tranquilamente a charlar.

-Sí, Julie Stratford está muy cansada. Julie Stratford ha sido una gran maestra. Y yo le deseo buenas noches, amigo mío. Porque puedo considerarlo mi amigo, ¿no? Hay muchas cosas que podríamos decirnos, pero, por ahora, esté seguro de que protegeré a Julie de cualquiera que pretenda hacerle daño.

Samir se dirigió despacio hacia la puerta.

-Si me necesita -dijo volviéndose antes de salir- no tiene más que llamarme.

Buscó un momento en el bolsillo y sacó una tarjeta. Entonces se la ofreció al hombre, y volvió a mirar el reluciente anillo cuando él la aceptó.

-Estoy en mi despacho del Museo Británico todas las noches hasta muy tarde. Me gusta pasear por las salas cuando todo el mundo se ha ido. Venga por la puerta lateral, y allí me encontrará.

¿Pero por qué estaba diciendo todo aquello? ¿Qué pretendía con ello? De repente sintió un intenso deseo de volver a oír hablar la antigua lengua de los faraones. No podía comprender la extraña mezcla de dolor y felicidad que sentía. El mundo parecía haberse oscurecido y por ello la luz que acababa de ver era mucho más cegadora.

Samir dio media vuelta y salió de la casa. Pasó por delante de los guardias uniformados sin mirarlos y se alejó con paso rápido por la calle mojada. No hizo caso de los carruajes de caballos que aminoraban la marcha; sólo quería estar solo. Seguía viendo el anillo, oyendo aquellas antiguas palabras egipcias que nunca antes había escuchado. Quería echarse a llorar. Acababa de ver un milagro, y el mundo se tambaleaba a su alrededor.

«Lawrence, ayúdame.»

Julie cerró la puerta con cerrojo y se volvió hacia Ramsés. Podía oír los pasos de Rita en el piso superior, así que estaban solos y nadie podía oírlos.

-¡No pensarás contarle tu secreto! -exclamó ella.

-El daño ya ha sido hecho -repuso él quedamente-. Sabe la verdad. Y tu primo Henry se lo contará a otros, que también lo creerán.

-No, eso es imposible. Tú mismo viste lo que ocurrió con la policía. Samir lo sabe porque vio el anillo, lo reconoció. Y porque vino a ver, a creer. Otros no harán lo mismo. Y sin embargo...

-¿Sin embargo?

-Tú querías que lo supiese. Por eso lo llamaste por su nombre. Le dijiste quién eres.

-¿Eso hice?

-Sí, creo que sí.

Él reflexionó. La idea no le parecía demasiado agradable, pero era cierto.

-Lo que saben dos, pueden saberlo tres -declaró al fin, quitándole importancia.

-No se puede probar nada. Tú eres real, sí, y el anillo también lo es. Pero no hay nada que te relacione con el pasado. No comprendes estos tiempos si crees que la gente va a creer así como así que alguien se ha levantado de la tumba. Estamos en la era de la ciencia,

no de la religión.

Ramsés estaba recapacitando. Inclinó la cabeza, cruzó los brazos y se puso a caminar arriba y abajo. Finalmente se detuvo.

-Oh, cariño mío, si pudieras comprender... -No había ansia en su voz, pero sí un profundo sentimiento-. Durante mil años he ocultado esta verdad, incluso a los que he amado y servido. Nunca supieron de dónde venía, ni cuánto tiempo había vivido. Y ahora he llegado a tu tiempo, y en una sola luna he revelado esta verdad a más mortales que desde que Ramsés gobernó Egipto.

-Comprendo -repuso ella. Pero estaba pensando algo muy diferente. «Escribiste toda la historia en los rollos y los dejaste allí porque ya no podías soportar el secreto más tiempo.»-. Pero todavía no entiendes nuestro tiempo. Nadie cree en los milagros, ni siquiera aquellos a los que les ocurren.

-¡Qué cosa más extraña!

-Si subiera al tejado y lo gritara a todo el mundo, nadie lo creería. Tu elixir está a salvo, con o sin venenos.

Al ver que Ramsés parecía recibir una punzada de dolor, Julie se arrepintió de sus palabras. ¡Qué locura, pensar que aquella criatura era todo poder, que su sonrisa no ocultaba una vulnerabilidad tan grande como su fuerza! Esperó, sin saber qué hacer. Y entonces, una vez más, aquella amplia sonrisa acudió a rescatarla.

-¿Qué podemos hacer más que aguardar y ver qué ocurre, Julie?

Ramsés suspiró. Se quitó la levita y pasó a la sala egipcia. Miró el sarcófago, su sarcófago, y la fila de redomas. Encendió con cuidado la luz como había visto hacer a Julie y comenzó a mirar los estantes repletos de libros.

-Necesitarás descansar -dijo ella-. Te acompañaré a la habitación de mi padre.

-No, cariño mío, no necesito dormir, excepto cuando quiero retirarme de la vida por un tiempo.

-¿Quieres decir... que no tienes que dormir nunca?

-Correcto -confirmó él con una nueva sonrisa-. Y te diré otro pequeño secreto: tampoco necesito la comida ni la bebida que tomo. Lo hago sólo por placer. Y mi cuerpo lo disfruta. -Se rió suavemente ante el asombro de Julie-. Pero lo que necesito ahora es leer los libros de tu padre, si me lo permites.

-Desde luego, no tienes que pedírmelo -repuso ella-. Puedes coger lo que necesites o lo que quieras. Ve a su habitación cuando quieras. Ponte su bata. No quiero que te falte ninguna comodidad. -Se echó a reír-. Estoy empezando a hablar como tú.

Los dos se miraron. Apenas los separaban unas decenas de centímetros, pero Julie lo agradeció.

-Ahora voy a dejarte -dijo, pero instantáneamente él le tomó la mano, cubrió la distancia que los separaba y volvió a besarla. Entonces, casi con brusquedad, se apartó de ella.

-Julie es la reina en sus dominios -murmuró como disculpándose.

-Y recuerda lo que le has dicho a Samir: «protegeré a Julie de cualquiera que pretenda hacerle daño».

-No mentía. Y me gustaría yacer a tu lado para poder protegerte mejor.

Ella sonrió. Era mejor escapar ahora que todavía era posible.

-Ah, pero hay otra cosa -recordó. Se acercó al extremo nordeste de la habitación y abrió el mueble del gramófono.

Hizo girar la manivela y miró los discos de RCA Victor: A*ida,* de Verdi-. Aja. Esto es.

Comprobó que no había en la cubierta del disco ninguna ilustración que pudiera molestar a Ramsés y puso el pesado pisco sobre el plato de terciopelo. Colocó el brazo en su lugar y se volvió para ver la expresión de Ramsés mientras sonaba la marcha triunfal de la ópera, un coro grave y lejano de maravillosas voces.

-Oooh, ¡pero esto es magia! ¡La máquina está haciendo música!

-No, sólo la reproduce. Y ahora yo me iré a dormir y a soñar como cualquier mortal, aunque la vida real se ha contenido en todo lo que siempre soñé.

Antes de salir volvió la vista atrás y vio a Ramsés meciéndose al ritmo de la música con la cabeza inclinada. Estaba cantando en voz muy baja, con los labios entrecerrados. La bola visión de la camisa blanca, tensa sobre su musculosa espalda y sus brazos, la hizo estremecerse.



Al dar la medianoche, Elliott cerró el cuaderno. Había pasado la velada leyendo una y otra vez las traducciones de Lawrence, y repasando sus viejas y polvorientas biografías de Ramsés el Grande y de Cleopatra. No había nada en aquellos tomos de historia que contradijera las afirmaciones del relato.

Un hombre que gobierna Egipto durante más de sesenta años bien puede ser inmortal. Y el reinado de Cleopatra VI había sido notable desde muchos puntos de vista.

Pero lo que más le intrigaba en aquel momento era un párrafo que Lawrence había escrito en latín y en egipcio, la última de sus notas. Elliott no había tenido ningún problema para leerlo. Había escrito un diario en latín durante sus años en Oxford, y aprendido egipcio, con Lawrence al principio y solo después.

No se trataba de una trascripción de los rollos de Ramsés. Eran más bien impresiones y comentarios de Lawrence sobre lo que había leído.

«Dice haber bebido el elixir una sola vez. No necesitó tomarlo más. Hizo de nuevo la mezcla para Cleopatra, pero le pareció peligroso tirarla y no quiso tomarla él temiendo resultados adversos. ¿Y si se probaran todas las sustancias de la tumba? ¿Y si hubiera entre ellas una capaz de rejuvenecer el cuerpo humano y prolongar la vida?»

Las dos líneas en egipcio eran incoherentes. Decían algo sobre magia, secretos e ingredientes naturales combinados con un efecto completamente nuevo.

Entonces aquello era lo que Lawrence había creído, más o menos. Y se había tomado la molestia de ocultar su significado escribiéndolo en lenguas antiguas. ¿Qué pensar de toda la historia, sobre todo después que Henry decía haber visto a la momia volver a la vida?

Se le ocurrió de nuevo pensar que estaba entrando en un juego peligroso, que la fe es una palabra que rara vez examinamos con detenimiento. Por ejemplo, durante toda su vida, él había «creído» en las enseñanzas de la Iglesia Anglicana. Pero ni por un momento había esperado entrar en el cielo cristiano después de la muerte, ni tampoco en su infierno. No hubiera apostado ni un penique por la existencia de ninguno de los dos.

Una cosa era cierta: si él hubiera visto a aquella criatura salir del sarcófago, como Henry decía, no se habría comportado como él. Un hombre sin imaginación, eso era Henry. Quizá la falta de imaginación había sido siempre su gran debilidad. Se le ocurrió pensar que Henry era un hombre que no captaba las *implicaciones* de las cosas.

Al contrario que Henry, que había elegido huir del misterio, Elliott se había sumergido en él. Si se hubiera quedado un poco más en la casa de Julie, si hubiera sido más inteligente... Podría haber examinado las jarras de alabastro. Podría haber intentado leer los rollos. La pobre Rita se hubiera conformado con cualquier explicación.

Deseó haberlo intentado. Y también deseó que su hijo Alex no estuviera sufriendo. Aquél era el único aspecto desagradable de aquel apasionante misterio.

Alex se había pasado el día llamando a Julie. Estaba muy preocupado por su invitado, al que apenas había visto a través de las puertas del invernadero.

-Un hombre enorme, bueno, muy alto, con ojos azules. Un tipo... muy bien parecido, pero desde luego demasiado mayor para cortejar a Julie -había dicho sin mucho convencimiento.

A las ocho de la noche había recibido una llamada de uno de esos buenos amigos que disfrutan haciendo circular rumores. Habían visto a Julie bailando en el Hotel Victoria con un extranjero imponente y atractivo. ¿No estaban comprometidos Alex y Julie? Alex estaba muy preocupado. Aunque había llamado a Julie cada hora durante toda la tarde, no había obtenido respuesta. Al fin había suplicado a su padre que interviniera pues deseaba llegar al fondo de aquel asunto.

Elliott también quería llegar al fondo del asunto. Incluso se sentía curiosamente rejuvenecido por los últimos acontecimientos. Se sentía casi joven, soñando todo el tiempo con Ramsés el Grande y su elixir escondido entre venenos.

Se levantó de su sillón frente al fuego haciendo caso omiso del familiar dolor de las piernas, y se sentó a su mesa para escribir una carta.

«Querida Julie:

»Ha llegado a mis oídos que tienes un huésped, un amigo de tu padre, según creo. Me produciría un gran placer conocer a ese caballero. Quizás incluso pueda serte de ayuda durante su estancia y, desde luego, no me gustaría perder tal oportunidad.

»Me gustaría invitaros mañana a una cena familiar...»

En pocos minutos terminó la nota. La metió en un sobre, lo cerró y lo dejó sobre una bandeja de plata en el recibidor para que Walter, su factótum, la entregase por la mañana. Estaba haciendo lo que su hijo le había pedido, pero él sabía que no lo hacía por Alex. Y sabía que, si aquella cena tenía lugar, Alex sufriría mucho más de lo que ya había sufrido. Por otra parte, cuanto antes comprendiera... En realidad no sabía qué era lo que Alex tenía que comprender. Elliott sólo sabía que él mismo se sentía inflamado por un misterio que se estaba desarrollando lentamente ante él.

Se acercó cojeando a la percha del vestíbulo, se puso su pesado abrigo de sarga y salió a la calle. Había cuatro automóviles aparcados delante de la casa. Pero el Lancia Theta con arranque eléctrico era el único que solía conducir personalmente. Y ya había pasado un año desde la última vez que había disfrutado de tan extraordinario placer.

De repente lo entusiasmó la idea de salir solo, sin tener que contar con un mozo, cochero, mayordomo o chofer. Era extraordinario que una invención tan compleja pudiera devolver a la vida la simplicidad.

Lo peor fue subir sin ayuda al asiento delantero, pero lo consiguió. Entonces apretó el pedal de arranque, bombeó gasolina al motor y pronto estuvo de nuevo galopando en libertad, como cuando era joven, hacia Mayfair.

Tras dejar a Ramsés, Julie subió a su habitación y cerró la puerta tras de sí. Se quedó un momento apoyada contra la puerta con los ojos cerrados. Podía oír a Rita moverse por la casa. Percibió el fragante olor de las velas que Rita siempre encendía junto a su cama. Era una pequeña costumbre nostálgica que Julie conservaba de su niñez, antes de la aparición de la luz eléctrica, cuando el olor de las lámparas de gas le producía mareos.

No podía pensar más que en lo que había ocurrido: llenaba su mente de tal modo que no había sitio para la reflexión o la evaluación. Aquella sensación de aventura era la única actitud que podía identificar dentro de sí; excepto, por supuesto, una atracción física hacia Ramsés casi dolorosa.

No, no era meramente física: estaba enamorándose totalmente de él.

Al abrir los ojos, vio el retrato de Alex en el tocador. Y distinguió entre las sombras a Rita, que acababa de dejar su camisón sobre la cama. Poco a poco se dio cuenta de que la habitación estaba repleta de flores: ramos de flores en floreros de cristal, sobre la mesa, en las mesillas de noche, en su mesa...

-Son del vizconde, señorita -explicó Rita-. Todos esos ramos. No sé lo que va a pensar de todo esto, señorita. Con tantas idas y venidas... yo misma no sé qué pensar, señorita.

-Claro que no lo sabes -repuso Julie-. Pero, Rita, no debes decir una palabra a nadie, ¿comprendes?

-¡Nadie me iba a creer, señorita! -aseguró Rita-. Pero no lo entiendo, señorita. ¿Cómo se escondió en esa caja? ¿Por qué come tanto?

Por un momento Julie no supo qué responder. ¿Qué estaría pensando la muchacha?

-Rita, no hay nada de que preocuparse -declaró con firmeza. La tomó de las manos-. Debes creerme si te digo que es un hombre bueno y que hay una explicación a todo.

Rita miró a Julie sin comprender. Sus pequeños ojos azules se ensancharon de repente.

-¡Pero, señorita Julie! -susurró-. Si es un buen hombre, ¿por qué ha tenido que esconderse así para entrar en Londres? ¿Y cómo es que no se ha ahogado?

Julie reflexionó un instante.

-Rita, mi padre sabía todo el plan -afirmó muy seria-. Y lo aprobaba.

Julie pensó si se estaría condenando al infierno por decir mentiras. Llegó a la conclusión de que no, si contribuían a calmar a alguien.

-Incluso te diré -añadió Julie- que ese hombre está cumpliendo una misión muy importante. Y sólo algunos miembros del gobierno saben que está aquí.

-Ohhh... -Rita estaba impresionada.

-Desde luego, también algunos altos cargos de Stratford Shipping lo saben, pero es muy importante que no digas ni una palabra; en especial a Henry, al tío Randolph, a lord Rutherford o a cualquiera que venga por aquí.

Rita asintió.

-Muy bien, señorita. Yo no sabía que era eso.

Cuando se cerró la puerta, Julie se echó a reír y tuvo que taparse la boca con la mano como una colegiala. Pero la verdad era que la explicación quedaba muy bien. Y para Rita era mucho más verosímil que lo que en realidad había sucedido.

Lo que había sucedido. Se sentó delante del espejo y comenzó a quitarse las horquillas del pelo perezosamente. La visión se le nubló mientras contemplaba su propio reflejo y vio la habitación como a través de un velo: las flores, las cortinas de encaje blanco de la cama, todo su mundo, remoto y ya carente de importancia.

Con gran lentitud se cepilló el cabello, se desnudó, se puso el camisón y se metió en la cama. Las velas seguían ardiendo. La habitación estaba bañada por un suave resplandor anaranjado, y las flores la inundaban con su perfume.

Al día siguiente lo llevaría a los museos, si él quería. También podían hacer una excursión al campo en tren. O podían ir a la Torre de Londres. Había tantas cosas que quería enseñarle...

Sin darse cuenta, todos sus pensamientos se detuvieron y cayó dormida. Lo vio a él. Y se vio a sí misma a su lado.

Hacía casi una hora que Samir estaba sentado ante su mesa. Se había bebido media botella de Pernod, un licor que había descubierto en un café francés de El Cairo y que le gustaba tener. Pero no estaba bebido; simplemente había conseguido amortiguar la agitación que se había apoderado de él poco después de salir de la casa de los Stratford. Pero cuando intentaba pensar fríamente en lo que había ocurrido, los temblores volvían a aparecer.

Unos leves golpes en el cristal de la ventana lo sobresaltaron. Su despacho estaba en la parte trasera del museo, y la única luz encendida en todo el edificio era la suya, y quizás otra en alguna habitación interior, donde los guardias nocturnos fumaban cigarrillos y tomaban café.

No pudo ver a la figura que había al otro lado de la ventana, pero adivinó de quién se trataba. Se levantó de un salto y salió a abrir la puerta que daba al callejón trasero.

Fuera, con un abrigo empapado de lluvia y la camisa abierta hasta la mitad del pecho, esperaba Ramsés el Grande. Samir salió a la oscuridad. Las paredes y el suelo brillaban por efecto de la lluvia, pero nada parecía resplandecer como aquel hombre alto e imponente.

-¿Qué puedo hacer por ti, mi señor? -preguntó Samir-. ¿Qué servicio puedo prestarte?

-Quiero pasar, honesto Samir -repuso Ramsés-. Si me lo permites, me gustaría ver los restos de mis antepasados y de mis hijos.

Samir sintió un agradable estremecimiento al oír aquellas palabras. Las lágrimas brotaron en sus ojos. Hubiera sido incapaz de explicar a nadie aquella felicidad agridulce.

-Con gusto, mi señor -dijo-. Déjame ser tu guía. Es un gran privilegio.

Elliott vio luz en la biblioteca de Randolph. Aparcó el coche junto a la casa, descendió de él trabajosamente y, tras subir los escalones de la entrada con lentitud, pulsó el timbre.

Randolph, en mangas de camisa y con el agrio olor del vino en el aliento, salió a abrirle.

-Dios santo, ¿pero sabes qué hora es? -preguntó. Se volvió e invitó a Elliott a seguirlo a la biblioteca. Era una sala grande y lujosamente decorada, con las paredes cubiertas de grabados de perros y caballos y mapas que nadie miraba-. Te voy a hablar claro, pues estoy demasiado cansado para andar con rodeos -dijo Randolph-. Has llegado en el momento apropiado para responderme a una pregunta de la mayor importancia.

-¿De qué se trata? -inquirió Elliott.

Randolph se sentó a su mesa, un monstruoso escritorio de caoba profusamente tallado, cubierto de papeles y libros de cuentas. Había montones de facturas, un enorme y horrible teléfono y cajas de cuero para plumas y papel.

-Los antiguos romanos -dijo Randolph, arrellanándose en su sillón y dando un sorbo a su copa de vino sin pensar en ofrecerle algo a Elliott-. ¿Qué hacían cuando eran deshonrados, Elliott? Se cortaban las venas, ¿no es así? Y se desangraban con una sonrisa en los labios.

Elliott lo miró con atención. Tenía los ojos enrojecidos y las manos le temblaban. Se levantó apoyándose en el bastón, caminó despacio hasta el mueble bar y se sirvió una copa de vino. Llenó también la de Randolph y volvió a su sillón.

Randolph lo observó todo el tiempo con gesto indiferente. Apoyó los codos en la mesa y se pasó las manos por los cabellos grises, con los ojos fijos en las pilas de papeles.

-Si la memoria no me falla -contestó Elliott-, Bruto se dejó caer sobre su espada. Marco Antonio intentó algo parecido, pero fracasó. Entonces subió por una cuerda a los aposentos de Cleopatra, y allí consiguió de alguna manera matarse, o morir. Ella eligió el veneno de una serpiente. Pero sí, respondiendo a tu pregunta, los romanos se cortaban las venas de vez en cuando, eso es cierto. Pero, si quieres mi opinión, ninguna suma de dinero vale la vida de un hombre. Y deberías dejar de pensar en ese tipo de soluciones.

Randolph sonrió. Elliott probó el vino: estaba delicioso. Los Stratford siempre bebían buen vino. Casi siempre había en su casa una botella abierta de las que otros reservan para las ocasiones especiales.

-¿Eso crees? -repuso Randolph-. Ninguna suma de dinero. ¿Y dónde voy a conseguir la suma de dinero que necesito para evitar que mi sobrina comprenda mi perfidia en toda su extensión?

El duque sacudió la cabeza lentamente.

-Si te quitas la vida, lo descubrirá todo con seguridad.

-Sí, pero yo no tendré que responder a sus preguntas.

-Un detalle sin importancia. Y que yo no cambiaría por los años que me quedan de vida. Estás diciendo tonterías.

-¿Ah, sí? Julie no se va a casar con Alex, y tú lo sabes. Y, aunque lo hiciera, no daría la espalda a los asuntos de Stratford Shipping. No hay nada que pueda evitarme el desastre final.

-Sí, claro que lo hay.

-¿Qué es?

-Espera unos días y verás que tengo razón. Tu sobrina acaba de encontrar una nueva distracción: su invitado de El Cairo, el señor Reginald Ramsey. Alex lo está pasando mal, desde luego, pero se recobrará. Y es muy probable que este señor Ramsey aparte a Julie de Stratford Shipping igual que la va a apartar de mi hijo. Y tus problemas podrían resolverse muy fácilmente. Puede que te perdone todo.

-¡Yo vi a ese hombre! -exclamó Randolph-. Lo vi esta mañana cuando Henry hizo el ridículo. No querrás decirme que...

-Tengo el presentimiento de que Julie y ese hombre...

-¡Henry debería estar en esa casa!

-Olvídalo. Eso no importa.

-Bien, todo esto parece divertirte mucho. Pensé que te sentaría peor que a mí.

-No tiene importancia.

-¿Desde cuándo piensas así?

-Desde que empecé a reflexionar seriamente en lo que nos ofrece esta vida. La vejez y la muerte nos esperan a todos. No podemos hacer frente a esa simple verdad, y por eso estamos siempre buscando distracciones.

-Dios mío, Elliott. No estás hablando con Lawrence, sino conmigo. Me gustaría poder compartir tu filosofía. Por el momento, yo vendería mi alma por cien mil libras. Y no soy el único.

-Yo no -replicó Elliott-. Y no tengo cien mil libras, ni las tendré. Si las tuviera, te las daría.

-¿De verdad?

-Sí, creo que sí. Pero déjame que cambie de tema. Puede que Julie no quiera responder preguntas sobre su amigo el señor Ramsey. Quizá prefiera que la dejen tranquila un tiempo, ser verdaderamente independiente. Y tú podrías encontrarte con que todo vuelve a estar en tus manos.

-¿Hablas en serio?

-Sí, y ahora me voy a casa. Estoy cansado, Randolph. No te cortes las venas. Bebe todo lo que quieras, pero no nos hagas a todos algo tan terrible. Mañana por la noche te espero en mi casa a cenar. He invitado a Julie y a este misterioso caballero. No me falles. Y, después, quizá se nos ocurra una forma mejor de arreglar las cosas. Puede que consigas lo que quieres, y que yo encuentre la solución a un misterio. ¿Puedo contar contigo para mañana?

-¿A cenar, mañana por la noche? -dijo Randolph-. ¿Has venido aquí a la una de la mañana para invitarme a cenar?

Elliott rompió a reír. Dejó la copa sobre la mesa y se levantó.

-No -contestó-. He venido a salvarte la vida. Créeme, no vale la pena matarse por cien mil libras. Estar vivo, no sufrir... ¿cómo te lo explicaría?

-No te molestes.

-Buenas noches, amigo mío. No lo olvides: mañana por la noche. No hace falta que me acompañes a la puerta. Y ahora sé bueno y vete a la cama, ¿de acuerdo?

Con una linterna eléctrica, Samir había mostrado a Ramsés toda la colección de arqueología egipcia. Ramsés no manifestó ninguna emoción. Estudió todos y cada uno de los sarcófagos, momias y estatuas, sin prestar apenas atención a la joyería y pequeños objetos expuestos en las vitrinas.

Sus pasos retumbaban en el suelo de piedra. El guardia nocturno, acostumbrado a los paseos nocturnos de Samir, los dejó tranquilos.

-En Egipto están los verdaderos tesoros -le explicó Samir-, los cuerpos de los reyes.

Esto no es más que una fracción de lo que se ha salvado del pillaje y del tiempo.

Ramsés se había detenido a examinar un sarcófago tolomeico, uno de esos curiosos híbridos formados por un sarcófago egipcio con un rostro griego realista pintado, en lugar de la máscara estilizada de siglos anteriores. Era el sarcófago de una mujer.

-Egipto -susurró Ramsés-. De repente no puedo ver el presente por culpa del pasado. No puedo entrar en esta edad hasta que me haya despedido de aquellos años por completo.

Samir estaba temblando ligeramente. La dulce tristeza dio paso de nuevo al miedo, un terror profundo y silencioso ante aquella maravilla que ahora sabía con certeza que era real. No podía haber error.

El rey dio la espalda a los restos del pasado.

-Vamos, amigo mío, sácame de aquí -pidió-. Me siento perdido entre tantas ruinas. No me gusta el concepto de museo.

Samir caminaba con rapidez a su lado, iluminando el pasillo con la linterna.

-Mi señor, si deseas ir a Egipto, hazlo ahora. Ese es mi consejo, aunque sé que no lo has solicitado. Lleva a Julie Stratford contigo si lo deseas. Pero sal de Inglaterra.

-¿Por qué dices eso?

-Las autoridades saben que alguien robó monedas de la tumba, y quieren reclamar la momia de Ramsés el Grande. Se habla mucho y todo el mundo sospecha.

Samir vio la ira en los ojos de Ramsés.

-El maldito Henry Stratford -dijo entre dientes, apretando el paso-. Envenenó a su tío, un hombre culto y sabio, su propia carne. Y le robó una moneda de oro mientras agonizaba en el suelo.

Samir se detuvo en seco. Aquello era más de lo que podía resistir. En el mismo momento supo que era cierto. Había sabido al ver el cuerpo sin vida de su amigo que algo terrible había sucedido. No había sido una muerte natural. Pero consideraba a Henry Stratford demasiado cobarde. Miró a la enorme figura que aguardaba a su lado.

-Has intentado decírmelo esta noche en casa de Julie -dijo en voz baja-. Y no quise creerlo.

-Lo vi, mi amado servidor -repuso el rey-. Con mis propios ojos. Como te vi a ti acercarte al cuerpo de tu amigo y romper a llorar, estos hechos están mezclados con mis sueños, pero los recuerdo con absoluta claridad.

-Este crimen no puede quedar impune. -Samir estaba temblando.

Ramsés le puso una mano en el hombro. Siguieron caminando lentamente.

-Y Henry Stratford conoce mi secreto -declaró Ramsés-. La historia que cuenta es cierta. Cuando intentó quitarle la vida a su prima como había hecho con su tío, salí del sarcófago para evitarlo. Si hubiera contado en aquel momento con todas mis fuerzas, habría zanjado el asunto definitivamente. Lo habría embalsamado en mi lugar y lo habría puesto en el ataúd para que todo el mundo lo admirara como a Ramsés.

Samir sonrió con amargura.

-Una justa recompensa -murmuró. Sintió que le brotaban las lágrimas, pero sabía que no podían aliviarlo en nada-. ¿Y ahora qué vas a hacer, mi señor?

-Matarlo, desde luego. Por Julie y por mí. No hay otra solución.

-¿Esperarás la oportunidad?

-Espero el permiso. Julie Stratford tiene la delicada conciencia de quien no ha visto nunca un baño de sangre. Ama profundamente a su tío, y le horroriza la violencia. Comprendo su razonamiento, pero estoy empezando a perder la paciencia. No deseo que ese Henry nos amenace más.

-¿Y yo? Ahora yo también sé tu secreto, mi señor. ¿También me matarás para protegerlo?

Ramsés se detuvo.

-No pido favores a alguien a quien voy a ejecutar. Pero, dime, ¿quién más sabe la verdad?

-Lord Rutherford, el padre del joven que corteja a Julie.

-Ah, Alex, el de los ojos dulces.

-Sí, mi señor. No se puede menospreciar a su padre. Sospecha algo.

-Este secreto es como un veneno, tan mortal como los que había en mi tumba. Primero se siente fascinación, después codicia, y finalmente desesperación. Habían llegado a la puerta lateral. Volvía a llover. -Dime por qué este veneno no te afecta a ti -dijo Ramsés.

-Yo no quiero vivir para siempre, mi señor.

Ramsés guardó silencio.

-Te creo -repuso al cabo-, pero en el fondo de mi corazón no lo comprendo.

-Es extraño, mi señor, que tenga yo que darte explicaciones a ti, que debes saber cosas que nunca alcanzaré a aprender.

-Te agradecería la explicación.

-Ya me parece lo suficientemente larga la vida tal y como es. Amaba a mi amigo. Temo por su hija. Temo por ti. Temo adquirir conocimientos que no pueda usar para un fin justo.

Se produjo otra pausa.

-Eres un hombre sabio -afirmó Ramsés-. Pero no temas por Julie: yo la protegeré, incluso de mí mismo.

-Sigue mi consejo y vete de Londres. Circulan demasiados rumores. Y tarde o temprano descubrirán que el sarcófago está vacío. Pero, si ya no estás, acabarán olvidándolo. Así tiene que ser. La mente racional no puede actuar de otra manera.

-Sí. Me iré. Debo volver a ver Egipto. Tengo que ver la ciudad moderna de Alejandría, aunque esté encima de los palacios y calles que conocí. Debo volver a Egipto para poder enterrarlo y entrar en el mundo moderno. Pero la cuestión es cuándo.

-Necesitarás papeles para viajar, mi señor. En este tiempo no se puede ser un hombre sin identidad. Yo puedo conseguirte esos papeles.

Ramsés pareció pensar un momento.

-Dime dónde puedo encontrar a Henry Stratford.

-No lo sé, mi señor. Lo mataría yo mismo en este momento si lo supiera. De vez en cuando está en casa de su padre. También mantiene a una amante. Debes salir de Inglaterra cuanto antes, y dejar tu venganza para un momento mejor. Yo conseguiré los documentos que necesitas.

Ramsés asintió, pero no porque estuviera de acuerdo. Samir comprendió que simplemente estaba reconociendo la generosidad del consejo.

-¿Cómo puedo recompensar tu lealtad, Samir? -preguntó-. ¿Qué puedo ofrecerte?

-Estar cerca de ti, mi señor. Conocerte, recoger las migajas de tu sabiduría. Tú has eclipsado los misterios que amaba. Ahora eres tú el misterio. Pero sí te pido, por tu seguridad, que te vayas. Y que protejas a Julie Stratford.

Ramsés sonrió con gesto de aprobación.

-Consigue esos documentos -dijo por fin.

Buscó en el bolsillo y sacó una reluciente moneda de oro que Samir reconoció de inmediato. No necesitaba estudiarla de cerca.

-No, mi señor, no puedo. Esto ya no es sólo una moneda. Es mucho más...

-Úsala, amigo mío. Hay muchas más en el lugar de donde vengo. Tengo riquezas escondidas en Egipto que ni siquiera yo mismo podría medir.

Samir tomó la moneda, aunque no sabía qué podría hacer con ella.

-Puedo conseguir lo que deseas.

-¿Y para ti? ¿Qué es necesario para que vengas con nosotros?

Samir sintió que se le aceleraba el pulso. Miró al rey a la cara, parcialmente oculta por

la luz gris que entraba por la puerta.

-Nada. Si lo deseas, de buena gana te acompañaré, mi señor.

Ramsés hizo un gesto de reconocimiento. Samir abrió la puerta, y Ramsés salió a la calle tras hacer una leve inclinación de cabeza.

Samir permaneció inmóvil largo rato, sintiendo el aire húmedo del exterior. Entonces cerró la puerta y se dirigió al vestíbulo principal a través de pasillos oscuros y desiertos.

Allí se alzaba desde hacía muchos años una gran estatua de Ramsés el Grande que parecía dar la bienvenida a todos los que entraban al museo.

El rey se había limitado a sonreír al pasar por delante de ella, pero Samir se quedó allí contemplándola en actitud de silenciosa reverencia.

El inspector Trent estaba sentado ante su mesa en la central de Scotland Yard. Eran más de las dos y ya hacía rato que el sargento Galton se había ido a casa. Estaba muy cansado, y sin embargo no podía dejar de pensar en todos los aspectos de aquel extraño caso, al que ahora se había añadido un asesinato.

Nunca se había acostumbrado a examinar cadáveres, pero había acudido a la morgue a ver el cuerpo de Tommy Sharples por una razón importante: habían encontrado en uno de sus bolsillos una extraña moneda griega, idéntica a las «monedas de Cleopatra» de la colección Stratford. Y también había aparecido en su libreta de direcciones el nombre y dirección de Henry Stratford.

Henry Stratford, que aquella misma mañana había salido huyendo de la casa de su prima en Mayfair gritando que la momia había salido de su ataúd.

Sí, era un buen rompecabezas.

Que Henry Stratford poseyera una de aquellas monedas no habría sorprendido a nadie. Se sabía que había intentado vender una de ellas dos días atrás, ¿pero por qué iba a querer pagar sus deudas con una pieza de oro tan valiosa? ¿Y por qué la persona que había matado a Sharples no la había robado?

Lo primero que haría por la mañana sería telefonear al Museo Británico. Es decir, después de sacar a Stratford de la cama y hacerle unas preguntas sobre el asesinato. Era evidente que Henry Stratford no lo había hecho, pues un caballero como él podía hacer esperar a sus acreedores durante meses. Y, además, no creía que fuera de los que apuñalan a alguien a sangre fría.

Pero tampoco parecía muy propio de él salir de casa de su prima gritando que una momia había intentado estrangularlo.

Y había otra cuestión, una cuestión muy preocupante: era la forma en que la señorita Stratford había respondido al hablar de la absurda historia de su primo. A Trent no le había parecido que estuviera impresionada, y mucho menos horrorizada. Es más, la historia no parecía haberla sorprendido en absoluto. Y, por si fuera poco, estaba el extraño caballero que se hospedaba en su casa y la forma en que Stratford lo había mirado. La joven ocultaba algo, eso estaba claro. Quizá debiera también pasar por su casa y echar un vistazo. Y charlar un poco con el guardia.

Después de todo, ya no iba a dormir aquella noche...



Era muy tarde. Ramsés estaba de pie en el vestíbulo de la residencia de Julie, observando el lento movimiento de las agujas del reloj de pared. Por fin la más larga dividió en dos el número romano doce, y la corta el cuatro. El reloj dio las campanadas lenta y parsimoniosamente.

Números romanos. Los había por todos lados, en las páginas de los libros, en las fachadas de los edificios... De hecho el arte, el lenguaje, el espíritu de Roma estaba profundamente asentado en esta cultura y la anclaba firmemente al pasado. El concepto de justicia que tanto respetaba Julie no procedía de los bárbaros que habían gobernado aquellas tierras en otros tiempos con sus leyes de inspiración divina y sus venganzas tribales, sino de los tribunales romanos, en los que reinaba la razón.

Los grandes bancos de dinero estaban construidos en forma de templos romanos. En los lugares públicos había estatuas vestidas al estilo romano. Incluso las casas de la calle de Julie tenían pequeñas columnas romanas y hasta frontones clásicos.

Entró en la biblioteca de Lawrence y se sentó de nuevo en su confortable sillón. Había iluminado la habitación con numerosas velas, hasta conseguir exactamente la luz que deseaba. Por la mañana la joven doncella se desmayaría al ver gotas de cera por todos lados, pero no tenía importancia. Ya las limpiaría.

Le gustaba mucho aquella habitación de Lawrence Stratford, sus libros y su mesa. En el gramófono sonaba «Beethoven», una mezcla de chirriantes trompetas que le recordaba a un coro de gatos.

Era curioso que hubiera tomado posesión de tantas cosas que habían pertenecido al inglés de cabellos blancos que había derribado la puerta de su tumba.

Había pasado todo el día vestido con las pesadas ropas de Lawrence. Ahora se había vuelto a poner cómodo, con su «pijama» de seda y la bata de satén. Lo que más le había sorprendido de la vestimenta moderna eran los zapatos de cuero. Era evidente que los pies humanos no estaban hechos para llevar tales fundas, y sin embargo hasta los más pobres las poseían, aunque algunos tenían la suerte de haber hecho agujeros en el cuero, de forma que al menos el pie podía respirar.

Se rió para sí. Después de todo lo que había visto en ese día, estaba pensando en zapatos. Los pies ya habían dejado de dolerle. ¿Por qué no olvidar todo el asunto?

Ningún dolor lo atormentaba durante demasiado tiempo, ni tampoco duraban los placeres. Por ejemplo, estaba fumando uno de los deliciosos cigarros de Lawrence, y el humo lo mareaba levemente. Pero el mareo desaparecía al instante. Lo mismo ocurría con los licores: experimentaba la embriaguez durante un momento, cuando daba un sorbo y sentía el calor de la bebida en el pecho.

Su cuerpo simplemente anulaba los efectos de las cosas, aunque podía apreciar los sabores, oler y sentir. Y aquella musiquilla que brotaba del gramófono le producía tanto placer que sintió que iban a volver a saltársele las lágrimas.

¡Había tanto que disfrutar, tanto que estudiar! Desde que había vuelto del museo, había devorado cinco o seis libros de la biblioteca de Lawrence Stratford. Había leído complejas y estimulantes descripciones de la «revolución industrial». Se había familiarizado con las ideas de Karl Marx, que le habían parecido absurdas. Era un hombre rico hablando de los

pobres sin saber cómo funcionan sus mentes. Había consultado el globo terráqueo una y otra vez hasta memorizar los nombres de los continentes y países. Rusia le había parecido un país interesante. Y Estados Unidos era el que más le intrigaba.

A continuación había leído a Plutarco, el muy embustero. ¡Cómo se atrevía a afirmar que Cleopatra había intentado seducir a Octavio, su último conquistador! ¡Era una idea monstruosa! Había algo en Plutarco que le recordaba a los viejos que cotillean incesantemente en los bancos de las plazas públicas.

Pero ya era suficiente. ¡Por qué darle más vueltas! De repente se sintió confuso. ¿Qué era lo que le preocupaba?

No eran las maravillas que había descubierto sobre el siglo XX durante el día, ni tampoco la tosca y ágil lengua inglesa. Ni, desde luego, el tiempo que había transcurrido desde que había cerrado los ojos. Lo que le preocupaba era la forma en que su cuerpo se recuperaba continuamente. Sus heridas se cerraban, los pies doloridos se relajaban, el efecto del coñac desaparecía al instante...

Le preocupaba porque por primera vez en su larga existencia estaba empezando a preguntarse si su corazón y su mente no estaban sujetas también a un sistema de renovación similar. ¿Lo abandonaría el dolor espiritual tan rápido como el físico?

No era posible. Y, si no era así, ¿por qué durante su visita al Museo Británico no se había echado a llorar desesperadamente? Sereno y silencioso, había paseado entre las momias, sarcófagos y manuscritos robados a todas las dinastías egipcias hasta los tiempos en que él se había retirado a su tumba en las colinas. Y sin embargo había visto el sufrimiento en los ojos de Samir, el hermoso egipcio de piel dorada y ojos negros, como los suyos en otro tiempo. Eran los mismos ojos, después de tantos siglos. Samir, su hijo lejano.

Y no era porque los recuerdos no fueran vividos. Lo eran. Le parecía ayer cuando había visto cómo trasladaban el sarcófago de Cleopatra desde su mausoleo al cementerio romano, junto al mar. Podía volver a sentir el olor del mar si lo evocaba. Podía oír los llantos a su alrededor. Podía sentir las piedras a través del fino cuero de sus sandalias.

Había pedido que la enterraran junto a Marco Antonio, y así se había hecho. Él se había ocultado entre la muchedumbre como un hombre común, envuelto en su burda capa, en medio de los lamentos de las plañideras. «¡La gran reina ha muerto!»

Entonces se había sentido agonizar de dolor. ¿Por qué no estaba llorando ahora? Miró el busto de mármol y pensó que el dolor estaba fuera de su alcance.

-Cleopatra -susurró.

Una sonrisa le curvó los labios al verla de nuevo, no como la mujer en su lecho de muerte, sino como la muchacha que lo había despertado: «Levanta, Ramsés el Grande. Una reina de Egipto te llama. Despierta de tu profundo sueño y sé mi consejero en este tiempo de aflicción».

No, no sentía ni el placer ni el dolor.

¿Quería eso decir que su capacidad de sufrimiento se había visto afectada por el poderoso elixir que no dejaba de trabajar en sus venas? ¿O era algo más, algo que siempre había sospechado: que mientras dormía, de alguna forma *sabía* el paso del tiempo? Incluso en estado de inconsciencia se había alejado de las cosas que lo habían herido, y sus sueños habían sido una simple indicación del razonamiento que no cesaba en la oscuridad y la quietud. Antes de que el sol tocara su cuerpo sabía que habían transcurrido cientos de años.

Quizás estaba tan impresionado por todo lo que había visto del siglo XX que los recuerdos habían pasado a un segundo plano. El dolor volvería de repente con toda su fuerza y entonces se vería de nuevo al borde de la locura, incapaz de disfrutar de toda la belleza que lo rodeaba.

Sí, en el museo de cera, cuando había visto aquella vulgar efigie de Cleopatra y al

grotesco e inexpresivo Marco Antonio a su lado, había sentido por un momento algo parecido al pánico. Le había tranquilizado volver a salir a las ruidosas calles de Londres. Había vuelto a oír gritar a Cleopatra: «¡Ramsés, Marco Antonio se muere! ¡Dale el elixir! ¡Ramsés!». La voz parecía proceder del exterior, como si no pudiera silenciarla. Le había horrorizado lo grosero de la imagen de la reina en el museo, y el corazón le había martilleado como aquellos martillos mecánicos que taladraban los empedrados de Londres. Pero no había sentido dolor.

¿Y qué importaba que aquella estatua mancillara de tal forma su belleza? Al fin y al cabo, las estatuas que lo representaban a el tampoco se le parecían, y el incluso había estado charlando bajo el sol con los obreros que las tallaban. Nadie esperaba que el arte público tuviera nada que ver con el modelo de carne y hueso. Es decir, no hasta que los romanos llenaron sus jardines de retratos realistas.

Cleopatra no había sido romana. Había sido griega y egipcia. Y lo que más le dolía era que el siglo XX tenía una idea de ella completamente errónea. Había hecho de ella un símbolo de depravación, cuando en realidad había sido una mujer de gran talento. La habían castigado por una debilidad olvidando todo lo demás.

Sí, eso era lo que le había indignado en el museo de cera: que la recordaran, pero no por lo que había sido sino como una prostituta pintarrajeada tendida en una otomana de seda.

El corazón volvía a latirle con fuerza. Oyó el tictac del reloj.

A su lado tenía una bandeja de sabrosas pastas y coñac, y un frutero con naranjas y peras. Tenía que comer y beber, algo que siempre lo tranquilizaba.

Y no quería volver a sentir aquella agonía, pero tampoco quería perder su vasta experiencia de los sentimientos humanos. Eso habría sido como morir.

Una vez más miró el hermoso rostro del busto de mármol, mucho más parecido a la realidad que aquel horror de cera. Algo en su interior amenazaba a la extraña quietud de su mente. Vio imágenes sin significado. Se llevó las manos a la cabeza y suspiró.

Desde luego, si pensaba en Julie Stratford, sola en su cama en el piso superior, su mente y su cuerpo se unían al instante. Dejó escapar una suave risa y tomó una pasta pegajosa y dulce. La devoró de un bocado. También deseaba devorar a Julie Stratford. Era una mujer espléndida, aquella delicada y atrevida reina moderna que no necesitaba un reino. Tan inteligente y tan fuerte a la vez. Pero, si no la apartaba de su mente, acabaría subiendo a su habitación. Se lo imaginó: derribar la puerta del dormitorio. La pobre doncella se despierta en el ático y comienza a gritar. ¿Y qué? Julie Stratford se incorpora en la cama con su camisón de encaje, y él se tiende sobre ella, se lo arranca mientras acaricia sus suaves piernas y la hace suya antes de que pueda protestar.

«No -se dijo-. No puedes hacer eso. Hazlo y destruirás lo que deseas.» Julie Stratford merecía mucha humildad y mucha paciencia. De eso se había dado cuenta al verla moverse por la biblioteca y hablarle mientras estaba en su ataúd, sin imaginar que él podía oírla.

Julie Stratford se había convertido en un gran misterio de cuerpo, alma y voluntad.

Dio un nuevo sorbo a la copa de coñac: estaba delicioso. Aspiró otra bocanada del cigarro. Partió una naranja con el cuchillo y mordió su carne suave y húmeda.

El humo del cigarro llenaba la habitación con un perfume más delicioso que cualquier incienso. Era tabaco turco, le había dicho Julie. Entonces no había comprendido lo que quería decir, pero ahora lo sabía. En un curioso libro titulado *Historia del Mundo* había leído sobre los turcos y sus conquistas. Pensó que era así como debía comenzar, con aquellos libritos llenos de generalidades: «En siglo y medio toda Europa había caído en manos de las hordas bárbaras». Los detalles vendrían después. Había tanto por leer... Sólo pensarlo lo hizo sonreír.

El gramófono se detuvo. Ramsés se levantó, se acercó al mueble y encontró otro disco. Éste tenía el curioso título de «Tan sólo un pájaro en jaula de oro». Por alguna razón, le

hizo pensar de nuevo en Julie y desear cubrirla de besos. Puso el disco en el plato y apoyó la aguja sobre él. Una frágil voz de mujer comenzó a desgranar una canción. Se sirvió otra copa de coñac y comenzó a mecerse con la música, bailando lentamente sin levantar los pies.

Pero era hora de ponerse a trabajar. La oscuridad se estaba disolviendo tras las ventanas y las primeras luces del día comenzaban a aparecer. A pesar de los múltiples sonidos de la gran ciudad que despertaba, podía oír el lejano gorjeo de Tos pájaros.

Entró en la oscura y fría cocina, encontró un «vaso», como ellos lo llamaban, uno de aquellos maravillosos objetos, y lo llenó de agua del milagroso grifo de cobre.

Entonces volvió a la biblioteca y se quedó mirando la larga fila de redomas de alabastro. Todas parecían intactas, sin grietas ni fisuras, y no faltaba ninguna. Allí estaba también el pequeño quemador y los cuencos de cristal. Todo lo que necesitaba era un poco de aceite; o una de aquellas velas, cortada a la longitud adecuada.

Tras apartar a un lado los rollos de papiro, colocó el quemador adecuadamente, introdujo la vela cortada en su interior y apagó la llama.

Entonces volvió a estudiar las redomas. Sus manos eligieron antes que su mente. Y cuando observó el polvo blanco y terroso supo que sus manos no se habían equivocado.

¡Si al menos Henry Stratford se hubiera confundido y hubiera vertido en el café ese polvo en vez del otro! Su tío Lawrence, convertido en un león rugiente, le habría arrancado la cabeza.

Se le ocurrió de repente que los venenos podían haber asustado a la gente de su tiempo, pero no detendrían a los científicos del siglo XX. Cualquier persona con dos dedos de frente hubiera probado el contenido de todas las vasijas en animales hasta descubrir el elixir. Era así de simple.

En aquel momento, desde luego, sólo Julie y Samir sabían de la existencia del elixir, y nunca divulgarían el secreto. Pero Lawrence Stratford había traducido parcialmente la historia, y su cuaderno estaba en algún lugar (Ramsés no había conseguido encontrarlo) donde cualquiera podía leerlo. Y, por supuesto, estaban los rollos que contenían toda la historia.

En cualquier caso, aquella situación tenía que cambiar. Tenía que llevar el elixir consigo a todos lados. Y siempre existía la posibilidad de que la mezcla hubiera perdido su efectividad. Aquellos polvos llevaban casi dos mil años en la redoma.

En ese lapso de tiempo, el vino se habría convertido en vinagre, o en cualquier fluido imposible de beber. Y la harina, en un polvo incomible.

Le tembló la mano cuando vertió los gruesos granos de polvo en el cuenco de metal del quemador. Dio unos golpes a la redoma para asegurarse de que no había quedado nada dentro. Entonces lo mezcló en el plato suavemente con el dedo y añadió una buena cantidad de agua del vaso.

Luego volvió a encender la vela. Cuando la pócima comenzó a hervir, reunió los tubos de cristal y los alineó junto al quemador. Cuatro tubos con tapones de plata.

En pocos segundos tuvo lugar el cambio. Los ingredientes, ya poderosos por sí solos, se habían convertido en un líquido hirviente que despedía un leve resplandor fosforescente. Su aspecto era peligroso, como si el fluido fuese a quemar la lengua de quien osara beberlo. Pero no era así. No había sido así hacía milenios, cuando él había apurado una copa entera sin vacilar, decidido a alcanzar la inmortalidad. Y no había sido doloroso, nada doloroso.

Tomó el cuenco con mucho cuidado y repartió el elixir entre cuatro tubos. Entonces esperó a que el plato se enfriara y lamió los restos. No debía quedar ni rastro de la sustancia. A continuación tapó los cuatro tubos y con la cera derretida de una vela selló todos menos uno.

Se guardó los tres tubos sellados en el bolsillo de la bata y con el cuarto en la mano fue al invernadero. Se quedó allí un momento, observando en la oscuridad las plantas que llenaban la habitación.

Las paredes de cristal estaban perdiendo su opacidad, aunque todavía podía ver su propio reflejo con claridad: una figura alta vestida de rojo vino, y una habitación cálidamente iluminada tras él. Pero los pálidos objetos del exterior también comenzaban a ser visibles.

Se acercó al helecho que tenía más cerca, una planta con grandes hojas verde oscuro, y vertió un poco de elixir en la tierra húmeda de la maceta. Enseguida se volvió a la buganvilla, que tenía unos pocos capullos rojos, escasos y distantes entre sí, y vertió una cantidad aún mayor.

Se produjo en las plantas un leve temblor, seguido de leves chasquidos. Usar más cantidad sería una locura. Siguió dejando caer gotas de elixir en todas las plantas, y al terminar todavía quedaba medio tubo lleno. Ya era suficiente. Si la mezcla había perdido su poder, lo comprobaría en pocos segundos. Miró al techo de cristal. El dios Ra enviaba los primeros rayos de sol.

Las hojas de los helechos comenzaron a alargarse, y por todos lados salían tiernos brotes que crecían a ojos vista. La buganvilla se hinchó y tembló y al instante empezaron a aparecer pequeños capullos de color rojo sangre por toda la planta. El invernadero parecía haber cobrado vida. Ramsés cerró los ojos y escuchó el sonido del crecimiento. Se estremeció ligeramente.

¿Cómo podía haber llegado a creer que el elixir había perdido su efectividad? Su poder era tan grande como siempre. Una sola copa lo había hecho a él inmortal. ¿Por qué la sustancia no iba a ser tan inmortal como él?

Se guardó el tubo en el bolsillo, junto a los demás. Abrió en silencio la puerta trasera de la casa y salió al húmedo amanecer.

Henry sentía un dolor tan agudo en la cabeza que apenas podía ver a los dos policías con claridad. Estaba soñando con aquella cosa, la momia, cuando lo habían despertado. Helado de terror, había alcanzado la pistola y, tras amartillarla, se la había guardado en el bolsillo y había abierto la puerta. Si por algún motivo decidían registrarlo...

-¡Todo el mundo conocía a Tommy Sharples! -exclamó indignado, enmascarando su miedo-. Todo el mundo le debía dinero. ¿Por esa estupidez me despiertan a estas horas?

Miró al tal Galton, que le mostraba la moneda de Cleopatra. ¿Cómo podía haber sido tan idiota? Irse y dejar aquella moneda en el bolsillo de Sharples... Pero tampoco había planeado matarlo. ¿Cómo iba a pensar en cosas como aquélla?

-¿Alguna vez ha visto esto, señor?

«Tranquilo -se dijo-. No hay la menor evidencia que te relacione con el asesinato. Utiliza la indignación como has hecho siempre.»

-Sí, pertenece a la colección de mi tío. ¿Cómo la han conseguido? Debería estar cerrada bajo llave.

-La cuestión es -dijo el llamado Trent- cómo la consiguió Sharples. Y por qué la llevaba encima cuando lo mataron.

Henry se pasó las manos por el pelo. Si al menos cesara el dolor... Si pudiera disculparse un minuto, tomar un buen trago y pensar un poco...

-Reginald Ramsey -contestó mientras miraba fijamente a los ojos a Trent-. Así se llama ese tipo, ¿no? El egiptólogo. El está viviendo en casa de mi prima. Dios santo, ¿qué está sucediendo en esa casa?

-¿El señor Ramsey?

-Ya lo han interrogado, ¿no? ¿De dónde ha salido ese hombre? -Su cara se encendió

mientras los dos hombres lo observaban en silencio-. ¿Es que tengo que hacer yo el trabajo por ustedes? ¿De dónde diablos ha salido ese tipo? ¿Y qué hace con todo ese tesoro en casa de mi prima?

La mañana era fría y húmeda. Ramsés estuvo caminando durante más de una hora, hasta que las grandes e imponentes casas de Mayfair dieron paso a los callejones y casuchas de los pobres. Recorrió estrechas callejuelas sin empedrar, similares a las de cualquier ciudad antigua, como Jericó o Roma: huellas de coches de caballos y hedor a estiércol húmedo.

De cuando en cuando algún transeúnte andrajoso lo miraba. Probablemente no debía haber salido con aquella larga bata de satén. Pero no le importaba. Otra vez era Ramsés el Vagabundo, Ramsés el Maldito, que vagaba por una nueva época. El elixir seguía manteniendo su potencia. Y la ciencia de esta época no estaba mejor preparada para recibirlo que la de cualquier otra. Contempló el sufrimiento, los mendigos durmiendo en los rincones. Aspiró el olor fétido que salía de una casa, como si su puerta fuera una boca que exhalaba aquel hedor intentando aspirar aire fresco.

Un mendigo se le acercó.

-Déme un penique, señor. Hace dos días que no he comido. Por favor, señor.

Ramsés pasó a su lado, con las elegantes zapatillas húmedas y salpicadas de barro.

«Y aquí viene una joven. Mírala. Escucha el silbido que brota de lo más profundo de su pecho.»

-¿Quiere pasar un buen rato, señor? Tengo un cuarto caliente y agradable, señor.

Sí, claro que deseaba sus servicios, tanto que sintió que su miembro se endurecía al instante. Y la fiebre hacía a la muchacha aún más atractiva. Ella hinchó el pecho con gracia y sonrió a pesar del dolor.

-No ahora, bella joven -susurró.

Parecía que la calle, si en realidad merecía tal nombre, lo había conducido a un campo de ruinas, con edificios ennegrecidos por el humo, ventanas sin cristales ni cortinas.

Un niño rompió a llorar desconsoladamente. Era el grito del hambre.

Siguió andando. Podía oír cómo la ciudad iba cobrando vida. No eran voces humanas, sino las máquinas que despertaban mientras el cielo gris se iba aclarando y adquiría un color casi plateado. A lo lejos sonó el silbido de un tren, y se detuvo. Podía sentir la vibración del gran monstruo de acero a través de la tierra húmeda.

De repente un bocinazo estridente lo sobresaltó. Se volvió a tiempo de ver un automóvil conducido por un joven que se lanzaba hacia él. Ramsés cayó hacia atrás contra el muro de piedra mientras el coche pasaba junto a él bamboleándose y salpicando barro en todas direcciones.

Estaba tembloroso, iracundo. Uno de los extraños momentos en los que se sentía indefenso, expuesto.

Entonces vio una paloma muerta sobre el pavimento, una paloma rolliza y gris, de las que abundaban en Londres. El automóvil la había atropellado y las ruedas le habían aplastado una ala.

El viento la agitó levemente, produciendo una ilusoria sensación de vida.

De improviso lo asaltó un recuerdo, uno de los más antiguos y vividos que tenía, que lo arrancó del presente con crueldad y lo transportó a otro tiempo y lugar.

Estaba en la cueva de la sacerdotisa hitita. Llevaba su coraza de batalla, y empuñaba su espada de bronce. Estaba mirando las palomas blancas que giraban sin cesar bajo la inmensa chimenea iluminada por el sol.

-¿Son inmortales? -preguntó a la mujer. Hablaba en la dura y gutural lengua hitita.

Ella había estallado en una risa salvaje.

-Comen, pero no necesitan comer. Beben, pero no necesitan beber. Es el sol quien las mantiene fuertes. Si se lo quitas caerán dormidas, pero no morirán, mi rey.

El la había mirado a la cara reseca y arrugada, furioso por su risa.

-¿Dónde está el elixir? -había exigido.

-¿Quieres saberlo? -Sus ojos resplandecían cuando se había acercado a él con gesto burlón-. ¿Y si el mundo se llenara de hombres que no pueden morir? ¿Y sus hijos? ¿Y los hijos de sus hijos? Esta cueva encierra un secreto horrendo, te lo advierto. *¡El secreto del fin del mundo!*

El había desenvainado el sable.

-¡Dámelo! -había rugido.

Ella no había mostrado ningún miedo. Simplemente había sonreído.

-¿Y si te mata, orgulloso egipcio? Ningún ser humano lo ha tomado. Ningún hombre, mujer o niño.

Pero él ya había visto el altar, y sobre él la copa con el líquido blanco. Y tras ella estaba la tablilla cubierta de signos cuneiformes.

Se acercó al altar y leyó las palabras. ¿Podía ser aquél realmente el elixir de la vida? Ingredientes comunes que él mismo podía recoger en los campos y riberas de su tierra. Sin acabar de creerlo, lo memorizó todo. Ni por un momento pensó que jamás los olvidaría.

Y el líquido. ¡Oh, dioses! Tomó con ambas manos la copa y apuró su contenido. A lo lejos oyó una risa incontenible que el eco multiplicaba en las paredes de la gran caverna.

Entonces se había vuelto mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Sintió una explosión en su interior. Su cuerpo se tensó como si estuviera en su carro a punto de entrar en batalla, a punto de alzar el sable y lanzar el grito de ataque. La sacerdotisa había dado un paso atrás. ¿Qué había visto? De pronto había sentido que sus cabellos grises comenzaban a agitarse, como movidos por una suave brisa, y caían, para ser reemplazados por una fuerte melena castaña; el negro de sus ojos se desvaneció y se volvió del color del zafiro. Era la asombrosa transformación que él mismo verificaría después delante de un espejo.

-¡Veremos quién tiene razón! -había gritado, eufórico. El corazón le martilleaba en el pecho, todos sus músculos vibraban. ¡Qué ligero y poderoso se había sentido! Había llegado a pensar que podía echar a volar-. ¿Viviré o moriré, sacerdotisa?

Como despertando de un sueño, miró el barrizal que tenía delante. Parecía que todo hubiera ocurrido pocas horas antes. Todavía creía oír el aleteo de las palomas que describían círculos incesantemente bajo la gran bóveda. Setecientos años habían transcurrido entre aquel momento y el día en el que había entrado a la tumba para sumergirse en el sueño por primera vez. Y dos mil años más desde que había sido despertado sólo para volver a la tumba poco después.

Y ahora, Londres. El siglo XX. Notó que estaba temblando violentamente. De nuevo el viento húmedo agitó las plumas de la paloma muerta. Se acercó, se arrodilló junto a ella y la tomó en las manos. ¡Qué frágil criatura! Tan llena de vida hacía un momento, y ahora no era más que un desperdicio. Aunque los plumones de su pecho, todavía cálido, se agitaban levemente.

¡Qué daño le hacía el viento! ¡Cómo le helaba el corazón la visión de aquella criatura!

Sosteniéndola en la mano derecha, sacó el tubo de elixir medio vacío del bolsillo con la izquierda, lo destapó con el pulgar y vertió el líquido reluciente en el pico de la criatura muerta.

Todo sucedió en menos de un segundo. Los pequeños ojos redondos de la paloma se abrieron. El pájaro se debatió por liberarse agitando con furia las alas. Ramsés la soltó y la vio alzar vuelo, describiendo amplios círculos mientras ascendía más y más en el cielo plomizo.

La miró hasta que desapareció de su vista. Ahora era inmortal: volaría para siempre.

Y otro recuerdo se introdujo en su mente, silencioso y rápido como un asesino: el

mausoleo, los salones de mármol, los pilares y la delgada figura de Cleopatra corriendo a su lado mientras él se alejaba a grandes zancadas del cuerpo sin vida de Marco Antonio, tendido en la otomana dorada.

-¡Tú puedes devolverle la vida! -gritaba ella-. Sabes que puedes hacerlo. No es demasiado tarde, Ramsés. Dánoslo a los dos, a él y a mí. ¡Ramsés, no me abandones! -Sus largas uñas le habían arañado el brazo.

Furioso, se había vuelto y la había abofeteado con tal fuerza que la había hecho caer al suelo. Atónita, Cleopatra había prorrumpido en sollozos. ¡Qué frágil le había parecido entonces!

El pájaro había desaparecido sobre los tejados de Londres y el sol brillaba entre las nubes.

Se le nubló la visión. El corazón le palpitaba salvajemente. Estaba llorando desconsoladamente. Oh, dioses, ¿cómo podía haber pensado que el dolor no llegaría nunca?

Había despertado después de siglos en medio de una bruma espesa y maravillosa. Pero esa bruma se estaba desvaneciendo, y su amor y su dolor volverían a él con toda su violencia. Apenas acababa de notar los primeros síntomas. ¿Y qué consuelo le cabía? ¿Qué estaba vivo de nuevo en cuerpo y alma?

Miró el tubo que tenía en la mano. Estuvo tentado de romperlo, de dejar chorrear su contenido entre los dedos a la calle sucia y fangosa. Llevar los demás tubos a algún lugar lejos de Londres, donde la hierba creciera alta, donde sólo las flores del campo fueran testigos, y allí verter el elixir.

Pero no eran más que vanas fantasías: *sabía cómo hacer más.* Había memorizado la fórmula al leer la tablilla. No podía destruir lo que ya estaba grabado para siempre en su mente.

Samir bajó del coche de caballos y recorrió andando los cincuenta metros que lo separaban de su destino, con las manos hundidas en los bolsillos y el cuello del abrigo alzado para protegerse del viento. Al llegar a la casa de la esquina, subió los escalones de piedra de la entrada y llamó a la puerta.

Una mujer completamente vestida de negro abrió la puerta unos centímetros y al verlo lo dejó pasar. Samir entró en silencio en una pequeña habitación en la que había dos hombres de piel oscura sentados, fumando y leyendo los periódicos de la mañana, rodeados de objetos egipcios. A un lado de la mesa había un papiro extendido y una gran lupa.

Samir miró el papiro: no era nada importante. Se acercó a una momia amarilla y alargada, bastante bien conservada, tendida descuidadamente en un estante.

-Ah, Samir, no te molestes -dijo el más alto de los dos hombres, cuyo nombre era Abdel-. No hay nada más que falsificaciones en el mercado. Las hace Zaki, como sabes. Menos ése de ahí... -El hombre señaló a la momia-. Ése es auténtico, pero no merece que pierdas tu tiempo con él.

A pesar de todo, Samir observó la momia con detenimiento.

-Restos de una colección particular -explicó Abdel-. Poca cosa para ti.

Samir asintió y se volvió hacia Abdel.

-Pero he oído que han aparecido unas monedas de Cleopatra muy extrañas -comentó Abdel con una sonrisa soñadora-. Ah, si pudiera ponerle a una las manos encima...

-Necesito un pasaporte, Abdel -lo interrumpió Samir-. Y documentos de identidad. Muy rápido.

Abdel no respondió enseguida. Observó con interés a Samir, que buscó algo en un bolsillo.

-Y también necesito mucho dinero.

Samir le mostró la reluciente moneda de Cleopatra.

Abdel se levantó de su silla como un rayo y se la arrebató. Samir lo miró con gesto inexpresivo mientras la examinaba.

-Discreción, amigo mío -dijo Samir-. Rapidez y discreción. Discutamos los detalles.

Oscar acababa de volver. Aquello podía suponer un nuevo problema, pensó Julie, pero, aunque a Rita se le escapara algo, Osear nunca la escuchaba, convencido como estaba que Rita era estúpida.

Mientras Julie bajaba por la escalera, vio a su mayordomo cerrar la puerta de la calle. Tenía en las manos un ramo de rosas. Le dio la carta que las acompañaba.

-Acaba de llegar, señorita -dijo.

-Sí, lo sé.

Vio con alivio que era de Elliott, no de Alex, y leyó la misiva con rapidez mientras Osear esperaba.

-Llama al duque de Rutherford, Osear. Dile que me va a ser imposible acudir a su casa esta noche. Llamaré más tarde yo misma para disculparme.

El mayordomo estaba a punto de retirarse cuando Julie cogió una de las rosas del ramo.

-Ponías en el comedor, Osear -le pidió. Aspiró su fragancia y acarició los suaves pétalos con los dedos. ¿Qué iba a hacer con respecto a Alex? Era demasiado pronto para decirle nada, pero cada día que pasara no haría más que empeorar las cosas.

Ramsés. ¿Dónde estaba? Aquello era realmente lo importante. La puerta del dormitorio de su padre estaba abierta, y su cama intacta.

Bajó corriendo al invernadero. Antes de llegar a la puerta vio la inmensa buganvilla cargada de flores rojas.

Y pensar que el día anterior no había reparado en aquellas extraordinarias flores... Miró los helechos. Estaban magníficos. Y los lirios también habían florecido de repente.

-Es un milagro -susurró para sí.

Vio a Ramsés sentado en un sillón, mirándola. Y ya completamente vestido para comenzar la aventura del día. Esta vez no había cometido errores, y tenía un aspecto saludable y hermoso a la luz del sol. Sus cabellos se habían espesado y sus grandes ojos azules brillaron un instante con sombría melancolía antes de iluminarse por completo con aquella irresistible sonrisa.

Julie sintió miedo por un momento, pues Ramsés parecía al borde de las lágrimas. Poniéndose de pie, él se acercó a ella y le rozó la cara con los dedos.

-¡*Tú* eres un milagro! -dijo.

Julie sintió deseos de echarle los brazos al cuello pero, conteniéndose, lo miró, extendió una mano y le tocó la cara, aunque sabía que no debía hacer aquello. Para su sorpresa, él se apartó ligeramente y le besó la frente con reverencia.

-Quiero ir a Egipto, Julie. Antes o después, tendré que ir a Egipto. Que sea ahora.

Su voz sonaba terriblemente cansada y desgarrada. Toda la gentileza que había en él el día anterior se había teñido de tristeza. Sus ojos parecían más oscuros y más grandes. Y Julie no se había equivocado: estaba al borde de las lágrimas. De nuevo el miedo le heló el alma.

«¡Dios, qué grande debe de ser su capacidad de sufrimiento!»

-Desde luego -repuso ella-. Iremos a Egipto, los dos juntos...

-Ah, ésa era mi esperanza -dijo él-. Julie, esta edad no puede comenzar para mí hasta que me haya despedido de Egipto, porque Egipto es mi pasado.

-Te comprendo.

-¡Y quiero el futuro! -declaró él, y su voz se convirtió en un susurro-. Quiero... -Se interrumpió, incapaz de continuar. Con aire confundido se apartó de ella. Buscó en su

bolsillo y sacó un puñado de monedas de oro.

-¿Podemos comprar con esto un barco que nos lleve al otro lado del mar, Julie?

-Déjalo todo en mis manos -contestó ella-. Nos vamos a ir. Ahora siéntate y desayuna. Sé lo hambriento que debes de sentirte. No tienes que contármelo.

Él se rió a su pesar.

-Y haré todos los preparativos de inmediato.

Julie entró en la cocina. Osear estaba preparando la bandeja con el desayuno para los dos, y la habitación olía a café, canela y bollos recién horneados.

-Osear, telefonea a Thomas Cook en mi nombre y reserva dos pasajes a Alejandría para el señor Ramsey y para mí. Si es posible para hoy mismo. Date prisa. ***Yo*** me encargaré de esto.

El mayordomo no salía de su asombro.

-Pero, señorita...

-Haz lo que te digo enseguida, Osear. Date prisa. No hay tiempo que perder.

Ella volvió al invernadero con la pesada bandeja, y una vez más la asombraron las maravillosas flores que habían brotado por todos lados. Las orquídeas y las margaritas estaban esplendorosas.

-Mira -susurró-. Y no me había dado cuenta. Todo ha florecido. Es tan bonito..

El la miró con la misma expresión triste y hermosa.

-Sí, muy bonito -dijo.



La casa era un hervidero. Rita había estado a punto de desmayarse al saber que iba a Egipto. Osear, que se quedaba a cargo de la casa, había estado ayudando a los cocheros a bajar los baúles por la escalera. Randolph y Alex discutían furiosamente con Julie. Era una locura que emprendiese aquel viaje.

Y el enigmático Reginald Ramsey estaba sentado ante la mesa del invernadero devorando una comida pantagruélica y acompañándola con una copa de vino tras otra mientras leía dos periódicos a la vez, si Elliott no se equivocaba. De vez en cuando cogía un libro del montón que tenía en el suelo y pasaba sus páginas con rapidez como si buscara algo de vital importancia. Cuando lo encontraba, dejaba caer el libro al suelo despreocupadamente.

Elliott estaba sentado en el sillón de Lawrence, en la sala egipcia, contemplando la escena en silencio. Echaba una mirada a Julie, que seguía en el salón, y volvía a observar al señor Ramsey, al que no parecía importarle nada.

El otro personaje silencioso y solitario era Samir Ibrahaim, que estaba de pie al fondo del invernadero, casi perdido entre el lujurioso follaje que había invadido la habitación.

Hacía aproximadamente tres horas que Elliott había recibido la llamada de Julie. Se había puesto en acción al instante, y sabía más o menos cuál iba a ser el siguiente acto de aquel pequeño drama.

-No puedes irte a Egipto con un hombre al que no conoces de nada -decía Randolph, que hacía un esfuerzo por contenerse-. No puedes emprender ese viaje sin un acompañante apropiado.

-Julie, esto ya no voy a tolerarlo -declaró Alex, pálido de exasperación-. No permitiré que hagas esto sola.

-Callaos los dos -respondió Julie-. Soy una mujer adulta. Y me voy. Puedo cuidar de mí misma, y además Rita va a acompañarme. Y Samir, el mejor amigo de mi padre. No podría tener un protector mejor que Samir.

-Julie, ninguno de los dos es un acompañante adecuado, y lo sabes. Esto es escandaloso.

-Tío Randolph, el barco zarpa a las cuatro. Debemos irnos ahora mismo, así que vamos a hablar de lo que realmente importa. Tengo unos poderes notariales preparados para que puedas dirigir Stratford Shipping con las manos completamente libres.

Se hizo el silencio. «Así que por fin llegamos al meollo del asunto», pensó Elliott con frialdad. Oyó a Randolph aclararse la garganta.

-Bien, supongo que es necesario, querida -respondió con voz débil.

Alex intentó interrumpir, pero Julie lo detuvo con suavidad. Preguntó a Randolph si había algún papel más que quería que firmara. De todos modos, podía enviárselos a Alejandría, y ella se los devolvería firmados a vuelta de correo.

Satisfecho al ver que Julie saldría a tiempo, Elliott se levantó y entró en el invernadero.

Ramsey seguía engullendo cantidades sobrehumanas de comida. Tomó uno de los tres cigarros que tenía encendidos en un cenicero y aspiró una bocanada de humo. A continuación volvió al budín, el rosbif y el pan con mantequilla que estaba comiendo simultáneamente. Tenía delante una historia moderna de Egipto, abierta por el capítulo titulado «La masacre de los mamelucos», y su dedo índice se deslizaba a velocidad

vertiginosa por las páginas.

De repente Elliott se dio cuenta de que estaba rodeado por la espesura. Miró con asombro el gigantesco helecho que se alzaba a su lado, *y* la exuberante buganvilla que le rozaba el hombro y que casi obstruía la puerta. Dios santo, ¿qué había pasado allí? Había lirios por todos lados, y las margaritas casi reventaban las macetas. La hiedra crecía salvajemente por las paredes y el techo.

Ni Samir ni Ramsey parecían haber reparado en él. Elliott cortó uno de los dondiegos azules y blancos que colgaban encima de su cabeza y contempló la perfecta flor en forma de trompeta. Era una belleza. Alzó lentamente los ojos y su mirada se cruzó con la de Ramsey.

Samir pareció despertar de pronto de su aparente estado de meditación.

-Lord Rutherford, permítame presentarle... -Se interrumpió como si le faltaran las palabras.

Ramsey se levantó y se limpió los dedos cuidadosamente con la servilleta.

Con gesto ausente, el duque guardó la flor en el bolsillo y extendió la mano.

-... al señor Reginald Ramsey -concluyó-. Es un placer. Soy un viejo amigo de la familia. Y podríamos decir que también soy egiptólogo. Aquél es mi hijo Alex, que, como sabrá, está prometido en matrimonio con Julie.

Era evidente que no lo sabía. O no comprendía. Se ruborizó levemente.

-¿Prometido con Julie? -repitió a media voz. Entonces añadió con forzado entusiasmo-: Su hijo es un hombre muy afortunado.

El duque miró la mesa cubierta de comida y la espesura que casi impedía el paso al sol. Miró con placidez al hombre que tenía delante, sin duda uno de los hombres más atractivos que había visto jamás. Era en verdad bello, tenía que reconocerlo, con aquellos ojos azules, grandes y comprensivos, que vuelven locas a las mujeres. Y, si se les añadía la sonrisa fácil, constituía una combinación fatal.

Pero el silencio estaba empezando a ser incómodo.

-Ah, el diario -dijo Elliott, extrayéndoselo del bolsillo del abrigo. Samir lo reconoció al instante-. Este diario -agregó- perteneció a Lawrence y contiene información muy valiosa sobre la tumba de Ramsés. Parecen ser notas sobre un papiro que encontró allí. Lo cogí la otra noche. Tengo que devolverlo a su lugar.

Ramsey lo miró con repentina frialdad.

Elliott le dio la espalda y, apoyándose en el bastón, se acercó con pasos lentos al escritorio...

-Ese dolor de sus articulaciones... -dijo Ramsey-, ¿no existe una medicina... moderna que lo alivie? Había un antiguo remedio egipcio: la corteza de sauce. Hay que hervirla.

-Sí -respondió Elliott, volviendo a mirar aquellos hermosos ojos azules-. Hoy en día se llama aspirina. -Sonrió. Todo estaba yendo infinitamente mejor de lo que había esperado. Sólo esperaba que su rostro no estuviera tan encendido como el de Ramsey-. ¿Dónde ha estado todo este tiempo, que no ha oído hablar de la aspirina? Ahora se produce sintéticamente; estoy seguro de que sabe a qué me refiero.

Ramsey no perdió la compostura, aunque sus ojos se entrecerraron, como si estuviera valorando al duque.

-No soy un científico, lord Rutherford -replicó-. Soy más bien un observador, un filósofo. Así que se llama aspirina... Me alegro de saberlo. Quizás he pasado demasiado tiempo en tierras lejanas. -Alzó las cejas levemente y sonrió.

-Pero los antiguos egipcios tenían medicinas mucho más poderosas que la corteza de sauce, ¿no es así? -presionó Elliott. Lanzó una significativa mirada a la fila de jarras de alabastro expuestas al otro lado de la habitación-. Medicinas de gran poder, o elixires, por así decirlo, que curan enfermedades mucho más graves que el dolor que yo padezco en los

huesos.

-Las medicinas poderosas tienen su precio -contestó Ramsey con voz calma-. O, mejor dicho, sus peligros. Pero es usted un hombre extraño, lord Rutherford. Supongo que no habrá creído usted lo que ha leído en el diario de su amigo Lawrence...

-Oh, por supuesto que sí. ¿Sabe usted? Yo tampoco soy un científico. Quizá sea como usted, un filósofo. Y me considero también poeta, porque la mayor parte de mis viajes sólo han tenido lugar en mis sueños.

Los dos hombres se miraron en silencio.

-Un poeta -repitió Ramsey mientras recorría con la mirada el cuerpo de Elliott, midiéndolo casi con descaro-. Comprendo. Pero dice usted cosas muy extrañas.

Elliott intentó mantener la calma. Sentía brotar el sudor bajo la camisa. El rostro de aquel hombre era sorprendentemente abierto, invitador.

-Me gustaría conocerlo mejor -confesó Elliott de repente-. Me gustaría... aprender de usted. -Pareció vacilar. Los ojos azules seguían clavados en los suyos-. Quizás en El Cairo o Alejandría tengamos tiempo para hablar con más tranquilidad. Quizás incluso en el barco podamos conocernos mejor.

-¿Va usted a Egipto? -preguntó Ramsey ladeando un tanto la cabeza.

-Sí. -Pasó con lentitud por delante de Ramsey y entró en el salón, donde Julie estaba acabando de firmar otro documento para Randolph-. Sí -repitió Elliott, volviéndose de nuevo hacia Ramsey y levantando la voz lo suficiente para que todos lo oyeran-. Alex y yo vamos también. En cuanto Julie me llamó, reservé pasajes en el mismo barco. No podíamos dejar a Julie irse sola, ¿verdad, Alex?

-Elliott, te dije que no -objetó Julie.

-Padre, yo no sabía...

-Lo sé, cariño -dijo Elliott a Julie-. Pero no puedo aceptar el no por respuesta. Además, puede que ésta sea la última vez que vea Egipto. Y Alex no lo conoce. No creo que vayas a negarnos el placer. ¿Hay alguna razón por la que no debamos ir?

Julie le lanzó una mirada furibunda.

Ramsey dejó escapar una suave risa a su espalda.

-Entonces iremos todos a Egipto -declaró-. Me parece de lo más interesante. Hablaremos a bordo, lord Rutherford, como usted ha dicho.

Randolph levantó la vista tras meterse en el bolsillo del abrigo el poder notarial.

-Bien, eso lo resuelve todo, ¿no? Que tengas un buen viaje, querida mía. -Besó tiernamente a su sobrina en la mejilla.

Otra vez el sueño, pero no podía despertar. Se revolvió en la cama de Daisy y hundió la cara en la almohada de encaje.

-No es más que un sueño -murmuró-. Hay que pararlo.

Pero la momia seguía avanzando hacia él, y sus pies arrastraban las largas tiras de lino desgarrado y polvoriento. Sintió que los dedos se cerraban alrededor de su garganta.

Intentó gritar, pero no pudo. Se ahogaba. El olor de aquella criatura nauseabunda le impedía respirar.

Se dio media vuelta tirando de las sábanas y extendió una mano para protegerse. Entonces sintió que unos dedos le aferraban la muñeca. Cuando abrió los ojos vio el rostro de su padre.

-Oh, Dios -murmuró. Su cabeza volvió a caer sobre la almohada. El sueño volvió a apoderarse de él por un instante, pero con un estremecimiento abrió otra vez los ojos y vio de nuevo a su padre.

-Padre -gruñó-, ¿qué haces aquí?

-Eso debería preguntarte yo a ti. Sal de esa cama y vístete. Tu equipaje está esperándote abajo, en un coche que te llevará al puerto. Te vas a Egipto.

-¡Una mierda! -¿Qué era aquello, otra pesadilla?

Su padre se quitó el sombrero y se sentó en una silla junto a la cama. Cuando Henry cogió un cigarro y cerillas, Randolph se los quitó de un manotazo.

-Maldito... -siseó Henry.

-Ahora escúchame. Tengo otra vez todo controlado, y pienso mantenerlo así. Tu prima Julie y su misterioso amigo egipcio zarpan hacia Alejandría esta tarde, y Elliott y Alex van con ellos. Tú vas a estar también en ese barco, ¿me entiendes? Eres el primo de Julie, y por tanto el único acompañante apropiado. Te encargarás de que todo siga como hasta ahora y de que no suceda nada que eche a perder el matrimonio de Julie con Alex Savarell. Y también de que ese hombre, sea quien sea, no haga ningún daño a la única hija de mi hermano.

-¡Ese hombre! Estás loco si crees que voy a...

-Si no lo haces te desheredaré. -Randolph bajó la voz y acercó el rostro al de su hijo-. Hablo en serio, Henry. Siempre te he dado todo lo que querías, pero, si no me obedeces ahora, te juro que te expulsaré del consejo de Stratford Shipping y te quitaré tu sueldo y todas los beneficios. Ahora te vestirás y subirás a ese barco. Vigilarás a tu prima para que no se escape con ese misterioso egipcio y me mantendrás puntualmente informado de todo lo que ocurra.

Randolph sacó del abrigo un sobre blanco y lo dejó sobre la mesilla. Henry se dio cuenta enseguida de que en su interior había una importante suma de dinero. Su padre se levantó.

-Y no me mandes un cable desde El Cairo diciendo que te has quedado sin dinero. Mantente apartado de las mesas de juego y de las bailarinas del vientre. Esperaré una carta o telegrama dentro de una semana.

Hancock estaba fuera de sí.

-¡Que se ha ido a Egipto! -gritó en el teléfono-. ¡Pero toda la colección sigue en esa casa! ¡Cómo ha podido hacer una cosa así!

Hizo un gesto de impaciencia al empleado que osaba molestarlo y colgó con furia el teléfono.

-Señor, están otra vez aquí los periodistas. Es por lo de la momia.

-Oh, maldita momia. ¡Esa mujer se ha largado y ha dejado el tesoro encerrado en su casa como si fuera una colección de muñecas!

Elliott estaba con Julie y Ramsey apoyado en la alta barandilla mientras Alex se despedía de su madre al pie de la pasarela.

-Te aseguro que no vengo para estar encima de ti como una gallina clueca-dijo Elliott a Julie. Alex volvió a abrazar a su madre y subió por la pasarela con pasos rápidos-. Sólo quiero estar cerca por si me necesitas. Por favor, no te preocupes.

Dios, hablaba en serio. Le dolía ver en el rostro de la joven aquella mirada.

-¿Y Henry? ¿Por qué tiene que venir Henry? No quiero que esté con nosotros.

Henry acababa de subir al barco momentos antes sin una palabra de cortesía hacia nadie, tan pálido y abrumado como el día anterior.

-Sí, lo sé -suspiró Elliott-. Pero, querida, es tu pariente más cercano, y...

-No me presiones, Elliott. Sabes que quiero a Alex.

Siempre lo he querido. Pero casarse conmigo no sería bueno para él. Y nunca he dejado de ser honesta en ese aspecto.

-Lo sé, Julie, créeme. Siempre lo he sabido. Pero tu amigo... -Señaló con la cabeza la figura distante de Ramsés, que observaba las idas y venidas de los marineros con gran excitación-. ¿Cómo no vamos a preocuparnos? ¿Qué quieres que hagamos?

Julie pensó que Elliott era irresistible. Siempre se lo había parecido. Una noche, varios

meses atrás, después de beber demasiado champán y bailar hasta el agotamiento, le había dicho a Elliott que estaba más enamorada de él que de Alex y que, si hubiera estado libre y le hubiera pedido su mano, lo habría aceptado sin dudar. Por supuesto, Alex había pensado que bromeaba. Pero Julie le había dirigido una mirada misteriosa que lo había conquistado por completo. Y ahora estaba viendo en sus ojos un reflejo de aquella misma mirada. ¡Y qué mentiroso era! ¡Cómo podía estar engañando a Julie en aquel momento con tanta tranquilidad!

-De acuerdo, Elliott -asintió ella, y lo besó en la mejilla, cosa que a él le encantaba-. No quiero hacer daño a Alex -susurró.

-Sí, cariño. Lo sé.

La sirena del barco aulló violentamente. Era la última llamada a los pasajeros. Los grupos se habían ido disolviendo y los visitantes bajaban a tierra.

De repente Ramsey llegó junto a ellos a grandes zancadas e hizo girar a Julie casi con violencia, como si no fuera consciente de su fuerza. Ella lo miró inexpresivamente.

-¿No lo sientes, Julie? Son las vibraciones. ¡Tengo que ver esas máquinas!

El rostro de Julie se suavizó al instante, contagiada, al parecer, por el entusiasmo de Ramsey.

-Claro que sí. Elliott, discúlpame. Tengo que llevar a Ram... al señor Ramsey a la sala de máquinas, si es posible.

-Permíteme -dijo Elliott con una sonrisa mientras hacía un gesto a un oficial con inmaculado uniforme blanco que acababa de salir a cubierta.

Alex estaba deshaciendo el equipaje cuando Elliott entró en el pequeño salón al que daban sus camarotes. En el centro había dos grandes baúles abiertos. Walter, el mayordomo, iba y venía, cargado de montones de ropa.

-Bien, esto es muy agradable, ¿no te parece? -comentó Elliott, examinando el pequeño sofá y las sillas. No habían tenido mucho tiempo para conseguir unos camarotes adecuados, pero finalmente Edith había intervenido y se había encargado de todo.

-Pareces cansado, padre. Déjame que te pida un té.

El duque se dejó caer en el pequeño sofá. Té: no sonaba mal. ¿Pero qué era aquel perfume? No había flores en la habitación. Sólo una botella de champán en una reluciente hiciera, y las copas en una bandeja de plata.

Entonces lo recordó: el dondiego que se había guardado en el bolsillo. Todavía exhalaba una suave fragancia.

-Sí, estaría bien un té, Alex. Pero no hay prisa -murmuró. Metió la mano en el bolsillo y encontró la florcilla. Aspiró de nuevo su olor.

Era un perfume muy agradable. Entonces pensó en aquel invernadero, rebosante de flores y vegetación. Miró el dondiego. La flor se abrió lentamente ante sus ojos, y sus hojas arrugadas volvieron a recuperar todo su frescor. En pocos segundos volvió a parecer una flor recién cortada.

Alex estaba hablando, pero Elliott no lo oyó. No podía dejar de mirar estúpidamente la flor. Volvió a estrujarla con fuerza en la palma de la mano.

Levantó la vista y vio que Alex colgaba el teléfono.

-Lo traerán dentro de cinco minutos -dijo Alex-. ¿Qué sucede, padre? Estás pálido como un...

-Nada. No es nada. Quiero descansar un poco. Llámame cuando llegue el té.

Se levantó, con la flor todavía apretada en el puño.

Después de cerrar la puerta de su camarote, se apoyó contra ella y sintió que el sudor le chorreaba por la espalda. Abrió la mano, y de nuevo vio cómo aquella pequeñez arrugada y rota se convertía en una flor perfecta. Sus pétalos azules y blancos volvieron a abrirse ante

sus ojos.

Se quedó mirándola durante lo que le pareció una eternidad. El pequeño tallo verde se curvó levemente. Entonces se dio cuenta de que estaba mirándose en el espejo. El canoso y medio tullido duque de Rutherford, todavía atractivo a los cincuenta y cinco años, pero que desfallecía de dolor a cada paso que daba. Dejó caer el bastón al suelo, y se llevó la mano izquierda a los cabellos grises.

Oyó que Alex lo llamaba: el té ya había llegado. Sacó la cartera con cuidado, arrugó la flor y la introdujo en uno de sus pliegues. Entonces se inclinó muy despacio y recogió el bastón.

Como a través de una neblina, miró a su hijo, que le estaba sirviendo una taza de té.

-¿Sabes, padre? -dijo Alex-. Estoy empezando a pensar que, después de todo, las cosas van a ir bien. He echado un buen vistazo a ese Ramsey. Reconozco que es muy atractivo, pero es demasiado viejo para ella, ¿no crees?

Era maravilloso, aquel inmenso palacio flotante de hierro, con pequeños comercios, una gran sala de banquetes y una pista de baile en la que tocarían los músicos.

¡Y sus aposentos...! Cuando era rey nunca había tenido unos aposentos tan lujosos en un barco. Se estaba riendo como un niño mientras los sirvientes acababan de sacar de sus maletas las ropas de Lawrence Stratford.

Samir cerró la puerta cuando éstos se fueron, se volvió y sacó un grueso fajo de billetes del abrigo.

-Esto cubrirá tus necesidades durante un tiempo, mi señor. Pero no debes mostrarlo a nadie todo junto.

-Sí, mi leal Samir. Aprendí que había que seguir esa norma de niño, cuando me escapaba del palacio. -Volvió a reír con alegría, sin poder evitarlo. En el barco había incluso una biblioteca y un pequeño cine. Sin contar con todas las maravillas que había bajo la cubierta. Y los amables y elegantes miembros de la tripulación le habían dicho que podía ir y venir a sus anchas.

-La moneda valía mucho más, mi señor, pero no estaba en condiciones de regatear.

-Como dicen en este tiempo, Samir, no le des más vueltas. Y tenías razón con respecto a lord Rutherford: cree la historia. De hecho, creo que lo sabe.

-Pero es Henry Stratford el que representa un peligro. ¿No sería justa una caída por la borda en alta mar?

-No es buena idea. Destruiría la paz de conciencia de Julie. Cuanto más aprendo sobre este tiempo, más comprendo sus complejidades, su desarrollado concepto de justicia. Son como los romanos, pero son algo más. No perderemos de vista la evolución de Henry Stratford. Si su presencia llega a perturbar en exceso a Julie, quizá su muerte sea el mejor de los dos males. Y no tienes que preocuparte por nada. Lo haré solo.

-Sí, mi señor. Pero, si por algún motivo no quieres realizar esa tarea, me sentiré honrado de poder matar a ese hombre yo mismo.

Ramsés se echó a reír suavemente. Le gustaba aquel hombre. Era perspicaz, pero honesto; paciente, y a la vez dotado de una aguda inteligencia.

-Quizá debamos matarlo juntos, Samir -repuso-. En cualquier caso, me muero de hambre. ¿Cuándo vamos a tomar esa maravillosa comida en el gran comedor con manteles rosados y palmeras?

-Muy pronto, mi señor, y por favor... ten cuidado.

-Samir, no te preocupes -dijo Ramsés, tomándole la mano-. Ya he recibido instrucciones de la reina Julie. Sólo debo tomar un plato de pescado, uno de aves y otro de carne, y no todos a la vez.

Ahora fue Samir el que rió calladamente.

-¿Todavía te sientes infeliz? -preguntó Ramsés.

-No, mi señor. Soy muy feliz. No te dejes engañar por mi expresión sombría. Ya he visto más en mi vida de lo que nunca hubiera soñado ver. Cuando Henry Stratford haya muerto, no desearé nada más.

Ramsés asintió. Sabía que su secreto estaba a salvo para siempre con aquel hombre, aunque no podía comprender del todo su mezcla de sabiduría y resignación. Nunca la había comprendido cuando era mortal. Ni tampoco la comprendía ahora.

11



Era un suntuoso comedor de primera clase, atestado de caballeros con esmoquin y damas en traje de noche. Cuando Julie se aproximó a la mesa, Alex se levantó para acercarle la silla. Henry y Elliott, que ya estaban sentados enfrente, también se levantaron y, aunque Julie saludó con una leve inclinación de cabeza a Elliott, fue incapaz de mirar a su primo.

Se volvió hacia Alex y puso la mano sobre la de él. Por desgracia, no pudo evitar oír a Henry decirle a Elliott al oído que Alex era un estúpido por no haber sido capaz de evitar que Julie emprendiera aquel estúpido viaje.

Alex, que miraba fijamente su plato, parecía perdido. ¿Era el momento apropiado para decirle la verdad? Julie pensó que debía ser honesta con él desde el principio, o no haría más que empeorar su situación.

-Alex -dijo en voz baja-, es posible que me quede en Egipto. No sé cuáles van a ser mis planes. ¿Sabes? A veces pienso que necesitas a alguien tan bueno como tú.

A él no le sorprendieron sus palabras. Pensó apenas un momento antes de responder.

-¿Pero cómo podría desear a alguien mejor que tú? Te seguiré a las selvas del Sudán si es ahí adonde quieres ir.

-No sabes lo que estás diciendo.

Él se acercó más a ella y su voz se convirtió en un íntimo susurro.

-Te amo, Julie. Lo demás no me importa. Eres más importante para mí que todo lo que tengo. Julie, pienso luchar por ti si es necesario.

¿Qué podía decirle que no le hiciera daño? Levantó la vista y vio aproximarse a Samir y a Ramsés.

Por un momento se quedó sin habla. Ramsés era como una visión, vestido con una blanquísima camisa y el elegante esmoquin de su padre. Cuando se sentó, sus movimientos parecieron más graciosos y elegantes que los de los ingleses que había en la sala. Resplandecía de vigor y alegría. Su sonrisa era como una luz cegadora.

Entonces sucedió algo. Miró los hombros desnudos de Julie, el sugestivo escote de su vestido, y sobre todo la ligera sombra que se formaba en el nacimiento de sus pechos. Alex miró a Ramsés con gesto de ultraje contenido. Samir, que se sentó a la izquierda del duque, estaba claramente alarmado.

Julie supo que tenía que hacer algo. Sin dejar de mirarla como si jamás hubiera visto una mujer, Ramsés ocupó la silla libre a la izquierda de Julie.

Con rapidez, Julie le abrió la servilleta.

-Aquí -susurró-. Póntela en la solapa. Y deja de mirarme. Es un vestido de fiesta, no tiene nada de especial. -Entonces se volvió hacia Samir-. Samir, me alegro mucho de que hayas podido emprender este viaje con nosotros.

-Sí -se apresuró a intervenir Elliott, para llenar el silencio-. Aquí estamos todos cenando juntos, como yo había planeado. ¿No es maravilloso? Al final parece que me he salido con la mía.

-Creo que sí -repuso Julie riendo de buena gana. Sintió alivio al pensar que Elliott estaba allí. Él suavizaría los momentos de tensión uno tras otro, como era su costumbre. De hecho, posiblemente no podía evitar hacerlo. Era aquel encanto exuberante lo que lo

convertía en un personaje tan solicitado en actos sociales.

Julie no se atrevía a mirar a Henry, pero podía ver que estaba terriblemente incómodo. Ya estaba bebiendo. Tenía la copa medio llena.

Los camareros llevaron el jerez y la sopa. Ramsés ya había cogido un gran trozo de pan y lo había engullido de un bocado.

-Y dígame, señor Ramsey -continuó Elliott-, ¿qué le ha parecido Londres? No ha estado con nosotros mucho tiempo.

¿Por qué diablos sonreía Ramsés?

-Me ha parecido un lugar extraordinario -contestó lleno de entusiasmo-. Una curiosa mezcla de incalculables riquezas e inexplicable pobreza. No comprendo cómo tantas máquinas pueden producir tanto en beneficio de tan pocos...

-Señor mío, está usted cuestionando la revolución industrial -dijo Alex con una risita nerviosa, lo que en él era un síntoma de inquietud-. No me diga que es usted marxista. Es raro encontrar radicales en nuestros..., nuestros círculos.

-¿Qué es un marxista? Yo soy egipcio -replicó Ramsés.

-Por supuesto, señor Ramsey -dijo Elliott suavemente-. Y no es ningún marxista. ¡Qué ridículo! ¿Conoció a nuestro Lawrence en El Cairo?

-Nuestro Lawrence. Apenas tuve tiempo de conocerlo.

Ramsés estaba mirando a Henry. Julie tomó rápidamente la cuchara sopera y, dando un leve codazo a Ramsés, le mostró cómo se utilizaba. Él ni siquiera la miró. Cogió un trozo de pan, lo mojó en la sopa y se lo llevó a la boca sin dejar de mirar con fijeza a Henry.

-La muerte de Lawrence fue una terrible impresión para mí, y estoy seguro de que lo fue para todos -continuó mientras sumergía en la sopa otro enorme trozo de pan-. ¿Un marxista es una especie de filósofo? Recuerdo a un tal Karl Marx. Leí algo sobre él en la biblioteca de Lawrence. Me pareció un necio.

Henry no había tocado la sopa. Dio otro largo sorbo a su whisky e hizo una seña al camarero.

-No tiene importancia -murmuró Julie.

-Sí. La muerte de Lawrence fue una impresión terrible -coincidió Elliott-. Hubiera vivido al menos otros diez años. Quizá veinte.

Ramsés seguía mojando grandes pedazos de pan en la sopa, y Henry lo miraba ahora con apenas disimulado horror, evitando con cuidado sus ojos. Todo el mundo miraba con mayor o menor discreción a Ramsés, que acabó de rebañar el plato vacío con un último trozo de pan. A continuación vació la copa de jerez de un trago, se limpió los labios con la servilleta y se arrellanó en la silla.

-Más comida -susurró-. ¿Van a traer más?

-Sí, pero debes tener paciencia -musitó Julie.

-¿Era usted buen amigo de Lawrence? -preguntó Ramsés a Elliott.

-Desde luego -contestó Elliott.

-Bueno, si estuviera aquí, no pararía de hablar de su adorada momia -dijo Alex con la misma risa nerviosa-. Por cierto, ¿por qué te has empeñado en hacer este viaje, Julie? ¿Por qué volver a Egipto cuando la momia está en Londres esperando la investigación? La verdad es que no entiendo...

-La colección ha planteado varias cuestiones que hay que investigar. Queremos ir a Alejandría, y después posiblemente a El Cairo...

-Sí, por supuesto -la interrumpió Elliott. Estaba vigilando la reacción de Ramsés ante la pequeña porción de pescado bañada en una delicada salsa que acababan de servir-. ¿Se trata de Cleopatra? El misterioso Ramsés el Grande pretendía haberla amado y perdido. Eso ocurrió en Alejandría, ¿no es así?

Había tomado por sorpresa a Julie. Y también a Ramsés, que dejó sobre la mesa el

pedazo de pan que tenía en la mano y miró al duque con rostro inexpresivo. Entonces aparecieron en sus mejillas aquellas leves sombras de color.

-Bueno, sí, por un lado está esa cuestión -respondió Julie haciendo un esfuerzo-. Y después iremos a Luxor y Abu Simbel. Espero que estéis en forma para un viaje pesado. Pero, desde luego, si no queréis acompañarnos...

-Abu Simbel -intervino Alex-. ¿No están ahí las estatuas gigantes de Ramsés II?

Ramsés tomó la mitad del pescado con los dedos y la engulló sin dificultad. A continuación hizo lo mismo con la segunda. Una curiosa sonrisa apareció en los labios de Elliott, pero Ramsés no lo vio. Estaba mirando a Henry fijamente. Julie creyó que en cualquier momento iba a empezar a gritar.

-En realidad hay estatuas de Ramsés el Grande por todo

Egipto -comentó Elliott, sin dejar de observar cómo Ramsés limpiaba el resto de la salsa con pan-. Ramsés dejó más monumentos de su persona que ningún otro faraón.

-¡Ah, es ése! -exclamó Alex-. El egomaníaco de la historia egipcia. Ahora recuerdo que lo estudié en el colegio.

-¡Egomaníaco! -repitió Ramsés con una extraña sonrisa-. ¡Más pan! -indicó al camarero. Entonces volvió a dirigirse a Alex-. ¿Qué es un egomaníaco, por favor?

-Aspirina, marxismo, egomanía -murmuró Elliott-. ¿Son nuevas para usted todas esas ideas, señor Ramsey?

Henry estaba poniéndose histérico. Ya había vaciado su segunda copa de whisky y parecía pegado al respaldo de la silla. No dejaba de mirar las manos de Ramsés.

-¿No lo sabe? -respondió Alex alegremente-. Aquel tipo era un fanfarrón. Se construyó monumentos por todos lados. Siempre estaba jactándose de sus victorias, sus mujeres y sus hijos. Así que ésa es la momia, y yo no me había dado cuenta hasta ahora.

-¿Pero de qué estás hablando, Alex? -dijo Julie de repente.

-¿Es que ha habido otro rey egipcio en la historia que ganara tantas batallas, complaciera a tantas mujeres y criara a tantos hijos? -intervino Ramsés acaloradamente-. Y supongo que comprenderá que, al construir tantos monumentos, el faraón estaba dando al pueblo lo que quería.

-¡Esa teoría sí que es original! -comentó Alex en tono sarcástico, dejando el cuchillo y el tenedor sobre la mesa-. No intentará convencerme de que los esclavos querían morir al sol bajo los latigazos para edificar todos aquellos templos y estatuas.

-¿Esclavos muertos a latigazos? -preguntó Ramsés-. ¡Qué está diciendo! ¡No ocurrió nada parecido! -Se volvió hacia Julie.

-Alex, ésa no es más que una teoría sobre cómo se construyeron los monumentos -explicó ella-. Nadie sabe en realidad...

-Yo lo sé -aseguró Ramsés.

-Cada uno tiene su teoría -siguió Julie elevando la voz ligeramente mientras lanzaba una mirada furiosa a Ramsés.

-Bueno, por el amor de Dios -se obcecó Alex-. Ese tipo construyó estatuas con su efigie de un extremo a otro de

Egipto. No intentará convencerme de que esa gente no hubiera sido más feliz cultivando sus jardines...

-Joven, es usted muy extraño -replicó Ramsés-. ¿Qué sabe del pueblo egipcio? Esclavos. Está hablando de esclavos cuando sus suburbios están repletos de niños hambrientos. El pueblo quería los monumentos. Se enorgullecía de sus templos. Cuando el Nilo inundaba sus riberas no se podía trabajar en los campos, y entonces los monumentos se convertían en la pasión de la nación. El trabajo no era forzoso. No era necesario obligar a nadie. El faraón era como un dios, y tenía que hacer lo que su pueblo esperaba de él.

-Supongo que nos lo está pintando demasiado bonito -intervino Elliott, pero estaba

completamente fascinado.

Henry estaba blanco como el papel. Ya no se movía. El nuevo vaso de whisky que le habían servido estaba intacto.

-En absoluto -contestó Ramsés tajantemente-. El pueblo egipcio estaba orgulloso de Ramsés el Grande. Derrotó a sus enemigos; conquistó a los hititas; mantuvo la paz en el Alto y Bajo Egipto durante sesenta y cuatro años de reinado. ¿Qué otro faraón dio tanta paz a la tierra del gran río? Y sabe usted lo que sucedió después, ¿verdad?

-Reginald -susurró Julie-, ¿crees que es realmente importante?

-Por lo visto le interesa al amigo de tu padre -contestó Elliott-. Yo sospecho que los reyes de Egipto eran unos tiranos. Pienso que azotaban a sus esclavos hasta la muerte si no trabajaban en esos absurdos monumentos. Las pirámides, por ejemplo...

-Usted no es tan ingenuo, lord Rutherford -lo interrumpió Ramsés-. Está usted... ¿cómo se dice? Tirándome de la lengua. ¿Azotaban a los ingleses cuando construyeron ustedes su catedral de San Pablo? ¿Es que la Torre de Londres es obra de esclavos?

-Nadie sabe esas respuestas -habló Samir con voz débil-. Quizá deberíamos intentar...

-Hay mucho de verdad en lo que dice -intervino Elliott, haciendo caso omiso de Samir-. Pero, con respecto al gran Ramsés, debe usted admitir que fue un monarca especialmente inmodesto. La estela en que se jacta de sus victorias es irrisoria.

-Señor, realmente... -intentó decir Samir.

-No lo es en absoluto -replicó Ramsés-. Era el estilo de los tiempos, la forma en que el pueblo quería que el rey se representara. ¿No lo comprende? El rey era el pueblo. Para que el pueblo fuera grande, su rey tenía que serlo. El rey era el esclavo del pueblo en lo relativo a sus deseos, sus necesidades, su bienestar.

-¡No irá ahora a decirnos que ese tipo era un mártir! -se mofó Alex. Julie nunca lo había visto tan agresivo.

-Quizás a una mente moderna le resulta imposible comprender a una mente antigua con facilidad -concedió Elliott-. Me pregunto si también sucedería lo contrario. Si un hombre de la antigüedad que volviera a la vida en nuestro tiempo sería capaz de comprender nuestros valores.

-No es tan difícil comprenderlos -repuso Ramsés-. Ustedes han aprendido a expresarse demasiado bien como para que quede algo velado o misterioso. Sus periódicos y libros lo cuentan todo. Y sin embargo no son tan diferentes de sus antepasados. Quieren amor, comodidad; quieren justicia. Eso mismo querían los campesinos egipcios cuando salían a labrar sus campos. Eso es lo que quieren los trabajadores de Londres. Y, como siempre, los ricos temen perder lo que poseen. Y la codicia provoca grandes crímenes, como ha ocurrido siempre.

Clavó los ojos implacablemente en Henry, que ahora lo miraba espantado. Julie lanzó una mirada de desesperación a Samir.

-¡Vaya, habla usted de este siglo como si no fuera el suyo! -comentó Alex.

-Entonces lo que usted nos dice -intervino Elliott- es que no somos ni mejores ni peores que los antiguos egipcios.

Henry cogió su vaso de whisky y lo vació de un trago. Entonces tomó la copa de vino e hizo lo mismo. Tenía el rostro húmedo de sudor y el labio inferior le temblaba visiblemente. Parecía que estuviera a punto de darle un ataque.

-No, no quería decir eso. Son ustedes mejores -reflexionó Ramsés-. Son mejores en mil aspectos, pero siguen siendo humanos. Todavía no han encontrado todas las respuestas. La electricidad, el teléfono, todo eso es una magia maravillosa. Pero los pobres siguen pasando hambre. Los hombres matan por lo que no son capaces de conseguir trabajando. Cómo compartir la magia, las riquezas, los secretos: ése sigue siendo el problema.

-Ah, ya está otra vez. ¿No lo dije? Marxismo -declaró Alex-. Bueno, pues en Oxford

nos dijeron que Ramsés II era un maldito tirano.

-Tranquilízate, Alex -le ordenó Elliott secamente. Se volvió a Ramsés-. ¿Por qué le preocupa tanto la cuestión del poder y la codicia?

-¿Oxford? ¿Qué es Oxford? -preguntó Ramsés mirando a Alex. Entonces miró de nuevo a Henry, y éste echó la silla bruscamente hacia atrás. Se agarró a la mesa para mantener el equilibrio. Mientras tanto los camareros retiraron el pescado y sirvieron el segundo plato. Alguien volvió a llenar el vaso de Henry, que lo vació de inmediato.

-Vas a dar una escena -le advirtió Elliott entre dientes.

-Espere un momento. ¿No ha oído hablar nunca de Oxford? -se asombró Alex.

-No. ¿Qué es? -inquirió Ramsés.

-Oxford, egomanía, aspirina, marxismo-dijo Elliott-. Tiene usted la cabeza en las nubes, señor Ramsey.

-Sí, como la de una estatua gigante. -Ramsés sonrió.

-Pero sigue siendo un marxista -insistió Alex.

-¡Alex, el señor Ramsey no es marxista! -exclamó Julie, incapaz de contener su indignación por más tiempo-. Y, si no recuerdo mal, tu afición favorita en Oxford eran los deportes, ¿no es así? El remo y el rugby. Jamás has estudiado nada sobre historia egipcia o marxismo, ¿me equivoco?

-No, cariño. No sé nada sobre el antiguo Egipto -reconoció Alex, algo molesto-. Pero recuerdo ese poema de Shelley sobre Ramsés el Grande. Lo conoce, ¿verdad? Veamos, algún maldito profesor me hizo aprenderlo de memoria. ..

-Quizá debamos volver a la cuestión del viaje -intervino Samir-. En Luxor hará mucho calor. Quizá prefieran quedarse en...

-Sí, y también a las razones del viaje -lo interrumpió Elliott-. ¿Están investigando las afirmaciones de «la momia»?

-¿Qué afirmaciones?-preguntó Julie débilmente-. No sé a qué te refieres en concreto...

-Lo sabes. Tú misma me lo dijiste -respondió Elliott-. Y, además está el diario de tu padre, que leí como me pediste. La momia dice ser inmortal, haber vivido mil años y haber amado a Cleopatra.

Ramsés bajó la vista al plato. Rompió con limpieza un muslo del pollo y devoró la mitad en dos delicados bocados.

-El museo todavía tiene que examinar esos textos

-declaró Samir-. Es demasiado pronto para sacar conclusiones.

-¿Y está el museo de acuerdo con que hayas dejado la colección encerrada en Mayfair? -interrogó Elliott.

-Con franqueza -volvió a hablar Alex-, a mí todo esto me parece absurdo, romanticismo barato. Un hombre inmortal que vive mil años y se enamora trágicamente de Cleopatra. ¡De Cleopatra!

-Perdone -repuso Ramsés. Acabó de devorar el resto del pollo y se volvió a limpiar los dedos-. Deduzco que en su Oxford también le dijeron cosas desagradables de Cleopatra.

Alex rompió a reír con ganas.

-No hay que ir a Oxford para oírlas. Todo el mundo sabe que fue la zorra del mundo antiguo, una mujer derrochadora, caprichosa y neurasténica.

-¡Alex, no quiero oír más esa historia infantil! -lo reprendió Julie.

-Tiene usted muchas opiniones, joven -contestó Ramsés con una sonrisa gélida-. ¿Qué le apasiona actualmente? ¿Qué le interesa más?

Se hizo el silencio. Julie no pudo evitar darse cuenta de la curiosa expresión de Elliott.

-Bueno -insistió Alex-, si usted fuera inmortal, un gran rey inmortal, ¿se habría enamorado de una mujer como Cleopatra?

-Responde a su pregunta, Alex -dijo Julie-. ¿Cuál es tu pasión? No es la historia, ni la

arqueología, ni la política. ¿En qué piensas cuando te despiertas por las mañanas?

•-Podía sentir cómo se le encendía el rostro.

-Sí. Me habría enamorado de Cleopatra -afirmó Ramsés-. Habría podido enamorar a un dios. Lea entre líneas a su Plutarco. Ahí está la verdad.

-¿Y cuál es la verdad? -preguntó Elliott.

-Que tenía una mente brillante, y unas dotes excepcionales para las lenguas y para el gobierno. Los hombres más grandes de su tiempo la cortejaron. Era una reina en todos los sentidos de la palabra. ¿Por qué piensa que Shakespeare escribió sobre ella? ¿Por qué todos sus colegiales conocen su nombre?

-Oh, vamos, no irá a hablarnos ahora de la inspiración divina -replicó Alex-. Le queda mucho mejor hablar de teorías marxistas.

-¿Cuáles son esas teorías exactamente?

-Alex -declaró Julie, exasperada-, no reconocerías a un marxista aunque lo tuvieras delante de las narices.

-Señor -dijo Samir a Alex-, debe usted comprender que los egipcios nos tomamos nuestra historia muy en serio. Cleopatra fue desde todos los puntos de vista una reina extraordinaria.

-Bien dicho -afirmó Ramsés-. Y una nueva Cleopatra podría liberar a Egipto del dominio británico. Le aseguro que les mandaría a sus soldados de vuelta a casa.

-Ah, ¿veis? Es un revolucionario. ¿Y qué hay del canal de Suez? Supongo que diría, «no, gracias». Porque supongo que sabrá usted lo que es el canal de Suez. Bien, pues fue el dinero inglés el que consiguió ese pequeño milagro, amigo mío, espero que lo comprenda.

-Ah, sí. Esa zanja que han excavado ustedes desde el Mar Rojo al Mediterráneo. ¿También azotaban allí a los esclavos que la construyeron? Por favor, dígamelo.

-Tocado, amigo mío, tocado. La verdad es que no tengo la menor idea. -Alex dejó los cubiertos y se repantigó en la silla mientras dirigía una sonrisa a Henry-. Ha sido una cena agotadora.

Henry lo miró con la misma expresión vidriosa con la que miraba a todo el mundo.

-Dígame, señor Ramsey -pidió Elliott-, su opinión personal. ¿Es esa momia en verdad Ramsés el Grande? ¿Un hombre inmortal que vivió hasta el tiempo de Cleopatra?

Alex se echó a reír suavemente. Volvió a mirar a Henry, y al parecer esta vez su aspecto lo asustó. Estaba a punto de decir algo cuando Ramsés volvió a hablar.

-¿Y *usted* qué piensa, lord Rutherford? -preguntó-. Ha leído las notas de su amigo Lawrence. ¿Hay un hombre inmortal en el sarcófago que hemos dejado en casa de Julie?

Elliott sonrió.

-No, no lo hay -contestó.

Julie tenía los ojos clavados en el plato. Levantó la vista lentamente hacia Samir.

-¡Pues claro que no! -aseguró Alex-. Y ya era hora de que alguien lo dijera. Cuando se lo lleven al museo y lo abran, descubrirán que era un escriba con exceso de imaginación.

-Perdonadme -dijo Julie-, pero estoy cansada de todo esto. Muy pronto estaremos en Egipto, entre momias y monumentos. ¿Es necesario continuar con esta conversación?

-Lo siento, cariño -se disculpó Elliott mientras pinchaba con el tenedor una pequeña miga de pollo-. He disfrutado enormemente con su conversación, señor Ramsey. Su perspectiva del Egipto antiguo me parece apasionante.

-¿Sí? En cambio a mí es la era moderna lo que me fascina ahora, lord Rutherford. Los ingleses como usted me intrigan. Me ha dicho que era usted amigo íntimo de Lawrence, ¿no es verdad?

Julie vio el cambio en Henry antes de darse cuenta de que Ramsés estaba mirándolo de nuevo. Henry se agitó en la silla, cogió el vaso que tenía delante, se dio cuenta de que estaba vacío y lo observó como si no supiera qué hacer con él. Entonces contempló con el

mismo desconcierto al camarero, quien lo retiró y le puso otro lleno delante.

Si Elliott se estaba dando cuenta de algo, no lo exteriorizó.

-Lawrence y yo teníamos nuestras diferencias -respondió-, pero sí, éramos muy buenos amigos. Y coincidíamos en una cosa: los dos queríamos ver felizmente casados a nuestros hijos.

Julie no salía de su asombro.

-Elliott, por favor...

-Pero no creo que sea éste el momento de discutir ese tema -añadió Elliott con rapidez-. Hay otras cosas de las que me gustaría hablar con usted. De dónde viene, quién es usted realmente. Las mismas preguntas que me hago yo cuando me miro a un espejo.

Ramsés se echó a reír, pero Julie se dio cuenta de que estaba enfadado.

-Es probable que mis respuestas le parezcan breves y decepcionantes. En cuanto al matrimonio de Julie con su hijo, Lawrence consideraba que era asunto de Julie. Espere un momento, ¿cómo lo dijo? -De nuevo sus ojos se clavaron en Henry-. El inglés es un idioma bastante nuevo para mí, pero tengo una memoria excepcional. Ah, sí. «El matrimonio de Julie puede esperar para siempre.» Mi querido Henry, ¿no fueron ésas sus palabras?

Los labios de Henry se movieron en silencio, pero de ellos sólo salió un leve gruñido. Alex estaba muy rojo, herido, y miraba a Ramsés. Había que cortar aquella conversación, pensó Julie, ¿pero cómo?

-Bien, parece haber sido usted muy buen amigo de Lawrence -dijo Alex casi con tristeza-. Quizá más de lo que todos pensábamos. ¿Hay alguna otra cosa que le hiciera saber antes de morir?

¡Pobre, pobre Alex! Pero las palabras de Ramsés iban dirigidas a Henry, y en cualquier momento todo iba a explotar.

-Sí -contestó Ramsés. Julie le cogió la mano y la apretó, pero él no pareció notarlo-. Sí, que pensaba que su sobrino era un canalla. -Una vez más clavó los ojos en Henry-. ¿Me equivoco? «Canalla.» ¿No fue ésa la última palabra que pronunció?

Henry se levantó de la silla, que cayó al suelo con un golpe sordo. Miró a Ramsés con la boca abierta, dejando escapar un sonido quejumbroso.

-¡Dios santo! -exclamó Alex-. Señor Ramsey, creo que está yendo demasiado lejos.

-¿Cree usted? -preguntó Ramsés sin dejar de mirar a Henry.

-Henry, estás borracho -dijo Alex-. Debería acompañarte a tu camarote.

-Por favor, basta ya -murmuró Julie. Elliott los miraba a los dos. Ni siquiera había levantado la vista para mirar a Henry, que se dio media vuelta y salió del comedor con pasos vacilantes.

Alex miraba fijamente su plato con el rostro enrojecido.

-Señor Ramsey, creo que hay algo que debe comprender -dijo Alex.

-¿De qué se trata, joven?

-El padre de Julie era a veces excesivamente franco con los que amaba. -Entonces pareció reparar en algo-. Pero... usted no estaba presente cuando murió, ¿no es así? Creí que Henry estaba con él, solo.

Elliott seguía en silencio.

-Dios, este viaje va a ser muy interesante -murmuró Alex con poca convicción-. Debo confesar...

-¡Va a ser un desastre! -lo interrumpió Julie. No podía soportarlo más-. Ahora escuchadme todos. No quiero que se hable más de matrimonio, ni de la muerte de mi padre. Ya estoy harta de las dos cosas. -Se puso de pie-. Debéis perdonarme, pero me retiro. Estaré en mi camarote si me necesitáis. -Entonces miró a Ramsés-. Pero no quiero que se hable más de estas cosas, ¿está claro?

Cogió su pequeño bolso y atravesó lentamente el comedor, sin preocuparse de los que la

miraban.

-Oh, esto es terrible -oyó a Alex decir tras ella. Al momento apareció a su lado-. ¡Lo siento mucho, cariño, de verdad! Se nos ha ido la conversación de las manos.

-Me voy a mi habitación, ya te lo he dicho. -Julie apretó el paso.

«Es una pesadilla. Ahora despertarás, otra vez en Londres, a salvo, y nada de esto habrá ocurrido. Hiciste lo que tenías que hacer. Esa criatura es un monstruo y debe ser destruida. »

Estaba apoyado en la barra del bar, esperando el whisky que había pedido. Entonces levantó la vista y lo vio. Aquella cosa, aquel ser inhumano, estaba de pie en la puerta.

-Qué me importa -gruñó Henry entre dientes. Se dio media vuelta y salió a cubierta. Sintió un portazo a sus espaldas: la cosa iba tras él. Miró atrás y casi tropezó en los escalones de metal. La criatura estaba a pocos metros de él, y aquellos ojos azules y helados lo miraban con fijeza. Subió la escalerilla apresuradamente y siguió corriendo contra el viento por la desierta cubierta.

¿Adonde iba? No podía huir de aquel ser. Abrió otra puerta que daba a un estrecho pasillo. No veía bien los números de las pulidas puertas de madera. Miró atrás. Aquel hombre lo seguía por el pasillo.

-Maldito seas -masculló entrecortadamente. Volvió a salir a cubierta, y esta vez el viento estaba tan húmedo que parecía lluvia. No veía hacia dónde se dirigía. Se aferró a la barandilla y por un instante miró el agua negra e hirviente.

«¡No! Apártate de la borda.» Echó a correr hacia otra puerta y la cruzó. Sentía la vibración justo a sus espaldas y oyó con claridad la respiración de la cosa. La pistola. ¡Dónde diablos tenía la pistola!

Mientras se daba la vuelta, buscó el arma en el bolsillo. ¡Dios santo, lo había alcanzado! Sintió que una mano grande y cálida se cerraba sobre la suya y que le arrebataba la pistola.

Con un gemido se dejó caer contra la pared, pero la criatura lo sujetaba por las solapas y lo miraba a los ojos. Una luz extraña entraba a rachas por el ojo de buey de la puerta e iluminaba el rostro de aquel monstruo irregularmente.

-Es una pistola, ¿me equivoco? -le dijo la momia-. He leído lo que es, aunque quizá debería haber leído sobre Oxford, la egomanía, el marxismo y la aspirina. Dispara un pequeño proyectil de metal a gran velocidad, impulsado por una explosión en el interior del proyectil. Muy interesante, pero completamente inútil contra mí. Y, si la hubieras disparado, la gente vendría y querría saber por qué lo habías hecho.

-¡Sé quién eres! Sé de dónde vienes.

-Muy bien. Entonces te das cuenta de que sé lo que eres. Y lo que has hecho. Y que no me importaría en absoluto arrastrarte a la sala de máquinas de este magnífico barco y arrojarte a los fogones.

Henry temblaba con violencia. Luchaba con todas sus fuerzas, pero no podía liberarse de aquella mano que ahora le aferraba el hombro haciendo crujir suavemente los huesos.

-Escúchame, estúpido. -La cosa se acercó más, hasta que Henry sintió su aliento en la cara-. Intenta hacer daño a Julie y haré lo que te he dicho. Hazla llorar, y te mataré. Hazle *fruncir el entrecejo y* te mataré. Sólo estás vivo gracias a la conciencia de Julie, nada más. Recuerda lo que te he dicho.

La mano lo soltó, y Henry se dejó caer al suelo. Los dientes le rechinaban, y cerró los ojos al sentir algo caliente y pegajoso en los pantalones y oler sus propias heces.

La cosa seguía allí, entre las sombras, y estaba examinando la pistola a la tenue luz del ojo de buey. Entonces se guardó la pistola en el bolsillo y salió.

Henry sintió una oleada de náuseas. La oscuridad cayó sobre él.

Cuando despertó estaba acurrucado en un rincón del pasillo. Nadie lo había visto.

Tembloroso y mareado, se puso en pie y consiguió volver a su camarote. Tras cerrar la puerta, se inclinó sobre el pequeño lavabo y vomitó.

Julie estaba llorando cuando entró Ramsés. Había enviado a Rita a cenar con los demás sirvientes. El ni siquiera llamó a la puerta; la abrió y se deslizó en el camarote. Julie no lo miró. Se apretó el pañuelo contra los ojos, pero el llanto no cesaba.

-Lo siento, mi reina, mi dulce reina. Créeme, lo siento.

Cuando levantó la vista, Julie vio la tristeza en el rostro de Ramsés. Parecía desolado, y la luz que brillaba sobre su cabeza iluminaba su pelo con reflejos dorados.

-Déjalo por ahora, Ramsés -dijo ella con desesperación-. No puedo soportar saber que lo hizo. Déjalo estar, te lo pido. Sólo quiero que estemos los dos juntos en Egipto.

Él se sentó en el taburete que había junto a la cama, se inclinó sobre ella y la besó. Julie sintió que se fundía completamente con él, y se dejó envolver por aquel abrazo, se dejó inundar por aquel intenso calor. Le besó el rostro, las mejillas y los ojos cerrados. Sintió que las grandes manos de Ramsés la tomaban por los hombros desnudos y comprendió que estaba bajándole los tirantes del vestido y descubriendo sus pechos.

Se apartó, avergonzada. Ella lo había provocado, y no había querido hacerlo.

-No quiero que suceda -murmuró ella, y las lágrimas volvieron a brotar en sus ojos.

Sin mirarlo, volvió a subirse los tirantes de satén. Cuando al fin se encontraron sus ojos, sólo vio paciencia, y aquella leve sonrisa llena de tristeza.

El extendió una mano hacia ella, y el cuerpo de Julie se tensó. Pero él simplemente le tomó la mano y se la besó.

-Ven fuera conmigo -pidió con voz grave y acariciante, y le besó el hombro con ternura-. El aire es fresco, y están tocando música en la gran sala. ¿Podemos bailar juntos con la música? Ah, este palacio flotante es el paraíso. Ven conmigo, mi reina.

-Pero, Alex... -objetó ella-. Si Alex...

Él le besó la garganta. Y de nuevo la mano. Entonces le dio la vuelta a la mano y le besó la palma. Julie volvió a sentir aquella oleada de calor. Si se quedaba en aquella habitación no podría contenerse. Y no podía dejar que aquello ocurriera hasta que lo quisiera realmente, en cuerpo y alma.

Tenía la vaga sensación de que el mundo se estaba desmoronando a su alrededor.

-Vamos -dijo con voz cansada.

Él la ayudó a levantarse. Le cogió el pañuelo y le enjugó las lágrimas como si fuera una niña, y a continuación le puso sobre los hombros el cuello de armiño que había en el respaldo de la silla.

Fueron caminando juntos lentamente a lo largo de la cubierta, barrida por la brisa, en dirección al salón, una cálida sala decorada con satén y madera dorada, palmeras y vidrieras de colores.

Ramsés dejó escapar un suspiro mientras miraba a la orquesta.

-Oh, Julie -susurró-. Esta música me esclaviza.

Era de nuevo un vals de Strauss, aunque esta vez había muchos más músicos, y la música, más fuerte y rica en matices, inundaba la sala por completo.

Gracias a Dios, no había rastro de Alex. Julie se volvió hacia Ramsés y lo dejó cogerle la mano.

Con un amplio giro y un paso largo, Ramsés comenzó a bailar, sin dejar de mirarla a los ojos, y de repente Julie sintió que nada importaba. No existía Alex, ni Henry. La terrible muerte de su padre no había sucedido.

Sólo importaba que estaba bailando con él, girando sin cesar, bajo la luz suave e iridiscente de las arañas de cristal. La música aumentó de volumen y las otras parejas parecían estar peligrosamente cerca. Pero los pasos de Ramsés eran perfectos y seguros.

¿No bastaba con que aquel hombre fuera un misterio? ¿No era suficiente que le hubiera revelado secretos terriblemente dolorosos? ¿Es que además tenía que ser irresistible? ¿Es que tenía que enamorarse de él desesperadamente?

A lo lejos, desde las profundas sombras del bar, forrado de madera oscura, Elliott los veía bailar. Ya era el tercer vals, y Julie reía sin cesar mientras Ramsés la conducía vertiginosamente a través de la pista, apartando a las otras parejas de su camino.

Nadie pareció ofenderse. Todo el mundo respeta a los enamorados.

Elliott dio el último sorbo a su whisky y se levantó para retirarse.

Cuando llegó a la puerta del camarote de Henry, dio un solo golpe y abrió. Henry estaba hundido en el pequeño sofá, envuelto en una fina bata verde, con las piernas desnudas, descalzo. Temblaba como si tuviera un frío mortal.

Elliott sintió de repente todo el calor de su ira. Su voz sonó ronca y extraña.

-¿Qué es lo que vio nuestro rey egipcio? -preguntó-. ¿Qué sucedió en esa tumba cuando Lawrence murió?

En un patético arranque de neurastenia, Henry intentó apartarse de él, como si pudiera huir a través de la pared. Elliott lo obligó a volverse.

-Mírame, cobarde. Contesta. ¿Qué sucedió en esa tumba?

-¡Estaba intentando conseguir lo que queríais! -balbució Henry. Tenía los ojos hundidos en el cráneo y una mancha amoratada en el cuello-. Estaba... intentando convencerle de que aconsejara a Julie el matrimonio.

-¡No me mientas! -exclamó Elliott. Aferraba el bastón con la mano como si fuera a golpearlo con él.

-No sé lo que ocurrió -gimió Henry-. Ni lo que vio ese monstruo. Estaba envuelto en las vendas, dentro del sarcófago. ¡No sé qué pudo ver! Lawrence estaba discutiendo conmigo. Estaba muy enfadado. El calor... No sé lo que sucedió. De repente cayó al suelo. -Se dejó caer hacia adelante y se cogió la cabeza con las manos, apoyando los codos en las rodillas-. Yo no quería enfurecerlo -sollozó-. Dios mío, no quería hacerle daño. Hice lo que tenía que hacer.

Elliott lo miró. Si aquél hubiera sido su hijo, la vida habría dejado de tener sentido para él. Y si aquella miserable criatura estaba mintiendo... Pero no lo sabía. No podía saberlo.

-De acuerdo. ¿Me has contado todo?

-¡Sí! -aseguró Henry-. Dios mío, tengo que salir de este barco. Quiere matarme.

-¿Pero por qué te desprecia? ¿Por qué quiere matarte? Hubo un momento de silencio. Sólo se oían los sollozos entrecortados de Henry. Entonces su rostro blanco y demacrado se volvió hacia Elliott con mirada implorante.

-Lo vi salir del sarcófago -dijo Henry-. Soy la única persona además de Julie que sabe quién es. Tú también lo sabes, pero yo lo vi. ¡Quiere matarme! -Se detuvo en seco como si temiera perder el control por completo. Los ojos le bailaban en las órbitas-. Y te diré algo más -agregó mientras se volvía a hundir en el sofá-: esa cosa es extraordinariamente fuerte. Podría matar a un hombre con las manos desnudas. No me explico cómo no lo hizo la primera vez que lo intentó. Pero la próxima vez lo hará.

El duque no respondió.

Se dio media vuelta y salió a cubierta. El cielo estaba negro, y las estrellas brillaban con fuerza en la noche, como siempre.

Pasó un buen rato apoyado en la borda. Sacó del bolsillo de la chaqueta un grueso cigarro y lo encendió. Tenía que ordenar los pensamientos que le bullían en la mente.

Samir Ibrahaim sabía que aquel hombre era inmortal. Viajaba con él. Julie también lo sabía. La había cautivado. Y él mismo, llevado por su extraña obsesión con este misterio, había hecho comprender a Ramsey que también lo sabía.

Ramsey sentía un afecto evidente por Samir. También sentía algo por Julie, aunque no

sabía bien qué. ¿Pero qué sentía Ramsey hacia él? Quizá se volviera contra él como contra Henry, «el único testigo».

Pero había algo que no tenía sentido. O, si lo tenía, no le producía miedo; sólo le fascinaba. Y la incógnita de Henry lo desconcertaba y le repugnaba a la vez. Henry sabía mentir. Y Elliott estaba convencido de que no le había dicho toda la verdad.

No se podía hacer nada más que esperar. Y ayudar en lo posible a Alex, su pobre y vulnerable Alex, que durante la cena no había conseguido ocultar su sufrimiento. Tenía que ayudar a Alex, hacerle ver que iba a perder a la novia de su juventud, porque de eso no cabía la menor duda.

¡Pero cómo estaba disfrutando! Todo aquel misterio lo estaba haciendo rejuvenecer. Hacía muchos, muchos años que no disfrutaba tanto.

Si repasaba los recuerdos felices de su vida, sólo en una ocasión había sentido que estar vivo era tan maravilloso y extraordinario. Entonces estaba en Oxford. Tenía veinte años. Estaba enamorado de Lawrence Stratford, y Lawrence lo estaba de él.

El recuerdo de Lawrence lo destruyó todo de repente. Era como si el frío viento del mar le hubiera helado el corazón. En aquella tumba había ocurrido algo que Henry no se había atrevido a confesarle. Y Ramsey lo sabía. Y, al margen de lo que ocurriera al final de aquella pequeña y peligrosa aventura, Elliott pensaba averiguar la verdad sobre aquella cuestión.



Al cuarto día de viaje Elliott comprendió que Julie no volvería a salir a comer al gran salón; que haría todas sus comidas en su camarote y que probablemente Ramsey la acompañaba.

Henry también había desaparecido casi por completo. Hundido, borracho, se pasaba el día entero metido en su camarote y no solía vestir más que los pantalones, una camisa y la chaqueta del esmoquin. Sin embargo esto no le impedía organizar partidas de cartas con miembros de la tripulación, a los que no les hacía mucha gracia la posibilidad de ser sorprendidos jugando con un pasajero de primera clase. Los rumores decían que Henry estaba ganando mucho, pero los rumores sobre él siempre habían sido los mismos. Tarde o temprano perdería todo lo que había ganado y aún más. Desde hacía mucho tiempo siempre le había ocurrido lo mismo.

Elliott también se daba cuenta de que Julie hacía todo lo posible por no herir a Alex. Los dos daban su paseo vespertino por cubierta lloviera o hiciera sol, y de vez en cuando bailaban un rato después de la cena. Ramsey siempre estaba allí, contemplándolos con sorprendente ecuanimidad y dispuesto a saltar en cualquier momento a bailar con Julie. Pero era evidente que habían acordado que Julie no desatendería a Alex.

En las breves excursiones a tierra, que el físico de Elliott no podía resistir, Julie, Samir, Ramsey y Alex siempre iban juntos. Invariablemente Alex volvía algo asqueado. No le gustaban los extranjeros demasiado. Julie y Samir siempre regresaban satisfechos, y Ramsey volvía entusiasmado por lo que había visto, en especial si había encontrado un cine o una librería inglesa.

Elliott apreciaba el cuidado con que Julie trataba a Alex. Después de todo, aquel barco no era el lugar apropiado para que Alex comprendiera toda la verdad, y Julie se daba cuenta de ello. Por otra parte, quizás Alex ya presentía que había perdido la primera gran batalla de su vida. En realidad Alex era demasiado amable y considerado para revelar lo que sentía, y hasta era probable que ni él mismo lo supiera.

Para Elliott la verdadera aventura del viaje era conocer a Ramsey, observarlo y descubrir en él cosas que a los demás parecían pasarles inadvertidas, lo cual no habría sido posible de no ser Ramsey un ser increíblemente sociable.

De vez en cuando Ramsey, Elliott, Samir y Alex jugaban una partida de billar, durante la cual Ramsey hablaba sin parar de todo tipo de temas y hacía preguntas sin fin.

Sobre todo le interesaba la ciencia moderna, y Elliott no se cansaba de ilustrarlo acerca de la teoría de la célula, el sistema circulatorio, los gérmenes y otras causas de enfermedades. El concepto de la vacuna le fascinaba de forma especial.

Ramsey pasaba casi todas las noches en la biblioteca, estudiando a Darwin y Malthus, devorando tratados sobre la electricidad, el telégrafo, el automóvil o la astronomía.

El arte moderno también despertaba en él un interés particular. Los puntillistas y los impresionistas le intrigaban profundamente, y las novelas de los realistas rusos (Tolstoi y Dostoievski), recién traducidas al inglés, lo habían conmovido de forma singular. Su capacidad de lectura y asimilación de conocimientos era maravillosa.

Al sexto día de viaje, Ramsey consiguió una máquina de escribir. Con el permiso del capitán, la pidió prestada en las oficinas del barco, y a partir de entonces empezó a dedicar

horas enteras a mecanografiar listas interminables de las cosas que quería hacer, algunas de las cuales pudo leer Elliott en sus visitas al camarote del egipcio. Eran anotaciones como «Visitar El Prado, en Madrid; conducir un aeroplano tan pronto como sea posible».

Al fin Elliott acabó por darse cuenta de que aquel hombre no necesitaba dormir. A cualquier hora del día o de la noche podía encontrar a Ramsey haciendo algo en algún lugar. Cuando no estaba en el cine o en la biblioteca (o escribiendo a máquina en su habitación) estaba con el oficial de guardia en la sala de mapas o en la cabina de radio. A los dos días de haber zarpado, Ramsey conocía a toda la tripulación y a la mayor parte del servicio por el nombre de pila. Su capacidad para seducir a la gente era extraordinaria.

Una mañana Elliott había entrado en la sala de baile y había visto a un puñado de músicos tocando para Ramsey, que bailaba solo una danza curiosamente lenta y primitiva, similar a las que bailan los marineros griegos en las tabernas. La imagen de aquel hombre bailando en soledad, con la camisa blanca desabrochada hasta la cintura, lo había conmovido profundamente. Le había parecido un crimen espiar algo tan íntimo. Elliott se había dado media vuelta y había subido a cubierta a fumar en soledad.

Era sorprendente que Ramsés fuese tan accesible. Pero lo más extraño del asunto era cómo se estaba encariñando Elliott con aquel ser misterioso.

Cuando pensaba mucho en ello acababa sintiendo un verdadero dolor. Pensó muchas veces en las palabras que había pronunciado apresuradamente antes de salir de viaje: «Quiero conocerlo». ¡Qué ciertas habían resultado ser! ¡Qué satisfactoria, qué apasionante estaba resultando toda la experiencia!

Pero entonces llegaba el dolor, el miedo: «Aquí hay algo que va más allá de la fantasía más descabellada». Y Elliott no quería ser excluido de ella.

También era sorprendente que su hijo, Alex, encontrara a Ramsey simplemente raro o «gracioso», que no le intrigara. ¿Pero qué podía intrigar a Alex? Había hecho amistades rápidas y superficiales, como las que solía hacer siempre, con docenas de pasajeros. Al parecer, lo estaba pasando muy bien, como siempre le ocurría al margen de lo que estuviera sucediendo. «Y eso será su salvación -pensó Elliott-: que no siente nada con demasiada profundidad.»

En cuanto a Samir, era silencioso por naturaleza, y nunca hablaba mucho. Pero había algo casi religioso en su actitud hacia Ramsey, y era evidente que se había convertido en un auténtico servidor de éste. Sólo se ponía nervioso cuando Elliott pedía a Ramsey su opinión sobre temas históricos, y lo mismo le sucedía a Julie.

-Explíqueme lo que quiere decir -preguntó Elliott al manifestar Ramsey que el latín había hecho posible un tipo de pensamiento completamente nuevo-. Yo creo que las ideas vienen primero y el lenguaje para expresarlas, después.

-No, eso no es cierto. Incluso en Italia, donde nació el latín, el lenguaje hizo posible la evolución de ideas que de otra forma no hubieran surgido. Y en Grecia sucedió lo mismo, eso es indudable.

-Pues yo diría que la cultura romana se desarrolló en Italia por lo benigno de su clima. Creo que es necesario un cambio radical de clima durante el año para que una civilización progrese. Mire a los pueblos de la selva o de los hielos del norte. Son pueblos limitados, porque el clima es el mismo todo el año...

Casi invariablemente Julie interrumpía estas discusiones, lo que molestaba a Elliott en grado sumo.

Julie y Samir también solían palidecer cuando Ramsey realizaba sus entusiastas afirmaciones.

-Julie, tenemos que deshacernos del pasado cuanto antes. ¡Hay tanto que descubrir! Los rayos X. ¿Sabes lo que son, Julie? Y tenemos que ir al Polo Norte en aeroplano.

Estos comentarios divertían a la gente. Otros pasajeros, igualmente seducidos por su

encanto, parecían ver a Ramsey, no como un ser de extraordinaria inteligencia, sino como a alguien un tanto retrasado. Era gente refinada que, sin sospechar la verdadera razón de sus extrañas exclamaciones, lo trataba con amabilidad e indulgencia.

No era ése el caso de Elliott, que lo bombardeaba a preguntas.

-¿Cómo eran realmente las batallas de la antigüedad? Quiero decir, conocemos los relieves del templo de Ramsés III...

-Ah, ése fue un digno descendiente...

-¿Perdón, cómo ha dicho?

-Un digno descendiente de Ramsés II, eso es todo.

-¿Pero tomaban parte los faraones en la lucha?

-Por supuesto. El faraón cabalgaba a la cabeza de sus tropas. Era el símbolo en acción. En una sola batalla el faraón podía destrozar doscientos cráneos con su maza, y luego recorría el campo de batalla ejecutando a los heridos de la misma forma. Cuando se retiraba a su tienda, tenía los brazos cubiertos de sangre hasta los codos. Pero recuerde que eso era lo que se esperaba de él. Si el faraón caía... bien, la batalla había terminado.

Elliott guardó silencio.

-No comprende estas cosas, ¿verdad? -continuó diciendo Ramsés-. Y, sin embargo, la guerra moderna es terrible. En la última guerra de África murieron miles de hombres destrozados por la pólvora. Y la guerra civil norteamericana... ¡qué horror! Las cosas cambian, pero siguen siendo las mismas...

-Exacto. ¿Sería usted capaz de hacer una cosa así? ¿Aplastar cráneos uno detrás de otro? Ramsey sonrió.

-Es usted valiente, lord Rutherford. Sí, podría hacerlo. Y usted también, si hubiera sido faraón y hubiera estado allí. También usted lo habría hecho.

El barco continuaba su lento camino a través del mar gris. La costa de África apareció en el horizonte. La travesía tocaba a su fin.

Había sido otra noche perfecta. Alex se había retirado pronto, y Julie había pasado horas bailando con Ramsés. Y había bebido demasiado vino.

Estaban los dos de pie en el pasillo, delante del camarote de Julie. Como siempre, ella sentía la tentación y a la vez la desesperación de saber que no debía ceder.

Pero no había esperado que Ramsés la tomara en sus brazos y, apretándola contra la pared, la besara con mayor violencia de la habitual, con una dolorosa ansiedad. Julie se debatió y se liberó de su abrazo, al borde de las lágrimas. Alzó una mano para abofetearlo, pero no lo hizo.

-¿Por qué intentas forzarme?

La mirada de Ramsés le dio miedo.

-Estoy hambriento -contestó él sin el menor rastro de ternura-. Hambriento de ti, de todo: de comida, de bebida, de sol y de vida, pero sobre todo de ti. Me hace sufrir, y mi paciencia se está agotando.

-Dios mío -susurró ella, cubriéndose la cara con las manos. ¿Por qué se resistía? Por el momento no lo sabía.

-Es el efecto de la poción que corre por mis venas -explicó él-. No necesito nada, pero nada me llena. Sólo el amor, quizá. Por eso espero -añadió con voz más calmada-. Esperaré a que me ames. Si es eso lo necesario.

Ella se echó a reír. De repente lo veía todo claro.

-Oh, Ramsés, a pesar de toda tu sabiduría, esta vez te equivocas. Lo que hace falta es que tú me ames a mí.

Él palideció y asintió lentamente con la cabeza. Parecía no saber qué decir. Julie se preguntó qué estaría pensando.

Abrió la puerta de su camarote y entró en él con rapidez. Se sentó en el sofá y enterró la cara entre las manos. ¡Qué infantiles habían sonado sus palabras, y qué ciertas eran! Rompió a llorar calladamente, confiando en que Rita no la oyera.

El piloto le había dicho que faltaban veinticuatro horas para llegar a Alejandría.

Ramsés apoyó los codos en la barandilla de cubierta e intentó ver a través de la densa bruma que cubría el mar.

Eran las cuatro. Ni siquiera el duque de Rutherford estaba levantado. Samir dormía profundamente la última vez que había pasado por su camarote, así que tenía la cubierta para él solo.

Le encantaba. Le parecía maravilloso sentir el profundo ronroneo de las máquinas a través del gran casco de acero. Le maravillaba la fuerza pura del barco. Ah, el hombre del siglo XX entre sus grandes máquinas e inventos... Y lo paradójico era que, aunque seguía siendo el mismo animal de dos patas que había sido siempre, sus invenciones eran extraordinarias.

Sacó del bolsillo uno de los cigarros que le había regalado el duque de Rutherford y lo encendió protegiéndolo del viento con la mano. No veía el humo, que desaparecía rápidamente, pero sentía su divino sabor. Cerró los ojos y saboreó el viento, y se permitió pensar en Julie, ahora que ya estaba a salvo en su camarote.

Pero Julie Stratford se desvaneció. Era Cleopatra a quien veía. «En veinticuatro horas estaremos en Alejandría.»

Volvió a ver el salón de conferencias del palacio con su gran mesa de mármol y sentada frente a ella a la joven reina (entonces tan joven como Julie Stratford ahora), conversando con sus consejeros y embajadores.

El había contemplado la escena desde una cámara contigua. Había pasado mucho tiempo fuera de Egipto, viajando por el norte y el este, visitando reinos que no había conocido en siglos anteriores. Y al volver, la noche anterior, había ido directamente a los aposentos de Cleopatra.

Habían pasado la noche entera haciendo el amor; por las ventanas abiertas entraba el olor del mar. Ella estaba tan hambrienta de él como él de ella. Aunque había poseído a cientos de mujeres en los meses anteriores, sólo podía amar a Cleopatra. Habían hecho el amor con tanta violencia que al final él casi le había hecho daño. Pero ella lo había incitado a que siguiera, aferrándose a él con brazos y piernas, recibiéndolo en su cuerpo una y otra vez.

La audiencia había terminado. Ramsés la vio despedir a sus cortesanos, levantarse de su trono y caminar hacia él: una mujer alta con un cuerpo magnífico y un cuello largo y esbelto seductoramente expuesto. Sus cabellos estaban recogidos formando un círculo en la nuca, a la manera romana.

Había una expresión vagamente desafiante en su rostro, acentuada por la orgullosa elevación de la barbilla. Producía una inmediata sensación de fuerza, acentuada por su innata sensualidad.

Pero, al descorrer la cortina, le había sonreído. Sus ojos oscuros despedían un fuego abrasador.

Había habido una época de la vida de Ramsés en que los seres de ojos oscuros eran los únicos que conocía. El era el único que tenía los ojos azules porque había bebido el elixir. Pero entonces había viajado a tierras lejanas, de las que los egipcios no sabían nada, y allí había conocido a mortales de ojos claros. Sin embargo, para él los ojos oscuros seguían siendo los verdaderos, los que podía leer al instante.

Los de Julie Stratford eran de un color marrón oscuro y profundo, grandes y llenos de cálido afecto, como los de Cleopatra aquel día.

-¿Cuáles son las lecciones que me vas a dar esta tarde? -había preguntado ella en griego, la única lengua en la que hablaban entre sí, recordándole con la mirada la larga noche de amor que habían compartido.

-Simple -había respondido él-. Disfrázate y ven conmigo. Caminaremos entre tu pueblo. Quiero que veas lo que ninguna reina puede ver. Eso es lo que quiero de ti.

Alejandría. ¿Qué aspecto tendría cuando la viera al día siguiente? Entonces había sido una ciudad griega con calles de piedra y paredes encaladas, y mercaderes que vendían a todo el mundo. Un puerto atestado de tejedores, joyeros, sopladores de vidrio y fabricantes de papiros. Las mil tiendas del mercado trabajaban sin cesar junto al bullicioso puerto.

Habían paseado por el bazar, ambos embozados con las largas capas que usaban los que no querían ser reconocidos, como dos viajeros a través del tiempo. Y él le había relatado sus viajes al norte de Gaul, a la India. Había montado elefantes y visto al gran tigre con sus propios ojos. Y había vuelto a Atenas para escuchar a sus filósofos.

¿Y de qué se había enterado? De que Julio César, el general romano, quería conquistar el mundo, y que invadiría Egipto si Cleopatra no se lo impedía.

Habían visto a mujeres y niños trabajando hasta el agotamiento en las pilas de las lavanderas, a los marinos de todas las nacionalidades buscando burdeles. Habían entrado en la gran universidad y habían escuchado a los maestros que daban sus lecciones bajo los pórticos.

Finalmente se habían detenido en una pequeña plaza, y Cleopatra había bebido agua del pozo, tomándola del cubo con sus manos.

-Sabe igual -había comentado con una sonrisa juguetona.

Ramsés recordó claramente el sonido del cubo al rebotar contra las paredes del pozo, el martilleo incesante que llegaba del puerto y la visión de los mástiles de los barcos por encima de los tejados, como un inmenso bosque sin hojas.

-¿Qué es lo que realmente quieres de mí, Ramsés? -le había preguntado.

-Que seas una reina justa y sabia. Ya te lo he dicho.

Ella lo había tomado del brazo y lo había obligado a mirarla a los ojos.

-Quieres más que eso. Me estás preparando para algo mucho más importante.

-No -había contestado él, pero mentía. Era la primera mentira que le había dicho. En aquel momento había sentido un dolor agudo, casi insoportable. «Estoy solo, amada mía. Estoy solo más allá de la vida y de la muerte.» Pero no se lo había dicho. Simplemente se había quedado callado, sabiendo que él, un inmortal, no podría vivir sin ella.

¿Qué había sucedido después? Otra noche de amor desatado, viendo cómo el azul del mar se convertía en plata y luego en una masa negra bajo la luna llena. Y a su alrededor los muebles dorados, las lámparas colgantes y el olor del aceite perfumado, y a lo lejos, en alguna habitación, un muchacho que tocaba el arpa y cantaba una triste canción en egipcio antiguo, cuyo significado no entendía, pero que había despertado recuerdos en Ramsés.

Otro recuerdo dentro del recuerdo. Su palacio en Tebas, cuando todavía era un mortal y temía a la muerte y la humillación. Cuando tenía un harén de cien esposas a quienes complacer y le parecía una carga insoportable.

-¿Has tenido muchos amantes desde que me fui? -había preguntado a Cleopatra.

-Oh, muchos hombres -había respondido ella con voz grave, casi tan dura como la de un hombre a pesar de toda su feminidad-, pero ningún amante.

Los amantes vendrían después: Julio César, y después el que le había hecho olvidar todo lo que Ramsés le había enseñado. «Por Egipto», había gritado ella. Pero no era por Egipto. Entonces Egipto era Cleopatra, y Cleopatra era para Marco Antonio.

Se estaba haciendo de día. La neblina se estaba despejando y ahora se veía la brillante superficie del mar azul oscuro. En el horizonte ardía un sol pálido. Ramsés sintió al instante su efecto: un repentino baño de energía hormigueó en todo su cuerpo.

El cigarro se había apagado hacía rato. Lo tiró al mar y sacó otro de la pitillera de oro.

Sonaron unos pasos a su espalda.

-Sólo quedan unas horas, mi señor.

Samir encendió una cerilla y se la ofreció para que encendiera el cigarro.

-Sí, mi leal Samir -respondió él aspirando el humo con fruición-. Saldremos de este barco como de un sueño. ¿Y qué haremos cuando llegue el día con los dos que conocen mi secreto, el joven sinvergüenza y el viejo filósofo, que puede representar el mayor peligro precisamente por su sabiduría?

-¿Te parecen peligrosos los filósofos, mi señor?

-Lord Rutherford tiene una gran fe en lo invisible, Samir. Y no es ningún cobarde. Quiere el secreto de la vida eterna. Comprende de qué se trata, Samir.

No hubo respuesta. Sólo la misma expresión melancólica y distante.

-Y te contaré otro pequeño secreto, amigo mío -siguió diciendo-: he llegado a tomarle un gran aprecio durante este viaje.

-Lo he notado, mi señor.

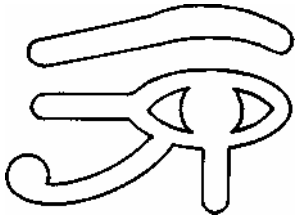
-Es un hombre fascinante -declaró Ramsés. Y entonces sintió con sorpresa que su voz flaqueaba. Era difícil terminar, pero lo hizo-. Me gusta hablar con él.

Hancock estaba sentado en su despacho del museo, mirando al inspector Trent de Scotland Yard.

-Bien, pues, como ve, no tenemos elección. Hay que solicitar una orden judicial para entrar en la casa y examinar la colección. Pero si todo está en orden y no falta ninguna moneda...

-Señor, con las dos que tenemos ahora, diría que es demasiado esperar.

SEGUNDA PARTE





El Gran Hotel Colonial era una imponente estructura rosada de arquerías moras, suelos de mosaico, biombos lacados y mecedoras, y sus grandes verandas miraban hacia las arenas resplandecientes y el azul sin fin del Mediterráneo.

Ricos norteamericanos y europeos vestidos de un eterno blanco veraniego paseaban por el inmenso vestíbulo y entre los salones. En uno de los bares al aire libre una orquesta interpretaba valses vieneses. En otro, un joven pianista norteamericano tocaba *ragtimes.* Los recargados ascensores dorados no parecían descansar.

Posiblemente, si aquel hotel hubiera estado en cualquier otra ciudad a Ramsey le habría parecido extraordinario. Pero Elliott observó desde el momento de la llegada que Alejandría le había causado un terrible impacto.

Su vitalidad desapareció por arte de magia. Durante el té no abrió la boca, y al cabo de un rato pidió disculpas y salió a pasear.

Aquella noche, cuando se comentó durante la cena la apresurada partida de Henry hacia El Cairo, se mostró malhumorado.

-Julie Stratford es una mujer adulta -dijo mientras la miraba-. Es absurdo pensar que necesita la compañía de un bebedor disoluto. ¿No somos todos nosotros caballeros, como dicen ustedes?

-Supongo que sí -respondió Alex-. Pero es su primo, y su tío quería que...

-Su tío no conoce a su hijo -replicó Ramsey. Julie cortó la conversación.

-Me alegro de que Henry se haya ido. Muy pronto nos reuniremos con él en El Cairo. Y sería insoportable su presencia en el Valle de los Reyes.

-Eso es cierto -suspiró Elliott-. Julie, a partir de ahora yo soy tu guardián. Oficialmente.

-Elliott, este viaje ya es bastante pesado para ti. Deberías ir a El Cairo y esperarnos allí.

Alex iba a protestar cuando Elliott hizo un gesto pidiendo silencio.

-Sabes que no voy a hacer tal cosa, querida. Además, quiero volver a ver Luxor y Abu Simbel, quizá por última vez.

Ella lo miró pensativa. Sabía que Elliott decía la verdad en ambos casos. No iba a dejarla sola con Ramsey, por mucho que ella insistiera. Y quería volver a ver esos monumentos. Pero también se daba cuenta de que Elliott tenía sus propios motivos.

Sin embargo su aceptación fue suficiente para Elliott.

-¿Y cuándo vamos a hacer ese viaje en vapor por el Nilo? -preguntó Alex-. ¿Cuánto tiempo necesita que nos quedemos en esta ciudad, Ramsey?

-No mucho -repuso Ramsey con tristeza-. Apenas queda nada de la Alejandría romana que esperaba ver.

Tras devorar tres platos sin tocar los cubiertos, Ramsey se disculpó antes de que los demás hubieran terminado y desapareció.

La tarde siguiente se hizo evidente que estaba atravesando una crisis. Durante el almuerzo no dijo casi nada. No quiso jugar al billar y volvió a salir solo. Sin duda pasaba caminando la mayor parte del día y de la noche, y por el momento había dejado a Julie totalmente en manos de Alex. Ni siquiera parecía confiar en Samir.

Era un hombre solo en mitad de una tormenta.

Elliott observó todo esto y tomó una decisión. A través de Walter, su mayordomo, contrató a un muchacho egipcio para que siguiera a Ramsey a todas partes. Era correr un gran riesgo, y a Elliott le producía cierta vergüenza, pero la obsesión lo estaba consumiendo.

Pasaba el día sentado en una confortable mecedora en el vestíbulo del hotel, leyendo periódicos ingleses y observando las idas y venidas de los huéspedes. De tanto en tanto recibía los informes del muchacho egipcio, que hablaba un inglés aceptable.

Ramsey vagabundeaba por las calles. Se pasaba horas mirando al mar. Se sentaba en las terrazas de los cafés europeos y durante horas no hacía otra cosa que tomar grandes cantidades de café turco en silencio. También había ido a un burdel, y había sorprendido a su propietario tomando a todas las mujeres de la casa entre el anochecer y la salida del sol. Doce mujeres. El viejo chulo jamás había visto nada parecido.

Elliott sonrió. «Así que el sexo es como el resto de sus apetitos», pensó. Y eso posiblemente quería decir que Julie todavía no lo había admitido en su santuario. ¿O quizá sí?

Callejuelas estrechas. Llamaban a aquello la ciudad vieja. Pero no tenía más que unos pocos cientos de años, y nadie sabía que en otros tiempos la gran biblioteca se había alzado en aquel lugar. Ni que más abajo había estado entonces la universidad en la que los maestros adoctrinaban a cientos de estudiantes.

Aquella ciudad había sido la academia del mundo antiguo, y ahora no era más que un punto de reunión de turistas. Y el hotel se alzaba donde había estado el palacio de Cleopatra, donde él la había tomado en sus brazos y le había suplicado que abandonara su loca pasión por Marco Antonio.

-Ese hombre va a fracasar, ¿no lo ves? -había insistido-. Si Julio César no hubiera caído, tú habrías sido la emperatriz de Roma. Pero este hombre no podrá conseguirlo. Es débil y corrupto. Le falta el valor.

Pero entonces había visto por primera vez aquella salvaje pasión destructiva en sus ojos. Amaba a Marco Antonio. Lo demás no le importaba. Egipto, Roma... ¿qué más daba? ¿Cuándo había dejado de ser la reina para convertirse en una simple mortal? Ramsés no lo sabía. Sólo sabía que todos sus sueños y grandes planes se estaban disolviendo en el aire.

-¿Y a ti qué te importa Egipto? -le había espetado ella-. ¿O que yo sea emperatriz de Roma? No es eso lo que quieres de mí. Quieres que beba tu poción mágica, que según tú me hará inmortal. ¡Y al diablo mi vida mortal! Quieres matar mi vida mortal y mi amor mortal, admítelo. ¡Muy bien, pues no voy a morir por ti!

-¡No sabes lo que estás diciendo!

Ramsés intentó acallar las voces del pasado, escuchar sólo el rumor del mar, recorrer el lugar donde había estado el antiguo cementerio romano, donde la habían enterrado junto a Marco Antonio.

Volvió a ver mentalmente la procesión. Podía oír con claridad a las plañideras. Y lo peor de todo: volvía a verla a ella en sus últimas horas.

-Quédate con tus promesas. Marco Antonio me llama desde la tumba. Sólo quiero estar con él.

Y ahora no quedaba rastro de ella, excepto sus recuerdos y lo que había pasado a la leyenda. Volvió a oír a la muchedumbre que obstruía las estrechas calles y descendía por la ladera de la colina para ver cómo introducían el sarcófago de la reina en la tumba de mármol.

-Nuestra reina murió libre.

-Engañó a Octavio.

-No fue esclava de Roma.

«¡Ah, pero podría haber sido inmortal!»

Estaban en las catacumbas, el único lugar en el que no se había aventurado. ¿Por qué había pedido a Julie que lo acompañara? Debía de estar más débil de lo que pensaba para necesitar que la joven fuera con él. Y además no le había explicado el motivo.

Podía ver la preocupación en su rostro. Estaba maravillosa con aquel vestido amarillo adornado con encajes. Al principio el aspecto de aquellas mujeres modernas le había parecido excesivamente artificioso, pero ahora comprendía lo seductoras que resultaban, con sus mangas largas y ceñidas con puños de encaje, sus estrechas cinturas y faldas flotantes. Habían empezado a parecerle normales.

Y de repente deseó estar en otro lugar, en Inglaterra o en América.

Pero tenía que ver las catacumbas antes de dejar Alejandría. Por ello, junto con un numeroso grupo de turistas, siguieron al guía, que hablaba con voz monótona de cristianos escondidos y de ritos mágicos realizados en aquellas cámaras subterráneas.

-Has estado aquí antes -susurró Julie-. Esto es importante para ti.

-Sí -respondió él en voz baja sin soltarle la mano. Si pudiera dejar Egipto en aquel instante y para siempre... ¿Qué sentido tenía aquella terrible agonía?

El despreocupado grupo de turistas hizo un alto. Los ojos de Ramsés recorrieron ansiosamente la pared. Entonces vio el pequeño pasadizo. Los otros siguieron adelante, después de que el guía volviera a advertir que nadie debía separarse del grupo, pero Ramsés y Julie esperaron a que se perdieran de vista y, tras encender la linterna eléctrica, se adentraron en el pasaje.

¿Había cambiado? Ramsés sólo podía recordar lo que había ocurrido allí.

El mismo olor a piedra húmeda, signos latinos en las paredes...

Llegaron a una gran sala.

-Mira -dijo ella-. Hay una ventana en lo alto. Y ganchos en las paredes. ¿Los ves?

Su voz parecía sonar muy lejos. Ramsés quiso responder, pero no pudo. Miró a través de la penumbra el gran bloque de piedra que Julie le señalaba. Ella dijo que parecía un altar.

Pero no era un altar: era una cama. La cama en la que había descansado durante trescientos años, hasta que habían abierto aquella ventana en lo alto. Las viejas cadenas habían tirado de la pesada trampilla de madera y el sol había entrado en la sala y había calentado sus párpados cerrados.

Entonces había oído la voz juvenil de Cleopatra:

-¡Dioses! Era cierto. ¡Está vivo! -Las frías paredes habían repetido el eco de su voz. El sol lo bañaba por completo-. ¡Ramsés, levántate! -había gritado la muchacha-. Una reina de Egipto te llama.

Ramsés había sentido un hormigueo en las piernas que se había extendido por toda la piel. Todavía adormecido, se había incorporado y había visto a la joven Cleopatra, con sus

sedosos cabellos negros sueltos sobre los hombros, y al viejo y tembloroso sacerdote, que se retorcía las manos y hacía reverencias.

-Ramsés -había dicho ella-, una reina de Egipto necesita tu consejo.

Por la claraboya entraban polvorientos rayos de sol y el lejano murmullo de los automóviles en los bulevares de la ciudad moderna de Alejandría.

-¡Ramsés!

Se volvió. Julie Stratford estaba mirándolo.

-Mi Julie -susurró él. La tomó en sus brazos con ternura, no con pasión, sino con amor; sí: amor-. Mi bella Julie

-murmuró.

Tomaron el té en el gran vestíbulo. El ritual hizo reír con ganas a Ramsés. Pastas, huevos, emparedados, y sin embargo no lo consideraban una comida. En cualquier caso, él no se quejaba, pues podía comer tres veces lo que una persona normal y seguir hambriento.

Y era maravilloso poder estar a solas con Julie, ya que Alex, Elliott y Samir habían salido.

Desde la mesa, Ramsés admiró el desfile de sombreros emplumados y parasoles de encaje, los relucientes automóviles descapotables y las flamantes limusinas.

Aquella gente no se parecía en nada a la de su tiempo. La mezcla de razas era diferente. Julie le había dicho que en Grecia le sucedería lo mismo. Había todavía tantos lugares que visitar... ¿Era alivio lo que sentía al pensarlo?

-Has sido muy paciente conmigo -dijo él sonriendo-. No me has pedido ninguna explicación.

Julie estaba radiante. Llevaba un vestido de seda floreada, con encajes en los puños, y el pequeño broche con una perla que tanto le gustaba. Por fortuna no había vuelto a ponerse un traje de noche desde la primera noche a bordo del barco. La visión de toda aquella carne lo volvía completamente loco.

-Sé que me contarás todo cuando llegue el momento

-repuso ella-. Lo que no puedo resistir es verte sufrir.

-Todo es como me habías dicho -murmuró él. Vació la taza de té de un sorbo, aunque no le gustaba demasiado. Era como una bebida a medias-. Todo ha desaparecido: el mausoleo, la biblioteca, el faro; todo lo que Alejandro Magno y después Cleopatra construyeron. Dime, ¿cómo es que las pirámides de Giza todavía siguen en pie? ¿Por qué se conserva mi templo de Luxor?

-¿Te gustaría verlo? -Julie puso la mano sobre la de él-. ¿Quieres que nos vayamos ya?

-Sí. Ha llegado el momento de seguir adelante. Y, cuando lo hayamos visto todo, podremos partir hacia otras tierras. Tú y yo. Es decir, si quieres seguir conmigo.

Julie sonrió con aquellos maravillosos ojos castaños y con la radiante dulzura de su boca. En aquel momento el duque de Rutherford salió del ascensor, acompañado de su hijo y de Samir.

-Iré contigo hasta el fin del mundo -susurró ella.

Él la siguió mirando durante un largo instante. ¿Sabría Julie lo que estaba diciendo? Que lo amaba, sí. Pero la otra pregunta..., la otra gran pregunta no había sido formulada.

Habían pasado la mayor parte de la tarde remontando el Nilo. El sol caía a plomo sobre los toldos del pequeño y elegante vapor. Gracias al dinero de Julie y las dotes de mando de Elliott, habían conseguido que no les faltara ningún lujo. Los camarotes del vapor eran tan lujosos como los del trasatlántico en el que habían llegado a Alejandría. El salón y el comedor eran aún más confortables. El cocinero era europeo, y los sirvientes, exceptuando a Rita y Walter, egipcios.

Pero el mayor lujo de todos era el hecho de que fuera *su* barco. No tenían que

compartirlo con nadie. Y, para sorpresa de Julie, se habían convertido en un grupo de viajeros muy bien avenidos a partir del momento en que había desaparecido Henry. Y Julie nunca podría agradecérselo bastante.

Había huido como un conejo en cuanto había echado pie a tierra con la absurda disculpa de que así lo prepararía todo para cuando llegaran a El Cairo. Pero de eso se encargaría el Shepheard's Hotel, al que habían enviado un telegrama antes de emprender el viaje al sur hacia Abu Simbel. No sabían cuánto tiempo duraría el crucero, pero el Shepheard's, el viejo baluarte de los ingleses en Egipto, los esperaría.

Les habían comunicado que la temporada de ópera estaba a punto de comenzar. ¿Querían que les reservaran también entradas para los conciertos? Julie había respondido afirmativamente, aunque no tenía la menor idea de cómo terminaría el viaje.

Sólo sabía que Ramsés estaba de nuevo como siempre, que estar en el Nilo era una bendición para él. Se había pasado horas en cubierta mirando las palmeras y el desierto dorado que se extendía más allá de las riberas.

Julie no necesitó que él le explicara que aquéllas eran las mismas palmeras que aparecían pintadas en los muros de las antiguas tumbas egipcias; ni que los campesinos de piel oscura seguían extrayendo el agua del río con los mismos medios que hacía mil años; ni tampoco que las pequeñas embarcaciones con las que se cruzaban habían cambiado muy poco desde los tiempos de Ramsés el Grande.

Y el viento y el sol no cambiaban para nadie.

Pero había algo que tenía que hacer, y que no podía posponer más. Esperó sentada en el salón, viendo a Samir y Elliott jugar al ajedrez. Cuando Alex terminó su solitario y salió a cubierta, ella se levantó y fue tras él.

Estaba anocheciendo. La brisa era fresca y el cielo se había teñido de violeta en el horizonte.

-Alex, eres un hombre maravilloso -le dijo-. Y no quiero hacerte daño. Pero tampoco quiero casarme contigo.

-Lo sé -contestó él-. Hace mucho tiempo que lo sé. Pero seguiré actuando como si no fuera así. Como he hecho siempre.

-Alex, no...

-No, cariño. No me des consejos. Déjame hacer las cosas a mi manera. Después de todo, es privilegio de una mujer cambiar de opinión, ¿no crees? Quizá tú lo hagas, y cuando eso ocurra, estaré esperándote. No. No digas nada más. Eres libre. En realidad siempre lo has sido.

Ella contuvo el aliento. Un profundo dolor le encogía el corazón, el pecho, la boca del estómago. Quería llorar, pero no era el momento ni el lugar adecuado. Lo besó rápidamente en la mejilla y bajó a su camarote.

Gracias a Dios, Rita no estaba allí. Se dejó caer en la estrecha cama y rompió a llorar suavemente sobre la almohada. Por fin, exhausta, se sumió en un inquieto duermevela. Su último pensamiento fue: «Ojalá no descubra nunca que jamás llegué a amarlo. Que crea que fue otro hombre el causante de que me perdiera. Lo primero no podría entenderlo nunca».

Cuando abrió los ojos era de noche. Rita había encendido una lamparilla junto a su cama. Julie vio a Ramsés, de pie en el centro del camarote, mirándola.

No sintió ningún miedo o inquietud.

Y entonces se dio cuenta de que todavía estaba soñando. En aquel momento despertó del todo y vio que la habitación estaba iluminada y vacía. Si al menos él hubiera estado allí... Lo deseaba dolorosamente. Ya no le importaba el pasado ni el futuro. Sólo lo quería a él, y sin duda él lo sabía.

Cuando entró en el comedor, Ramsés estaba conversando animadamente con los demás.

La mesa estaba cubierta de manjares exóticos.

-No sabíamos si despertarte, querida -dijo Elliott mientras se levantaba para ayudarla a sentarse.

-¡Ah, Julie -exclamó Ramsés-, estos platos nativos son simplemente deliciosos! -Estaba engullendo un *shish kebab* con hojas de viña y otros platos muy sazonados cuyo nombre desconocía y que se llevaba delicadamente a la boca con los dedos.

-Espere un momento -intervino Alex-; ¿quiere decir que nunca había probado estos platos?

-Bueno, no. En ese absurdo hotel rosado comíamos carne y patatas, si no me falla la memoria-repuso Ramsés-. Y este pollo con canela es algo muy especial.

-Pero... ¿no es usted egipcio? -preguntó Alex, desconcertado.

-Alex, por favor, creo que al señor Ramsey no le gusta hablar de sus orígenes -dijo Julie.

Ramsés rompió a reír y vació de un sorbo un gran vaso de vino.

-Debo confesar que eso es cierto. Pero, si quiere saberlo, sí, soy egipcio.

-¿Pero entonces dónde...?

-Alex, por favor -insistió Julie. Alex se encogió de hombros.

-Es usted de lo más enigmático, Ramsey.

-Pero no se ofenderá usted por eso, ¿verdad, Alexander?

-Si me vuelve a llamar así tendrá que batirse conmigo -declaró Alex.

-¿Qué significa eso?

-Nada -aseguró Elliott, dando unas ligeras palmadas en la mano de su hijo.

Pero Alex no estaba enfadado, ni tampoco ofendido. Miró a Julie a través de la mesa y le dedicó una leve y triste sonrisa, una sonrisa que Julie agradecería durante el resto de su vida.

A mediodía hacía un calor sofocante en Luxor, de modo que esperaron hasta media tarde para bajar a la orilla y emprender el largo paseo a través de las ruinas. Julie observó que Ramsés no sentía deseos de estar solo. Paseaba entre las columnas y altos muros, inmerso en sus pensamientos.

Elliott no había querido renunciar a aquella parte del viaje, por muy penosa que fuera para él. Alex y Samir lo acompañaban. Los tres parecían inmersos en alguna discusión.

-El dolor que sentías va desapareciendo, ¿verdad? -dijo Julie.

-Desaparece cada vez que te miro -respondió Ramsés-. Julie es tan hermosa en Egipto como lo era en Londres.

-¿Estaba todo esto en ruinas la última vez que lo viste?

-Sí. Y tan cubierto por la arena que sólo se veían los capiteles de las columnas. La Avenida de las Esfinges estaba enterrada por completo. Han pasado más de dos mil años desde la última vez que caminé por estos lugares como un mortal. Entonces creía que el reino de Egipto era el mundo civilizado, y que no había más que salvajes fuera de nuestras fronteras. -Se detuvo y la besó fugazmente en la frente. Enseguida lanzó una mirada culpable en dirección al grupo que los seguía. No, no era de culpabilidad, sino de preocupación.

Ella lo cogió de la mano, y siguieron andando.

-Algún día te lo contaré todo -agregó él-. Te contaré tantas cosas que te aburrirás de oírme. Te contaré cómo vestíamos y cómo hablábamos; cómo comíamos y cómo bailábamos; cómo eran estos templos cuando la pintura todavía relucía en sus muros y yo salía al alba, a mediodía y al anochecer para saludar a los dioses y pronunciar las oraciones que el pueblo esperaba. Pero ahora vamos: ya es hora de cruzar el río y visitar el templo de Ramsés III. Ardo en deseos de verlo.

Hizo una seña a uno de los egipcios con turbante para que los llevara al templo. Julie se alegró de poder librarse del resto del grupo por un rato.

Pero, cuando llegaron al inmenso templo en ruinas, con su bosque de columnas, Ramsés se hundió en un extraño silencio. Miró con gesto ausente los grandes relieves del rey en la batalla.

-Este fue mi primer alumno -dijo por fin-, al que me presenté después de cientos de años de viajes. Había vuelto a morir a Egipto, pero nada podía matarme. Entonces pensé lo que debía hacer: ir a la casa real y convertirme en un guardián, en un maestro. El me creyó, éste, mi hijo lejano. Cuando le hablé de historia, de tierras distantes, él me escuchó.

-¿Y no quiso conseguir el elixir? -preguntó Julie.

Estaban solos entre las ruinas del gran salón, rodeados por pilares esculpidos. El viento del desierto comenzaba a ser más frío y jugaba con los cabellos de Julie. Ramsés la tomó en sus brazos.

-Nunca le dije que yo había sido mortal en otros tiempos -explicó-. Jamás se lo dije a nadie. En mis primeros años de vida inmortal comprendí lo que el secreto podía provocar. Había visto a mi hijo convertirse en un traidor por su culpa. Por supuesto, fracasó en su intento de apresarme y hacerme confesar el secreto. Entonces le cedí el trono y abandoné Egipto durante varios siglos. Pero aprendí lo que el conocimiento podía hacer. Y muchos siglos después se lo conté a Cleopatra.

Ramsés guardó silencio. Era evidente que no quería seguir. El dolor que lo había atacado en Alejandría había vuelto. La luz había desaparecido de sus ojos. Volvieron al carruaje en silencio.

-Julie, debemos acelerar el viaje -dijo él en el camino de vuelta-. Mañana veremos el Valle de los Reyes y zarparemos hacia El Cairo.

Salieron al amanecer, antes de que el sol se elevara en el cielo.

Julie iba del brazo de Elliott. Ramsés respondía animadamente a las preguntas de éste, y avanzaban despacio por el camino, descendiendo entre tumbas profanadas, turistas, fotógrafos y vendedores ambulantes ataviados con turbantes y sucias *galahiyyas,* que intentaban vender a voces falsificaciones de todo tipo.

Julie estaba sintiendo los efectos del calor. Su gran sombrero de paja no servía de mucho. Se detuvo un momento y respiró hondo. El hedor a excremento de camello y orina le provocó náuseas.

Un hombre harapiento apareció a su lado y, al bajar la vista, Julie vio una mano negra extendida, con dedos retorcidos como las patas de una araña.

Dejó escapar un grito de horror.

-¡Fuera! -le ordenó Alex con brusquedad-. El comportamiento de estos nativos es intolerable.

-¡Mano de momia! -exclamó el vendedor-. ¡Mano de momia! ¡Muy antigua!

-Seguro -repuso Elliott, y se echó a reír-. Probablemente viene de alguna fábrica de momias en El Cairo.

Pero Ramsés estaba mirando al egipcio y a la mano como si estuviera en trance. En los ojos del hombre apareció una mirada de terror. Ramsés le arrebató la mano reseca, y el vendedor cayó de rodillas y comenzó a retroceder.

-¿Qué demonios...? -dijo Alex-. No querrá comprar esa asquerosidad.

Ramsés miraba absorto la mano y los fragmentos de vendas que todavía seguían pegados a ella.

Julie se dio cuenta de que ocurría algo. ¿Estaba horrorizado por el sacrilegio? ¿O aquel miembro cercenado tenía otra fascinación para él? Fugazmente volvió a su memoria el recuerdo de la momia en el sarcófago, en la biblioteca de su padre. El ser al que más amaba

en el mundo había sido antes aquella momia. Le pareció que había transcurrido un siglo desde entonces.

Elliott contemplaba la escena con aguda concentración.

-¿Qué ocurre, mi señor? -preguntó Samir en voz baja. ¿Lo habría oído Elliott?

Ramsés sacó del bolsillo varias monedas y las tiró en dirección al aterrorizado vendedor. El hombre las recogió apresuradamente del suelo y salió huyendo como alma que lleva el diablo. Entonces Ramsés sacó su pañuelo, envolvió con cuidado la mano y se la guardó en el bolsillo.

-¿Qué nos estaba diciendo? -inquirió Elliott con despreocupación, reanudando la conversación como si nada hubiera sucedido-. Creo que decía que el tema dominante de nuestro tiempo es el cambio.

-Sí -respondió Ramsés con un suspiro. Parecía ver el valle desde una nueva perspectiva. Miraba con ojos ausentes las puertas abiertas de las tumbas, los perros tumbados al sol.

-Y el tema dominante de los tiempos antiguos -continuó Elliott- era que las cosas seguirían siempre igual.

Julie veía los sutiles cambios que se estaban produciendo en el rostro de Ramsés, la vaga sombra de desesperación. Aún así, respondió a Elliott con voz suave, mientras seguían caminando.

-Sí. No había concepto de progreso. Pero entonces el concepto del tiempo tampoco estaba tan desarrollado como ahora. Con el nacimiento de cada rey se comenzaban a contar los años de una nueva era. Pero eso ya lo sabe usted. Nadie contaba el tiempo por siglos. No estoy seguro de que el egipcio común hubiera comprendido la idea de siglo.

Estaban en Abu Simbel. Por fin habían llegado al mayor de los templos de Ramsés. La excursión a tierra había sido breve a causa del calor, pero ahora el frío viento nocturno barría el desierto.

Julie y Ramsés descendieron por una escalera de cuerda al bote. Ella se arropó con el chal que llevaba sobre los hombros. La luna colgaba peligrosamente baja sobre el agua reluciente.

Con la ayuda de un sirviente nativo, montaron en los camellos que los esperaban y partieron hacia el gran templo que albergaba las mayores estatuas de Ramsés que todavía seguían en pie.

Era emocionante montar aquellas inmensas y terribles bestias, y Julie reía sin cesar. No se atrevía a mirar al suelo, y se alegró cuando los camellos se detuvieron, Ramsés desmontó de un salto y la ayudó a bajar del suyo.

El sirviente se llevó a los animales, y Ramsés y ella quedaron solos bajo el cielo estrellado. A lo lejos se veía la luz procedente del pequeño campamento. Julie vio la linterna que brillaba a través de la tela de la tienda y distinguió la pequeña fogata danzando al viento, desvaneciéndose un momento para volver a brotar al siguiente con un fuerte brillo dorado.

Entraron en el templo y pasaron bajo las piernas gigantes del faraón. Si había lágrimas en los ojos de Ramsés, el viento debió de llevárselas, pero Julie sí oía sus suspiros, y al cogerle la mano sintió un leve temblor.

-¿Adonde fuiste cuando terminó tu reinado? -preguntó ella-. Cediste el trono a Meneptah y te fuiste...

-Viajé por todo el mundo, todo lo lejos que fui capaz; tan lejos como ningún hombre había sido capaz. Entonces conocí los grandes bosques de Britannia. Sus habitantes vestían con pieles y se escondían tras los árboles para disparar sus arcos de madera. Fui al Lejano Oriente, y conocí ciudades de las que ya no queda rastro. Estaba comenzando a comprender que el elixir tenía sobre mi cerebro el mismo efecto que sobre mis miembros.

Podía aprender lenguas en pocos días, adaptarme a todo con gran rapidez. Pero inevitablemente llegaba... la confusión.

-¿Qué quieres decir? -inquinó ella. Se habían detenido. El cielo estrellado iluminaba sus rostros cuando él la miró a los ojos.

-Ya no era Ramsés. Ya no era rey. No tenía patria.

-Comprendo.

-Me dije a mí mismo que el mundo entero era mi patria. Tenía que recorrerlo, que verlo todo. Pero no era cierto. Tenía que volver a Egipto.

-Y fue entonces cuando quisiste morir.

-Y me presenté al faraón Ramsés III y le dije que había sido enviado para ser su guardián. Pero eso fue después de comprobar que ningún veneno me afectaba. Ni siquiera el fuego podía matarme. Herirme sí, más que a cualquier humano, pero no matarme. Era inmortal. Un sorbo del elixir me había hecho aquello. ¡Inmortal!

-Es muy cruel -suspiró ella. Pero había cosas que aún no comprendía, y que no se atrevía a preguntar. Pensó que debía tener paciencia.

-Hubo otros muchos después de mi valiente Ramsés III. Y también grandes reinas. Me presentaba a ellos cuando me venía en gana. Para entonces ya me había convertido en una leyenda: el fantasma que sólo hablaba a los reyes de Egipto. Mi aparición era considerada una bendición. Y, desde luego, tenía mi vida secreta. Recorría sin descanso las calles de Tebas como un hombre cualquiera, buscando compañía, mujeres, bebiendo en las tabernas...

-¿Pero nadie sabía tu secreto? -Julie sacudió la cabeza con incredulidad-. No sé cómo pudiste resistirlo.

-Al final no pude -repuso él con tristeza-. Por ello escribí mi historia en los rollos que tu padre encontró en mi tumba. Pero en aquellos tiempos yo era más valiente. Y tenía amor, Julie. Debes tener eso en cuenta.

Hizo una pausa y pareció escuchar el viento.

-Me adoraban -continuó-. Era como si hubiera muerto, y me hubiera convertido en lo que decía ser: en guardián de la casa real, protector de los reyes, azote de los malvados; leal, no al rey, sino al reino.

-¿No se sienten nunca solos los dioses? El rió suavemente.

-Sabes la respuesta. Pero no comprendes el poder de la poción que me convirtió en lo que soy. Yo mismo no lo comprendo del todo. ¡Cuántas locuras hice en aquellos años, cuando experimentaba con mi cuerpo como un médico! -Una mirada de amargura cruzó sus ojos-. Comprender este mundo, ésa es nuestra tarea, ¿no crees? Y hasta las cosas más simples se nos resisten.

-Sí, eso es muy cierto -susurró ella.

-En los momentos más duros, flaqueó mi fe. Yo lo comprendía, pero los que me rodeaban no. «También esto pasará», decían. Pero al final estaba tan hastiado, tan cansado...

Ramsés le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia sí, mientras salían del templo. El viento se había calmado. El le daba calor con su cuerpo.

-Los griegos habían llegado a nuestras tierras: Alejandro Magno, el constructor de ciudades, el hacedor de nuevos dioses. Yo sólo deseaba el sueño eterno. Y sin embargo tenía miedo, como cualquier mortal.

-Lo sé -murmuró ella. Un escalofrío le recorrió la columna.

-Al fin busqué la solución del cobarde: entré en la tumba, en la oscuridad, sabiendo que me debilitaría gradualmente hasta caer en un sueño profundo del que yo solo no podría despertar. Pero los sacerdotes de la casa real sabrían dónde me encontraba y también que la luz del sol podía hacerme despertar. Transmitirían el secreto a cada nuevo rey, con la

advertencia de que, si se me despertaba, debía ser para el bien de Egipto. Y que cualquiera que lo hiciese por curiosidad o con fines malvados sufriría mi venganza.

Cruzaron las puertas del templo, y Ramsés se volvió para dedicarle una última mirada. En lo alto, el rostro del rey estaba bañado por la luz de la luna.

-¿Eras consciente de algo mientras dormías?

-No lo sé. ¡Yo mismo me lo he preguntado muchas veces! De vez en cuando me sentía a punto de despertar, de eso estoy seguro. Y soñaba; ¡dioses, cómo soñaba! No había urgencia ni ansia, pero no podía despertar. No tenía fuerza para tirar de la cadena que permitiría entrar a la luz del sol. Quizá de algún modo sabía lo que había ocurrido en el mundo exterior. Desde luego no me sorprendió saberlo después. Me había convertido en una leyenda: Ramsés el Maldito, Ramsés el Inmortal, que dormía en su cueva esperando que un valiente monarca de Egipto lo despertara. Pero pienso que en el fondo no lo creían. Hasta que...

-Llegó ella.

-Ella fue la última reina de Egipto. Y la única a la que conté toda la verdad.

-¿Pero de verdad rechazó el elixir?

El hizo una pausa. Era como si se resistiera a responder.

-A su manera, sí lo rechazó. Creo que no llegó a comprender lo que era el elixir. Después me pediría que se lo diera a Marco Antonio.

-Comprendo.

-Marco Antonio era un hombre que había destruido su propia vida y la de ella. Pero Cleopatra no sabía lo que me estaba pidiendo. No lo comprendía, no se daba cuenta de lo que habrían sido un rey y una reina egoístas con tal poder. Y también habrían querido la fórmula. ¿No habría deseado Marco Antonio tener ejércitos inmortales?

-¡Dios santo! -susurró ella.

Ramsés se apartó súbitamente de ella. Estaban ya a cierta distancia del templo. Ramsés se volvió y miró por última vez las grandes estatuas sentadas que custodiaban la entrada.

-¿Pero por qué escribiste la historia en los rollos? -preguntó ella.

-Por cobardía, mi amor; por cobardía y con la esperanza de que alguien encontrara mi cuerpo y mi historia y me quitara el peso de este secreto de los hombros. Había fracasado, mi amor. Había perdido las fuerzas. Por ello decidí dormir y dejé allí mi historia... como una ofrenda al destino.

Ella se acercó y lo rodeó con sus brazos, pero Ramsés no la miró. Seguía observando las estatuas con los ojos llenos de lágrimas.

-Quizá soñé que algún día despertaría en un nuevo mundo, en el que habría personas más sabias. Quizá soñé que encontraría a alguien... que aceptara el desafío. -Le flaqueó la voz-. Que dejaría de ser un vagabundo solitario. Que Ramsés el Maldito se convertiría de nuevo en Ramsés el Inmortal.

Ramsés la miró como si sus propias palabras lo sorprendieran. Entonces la tomó por los hombros y la besó.

Ella se entregó al beso con toda su alma. Sintió que sus brazos la levantaban en el aire. Apoyó la cabeza en su pecho mientras él echaba a andar hacia la tienda. Las estrellas caían sobre las distantes colinas. El desierto era un mar tranquilo que rodeaba el cálido refugio en el que entraron.

Olía a incienso y a cera. Ramsés la depositó en un lecho de almohadones de seda tendido sobre una alfombra de flores oscuras. Las danzarinas llamas de las velas le hicieron cerrar los ojos. La seda estaba impregnada de un suave perfume. Ramsés había preparado todo aquello para ella, para él mismo, para aquel momento.

-Te amo, Julie Stratford -le susurró al oído-. Mi reina inglesa. Mi bella reina más allá del tiempo.

Sus besos la paralizaban. Estaba tendida, con los ojos cerrados, y le dejó abrir la blusa de encaje, desabrocharle la falda. Lujuriosamente indefensa, dejó que le arrancara el corsé y las largas enaguas de seda. Julie quedó desnuda, mirándolo mientras se despojaba de sus ropas.

Tenía el aspecto de un rey. Su pecho desnudo brillaba a la luz de las velas; su sexo estaba erguido y dispuesto para ella. Entonces Julie sintió el maravilloso peso de aquel hombre sobre ella, aplastándola. Brotaron lágrimas de sus ojos, lágrimas de alivio, y un suave gemido escapó de sus labios.

-Derriba la puerta -susurró-, la puerta de mi virginidad. Ábrela. Soy tuya para siempre.

El rompió el sello. Una aguda punzada de dolor explotó en su interior y dio paso al instante a una pasión sin límites. Julie lo besó con desesperación. Sintió el sabor de la sal y el calor de su cuello, de su rostro, de sus hombros. Él la penetró profundamente una y otra vez, y ella arqueó la espalda, alzándose, apretándose contra él.

Cuando la primera oleada de placer estalló, Julie gritó como si fuera a morir. Oyó el profundo gruñido que escapó de la garganta de Ramsés al alcanzar el éxtasis. Pero no era más que el principio.

Elliott había visto alejarse el bote. Con los binoculares pudo distinguir la tenue luz del campamento entre las dunas, así como la diminuta figura del sirviente y los camellos.

Entonces atravesó la cubierta lentamente, sin atreverse a usar el bastón para no hacer ruido, y giró el pomo de la puerta de Ramsés.

Estaba abierta. Entró sigilosamente en la pequeña y oscura habitación.

«Ah, esta obsesión me ha convertido en un ladrón», pensó. Pero no se detuvo. No sabía cuánto tiempo tendría. A la luz de la luna que entraba por la puerta, registró el armario, lleno de ropa pulcramente ordenada, los cajones de la mesa, y todo lo demás. No había ninguna fórmula secreta en aquella habitación. A no ser que estuviera muy bien escondida.

Al poco rato abandonó la búsqueda. Se inclinó un momento sobre la mesa y miró los libros de biología abiertos. Y entonces vio por el rabillo del ojo algo negro y horrible que lo sobresaltó. No era más que la mano marchita y retorcida de la momia.

Se sintió estúpido y avergonzado, pero permaneció allí, mirando aquella cosa. El corazón le latía peligrosamente en el pecho, y de repente sintió el lacerante dolor y el hormigueo en el brazo izquierdo que solían acompañar a tales sobresaltos. Intentó recuperar la tranquilidad respirando muy lentamente.

Por fin salió del camarote y cerró la puerta tras de sí.

«Soy un ladrón», pensó, y se dirigió de vuelta al salón apoyándose en su bastón con puño de plata.

Casi había amanecido. Hacía horas que habían abandonado la calidez de la tienda y se habían dirigido al templo desierto, envueltos tan sólo en las sábanas de seda. Habían hecho el amor sobre la arena una y otra vez. Y después él, el rey que había construido aquella casa, había rodado boca arriba y se había quedado mirando las estrellas.

No dijeron nada. Julie sentía la calidez de aquel maravilloso cuerpo contra el suyo. Y la suavidad de la sábana que la envolvía.

Justo antes del amanecer, Elliott despertó. Se había quedado dormido en un sillón. Oyó el ronroneo del bote que se aproximaba, y luego el crujir de la escalera de cuerda al subir los dos amantes a bordo. Escuchó sus pasos furtivos en cubierta. Y se hizo de nuevo el silencio.

Cuando abrió los ojos vio a su hijo entre las sombras. El estado de sus ropas daba a entender que había dormido vestido. Estaba sin afeitar. Vio a su hijo tomar un cigarrillo de la caja de marfil que había sobre la mesa y encenderlo.

Alex advirtió su presencia, pero durante varios segundos ninguno dijo una palabra. Al

fin Alex le dedicó una de sus familiares y tristes sonrisas.

-Bien, padre -dijo lentamente-, creo que es hora de partir hacia El Cairo y disfrutar de un poco de civilización.

-Eres un hombre bueno, hijo mío -repuso Elliott con suavidad.

«Todos deben de haberse dado cuenta», pensó Julie. Estaba tendida junto a Ramsés, cubierta por las sábanas de su cama. El pequeño vapor navegaba hacia el norte, hacia El Cairo.

Y sin embargo se estaban comportando con discreción. El iba a su camarote sólo cuando no había nadie a la vista, y no se mostraban ningún afecto en público. Pero apuraban hasta el final la libertad que habían robado. Hacían el amor hasta el amanecer, luchando y debatiéndose en la oscuridad mientras el motor del barco los impulsaba adelante sin cesar.

Era demasiado para desear algo más. Pero Julie quería más. Hubiera querido deshacerse de aquellos a los que amaba, quedarse a solas con él. Quería ser su mujer y estar entre gente que no hiciera preguntas. Sabía que cuando llegaran a El Cairo tomaría una decisión. Y no volvería a ver Inglaterra en mucho tiempo, a no ser que Ramsés lo quisiera.

Eran las cuatro. Ramsés estaba de pie junto a la cama. Julie se había quedado dormida, y sus cabellos castaños eran una gran sombra que se extendía bajo su cabeza. La arropó con cuidado para que no se enfriara.

Buscó entre la maraña de sus ropas el cinturón interior con bolsillos y palpó a través del tejido los cuatro pequeños tubos. Se lo ató a la cintura y se vistió.

No había nadie en cubierta, pero estaba encendida la luz del salón. Cuando miró a través de las persianas de madera, vio a Elliott cabeceando en el sillón de cuero, con un libro abierto entre las manos y una copa de vino tinto a su lado.

Nadie más.

Entró en su camarote, cerró la puerta y bajó la persiana de la ventana. Entonces se acercó a la mesa, encendió la pequeña lámpara, se sentó en la butaca y se quedó mirando la mano de la momia, casi cerrada como un puño, con uñas amarillentas como incrustaciones de marfil.

¿Tendría el coraje suficiente para hacer lo que pretendía? ¿No había hecho ya experimentos suficientes en eras pasadas? Pero tenía que saberlo. Tenía que saber lo poderoso que era el elixir. Se dijo que era mejor esperar a contar con un laboratorio, con equipo adecuado...

Pero quería saberlo ya. La idea se había introducido en su mente durante la visita al Valle de los Reyes, al ver la mano correosa y renegrida. No era ninguna falsificación. Lo había sabido al ver el fragmento de hueso que había desgarrado la piel de la muñeca y la piel negruzca pegada a las falanges.

Era tan antigua como él mismo.

Apartó a un lado los libros de biología. Puso la mano cortada justo bajo la lámpara y desenvolvió despacio las vendas. Todavía se distinguía el sello del embalsamador y los diminutos jeroglíficos que indicaban que aquella mano era aún anterior a su tiempo. Ah, pobre hombre que había creído en los dioses y en la magia de los embalsamadores.

«No lo hagas.» Sin embargo, se desabrochó la camisa y sacó del cinturón oculto el pequeño tubo medio vacío. Abrió el tapón con el pulgar sin pensar en lo que hacía.

Vertió el elixir sobre la mano ennegrecida, en la palma, en los dedos retorcidos.

Nada.

¿Fue alivio lo que sintió? ¿O quizá decepción? Por un momento no lo supo. Miró hacia la ventana y vio las delgadas láminas de luz que entraban por las persianas. Quizás era necesaria la luz del sol para que la pócima surtiera efecto. Aunque cuando él la había tomado por primera vez en la cueva de la sacerdotisa no había sido así. Había sentido la

poderosa alquimia obrar en su interior antes de que los rayos del sol lo tocaran. Desde luego, el sol lo había fortalecido increíblemente, pero en un principio no había sido necesario.

Bien, gracias a los dioses el elixir no tenía poder sobre las cosas muertas. Gracias a los dioses, aquella horrenda poción tenía sus límites.

Sacó un cigarro, lo encendió y aspiró profundamente. Se sirvió una copa de coñac y dio un sorbo.

El sol fue iluminando la habitación. Sintió un deseo incontenible de volver a la habitación de Julie y tomarla en sus brazos. Pero sabía que no podía hacerlo durante el día. Y la verdad era que apreciaba al joven Savarell lo suficiente para no querer hacerle daño deliberadamente. Y, por supuesto, tampoco quería ofender a Elliott. Entre los dos había surgido algo muy parecido a una verdadera amistad.

Cuando oyó los primeros ruidos que producían sus compañeros de viaje en la cubierta, volvió a cerrar el tubo y lo guardó en el cinturón. Se levantó para cambiarse de ropa, y de repente un sonido lo sobresaltó.

La luz de la mañana inundaba el camarote. Durante un instante no se atrevió a volverse. Entonces volvió a oírlo: *eran arañazos.*

Con las sienes latiéndole con fuerza, giró sobre los talones y miró hacia la mesa. ¡La mano estaba viva! Se movía. Estaba con la palma hacia arriba y los dedos se agitaban como desentumeciéndose. Comenzó a mecerse, como dándose impulso, y finalmente se dio la vuelta y quedó apoyada sobre los cinco dedos como un gran escarabajo.

Ramsés retrocedió espantado. Una antigua plegaria en egipcio escapó de sus labios. «¡Dioses, perdonad mi blasfemia!» Temblando con violencia, pensó que debía cogerla, pero no se atrevió. Vio sobre la mesa un cuchillo y sin pensarlo lo descargó sobre la mano y la clavó a la mesa. Los dedos parecían retorcerse para alcanzar la hoja.

Entonces sujetó aquel objeto monstruoso con la mano izquierda y lo apuñaló una y otra vez hasta hacerlo pedazos.

La sangre brotaba en abundancia, y era sangre viva. ¡Oh, dioses! Los trozos seguían moviéndose y bajo la luz del sol iban tomando un color rosado, de carne saludable.

Ramsés se precipitó en el pequeño cuarto de baño, cogió una toalla y volvió a la mesa. Después de envolver los trozos con ella, empuñó la pesada lámpara y golpeó el bulto con la base de bronce una y otra vez. Todavía sentía bajo la tela el movimiento de la carne viva.

Dejó escapar un gemido. «¡Oh, Ramsés, necio! ¡Tu estupidez no tiene límites!» Con un rápido movimiento cogió el bulto cálido y palpitante, salió a cubierta y lo lanzó por la borda a la masa oscura del río. Se quedó allí un instante, bañado en sudor, con la toalla ensangrentada en la mano, hasta que los trozos de carne sanguinolenta desaparecieron. Entonces lanzó también al agua la toalla y el cuchillo. Apoyó la espalda contra la cabina y se quedó mirando la ribera de arena dorada y las distantes colinas, todavía teñidas de un pálido violeta por las primeras luces.

Los años parecieron disolverse. Oyó otra vez los lamentos en el palacio. Oyó a su ayuda de cámara, que abría las puertas del salón del trono sin dejar de gritar.

-Los está matando, mi señor. Se retuercen y la vomitan, y también vomitan sangre.

-¡Reúnelo todo y quémalo! -había gritado Ramsés-. Cada árbol, todo, hasta el último grano. ¡Lánzalo todo al río!

¡La locura! ¡El desastre!

Pero, al fin y al cabo, él no había sido más que un hombre de su tiempo. ¿Qué sabían los magos de células, microscopios y medicina moderna?

Sin embargo no podía dejar de oír los gritos de cientos de personas que salían de sus casas retorciéndose y se dirigían a la gran plaza, al palacio.

-Se mueren, mi señor. Es la carne. Los está envenenando.

-Sacrifica a todos los demás animales.

-Pero, mi señor...

-Que los despedacen, ¿me oyes? ¡Y que lancen sus restos al río!

Volvió a mirar ahora la masa de agua oscura. En algún lugar, río arriba, los pedazos de la mano seguían vivos. En algún lugar, enterrados en el fango, aquellos granos de trigo seguían vivos, los animales despedazados seguían con vida.

«Te aseguro que es un secreto terrible, un secreto que puede significar el fin del mundo.»

Volvió a su camarote y, tras cerrar la puerta con llave, se dejó caer en la butaca y lloró amargamente.

Era mediodía cuando salió a cubierta. Julie estaba en su pilón favorito leyendo aquella historia de la antigüedad que tanto hacía reír a Ramsés con sus mentiras y confusiones, testaba anotando al margen de una página alguna pregunta que le haría más tarde a él.

-Por fin te levantas -dijo ella. Entonces vio la expresión de su rostro-. ¿Qué te ocurre?

-Estoy harto de este lugar. Quiero visitar las pirámides, el museo, lo que sea necesario, y marcharme de aquí cuanto antes.

-Sí, lo comprendo. -Le hizo una seña para que se sentara junto a ella-. Yo también quiero irme -aseguró ella, y lo besó fugazmente en los labios.

-Ah, por favor, hazlo otra vez -le pidió él sonriendo-. ¡No sabes cuánto me alivia!

-No estaremos en El Cairo más que unos días, te lo prometo.

-¡Unos días! ¿No podemos alquilar un automóvil y verlo todo? O mejor, ¿no podemos tomar un tren a la costa y olvidarlo todo?

Ella bajó la vista y suspiró.

-Ramsés -dijo-, tienes que perdonarme. Pero Alex está muy ilusionado con ir a la ópera en El Cairo. Y Elliott también. Más o menos les he prometido que iríamos...

Ramsés dejó escapar un gruñido.

-Además, quiero despedirme de ellos allí. Decirles que no voy a volver a Inglaterra. Y... bueno, necesito tiempo. -Estudió detenidamente el rostro de Ramsés-. Por favor...

-Por supuesto -asintió él-. Esa ópera, ¿es algo nuevo? Quizá sea interesante verlo.

-¡Claro! -exclamó ella-. Bueno, es una historia egipcia. Pero la escribió un italiano hace cincuenta años especialmente para el Palacio de la Opera de El Cairo. Creo que te gustará.

-¿Muchos instrumentos? ;,

-Sí. -Julie se echó a reír-. ¡Y muchas voces!

-De acuerdo. Iremos. -Se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla y a continuación en el cuello-. ¿Pero después serás mía, mi bella reina, solamente mía?

-Sí, con toda mi alma -susurró ella.

Cuando aquella noche se disculpó por no bajar de nuevo a Luxor, el duque le preguntó si consideraba el viaje a Egipto un éxito, si había encontrado lo que buscaba.

-Creo que sí -respondió Ramsés, sin apenas levantar la vista de un libro de geografía-. Creo que he encontrado el futuro.



La casa había pertenecido a un mameluco. Era un pequeño palacio, y a Henry le gustaba, aunque no tenía la menor idea de lo que eran los mamelucos, aparte de que en algún tiempo habían gobernado Egipto. Bien, pues podían quedárselo, por lo que a él respectaba. Pero por el momento estaba muy a gusto, y en aquella pequeña casa amueblada con una mezcla de antigüedades orientales y cómodos muebles Victorianos tenía prácticamente todo lo que podía desear.

Malenka no paraba de prepararle deliciosos platos fuertemente sazonados con especias de los que disfrutaba cuando se hartaba de beber e incluso cuando estaba tan borracho que cualquier otra comida le sabía a atole. [Bebida a manera de gachas, que se hace con harina, ordinariamente de maíz, disuelta en agua o leche hervida. *(N. del T.)]*

Y la bailarina también le proporcionaba toda la bebida que podía necesitar. Se llevaba sus beneficios a la zona británica de la ciudad y volvía con su ginebra, whisky y coñac favoritos.

Hacía ya ocho días que sus ganancias estaban siendo considerables. Jugaba desde el mediodía hasta entrada la noche. Era tan fácil desplumar a todos aquellos norteamericanos que pensaban que los ingleses eran imbéciles... Sin embargo debía tener cuidado con el francés. Aquel tipo era muy listo. Pero no hacía trampas, y pagaba sus deudas puntualmente, aunque Henry no podía imaginar de dónde sacaba el dinero un personaje de tan mala catadura.

Por las noches hacía el amor con Malenka en la gran cama victoriana. A ella le encantaba, pues aquella cama con cabecero de caoba y una inmensa mosquitera de gasa la hacía sentirse como una aristócrata. Bien, pues dejémosla que sueñe. Por el momento, adoraba a aquella mujer. No le importaba en lo más mínimo no volver a ver a Daisy Banker. De hecho, más o menos había decidido no volver a Inglaterra.

Tan pronto como llegaran Julie y sus escoltas, partiría hacia Estados Unidos. Se le había ocurrido que quizá su padre, atraído por la idea de perderlo de vista, estuviera dispuesto a pasarle una cantidad fija de dinero por permanecer en Nueva York o California.

San Francisco era una ciudad que lo atraía muchísimo. Había sido casi totalmente reconstruida después del terremoto, y Henry tenía el presentimiento de que allí podría triunfar, lejos de todo lo que odiaba de Inglaterra. Y tampoco estaría mal llevarse a Malenka. En California, ¿a quién le importaría que su piel fuese más oscura que la de él?

Su piel. Adoraba la piel de Malenka, caliente y con sabor a humo. Varias veces había salido de su pequeño palacio y había ido a verla bailar al European Club. Le gustaba su baile. Incluso era posible que pudiera hacer una brillante carrera en Estados Unidos, y él sería su agente, por supuesto. Aquello sería una fuente adicional de ingresos, ¿y qué mujer no habría estado dispuesta a cambiar aquella ciudad hedionda por Norteamérica? Malenka ya estaba aprendiendo inglés sola, poniendo en el gramófono unos discos que había comprado en el sector británico.

A Henry le hacía reír oírla repetir una y otra vez aquellas frases estúpidas: «¿Lo tomará con azúcar? ¿Lo tomará con leche?». No lo hacía mal, y desde luego era muy avispada en lo tocante al dinero, eso era evidente. De no haber sido así, no habría podido conservar aquella casa después de haber sido abandonada por su joven hermano.

El problema principal era que debía manejar a su padre con sumo cuidado. Era el único motivo por el que todavía no se había ido de El Cairo, porque su padre tenía que seguir creyendo que estaba con Julie, que cuidaba de ella y todas aquellas tonterías. Hacía varios días que había enviado un telegrama a Randolph pidiéndole más dinero y añadiendo algo así como que Julie estaba muy bien. Pero no estaba dispuesto a volver con ella a Londres. Era absurdo. Tenía que pensar en algo.

Aunque tampoco tenía ninguna prisa por salir de allí. Por undécimo día consecutivo, el juego le había ido muy bien.

Y habían pasado varios días desde la última vez que había salido de la casa, excepto para desayunar en el jardín. Le gustaba aquel jardín. Le gustaba estar en un mundo completamente cerrado. Le gustaba el pequeño estanque, el tilo, e incluso el loro de Malenka, un loro gris africano que no carecía de interés.

El lugar tenía un aire lujurioso y abandonado que lo atraía. A media noche la sed solía despertarlo, y entonces tanteaba el suelo en busca de su botella y se sentaba en el salón entre almohadones bordados a escuchar en el gramófono los discos de *Aída.* Entrecerraba los ojos y los colores se confundían.

Así era exactamente la vida que él deseaba: juego, bebida, un lugar propio y seguro. Y una mujer cálida y voluptuosa que se desnudara cada vez que él chasqueara los dedos.

La hacía vestirse con sus trajes de baile en casa. Le gustaba ver su vientre plano y brillante y sus pechos erguidos bajo el satén púrpura. Le gustaban los grandes aros que llevaba en las orejas y la fina cabellera que le caía por la espalda. Le gustaba agarrar aquellos espesos cabellos y atraer suavemente a Malenka hacia sí.

Ah, era la mujer perfecta para él. Le lavaba las camisas y le planchaba la ropa, y se encargaba de que nunca le faltara tabaco. Y le traía revistas y periódicos cuando él se los pedía.

Pero aquello cada vez le interesaba menos. El mundo exterior no existía, excepto en sus sueños sobre San Francisco.

Por eso le contrarió que llamaran a la puerta. Era un telegrama. No debía haber dejado aquella dirección en el Shepheard's. Pero no tenía elección, si quería recibir el dinero que le iba a enviar su padre. Era muy importante no enfurecerlo antes de llegar a algún acuerdo.

Con expresión fría y desagradable el francés esperó a que abriera el sobre amarillo y comprobara que el mensaje no era de su padre, sino de Elliott.

-Maldita sea -murmuró-. Están a punto de llegar. -Se lo dio a Malenka-. Plánchame el traje. Tengo que volver al hotel.

-No puedes retirarte ahora -dijo el francés. El alemán inhaló una larga bocanada de su cigarro. Era incluso más estúpido que el francés.

-¿Quién ha dicho que vaya a retirarme? -replicó Henry. Barajó con destreza y repartió cartas.

Iría a Shepheard's más tarde y se daría una vuelta por sus habitaciones. Pero no se quedaría a dormir allí.

-Yo ya tengo suficiente -dijo el alemán enseñando los dientes amarillentos.

El francés se quedaría fácilmente hasta las diez o las once.

El Cairo. Aquel lugar no había sido más que desierto en tiempos de Ramsés, aunque un poco más al sur estaba Saqqara, adonde había peregrinado en una ocasión para ver la pirámide del primer rey de Egipto. Y desde luego también había visitado las pirámides de sus grandes antepasados.

Y ahora era una metrópolis aún mayor que Alejandría. El sector británico no se diferenciaba en nada de cualquier barrio alto de Londres, excepto en que hacía demasiado

calor: calles pavimentadas, árboles cuidadosamente podados... También había numerosos automóviles, cuyos rugidos y bocinazos espantaban a los camellos y asnos. El Shepheard's Hotel era otro palacio «tropical» con grandes porches, contraventanas de tablillas y unos cuantos objetos de aire egipcio repartidos por aquí y por allá, poblado por los mismos turistas ricos que había visto en Alejandría.

Delante de los dos ascensores de hierro habían puesto un gran anuncio de la ópera: *Aída.* Y una vulgar ilustración de dos egipcios antiguos abrazados entre palmeras y pirámides. En primer plano aparecía otra ilustración encerrada en un óvalo que representaba a una pareja moderna bailando.

BAILE DE LA OPERA
-APERTURA DE LA TEMPORADA-
SHEPHEARD'S HOTEL

Muy bien, si aquello era lo que quería Julie... Tenía que confesar que le apetecía ver un gran teatro y escuchar una verdadera orquesta. ¡Oh, había tantas cosas que ver!

Pero debía aguantar los últimos días en su tierra natal sin protestar. Había una buena biblioteca en El Cairo, según le había dicho Elliott. Se dedicaría a estudiar, y una noche haría una escapada para visitar a la Esfinge y hablar con los espíritus de sus antepasados.

Y no es que creyera que estaban realmente allí, no. Ni siquiera en los tiempos antiguos había creído en los dioses, quizá porque los hombres lo consideraban a él uno de ellos. Y él sabía perfectamente que no lo era.

¿Hubiera abatido un dios a la sacerdotisa con su espada tras beber el elixir? Pero él ya no era el hombre que había hecho aquello. No; si la vida le había enseñado algo, era el significado de la crueldad.

Era el espíritu de la ciencia moderna lo que adoraba ahora. Soñaba con un laboratorio en algún lugar tranquilo y aislado, donde pudiera descomponer químicamente el elixir. Conocía los ingredientes, por supuesto, y sabía que podía encontrarlos con tanta facilidad como mil años antes. Había visto aquel pescado en los mercados de Luxor. Había visto saltar a las mismas ranas en los pantanos del Nilo, y las plantas seguían creciendo salvajemente en aquellos pantanos.

Pero el laboratorio tendría que esperar. Julie y él tenían que hacer todavía muchos viajes. Y antes de poder hacerlo, ella también tenía que despedirse de los que amaba. Cuando pensó que Julie iba a renunciar a su hermoso y opulento mundo, sintió un escalofrío. Por muchas que fueran sus inquietudes, la quería demasiado para intentar disuadirla.

Y también estaba pendiente el asunto de Henry, que no se había atrevido a aparecer ante ellos desde que habían llegado. Henry, que había montado un garito de juego en la casa de una bailarina en el viejo Cairo.

Los empleados no habían tardado en darles la información. Al parecer el joven Stratford les había pagado muy poco por ocultar sus excesos.

¿Pero qué podía hacer Ramsés con la información, si Julie no lo dejaba actuar? Desde luego, no podía dejar a aquel hombre con vida cuando abandonaran El Cairo. ¿Pero cómo hacerlo para que Julie no sufriera más?

Elliott estaba sentado en su cama con la espalda apoyada en el recargado cabecero y el mosquitero recogido a los lados. Era agradable volver a estar en una *suite* del Shepheard's.

El dolor de la cadera era casi insoportable. Los largos paseos por Luxor y Abu Simbel lo habían dejado exhausto. Tenía también una ligera congestión pulmonar y desde hacía días el corazón le latía demasiado rápido con cierta frecuencia.

Miró a Henry, que caminaba arriba y abajo por la *suite* de estilo colonial con la habitual

decoración a base de mobiliario Victoriano y decoración egipcia en las paredes.

Henry tenía ya todo el aspecto de un bebedor empedernido, con su traje de lino arrugado, la piel amarillenta pero rubicunda y el pulso firme por el efecto del whisky.

De hecho su vaso ya estaba vacío, pero Elliott no tenía la menor intención de indicar a Walter que se lo rellenara. La antipatía de Elliott hacia Henry había alcanzado su clímax. El habla arrastrada e incoherente de Henry le repugnaba profundamente.

-... No hay razón en el mundo por la que deba hacer el viaje de vuelta con ella. Es perfectamente capaz de cuidar de sí misma. Y desde luego tampoco pienso quedarme en el Shepheard's...

-¿Por qué me cuentas todo eso? -preguntó Elliott-. Escribe a tu padre.

-Ya lo he hecho. Pero quería aconsejarte que no le digas que vine a El Cairo cuando vosotros emprendisteis ese estúpido viaje al sur. Te aconsejo que no me descubras.

-¿Por qué?

-Porque sé lo que estás tramando. -Henry se volvió con brusquedad y lo miró con ojos iluminados por el alcohol-. Sé para qué has venido hasta aquí. ¡No tiene nada que ver con Julie! Sabes que esa cosa es un monstruo. Te diste cuenta durante el viaje. Sabes que es cierto que lo vi salir del sarcófago...

-Tu estupidez no tiene límites.

-¿Qué estás diciendo? -Henry se apoyó en los pies de la cama, como si quisiera asustar a Elliott.

-Viste a un nombre inmortal levantarse de la tumba, estúpido. ¿Por qué huyes de él con el rabo entre las piernas?

-Eres tú el estúpido, Elliott. Es antinatural. Es... monstruoso. Y, si intenta acercárseme, diré lo que sé, sobre él y sobre ti.

-Estás perdiendo la memoria además de la cabeza. Todo eso ya lo has contado. Y fuiste el hazmerreír de Londres durante veinticuatro horas, probablemente lo único por lo que se te recordará.

-Crees que eres muy listo, maldito mendigo aristócrata. Te atreves a darme lecciones, ¿verdad? ¿Ya se te ha olvidado nuestro pequeño fin de semana en París? -Dedicó a Elliott una sonrisa malévola. Volvió a coger el vaso y vio que estaba vacío-. Tú vendiste tu título por la fortuna de una norteamericana, y venderás el de tu hijo por el dinero de los Stratford. ¡Y estás persiguiendo a ese monstruo inmundo! En realidad crees esa locura, esa estúpida idea del elixir.

-¿Tú no?

-Claro que no.

-¿Entonces cómo explicas lo que viste? Henry hizo una pausa, sin dejar de mover los ojos en todas las direcciones.

-Tiene algún truco, alguna explicación. Pero no hay un maldito medicamento que dé la vida eterna. Es una locura. Elliott lanzó una risita.

-Quizás era un truco con espejos.

-¿Qué?

-El monstruo que salió del sarcófago e intentó estrangularte -explicó Elliott.

Los ojos de Henry relampaguearon de ira.

-Quizá deba contarle a mi prima que la estás espiando, que quieres el elixir. Quizá deba decírselo.

-Ya lo sabe. Y él también.

Henry miró el fondo del vaso vacío con gesto de frustración.

-Vete de aquí -dijo Elliott-. Ve a donde te dé la gana.

-Si mi padre se pone en contacto contigo, déjame un mensaje en recepción.

-¿Sí? ¿Se supone que no sé que estás viviendo con esa bailarina, Malenka? Todo el

mundo lo sabe. Es el escándalo del momento: Henry en el viejo Cairo con su baraja y su bailarina.

Henry apretó los dientes.

Elliott miró hacia las ventanas. El sol brillaba suavemente. No apartó la vista de la luz hasta que oyó cerrarse la puerta. Esperó unos momentos, levantó el auricular del teléfono y pidió hablar con recepción.

-¿Tienen una dirección de Henry Stratford?

-Ha dado instrucciones de que no se le dé a nadie, señor.

-Bien, soy el duque de Rutherford, amigo íntimo de la familia. Por favor, déme esa dirección.

La memorizó rápidamente, dio las gracias al recepcionista y colgó. Conocía la calle. Estaba en el viejo Cairo, a pocos metros del Babylon, el club francés donde bailaba Malenka. Lawrence y él solían pasar muchas horas allí cuando eran muchachos los que bailaban.

Elliott se dijo una vez más que, sucediera lo que sucediera, averiguaría lo que Ramsey sabía de lo que había ocurrido a Lawrence en aquella tumba.

Nada lo detendría; ni la cobardía ni sus sueños acerca del elixir. Tenía que saber qué había hecho Henry.

La puerta se abrió muy despacio. Tenía que ser su factótum, Walter, el único que entraría sin llamar.

-¿Es de su agrado la habitación, milord? -Demasiado solícito. Debía de haber escuchado la discusión. Se dedicó a merodear por la habitación, quitando una mota de polvo del aparador, ajustando la pantalla de la lámpara.

-Sí, está muy bien, Walter. ¿Dónde está mi hijo?

-Abajo, milord. ¿Me permite que le cuente un pequeño secreto, milord?

Walter se inclinó sobre la cama y se llevó la mano a la boca como si estuvieran en el vestíbulo, y no en una inmensa habitación vacía.

-Ha conocido a una señorita, abajo, una norteamericana. Se llama Barrington, milord. Una familia muy adinerada de Nueva York. Su padre se dedica al negocio del ferrocarril.

Elliott sonrió.

-¿Y cómo has averiguado todo eso?

Walter se echó a reír. Vació el cenicero de Elliott con el medio cigarro que los pulmones no le habían permitido acabar de fumar.

-Me lo dijo Rita, milord. Lo vio poco menos de una hora después de que llegáramos. Y ahora está con la señorita Barrington, paseando por los jardines del hotel.

-Vaya, eso sería muy interesante, Walter -comentó Elliott-. No estaría mal que Alex se nos casara con una heredera norteamericana.

-Sí, milord, en efecto, sería muy interesante -coincidió Walter-. En cuanto a... lo otro, ¿quiere que haga las mismas gestiones que anteriormente? -El mayordomo asumió un aire confidencial-. ¿Quiere que alguien lo siga?

Por supuesto, se refería a Ramsés. Aludía al penoso asunto del muchacho que Elliott había contratado en Alejandría.

-Si puede hacerlo con discreción-repuso Elliott-, adelante. Que lo sigan noche y día, y que me informen de los sitios adonde va y de todo lo que hace.

Dio a Walter un puñado de billetes, que éste hizo desaparecer en el bolsillo de su chaleco antes de salir cerrando la puerta tras de sí.

Elliott intentó respirar hondo, pero el dolor del pecho no se lo permitió. Se quedó mirando las cortinas blancas hinchadas por la brisa. Desde la cama podía oír el bullicio de las calles de El Cairo británico. Pensó en la futilidad de todos sus esfuerzos, de hacer seguir a Ramsés con la esperanza de descubrir cualquier cosa sobre el elixir.

En realidad era absurdo. Se había metido en una pequeña aventura de capa y espada que no hacía más que obsesionarlo. No había duda de lo que era Ramsés, y, si tenía el elixir, debía de llevarlo necesariamente consigo.

Elliott sintió vergüenza. Pero eso era lo de menos. Lo más importante era el misterio del que se sentía completamente excluido. También podía hablar con Ramsés con toda franqueza y suplicarle que le diera el elixir. Estuvo a punto de volver a llamar a Walter y decirle que lo olvidara todo. Pero en el fondo de su corazón sabía que volvería a intentar registrar la habitación de Ramsés. Y, si hacía que lo siguieran, quizas averiguara algo sobre sus hábitos.

Al menos la investigación le hacía pensar menos en el creciente dolor de la cadera y el pecho. Cerró los ojos y volvió a ver las colosales estatuas de Abu Simbel. De repente le pareció que aquélla iba a ser la última gran aventura de su vida, y se dio cuenta de que no tenía nada de que arrepentirse, que sólo la excitación que aquella búsqueda le estaba proporcionando era en sí misma un regalo de valor incalculable.

Ah, era una mujer maravillosa. Y también le gustaba mucho su voz, y el brillo chispeante de sus ojos; y la forma en que lo empujaba levemente con un dedo cuando se reía. Y además tenía un nombre maravilloso: Charlotte Whitney Barrington.

-Entonces pensamos ir a Londres, pero nos dijeron que en esta época del año hace un frío horrible, y está siempre nublado. Y la Torre de Londres, donde le cortaron el cuello a Ana Bolena, creo que es de lo más siniestro...

-No lo sería si se lo enseñara yo -aseguró él.

-¿Cuándo vuelven ustedes a casa? Se quedarán a la ópera, ¿verdad? Parece que aquí todo el mundo habla de lo mismo. Es divertido, ¿sabe? Haber venido hasta Egipto para ver una ópera.

-Pero es *Aída,* querida mía.

-Lo sé, lo sé...

-Pues sí, vamos a ir a la ópera. Ya está todo dispuesto. Y supongo que usted también asistirá. ¿Piensa ir después al baile?

¡Qué sonrisa tan adorable!

-Bueno, no sabía nada del baile. No me apetecía mucho ir con papá y mamá, así que...

-Quizá me permitiría ser su acompañante. ¡Qué dientes tan maravillosamente blancos!

-Oh, lord Rutherford, sería maravilloso.

-Por favor, llámeme Alex, señorita Barrington. Lord Rutherford es mi padre.

-Pero usted también es vizconde -repuso ella con aquella desconcertante franqueza de los norteamericanos y la misma sonrisa arrebatadora-. Eso es lo que me han dicho.

-Sí, supongo que es cierto. Vizconde de Summerfield, en realidad.

-¿Pero qué es un vizconde? -preguntó ella. Aquellos deslumbrantes ojos y la forma en que se reía al mirarlo lo hacían sentirse estupendamente. De repente se dio cuenta de que ya no estaba enfadado con Henry por haberse liado con aquella bailarina, Malenka. En el fondo, era mejor que se entretuviera con sus cartas y su whisky y no se pasara el día merodeando por los salones del hotel.

¿Qué pensaría Julie de la señorita Barrington? ¡Bueno, él sí que sabía su propia opinión!

Era el mediodía y estaban en el comedor. Ramsés rompió a reír.

-Por favor. Coge el cuchillo y el tenedor -insistió Julie-. Inténtalo.

-Julie, no es que no pueda hacerlo. Es que me parece una costumbre bárbara meterse la comida en la boca con un tenedor.

-Tu problema es que sabes que eres encantador y que todo el mundo te lo perdonará.

-He aprendido a tener un poco de tacto a lo largo de los siglos. -Ramsés empuñó el

mango del tenedor con deliberada rudeza.

-Ya está bien -dijo ella en voz baja.

Él volvió a reír. Dejó el tenedor sobre la mesa y tomó un trozo de carne delicadamente con los dedos. Ella le cogió la mano.

-Ramsés, come adecuadamente.

-Cariño mío -replicó él-, estoy comiendo como comían Adán y Eva, Osiris e Isis, Moisés, Aristóteles y Alejandro Magno.

Julie no tuvo más remedio que echarse a reír. El le robó un rápido beso. Entonces su rostro se ensombreció.

-¿Y qué vamos a hacer con tu primo? -susurró. El comentario tomó a Julie por completa sorpresa.

-¿Tenemos que hablar de eso ahora?,

-¿Vamos a dejarlo aquí, en El Cairo? ¿Vamos a irnos sin vengar la muerte de tu padre?

Julie sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Con movimientos nerviosos buscó un pañuelo en el bolso. No había visto a Henry desde Alejandría, y no tenía ningunas ganas de verlo. En la carta que le había escrito a Randolph no había mencionado a Henry, y fue sobre todo el recuerdo de su tío lo que la hizo llorar en aquel momento.

-Deja que te alivie de ese peso -murmuró Ramsés-. Yo cargaré con él. Déjame que haga justicia. Julie se llevó la mano a los labios.

-No sigas, por favor -sollozó-. Ahora no. Él levantó la vista y miró hacia la sala. Lanzó un suspiro y apretó la mano de Julie.

-Parece que nos esperan para la visita al museo. Y no debemos dejar a Elliott estar mucho tiempo de pie.

Alex apareció junto a ellos y pellizcó levemente la mejilla de Julie. ¡Qué casto! Ella se apresuró a enjugarse las lágrimas y volvió la cara para que no viera su estado.

-Muy bien, ¿estamos todos? -dijo Alex-. El guía que hemos contratado nos espera dentro de quince minutos a la puerta del museo. Ah, y antes de que se me olvide, todo está dispuesto para la ópera: los palcos y, por supuesto, las entradas para el baile. Y otra cosa. Ramsey, amigo mío, no se lo tome a mal, pero esta noche no competiré con usted por los favores de Julie.

-Ya se nos ha enamorado -comentó ella en tono de broma. Dejó a Alex que la ayudara a levantarse-. Una tal señorita Barrington, según creo.

-Por favor, cariño, quiero que me des tu opinión. Va a venir al museo con nosotros.

-Démonos prisa -indicó Ramsés-. Su padre no está bien. Me sorprende que no se haya quedado en el hotel.

-Dios mío, no comprendo por qué El Cairo significa tanto para él. Es el lugar más sucio y polvoriento que he visto en mi vida.

-Alex, por favor, vamos a ver la mayor colección de tesoros egipcios del mundo.

-La última prueba -dijo Ramsés, ofreciendo el brazo a Julie-. ¿Y me has dicho que todos los reyes están en una sola habitación?

-¿Pero es que no ha estado nunca en el museo? -preguntó Alex-. De verdad, Ramsey, es usted un misterio.

-Déjelo -murmuró Ramsés.

Pero Alex ya no lo escuchaba. Estaba diciendo a Julie al oído que tenía que darle su sincera opinión sobre la señorita Barrington. Y la señorita Barrington era la joven rubia y sonrosada que estaba hablando con Elliott y Samir. Desde luego, era una preciosidad.

-¡Pensar que necesitas mi aprobación! -dijo Julie sonriendo.

-Shhh, allí está, con mi padre. Se llevan fabulosamente.

-Alex, es encantadora.

Recorrieron las grandes y polvorientas salas del primer piso escuchando las explicaciones del guía, que hablaba muy rápido a pesar de su fuerte acento egipcio. Había tesoros incalculables, eso era cierto. Los contenidos de cientos de tumbas, cosas que Ramsés no hubiera soñado ver en sus tiempos. Y allí estaban, para que todo el mundo las viera, detrás de cristales sucios y débiles luces, pero al menos a salvo del tiempo y la ruina.

Contempló la estatua del escriba feliz, la pequeña figura cruzada de piernas con un papiro en el regazo y la mirada alegre. Hubiera debido hacerle llorar, pero todo lo que sentía era un vago alivio por haber hecho aquella visita, como era su deber, y poder irse de una vez por todas.

Por fin ascendieron la gran escalinata hacia la sala de los reyes, la prueba final que tanto temía. Notó que Samir estaba a su lado.

-¿Por qué no renunciar a este dudoso placer, mi señor? Ahí no verás más que horrores.

-No, Samir, déjame llegar hasta el final.

Casi se echó a reír cuando comprendió lo que era: una gran cámara de vitrinas de cristal como las que utilizaban en los grandes almacenes para exponer las mercancías a salvo de las manos de los clientes.

Con todo, los cuerpos ennegrecidos y sonrientes le impresionaron. Apenas podía oír al guía, y sin embargo sus palabras le llegaban con claridad:

-La momia de Ramsés recientemente descubierta y trasladada a Londres sigue siendo todavía un descubrimiento dudoso y muy controvertido. Este es el verdadero Ramsés II, el que tienen delante, también llamado Ramsés el Grande.

Ramsés se acercó más y contempló el cadáver horrible que llevaba su nombre.

-... Ramsés II, el más grande de los faraones egipcios.

Casi sonrió al observar los miembros resecos de la momia, y de repente la verdad cayó sobre él por sorpresa, como un gran peso que le oprimiera el pecho. Si no hubiera entrado en la cueva de aquella sacerdotisa, él se encontraría en aquel momento en aquella vitrina. Y nada de lo que había visto habría existido. Y pensar que podía haber muerto sin saber nada, sin comprender que...

Percibió sonidos. Julie había dicho algo, pero no podía oírla. Sentía un sordo zumbido en la cabeza que crecía lentamente. De improviso vio todos aquellos horribles cuerpos como si acabaran de salir de un horno. Vio los cristales mugrientos, los turistas empujándose en todas direcciones.

Entonces oyó la voz de Cleopatra. «Si lo dejas morir, será como si me dejaras morir a mí. Sólo quiero estar con él. Llévate eso. No lo tomaré.»

¿Estaban moviéndose otra vez? ¿Le decía Samir que era mejor que salieran? Ramsés levantó la vista y vio que Elliott lo estaba mirando con expresión enigmática. Comprendía lo que le estaba ocurriendo.

-Vámonos, mi señor.

Dejó a Samir que lo tomara por el brazo y lo condujera hacia la salida. La señorita Barrington se reía de algo que Alex le había dicho al oído. Y el puñado de turistas franceses que había junto a ellos era sumamente desagradable. No soportaba el sonido gangoso de aquella lengua.

Se volvió y miró las vitrinas de cristal. Sí, salir de allí. ¿Por qué siguen por el pasillo hacia el fondo del edificio? Ya debemos haberlo visto todo. En esto se han convertido los sueños y el fervor de una nación: en un gran mausoleo polvoriento donde las muchachas se ríen y con razón.

El guía se había detenido al final del pasillo. ¿Qué ocurría ahora? Otro cuerpo muerto, apenas distinguible entre las sombras. Apenas se filtraban unos rayos de luz polvorienta a través de una ventana sucia.

-Esta mujer desconocida... un curioso ejemplo de conservación natural.

-No podemos fumar, ¿verdad? -susurró a Samir.

-No, mi señor, pero podemos salir a la calle. Podemos esperar fuera a los demás, si lo deseas...

-... se combinaron para conservar el cuerpo de esta mujer anónima.

-Vamos -dijo Ramsés, apoyando la mano sobre el hombro de Samir. Pero antes debía decírselo a Julie para que no se preocupara. Dio un paso adelante y tiró suavemente de la manga del vestido de Julie. Entonces levantó la vista y miró el cadáver expuesto tras el cristal. El corazón se le paralizó.

-... aunque la mayor parte de los vendajes desaparecieron hace mucho, por obra de los saqueadores de tumbas sin duda, el cuerpo de esta mujer se conservó enterrado en el barro del delta, al igual que otros cuerpos descubiertos en los pantanos del norte...

Los cabellos rizados, el cuello largo y esbelto, los hombros suavemente curvados. ¡Y su cara! Por un momento no dio crédito a sus ojos.

La voz del guía seguía martilleándole en las sienes.

-... mujer desconocida... período tolomeico... grecorromana. Pero observen el perfil egipcio, los labios bien moldeados...

La aguda risa de la señorita Barrington retumbó dolorosamente en su cabeza.

Se abalanzó hacia adelante y, al hacerlo, rozó el brazo de la señorita Barrington. Alex le dijo algo, lo llamó por su nombre. El guía contemplaba la escena boquiabierto.

Miró a través del cristal. *¡Era ella!* La suave mortaja pegada a su cuerpo, las manos ligeramente curvadas, los pies desnudos, la envoltura suelta en los tobillos... Estaba totalmente negra, negra como el barro del delta que la había rodeado, endurecido, ¡preservado!

-Ramsés, ¿qué sucede?

-Señor, ¿se encuentra bien?

Le hablaban desde todos lados, la multitud lo rodeaba. De pronto sintió que alguien tiraba de él y se revolvió con furia.

-¡No, dejadme!

Oyó astillarse un cristal por la presión de su espalda. Sonó una alarma como el chillido de una mujer aterrada.

«Mira sus ojos cerrados. ¡Es ella! Es ella.» No necesitaba anillos, ornamentos ni nombres para reconocerla: era ella.

Habían llegado hombres armados, y Julie hablaba con voz conciliadora. La señorita Barrington tenía miedo, y Alex intentaba decirle algo.

-No puedo oíros. No oigo nada. Es ella. La mujer anónima. -Ella, la última reina de Egipto.

Una vez más se sacudió la mano que le sujetaba el brazo y se acercó al sucio cristal. Hubiera querido hacerlo pedazos.

Sus piernas no eran más que huesos; los dedos de su mano derecha se habían secado como los de un esqueleto. Pero aquel rostro, aquel maravilloso rostro, era el de su Cleopatra.

Finalmente, después de que Julie hubo pagado los daños de la vitrina rota, él había permitido que lo sacaran de allí. Julie le había hecho preguntas, pero él no había respondido, aunque hubiera querido decirle lo que sentía.

No recordaba nada más; excepto aquel rostro y el cuerpo que parecía moldeado con tierra negra y colocado en el sarcófago de madera pulida, todavía envuelto por fragmentos de lino reseco. Y sus cabellos, su melena ondulada, que brillaban a la tenue luz de la ventana.

Julie decía algo. Las luces de la habitación del Shepheard's eran muy suaves. Quería responder, pero no podía. Y, súbitamente, otro recuerdo. El extraño momento en que se

había revuelto entre la confusión y de repente había visto a Elliott mirándolo con aquellos tristes ojos grises.

Osear echó a correr a través del salón detrás del señor Hancock y los dos hombres de Scotland Yard, en dirección a la sala egipcia. Oh, no debía haberlos dejado entrar en la casa. No tenían derecho a entrar en la casa. Y ahora se dirigían hacia el sarcófago de la momia.

-La señorita Julie se va a enfadar mucho, señor. Esta es su casa, señor. Y no debe usted tocar eso, señor. Es el descubrimiento del señor Lawrence.

Hancock miró las cinco monedas de oro de Cleopatra en su caja.

-Pero las monedas pudieron ser robadas en El Cairo, antes de que se catalogara la colección.

-Sí, desde luego, tiene toda la razón -dijo Hancock. Se volvió y miró fijamente el sarcófago.

Julie le sirvió una copa de vino, pero él la miró sin cogerla.

-¿No quieres explicármelo? -susurró ella-. La reconociste. La conocías. Tiene que ser eso.

Ramsés llevaba horas sentado en silencio. El sol de la tarde ardía a través de las cortinas de la habitación. El ventilador del techo giraba lentamente.

Julie no quería volver a echarse a llorar.

-Pero no puede ser... -No, ni siquiera se atrevía a sugerirlo. Y sin embargo volvió a pensar en aquella mujer, en la tiara de oro que le ceñía los cabellos, tan ennegrecida como todo lo demás-. No es posible que sea ella...

Ramsés se volvió y la miró. Sus ojos azules eran duros y brillantes.

-¡Que no es posible! -Su voz era grave y ronca, apenas un angustioso susurro-. ¡Que no es posible! Habéis desenterrado a miles de muertos. Habéis saqueado sus pirámides, sus tumbas en el desierto, sus catacumbas... ¡Claro que es posible!

-Oh, Dios mío. -Las lágrimas brotaron de nuevo.

-Momias robadas, vendidas y compradas -dijo él-. ¿Ha habido algún hombre, mujer o niño en esta tierra cuyo cuerpo no haya sido desenterrado, expuesto o descuartizado? ¡Claro que es posible!

Por un momento pareció que iba a perder el control por completo. Pero de repente calló y miró a Julie. Sus ojos se entrecerraron, como si no la viera. Se dejó caer de nuevo sobre la butaca.

-No es necesario que nos quedemos en El Cairo si no lo quieres...

De nuevo se giró hacia ella y la miró como si acabara de recobrarse de su aturdimiento, como si no hubiera estado hablando con ella.

-¡No! -replicó-. No podemos irnos. Ahora no. No quiero irme...

Su voz se apagó, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba diciendo. Se levantó y salió de la habitación sin mirar a Julie ni una sola vez.

Ella vio cerrarse la puerta, oyó sus pasos en el salón y dejó que las lágrimas volvieran a fluir libremente.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía consolarlo? Quizá si hacía uso de sus influencias podía conseguir que retiraran el cuerpo del museo y lo enterraran apropiadamente, pero no era probable. La petición les parecería caprichosa e infantil. ¿Por qué, si cientos de momias de reyes seguían expuestas?

Pero, aunque hubiera podido conseguir algo así, no creía que ayudara en nada a Ramsés. Era la simple visión del cadáver, y no su profanación, lo que lo había conmocionado.

Los dos oficiales de Scotland Yard miraron al funcionario del museo con incomodidad.

-Deberíamos irnos ya, señor. No tenemos una orden judicial para abrir el sarcófago. Hemos venido a ver si faltaban las monedas, y ya lo hemos hecho.

-Tonterías -replicó Hancock-. Hay que revisar todo. No podemos esperar a la orden judicial. Hemos venido a ver si la colección está intacta. Quiero comprobar que la momia está intacta antes de irme.

-Pero, señor... -intervino Osear.

-No diga una palabra más, buen hombre. Su señorita se ha largado a El Cairo y ha dejado aquí un tesoro de valor incalculable. Y no tenía nuestro permiso. -Se volvió a los dos policías-. Abran esa caja -ordenó tajantemente.

-No me gusta esto, señor. No me gusta nada -dijo Trent.

Hancock lo apartó a un lado y abrió la caja antes de que los dos hombres pudieran evitarlo. Galton intentó evitar que la tapa se dañara al tocar el suelo. Osear dio un respingo.

En el interior estaba la momia reseca y ennegrecida.

-¡Qué diablos está pasando aquí! -aulló Hancock.

-¿Qué quiere decir exactamente, señor? -preguntó Trent.

-Todo esto va a volver al museo de inmediato.

-Pero, señor...

-Ésta no es la momia original, imbécil. Ha salido de la tienda de antigüedades de un egipcio en Londres. Me la ofrecieron a mí a precio de saldo. ¡Maldita mujer! ¡Ha robado el hallazgo del siglo!

La medianoche había pasado hacía mucho rato, y ya no se oía música en los salones. El Cairo dormía.

Elliott paseaba por el oscuro jardín entre las dos alas del Shepheard's Hotel. Apenas sentía la pierna izquierda, pero no le prestaba atención. De vez en cuando levantaba la vista hacia la habitación iluminada. Una sombra caminaba incesantemente de un lado para otro: Ramsey.

La habitación de Samir estaba a oscuras, y Julie había apagado la luz hacía ya una hora. Alex se había ido a acostar hacía largo rato, molesto con Ramsey y preocupado con la idea de que Julie pudiera haberse enamorado de un demente.

De pronto Ramsey se detuvo y se acercó a las persianas. Elliott se acurrucó en las heladas sombras y lo vio asomarse a la ventana y mirar al cielo, quizás a los millones de estrellas que iluminaban la noche.

Entonces desapareció.

Elliott se dirigió al vestíbulo y vio a Ramsey descender por la escalinata central y dirigirse a la puerta. Estaba despeinado y sus gruesos rizos le caían sobre la cara.

«Estoy loco -pensó Elliott-. Estoy más loco que él.»

Empuñando el bastón con firmeza, se dispuso a seguirlo. La oscura figura de Ramsey cruzó la plaza con rapidez. El dolor de la pierna era insoportable, pero Elliott apretó los dientes y caminó tras él todo lo rápido que pudo.

En pocos minutos Ramsey llegó al museo. Elliott lo vio dar la vuelta al edificio y dirigirse hacia una luz amarilla que salía de una ventana enrejada.

La luz pertenecía al cuarto del vigilante. El guardia roncaba, hundido en su silla, y la puerta trasera estaba abierta.

Elliott entró sigilosamente en el museo, pasó en silencio entre las imponentes figuras de dioses y reyes y por fin llegó a la gran escalinata. Subió lentamente los escalones aferrándose a la barandilla, intentando no hacer ruido al tirar de su peso en la oscuridad.

El pasillo estaba iluminado por una luz grisácea. Por la ventana del fondo comenzaba a entrar la claridad del día. Y allí estaba Ramsey, frente a la vitrina de la momia, que reflejaba la luz como un carbón negro. Ramsey inclinó la cabeza bajo la luz gris, como si estuviera pronunciando una plegaria.

Elliott creyó oír que murmuraba algo. ¿O estaba llorando? Su perfil se recortaba

claramente contra la pared. Elliott distinguió el movimiento de su mano, que se introdujo entre sus ropas y sacó algo brillante.

Era un pequeño tubo de cristal lleno de un líquido luminiscente.

«Dios santo. No pensará hacerlo.» ¿Cómo sería la poción cuando se atrevía a intentarlo? Elliott tuvo que sofocar un grito. Estuvo a punto de correr hacia Ramsey e intentar detenerlo. Pero, cuando Ramsey abrió el tubo y Elliott oyó el débil chasquido del tapón de metal, se hundió entre las sombras y se escondió detrás de una columna.

Cuánto sufrimiento mostraba la distante figura, que sostenía el tubo resplandeciente en una mano mientras se secaba el sudor de la frente con la otra.

De repente Ramsey se apartó de la vitrina y echó a andar por el pasillo en dirección a Elliott, sin verlo.

Entonces cambió la luz. El primer resplandor del sol iluminó las vitrinas de cristal del pasillo.

Ramsey se volvió, y Elliott lo oyó suspirar. Podía sentir el sufrimiento de aquel hombre. Ah, pero era una locura indescriptible.

Entonces vio a Ramsey volver a la vitrina de la momia y soltar la tapa de cristal con cuidado. La dejó a un lado y, con un movimiento rápido, volvió a sacar el pequeño tubo de entre sus ropas. El resplandeciente líquido blanco comenzó a gotear sobre el cadáver mientras Ramsey pasaba el tubo a lo largo de todo el cuerpo.

-Es imposible. No puede funcionar -murmuró Elliott. Se apretó aún más contra la pared sin poder apartar la vista de aquel cadáver ennegrecido tras las paredes de cristal de la urna.

Horrorizado y fascinado, vio a Ramsey extender el fluido sobre el cuerpo de la mujer. Lo vio inclinarse tiernamente y dejar caer unas gotas en la boca reseca.

De repente se oyó un siseo en la penumbra. Elliott se estremeció. Ramsey dio dos pasos atrás y apoyó la espalda contra la pared. El tubo cayó de su mano y rodó por el suelo. Todavía resplandecía en su interior un poco de líquido. Ramsey tenía los ojos clavados en el cadáver.

Se produjo un movimiento en la masa negra que ocupaba la urna. Elliott lo vio con claridad. Y escuchó un profundo y áspero sonido, como una respiración.

«Hombre de Dios, ¿qué has hecho? ¿A qué monstruo has despertado?»

La madera de la caja crujió con violencia. Sus patas de madera temblaban. El ser que había en su interior pareció desperezarse.

Ramsés retrocedió por el pasillo. Un quejido ahogado brotó de sus labios. Tras él, Elliott vio que la momia se sentaba en la caja, que volvió a crujir y se hundió con estruendo. La criatura se levantó. La frondosa melena negra le caía sobre los hombros como humo, y la piel renegrida se aclaraba por momentos. De sus labios escapó un horrendo gemido. Entonces alzó las manos esqueléticas.

Ramsey retrocedió aún más, invocando con desesperación a los antiguos dioses de Egipto. Elliott tuvo que llevarse la mano a la boca para no gritar.

La criatura extendió los brazos y comenzó a avanzar hacia Ramsey, arañando el suelo con los pies desnudos con un ruido como el que hacen las ratas en un desván.

Sus inmensos ojos sin párpados brillaban con intensidad y su cabello crecía y se espesaba, derramándose sobre los huesudos hombros.

Pero, Dios santo, ¿qué eran aquellas manchas blancas extendidas por todo el cuerpo? Eran los huesos de aquel ser, huesos desnudos que habían perforado la piel siglos atrás. Huesos desnudos en la pierna izquierda, en el pie derecho, en los dedos que intentaban alcanzar a Ramsey.

«No está entera. Has revivido a una criatura que no está entera.»

La luz entraba cada vez con más fuerza por la ventana. Los primeros rayos del sol perforaron la penumbra cenicienta. Mientras Ramsey retrocedía y pasaba al lado de Elliott

sin verlo, tambaleándose en dirección a la escalera, la criatura comenzó a moverse cada vez más rápido hasta llegar a la luz.

Entonces alzó los brazos como si intentara capturar los rayos de sol mientras jadeaba rápida y desesperadamente.

La carne de las manos había adoptado el color del bronce. Su rostro era de bronce, y se iba aclarando y humanizando por el efecto del sol.

Comenzó a girar y a mecerse lentamente, como si bebiera la luz, y la sangre comenzó a brotar de sus múltiples heridas y desgarraduras.

Elliott cerró los ojos y por un momento casi perdió el sentido. Era consciente de los ruidos que comenzaban a oírse en el piso inferior. En algún sitio se oyó un portazo.

Abrió los ojos y vio a la horrenda criatura acercarse. Sintió el familiar lanzazo en el pecho. El dolor se disparó por su brazo izquierdo, y Elliott se aferró con todas sus fuerzas al bastón y se obligó a respirar, a no moverse.

La esquelética figura seguía cambiando de aspecto. Su piel ya había tomado el mismo color que la de Elliott, y los cabellos ya le cubrían los hombros por completo. Y los vendajes..., hasta los vendajes habían cambiado. En los lugares donde había caído el elixir las vendas volvían a ser de un lino blanquísimo. Con cada quejido, la criatura mostraba los dientes hasta las raíces. Sus pechos subían y bajaban con rapidez. Las vendas carcomidas, aflojadas, se engancharon en las piernas que avanzaban con torpeza.

Tenía los ojos fijos en Ramsey, que estaba al final del pasillo, y respiraba con esfuerzo. En sus horribles labios se dibujó una mueca de dolor.

Se oyeron más ruidos en el piso inferior y, luego, el pitido estridente de un silbato y una voz que gritaba en árabe.

Ramsés retrocedió. Subían por la escalera. Los gritos sólo podían significar que lo habían visto.

Presa del pánico, se volvió de nuevo hacia la forma femenina que se acercaba a él.

Un grito escalofriante escapó de los labios de la criatura.

-¡Ramsés!

El duque cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos vio las manos esqueléticas de la mujer, que pasaba por delante de él.

Se oyó un grito de «¡Alto!» y un disparo. La criatura lanzó un chillido y se tapó los oídos con las manos mientras retrocedía dando tumbos. La bala había alcanzado a Ramsés, que giró sobre sus talones y quedó mirando a los guardias que subían por la escalera. Desesperado, se volvió de nuevo hacia la mujer. Otra andanada de disparos. La sucesión de detonaciones retumbó ensordecedoramente en el corredor, y Ramsés cayó de espaldas contra la balaustrada de mármol.

La mujer se estremeció sin dejar de cubrirse los oídos con las manos. Pareció perder el equilibrio y se apoyó en un sarcófago de piedra. Cuando el silbato volvió a sonar, la criatura gritó de terror.

-¡Ramsés! -Era el aullido de un animal herido.



Elliott estuvo a punto de perder la conciencia. Volvió a cerrar los ojos y luchó por llevar aire a sus pulmones. La mano izquierda, que seguía aferrando el bastón, estaba insensible.

Podía oír a los guardias, que arrastraban a Ramsés por las escaleras. Era evidente que se resistía, pero eran demasiados. ¡Y la mujer! Había desaparecido. Entonces oyó de nuevo los arañazos de sus pies sobre el suelo. Se asomó por el borde de la urna que lo ocultaba y la vio avanzar hacia el extremo opuesto de la gran sala. Tambaleándose, respirando todavía entrecortadamente, desapareció por una pequeña puerta de servicio.

En el piso inferior se había hecho el silencio. Al parecer, se habían llevado a Ramsés del museo, pero sin duda volverían a investigar en poco tiempo.

Haciendo caso omiso del dolor de su pecho, Elliott avanzó lo más rápido que pudo hacia el fondo del salón y llegó a la puerta justo a tiempo de ver a la mujer desaparecer por una escalera. Elliott se volvió rápidamente hacia las vitrinas y vio que el pequeño tubo seguía allí, brillante bajo la luz grisácea. Se arrodilló con esfuerzo y lo recogió. Tras cerrar el tapón, se lo guardó en la chaqueta.

Entonces, tras dominar un leve mareo, descendió lentamente la escalera tras la mujer, casi arrastrando la pierna izquierda. Desde el rellano la vio. Estaba desconcertada, jadeante, y alzaba una mano como una zarpa como si intentara rasgar la oscuridad.

De repente se abrió una puerta que dejó entrar una avalancha de luz amarilla, y apareció en el umbral una mujer con la cabeza y el cuerpo envueltos en ropajes negros, a la manera musulmana. Llevaba en la mano un cubo y una fregona.

Al ver acercarse a la fantasmagórica figura lanzó un agudo chillido. El cubo cayó al suelo, y la mujer volvió a desaparecer tras la puerta.

La criatura dejó escapar un áspero siseo seguido de un horrible rugido mientras se abalanzaba hacia la puerta con las manos extendidas, como si quisiera silenciar el penetrante chillido de la sirvienta.

Elliott se movió con toda la rapidez que pudo, pero los gritos cesaron antes de que entrara en la habitación. Al abrir la puerta vio el cuerpo de la mujer caer sin vida al suelo. Tenía el cuello roto y una mejilla desgarrada, y sus ojos vidriosos miraban al vacío. La criatura pasó por encima de ella y se dirigió hacia un pequeño espejo que había sobre un lavabo.

Un angustioso gemido escapó de su boca al ver su propio reflejo. Entre estremecimientos y convulsiones extendió una mano y tocó el cristal.

Una vez más, Elliott estuvo a punto de perder el sentido. La visión de aquel cuerpo muerto y la horrenda criatura que se miraba al espejo era más de lo que podía soportar. Pero la osada fascinación que había sentido desde el primer momento lo mantuvo en pie. Ahora tenía que emplear su ingenio. Si al menos no sintiera aquel maldito dolor del pecho y el pánico que le subía desde el estómago como una náusea...

Cerró con rapidez la puerta de la pequeña habitación. El ruido sobresaltó a la criatura, que giró sobre sí con las manos extendidas para atacar. Por un momento quedó paralizado por el horror de lo que ahora veía con claridad, bajo la implacable luz de la bombilla. Los ojos de la mujer sobresalían de las cuencas medio carcomidas. A través de una gran herida en su pecho se veían las blancas costillas. Le faltaba la mitad de la boca, y una clavícula

desnuda estaba cubierta de sangre.

Dios del cielo, cómo debía sufrir. ¡Pobre criatura!

Con un sordo gruñido, la mujer avanzó hacia él. Pero Elliott habló rápidamente en griego:

-Amigo -dijo-. Soy tu amigo, y te ofrezco ayuda. -Al atascarse con el griego, continuó en latín-: Confía en mí. No dejaré que te hagan daño.

Sin apartar los ojos de ella ni por un segundo, descolgó una de las prendas negras que colgaban de una percha. Perfecto. Era una de aquellas amplias capas que llevan las musulmanas por la calle, lo suficientemente larga para cubrirla de la cabeza a los pies.

Sin mostrar miedo, Elliott se acercó a ella y se la puso sobre los hombros. De inmediato las manos de la criatura lo ayudaron a abrocharla. Se cubrió la cabeza, y sólo quedaron a la vista sus ojos asustados.

La condujo al pasillo tras cerrar la puerta para ocultar el cadáver de la sirvienta. Desde el piso superior llegaban gritos y ruido de carreras. Elliott podía oír voces procedentes del otro extremo de la sala. Abrió la puerta que tenía a la derecha y salió a un callejón, seguido de la mujer. La luz del sol cayó con fuerza sobre los dos.

En unos segundos se alejaron del edificio y se mezclaron con la muchedumbre de árabes y occidentales que ya invadían las calles de El Cairo moviéndose con rapidez en todas direcciones, entre bocinazos de automóviles y gritos de los conductores de carros tirados por asnos.

La mujer se sobresaltó al oír las bocinas de los automóviles. Al ver pasar a su lado a uno de ellos retrocedió espantada y lanzó un grito sofocado. Elliott volvió a hablarle en latín, asegurándole que cuidaría de ella, que le buscaría un refugio, aunque no sabía si le comprendería.

Entonces ella pronunció la palabra «comida» en latín con voz ronca y torturada.

-Comida y bebida -siseó. Murmuró algo más, pero Elliott no lo comprendió. Parecía una plegaria o una maldición.

-Sí, te daré lo que quieras -le dijo al oído en un latín fluido, ahora que sabía que ella le entendía-. Cuidaré de ti. Debes confiar en mí.

¿Pero adonde podía llevarla? Sólo se le ocurrió un lugar: tenía que llegar al viejo Cairo. ¿Pero sería prudente hacer subir a aquella criatura a un taxi de motor? Al ver pasar uno tirado por un caballo le hizo una seña. Ella subió confiadamente al asiento de cuero. ¿Y cómo iba a arreglárselas él, que apenas podía respirar y cuya pierna izquierda no respondía en absoluto? Plantó el pie derecho con firmeza en el escalón y se alzó con el brazo derecho. Al borde del colapso, se dejó caer junto a la figura embozada y con lo que parecía su último aliento dijo al cochero la dirección a la que debía dirigirse.

El taxi arrancó bruscamente, mientras el cochero gritaba a los transeúntes y hacía restallar su látigo. La pobre criatura se echó a llorar desgarradamente cubriéndose el rostro por completo.

Elliott le pasó un brazo por los hombros, haciendo caso omiso del frío y duro hueso que sentía bajo la fina tela negra. Apretó a la criatura contra sí e intentó recuperar el aliento. Entonces le repitió en latín que cuidaría de ella, que era su amigo.

Cuando el taxi salió del distrito británico, intentó pensar con frialdad, pero, tras la conmoción y presa de aquel terrible dolor, fue incapaz de dar con una explicación racional de lo que había visto y hecho. Sólo sabía que había sido testigo de un milagro y de un asesinato; que el primero significaba infinitamente más para él que el segundo; y que se había embarcado en algo que ya no podía detener.

Julie estaba medio dormida y supuso que había oído mal lo que el oficial británico decía desde la puerta.

-¿Arrestado? ¿Por intentar robar en el museo? No puedo creerlo.

-Señorita Stratford, está malherido. Parece que hay una gran confusión.

-¿Qué confusión?

El médico estaba furioso. Si aquel hombre estaba malherido, debía estar en el hospital, no encerrado en una celda.

-¡Abran paso! -gritaba a los hombres uniformados que tenía delante-. Por todos los santos, ¿qué es esto, un pelotón de fusilamiento?

Al menos veinte rifles apuntaban al hombre alto de ojos azules que estaba de pie en la celda, con la espalda contra la pared. Tenía la camisa cubierta de sangre reseca y una manga de la chaqueta rasgada y también empapada de sangre. El hombre miraba al médico con ojos llenos de pánico.

-¡No se acerque! -gritó-. No permitiré que me examine. No me tocará con sus instrumentos. Estoy bien y quiero salir de aquí.

-Cinco balas -susurró el oficial al médico-. Vi las heridas con mis propios ojos, se lo aseguro. Es imposible que siga en pie.

-¡Déjeme examinarlo! -dijo el médico, e intentó acercarse una vez más.

Al instante el puño del hombre salió disparado hacia él y lanzó el maletín negro hacia el techo. Uno de los rifles se disparó cuando el gigante se abalanzó sobre los policías y arrojó a varios de ellos contra la pared. El médico cayó de rodillas y sus gafas resbalaron al suelo. Sintió que el talón de una bota le pisaba la mano cuando los soldados salieron de la celda en estampida.

Volvieron a sonar disparos, gritos y maldiciones en egipcio. ¿Dónde estaban sus gafas? Tenía que encontrarlas.

De repente alguien le tendió una mano y lo ayudó a levantarse. Sintió las gafas en la mano y se las puso apresuradamente.

Sus ojos enfocaron un civilizado rostro inglés.

-¿Se encuentra bien?

-¿Qué diablos ha ocurrido? ¿Dónde está? ¿Han vuelto a herirlo?

-Ese hombre es fuerte como un toro. Ha arrancado la puerta trasera, con barrotes y todo, y ha escapado.

Gracias a Dios, Alex estaba con ella. Elliott había desaparecido, y Samir había ido a la comisaría para intentar averiguar algo. Cuando los hicieron pasar al despacho, Julie vio con alivio que se trataba del secretario del gobernador, Miles Winthrop, y no del gobernador mismo. Miles había ido al colegio con Alex, y Julie lo conocía desde que era un muchacho.

-Miles, aquí tiene que haber un error -dijo Alex-. Tiene que haberlo.

-Miles -intervino ella-, ¿crees que podrás conseguir que lo suelten?

-Julie, la situación es más complicada de lo que pensábamos. En primer lugar, a los egipcios no les gusta nada la gente que entra a escondidas en su famoso museo. Pero además se han producido un robo y un asesinato que empeoran considerablemente las cosas.

-¿De qué estás hablando? -murmuró Julie.

-Miles, Ramsey es incapaz de asesinar a nadie -aseguró Alex-. Es completamente absurdo.

-Espero que tengas razón, Alex. Pero ahí hay una empleada del museo con el cuello roto. Y han robado una momia de una urna en el segundo piso. Y vuestro amigo ha escapado de la comisaría. Y ahora me gustaría haceros una pregunta: ¿hasta qué punto conocéis a ese hombre?

Ramsés cruzó el tejado a toda velocidad y salvó de un salto la callejuela que lo separaba del próximo techo. Atravesó éste a la carrera, saltó al siguiente y volvió a salvar de un salto otra estrecha callejuela. Sólo entonces miró a sus espaldas y vio que había dejado atrás a sus perseguidores. Todavía se oían estampidos en la lejanía. Quizá se estaban disparando unos a otros, pero poco le importaba.

Se dejó caer a la calle y siguió corriendo. Las casas tenían altas ventanas cubiertas con contraventanas de madera. Ya no se veían rótulos de tiendas ni indicaciones en inglés. Sólo se cruzó con egipcios, en su mayoría mujeres cubiertas de la cabeza a los pies que apartaban la vista al ver su camisa ensangrentada.

Al fin apoyó la espalda contra una pared y descansó un momento. Deslizó la mano por debajo de la chaqueta: la herida había cicatrizado, pero todavía le dolía interiormente. Palpó a través de la camisa el cinturón oculto. Los tubos seguían intactos.

¡Los malditos tubos de elixir! ¡Ojalá no los hubiera sacado nunca de su escondite en Londres! ¡Ojalá los hubiera metido en una vasija sellada y la hubiera lanzado al mar!

¿Qué habrían hecho los soldados con el líquido si lo hubieran descubierto? No podía soportar la idea de que habría podido caer en su poder.

Pero lo primero que debía hacer era volver al museo.

¡Tenía que encontrarla! No quería ni imaginar lo que podía haberle ocurrido.

Jamás en su vida se había arrepentido tanto de nada. ¡Pero ya estaba hecho! Había sucumbido a la tentación. Había hecho volver a la vida a aquel cuerpo medio podrido.

Y debía encontrar el resultado de su locura. ¡Tenía que saber si había una chispa de inteligencia en aquel ser!

Ah, ¿pero a quién quería engañar? *Había pronunciado su nombre.*

Echó a correr de nuevo. Necesitaba cambiar de ropa, y no tenía tiempo para comprarla. Tenía que conseguirla de otro modo. Ropa tendida, había visto ropa tendida. Volvió atrás y vio de nuevo las cuerdas en un callejón.

Tomó una larga túnica de anchas mangas y un turbante. Se quitó la chaqueta y se puso la túnica sobre la camisa y los pantalones. Rompió un trozo de la cuerda y con él se ciñó la túnica a la cintura.

Ahora parecía un árabe, excepto por los ojos azules. Pero sabía dónde conseguir unas gafas oscuras. Había visto que las vendían en el bazar. Podría comprarlas de camino hacia el museo. Echó a correr desesperadamente.

Henry estaba totalmente borracho desde que había vuelto del Shepheard's la noche anterior. La breve conversación con Elliott había tenido en él un extraño efecto. Le había puesto los nervios de punta.

Intentó recordarse que odiaba a Elliott Savarell, y que al fin y al cabo iba a irse a Estados Unidos, donde no volvería a verlo.

Y sin embargo aquella conversación lo obsesionaba. Cada vez que se sentía ligeramente sobrio volvía a ver el rostro de Elliott, que lo miraba con infinito desprecio. El frío odio de la voz de Elliott seguía retumbándole en la cabeza.

¿Cómo podía haberlo traicionado así? Años atrás, después de un breve y estúpido idilio, Henry había tenido en sus manos el poder de destruir a Elliott, y no lo había hecho simplemente porque le parecía cruel. Siempre había creído que Elliott le estaba agradecido por ello, que su paciencia y amabilidad eran prueba de su agradecimiento, ya que Elliott siempre había sido comprensivo con él.

Pero el día anterior no había sido así. Y lo más horrible era que el odio que Elliott le había mostrado no era más que un reflejo del odio que él mismo sentía por todos los que conocía. Aquello lo amargaba terriblemente, y también lo asustaba.

Tenía que alejarse de todos ellos. No hacían más que criticarlo y echarle en cara sus

defectos, cuando ellos mismos no valían nada.

Cuando se fueran de El Cairo se arreglaría, dejaría de beber, volvería al Shepheard's y pasaría unos días allí descansando. Después llegaría a un arreglo con su padre y partiría hacia Norteamérica con la pequeña fortuna que había reunido.

Pero por el momento no tenía la menor intención de interrumpir su agradable vida. Aquella noche no habría partida. Se lo tomaría con calma y disfrutaría de su whisky escocés sin distracciones, dormitando en su mecedora y picoteando los platos que Malenka le prepararía sin rechistar.

Estaba cansándose de Malenka. Acababa de prepararle un desayuno inglés y se empeñaba en que se levantara a la mesa a tomarlo. El la había abofeteado con el revés de la mano y le había ordenado que lo dejara en paz. Pero ella seguía con sus preparativos. Se oía el silbido de la tetera, y había dispuesto toda su porcelana en la mesa del jardín.

Muy bien, pues al diablo con ella. Tenía tres botellas de whisky, más que suficiente. Quizá la echara a la calle más tarde y cerrara con llave. Tenía muchas ganas de estar solo allí, de beber, fumar y soñar en paz. Y de oír música en el gramófono. Incluso se estaba acostumbrando al loro.

Mientras él dormitaba, el pájaro no dejaba de hacer ruidos chirriantes y de moverse por las paredes y el techo de su jaula. Los loros grises africanos hacen cosas así. La verdad era que aquel bicho le parecía una especie de piojo gigante. Quizá lo matase cuando Malenka no estuviera en casa.

Fue cayendo poco a poco en un sueño ligero. Dio un sorbo más al vaso de whisky y dejó caer la cabeza a un lado. La casa de Julie, la biblioteca. Aquella cosa aferrándose a su garganta. Un grito ahogado le cerró la garganta.

-¡Dios! -Saltó de la silla, y el vaso cayó al suelo. Si al menos dejara de repetirse aquel sueño...

Elliott se detuvo para recuperar el aliento. Los dos ojos bulbosos lo miraban desde el interior de la capucha. Parecía que intentaban parpadear por la luz, pero los párpados medio comidos no se cerraban del todo. La mano de la mujer cubrió el rostro con el velo, como si quisiera ocultarse de la mirada de Elliott.

Susurrando suavemente en latín, él le pidió paciencia. El carruaje no había podido llegar hasta la puerta de la casa, y todavía faltaban unos metros.

Elliott se enjugó la frente con el pañuelo. «¡Un momento! -se dijo-. ¡La mano!» Volvió a mirar la mano que sostenía el velo sobre la cara. Estaba cambiando con rapidez a la luz del sol. La herida por la que asomaban los nudillos había cicatrizado casi por completo.

Miró a la mujer a los ojos. Sí, los párpados habían crecido y de ellos brotaban largas y sedosas pestañas negras que se curvaban graciosamente. Volvió a pasarle un brazo por los hombros, y ella se apretó contra él, suave y temblorosa. Un susurró escapó entre sus dientes.

En aquel momento Elliott percibió un perfume rico y dulce que procedía de ella. También olía a tierra, a barro, al limo de las profundidades del río, pero éste era un olor tenue, mientras que aquel perfume era fuerte y almizcleño. Elliott sintió la calidez de su cuerpo a través de la sarga negra.

«¡Dios santo, de qué no será capaz esta poción!»

-Allí es, ya llegamos -dijo en inglés-. Estamos muy cerca. Es aquella puerta del fondo.

Sintió que el brazo huesudo lo tomaba por la cintura con gran fuerza y lo levantaba ligeramente, aliviando la presión que sentía en la cadera izquierda. El dolor cedió de inmediato. Elliott dejó escapar una breve risa de alivio. De hecho, estuvo a punto de estallar en carcajadas, pero no lo hizo. Simplemente se apoyó en la mujer y siguió andando hacia la puerta.

Al llegar se recostó un momento contra la pared y golpeó la puerta con el puño.

No hubiera podido dar un paso más. Durante un momento no se oyó ningún ruido. Volvió a llamar con insistencia.

Entonces oyó el ruido del cerrojo al descorrerse y apareció Henry sin afeitar, parpadeando, vestido sólo con una bata de seda verde.

-¿Qué diablos quieres?

-Déjame pasar. -Elliott empujó la puerta e hizo entrar a la mujer en la habitación. Ella se apretaba desesperadamente contra él, intentando ocultar su rostro.

En la semipenumbra Elliott observó que el lugar estaba bien amueblado: alfombras, muebles Victorianos, un aparador de mármol con vasijas relucientes. Desde el otro lado del arco que separaba el salón del jardín los miraba una mujer de piel oscura vestida con ropas de baile de satén. Sin duda era Malenka, y acababa de dejar sobre la mesa una bandeja con platos humeantes. Contra los muros encalados del jardín se recortaban pequeños naranjos.

-¿Quién es esta mujer? -preguntó Henry con brusquedad.

Sin dejar de abrazarla, Elliott se apoyó en una silla. Pero vio que Henry estaba mirando los pies de la mujer. Había visto los huesos pelados del empeine. Sus ojos mostraban incredulidad y asco.

-¿Quién es? ¿Por qué la has traído aquí?

Entonces Henry retrocedió con movimientos convulsivos hasta tropezar con la columna que dividía el arco y se golpeó con fuerza la cabeza contra la piedra.

-¿Qué le pasa? -gritó al borde del pánico.

-Paciencia, te lo contaré todo -susurró Elliott. El dolor del pecho era tan fuerte que apenas podía hablar. Se dejó caer sobre un sillón y sintió que la mujer aflojaba su abrazo. La oyó emitir un débil sonido. Elliott levantó los ojos y observó que la criatura había visto al otro lado de la habitación una vitrina llena de botellas de cristal que brillaban a la luz del sol.

Avanzó con pasos lentos hacia el líquido sin dejar de emitir leves quejidos. La capa de sarga negra resbaló de su cabeza, y sus hombros y parte de la espalda quedaron a la vista. A través de los agujeros se veían las blancas costillas y los restos de vendajes que apenas ocultaban su desnudez.

-¡Por el amor de Dios, cálmate! -gritó Elliott.

Pero era demasiado tarde. Henry estaba blanco como el papel y le temblaban los labios. Tras él, en el patio, Malenka lanzó un grito de horror.

La criatura dejó caer la botella con un gemido lastimero.

Henry sacó la mano del bolsillo. Empuñaba un pequeño revólver de plata.

-¡No, Henry! -gritó Elliott. Intentó levantarse, pero no pudo. El disparo fue una explosión ensordecedora, como los de los soldados del museo. Un loro chilló en el jardín.

La mujer dejó escapar un grito al recibir el impacto en el pecho y retrocedió tambaleándose. Con un rugido furioso se abalanzó hacia Henry.

Henry emitía sonidos inhumanos. La razón lo había abandonado. Retrocedió hacia el patio disparando el arma una y otra vez. Con un aullido de dolor la mujer cayó sobre él, le arrebató el revólver de un zarpazo y se aferró a su cuello. Se debatieron un momento, como si bailaran un vals mortal. Henry intentaba soltarse desesperadamente, pero las garras de la mujer se hundían en su garganta como una tenaza. La mesa del jardín se volcó, y las piezas de porcelana cayeron con estrépito sobre las losas del suelo. Los dos cayeron sobre los naranjos entre una lluvia de pequeñas hojas verdes.

Malenka, paralizada, apretaba la espalda contra la pared.

-¡Elliott, ayúdame! -consiguió gritar Henry. Tendido de espaldas, agitaba las piernas en el aire y tiraba estúpidamente de los cabellos negros de la criatura.

Elliott consiguió llegar hasta el arco, pero sólo a tiempo de oír el crujido de los huesos al quebrarse. Con un estremecimiento, vio que el cuerpo de Henry se quedaba inmóvil y

caía desmadejado al suelo.

La criatura dio unos pasos atrás, jadeante, y rompió a sollozar, enseñando los dientes en un gesto de dolor, como había hecho en el museo. Tenía un hombro desnudo y sus pezones oscuros se transparentaban a través de las desgastadas vendas. Los harapos que todavía le cubrían el pecho estaban empapados de sangre, y a cada paso que daba caían nuevos jirones al suelo. Sus ojos, inyectados en sangre y anegados en lágrimas, miraron el cuerpo muerto y a continuación el desayuno que había caído al suelo.

Se agachó lentamente hasta quedar de rodillas y empezó a meterse en la boca los pequeños bollos con avidez. A cuatro Patas lamió del suelo los restos de té. Recogió la mermelada con los dedos y se los lamió frenéticamente, y engulló las lonchas de tocino con ansiedad, como si fueran a quitárselas.

A continuación devoró la mantequilla y los huevos, y lamió una y otra vez las cáscaras.

Al fin se acabó la comida, pero la criatura permaneció allí de rodillas, mirándose las manos.

El sol caía con fuerza en el pequeño patio y hacía brillar sus cabellos negros.

Elliott no podía dejar de mirarla, pero no era capaz de asimilar ni de juzgar lo que estaba viendo. Todavía estaba demasiado impresionado por lo que había visto.

De repente la mujer se dejó caer al suelo boca abajo, extendió los miembros y gimió contra las losas del suelo como si fueran una suave almohada, a la vez que las arañaba con los dedos. Entonces rodó hasta quedar boca arriba bajo el sol, libre de las trémulas sombras de los árboles.

Se quedó mirando el cielo ardiente un instante y súbitamente sus ojos rodaron hacia adentro. Bajo sus párpados sólo se veían dos medias lunas de pálido iris.

-Ramsés -murmuró. Su pecho subía y bajaba suavemente, pero ella seguía inmóvil.

El duque se acercó a Malenka y, apoyándose en ella, volvió despacio hasta el sillón. Sentía los violentos temblores de la mujer de piel oscura. Se dejó caer sobre los almohadones tapizados y apoyó la cabeza en el respaldo. «Esto es una pesadilla», pensó. Pero no lo era. Había visto a aquella criatura levantarse de entre los muertos. La había visto matar a Henry. ¿Qué podía hacer?

Malenka se dejó caer de rodillas a su lado con los ojos muy abiertos. Miraba hacia el jardín.

Las moscas zigzagueaban sobre el rostro de Henry y los restos de la comida volcada.

-Tranquila, cálmate. Nadie va a hacerte daño -susurró Elliott. El dolor del pecho iba cediendo poco a poco, y comenzaba a sentir cierta calidez en la mano izquierda-. Ella no te hará daño. Te lo prometo. -Se humedeció los labios con la lengua, sin saber qué más decir-. Está enferma, y debo cuidar de ella. Pero no te hará daño.

La egipcia le tomó la mano. Seguía con la cabeza apoyada en el brazo del sillón. Al cabo de un momento habló lentamente en inglés.

-No policía -suplicó con voz casi inaudible-. NO quiero que los ingleses quiten mi casa. .•>•

-No -murmuró Elliott-. No policía. No queremos a la policía.

Hubiera querido acariciarle la cabeza, pero no pudo moverse. Miró como entre sueños el sol, la criatura tendida boca arriba en el patio, el hombre muerto.

-Yo me encargo de... -musitó ella-. Yo llevo fuera a mi inglés. No viene policía.

Elliott no entendía nada. ¿Qué estaba diciendo? Entonces comprendió.

-¿Puedes hacerlo? -preguntó en un susurro.

-Sí, yo lo hago. Amigos vienen. Llevan al inglés.

-Muy bien, de acuerdo. -Elliott suspiró y el dolor del pecho se intensificó. Con movimientos lentos sacó su billetera, y de ella dos billetes de diez libras.

-Para ti -dijo. Volvió a cerrar los ojos, exhausto por el esfuerzo, y sintió que le quitaban

los billetes de la mano-. Pero debes tener cuidado. No debes contar a nadie lo que has visto.

-Yo no contaré a nadie. Yo me encargo... Ésta es *mi* casa. Mi hermano regaló.

-Sí, comprendo. Estaré aquí poco tiempo. Te lo prometo. Me llevaré a la mujer. Pero, por ahora, debes ser paciente, y habrá más dinero. Mucho más. -Volvió a mirar la billetera. Sacó unos cuantos billetes más y se los dio sin mirarlos.

Volvió a apoyar la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. La oyó caminar suavemente sobre la alfombra, y luego su mano volvió a tocarlo.

Cuando abrió los ojos la vio envuelta en una capa negra. En la mano llevaba otra capa doblada, que le entregó.

-Tú cubre -susurró. Con los ojos hizo un gesto en dirección al patio.

-Sí, la cubriré -murmuró él, y volvió a cerrar los ojos.

-¡Tú cubre! -la oyó repetir con voz ansiosa. De nuevo dijo que lo haría.

Oyó con alivio que se cerraba la puerta de la calle.

Envuelto en sus amplios ropajes de beduino, Ramsés recorrió el museo entre los ruidosos grupos de turistas, intentando ver entre las cabezas el espacio vacío al fondo del pasillo, donde había estado el sarcófago de Cleopatra. No había la menor señal de que hubiera estado en aquel lugar. No había cristales rotos, ni madera. Y el tubo de elixir que había dejado caer había desaparecido.

¿Pero dónde podía estar? ¿Qué le habría ocurrido? Pensó con angustia en los soldados que lo habían rodeado. ¿Habría caído ella en sus manos?

Siguió andando. Dio la vuelta a la esquina, recorriendo los sarcófagos y estatuas con la vista. Si se había sentido alguna vez a lo largo de su vida tan desgraciado como en aquel momento, no podía recordarlo. No tenía derecho a caminar entre aquellos hombres, ni a respirar su mismo aire.

No sabía adonde ir o qué hacer. Si no averiguaba algo pronto, se iba a volver completamente loco.

Había pasado un cuarto de hora, o quizá menos. Debía cubrirla. No, sacarla del jardín antes de que los hombres llegaran. Seguía tendida al sol, y de vez en cuando murmuraba algo entre sueños.

Elliott se apoyó en el bastón y se levantó. Volvía a sentir la pierna, y eso quería decir que el dolor había vuelto.

Entró en el dormitorio. Contra la pared de la derecha había una gran cama victoriana con un mosquitero blanco que recibía la luz del sol de lleno a través de la ventana.

A la izquierda había un tocador, y al fondo un armario a través de cuyas puertas abiertas se veía una fila de chaquetas de lana.

Sobre el tocador había un gramófono portátil y unos discos en una caja de cartón. «Aprenda inglés», decía el rótulo. A su lado había un cenicero, varias revistas y una gran botella medio vacía de whisky.

A través de una puerta que se abría en el extremo opuesto se veía un cuarto de baño, con una bañera de cobre y toallas.

Cruzó otra puerta y pasó a un pequeño vestidor. Allí guardaba aquella belleza oscura sus ropas de baile y su bisutería barata. Pero también había un armario repleto de vestidos occidentales y zapatos, además de parasoles de encaje y un par de sombreros de alas desmesuradas.

¿Pero de qué servía todo aquello, si lo que necesitaba era ocultar a la criatura de ojos indiscretos? Encontró las habituales ropas beduinas dobladas con cuidado en un estante. Así podría cubrir a la mujer con algo fresco, es decir, si Malenka accedía a venderle aquellas ropas.

Hizo una pausa en el umbral para recuperar el aliento y miró la inmensa cama iluminada por la luz del sol. El momento pareció alargarse eternamente. Pasaron por sus ojos imágenes de la muerte de Henry, pero no sintió nada; nada, excepto quizás un frío horror que le arrebataba hasta las ganas de vivir.

Ganas de vivir. Tenía el tubo en el bolsillo. Tenía unas gotas del precioso fluido.

Pero aquello tampoco lo afectaba, ni hacía disminuir su apatía. La criada muerta en el museo. Henry muerto en el patio. Y aquella criatura tendida al sol durmiendo.

Era incapaz de razonar. ¿Por qué esforzarse en intentarlo? Tenía que localizar a Ramsés, de eso estaba seguro. ¿Pero dónde estaría? ¿Qué le habían hecho las balas? ¿Lo tendrían preso los que se lo habían llevado?

Lo primero era la mujer. Tenía que llevarla a la casa y esconderla mientras se llevaban el cuerpo de Henry.

Era posible que atacara a los hombres que vinieran con Malenka. Y si ellos la veían podía suceder cualquier cosa.

Mientras salía cojeando al patio intentó aclararse la mente. Ramsés y él no eran enemigos. Ahora eran casi cómplices. Y quizá... No. Se sentía sin fuerzas para albergar tales sueños y ambiciones. Sólo sabía lo que debía hacer en aquel momento.

Dio unos pasos cautelosos hacia la mujer, que seguía dormida en el suelo.

El sol de mediodía caía a plomo sobre el enlosado del patio, y de repente temió por ella. Se hizo pantalla con la mano sobre los ojos para ver mejor, porque no podía ser cierto lo que había creído ver.

La criatura gimió de dolor. Sufría, pero se había convertido en una mujer de excepcional belleza.

Todavía se veía un gran trozo de cráneo entre sus cabellos revueltos, y un fragmento de cartílago seguía al aire en la mandíbula. De hecho, dos dedos de su mano derecha eran sólo huesos, y la sangre manaba de las articulaciones. Y la herida del pecho seguía allí, abierta, mostrando una blanca costilla cubierta por una fina red de venillas rojas.

Pero su rostro había adoptado un aspecto completamente humano. Un rubor saludable teñía sus hermosos pómulos. Su boca era carnosa y tenía una forma exquisita, y su piel era morena con un tono levemente oliváceo.

Sus pezones eran de un rosa oscuro, y sus pechos firmes y llenos.

¿Qué estaba ocurriendo? Tal vez el elixir tardaba en hacer efecto.

Se acercó a ella con timidez. Volvió a sentir un calor agobiante. La cabeza se le iba. Luchando por no perder la conciencia, se apoyó contra el pilar que tenía detrás y descansó un momento, sin poder apartar los ojos de la hermosa mujer, que en aquel momento abrió los almendrados ojos.

Se desperezó, alzó el brazo derecho y lo miró. Era evidente que se daba cuenta de lo que le estaba ocurriendo. Parecía que las heridas le dolían. Tocó el borde de la herida abierta de la mano y su rostro se contrajo de dolor.

Pero, si comprendía lo que le estaba ocurriendo, no lo demostraba. Dejó caer el brazo y volvió a cerrar los ojos. Entonces estalló en sollozos.

-Ramsés -murmuró como entre sueños.

-Ven conmigo -le dijo Elliott suavemente en latín-. Ven adentro, a una verdadera cama. Ella lo miró con aire ausente.

-Ahí también te dará el sol -agregó él y, al decir aquellas palabras, comprendió todo. Era el sol lo que la estaba curando. Había observado su efecto en la mano de la mujer mientras se dirigían a la casa. Junto con los ojos, era la única parte de su cuerpo que había estado expuesta al sol, y aquéllos también habían comenzado a sanar antes.

Y sin duda era el sol lo que había despertado a Ramsés. Ese era el significado de las extrañas inscripciones de la tumba: el sol no debía penetrar en su interior.

Pero no era momento de reflexiones. La mujer se había sentado, y los jirones de lino habían caído por completo de sus pechos desnudos. El rostro que lo miraba era un tanto anguloso, con las mejillas sombreadas y una luz fría en los ojos.

Ella le dio la mano, y al ver sus propios dedos esqueléticos la retiró con un siseo.

-No, confía en mí -dijo él en latín.

La ayudó a levantarse y la condujo al dormitorio. Ella observaba con atención todos los objetos que los rodeaban. Examinó con el pie la suave alfombra persa y miró el pequeño gramófono. ¿Qué pensaría del disco de baquelita?

Intentó conducirla a la cama, pero ella se resistió. Había visto el periódico que había sobre el tocador. Lo cogió con gesto impaciente y miró con atención el anuncio de la ópera: la típica mujer egipcia con su amante guerrero, y al fondo las tres pirámides y unas palmeras.

Se agitó nerviosamente al contemplar el dibujo. Entonces recorrió con el dedo una columna de texto en inglés y miró a Elliott con ojos grandes y húmedos, y ligeramente enloquecidos.

-Es mi lenguaje -le explicó en latín-. Inglés. Anuncia un drama con música. Se llama ópera.

-Habla en inglés -contestó ella en latín. Su voz era seca pero agradable-. Te digo que hables.

Se oyó un sonido en la puerta. Elliott la tomó de la mano y la llevó a un lado.

-Extraños -dijo en inglés y a continuación en latín. Siguió hablándole así, traduciéndolo todo-. Túmbate y descansa. Yo te traeré comida.

Ella inclinó la cabeza a un lado y escuchó los ruidos de la habitación contigua. Su cuerpo se convulsionó con un violento espasmo y se llevó la mano a la herida del pecho. Sí, aquellas terribles úlceras debían de dolerle mucho. Pero le ocurría algo más, a juzgar por lo espasmódico de sus movimientos y la forma en que todo la sobresaltaba.

La condujo rápidamente a la cama y le hizo un gesto para que se tumbara sobre las almohadas. Pareció muy aliviada al nacerlo. Se volvió a estremecer con violencia y se volvió hacia el sol. Su cuerpo ya sólo estaba velado por unos pocos jirones de tela. Elliott pensó que debía cubrirla, pero ella parecía necesitar el sol más que cualquier otra cosa.

Abrió las contraventanas y dejó que la fuerte luz del sol penetrara hasta la cama.

Luego se apresuró a cerrar las puertas que daban al salón. Al mirar por la ventana que daba al jardín, vio a Malenka entrar con dos hombres que llevaban una alfombra enrollada. La extendieron en el jardín y envolvieron con ella el cuerpo de Henry.

La visión de sus miembros pesados y muertos le produjo náuseas. Tragó saliva y esperó a que desapareciera la presión del pecho.

Entonces oyó un sollozo procedente de la cama. Se acercó y miró a la mujer. No sabía con seguridad si el proceso curativo seguía avanzando. Entonces pensó en el tubo de cristal que tenía en el bolsillo.

Dudó un momento. ¿Por qué no? Apenas quedaban unas gotas, pero no podía soportar la visión de tanto dolor.

Esas muertes que había causado habían sido errores. Y era imposible medir su confusión y su sufrimiento.

Ella lo miró, parpadeando como si el brillo de la luz le hiciera daño, y le preguntó en latín cuál era su nombre.

Por un momento Elliott no pudo responder. Su tono de voz mostraba inteligencia, y también el brillo de sus ojos.

Ya no semejaba loca o desorientada; sólo parecía sufrir.

-Perdóname -repuso él en latín-. Me llamo Elliott, lord Rutherford. En mi tierra, soy señor.

Ella lo estudió con atención. Se sentó en la cama y, tirando de la colcha, se cubrió hasta la cintura. El sol arrancaba destellos de su pelo.

Sus cejas negras eran perfectas, altas y apartadas, y sus ojos almendrados, magníficos.

-¿Y tú, cómo te llamas? -preguntó él en latín. Ella sonrió con amargura.

-Cleopatra -respondió-. En mi tierra soy reina.

Se hizo el silencio. Elliott sintió que una oleada de calor le recorría el cuerpo, algo completamente diferente de lo que había sentido hasta el momento. La miró a los ojos, incapaz de hablar. Y entonces sintió un regocijo arrollador que borró todos los miedos y preocupaciones de su alma.

-Cleopatra -murmuró él con asombro y reverencia. Ella volvió a hablar en latín.

-Háblame en inglés, lord Rutherford. Habla la lengua que hablaste con la esclava. Habla la lengua escrita en el libro, í ráeme comida y bebida, porque me muero de hambre.

-Sí -contestó él en inglés, y repitió la afirmación en latín-. Comida y bebida.

-Y debes decirme... -comenzó a decir ella, pero se detuvo en seco. El costado le dolía, y se llevó la mano a la herida de la cabeza-. Debes decirme... -intentó preguntar de nuevo, pero lo miró con gesto de confusión. Era evidente que se esforzaba por recordar; el pánico se apoderó de ella. Se llevó las manos a la cabeza y rompió a llorar.

-Aquí, espera, tengo la medicina -susurró él. Se sentó al borde de la cama y sacó el pequeño tubo del abrigo. Todavía quedaba un dedo de fluido, que resplandecía con gran fuerza a la luz del sol.

Ella miró el tubo con desconfianza y observó cómo lo abría. Elliott se lo acercó mientras le acariciaba el pelo con la mano izquierda, pero ella lo detuvo. Se señaló los párpados, y Elliott vio que había puntos en los que la piel todavía parecía carcomida. Ella le cogió el tubo, dejó caer unas gotas en sus dedos y se las extendió por los párpados.

Elliott entrecerró los ojos mientras observaba el efecto del fluido. Casi podía oírlo, como un leve zumbido de vida.

Entonces, con gesto desesperado, vertió el resto del tubo en la profunda herida de su pecho y se lo extendió sin dejar de gemir suavemente. A continuación se dejó caer de nuevo sobre los almohadones y quedó inmóvil.

Pasaron varios minutos. Elliott estaba fascinado por lo que veían sus ojos. La herida mejoró sensiblemente, pero el proceso de cicatrización se detuvo otra vez. Sus párpados eran ahora perfectos, y sus pestañas largas y sedosas. Pero la herida del costado seguía abierta.

Elliott estaba empezando a comprender que tenía delante a Cleopatra, que Ramsés había encontrado por casualidad el cuerpo de su amor perdido. Estaba empezando a entender por qué había hecho lo que había hecho. Se preguntó qué se sentiría al tener tal poder. Elliott había soñado con la inmortalidad, pero no con el poder de conferirla. Y en este caso no era sólo el poder de dar la inmortalidad, sino de triunfar sobre la muerte.

Pero las implicaciones... hacían que la cabeza le diera vueltas. ¿Qué ocurriría en la mente de aquella criatura? ¿Y de dónde había salido aquella mente? Dios, tenía que dar con Ramsés.

-Te traeré más medicina -dijo en inglés, y se lo tradujo enseguida al latín-. Te la traeré, pero ahora debes descansar. Debes quedarte aquí al sol. -Señaló la ventana y le explicó en los dos idiomas que el sol la ayudaría a curarse.

Ella lo miró con ojos soñolientos y repitió las frases en inglés reproduciendo el acento a la perfección. Pero sus ojos seguían teniendo un brillo de locura. Murmuró en latín que no podía acordarse de nada y de nuevo se echó a llorar.

Elliott no podía soportarlo. ¿Qué más podía hacer? Pasó a la habitación contigua y volvió con una botella de un licor de olor fuerte y aromático. Ella se lo arrebató de las manos y vació la botella de un golpe.

Sus ojos se nublaron un instante, y entonces volvió a gemir con desesperación.

«El gramófono. Ramsés adora la música», recordó Elliott. Se acercó a la máquina y examinó el montón de discos que había junto a ella. Aja, allí estaba lo que quería: *Aída.* Caruso interpretaba a Radamés.

Hizo girar el plato y puso la aguja sobre el disco. Al oír los primeros acordes de la orquesta, Cleopatra se sentó en la cama y miró a Elliott horrorizada. Pero él se acercó y le puso la mano en el hombro con suavidad.

-Es ópera, *Aída* -dijo. Intentó explicarle en latín que se trataba de una caja de música-. Es una canción egipcia de amor.

Ella saltó de la cama y se acercó a él. Estaba casi completamente desnuda, y sus formas eran muy hermosas. Su cintura era estrecha y sus piernas perfectamente proporcionadas. Intentó no mirarla, apartar los ojos de sus pechos. Elliott levantó la aguja del disco. Ella lanzó un grito y una avalancha de maldiciones en latín.

-¡Haz sonar la música otra vez!

-Sí, pero quiero enseñarte cómo funciona -explicó él. Volvió a poner la aguja sobre el disco. La expresión diabólica de la mujer se suavizó. Comenzó a tararear la música, y a la vez se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

Se puso a bailar balanceándose frenéticamente de un lado a otro. Elliott estaba aterrado, pero ya había visto aquella danza en otras ocasiones. La había visto en niños con problemas mentales graves. Era una respuesta atávica al ritmo y a la música.

Cleopatra siguió bailando sin notar que él salía a buscar más alimentos.

Ramsés compró un periódico inglés y siguió caminando despacio por el bullicioso bazar.

ASESINATO EN EL MUSEO MOMIA ROBADA - EMPLEADA ASESINADA

Bajo el titular se podía leer el encabezamiento del artículo:

SE BUSCA AL MISTERIOSO EGIPCIO RELACIONADO CON EL CRIMEN

Leyó rápidamente los detalles y tiró el periódico. Caminaba con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre la túnica. ¿Habría matado la criatura a la criada? ¿Por qué? ¿Y cómo había conseguido escapar?

Por supuesto, la versión oficial podía ser falsa, pero no era probable. Además, ella había tenido la oportunidad de hacerlo cuando los guardias estaban ocupados con él.

Intentó recordar lo que había visto entre las sombras del pasillo, la horrible monstruosidad que había resucitado de la tumba. La volvió a ver avanzando torpemente hacia él; oyó su voz ronca y gorgoteante; vio la expresión de infinito sufrimiento en su rostro devorado.

¿Qué iba a hacer? Aquella mañana, por primera vez desde que era inmortal, había rogado a sus dioses. En el museo, cuando se inclinaba sobre el cadáver, habían vuelto a su mente antiguos cánticos, fórmulas sagradas que había pronunciado ante las muchedumbres y en los templos, rodeado por sus sacerdotes.

Y ahora, en la calle ruidosa y ardiente, volvió a musitar para sí las viejas plegarias.

Julie estaba sentada en el pequeño sofá blanco de su *suite.* Alex le sostenía la mano, y Samir estaba de pie junto a la única silla vacía. Frente a ellos estaban sentados dos funcionarios británicos. Miles Winthrop estaba de pie junto a la puerta y se retorcía las manos con gesto preocupado. El mayor de los dos funcionarios, un tal Peterson, tenía un telegrama en la mano.

-Corno comprenderá, señorita Stratford -dijo con una sonrisa de altivez-, con una muerte en Londres y ahora otra en El Cairo...

-¿Cómo sabe que están relacionadas? -preguntó Samir-. Usted ha dicho que el hombre que asesinaron en Londres era un prestamista ilegal.

-Ah, sí. Tommy Sharples. Sí, ésa era su ocupación.

-Bien, ¿y qué puede tener que ver el señor Ramsey con él? -preguntó Julie. «Es increíble que mi voz suene tan calmada -pensó-, cuando estoy enloqueciendo por momentos.»

-Señorita Stratford, la moneda de Cleopatra que encontramos en el bolsillo del cadáver relaciona los dos asesinatos. Tiene que proceder de su colección. Es idéntica a las cinco monedas catalogadas.

-Pero no es ninguna de esas cinco. Usted mismo lo ha dicho.

-Sí, pero hemos encontrado otras aquí, en el Shepheard's.

-No lo entiendo.

-En la habitación del señor Ramsey.

Se hizo el silencio. Samir se aclaró la garganta.

-¿Han registrado su habitación? Esta vez fue Miles quien respondió:

-Julie, sé que es muy buen amigo tuyo, y toda esta situación es muy dolorosa. Pero esos asesinatos... Se han ensañado con las víctimas. Debes decirnos cualquier cosa que nos ayude a detener a ese hombre.

-¡El no mató a nadie en Londres! Miles siguió hablando como si no hubiera oído la exclamación indignada de Julie.

-También tenemos que hablar con el duque, y en este momento no sabemos dónde está. -Miró a Alex.

-Sinceramente, no sé dónde está mi padre -dijo Alex con desazón.

-¿Y Henry Stratford? ¿Dónde podemos localizarlo?

Los dos egipcios atravesaron con paso rápido las callejuelas del viejo Cairo con la alfombra sobre los hombros. El cuerpo pesaba mucho y hacía calor.

Pero valía la pena el sudor y el esfuerzo, ya que aquel cuerpo les iba a reportar unos beneficios considerables. Con el principio del invierno, llegarían oleadas continuas de turistas a Egipto. Y ellos habían encontrado un bonito cadáver fresco en el momento adecuado.

Por fin llegaron a la casa de Zaki, «la fábrica», como la llamaban en su lengua. Entraron por la puerta del patio y se dirigieron con su trofeo a la primera de una serie de habitaciones tenuemente iluminadas. Había una fila de momias apoyadas contra el muro de piedra, así como varios cuerpos acartonados tendidos sobre mesas en la habitación.

Lo único que les molestaba era el insoportable hedor. Pero tenían que esperar a que llegara Zaki.

-Buen cuerpo -dijo uno de ellos al hombre que removía una gran olla de betún hirviente en el centro de la sala. Era de allí de donde procedía el horrible olor.

-¿Buenos huesos?

-Ah, sí. Bonitos huesos ingleses.

El disfraz estaba bien. En El Cairo había miles de beduinos con su mismo aspecto. Habría pasado inadvertido por completo de no ser por las gafas de sol, que atraían algunas miradas.

Se las guardó en el bolsillo, bajo la *galabiyya* rayada, y entró en el Shepheard's Hotel. Los muchachos de piel oscura que se arracimaban alrededor de los automóviles ni siquiera lo miraron.

Ramsés avanzó despacio a lo largo de la pared, tras los árboles frutales, y abrió una puerta sin rótulo que daba a una de las escaleras de servicio. Detrás de la puerta había diferentes útiles de limpieza.

Cogió un plumero y subió las escaleras lentamente. Temía el inevitable momento en que Julie le preguntaría qué había hecho.

La mujer se sentó al borde de la cama y se puso a comer de la bandeja que Elliott le había puesto al lado en una mesilla. Ahora llevaba un fino camisón, la única ropa interior que Elliott había encontrado en el guardarropa de Malenka.

Esta le había preparado la comida (fruta, pan, queso y vino), pero no se había atrevido a entrar en la habitación.

El apetito de la criatura era feroz, y comía casi de un modo salvaje. Vaciaba las botellas de vino como si fuera agua. Y, aunque seguía al sol, sus heridas no habían seguido mejorando.

En cuanto a Malenka, seguía en la habitación contigua, temblando inconteniblemente. Elliott no sabía durante cuánto tiempo más podría controlarla.

Elliott se acercó a ella, que estaba acurrucada en un rincón del salón.

-No temas, querida -le dijo.

-Mi pobre inglés -susurró ella.

-Lo sé, querida, lo sé. -Elliott se sentó de nuevo en el sillón y sacó unos cuantos billetes. Le hizo a Malenka un gesto de que los tomara. Pero ella lo miró sin moverse, con ojos vacíos, y volvió a fijar la vista en la pared.

-Mi pobre inglés -repitió con voz ausente- está ahora hirviendo en la tina. ¿Había oído bien?

-¿Qué tina? -preguntó Elliott-. ¿De qué me estás hablando?

-Harán un gran faraón con mi inglés. Mi bello inglés. Lo pondrán en betún; harán con él una momia y los turistas lo comprarán.

Elliott estaba demasiado horrorizado para responder. Apartó la vista, incapaz de pronunciar una palabra.

-Mi bello inglés. Lo envolverán en vendas de lino; será un rey.

Elliott hubiera querido decirle que callara, que no podía oír más. Pero se quedó sentado en silencio hasta que una voz que hablaba en inglés lo sobresaltó. Era el gramófono, con los discos de inglés. La mujer los había encontrado. Esperó que le interesaran, que eso le diera un poco más de tiempo para descansar.

Pero entonces sonó en el dormitorio un estruendo de cristales: había roto el espejo.

Se levantó y entró en la habitación. La mujer estaba de pie sobre la alfombra, meciéndose adelante y atrás. Había fragmentos de cristales por todo el tocador y el suelo. El gramófono seguía hablando.

-*Regina* -dijo Elliott-. *Bella regina Cleopatra.*

-¡Lord Rutherford! -gritó ella-. ¿Qué me ha ocurrido? ¿Dónde estoy? -A continuación lanzó una retahíla de imprecaciones en una lengua extraña y rompió a llorar histéricamente.

Zaki inspeccionó en persona la operación. Vio cómo sus empleados hundían el cuerpo desnudo del inglés en el espeso y viscoso fluido verdoso. A veces embalsamaba realmente aquellos cuerpos, reproduciendo el proceso original al detalle. Pero por lo general no era necesario. A los ingleses ya no les gustaba tanto cortar las vendas de las momias en sus fiestas de sociedad. Sólo había que sumergirlas un buen rato en betún y aplicar los vendajes.

Se acercó a la tina hirviente y estudió el rostro del inglés que flotaba a pocos centímetros de la superficie. Buenos huesos, eso sí era cierto. «Eso es lo que les gusta a los

turistas -pensó-, ver un rostro de verdad bajo las vendas. Y éste va a quedar muy, pero que muy bien.»

Oyó unos golpes suaves en la puerta.

-No quiero ver a nadie -dijo Julie. Estaba sentada en el sofá junto a Samir, que le apretaba la mano mientras la veía llorar desconsoladamente.

No podía comprender qué había sucedido. Sin duda Ramsés había estado en el museo, lo habían herido y había escapado. Pero Julie no podía creer que hubiera asesinado a aquella criada.

-Puedo entender que robara la momia -había dicho a Samir momentos antes-. Conocía a esa mujer, sabía quién era. Supongo que no pudo resistir verla allí expuesta y decidió robar el cuerpo.

-Pero los hechos no encajan -repuso Samir-. Si lo apresó la policía, ¿quién se llevó la momia? -Hizo una pausa mientras Rita abría la puerta.

Julie se volvió y vio de reojo a un alto árabe plantado en el umbral de la puerta. Iba a hacerle un gesto de que se marchara cuando vio el relampagueo de unos ojos azules.

Era Ramsés. Apartó a Rita a un lado, cerró la puerta y se lanzó a sus brazos.

De repente sus dudas y sus miedos desaparecieron. Se apretó contra él y enterró la cabeza en su pecho. Sintió que sus cálidos labios le besaban la frente y que la abrazaba con fuerza. La besó en la boca con ternura.

Entonces oyó la voz susurrante de Samir.

-Mi señor, estás en peligro. Te buscan por todos lados. Pero Julie no podía separarse de él. Con aquel exótico atuendo parecía más sobrenatural que nunca. El amor que sentía por él se agudizó hasta el límite del dolor.

-¿Sabes lo que ha ocurrido? -susurró ella-. Han asesinado a una mujer en el museo, y te acusan del crimen.

-Lo sé, cariño mío -murmuró él-. Llevo la muerte en mi corazón. Y horrores mucho peores.

Ella lo miró e intentó aceptar sus palabras. Entonces las lágrimas volvieron a brotar en sus ojos y se cubrió la cara con las manos.

Estaba sentada en la cama y lo miraba con gesto ausente. ¿Habría comprendido cuando él le había dicho que el vestido era muy elegante? Ella repitió las palabras del gramófono en un inglés perfecto.

-Me gustaría un poco de azúcar en el café. Me gustaría una rodaja de limón en el té.

Volvió a quedar en silencio.

Se dejó abrochar los pequeños botones de perlas de la blusa, y miró a Elliott con asombro mientras él le ajustaba la falda de color rosado. Dejó escapar una risilla maliciosa y levantó una pierna contemplando la pesada falda larga cubierta de encaje.

-Bonito, bonito -dijo. Elliott le había enseñado ya unas cuantas palabras en inglés-. Bonito vestido.

Pasó por delante de Elliott rozándolo y se acercó al tocador. Abrió una revista y se puso a mirar las fotos de mujeres.

-¿Dónde estamos? -volvió a preguntar en latín.

-En Egipto -repitió él. Se lo había dicho una y otra vez, y ella siempre reaccionaba con una mirada inexpresiva y un gesto de dolor.

Elliott cogió el cepillo y con movimientos tímidos comenzó a cepillarle los cabellos. Eran de un negro intenso con reflejos azulados. Ella suspiró y movió los hombros perezosamente. Le gustaba que él le cepillara el pelo. Una suave risa brotó de sus labios.

-Muy bien, lord Rutherford -dijo en inglés. Arqueó la espalda y movió los brazos con

languidez, como un gato al desperezarse.

-*Bella regina Cleopatra* -susurró Elliott. ¿Sería sensato dejarla sola? ¿Podría hacerle comprender? Quizá pudiera convencer a Malenka de que esperara en la calle hasta que él volviera.

-Ahora debo salir, majestad. Tengo que conseguir más medicina.

Ella se volvió y lo miró con rostro inexpresivo. ¡No sabía de qué le estaba hablando! ¿Era posible que no recordara lo que había sucedido momentos antes? Estaba intentando recordar.

-La medicina de Ramsés -aclaró él.

Los ojos de la hermosa mujer relampaguearon un instante, y su rostro se ensombreció. Murmuró algo que él no entendió.

-Buen lord Rutherford -dijo.

Él siguió cepillándole el pelo con firmeza. Su cabellera era una cascada de rizos ondulantes.

Una luz extraña emanaba de su rostro. Tenía los labios entreabiertos y las mejillas teñidas de un suave rubor.

Se volvió hacia él y le acarició la mejilla. Entonces le dijo en latín que tenía el conocimiento de un anciano y la boca de un joven.

Elliott no supo qué responder. Todo se sucedía demasiado rápido. Un momento antes era una mujer que sufría terriblemente y a la que debía cuidar; pero ahora era la gran Cleopatra, y sólo pensarlo hizo que le diera vueltas la cabeza.

Era una mujer inconteniblemente sensual. Al fin y al cabo había seducido a Julio César. Ella se acercó más a él y le acarició el cuello y los cabellos grises con los dedos.

Su carne era cálida. Dios santo, era la misma carne que el día anterior yacía medio podrida y ennegrecida tras un cristal sucio.

Pero sus ojos, aquellos profundos ojos almendrados de pupilas de color miel con pequeñas vetas amarillas, no podían haber salido de aquella masa reseca y muerta. Entonces los labios de aquella mujer rozaron los suyos. Su boca se abrió contra la de Elliott y éste sintió que le introducía la lengua entre los dientes.

Su sexo despertó al instante. Aquello era una locura. No podría. El corazón, el agudo dolor de los huesos: era imposible... Ella apretó los pechos contra él. A través de la tela Elliott podía sentir su calor. El encaje, los botones de perlas, todo aquello la hacía parecer aún más deliciosamente salvaje.

Se le nubló la visión. Vio los huesos desnudos de sus dedos cuando ella le apartó el pelo de la cara besándolo con mayor fuerza y hundiendo la lengua profundamente en su boca.

Cleopatra, la amante de César, de Marco Antonio y de Ramsés el Maldito. Él le ciñó la cintura con las manos. La mujer se dejó caer sobre los almohadones y lo hizo tumbarse sobre ella.

Elliott lanzó un gruñido. Dios, poseerla... Su mano se introdujo bajo la pesada falda de encaje y se hundió entre sus muslos. Vello húmedo y caliente. Unos labios mojados.

-Bien, lord Rutherford -dijo ella en latín, apretando las caderas contra su sexo hinchado y dispuesto.

Elliott se desabrochó la bragueta con rapidez. Hacía muchos años que no realizaba aquella acción con tanta celeridad. Ya no podía resistirse. No había duda de lo que iba a suceder.

-¡Ah, tómame, lord Rutherford! -susurró ella con voz siseante-. ¡Clávame tu daga en el alma!

«Y bien, así es como voy a morir. No de los horrores que he contemplado, sino de esto, que es superior a mis fuerzas pero que no puedo resistir.» La besó casi cruelmente, al mismo tiempo que introducía su sexo entre aquellos muslos húmedos. De la garganta de

Cleopatra volvió a brotar aquella risa dulce y maliciosa.

Elliott cerró los ojos mientras se hundía una y otra vez en aquel estrecho y sedoso manantial.

-No puedes quedarte aquí, mi señor -dijo Samir-. El riesgo es demasiado grande. La entrada está vigilada, y sin duda nos seguirán dondequiera que vayamos. Y, mi señor, han registrado tu habitación. Encontraron las monedas de Cleopatra. Y quizás hayan encontrado... algo más.

-No. No había nada más que pudieran encontrar. Pero tengo que hablar con vosotros, con los dos.

-Hay que buscar un lugar donde poder hablar -sugirió Julie.

-Yo me encargaré de ello -declaró Samir-, pero necesito un par de horas. ¿Podemos reunimos a las tres delante de la Gran Mezquita? Iré vestido como tú, mi señor.

-Yo iré contigo -insistió Julie-. Nada podrá impedírmelo.

-Julie, no sabes lo que he hecho -murmuró Ramsés.

-Ah, pues entonces debes contármelo -repuso ella-. Samir podrá conseguir ropas árabes también para mí.

-Oh, cómo te quiero -susurró Ramsés en voz muy baja-. Y te necesito. Pero, Julie, por tu propio bien...

-Sea lo que sea, seguiré a tu lado.

-Mi señor, márchate ya. El hotel está lleno de policías. Volverán a interrogarnos en cualquier momento. En la mezquita, a las tres.

Elliott estaba hundido en una silla de madera junto a la cama. El dolor del pecho era muy intenso, pero no estaba muñéndose. Hubiera necesitado un trago de la botella que había en la habitación contigua, pero no pudo reunir las fuerzas necesarias para ir a buscarla. Sólo fue capaz de abrocharse la camisa.

Volvió a mirarla. Su rostro suave y aceitunado parecía dormido, pero tenía los ojos abiertos. Se sentó en la cama y le enseñó el tubo vacío.

-Medicina -dijo simplemente.

-Sí, conseguiré más. Pero debes quedarte aquí. ¿Comprendes? -Primero se lo explicó en latín-. Aquí estás a salvo. Debes permanecer en esta casa.

A ella no parecía gustarle la idea.

-¿Dónde vas tú? -preguntó. Miró a su alrededor. Dirigió la vista a la ventana, a través de la cual se veía el suave sol de la tarde y una pared encalada-. Egipto. Esto no puede ser Egipto.

-Sí, querida mía. Y yo debo encontrar a Ramsés.

De nuevo la chispa de brillo en los ojos y a continuación la confusión, seguida del pánico.

Elliott se levantó. No podía entretenerse más. Rogó por que Ramsés estuviera ya libre. Sin duda Julie y Alex le habrían buscado los mejores abogados. En cualquier caso, primero debía volver al hotel.

-No tardaré, majestad -aseguró-. Volveré con la medicina tan pronto como pueda.

Ella no parecía fiarse. Lo miró con desconfianza mientras salía de la habitación.

Malenka seguía acurrucada en el rincón del salón. Temblaba y miraba a Elliott con ojos vidriosos.

-Querida, escúchame -le dijo él. Encontró el bastón junto a la vitrina de las botellas y lo cogió-. Quiero que salgas conmigo, cierres la puerta por fuera y montes guardia hasta que vuelva.

¿Le habría comprendido? Malenka miraba a algún punto a sus espaldas. Elliott se volvió y vio a Cleopatra en la puerta, descalza, con el pelo revuelto, con el mismo aspecto salvaje

acentuado por el vestido de seda rosada. Miraba fijamente a Malenka.

La joven retrocedió sollozando. Su asco y su terror eran evidentes.

-No, no, querida. Ven conmigo -la tranquilizó Elliott-. No temas, no te hará daño.

Malenka estaba demasiado aterrada para poder escuchar u obedecer. Sus gemidos lastimeros crecieron en volumen. El rostro inexpresivo de Cleopatra se había convertido en una máscara furiosa.

Se aproximó a la aterrada Malenka, que miraba los huesos de sus manos y pies como hipnotizada.

-Sólo es una sirviente -dijo el duque, cogiendo del brazo a Cleopatra. Ella se dio media vuelta y lo abofeteó con fuerza. Elliott cayó hacia atrás y tropezó contra la jaula del loro. Malenka comenzó a chillar como una loca y el loro se hizo eco de sus gritos mientras batía las alas contra los barrotes de la jaula.

Elliott intentó calmarse. Malenka tenía que dejar de gritar. Aquello era un desastre. Cleopatra, que miraba a la mujer y al pájaro, también parecía al borde de un ataque de nervios. Entonces aferró a Malenka por el cuello y la obligó a ponerse de rodillas.

-¡No, basta! -Elliott se abalanzó sobre ella. Esta vez no podía dejar que lo hiciera. Pero de nuevo se sintió proyectado varios metros hacia atrás y cayó rodando en el centro de la habitación. Entonces fue cuando volvió a oír aquel chasquido indescriptible: la joven estaba muerta. Cleopatra le había roto el cuello.

El pájaro había dejado de chillar y miraba la habitación con un ojo redondo e inmóvil. Malenka yacía boca arriba en el suelo, con la cabeza vuelta en un ángulo casi imposible y los ojos pardos entrecerrados.

Cleopatra la miraba pensativamente.

-Está muerta -dijo en latín.

Elliott no respondió Se apoyó en el borde del aparador de mármol y se incorporó. El martilleo del pecho ya no significaba nada. Nada podía igualar al dolor que sentía en el alma.

-¿Por qué lo has hecho? -murmuró. Debía estar loco para hacerle aquella pregunta. El cerebro de aquella criatura estaba enfermo, como su cuerpo, por muy hermoso que fuese.

Ella lo miró con expresión casi inocente, y volvió a observar a la mujer muerta.

-Lord Rutherford, dime cómo he llegado aquí. -Sus ojos se entrecerraron. Se acercó a él, lo tomó por las axilas y lo puso en pie sin esfuerzo aparente. Recogió el bastón del suelo y se lo puso en la mano izquierda-. ¿De dónde vengo? -preguntó-. ¡Lord Rutherford! -Se inclinó hacia él con los ojos desorbitados por el terror-. Lord Rutherford, estaba muerta, ¿verdad?

No esperó a escuchar su respuesta. Sus labios emitieron un débil gemido que fue creciendo hasta convertirse en un grito desgarrador. Elliott la abrazó y le puso una mano sobre la boca.

-Ramsés te despertó. ¡Ramsés! Tú pronunciaste su nombre. Lo viste.

-¡Sí! -Cleopatra estaba rígida. No luchaba; sólo le agarraba la muñeca con fuerza-. Ramsés estaba allí. Y, cuando lo llamé..., huyó de mí. Como la mujer, ¡huyó de mí! Tenía la misma mirada en los ojos.

-Quería volver a buscarte, pero otros se lo impidieron. Ahora debo dar con él. ¿Comprendes? Debes quedarte aquí. Debes esperarme. -Ella miraba a algún punto a su espalda-. Ramsés tiene la medicina. Yo la traeré.

-¿Cuánto tiempo?

-Unas horas -repuso él-. Es media tarde. Volveré antes del anochecer.

Ella volvió a gemir y se apretó los labios con el pulgar mientras miraba al suelo. De repente parecía una niña, una niña que tuviera que resolver un terrible rompecabezas.

-Ramsés -murmuró. Era evidente que no conseguía recordar quién era.

Elliott le dio unas suaves palmadas en el hombro y, con ayuda del bastón, se acercó al cuerpo de la joven. ¿Qué iba a hacer con el cadáver? ¿Dejar que se pudriera allí mientras pasaban las horas? ¿Cómo iba a enterrarla en el jardín, cuando apenas podía sostenerse de pie? Cerró los ojos y se rió de sí mismo amargamente. Parecía que habían pasado mil años desde la última vez que había visto a su hijo o a Julie, o que había estado en un lugar civilizado como el Shepheard's Hotel. Parecía que había transcurrido una eternidad desde que había hecho algo normal, o disfrutado de algo normal, o realizado los pequeños sacrificios que exigía la normalidad.

-Vete. Trae la medicina -le dijo ella. Se interpuso entre él y el cadáver. Se inclinó y cogió a Malenka por la mano izquierda. Sin ningún esfuerzo arrastró a la mujer a lo largo de la habitación y lanzó el cadáver al patio como si fuera una muñeca de trapo. El cuerpo aterrizó con el rostro contra la pared opuesta.

«No pienses más. Busca a Ramsés. ¡Ahora!»

-Tres horas -dijo Elliott en las dos lenguas-. Cierra la puerta con llave. ¿Ves el cerrojo?

Ella se volvió y miró la puerta. Asintió.

-Muy bien, lord Rutherford -contestó en latín-. Antes del anochecer.

Cleopatra no corrió el cerrojo. Se quedó allí, con las manos apoyadas en la puerta mientras lo escuchaba alejarse. Tardaría un rato en desaparecer por la esquina.

¡Y ella tenía que salir de aquel lugar! Tenía que averiguar dónde estaba. Aquello no podía ser Egipto. Y era incapaz de comprender cómo había llegado allí, por qué tenía aquel hambre insaciable o por qué sentía aquel agudo deseo de sexo. Hubiera vuelto a forzar a lord Rutherford de no haber querido que fuese a cumplir su misión.

¿Pero qué misión? De repente todo era confuso. Él quería traer más medicina, ¿pero qué era aquella medicina? ¿Cómo podía seguir viva con aquella horrible herida en el pecho?

En aquel momento lo importante era salir de allí aprovechando la ausencia de lord Rutherford.

Recordó vagamente las calles por las que habían llegado a aquel lugar, llenas de grandes y monstruosas criaturas de metal que lanzaban humo y rugían de un modo aterrador.

¿Quiénes eran las personas que había visto a su alrededor? Eran mujeres vestidas de negro, como ella.

Entonces la habían asustado, pero ahora se sentía mucho más fuerte. Y su cuerpo ansiaba muchas cosas. No debía dejarse llevar por el miedo. Tenía que salir.

Volvió al dormitorio, abrió la revista llamada *Harper's Weekly y* observó los dibujos de hermosas mujeres vestidas con aquellas extrañas ropas que les estrechaban la cintura haciéndolas parecer insectos. Entonces se miró en el espejo del vestidor.

Necesitaba algo para cubrirse la cabeza, y también unas sandalias. Sí, unas sandalias. Registró con rapidez la pequeña habitación y encontró unas en un cajón de madera. Eran unas sandalias de cuero con incrustaciones doradas, lo bastante pequeñas para sus pies. Y también encontró un enorme sombrero con flores de seda por todas partes.

Se echó a reír cuando se vio en el espejo con aquello en la cabeza. Pero ahora se parecía mucho más a aquellas mujeres de los dibujos; excepto en las manos. Tenía que hacer algo con las manos.

Miró los huesos pelados de sus dedos. Estaban cubiertos por una delgada capa de piel, pero era como seda, más fina que la del vestido, y se transparentaba, dejando ver una trama de venas rojas. La visión de los huesos la hizo sentirse de nuevo confundida y mareada.

Recordó a alguien inclinado sobre ella. NQ, debía olvidarlo. Tenía que encontrar algo para envolverse la mano derecha. En la izquierda no sería necesario.

Entonces hizo un maravilloso descubrimiento: un par de pequeñas fundas de seda para las manos, blancas y con perlas cosidas. Cada una tenía cinco dedos y se ajustaban a la

perfección. Se las puso y vio que ocultaban por completo los huesos.

Estaba maravillada con lo que lord Rutherford había llamado «tiempos modernos», con sus cajas de música y sus «automóviles», como había llamado a los monstruos de metal que los habían rodeado horas antes como grandes hipopótamos rugientes. ¿Cómo llamaría lord Rutherford a aquellas fundas para las manos?

Estaba perdiendo el tiempo. Se acercó al tocador, cogió unas cuantas monedas que había visto antes y las guardó en el profundo bolsillo oculto de la falda.

Al abrir la pesada puerta de madera de la casa echó una última mirada al cuerpo sin vida de la bailarina, apoyado contra la pared. Tenía que comprender algo, pero no conseguía saber qué.

De nuevo vio a aquella figura inclinada sobre ella. Volvió a oír aquellas palabras sagradas, pronunciadas en una lengua que conocía. «Ésta era la lengua de tus antepasados. Debes aprenderla.» No, aquello había sido en otro tiempo. Había sucedido en una brillante sala llena de mármoles italianos, y él era su maestro. Esta vez había ocurrido en la oscuridad y hacía calor, y ella se debatía como si intentara subir a la superficie desde aguas profundas, casi sin fuerzas, soportando la terrible presión, sin poder gritar porque tenía la boca llena de agua.

-Tu corazón late de nuevo. ¡Vuelve a la vida! Otra vez eres joven y fuerte, ¡y esta vez es para siempre!

«¡No, no vuelvas a llorar! No te esfuerces por recordar, por ver.» La figura se apartó de ella. Ojos azules: ya conocía aquellos ojos azules. «En cuanto lo bebí, sucedió. La sacerdotisa me llevó ante el espejo... ojos azules.» ¿Pero de quién era aquella voz? La voz que había pronunciado la oración en la oscuridad, el antiguo conjuro para abrir la boca de la momia.

¡Y ella había gritado su nombre! Y un rato antes, en aquella casa, lord Rutherford había vuelto a pronunciarlo. Lord Rutherford iba a...

Volver antes del anochecer.

Era inútil. Miró desde la puerta el cuerpo muerto. Debía explorar aquella tierra extraña. Y no debía olvidar que era extremadamente fácil matarlos, partirles el cuello como una caña seca.

Salió rápidamente, sin preocuparse de cerrar la puerta. Las casas encaladas de la calle le parecían familiares. Había conocido ciudades como aquélla. Quizá después de todo estuviera en Egipto. Pero no, no podía ser.

Echó a andar con paso ligero, sujetándose las cintas del sombrero para que no se volara. Era tan agradable caminar deprisa... Y el efecto del sol era maravilloso. El sol: de repente vio el sol que entraba por una alta claraboya en una cueva. Una pesada trampilla de madera se había abierto. Oyó el chasquido de la cadena.

Pero el recuerdo se esfumó, si es que era un recuerdo. «Despierta, Ramsés.»

Así se llamaba, pero ya no le importaba. Era libre para recorrer aquella extraña ciudad, libre para descubrir, libre para ver...



Samir compró diferentes ropas de beduino en una tienda del viejo Cairo. Entró en un pequeño restaurante lleno de franceses arruinados y en el excusado cambió su traje por una *galabiyya* suelta y fresca. Envolvió las ropas que había comprado para Julie dentro de las que se había quitado y salió con ellas debajo del brazo.

Le gustaba aquella cómoda vestimenta de campesino, muchísimo más antigua que las chilabas y gorros que llevaban la mayoría de los egipcios modernos. De hecho, posiblemente era el vestido más antiguo que seguía utilizándose: las túnicas con capas largas y sueltas de los nómadas del desierto. Con ellas se sentía libre y protegido de las miradas curiosas.

Atravesó con rapidez el laberinto de callejuelas del Cairo árabe en dirección a la casa de su primo Zaki, un hombre con el que le disgustaba tratar, pero que le conseguiría lo que buscaba con mayor rapidez y eficacia que nadie. ¿Y quién sabía cuánto tiempo tendría que esconderse Ramsés en El Cairo? ¿Quién sabía cómo se resolvería el misterio de los asesinatos? Cuando llegó a la fábrica de momias de su primo, con seguridad uno de los lugares más repugnantes de todo el mundo, entró por la puerta lateral. Una fila de cuerpos recién «embalsamados» se secaba al intenso sol de la tarde. En la casa habría otros hirviendo en la tina de pez.

Un hombre excavaba una zanja en la que enterrarían durante varios días a las nuevas momias para que se ennegrecieran por el efecto de la tierra húmeda.

A Samir le asqueaba aquel lugar. Lo había visitado a menudo en su infancia, antes de saber que existían momias verdaderas, cuerpos de antepasados que debían ser estudiados y protegidos del saqueo *y* la mutilación.

-Míralo así -le había dicho Zaki en una ocasión-: somos mejores que los ladrones que venden a los extranjeros los cuerpos despedazados de nuestros antepasados. Lo que nosotros vendemos no es sagrado. Son falsificaciones.

El viejo Zaki... Samir iba a hacerle una seña a uno de los hombres, que estaba envolviendo un cadáver en sus vendas. Pero entonces Zaki apareció en la puerta.

-¡Eh, Samir! Es un placer volver a verte, primo. Ven *y* toma un café conmigo.

-Ahora no, Zaki. Necesito tu ayuda.

-Por supuesto. Si no fuera así, no habrías venido a verme.

Samir aceptó el sarcasmo con una humilde sonrisa.

-Zaki, necesito un lugar seguro, una casa pequeña con una puerta trasera. Discreta. Unos cuantos días, quizá más. No lo sé.

Zaki se echó a reír de buen humor.

-Así que el chico educado de la familia, el que todos respetan, viene a mí buscando un escondite.

-No me hagas preguntas, Zaki -pidió Samir, y del interior de sus ropas sacó un fajo de billetes que ofreció a su primo-. Una casa segura. Puedo pagártela bien.

-De acuerdo. Tengo lo que necesitas -afirmó Zaki-. Ven a la casa y tomaremos café. Enseguida te acostumbrarás al olor.

Hacía muchos años que Zaki decía lo mismo. Pero Samir no se acostumbraría nunca a aquel olor. Aun así, lo siguió a través de la sala en la que bullían la gran tina de betún y

otras sustancias químicas, esperando recibir un nuevo cadáver.

Al pasar Samir vio que había una nueva víctima en la tina. Sintió náuseas y apartó los ojos, pero ya había visto los cabellos negros del pobre diablo flotando en la superficie del líquido bituminoso.

-¿No necesitas una momia fresca? -bromeó Zaki-. Recién traída del Valle de los Reyes. Dime una dinastía. ¡La tengo! Hombre, mujer, lo que quieras.

-Tenemos que hablar de esa casa, primo.

-Sí, sí. Tengo varias libres. Tomaremos un café y haré que te acompañen con la llave. Dime lo que sabes de ese robo en el museo. La momia que ha desaparecido, ¿crees que era auténtica?

Como en un sueño, Elliott atravesó el vestíbulo del Shepheard's. Sabía que iba despeinado y sin afeitar, y que sus ropas estaban arrugadas y polvorientas. Le dolía la pierna izquierda, pero en realidad ya no le importaba. Ni tampoco tener la camisa bañada en sudor y pegada a la piel. Encontraría un alivio momentáneo en aquel lugar, lejos de todos los horrores que había contemplado y compartido. Pero el hotel le parecía irreal. No conseguía escapar de la atmósfera de aquella casa.

Durante todo el viaje de vuelta en taxi a través del viejo Cairo había ido reflexionando. Malenka había muerto porque él había llevado a aquella mujer diabólica a su casa. Henry no le importaba, pero la muerte de Malenka pesaría para siempre sobre su conciencia. Y la reina monstruosa y asesina... ¿Qué haría con ella si no podía encontrar a Ramsey? ¿Cuándo se volvería contra él?

Lo primero era encontrar a Samir. El sabría dónde estaba Ramsey.

Se sobresaltó cuando Alex llegó corriendo hasta él y lo abrazó.

-Padre, gracias a Dios que estás aquí.

-¿Dónde está Ramsey? Tengo que hablar con él enseguida.

-Padre, ¿no sabes lo que ha pasado? Lo busca la policía por todo El Cairo. Lo acusan de asesinato, padre, aquí y en Londres. Julie está destrozada. Esto es una pesadilla. Y tampoco podemos encontrar a Henry. Padre, ¿dónde has estado?

-Quédate con Julie, cuida de ella -contestó Elliott-. Tu joven señorita Barrington tendrá que esperar. -Intentó seguir avanzando hacia el mostrador de recepción.

-La señorita Barrington se ha ido -dijo Alex con un gesto de indiferencia-. La familia cambió de planes esta mañana, después de que la policía viniera haciendo preguntas sobre Ramsey y sobre nosotros.

-Lo siento, hijo -murmuró Elliott-. Pero ahora debes dejarme. Tengo que encontrar a Samir.

-Entonces estás de suerte. Acaba de llegar.

Alex hizo un gesto hacia el mostrador del hotel. Samir estaba guardando entre sus ropas un fajo de billetes. Llevaba un paquete bajo el brazo, y parecía tener prisa.

-Ahora perdona, hijo mío -dijo Elliott, y se dirigió cojeando al egipcio. Lo tomó por un brazo y lo llevó lejos del mostrador-. Tengo que verlo -murmuró-. Si sabe dónde está, tengo que hablar con él.

-Milord, por favor. -Samir echó una ojeada a su alrededor-. Las autoridades lo buscan. Nos están vigilando.

-Pero usted sabe dónde está. O cómo hacerle llegar un mensaje. Usted lo sabe todo sobre él. Lo ha sabido desde el principio.

La expresión de Samir era hermética, como si se hubiera cerrado una puerta en su mente.

-Déle un mensaje de mi parte. Samir hizo ademán de alejarse.

-Dígale que sé dónde está *ella.* Samir vaciló.

-¿Pero quién? -susurró-. ¿Qué quiere decir? Elliott le asió el brazo con fuerza.

-El lo sabe. Y *ella* también sabe quién es. Dígale que me la llevé del museo. Y que está en un lugar seguro. He estado con ella todo el día.

-No le comprendo.

-Lo sé, pero él sí comprenderá. Y ahora escuche con atención. Dígale que el sol la ayudó, la curó, y también la..., la medicina que había en el tubo.

El duque sacó del bolsillo el tubo de cristal vacío y se lo puso en la mano a Samir. Este lo contempló como si le diera miedo, como si no quisiera tocarlo.

-Dígale que ella necesita más -lo apremió Elliott-. Está enferma, interior y exteriormente. Está loca. -Por el rabillo del ojo vio que Alex se acercaba a ellos, pero le hizo un gesto de paciencia y siguió hablando en voz baja a

Samir-. Dígale que lo esperaré a las siete de la tarde en un café francés llamado Babylon, en el barrio árabe. No hablaré con nadie más que con él.

-Pero espere, debe explicarme...

-Ya se lo he dicho: él comprenderá. Y bajo ninguna circunstancia debe intentar hablar conmigo aquí. Es demasiado peligroso. No permitiré que mi hijo se vea envuelto en esto. En el Babylon a las siete. Y dígale otra cosa: ya ha matado tres veces. Y volverá a hacerlo.

Se apartó de Samir con brusquedad y se volvió hacia su hijo, que le ofrecía el brazo.

-Ah, llévame a mi habitación. Tengo que descansar. Estoy agotado.

-Dios santo, padre. ¿Qué está sucediendo?

-Eso me gustaría que me contaras. ¿Qué ha ocurrido desde que me fui? Ah, y di en recepción que no voy a hablar con nadie. Que no telefoneen a la habitación. Que no suba nadie.

«Sólo unos pasos más», pensó mientras se abrían las puertas del ascensor. No podía pensar más que en una cama limpia. Se sentía mareado y tenía náuseas. Era agradable sentir que su hijo lo sujetaba con fuerza por los hombros y que no lo dejaría caer.

En cuanto llegaron a la habitación, Elliott se desmadejó por completo, pero allí estaba Walter, que ayudó a Alex a llevarlo a la cama.

-Quiero sentarme -gruñó como si fuera un viejo inválido.

-Le prepararé un baño, milord. Un baño caliente y reparador.

-Muy bien, Walter, pero primero sírveme algo de beber. Whisky, y deja aquí la botella.

-Padre, nunca te había visto así. Voy a llamar al médico del hotel.

-¡Ni hablar! -replicó Elliott. Su tono sobresaltó a Alex-. ¿Crees que a lady Macbeth le hubiera servido de algo un médico? No creo que hubiera podido ayudarla.

-Padre, ¿qué es todo esto? -La voz de Alex se había convertido en un susurro, como siempre que estaba muy preocupado. Guardó silencio mientras Walter le ponía el vaso en la mano a Elliott, que dio un rápido sorbo.

-Ah, esto está bien -suspiró.

En aquella horrenda casa, en aquella morada de la locura y la muerte, había al menos una docena de botellas de diferentes licores, y sin embargo no había querido tocarlas. No se animaba a beber de un vaso que hubiera pertenecido a Henry, ni a comer su comida. Se la había dado a la criatura, pero él habría sido incapaz de comerla. Y ahora podía disfrutar por fin de la dulce calidez que le producía el whisky, tan diferente del dolor ardiente que le aplastaba el pecho.

-Ahora, Alex, debes escucharme -dijo después de dar un nuevo sorbo-. Tienes que salir de El Cairo de inmediato. Haz tu equipaje y pide billetes para el tren de las cinco a Port Said. Te acompañaré a la estación.

¡Qué indefenso pareció de repente! Era un muchacho, un dulce y tierno muchacho. «Y yo sueño con la inmortalidad -pensó-. Nunca he dejado de soñar con ella.»

-Eso es imposible, padre -repuso Alex con la misma ternura-. No puedo dejar aquí a

Julie.

-No quiero que dejes a Julie. Debes llevarla contigo. Dile que se prepare. Vamos, haz lo que te digo.

-Padre, no comprendes. No se irá hasta que Ramsey sea exculpado de las acusaciones. Y Ramsey no aparece por ninguna parte. Ni tampoco Henry. Padre, hasta que todo esto se aclare, me temo que las autoridades no nos dejarán salir de aquí.

-Dios mío.

Alex sacó su pañuelo, lo dobló con cuidado y secó la frente de su padre. Elliott se lo cogió y se secó los labios.

-Padre, tú no crees que Ramsey hiciera todas esas atrocidades, ¿verdad? La verdad es que me cae muy bien. Walter se asomó a la puerta.

-El baño está listo, milord.

-Pobre Alex -murmuró Elliott-. El buen y honrado Alex.

-Padre, dime lo que está ocurriendo. Nunca te he visto así. No pareces tú.

-Sí, soy yo. Es mi verdadero yo, desesperado y lleno de sueños locos, como siempre. ¿Sabes, hijo mío? Cuando heredes el título, posiblemente serás el único duque de Rutherford decente y honrado de la historia.

-Ya estás filosofando otra vez. Y no soy tan decente y honrado. Simplemente, tú me has educado bien, y creo que es un sustituto tolerable. Ahora métete en el baño. Te sentirás mucho mejor. Y no bebas más, por favor. -Llamó a Walter y lo ayudó a llevar a su padre al baño.

Miles Winthrop miraba el telegrama que acababan de darle.

-¿Arrestarla? ¿A Julie Stratford? ¿Por el robo de una momia de incalculable valor en Londres? Pero todo esto es una locura. ¡Alex Savarell y yo fuimos al colegio juntos! Voy a hablar personalmente con el Museo Británico.

-Muy bien, pero hazlo pronto -dijo el otro-. El gobernador está furioso. El Departamento de Antigüedades está en pie de guerra. Y encuentra a Henry Stratford. Localiza a su amante, esa bailarina, Malenka. Stratford está en algún lugar de El Cairo, y seguramente borracho. Mientras tanto arresta a alguien, o el viejo se va a pegar un tiro.

-Al diablo con el viejo -murmuró Miles mientras descolgaba el teléfono.

¡Ah, qué hermoso bazar! Allí se vendía de todo: bonitos tejidos, perfumes, especias y pequeños objetos que emitían un leve chasquido y tenían números romanos pintados. Y joyas, y cerámica, ¡y comida! Pero no tenía dinero para comprar comida. El primer vendedor al que había ofrecido sus monedas le había dicho en inglés y mediante gestos que el dinero que tenía no servía.

Siguió andando. Escuchaba atentamente las voces de la gente y registraba todo lo que oía en inglés, intentando comprender.

-No estoy dispuesto a pagar tanto. Eso es demasiado, cariño, está intentando estafarnos...

-Sólo un sorbito, vamos. Está muy caliente.

-Oh, y estos pendientes, ¡qué bonitos!

Risas, sonidos horribles y estridentes. Ya los había oído antes. Se tapó los oídos con las manos. Siguió andando, tratando de no escuchar aquellos ruidos que la herían.

De repente un estruendo monstruoso, inconcebible, la hizo estremecerse. Echó a correr, y se dio cuenta de que nadie parecía asustarse. De hecho, no parecían haberlo oído.

¡Tenía que desentrañar aquel misterio! Aunque las lágrimas le ardían en los ojos, siguió andando.

Lo que vio entonces llenó su alma de terror. No había palabras en ninguna de las

lenguas que conocía para describirlo. Era inmenso y negro, y avanzaba sobre ruedas de metal. En lo alto, un tubo de hierro vomitaba humo. El ruido que producía era tan poderoso que ahogaba todos los demás. Él monstruo negro arrastraba grandes vagones de madera unidos por grandes ganchos metálicos. La horrenda caravana rugió ensordecedoramente al pasar por delante de ella en dirección a un gran túnel en el que la muchedumbre se arracimaba como si quisiera acercarse a tocarla.

Dejó escapar un sollozo mientras contemplaba a la monstruosa serpiente. ¿Por qué habría salido de su refugio? ¿Por qué había dejado a lord Rutherford, que podía protegerla? Pero cuando creyó que ya no podía ver nada más horrible que aquella cadena de vagones, el último desapareció en el túnel y contempló, al otro lado de las líneas de metal por las que se deslizaba el monstruo, una gran estatua de granito del faraón Ramsés, erguido, con los brazos cruzados.

Se quedó un momento contemplando el coloso de piedra. Como arrancada del mundo que ella había conocido, que había gobernado, aquella estatua se erguía como una figura grotesca y abandonada.

Retrocedió. Otro de aquellos endemoniados automóviles se abalanzaba sobre ella. Oyó un gran chirrido y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos el extraño carruaje se alejaba en dirección a la estatua.

Tuvo la impresión de caer, de volver a hundirse en las aguas de las que había salido.

Cuando abrió los ojos vio el rostro de un joven inglés inclinado sobre ella. Decía a los demás que se apartaran. Comprendió que le preguntaba si podía hacer algo por ella.

-Café -susurró-. Me gustaría un poco de azúcar en el café. -Eran palabras de la máquina parlante que lord Rutherford le había enseñado-. Me gustaría una rodaja de limón en el té.

El rostro del joven se iluminó.

-Sí, desde luego. Podemos tomar café. La llevaré al Café Internacional.

La ayudó a ponerse en pie. Era un joven apuesto y musculoso. Y tenía los ojos azules, parecidos a los del otro...

Miró hacia atrás por encima del hombro mientras se alejaban. No había sido un sueño. La estatua seguía allí, alzándose tras las líneas de hierro. Podía oír el ruido de los carruajes, aunque no había ninguno a la vista.

De repente se sintió débil, a punto de desvanecerse. El joven la sostuvo y la ayudó a seguir caminando.

Ella escuchaba con atención sus explicaciones.

-Es un lugar agradable. Allí podrá descansar un rato. ¿Sabe? Me ha dado usted un susto de muerte. Cuando se cayó, creí que se había golpeado la cabeza.

El café. La voz de la máquina había dicho: «Nos veremos en el café». Sin duda era un lugar para beber café y hablar, lleno de mujeres con aquellas extrañas ropas y jóvenes vestidos como lord Rutherford o como aquel hermoso hombre de fuertes brazos.

Se sentaron ante la pequeña mesa de mármol. Se oían voces por todos lados.

-Francamente, a mí esto me parece divino, pero ya sabes cómo se toma mamá las cosas...

-Repugnante, ¿no te parece? Dicen que le habían retorcido el cuello.

-Oh, el té está frío. Llama al camarero.

Vio al caballero de la mesa de al lado sacar unas pequeñas hojas de papel de colores y dárselas al camarero, que le devolvió unas monedas a cambio. ¿Sería aquello dinero?

Les habían puesto delante una bandeja con café. Tenía tanta sed que habría podido beberse la cafetera de un golpe, pero sabía que debía esperar a que él lo sirviera en las tazas. Lord Rutherford se lo había enseñado. En efecto, eso fue lo que hizo el joven. Tenía una bonita sonrisa. ¿Cómo podía decirle que quería acostarse con él de inmediato?

Buscarían una posada. En aquella ciudad tenía que haber posadas.

En la mesa de enfrente una mujer hablaba con rapidez:

-Bueno, pues a mí no me gusta la ópera. Y no iría si estuviéramos en Nueva York. Pero, como estamos en El Cairo, se supone que tenemos que ir encantados a la ópera. Es ridículo.

-Pero, querida, es *Aída. Aída.*

-Celeste Aída. -Comenzó a tararear la melodía en voz baja. Su compañero de mesa la oyó y sonrió admirado. No sería nada difícil llevárselo a la cama. Encontrar la cama iba a ser más complicado. Siempre podía llevarlo a la pequeña casa, pero estaba demasiado lejos. Dejó de cantar.

-Oh, no, no pare -pidió él-. Siga cantando.

«Siga cantando, siga cantando.» El secreto era esperar un momento, y entonces el significado se hacía evidente.

Ramsés se lo había enseñado. Al principio cualquier lengua parecía incomprensible. La repites, la escuchas, y poco a poco la comprendes.

Ramsés también era el hombre de la estatua que había visto. Se volvió para mirar al exterior y observó que la gran ventana estaba cubierta por un cristal de dimensiones gigantescas. ¿Cómo podían hacer aquellas cosas? «Tiempos modernos», había dicho lord Rutherford.

-Tiene usted una voz adorable, verdaderamente adorable. ¿Va a ir a la ópera? Todo el mundo va a ir, o eso parece.

-El baile durará hasta el amanecer -comentó la mujer que tenía enfrente.

-A mí me parece divino. Estando tan lejos de la civilización, no podemos quejarnos.

El se echó a reír. También había oído la conversación.

-Se supone que ese baile es el acontecimiento de la temporada. Se dará en los salones del Shepheard's -explicó él. Dio un sorbo a su café. Aquello era la señal que ella estaba esperando. Vació de un sorbo su taza.

El sonrió y volvió a llenársela.

-Muchas gracias -dijo ella imitando fielmente la voz del disco.

-Oh, ¿pero no quería azúcar?

-Creo que prefiero leche, si no le importa.

-Por supuesto que no -repuso él, y le sirvió un poco en la taza.

¿Así que aquello era leche? Sí, recordó que lord Rutherford le había dado la última que tenía la esclava.

-¿Va a ir al baile? Yo me hospedo allí con mi tío. El ha venido en viaje de negocios.

El joven se quedó en silencio. ¿Qué estaba mirando? ¿Sus ojos? ¿Sus cabellos? Era muy guapo. Ella pensó que la piel de su rostro y de su cuello debía de ser muy suave. Lord

Rutherford le gustaba, desde luego, pero éste tenía la belleza de la juventud.

Extendió un brazo sobre la mesa y le acarició el pecho a través de su traje de lino, con los dedos cubiertos por la fina seda. «No dejes que sienta los huesos.» ¡Qué asombrado parecía! Con las yemas de los dedos le tocó el pezón y se lo pellizcó suavemente. El joven se ruborizó como una vestal. Ella sonrió al ver que la sangre bullía en su rostro.

Él miró a su alrededor. Las dos mujeres de la mesa de enfrente seguían hablando.

-¡Simplemente divino!

-Entonces me compré ese vestido. Me costó una fortuna, pero pensé, bien, voy a estar allí, y todo el mundo va a ir...

-La ópera -dijo Cleopatra sonriendo-. Ir a la ópera.

-Sí -repuso él, pero seguía desconcertado.

Ella vertió el resto de la cafetera en su taza y se la bebió de un trago. Entonces tomó la jarrita de leche y también se la bebió. Se llenó la boca de azúcar, pero no le gustó. Lo tragó

como pudo, y entonces introdujo una mano bajo la mesa y le acarició la pierna. ¡Bien, estaba preparado! Ah, pobre muchacho, pobre muchacho de ojos grandes.

Recordó la ocasión en que Marco Antonio y ella habían llevado a aquellos jóvenes soldados a su tienda y los habían desnudado antes de elegir. Había sido un juego delicioso. Hasta que Ramsés lo había descubierto. ¿Había algo de lo que no la hubiera acusado al final? Pero este muchacho era poderosamente atractivo. Y sus ojos decían que la deseaba.

Se levantó de la mesa, le hizo un gesto de que la siguiera y se dirigió hacia la puerta.

De nuevo el bullicio de la calle, los vehículos rugientes... Pero ya no le impresionaban. Si no asustaban a nadie, debían de ser inofensivos. Lo que tenía que hacer era encontrar un lugar. Él iba a su lado, y le estaba diciendo algo.

-Ven -dijo ella en inglés-. Ven conmigo.

Al ver un callejón, tiró de él y sorteó cubos y cajones hasta llegar al fondo, sombreado y tranquilo. Se volvió y lo abrazó por la cintura. El se inclinó para besarla.

-Pero no aquí. Creo que es mejor... Señorita, no creo que... -intentó decir lleno de nerviosismo.

-He dicho aquí -siseó ella. Lo besó con fuerza e introdujo la mano entre sus ropas. Su piel estaba caliente, justo lo que necesitaba: una piel caliente y dulce. Y el joven fauno estaba dispuesto para ella. Se levantó las faldas del vestido rosado.

Todo ocurrió demasiado rápido. Se estremeció mientras lo abrazaba, apretándose contra su cuerpo y rodeándole el cuello con los brazos. Él gimió al vaciarse dentro de ella y luego se quedó inmóvil un momento, demasiado inmóvil. Ella seguía moviéndose, pero él ya no respondía. Se apartó de ella y apoyó la espalda contra la pared, mirándola como si estuviera mareado.

-Espera, por favor, déjame un momento -rogó él cuando ella comenzó a besarlo de nuevo.

Ella lo contempló unos segundos. Era muy fácil: chac. Le cogió la cabeza con las dos manos y la giró con fuerza hasta oír el chasquido de las vértebras.

El joven quedó mirando al vacío, como la mujer, como el otro hombre. No había nada en sus ojos, nada. Su cuerpo resbaló lentamente hasta caer al suelo con las piernas abiertas.

Ella lo miró fijamente, sintiéndose otra vez confusa. Era algo que tenía que ver con lo que acababa de hacer.

Recordó la figura borrosa inclinada sobre ella. ¿Había sido un sueño? «Levántate, Cleopatra. Yo, Ramsés, te lo ordeno.»

No, no debía intentar recordar pues le producía un terrible dolor en el alma. Podía oír llorar a las mujeres. Decían su nombre: Cleopatra. Entonces alguien la había cubierto con un paño oscuro y suave. ¿Vivía todavía la serpiente? Le parecía extraño que la serpiente la hubiera sobrevivido. Volvió a sentir su aguda mordedura en el pecho.

Dejó escapar un suave gruñido mientras miraba al joven muerto. ¿Cuándo había ocurrido aquello? ¿Dónde? ¿Quién era ella?

«No intentes recordar. Los "tiempos modernos" esperan.»

Se inclinó sobre el cadáver y le registró los bolsillos. Había mucho dinero en un pequeño libro de cuero. Y más cosas: una tarjeta escrita en inglés con un pequeño retrato del muchacho, muy bonito; y dos cuadrados de papel rígido en los que se leía AÍDA, y debajo ÓPERA. Tenían el mismo dibujo de una egipcia que había visto en la «revista».

Seguramente valdría la pena llevárselos también. Tiró a un lado el retrato del joven, se guardó en el bolsillo el dinero y los dos papeles de la ópera y salió del callejón tarareando «Celeste Aída» suavemente para sí.

«No tengas miedo. Haz lo que ellos. Y si ellos van hacia los monstruos de metal, tú debes hacerlo también.»

Pero cuando se acercó al carro de acero y volvió a sonar uno de aquellos terribles

aullidos, se tapó los oídos y lanzó un grito involuntario. Cuando abrió los ojos, vio ante sí a otro hermoso joven.

-¿Puedo ayudarla, señorita? No se habrá perdido, ¿verdad? No debe ir por la estación con todo ese dinero sobresaliendo del bolsillo.

-Estación...

-¿No tiene equipaje?

-No -contestó ella con inocencia. Se apoyó en el brazo que le ofrecía aquel hombre-. ¿Me ayudará? -preguntó, recordando la frase que tanto le había repetido lord Rutherford-. ¿Puedo confiar en usted?

-Oh, desde luego -aseguró él. Y lo decía de verdad. Otro bello joven de piel suave y cálida.

Dos árabes, uno más alto que el otro, salieron por la puerta de servicio del Shepheard's y se alejaron con pasos rápidos.

-Recuerde -dijo Samir en voz baja-: debe dar pasos largos. Es usted un hombre, y los hombres dan pasos largos y balancean los brazos con naturalidad.

-Debería haber aprendido este truco hace mucho -respondió Julie.

La Gran Mezquita bullía de fieles, así como de turistas que habían acudido a visitar aquella maravilla y a ver a los devotos musulmanes postrados de rodillas diciendo sus oraciones. Julie y Samir avanzaron lentamente entre la muchedumbre. A los pocos minutos vieron a un árabe de gran estatura con gafas de sol, con una capa blanca hasta los pies.

Samir puso una llave en la mano de Ramsés. Susurró la dirección y le dijo que los siguiera. No estaba lejos.

Julie y él salieron de la mezquita, y Ramsés fue tras ellos, varios metros más atrás.

Ah, le gustaba aquel muchacho que decía ser norteamericano y que hablaba con voz tan extraña. Iban en un taxi de caballos, rodando plácidamente entre los automóviles. Y ya no tenía miedo.

Antes de salir de la «estación», se había dado cuenta de que la gente subía y bajaba de los grandes monstruos de hierro. No eran más que otro medio de transporte. ¡Qué extraño!

Este hombre no era tan elegante como lord Rutherford, pero hablaba más despacio y podía entenderle mejor. Y además señalaba las cosas que le explicaba. Ya había averiguado lo que eran un automóvil Ford y un descapotable. Aquel hombre vendía aquellas máquinas en Estados Unidos. Era vendedor de automóviles Ford en Estados Unidos. Allí incluso la gente pobre podía comprar uno de aquellos automóviles.

Apretó bajo el brazo la bolsa de tela que él le había dado para que metiera el dinero y los papeles de la ópera.

-Y aquí es donde viven los turistas -explicó él-. Es el sector británico.

-Ingleses -dijo ella.

-Sí, pero también vienen aquí los europeos y norteamericanos. Y ese edificio de allí es donde vive la gente elegante, ingleses y norteamericanos. Es Shepheard's, *el* hotel, no sé si me entiende.

-¿Shepheard's, *el* hotel? -repitió ella sonriendo.

-Ahí se celebrará el baile de la ópera mañana por la noche. Es donde me alojo yo. No me gusta demasiado la ópera. -Hizo un cómico gesto de asco-. Pero aquí, en El Cairo, es algo importante, ya sabe.

-Algo importante, ya sabe.

-Muy importante. Entonces pensé que habría que ir, y también al baile que darán después, aunque he tenido que alquilar un frac y todo eso. -Sus ojos brillaban de alegría cuando la miró. Estaba disfrutando enormemente.

Y ella también estaba disfrutando.

-Y además *Aída* trata sobre el antiguo Egipto.

-Sí. Canta Radamés.

-¡Sí! Entonces la conoce. Seguro que le gusta la ópera. -De repente frunció el entrecejo-. ¿Está usted bien, señorita? Quizá la ciudad antigua le parezca más romántica. ¿Le apetece beber algo? Podemos dar una vuelta en mi coche. Está aparcado junto al Shepheard's.

-¿Un automóvil?

-Oh, no tenga miedo. Soy un conductor muy prudente, se lo aseguro. ¿Ha estado ya en las pirámides? «Pirámides.»

-No -dijo ella-. ¿Vamos en su automóvil? ¡Divino!

Él se echó a reír. Gritó algo al conductor y éste se desvió a la izquierda. Rodearon el Shepheard's, *el* hotel, un edificio imponente con hermosos jardines.

Cuando la ayudó a bajar del carruaje estuvo a punto de tocar la herida abierta de su costado. Se estremeció. Pero no había ocurrido. Y sin embargo le había recordado que la herida seguía allí. ¿Cómo era posible que siguiera viviendo con aquellas horribles heridas? Era un misterio. Y, desde luego, tenía que volver a la casa al anochecer para ver a lord Rutherford. Lord Rutherford había ido a hablar con el hombre que podía explicarlo todo, el hombre de los ojos azules.

Llegaron por fin al escondite. Julie accedió a esperar en la calle a que ellos entraran e inspeccionaran las habitaciones y el abandonado jardín. Entonces la hicieron pasar y Ramsés se apresuró a correr el cerrojo.

En el centro de la habitación había una mesa de madera con una vela encajada en una botella vacía. Samir la encendió mientras Ramsés acercaba unas sillas.

Era lo suficientemente cómodo. El sol de la tarde entraba por el jardín y la puerta trasera, pero no hacía demasiado calor. Olía a cerrado y un perfume a especias flotaba en el aire.

Julie se quitó el turbante y se sacudió el pelo.

-No he creído ni por un momento que mataras a esa mujer-declaró mirando a Ramsés, que estaba sentado frente a ella.

Parecía un jeque con aquellas ropas de beduino, el rostro parcialmente en la sombra y los ojos brillantes por el reflejo de la vela.

Samir se sentó en silencio a la izquierda de Julie.

-Yo no la maté -aseguró Ramsés-, pero soy responsable de su muerte. Necesito vuestra ayuda. Y también vuestro perdón. Ha llegado el momento de que os cuente todo.

-Mi señor, tengo un mensaje para ti -lo interrumpió Samir-. Y debo dártelo antes de nada.

-¿Qué mensaje? -preguntó Julie. ¿Por qué no le había dicho nada Samir?

-¿De quién, de los dioses, Samir? ¿Me reclaman para hacerme pagar por mis faltas? No tengo tiempo para mensajes de menor importancia. Debo contaros lo que ha sucedido, lo que he provocado.

-Es del duque de Rutherford, mi señor. Me abordó en el hotel. Parecía enloquecido. Me pidió que te dijera que sabe dónde está *ella.*

Ramsés estaba claramente desconcertado. Lanzó a Samir una mirada casi asesina.

Julie no podía soportarlo más.

Samir sacó algo de entre sus ropas y se lo dio a Ramsés. Era un tubo de cristal tallado, como los que había visto entre las redomas de alabastro de la colección.

Ramsés lo miró, pero no hizo ademán de cogerlo. Samir iba a seguir hablando, pero Ramsés lo detuvo con un gesto. Su rostro estaba tan desfigurado por la emoción que no parecía él mismo.

-¡Dime lo que significa esto! -exigió Julie, incapaz de contenerse por más tiempo.

-Me siguió al museo -murmuró Ramsés sin dejar de mirar el tubo vacío.

-¿Pero de qué estás hablando? ¿Qué ocurrió en el museo?

-Mi señor, dijo que el sol la ha ayudado. La medicina del tubo también la ayudó, pero necesita más. Está enferma, exterior e interiormente. Ya ha matado tres veces. Está loca. La tiene escondida en un lugar seguro, pero quiere hablar contigo. Me ha dado la hora y el lugar para una cita.

Ramsés quedó inmóvil por un momento. Luego se levantó y se dirigió hacia la puerta.

-¡No, espera! -gritó Julie poniéndose en pie. Samir también se había levantado de un salto.

-Mi señor, si intentas ir a verlo te detendrán. El hotel está vigilado. Espera a que él acuda al punto de la cita. Es lo único que puedes hacer.

Ramsés estaba fuera de sí. Pasó por delante de Julie con la mirada extraviada y volvió a sentarse pesadamente.

Julie se enjugó las lágrimas con el pañuelo y se sentó.

-¿Dónde y cuándo? -preguntó Ramsés.

-A las siete de la tarde, en el Babylon. Es un club francés. Lo conozco. Te llevaré hasta él.

-¡No puedo esperar tanto!

-Ramsés, dinos qué significa todo esto. ¿Cómo podemos ayudarte si no sabemos qué pasa?

-Mi señor, Julie tiene razón. Confía en nosotros. Permítenos ayudarte. Si la policía volviera a capturarte...

El rostro de Ramsés revelaba un profundo sufrimiento.

-Os necesito, pero, cuando os cuente todo, quizás os pierda. Así sea, porque he jugado con vuestras vidas.

-Nunca me perderás -afirmó Julie, pero el miedo le encogía el corazón, el miedo a lo que podía oír a continuación.

Hasta aquel momento creía comprender lo que había sucedido. Había robado el cuerpo de su amor del museo, pues quería enterrarlo debidamente. Pero ahora, después de oír el mensaje de Elliott y ver el tubo de cristal, comenzaba a contemplar posibilidades mucho peores. Las negaba una y otra vez, pero volvían a su cabeza.

-Confía en nosotros, mi señor. Déjanos compartir tu carga.

Ramsés miró a Samir, y después a Julie.

-Ah, la culpa nunca podréis compartirla -dijo-. El cuerpo del museo, la mujer desconocida...

-Sí -murmuró Samir.

-Para mí no era desconocida, amigos míos. El fantasma de César la hubiera reconocido. La sombra de Marco Antonio la habría besado. Millones de personas lloraron su muerte...

Julie asintió, y las lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas.

-E hice algo terrible. Llevé el elixir al museo. No me había dado cuenta del estado de destrucción en que se hallaba su cuerpo. Vertí el elixir sobre ella, y después de dos mil años la vida volvió a surgir en su cuerpo destrozado. ¡Se levantó! Sangrando, herida, se puso en pie. Echó a andar. Extendió los brazos hacia mí. ¡Gritó mi nombre!

Ah, aquello era mejor que el mejor vino, mejor incluso que hacer el amor. Iban por la carretera a toda velocidad en el descapotable del norteamericano. El viento silbaba en sus oídos, y el hombre gritaba animadamente mientras aferraba el volante con las dos manos.

Las casas pasaban a su lado como una exhalación. Los egipcios con sus asnos y camellos se echaban a un lado aterrados mientras ellos pasaban dejando una estela de humo y polvo.

Le encantaba. Miró al cielo y dejó que el viento jugara con sus cabellos mientras se

sujetaba el sombrero con una mano.

Pero también observaba cómo se manejaba aquel carruaje. El joven apretaba los «pedales» con los pies una y otra vez. Tiraba de la palanca y giraba la rueda central con las manos.

Ah, era apasionante, maravilloso. Pero de repente aquel horrible y estridente sonido volvió a tomarla por sorpresa. Era el aullido ensordecedor que había oído en la estación. Se llevó las manos a los oídos.

-No se asuste, señorita. No es más que un tren. Mire, por allí viene. -El automóvil se detuvo bruscamente.

El camino de barras de metal cruzaba la llanura desértica. El gran monstruo negro se acercaba rugiendo y aullando por la derecha. Cleopatra oyó sonar una campana y alcanzó a distinguir una luz roja intermitente. ¿Es que no iba a poder librarse nunca de aquellas cosas horribles?

El le pasó un brazo por los hombros.

-No ocurre nada, señorita. Sólo tenemos que esperar a que pase.

El joven seguía hablando, pero el traqueteo ensordecedor del tren que pasaba frente a ellos ahogaba sus palabras. Las ruedas pasaban por delante de ellos a toda velocidad, e incluso la larga procesión de vagones llenos de seres humanos sentados en sus bancos de madera como si fuera la cosa más normal del mundo le hacía sentir pánico.

Intentó recuperar la compostura. Le gustaba sentir aquella mano cálida y masculina en la suya. Su piel olía ligeramente a perfume. Los últimos vagones se alejaron. La campana volvió a sonar, y la luz roja parpadeó de nuevo.

El norteamericano apretó una vez más los pedales y tiró de la barra. El coche se puso en marcha y, tras cruzar las vías de metal, siguieron su camino a través del desierto.

-La mayoría de la gente de Hannibal, Missouri, no saben ni siquiera lo que es Egipto. Yo le dije a mi padre: me voy para allá, eso es lo que voy a hacer. Me llevo el dinero que he ganado y me voy a Egipto, y luego volveré y sentaré la cabeza...

Cleopatra contuvo el aliento. Era un inmenso placer volver a contemplar a lo lejos, recortándose en el horizonte, las pirámides de Giza. Ante sus ojos apareció la figura de la esfinge.

Dejó escapar un suave grito. Entonces aquello era Egipto. Estaba en Egipto; en los «tiempos modernos», pero estaba en su tierra.

Sintió que una serena tristeza se apoderaba de ella. Allí estaban las tumbas de sus antepasados, y la esfinge a la que había acudido de niña a rezar.

-Ah, sí, es una vista preciosa, ¿verdad? Se lo aseguro, si a la gente de Hannibal, Missouri, no le gusta, ellos se lo pierden.

Ella se echó a reír.

-Ellos se lo pierden -repitió.

A medida que se acercaban, empezó a distinguir la muchedumbre. Un inmenso aparcamiento de automóviles y carruajes de caballos. Y multitud de mujeres con trajes de cintura apretada, como el suyo. Los hombres llevaban sombreros de paja, como el norteamericano. Y había también muchos árabes con sus camellos y los brazos llenos de bisutería barata. Cleopatra sonrió.

En su tiempo ya vendían aquellas baratijas a los romanos y les cobraban por pasear en sus camellos. ¡Y ahora seguían haciendo exactamente lo mismo!

Pero la visión de la gran tumba del rey Kefrén le cortó la respiración. ¿Cuándo había estado allí, siendo una niña, delante de aquella gigantesca estructura de bloques cuadrados? Y también había estado allí con Ramsés, solos, envueltos en capas por el frío de la noche. Y habían ido cabalgando por aquel mismo camino.

¡Ramsés! No. Había ocurrido algo horrible que no debía recordar. Las aguas oscuras

caían de nuevo sobre ella. Ella había intentado acercarse a él, y él había retrocedido aterrado.

El automóvil se detuvo otra vez.

-Vamos, señorita. Vamos a verlas. La séptima maravilla del mundo.

Ella sonrió al norteamericano de rostro redondeado. Era muy cariñoso y amable.

-¡Divino! -exclamó ella, y saltó al suelo desde el coche antes de que él pudiera abrirle la puerta.

Sus cuerpos estaban muy cerca. La nariz redonda del norteamericano se frunció al sonreír. Su boca era joven y apetitosa. De repente ella lo besó. Se puso de puntillas y lo abrazó apretándose contra él. Hmmrn. Dulce y joven, como el otro. ¡Y tan desconcertado!

-Vaya, es usted de lo más afectuosa -le susurró él al oído. No parecía saber qué hacer. Bien, pues ella se lo mostraría. Lo tomó de la mano y caminaron lentamente hacia las pirámides.

-¡Ah, mira! -dijo ella señalando el palacio que habían construido a la derecha.

-Sí. Es el Mena Hotel -explicó él-. No es el Shepheard's, pero no es un mal hotel. Podemos ir a comer algo después, si le apetece.

-Intenté quitármelos de encima -dijo Ramsés-, pero fue imposible. Eran demasiados. Me arrastraron a una celda. Necesitaba tiempo para curarme. Debió de pasar media hora hasta que tuve fuerzas para escapar.

Se hizo el silencio.

Julie había enterrado el rostro en el pañuelo.

-Mi señor -susurró Samir-, ¿sabías que el elixir podía tener ese efecto?

-Sí, Samir. Lo sabía, aunque nunca lo había probado de esa forma.

-Entonces fue la naturaleza humana, mi señor. Ni más ni menos.

-Ah, pero, Samir, he cometido tantos errores a lo largo de los siglos... Conozco los peligros de esa sustancia. Y vosotros debéis conocerlos también, si vais a ayudarme. Esa criatura, ese ser enloquecido al que he devuelto la vida no puede ser destruido.

-Debe haber alguna forma -objetó Samir.

-No. Eso lo he comprobado muchas veces. Y vuestros libros de biología moderna me han aclarado las ideas. Cuando las células del cuerpo se saturan del elixir, comienzan a renovarse. Sea planta, animal u hombre, el efecto es el mismo.

-No hay envejecimiento, ni deterioro -murmuró Julie, más tranquila. Ya no le temblaba la voz.

-Eso es. Una copa, no más de lo que contenía este tubo, me hizo inmortal, y estaré en la flor de la vida eternamente. No necesito comer, pero siempre siento hambre. No necesito dormir, pero puedo disfrutar del sueño. Y sufro un deseo permanente... de amor.

-Y esa mujer... no recibió una cantidad suficiente.

-No, y además estaba dañada. Ese fue mi error. El cuerpo no estaba completo. Pero, completa o no, esa criatura es ahora prácticamente invencible. Lo supe cuando intentó acercarse a mí en el museo. ¿No lo comprendéis?

-No estás pensando en términos científicos -replicó Julie, enjugándose los ojos-. Debe haber una forma de detener el proceso.

-Por otra parte -intervino Samir-, si le dieras a esa mujer la medida completa, como pretende el duque...

-Eso es una locura -le interrumpió Julie-. La harías aún más fuerte.

-Escuchad los dos lo que tengo que decir -declaró Ramsés-. Cleopatra es sólo una parte de esta tragedia. Ahora el duque también conoce el secreto. Lo peligroso es el elixir, mucho más de lo que pensáis.

-La gente querrá tomarlo -dijo Julie-, y hará cualquier cosa para conseguirlo. Pero con

Elliott se puede razonar, y Henry es un estúpido.

-Hay mucho más que eso. Estamos hablando de un producto que transforma cualquier sustancia viva que lo absorba. -Ramsés hizo una pausa y los miró a los dos-. Hace siglos, cuando todavía era rey, pensé usar el elixir para conseguir que los alimentos no se agotaran nunca, para que mi pueblo no volviera a pasar hambre. Trigo que creciera otra vez tras ser cosechado, árboles que dieran frutos permanentemente... ¿Sabéis lo que ocurrió?

Samir y Julie lo contemplaban fascinados.

-Era imposible digerir aquellos alimentos inmortales. Se volvían a recomponer en sus estómagos, y mis súbditos agonizaban entre dolores atroces como si hubieran comido arena.

-Dios -murmuró Julie-. Es perfectamente lógico, desde luego.

-Y, cuando quise quemar los campos y sacrificar a las aves *y* reses inmortales, vi cómo el trigo quemado volvía a crecer en cuanto lo alcanzaban los rayos del sol. Vi levantarse a animales quemados y descuartizados. Al fin ordené que lo lanzaran todo con pesos al fondo del mar, donde seguramente seguirá vivo e intacto hasta el día de hoy.

Samir se estremeció y se abrazó el tronco con los brazos como si tuviera frío.

Julie miró fijamente a Ramsés.

-Entonces quieres decir que, si el secreto cayera en malas manos, regiones completas de la tierra se volverían inmortales.

-Pueblos enteros -corrigió Ramsés mortalmente serio-. Y los inmortales tenemos tanta o más hambre que los mortales. Acabaríamos con todas las reservas de alimentos de los vivos, consumiríamos lo que les pertenece.

-El ritmo de la vida y la muerte se alteraría -agregó Samir.

-¡Debes destruir ese secreto! -exclamó Julie-. Si tienes el elixir, destrúyelo. Ahora.

-¿Y cómo podría hacerlo, cariño mío? Si lanzo el polvo seco al viento, sus partículas caerán en la tierra, y cuando las primeras lluvias las licuen serán absorbidas por las raíces de los árboles, que a su vez se volverán inmortales. Si vierto el líquido en la arena, esperará a que el camello se agache a beber. Si lo lanzo al río, haré nacer peces, serpientes y cocodrilos indestructibles.

-Basta -murmuró Julie desmayadamente.

-¿No puedes consumirlo tú mismo, mi señor, sin que te haga daño?

-No lo sé. Supongo que podría. ¿Pero quién sabe?

-¡No lo hagas! -rogó Julie.

El le dedicó una sonrisa débil y triste.

-¿Todavía te importa lo que sea de mí, Julie Stratford?

-Sí, me importa -susurró ella-. Tienes que custodiar un secreto terrible, pero eres un hombre. Me importas.

-Eso es, Julie -dijo él-. Tú lo has dicho. Tengo el secreto aquí. -Se golpeó la frente con un dedo-. Sé cómo hacer el elixir. No importa lo que ocurra con los dos tubos que quedan, porque puedo hacer más.

Se miraron fijamente. Era imposible comprender de repente el horror de la situación. Había que retroceder unos pasos y mirarlo de lejos para abarcarlo por completo.

-Ahora comprendes por qué no he compartido el elixir con nadie durante mil años. Conocía el peligro que entrañaba. Y entonces, con la debilidad de un mortal, me enamoré.

Los ojos de Julie se llenaron de lágrimas. Samir esperó con paciencia.

-Sí, lo sé -suspiró Ramsés-. He sido un necio. Hace dos mil años preferí ver morir a mi amor antes que darle el elixir a su amante, Marco Antonio, un hombre disoluto que me hubiera perseguido hasta el fin del mundo para obtener la fórmula. ¿Puedes imaginar a esos dos gobernando el mundo? «¿No podríamos crear un ejército de guerreros inmortales?» Eso me preguntó Cleopatra un día, cuando la influencia de aquel hombre ya la había

corrompido, cuando ya se había convertido en su instrumento. Y ahora, en esta era de asombrosas maravillas, he olvidado la lección y le he devuelto la vida.

Julie tragó saliva. Las lágrimas rodaban silenciosamente por sus mejillas, pero ya no se molestaba en enjugarlas con el pañuelo. Apoyó la mano sobre la de él a través de la mesa.

-No, Ramsés, en eso te equivocas. No es Cleopatra. ¿No lo entiendes? Has cometido un terrible error, y debemos encontrar la forma de repararlo. Pero no es Cleopatra. No puede serlo.

-Julie, no cometí ningún error. Y ella me conocía. ¿No lo entiendes? ¡Gritó mi nombre!

Desde el Mena Hotel llegaba una suave música. Una suave luz amarilla salía de sus ventanas y diminutas figuras deambulaban por la gran terraza.

Cleopatra y el norteamericano estaban en un túnel oscuro, en lo alto de la pirámide.

Ella lo abrazó febrilmente y deslizó sus dedos cubiertos de seda por el interior de su camisa. Ah, qué tiernos eran los pezones de los hombres; qué maravillosa llave del tormento y el éxtasis; cómo disfrutaba retorciéndolos suavemente mientras introducía la lengua entre sus dientes como una serpiente.

La fuerza y el entusiasmo de aquel hombre se habían desvanecido. Ahora era su esclavo. Le rasgó la camisa con violencia y hundió la mano bajo su cinturón hasta la raíz de su sexo,.

Él dejó escapar un gemido contra su cuello. Cleopatra sintió que le alzaba las faldas. De repente su mano se detuvo y todo su cuerpo se contrajo. Ella volvió la cabeza y lo miró. Estaba mirando su pierna desnuda, su pie.

Había visto el trozo de hueso pelado de su muslo, el abanico de tendones de su pie.

-¡Dios mío! -murmuró él. Retrocedió hasta tropezar con la pared-. ¡Dios mío!

Un profundo gruñido de rabia y dolor brotó de la garganta de Cleopatra.

-¡Quítame los ojos de encima! -aulló en latín-. ¡Aparta tus sucios ojos de mí! No permitiré que me mires con asco.

Con un sollozo ahogado le cogió la cabeza y la golpeó con saña contra la piedra.

-¡Morirás por esto! -Le escupió a la cara. Entonces le retorció lentamente la cabeza, y él se desplomó sin vida. Era tan simple...

El cuerpo cayó al suelo como un saco, como el del otro. Vio una gruesa cartera llena de dinero que asomaba de su chaqueta.

Pensó que las heridas no podían acabar con ella. Ni tampoco el rayo de calor que le había lanzado aquel Henry, aquella explosión ensordecedora e insoportable. Y sin embargo no hacía falta más que un leve movimiento para acabar con ellos.

Se asomó a la abertura del túnel y vio la oscura masa de arena y el Mena Hotel al fondo. Volvió a oír la música, tan suave, flotando en el aire del desierto.

Siempre hacía frío de noche en el desierto. Y era casi de noche. Empezaban a aparecer diminutas estrellas en el firmamento violeta. Sintió una extraña sensación de paz. Era agradable estar a solas en el desierto, lejos de todos ellos.

Pero había olvidado a lord Rutherford y la medicina. «Antes del anochecer.»

Se agachó a coger el dinero del norteamericano y recordó el bonito automóvil amarillo. Con él podría volver rápidamente a la casa. Y ahora era suyo.

La perspectiva le hizo soltar una carcajada. Bajó de la pirámide con pasos rápidos, sintiéndose maravillosamente fuerte. Saltó sobre la arena y echó a correr hacia el automóvil.

Muy sencillo: pulsar el botón de arranque eléctrico y apretar el «acelerador». La máquina despertó y comenzó a ronronear. Empujó la palanca hacia adelante, como le había visto hacer a él, soltó suavemente el otro pedal y, maravilla de maravillas, el automóvil arrancó de un salto, mientras ella hacía girar enloquecidamente el volante.

Describió un amplio círculo alrededor del Mena Hotel. Unos árabes aterrados se apartaron de su camino. Cleopatra apretó con furia la «bocina», como él la había llamado, y los camellos se desbocaron.

Entonces salió a la carretera y tiró de la palanca hacia atrás para hacerlo correr más, como había visto hacer al norteamericano.

Al llegar al cruce con el camino de metal se detuvo. Se aferró al volante temblando, pero no se oía ningún sonido extraño. Y ante sí vio un hermoso espectáculo: las luces de El Cairo bajo el cielo estrellado.

-¡«Celeste Aída»! -comenzó a cantar mientras arrancaba de nuevo y lanzaba el coche a la carrera.

-Nos has pedido nuestra ayuda -dijo Julie-. Y nuestro perdón. Ahora quiero que me escuches.

-Sí, te escucho -respondió Ramsés de todo corazón, pero estaba desconcertado-. Julie, es ella... No hay duda.

-El cuerpo sí -replicó Julie-. Era el suyo, sin duda. ¿Pero quién es el ser que ha vuelto a la vida? No es la misma mujer que tú amaste. Esa mujer, sea quien sea, no tiene conciencia de lo que le ocurre a su cuerpo.

-Julie, me conocía. ¡Gritó mi nombre!

-Ramsés, el cerebro de esa criatura te reconoció. Pero piensa en lo que dices. Piensa en las implicaciones. Las implicaciones lo son todo, Ramsés. Nuestro intelecto, nuestra alma si lo prefieres, no reside en la carne mientras ésta se pudre lentamente. O bien asciende a un mundo superior, o deja de existir. La Cleopatra que amaste dejó de existir en ese cuerpo el día que murió.

Él la miró fijamente, intentando comprender.

-Mi señor, creo que sus palabras son sabias -opinó Samir. Pero él también estaba confundido-. El duque dice que ella sabe quién es.

-Sabe quién se supone que es -insistió Julie-. ¡Las células! Sus células siguen ahí, revitalizadas, y posiblemente todavía quedaban en ellas retazos de memoria. Pero esa cosa es una réplica monstruosa de tu amor perdido. ¿Cómo podría ser más que eso?

-Puede ser cierto -murmuró Samir-. Si haces lo que sugiere el duque, si le das más elixir, puede que estés dando aún más fuerzas... a un demonio.

-No puedo comprender nada... -confesó Ramsés-. ¡Pero es Cleopatra!

Julie negó con la cabeza.

-Ramsés, mi padre murió hace dos meses. No se hizo autopsia. Y el único embalsamamiento que recibió fue el ancestral milagro del calor y la sequedad del desierto. Es posible que yazca intacto en una cripta aquí, en Egipto. ¿Crees que, si tuviera ese elixir, se lo daría? ¿Que le devolvería la vida?

-Dios del cielo -musitó Samir.

-¡No! -exclamó Julie-. Porque no sería mi padre. La conexión se ha roto, fatal y definitivamente. Sería un duplicado de mi padre lo que volvería a la vida. Un duplicado que quizá supiera todo lo que sabía mi padre, pero no sería mi padre. Y lo que tú has hecho revivir es un duplicado de Cleopatra. Tu amor perdido no está en ella.

Ramsés guardó silencio. Parecía totalmente confundido. Miró a Samir.

-¿Qué religión sostiene que el alma permanece en el cuerpo corrupto, mi señor? Nuestros antepasados no lo creían así. En ningún lugar del mundo se cree tal cosa.

-Tú eres inmortal, amor mío -dijo Julie-. Pero Cleopatra ha estado muerta veinte siglos. Y sigue muerta. La criatura que has resucitado debe ser destruida.



No, lo siento, Miles. Mi padre no está aquí. Sí, lo haré. De inmediato. -Alex colgó el teléfono. Elliott lo miró desde el escritorio que había en un rincón de la habitación.

-Gracias, Alex. La mentira es un arte social injustamente despreciado. Alguien debería escribir un manual de la mentira y todos sus efectos benefactores.

-Padre, no voy a dejarte salir solo.

Elliott volvió a lo que estaba haciendo. Se sentía mucho mejor después del baño caliente y de un rato de reposo. No había conseguido dormir, pero había tenido tiempo para meditar sus próximos pasos, y ya había tomado una decisión, aunque no tenía grandes esperanzas de que su plan funcionase. Pero el elixir merecía el esfuerzo, suponiendo que Samir hubiera hablado con Ramsés. Aunque la actitud del egipcio le había dado a entender que conocía su paradero.

Selló el último de los tres sobres, en el que acababa de escribir una dirección, y se volvió hacia su hijo.

-Harás exactamente lo que te he explicado -dijo con firmeza-. Si no he vuelto mañana al mediodía, envía estas cartas. Son para tu madre y para Randolph. Y abandona El Cairo cuanto antes. Ahora dame el bastón. También necesito la capa. Por la noche hace un frío de mil demonios en esta ciudad.

Walter le tendió el bastón *y* le puso la capa sobre los hombros.

-Padre -suplicó Alex-, por el amor de...

-Adiós, Alex. Recuerda: Julie te necesita, aquí.

-Mi señor, son más de las seis -dijo Samir-. Debo conducirte a esa taberna.

-Puedo encontrarla solo, Samir -respondió Ramsés-. Volved al hotel, los dos. Debo ir solo... Os mandaré un mensaje tan pronto como pueda.

-No -se opuso Julie-. Déjame acompañarte.

-Imposible -replicó Ramsés-. Es demasiado peligroso. Y esto es algo a lo que debo hacer frente a solas.

-Ramsés, no voy a dejarte solo -insistió ella.

-Julie, debemos volver -dijo Samir-. Tenemos que dejarnos ver antes de que empiecen a buscarnos.

Ramsés se levantó lentamente y se apartó de la vacilante luz de la vela, que era ahora la única iluminación de la habitación. Elevó las manos como si pronunciara una plegaria.

-Julie -murmuró, volviéndose hacia ella con un profundo suspiro-, si vuelves ahora a Inglaterra, todavía puedes recuperar tu antigua vida.

-Oh, me haces daño, Ramsés -gimió ella-. Me hieres en lo más hondo. ¿La amas, Ramsés? ¿Amas a esa criatura que has sacado de la tumba?

No había querido decirlo. Se interrumpió, derrotada, y esta vez fue ella quien se dio la vuelta.

-Sé que te amo, Julie Stratford -susurró él-. Te amo desde el primer momento en que te vi. Dejé que me descubrieran porque te amaba. Y ahora también quiero tu amor.

-Entonces no me digas que te deje -replicó ella con voz entrecortada-. Ramsés, si no te vuelvo a ver, mi vida no tendrá sentido.

El la tomó en sus brazos.

-Mi amor, mi valiente amor -murmuró mientras le acariciaba el cabello-. Te necesito, os necesito a los dos más de lo que podéis imaginar. .•••>•.

-Que los dioses antiguos te acompañen, mi señor -dijo Samir-. Contaremos los minutos hasta que sepamos algo de ti.

El despacho estaba débilmente iluminado. Winthrop miraba con desconcierto el informe que tenía delante, mientras el joven agente esperaba órdenes frente a su mesa.

-¿Y dice que también tenía el cuello roto?

-Como la mujer del museo. Y habían cogido el dinero, aunque el pasaporte estaba tirado en el barro.

-Doblad la guardia en el Shepheard's -dijo Winthrop-. Y traedme de inmediato al duque de Rutherford. Sabemos que está ahí. Me da igual lo que diga su hijo. Lo han visto entrar.

Elliott salió por la puerta de servicio del ala en que se hospedaban y avanzó a buen paso a lo largo de la pared, estirando la pierna izquierda para no cargar su peso en la rodilla. Cruzó el oscuro aparcamiento y se dirigió hacia el viejo Cairo. Cuando se hubo alejado un par de manzanas, detuvo un taxi.

Julie se deslizó en su *suite* y cerró la puerta con llave. Llevaba las ropas de beduino dobladas bajo el brazo. Se las había quitado en el taxi, y ahora las guardó en el fondo del armario.

Entró en el dormitorio y sacó una maleta pequeña de un armario. ¿Qué podía necesitar? En aquel momento no le importaba nada de lo que poseía. La libertad era lo único importante. Disfrutar de la libertad con Ramsés, escapar de aquella horrenda maraña de acontecimientos.

¿Y si no volvía a ver al hombre que le había hecho olvidar toda su vida anterior? ¿Qué sentido tenía hacer aquella maleta hasta saber qué había sucedido?

De repente se sintió sobrepasada por las circunstancias, y se dejó caer sobre la cama. Se sentía débil y hundida.

Cuando entró Rita estaba sollozando suavemente.

Elliott oyó los címbalos y los tambores del Babylon mientras caminaba lo más rápido que podía por la estrecha callejuela. Era extraño que en aquel momento se acordara tanto de Lawrence, de su querido Lawrence.

De repente oyó una sucesión de leves sonidos que lo hicieron detenerse. ¡Alguien se había dejado caer desde un tejado! Se dio media vuelta.

-Siga andando -dijo el alto árabe. ¡Era Ramsey!-. Hay un bar a la vuelta de la esquina en el que estaremos más tranquilos. Entre y espéreme.

Elliott se sintió desfallecer de alivio y obedeció al instante. Ocurriera lo que ocurriese, ya no estaba solo en aquella aventura. Ramsey sabría qué hacer. Se acercó al pequeño bar y entró.

Cortinas de cuentas, lámparas de aceite en las mesas, el surtido habitual de europeos de mala catadura. Un muchacho de mirada indiferente atendía las mesas.

En la última mesa estaba sentado un árabe alto de ojos azules vestido de blanco: Ramsey. Debía de haber entrado por la puerta trasera.

Varios clientes miraron a Elliott con desconfianza mientras atravesaba la sala.

Se sentó a la derecha de Ramsey, dando la espalda a la puerta trasera.

La lamparilla de la mesa olía a aceite perfumado. Ramsey ya tenía un vaso de algo en la mano. Había una botella sin etiqueta y otro vaso limpio.

-¿Dónde está? -preguntó Ramsey.

-No tengo intención de decírselo -repuso Elliott.

-¿Cuáles son las reglas del juego? ¿O voy a tener que jugar en desventaja?

Elliott guardó silencio un instante y volvió a pensar en la decisión que había tomado: valía la pena. Era vergonzoso, pero valía la pena. Se aclaró la garganta.

-Sabe lo que quiero, Ramsey -dijo con calma-. Lo ha sabido desde el principio. No emprendí este viaje a Egipto para proteger la castidad de mi supuesta futura nuera, eso es evidente.

-Creí que era usted un hombre honrado.

-Lo soy, aunque hoy he visto cosas que harían palidecer a un monstruo.

-Nunca debió seguirme al museo.

Elliott asintió. Destapó la botella y se sirvió un vaso. «Whisky. Muy bien.» Tomó un largo sorbo.

-Sé que no debía haberlo seguido -coincidió-. Fue la locura de un joven. Quizás hubiera podido recuperar la juventud... para siempre.

Miró a Ramsey. Su porte era el de un verdadero rey, pero sus ojos estaban enrojecidos y cansados. Estaba agotado, y sufría. Eso era evidente.

-Quiero el elixir -dijo Elliott suavemente-. Cuando me lo haya dado y lo haya tomado, le diré dónde está. Y entonces la responsabilidad será totalmente suya. Y, créame, no lo envidio. Aunque he hecho todo lo que he podido.

-¿En qué estado se encuentra? Necesito saberlo con el mayor detalle.

-Curada, pero no del todo. Es muy bella, y es mortífera. Mató a Henry y a su amante egipcia, Malenka.

Ramsey guardó silencio un momento. Por fin se decidió a hablar.

-El joven Stratford recibió lo que merecía. Asesinó a su tío, e intentó hacer lo mismo con Julie. Yo salí del sarcófago para detenerlo. La historia que contó era cierta.

Elliott suspiró. Sintió una nueva oleada de alivio, no exenta de amargura.

-Lo imaginaba... lo de Lawrence. Pero nunca hubiera pensado que intentara matar a Julie.

-Con mis venenos -añadió Ramsés.

-Yo amaba a Lawrence Stratford -murmuró Elliott-. En un tiempo fue mi..., mi amante, y siempre mi amigo. Ramsés asintió respetuosamente, y luego inquirió:

-¿Lo mató con facilidad? ¿Cómo sucedió?

-Tiene una fuerza increíble. No estoy seguro de que sea consciente de lo que hace. Mató a Henry porque le estaba disparando con un revólver, y a Malenka porque estaba aterrada y había comenzado a gritar. A los dos les rompió el cuello, como a la mujer del museo.

-¿Puede hablar?

-Con toda claridad, y aprende el inglés a una velocidad asombrosa. Pero hay algo en ella que no funciona, algo profundo. En realidad no sabe quién es, o qué le está ocurriendo. Y sufre, sufre de un modo indescriptible a causa de las terribles heridas de su cuerpo. Sufre dolor físico y angustia. -Dio un nuevo sorbo al whisky-. Supongo que su cerebro está tan dañado como su cuerpo.

-¡Debe llevarme junto a ella de inmediato!

-Le di lo que quedaba en el tubo, el que usted dejó caer en el museo. Se lo apliqué en el rostro y las manos, pero hace falta mucho más.

-¿Lo vio surtir efecto? ¿Curó las heridas?

-No del todo. El sol aceleró enormemente la curación.

-Elliott hizo una pausa y estudió el rostro impasible de Ramsey, sus ojos azules que lo miraban con fijeza-. Pero supongo que esto no es ningún misterio para usted.

-Se equivoca.

Ramsés cogió el vaso y bebió.

-Sólo quedaba una cuarta parte del contenido -añadió Elliott-. ¿Habría sido suficiente para mí si lo hubiera tomado en vez de dárselo a ella?

-No lo sé. -Elliott sonrió amargamente al oírlo-. No soy científico, soy rey.

-Bien, ya le he hecho mi propuesta, su majestad. Déme el elixir, en cantidad suficiente para que no haya dudas, y yo le daré a Cleopatra, reina de Egipto, para que haga con ella lo que quiera.

Ramsés lo miró a los ojos.

-Suponga que le digo que lo mataré si no me dice dónde está.

-Hágalo. Sin el elixir voy a morir de todos modos. Es en las dos únicas cosas en que pienso ahora: la muerte y el elixir. Y ya no estoy seguro de distinguirlas bien. -Se sirvió otro vaso de whisky, lo vació de un sorbo e hizo una mueca al tragarlo-. Mire, seré franco con usted. Nunca hubiera creído que pudiera soportar algo como lo que he visto hoy. Pero quiero esa poción, y todo lo demás se supedita a ese deseo.

-Sí, yo también sentí algo así. Pero ella no. Decidió morir para estar con su amado Marco Antonio, aunque se lo ofrecí. Fue su elección.

-Entonces no sabía lo que era realmente la muerte

-repuso Elliott. Ramsés sonrió.

-En cualquier caso, estoy seguro de que no lo recuerda -prosiguió Elliott-. Y, si lo hace, no le importa. Ahora está viva, sufre y lucha contra sus heridas, sus apetitos... Ramsés se inclinó hacia adelante.

-¡Dígame dónde está!

-Déme el elixir, y le ayudaré con ella. Haré todo lo que esté en mi mano. No tenemos por qué ser enemigos. Creo que no lo somos ahora. ¿O sí?

-No, no somos enemigos -susurró Ramsés. Su voz era suave, pero sus ojos estaban llenos de ira-. Pero no puedo dárselo. Es demasiado peligroso. No puede comprenderlo.

-¡Y sin embargo a ella la levantó de la tumba como si fuera un maldito alquimista! -exclamó Elliott acaloradamente-. Y se lo dará a Julie Stratford, ¿verdad? ¿Y quizá también a su devoto amigo Samir?

Ramsés no respondió. Apoyó la cabeza en la pared con la vista clavada al frente.

Elliott se levantó.

-Estaré en el Shepheard's. Cuando haya preparado el elixir, llámeme allí. Reconoceré su voz. Pero tenga cuidado. Concertaremos otra cita.

Elliott cogió el bastón y se dirigió hacia la puerta. No miró atrás, aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo. Le ardía el rostro de vergüenza, pero era la única oportunidad que le quedaba, y había decidido jugarla.

Sintió miedo por un momento mientras se alejaba por el callejón. Era consciente no sólo de los dolores y achaques habituales, sino de la debilidad general que padecía, un simple preludio de la vejez. Entonces se le ocurrió que Ramsés podía seguirlo.

Se detuvo y escuchó. La calle oscura estaba en silencio. Siguió caminando.

Cleopatra estaba de pie en el centro de la habitación. Todavía no había decidido si matar al pájaro o dejarlo vivir. En aquel momento estaba quieto, columpiándose en la percha. Y era hermoso. Si no gritaba, no lo mataría. Parecía bastante justo.

El cuerpo de la bailarina había comenzado a descomponerse. Lo había arrastrado al extremo más lejano del jardín y lo había cubierto con una alfombra, pero el olor todavía llegaba a la casa.

Podía olerlo desde la cocina, pero el hedor no le había impedido devorar todo lo que había visto por allí: varios limones, muy dulces, una rebanada de pan rancio...

Después se había puesto otro de aquellos vestidos, uno blanco que le gustaba porque

realzaba el tono dorado de su piel. Y además tenía una falda muy larga que casi ocultaba por completo sus pies.

El pie le dolía terriblemente, y también la herida del costado. Si lord Rutherford no regresaba pronto, volvería a salir. Pero no tenía idea de cómo podría encontrarlo. Ya había sido bastante difícil volver a dar con la casa. Había dejado el automóvil en las afueras de aquella curiosa parte de la ciudad, formada por casas blancas sin decoración alguna, y había recorrido sus calles hasta ver la puerta, que seguía abierta. Y ahora estaba empezando a impacientarse.

De repente sonó un golpe en la puerta.

-¿Quién es? -preguntó ella en inglés.

-Elliott, lord Rutherford. Ábreme. Ella abrió la puerta de inmediato.

-Te he esperado mucho tiempo, lord Rutherford. ¿Me has traído el elixir? ¿Sabes dónde está el hombre de los ojos azules?

Elliott estaba asombrado por su inglés. Ella encogió levemente los hombros mientras cerraba la puerta.

-Ah, sí. Vuestra lengua no encierra ningún secreto para mí -explicó-. Esta tarde he oído mucho inglés en las calles de la ciudad, y también otras lenguas. He aprendido muchas cosas. Es el pasado lo que no comprendo, lo que no puedo recordar. -De pronto pareció enfurecerse. ¿Por qué la estaba mirando así?-. ¿Dónde está Ramsés? -preguntó bruscamente. Estaba segura de que así se llamaba el hombre de los ojos azules.

-Hablé con él. Le he dicho lo que necesitas.

-Sí, lord Rutherford. -Se acercó a él. Elliott retrocedió un paso-. ¿Tienes miedo de mí?

-No lo sé. Quiero protegerte -murmuró él.

-Ah, bien. Y Ramsés, el de los ojos azules, ¿por qué no viene? -La sensación era desagradable, muy desagradable. Una imagen nebulosa de Ramsés que retrocedía mientras ella gritaba su nombre. El veneno de la serpiente y... ¡gritaba, pero nadie podía oírla! Y entonces le cubrieron el rostro con un paño negro. Se apartó de lord Rutherford-. Si no recordara nada sería más fácil. Pero veo cosas, y de repente desaparecen. -Volvió a mirar a Elliott.

-Debes tener paciencia -dijo lord Rutherford-. Vendrá.

-¡Paciencia! No quiero tener paciencia. Quiero encontrarlo. Dime dónde está e iré a buscarlo.

-No puedo. Es imposible.

-¿Ah, sí? -Su voz se había convertido en un chillido escalofriante. Vio miedo en los ojos de él. ¿O no era miedo? No era la repugnancia que había visto en los otros. Era otra cosa-. ¡Dime dónde encontrarlo! -gritó. Dio otro paso hacia él y lo arrinconó contra la pared-. Te diré un secreto, lord Rutherford. Sois débiles, todos vosotros. Sois seres extraños. Y me gusta mataros. Veros morir calma mi dolor.

Se abalanzó sobre él y le aferró la garganta. Le arrancaría la verdad, y si no se lo decía lo mataría. Pero de improviso unas poderosas manos la cogieron por los brazos y la arrastraron hacia atrás. Por un momento no supo qué ocurría. Se revolvió gritando y vio al hombre de los ojos azules delante de ella. ¡Lo conocía, pero no sabía quién era! Sin embargo una palabra brotó involuntariamente de sus labios:

-¡Ramsés! -Sí. Era Ramsés, el de los ojos azules... Se lanzó sobre él con las manos abiertas como garras.

-¡Fuera! -gritó Ramsés a Elliott- ¡Váyase de aquí! ¡Rápido!

Su cuello era como de mármol. ¡No podía romperle los huesos! Pero él tampoco podía soltarse de su presa, por mucho que lo intentara. Cleopatra se había dado cuenta de que lord Rutherford había salido de la casa y cerrado la puerta. Y ahora estaba sola, luchando contra su creador, Ramsés, que en otro tiempo le había vuelto la espalda; Ramsés, que le

había hecho daño. Daba igual que no lo recordara. Era como su nombre: ¡lo sabía!

Forcejearon por toda la habitación enzarzados en la pelea. Ella soltó la presa de la mano derecha lo suficiente para arañarlo con los huesos pelados de sus dedos, pero él le aferró la muñeca. Cleopatra se debatió con todas sus fuerzas, rugiendo de rabia. Entonces vio que la mano de Ramsés se elevaba. Intentó esquivarla, pero el golpe la hizo caer sobre la cama. Rompiendo a llorar, enterró la cabeza entre las almohadas. ¡No podía matarlo! No podía romperle el cuello.

-Maldito seas -aulló, pero no en la nueva lengua, sino en la antigua-. ¡Maldito Ramsés! -Le escupió, y hubiera deseado tener la agilidad de un gato para saltar sobre él y arrancarle los ojos.

¿Pero por qué la estaba mirando así? ¿Por qué lloraba?

-¡Cleopatra! -susurró él.

Cleopatra sintió que la visión se le nublaba. Una avalancha de recuerdos oscuros y terribles amenazaba con caer sobre ella en el momento en que bajara la guardia. Eran recuerdos de dolor y sufrimiento que no quería volver a evocar.

Se sentó en la cama y lo miró, desconcertada por la expresión tierna y herida de Ramsés.

Era un hombre muy hermoso. Su piel era como la de los jóvenes, y su boca firme y dulce. Y aquellos ojos azules grandes y translúcidos... Lo vio en otro lugar, un lugar oscuro, cuando ella estaba saliendo del abismo. El se había inclinado sobre su cuerpo y había pronunciado la antigua plegaria: «Eres tú, ahora y para siempre».

-Tú me hiciste esto -siseó. Volvió a oír el chasquido del cristal al romperse, la madera que crujía y se hundía, la piedra fría bajo los pies. ¡Y sus brazos eran negros y marchitos!-. Tú me trajiste aquí, a estos «tiempos modernos», y cuando fui hacia ti me abandonaste.

El se mordió el labio superior. Temblaba como un niño y las lágrimas rodaban por sus mejillas. ¿Debía apiadarse de su sufrimiento?

-No, lo juro -contestó él en el viejo y familiar latín-. Otros se interpusieron entre nosotros. Yo nunca te hubiera abandonado.

Era una mentira, una asquerosa mentira. Había intentado levantarse de la otomana, pero el veneno de la serpiente le paralizaba los músculos. ¡Ramsés!, lo había llamado en medio del pánico. Pero él no se había apartado de la ventana. Y las mujeres que la rodeaban le habían suplicado: ¡Ramsés!

-¡Mentira! -gritó-. ¡Podrías habérmelo dado! ¡Me dejaste morir!

-No -replicó él negando con la cabeza-. Nunca.

Pero no. Estaba confundiendo dos momentos diferentes y cruciales. Aquellas mujeres... no estaban presentes cuando él había pronunciado la antigua oración. Ella estaba sola... para siempre.

-Yo dormía en un lugar oscuro. Y entonces llegaste tú y volví a sentir dolor. Dolor y hambre, y te conocía. ¡Sabía quién eras! ¡Y te odiaba!

-Cleopatra -susurró él mientras se acercaba a ella.

-No, atrás. ¡Sé lo que has hecho! Lo sabía antes. ¡Me has resucitado de entre los muertos! -murmuró ella-. Eso es lo que has hecho. Me hiciste salir de la tumba. ¡Y estas heridas son la prueba! -La voz casi se le había secado en la garganta de pura amargura. Entonces sintió un grito surgir en su pecho. Boqueó, incapaz de contenerlo.

Él la tomó por los brazos y la sacudió.

-¡Déjame! -gritó ella. «No, calma. No debes gritar.» Por un momento él se abrazó a ella, y ella se lo permitió.

Después de todo era inútil luchar. De pronto sonrió para sí.

Tenía que usar la cabeza. Tenía que comprenderlo todo de una vez por todas.

-Oh, pero eres muy bello -dijo-. ¿Fuiste siempre tan hermoso? Cuando te conocí la otra

vez hicimos el amor, ¿verdad? -Le tocó los labios con los dedos-. Me gusta tu boca. Me gustan las bocas de los hombres. Las de las mujeres son demasiado suaves. Y me gusta tu piel.

Entonces lo besó. Ya lo había hecho antes, y había sido algo tan ardiente que ningún otro hombre había significado nada para ella. Si él le hubiera dado libertad, si hubiera tenido paciencia, ella siempre habría vuelto a él. ¿Por qué no lo había entendido? Ella era la reina de Egipto. Besarlo era tan ardiente como siempre.

-No pares -musitó ella.

-¿Eres tú? -murmuró él. Había un dolor terrible en su voz-. ¿De verdad eres tú?

Ella volvió a sonreír. Aquello era precisamente lo peor. ¡Que ella misma no sabía la respuesta! Se echó a reír. Ah, era en verdad divertido. Lanzó la cabeza hacia atrás en una carcajada, y sintió aquellos labios calientes en la garganta.

-Sí, bésame, tómame -dijo. La boca de Ramsés descendía por su garganta. Sus dedos le abrían el vestido y sintió su cálida boca en un pezón-. ¡Aaaah! -Casi no podía soportarlo; era un placer casi doloroso. Ramsés la tenía cautiva, y su boca se cerraba sobre el pezón mientras la lengua lo lamía suavemente.

«¿Amarte? Siempre te he amado. ¿Pero cómo voy a abandonar mi mundo? ¿Cómo voy a dejar atrás todo lo que poseo? Me hablas de inmortalidad. No entiendo esos conceptos. Sólo sé que aquí soy reina, y tú te alejas de mí, me amenazas con dejarme para siempre...» Cleopatra se apartó de él.

-Por favor -suplicó. ¿Dónde y cuándo había dicho aquellas palabras?

-¿Qué sucede? -preguntó él.

-No lo sé..., no puedo... Veo cosas, pero se desvanecen.

-Hay tantas cosas que debo contarte... Si al menos intentaras comprender.

Ella se puso en pie y se alejó de él. Con la mirada baja, se rasgó el vestido de arriba abajo y se dio media vuelta para quedar frente a él.

-¡Sí! ¡Que tus ojos azules vean lo que has hecho! ¡Esto es lo único que comprendo! -Se tocó la herida del costado-. Yo era reina, y ahora soy este horror. ¡Esto es lo que has devuelto a la vida con tu misterioso elixir! ¡Tu medicina!

Dejó caer la cabeza y se llevó las manos una vez más a las sienes. Pero el dolor no cedía. Comenzó a balancearse adelante y atrás murmurando algo. Era como una canción. ¿Calmaría aquello el dolor? Siguió canturreando con los labios apretados aquella extraña y dulce melodía: «Celeste Aída».

Entonces sintió una mano en el hombro. Ramsés la hizo volverse. Mirarlo fue como despertar: el bello Ramsés.

Bajó los ojos lentamente y vio el tubo de líquido brillante en la palma de su mano.

-¡Ah! -Se lo arrebató e hizo ademán de verter su contenido en la mano.

-No, bébelo.

Ella dudó. Pero recordó que él se lo había puesto en los labios. Sí, en la oscuridad.

Con la mano izquierda Ramsés le tomó la nuca y con la derecha le vertió el líquido en la boca.

-Tómalo todo.

Lo hizo, trago a trago, hasta el final. Una luz cegadora pareció inundar la habitación. Una intensa vibración la sacudió desde las raíces de los cabellos a las uñas de los pies. El cosquilleo en los ojos era casi insoportable. Los cerró, y al volver a abrirlos vio a Ramsés, que la contemplaba atónito.

-Azules... -susurró él.

¡Pero las heridas estaban sanando! Se miró la mano. La sensación de cosquilleo picante era maravillosa. La carne cubría el hueso rápidamente. Y el costado se estaba cerrando, sí.

-Oh, dioses, gracias. ¡Gracias a los dioses! -gritó-. ¡Estoy entera, Ramsés, entera!

Una vez más las manos de Ramsés la acariciaron, y todo su cuerpo se estremeció de placer. Lo dejó besarla, lo dejó quitarle el vestido desgarrado.

-Abrázame, poséeme -murmuró. Él la besó con la boca abierta en la palpitante piel que acababa de cubrir sus heridas, mojándola con la lengua. Cuando él comenzó a besar el sedoso vello de su sexo, tiró de él hacia arriba-. No, ven dentro de mí. ¡Llename! -gritó-. ¡Estoy entera!

El sexo de Ramsés se apretaba contra su vientre. La levantó en el aire y la clavó en él. Ah, sí. Ella ya no necesitaba recordar nada, nada más que la carne. Con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, estalló en un éxtasis demoledor.

Derrotado, arrastraba el pie izquierdo como un tullido mientras se acercaba lentamente al hotel. ¿Había sido un cobarde al irse? ¿Debía haberse quedado, intentando intervenir en aquella lucha de titanes? Con ojos llenos de malicia Ramsey le había dicho «Vete». Y le había salvado la vida al intervenir, al seguirlo, al reírse de su último y desesperado intento de conseguir el elixir de la vida eterna.

¿Y ahora qué importaba? Tenía que llevarse a su hijo Alex de Egipto. Tenía que acabar de una vez por todas con aquella pesadilla. Era lo único que le quedaba por hacer.

Se aproximó a la escalinata del Shepheard's con la mirada baja.

Y no vio a los dos hombres hasta que se interpusieron en su camino.

-¿Lord Rutherford?

-Déjenme en paz.

-Lo siento, milord, ojalá pudiéramos. Somos de la oficina del gobernador. Debemos hacerle unas preguntas. «Ah, la última humillación.» No se resistió.

-Entonces ayúdeme a subir los escalones, joven -dijo simplemente.

Cleopatra salió de la bañera de cobre y se envolvió en la gran toalla blanca, con el cabello todavía mojado y ensortijado. Aquel baño merecía estar en un palacio. Era una habitación forrada de azulejos pintados, y el agua salía por un pequeño tubo. Y había encontrado muchos perfumes de olor dulce, como de lirios aplastados.

Entró en el dormitorio y se miró en el espejo del armario: entera. Perfecto. Sus piernas tenían la forma adecuada. Incluso el dolor que sentía en el pecho, donde la había herido el hombre llamado Henry, había desaparecido.

¡Ojos azules! No salía de su asombro.

¿Habría sido tan hermosa cuando estaba viva? ¿Lo sabría él? Los hombres siempre le habían dicho que era muy bella. Dio unos pasos de baile, disfrutando de su desnudez, del suave roce de sus propios cabellos en los hombros.

Ramsés la contemplaba sombríamente desde el rincón. Bueno, no tenía nada de especial. Ramsés, el vigilante secreto. Ramsés, el juez.

Cogió la botella de vino que había sobre el tocador. Al ver que estaba vacía, la estrelló contra la dura superficie de mármol y los fragmentos de cristal roto cayeron por el suelo.

Él no dijo nada y siguió mirándola con expresión severa.

¿Y qué importaba? ¿Por qué no seguir bailando? Sabía que era muy bella. Los hombres la adorarían. Había seducido con la mayor facilidad a los dos jóvenes que había matado, y ahora ya no había en su cuerpo ninguna señal de muerte.

Giró sobre sí misma y dejó que sus largos cabellos flotaran en el aire.

-¡Entera! ¡Viva y entera! -gritó.

Entonces llegó el chillido del maldito pájaro desde la habitación contigua. Había llegado el momento de matarlo. Sería un sacrificio a su felicidad, como comprar una paloma blanca en el mercado y dejarla escapar como ofrenda a los dioses.

Se acercó a la jaula, abrió la trampilla e introdujo la mano con rapidez, aferrando el cuello del tembloroso pájaro.

Apretó los dedos suavemente y lo vio caer sin vida en el suelo de la jaula.

Se volvió y miró a Ramsés. Ah, qué expresión tan triste, tan llena de desaprobación. ¡Pobrecillo!

-Ahora nada puede matarme, ¿no es verdad?

El guardó silencio. Pero no necesitaba su respuesta. Lo sabía, lo había sospechado desde que toda aquella pesadilla había comenzado. Al mirar a los demás la idea había ido tomando forma en su mente: se había levantado de entre los muertos. Y ya no podía morir.

-Oh, qué desconsolado pareces. ¿No estás satisfecho con los resultados de tu magia? -Se acercó a él sonriendo-. ¿No te gusto? Ahora lloras. ¡Qué estúpido eres! Éstos eran tus designios, ¿verdad? Viniste a mi tumba y me despertaste. Y ahora lloras como si estuviera muerta. Bien, tú me volviste la espalda cuando estaba muriendo. ¡Dejaste que me cubrieran la cara con el velo!

Él suspiró.

-No. Nunca hice tal cosa. No recuerdas lo que ocurrió.

-¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me despertaste? ¿Qué había entre nosotros? -¿Cómo podía hacer encajar todos aquellos retazos de recuerdos? ¿Cuándo se entrelazarían para formar una sola pieza?

Se acercó a él y miró su piel. Volvió a tocarla. Era tan suave...

-¿No sabes la respuesta? -preguntó él-. ¿No está escondida en el fondo de tu mente?

-Sólo sé que estabas allí cuando morí. Eras alguien que yo amaba. Estabas allí y yo tenía miedo. El veneno de la serpiente me había paralizado, y quise gritarte, pero no pude. Pronuncié tu nombre, pero tú me volviste la espalda.

-¡No! ¡No ocurrió así! Estaba allí, mirándote.

Volvió a oír llorar a las mujeres. Debía huir de aquella habitación llena de muerte. Su amado Marco Antonio había muerto. No había dejado que sus sirvientes se llevaran el diván sobre el que había muerto, aunque estaba empapado de su sangre.

-Tu me dejaste morir.

Él la tomó con rudeza por los brazos. ¿Siempre se comportaba así?

-Quería que estuvieras conmigo, como ahora.

-Como ahora. ¿Y cómo es ahora? ¿Qué es este mundo? ¿Es el Hades del que nos hablaban los ancianos? ¿Están aquí los demás? -Algo se tambaleó en su interior-. ¡Marco Antonio! ¿Dónde está?

Se apartó bruscamente de Ramsés. Marco Antonio estaba muerto para siempre. Y Ramsés no quería darle el elixir. Así que ,era eso.

El se acercó a ella por detrás y la abrazó.

-¿Qué querías cuando me llamaste? Dímelo ahora.

-¡Hacerte sufrir! -Ella lanzó una carcajada. Podía verlo reflejado en el espejo del armario, y el dolor de su rostro le daba risa-. No sé por qué te llamé. Ni siquiera sé quién eres. -De repente lo abofeteó, pero no hubo ninguna reacción; como golpear una estatua de mármol.

Se alejó de él y entró en el vestidor. Quería ponerse algo bonito. ¿Cuál era el mejor vestido de aquella miserable esclava? Ah, sí. Ese de seda rosada con delicados adornos de hilo. Lo sacó de la percha, se lo puso y abotonó rápidamente los ganchos. Hacía resaltar sus pechos de un modo maravilloso. Y la falda era larga y vaporosa, aunque ya no necesitaba ocultar sus pies.

Se puso las sandalias.

-¿Adonde vas?

-A la ciudad. Esta es la ciudad de El Cairo. ¿Por qué no voy a salir a recorrerla?

-Tenemos que hablar...

-¿Ah, sí? -Cogió el bolso de tela. Por el rabillo del ojo vio una larga astilla de cristal

roto sobre el tocador, de la botella que acababa de romper.

Alargó la mano lentamente hacia el cristal. Vio un collar de perlas y decidió llevárselo. Ramsés estaba a su espalda.

-Cleopatra, mírame -dijo él.

Ella se volvió y lo besó. ¿Tan fácil era engañarlo? Sí, sus labios se lo estaban diciendo. Era delicioso hacerlo sufrir. Tanteó con la mano la superficie del tocador y encontró la daga de cristal. La alzó en el aire y se la hundió en la garganta.

Cleopatra retrocedió, mientras él seguía mirándola. La sangre empapaba su túnica blanca, pero él no tenía miedo ni hizo ningún movimiento para detener la sangre. Su rostro sólo mostraba tristeza, no miedo.

-Yo tampoco puedo morir -susurró él en voz baja.

-¡Ah! -Cleopatra sonrió-. ¿A ti también te sacaron de la tumba?

Abalanzándose de nuevo sobre él, lo golpeó con los puños y le clavó las uñas en el rostro.

-Detente, te lo suplico.

Ella levantó la rodilla con fuerza y se la hundió entre las piernas. Sí, ese dolor sí lo sentía. Ramsés se dobló en dos y entonces Cleopatra le dio un puntapié en la sien.

Atravesó el patio corriendo, con el bolso de tela apretado bajo el brazo izquierdo. Con la mano derecha se asió al borde del muro y lo saltó sin dificultad. Segundos después corría por el callejón oscuro.

En pocos minutos llegó al automóvil. Encendió el motor con gestos rápidos y lanzó el coche a toda velocidad hacia la carretera principal.

Ah, de nuevo el viento en la cara. La libertad. Y el poder de aquella bestia de metal que obedecía sus órdenes.

-Adelante, mi bello animal -gritó-. ¡Las brillantes luces del Cairo británico nos esperan!



Estaba en el vestíbulo central del Shepheard's, bebiendo una buena ginebra con mucho hielo y una pizca de limón. Por lo menos le habían permitido eso. Advirtió que estaba bebiendo demasiado y comprendió complacido que, cuando volviera a Inglaterra, se sentaría a beber hasta morir.

¿Y aquellos hombres, no se iban a dar por vencidos? Ya sabían que no iba a decirles nada. Parecían marionetas movidas mecánicamente por hilos, con gestos artificiales. Incluso el muchacho que iba y venía entre las mesas con una bandeja parecía estar actuando. Todo era falso, grotesco: las figuras que deambulaban por el vestíbulo, la música que llegaba desde la sala de baile...

No comprendía bien lo que le decían aquellos hombres. Conocía el significado de sus palabras, pero no tenían sentido. Cadáveres con el cuello roto: ¿habría tenido tiempo de hacerlo aquella maldita criatura durante las horas en que él había estado ausente?

-Estoy cansado, caballeros -dijo al fin-. Este calor me hace daño. Necesito descansar. Les agradecería que me dejaran subir a mi habitación.

Los dos hombres se miraron con frustración. Nada parecía real. ¿Qué era real? Las manos de Cleopatra cerrándose alrededor de su garganta y la figura de blanco que aparecía tras ella.

-Lord Rutherford, estamos investigando una cadena de asesinatos. Es evidente que el crimen de Londres no fue más que el principio. Ahora necesitamos su colaboración. Esos dos jóvenes asesinados esta tarde...

-Ya se lo he dicho. ¡No sé nada de ese asunto! ¿Qué quieren de mí, caballeros? ¿Que invente una explicación a su problema? Esto es absurdo.

-Henry Stratford. ¿Sabe dónde podemos encontrarlo? Sabemos que vino a verlo a su habitación hace dos días.

-Henry Stratford frecuenta los peores ambientes de El Cairo. Se pasa las noches de garito en garito. No sé dónde está. Que Dios lo ayude. Y ahora, debo irme.

Se levantó de la silla. ¿Dónde estaba aquel maldito bastón?

-No intente salir de El Cairo, señor-dijo el más joven, el más arrogante-. Tenemos su pasaporte.

-¿Cómo? Esto es vergonzoso -murmuró Elliott.

-Me temo que lo mismo se aplica a su hijo, y a la señorita Stratford. También tenemos sus pasaportes. Lord Rutherford, debemos llegar al fondo de este asunto.

-¡Idiota! -exclamó Elliott-. ¡Soy un ciudadano británico! ¡Se arrepentirá de esto! El otro hombre intervino.

-Milord, le hablaré con franqueza. Sé que es usted amigo íntimo de los Stratford. ¿Pero piensa que Henry Stratford puede tener alguna relación con estos asesinatos? Debía dinero al hombre que apuñalaron en Londres. En cuanto al norteamericano que han asesinado en las pirámides, le robaron una fuerte suma de dinero. Y sabemos que Henry Stratford tenía frecuentes problemas de liquidez.

Elliott levantó la vista sin decir nada. Cargarlo todo sobre Henry... No se le había ocurrido. ¡Claro! Y además conocía al tipo que habían asesinado en Londres. ¡Qué increíble suerte! Miró con expresión extraña a los dos hombres que tenía delante. ¿Y si

funcionaba?

-Y aún hay más, milord. Tenemos dos misteriosos robos que resolver. No sólo ha desaparecido la momia del museo, sino también la que había en la casa de la señorita Stratford en Londres.

-No me diga.

-Y algunas pequeñas piezas de joyería egipcia que hemos encontrado en poder de la amante de Henry Stratford, una tal Daisy Banker, una cantante de cabaret...

-Sí... -Elliott se relajó y se arrellanó en su silla.

-Bien, pues a lo que voy, milord, es que quizás Henry Stratford estuviese relacionado con algún negocio de contrabando de antigüedades... Las joyas, las monedas, las momias...

-Momias... Henry y las momias... -Oh, era demasiado fácil. Y Henry, el pobre Henry, que había asesinado a Lawrence, estaba en aquel mismo momento flotando en betún. Si seguía pensando en la ironía de la situación iba a estallar en carcajadas.

-Como ve, lord Rutherford, es posible que estemos buscando a un hombre inocente.

-¿Pero entonces qué hacía Ramsey en el museo?

-objetó el más joven con impaciencia.

-Intentaba detener a Henry -murmuró Elliott-. Debió de seguirlo. Estaba intentando desesperadamente hablar con Henry. Lo hacía por Julie, por supuesto.

-¿Y cómo explica que tuviera las monedas? -preguntó el joven, exasperado-. Encontramos siete monedas de Cleopatra en la *suite* de Ramsey.

-Eso es evidente -contestó Elliott. Su mente funcionaba a toda máquina-. Debió de arrebatárselas a Henry cuando discutieron. Ramsey sabía lo que tramaba Henry, y debió de intentar detenerlo. Tuvo que ser eso.

-¡Pero nada de todo esto tiene sentido! -insistió el joven.

-¿No? Pues para mí empieza a tenerlo ahora -aseguró Elliott-. Pobre Henry, pobre diablo.

-Sí, empiezo a ver la relación entre los asesinatos

-declaró el mayor de los dos policías.

-¿Ah, sí? -dijo Elliott-. Me alegro. Y ahora, si me permiten, voy a hablar con mi abogado. Quiero que me devuelvan mi pasaporte. Supongo que puedo consultar a mi abogado. ¿O también han revocado ese privilegio de un ciudadano británico?

-En absoluto, lord Rutherford -respondió el policía con gran seriedad-. ¿Pero qué piensa que ha podido impulsar al joven Stratford a cometer todos esos crímenes?

-El juego, caballero, el juego. Es la droga que ha destruido su vida.

¡Entera, viva y demente! Más loca que antes de darle el elixir por segunda vez. Eso era lo que había conseguido. Ah, los frutos de su genio. ¿Cómo podía despertar de aquella terrible pesadilla?

Había peinado sin éxito las sinuosas calles del viejo Cairo en su busca. ¿Cómo iba a encontrarla?

Si no hubiera entrado en los sombríos pasillos del museo de El Cairo nunca habría visto sus restos. Nada de todo aquello habría ocurrido. Con Julie Stratford a su lado el mundo habría sido suyo.

Pero ahora estaba unido para siempre al monstruo que había creado. Tendría que compartir eternamente el sufrimiento que había intentado aliviar. Aquella criatura sólo recordaba el odio que había sentido por él, no el amor. ¿Y qué había esperado realmente? ¿Que se operase una transformación espiritual en el alma antigua de Cleopatra?

¿Y si Julie tenía razón, y aquélla no era el alma de Cleopatra? ¿Y si no era más que una horrenda copia deformada?

La verdad era que no lo sabía. Al tomarla en sus brazos sólo había sido consciente de

que aquélla era la misma carne que había acariciado en otros tiempos; la misma voz que le había hablado con odio y con amor; la misma mujer que había acabado por hundirlo en la desesperación, que había preferido la muerte al elixir. Y también la mujer que lo había llamado en el instante de la muerte tantos siglos atrás, o que había intentado hacerlo. Y él no había oído su llamada de auxilio. La amaba, como amaba a Julie Stratford. ¡Las amaba a las dos!

Siguió caminando incansablemente. Salió del laberinto de callejuelas del viejo Cairo y se dirigió hacia el bullicio de la ciudad nueva. Todo lo que podía hacer era continuar buscándola. ¿Y qué pista podía esperar de ella? Otro asesinato inútil del que culparían a Reginald Ramsey y que clavaría un nuevo cuchillo en el corazón de Julie.

Pero pocas posibilidades había ya de que Julie lo perdonara, ahora que él había llevado hasta el final su locura. Julie había confiado en su inteligencia, en su valor, y él se había comportado como un estúpido; como un hombre que sólo ve la imagen sufriente de su amor perdido.

Y así había sacrificado un amor superior y más puro en aras de una pasión que lo había dominado hacía muchos siglos. No merecía el amor de Julie, y lo sabía. Y sin embargo lo necesitaba, lo deseaba con toda su alma, igual que deseaba a la criatura enloquecida que debía capturar y destruir.

El consuelo le estaba vedado ya para siempre.

Aquellos vestidos sí que eran hermosos. Tenían la suavidad y la simplicidad que siempre le habían gustado. Y estaban bordados con oro y plata.

Se acercó al brillante escaparate y apoyó la mano en el cristal. Leyó el cartel en inglés:

SÓLO LO MEJOR PARA EL BAILE DE LA ÓPERA

En efecto: ella sólo quería lo mejor. Y tenía mucho dinero en aquella bolsa. Necesitaba zapatos como aquéllos, con tacones como dagas, y también joyas.

Se acercó a la puerta y dio unos golpes. Una mujer alta de cabellos plateados salió a abrir.

-Vamos a cerrar ya, querida. Lo siento, si no le importa volver mañana...

-¡Por favor, ese vestido! -rogó ella. Abrió la bolsa y sacó un puñado de billetes. Otros cayeron al suelo.

-Querida, no debería enseñar todo ese dinero a esta hora de la noche -le dijo la mujer con gesto preocupado. Se agachó y recogió los billetes del suelo-. Pase. ¿Viene sola?

Oh, era muy agradable aquel lugar. Cleopatra acarició la tapicería de seda de una silla. Y había otras estatuas como las que había visto en el escaparate, envueltas no sólo en sedas, sino también en pieles. Le atrajo en especial una larga y gruesa tira de piel blanca.

-Quiero eso -indicó.

-Por supuesto, querida, por supuesto -asintió la mujer.

Dedicó su sonrisa más dulce a la asombrada propietaria.

-¿Está bien para el baile de la ópera? -preguntó Cleopatra.

-Oh, desde luego. Le quedará maravilloso. Se lo envolveré.

-Sí. Pero también necesito un traje, y esos zapatos. Y también perlas y rubíes, si es que tiene. He perdido todos mis vestidos, todas mis joyas, ¿sabe?

-¡No se preocupe, yo me encargaré de todo! Por favor, siéntese. Y ahora dígame todo lo que quiere probarse.

Iba a funcionar, aunque era absurdo: Henry había entrado en el museo por la noche para robar una momia con el fin de pagar sus deudas. Pero la verdad era aún más absurda y

nadie la hubiera creído.

Tan pronto como llegó a la *suite,* telefoneó a su viejo amigo Pitfield.

-Dígale que lo llama lord Rutherford. Esperaré... Ah, Gerald, siento interrumpirte en medio de la cena. Parece que tengo aquí un pequeño problema legal. Creo que Henry Stratford tiene algo que ver. Sí. Sí, esta noche, si te es posible. Estoy en el Shepheard's, por supuesto. Ah, maravilloso, Gerald. Sabía que podría contar contigo. Dentro de veinte minutos en el bar.

Levantó la vista y vio que Alex entraba en la habitación.

-Padre, gracias a Dios que has vuelto. ¡Nos han confiscado los pasaportes! Julie está hundida. Y Miles ha ido a contarle otra historia absurda sobre un norteamericano asesinado en las pirámides y un inglés junto al Café Internacional, los dos con el cuello roto.

-Alex, haz las maletas -dijo Elliott-. Ya he oído toda la historia. Gerald Pitfield viene en camino. Recuperará los pasaportes antes de mañana. Te lo prometo. Y a continuación Julie y tú tomaréis el tren.

-Tendrás que decírselo tú, padre.

-Lo haré, pero ahora debo bajar a esperar a Pitfield. Ayúdame a llegar al ascensor.

-Pero, padre, ¿quién es responsable de todo esto?

-Hijo, no quiero ser yo quien te lo cuente. Y desde luego tampoco a Julie. Pero parece que Henry tiene mucho que ver.

Había una calma total. Apenas se oía la música que salía de los ventanales de la sala de baile. Julie había subido a la azotea del hotel para estar sola, para ver las estrellas y alejarse de todos.

Y allí estaba Samir, apoyado en la balaustrada, con la mirada perdida entre los minaretes y cúpulas que se recortaban contra el cielo nocturno y la alfombra de tejados de El Cairo. Entonces miró al cielo, como si estuviera rezando.

Cuando se acercó, el egipcio le rodeó los hombros con el brazo.

-Samir, ¿dónde estará? -susurró.

-Pronto nos llamará, Julie. No romperá su promesa.

Era un vestido exquisito, de «satén verde con hileras de botones de perlas y encaje de Bruselas», había dicho la mujer, y había asegurado que la banda de piel blanca quedaba «adorable» sobre el vestido.

-Tiene usted un pelo hermosísimo, querida. Es una pena recogerlo, pero sinceramente creo que habría que peinárselo. Quizá mañana pueda concertarle una cita con una peluquera.

Tenía razón. Aquella mujer llevaba el pelo recogido en la nuca, con un peinado parecido al que ella misma había llevado en otros tiempos. Sí, estaría bien que se lo peinaran.

-¡Un peinado especial para el baile de la ópera!

Desde luego, y el vestido que había comprado para la ópera era también especial. Ahora estaba envuelto en papel brillante, como las demás cosas, las adorables prendas interiores de seda y las «enaguas», zapatos y sombreros, y otras cosas que ya había olvidado. Pañuelos de encaje, guantes y un parasol blanco para protegerse del sol. Qué maravillosas fruslerías. Los «tiempos modernos» empezaban a gustarle de verdad.

La propietaria estaba acabando de hacer sus sumas. Ella le había entregado muchos «billetes» del bolso, y después de contarlos abrió el cajón de una gran máquina de bronce. Cleopatra vio con regocijo que allí había más dinero, mucho más de lo que ella tenía.

-Debo decirle que ese color le sienta maravillosamente. Ahora sus ojos parecen entre azules y verdes. Cleopatra rompió a reír. Montañas de dinero. Se levantó de la silla y se acercó a la mujer. Le gustaba el ruido seco que producían aquellos zapatos sobre el suelo de mármol.

Asió a la mujer por el cuello antes de que tuviera tiempo de levantar la vista. Apretó con fuerza a la vez que hundía el pulgar en el tierno hueso del centro de la garganta. La mujer parecía atónita. Dejó escapar un sonido como un débil hipo. Entonces Cleopatra le rodeó la cabeza con el brazo derecho *y* la hizo girar lentamente hasta oír el familiar chasquido: muerta.

No merecía la pena detenerse un instante a meditar sobre la inmensa distancia que existía entre ella y aquella pobre criatura que ahora estaba tendida mirando al techo con ojos vacíos. Podía matar a aquellos seres insignificantes cada vez que le viniera en gana. Además, no podían nada contra ella.

Guardó todo el dinero en el reluciente bolso de satén que había encontrado en la tienda. Y, cuando estuvo lleno, puso el resto en el viejo bolso de tela. También cogió todas las joyas que había guardadas detrás del cajón del dinero. Apiló todas las cajas que la mujer había envuelto y las llevó al coche.

Adelante, hacia una nueva aventura. Se envolvió el cuello con la banda de piel blanca y volvió a hacer rugir a su bestia mecánica.

Iría al lugar «donde vive la gente elegante, ingleses y norteamericanos, al Shepheard's, *el* hotel, no sé si me entiende».

Dejó escapar una carcajada al pensar en el norteamericano y su extraña forma de hablar, como si ella fuera idiota. Y la mujer de la tienda se había comportado igual. Quizás en el Shepheard's conociera a alguien diferente, agradable, más interesante que todos aquellos miserables que había enviado a las profundidades de las que ella había salido.

-Por todos los santos, ¿qué ha pasado aquí? -murmuró el mayor de los dos policías. Estaba de pie en el umbral de la casa de Malenka, y no se decidía a entrar sin la correspondiente orden judicial. Nadie había respondido cuando habían llamado desde la puerta, que habían encontrado entreabierta.

El tocador del dormitorio estaba cubierto de cristales rotos. Y había sangre en el suelo.

El más joven, impaciente como siempre, se había aventurado en el patio con una linterna eléctrica, donde halló sillas volcadas y porcelana rota.

-Dios mío, Davis. Ahí fuera hay una mujer muerta.

El mayor tardó un momento en reaccionar. Estaba mirando el loro muerto en la jaula. Y las botellas vacías alineadas de un extremo a otro del bar. Y el abrigo que colgaba de la percha.

Al fin salió al patio y observó el cadáver.

-Es esa mujer, Malenka -dijo lentamente-. La bailarina del Babylon.

-Bien, creo que bajo estas circunstancias ya no necesitamos la orden judicial.

El mayor de los dos volvió al dormitorio y siguió mirando sin tocar nada.

Vio el vestido rasgado tirado en el suelo, y los curiosos andrajos polvorientos apilados en un rincón. No prestó atención al joven, que iba de un lado para otro tomando notas en un cuaderno, vagamente entusiasmado por los evidentes signos de violencia.

Aquellos trozos de tela parecían las vendas de una momia, aunque algunos parecían nuevos. El joven le mostró un pasaporte.

-Es de Stratford -dijo-. Todos sus documentos están en el abrigo.

Elliott se apoyó en el brazo de Alex al salir del ascensor de cristal.

-¿Y si Pitfield no puede arreglar todo esto? -preguntó Alex.

-Seguiremos comportándonos como personas civilizadas mientras estemos aquí -repuso Elliott-. Tú llevarás a Julie a la ópera mañana por la noche como estaba previsto. Y después la acompañarás al baile. Y estarás dispuesto a emprender el viaje tan pronto como recuperemos los pasaportes.

-No creo que ella esté de humor, padre. Y creo que preferiría que la acompañara Samir, si quieres que te diga la verdad. Desde que todo esto empezó, parece que no confía más que en Samir. Y él siempre está a su lado.

-En cualquier caso, te mantendrás cerca de ella. Como debe ser. Y ahora, ¿por qué no te vas a la terraza y te tomas una copa mientras yo me encargo de la parte legal?

Sí, le gustaba el Shepheard's. Le había gustado aquella misma tarde, cuando había visto la larga fila de automóviles aparcados delante del edificio, y a los refinados hombres y mujeres que entraban y salían de él.

Ahora había muy pocos coches. Consiguió detener el suyo justo delante de la entrada, y un encantador sirviente se acercó a abrirle la puerta. Cleopatra cogió el bolso de satén y la bolsa de tela y ascendió majestuosamente las escaleras alfombradas mientras otros muchachos se apresuraban a retirar del coche todos sus paquetes.

El vestíbulo le pareció fantástico. Oh, no había imaginado que aquel palacio fuera tan grande. Y el movimiento de personas en todas direcciones (hombres y mujeres exquisitamente vestidos) la llenaba de entusiasmo. Era un mundo elegante, el de esos «tiempos modernos». Había que ver un sitio como aquél para comprender sus posibilidades.

-¿Puedo ayudarla, señorita? -Otro macho servil se había acercado. Vestía de forma muy extraña y llevaba un cómico sombrero...

-Sí. ¿Sería tan amable? -contestó ella pronunciando cuidadosamente-. Me gustaría alojarme aquí. ¿Es éste el Shepheard's Hotel? ¿El hotel?

-En efecto, señorita. Déjeme acompañarla a recepción.

-Espere -susurró ella. ¡Acababa de ver a pocos metros a lord Rutherford! No había duda: era él. Y lo acompañaba un exquisito joven, una criatura alta y esbelta de rasgos tan perfectos que, en comparación, sus anteriores acompañantes parecieron zafios.

Entrecerró los ojos, intentando concentrarse, oír lo que decía el joven. Pero estaban demasiado lejos. Y se alejaban aún más, perdiéndose de vista tras una palmera de interior. El joven apretó el brazo de lord Rutherford y se dirigió hacia la puerta principal. Lord Rutherford entró en una gran habitación sombría.

-Es lord Rutherford, señorita -dijo el atento joven, que seguía a su lado.

-Sí, lo sé -repuso ella-. Pero el joven que va con él, ¿quién es?

-Ah, es su hijo, Alex Savarell, señorita, el joven vizconde de Summerfield. Son huéspedes habituales del Shepheard's. Amigos de la familia Stratford, señorita.

Ella lo miró sin comprender.

-Lawrence Stratford, señorita -añadió él tomándola del brazo delicadamente y dirigiéndose al mostrador de recepción-. El gran arqueólogo, el que descubrió la tumba de Ramsés.

-¿Qué ha dicho? -preguntó ella-. Hable más despacio.

-El que desenterró la momia de Ramsés el Maldito.

-¡Ramsés el Maldito!

-Sí, señorita. Es toda una historia, señorita. -Señaló la mesa alargada que tenían delante. Parecía un altar-. Ahí puede pedir su habitación, señorita. ¿Puedo hacer algo más por usted?

Ella dejó escapar una breve risa de asombro.

-No -dijo-. Ha estado usted divino. ¡Muy *okay*! El le dedicó una mirada complaciente, igual que los demás, y le hizo un gesto para que se aproximara a la «recepción».

Elliott fue directamente al grano en cuanto se sentó frente a Pitfield. Sabía que estaba hablando demasiado rápido, y que lo que decía era muy extraño, pero era incapaz de contenerse. Tenía que sacar a Alex de allí. Y también a Julie si era posible. Era lo único en

lo que podía pensar. Ya tendría tiempo de preocuparse por Randolph.

-Ninguno de nosotros tiene la menor relación con todo este embrollo -aseguró-. Y es fundamental que nos devuelvan los pasaportes. Yo puedo quedarme, si es necesario, pero mi hijo debe irse de inmediato.

Gerald, diez años mayor que él, un hombre de cabellos plateados y vientre prominente, escuchaba con gran atención.

-No creo que haga falta -dijo con una sonrisa de comprensión-. Pero espera, ahí viene Winthrop. Y trae a dos hombres.

-Ahora mismo soy incapaz de hablar con él -murmuró Elliott con gesto cansado-. Ahora no, por el amor de Dios.

-Déjalo en mis manos.

Se quedaron boquiabiertos cuando pagó por adelantado la *suite* con montones de aquellos «billetes». Le dijeron que los jóvenes sirvientes llevarían todas sus cosas a sus aposentos. Y, desde luego, las cocinas del hotel cocinarían todos los alimentos que quisiera. Tenía el comedor a la derecha, aunque también podía comer en su habitación si lo deseaba. En cuanto a la peluquera que había pedido, no estaría disponible hasta la mañana siguiente. Muy bien. ¡Muchas gracias!

Dejó caer la llave en el pequeño bolso de satén. Ya encontraría la *suite* 201 después. Se asomó a la sala en semipenumbra en la que había desaparecido lord Rutherford, y lo vio sentado en una mesa, bebiendo solo. El no la vio a ella.

En la gran terraza central estaba Alex, su hijo, apoyado en un pilar blanco. Era un joven extraordinariamente atractivo. Estaba hablando con un egipcio de piel oscura. Cuando éste volvió a entrar en el hotel, el joven pareció indeciso.

Ella se apresuró a acercarse, mientras estudiaba su delicado rostro con detenimiento. Sí, era una belleza. Lord Rutherford era un hombre con considerables encantos, pero éste era mucho más joven, y su piel parecía suave como los pétalos de una rosa. Sin embargo era alto y masculino, y sus hombros eran anchos y rectos. Sus ojos marrones tenían una mirada clara y confiada.

-El joven vizconde de Summerfield -dijo cuando él reparó en su presencia-. Hijo de lord Rutherford, según he oído.

El le dedicó una sonrisa devastadora.

-Soy Alex Savarell, en efecto. Perdóneme, creo que no tengo el placer.

-Estoy hambrienta, vizconde de Summerfield. ¿Me acompañaría al comedor del hotel? Me gustaría comer algo.

-¡Me encantaría! Qué placer tan inesperado.

El le ofreció su brazo para que se apoyara. Oh, le gustaba mucho aquel hombre. No había en él reticencia alguna. La escoltó a través de la muchedumbre, más allá de la taberna en la que su padre estaba bebiendo, hacia una gran sala cubierta por una alta bóveda dorada.

La inmensa habitación estaba llena de mesas alineadas, cubiertas con manteles de lino. En el centro había hombres y mujeres bailando, cuyas faldas se abrían como grandes flores rizadas. Y la música era maravillosa, aunque casi le hacía daño en los oídos. Era mucho más bella que la de la caja de música. Y tan triste...

El vizconde de Summerfield ordenó a un hombre de aspecto severo, tan bien vestido como los demás, que los llevara a una mesa.

-Desde luego, lord Summerfield -respondió éste con gran respeto. Y la mesa era digna de una reina.

-¿Qué es esta música? -preguntó.

-Es norteamericana -contestó él-. De Sigmund Romberg.

Ella comenzó a mecerse suavemente.

-¿Le apetece bailar? -ofreció él.

-¡Divino!

Oh, qué cálida era la mano que sostenía la suya y que la conducía por la pista. Qué curioso que cada pareja bailara como si estuviera sola, como si se tratase de un ritual privado. De repente sintió que la invadía la melancolía. Y aquel joven la miraba con una expresión adorable. Era muy bello, este joven lord Summerfield.

-Es un lugar encantador -comentó-, un verdadero palacio. Y la música es muy estridente, pero me gusta. Me hace daño en los oídos, pero supongo que es porque no me gustan los ruidos fuertes, como los pájaros que chillan, o los disparos.

-Pues claro que no -repuso él sorprendido-. Es usted tan frágil... Y su cabello... ¿Me permite que le diga que tiene un cabello hermosísimo? Es extraño ver a una mujer que lo lleva suelto, de forma natural. La hace parecer una diosa.

-Sí, eso está muy *okay.* ¡Muchas gracias!

La risa de aquel hombre era muy dulce. Tan honesta... No había miedo ni desconfianza en sus ojos. Parecía un príncipe que hubiera sido criado en un palacio por amas atentas. Demasiado tierno para el mundo real.

-¿Le importaría decirme su nombre? -inquirió él-. No hemos sido adecuadamente presentados, así que al parecer tendremos que hacerlo nosotros mismos.

-Mi nombre es Cleopatra, reina de Egipto. -¡Cuánto le gustaba aquella danza, dar vueltas y más vueltas! Él suelo de la pista resplandecía como agua bajo sus pies.

-Oh, no me costaría nada creerlo -aseguró él-. Parece usted una reina. ¿Me permite que la llame su alteza? Ella rompió a reír.

-Su alteza. ¿Es así como se llama a una reina? Sí, puede llamarme su alteza. Y yo lo llamaré lord Summerfield. Todos estos hombres, ¿son también... lores?

A través del espejo ahumado de la pared, Elliott vio retirarse a Winthrop, seguido de su cohorte. Pitfield volvió directamente a la mesa y se sentó frente a él. Hizo una seña al camarero para que trajera más bebida.

-Más complicaciones -dijo-. Por todos lo santos, ¿qué le ha pasado al joven Stratford?

-Dime.

-¡Asombroso! Una bailarina, la amante de Henry Stratford. La han encontrado muerta, con el cuello roto, en el jardín de la casa que compartía con Henry. Y allí estaban todas sus cosas.

Elliott tragó saliva. Necesitaba otra copa. Pensó que debería comer algo, aunque sólo fuera para no caer inconsciente de tanto beber.

-Lo mismo que el estudiante de Oxford de esta tarde, el cuello roto. Igual que el norteamericano de las pirámides, y que la empleada del museo. ¡Me pregunto por qué se molestó en usar el cuchillo con Sharples! Creo que será mejor que me cuentes todo lo que sabes de este asunto.

El camarero sirvió dos vasos de whisky y Elliott dio un sorbo al suyo pensativamente.

-Es más o menos lo que me temía. Se ha vuelto completamente loco. La culpa no lo dejaba vivir.

-¿A causa del juego?

-No, de Lawrence. Henry lo mató, con los venenos de la tumba.

-Dios mío, Elliott. ¿Hablas en serio?

-Gerald, nunca he hablado más en serio. Así fue como empezó todo. Había llevado a Lawrence unos papeles para que los firmara. Probablemente los falsificó. Pero eso no importa. El caso es que confesó el crimen.

-A ti.

-No, a otra persona. -Se interrumpió un instante. Debía pensarlo todo mejor, pero no había tiempo-. A Ramsey.

-Ramsey, el que están buscando.

-Sí. Ramsey intentó hablar con él esta madrugada. Antes de que Henry perdiera la cabeza por completo y entrara en el museo. Por cierto, dices que han estado en la casa de la bailarina. ¿Encontraron allí restos de alguna momia, vendajes o algo por el estilo? Si fuera así, todo encajaría por fin y dejarían de perseguir al pobre Ramsey. Es completamente inocente, te lo aseguro. Fue al museo para intentar hacer entrar en razón a Henry,

-¿Lo sabes con seguridad?

-Todo fue por mi culpa. Últimamente no duermo bien. El dolor de las piernas es demasiado fuerte. A las cinco de la mañana volvía de dar un paseo. Y vi a Henry completamente borracho merodeando por los alrededores del museo, como te he dicho. Creí que iba simplemente de bar en bar, y cometí el error de contárselo a Ramsey, que bajaba a tomar café en aquel momento. Ramsey ya había intentado razonar con Henry horas antes. Y volvió a salir en su busca. Lo hizo por Julie.

-Entonces Julie y ese Ramsey...

-Sí. El compromiso con Alex se ha roto. Pero ha sido todo bastante amistoso. Alex y Ramsey son amigos. Y es necesario aclarar todo esto.

-Desde luego, desde luego.

-Ramsey estaba intentando detener a Henry cuando llegó la policía. Es un hombre extraño. Fue presa del pánico. Pero estoy seguro de que podrás aclararlo todo.

-Haré todo lo que pueda. ¿Pero por qué diablos iba a entrar Henry al museo para robar una momia?

-No tengo la menor idea. Todo lo que sé es que también ha desaparecido la momia de Ramsés el Maldito en Londres, y al parecer también robó unas monedas y joyas. Imagino que alguien le obligó a hacerlo. Para pagar deudas, o algo así.

-¿Y por eso robó la momia del museo más famoso del mundo?

-Los sistemas de seguridad egipcios no son nada buenos, amigo mío. Y tú no has visto a Henry en los últimos meses, ¿verdad? Se ha deteriorado mucho. Creo que simplemente es un caso de locura. Pero no quiero que por esto retengan a Alex y a Julie en El Cairo. Y no se irán hasta que se haya exculpado a Ramsey.

Elliott acabó la copa.

-Gerald, sácanos de esto. A todos. Haré una declaración jurada, si lo consideras necesario. Intentaré localizar a Ramsey. Si se le garantiza la inmunidad, estoy seguro de que se entregará. Tú puedes hacerlo, Gerald. Conoces bien a estos cretinos colonos. Hace años que te peleas con ellos.

-Sí, eso es cierto. Hay que resolver esto con bastante delicadeza, pero no hay tiempo que perder. Y el hecho es que ya están buscando a Stratford. Sólo es cuestión de que se exculpe a Ramsey.

-Sí, y del protocolo, y los trámites y todos los papeleos. Por favor, Gerald: no me importa cómo lo hagas, pero quiero que mi hijo salga de aquí. Ya lo he utilizado bastante en todo este...

-¿Qué?

-Nada. ¿Puedes hacerlo?

-Sí, pero Henry... ¿Tienes idea de dónde puede estar? «Nadando en una tina de betún», pensó Elliott con un estremecimiento.

-No -contestó-. No tengo ni idea. Pero debe de estar escondido. Tiene muchos enemigos, gente a la que debe dinero. Necesito otra copa. Y por favor, cuando lo detengan, haz todo lo que puedas por ese mentecato. ¿Lo harás?

-Joven lord Summerfield -propuso ella sin dejar de mirarle la boca-, vamos a cenar a mis aposentos. Allí estaremos solos.

-Si usted lo desea... -El inevitable rubor en las mejillas. Oh, ¿cómo sería el resto de su cuerpo? Ojalá tuviera un fado digno del resto de sus encantos.

-Desde luego, ¿pero lo desea *usted}* -le preguntó. Le acarició la mejilla con las yemas de los dedos y deslizó la mano bajo su chaqueta.

-Sí, lo deseo -susurró él.

Se acercaron a la mesa, recogieron los bolsos de Cleopatra y volvieron al vestíbulo.

-*Suite* dos cero uno -dijo ella después de sacar la llave del bolso-. ¿Cómo la encontraremos?

-Tomaremos el ascensor hasta el segundo piso y buscaremos la habitación -repuso él con una adorable sonrisa.

¿El ascensor? Alex la condujo hacia unas puertas de metal brillante y presionó un pequeño botón en la pared.

Entre ambas puertas había un gran dibujo: *Aída,* la ópera. Y las mismas figuras egipcias que ya había visto.

-Ah, la ópera -comentó.

-Sí, es todo un acontecimiento -aseguró él. Una de las grandes puertas dobles se abrió silenciosamente, y tras ella apareció un hombre que al parecer los esperaba. Entraron a lo que parecía una jaula. Cleopatra se sintió inquieta. Las puertas se cerraron con un zumbido, como si fuese una trampa, y la habitación pareció ascender en el aire.

-Lord Summerfield -murmuró asustada.

-No ocurre nada, su alteza -la tranquilizó él. La rodeó con los brazos, y ella apoyó la cabeza en su pecho. Oh, era mucho más tierno que los otros, y, cuando un hombre fuerte es también tierno, hasta las diosas descienden del Olimpo.

Por fin se abrieron las puertas. Lord Summerfield la acompañó por un largo pasillo.

-¿Por qué se ha asustado? -preguntó él, pero en su entonación no había ni sombra de burla. Era tranquilizador. Le pidió la llave y la introdujo en la cerradura.

-La habitación se movía -suspiró ella-. ¿Lo he dicho bien en inglés?

-Sí, desde luego -respondió él. Pasaron a un gran salón adornado con ricos tapices y sillas con el aspecto de almohadones gigantes-. Es usted la mujer más extraña que he conocido. Parece venida de otro mundo.

Ella le acarició el rostro y lo besó lentamente. De repente sus ojos marrones parecieron alarmados. Pero enseguida él la besó con súbita pasión.

-Esta noche, lord Summerfield -dijo ella-, éste es mi palacio. Ahora pasemos a la cámara real.

Elliott acompañó a Pitfield a la puerta del bar.

-Nunca podré agradecerte lo suficiente que hayas acudido tan rápido.

-Ten confianza, muchacho, e intenta hablar con tu amigo. Aunque desde luego, no te digo esto oficialmente...

-Lo sé, lo sé. Deja que yo me encargue de eso. -Elliott volvió al bar, se dejó caer en el confortable sillón de cuero y cogió su copa de ginebra. Sí, cuando todo hubiese pasado, se sentaría a beber hasta morir.

Haría acopio del mejor whisky, ginebra, jerez y oporto de Londres, se retiraría al campo y se pondría a beber día y noche hasta caer muerto. Sería maravilloso. Se vio sentado frente a la gran chimenea, con una pierna apoyada en un taburete forrado de cuero. La imagen apareció un momento en su mente y se desvaneció. Sintió náuseas, y creyó que iba a desmayarse.

-Sacar de aquí a Alex, hacer que llegue sano y salvo a casa -murmuró para sí, y de repente comenzó a temblar incontrolablemente. Volvió a verla, extendiendo los brazos hacia Ramsés, y también en la cama, mirándolo a él; sintió sus caricias, los huesos

desnudos de su costado cuando ella se había apretado contra él. Recordó la mirada de locura de Ramsés cuando luchaba con ella.

El temblor aumentó.

Nadie notó nada en el bar. Un joven acababa de sentarse al piano y tocaba un *ragtime.*

Alex la había ayudado a quitarse el vestido de satén verde. Lo dejó con cuidado sobre una silla, y, cuando apagaron las luces, Cleopatra vio la ciudad a sus pies. Y el río.

-El Nilo -susurró. Hubiera querido decirle lo hermosa que era aquella ancha y majestuosa franja de agua que serpenteaba a través de la ciudad. Pero entonces una sombra cayó sobre su alma. Una nueva imagen desconocida relampagueó en su cerebro: una catacumba, un sacerdote que caminaba delante de ella...

-¿Qué sucede, su alteza?

Ella alzó la cabeza, advirtiendo que había dejado escapar un gemido que había alarmado al joven.

-Eres muy tierno conmigo, lord Summerfield -dijo ella. ¿Dónde estaba la habitual maldad en aquel hombre, el inevitable deseo de hacer daño que todos mostraban antes o después?

Levantó los ojos y vio que él también estaba desnudo. La visión de su cuerpo musculoso y juvenil le produjo un placer intenso. Apoyó la mano en su duro vientre, y después en su pecho. Siempre era la dureza de los hombres lo que más la excitaba; incluso la dureza de sus bocas, la forma en que se apretaban sus labios al besar. Le gustaba sentir los dientes tras aquellos labios.

Lo besó con fuerza y apretó los pechos contra su torso. Él apenas podía controlarse. Quería llevarla a la cama, pero intentaba ser cariñoso.

-Eres de otro mundo -le susurró al oído-. ¿De dónde vienes?

-De la oscuridad y el frío. Bésame. Sólo siento calor cuando me besan. Enciende una hoguera, lord Summerfield, una hoguera en la que ardamos los dos.

Se dejó caer sobre los almohadones y tiró de él, haciéndolo caer sobre ella. Buscó su sexo con la mano, lo acarició y le pellizcó la punta. Cuando él gimió de placer, le abrió los labios con los suyos y lamió su lengua y sus dientes.

-¡Ahora! -dijo-. ¡Ven, entra en mí! Después habrá tiempo para hacerlo más despacio.

Estaban en la *suite* de Julie. Samir dejó los periódicos sobre la mesa, mientras Julie sorbía su segunda taza de dulce café egipcio.

-No me dejes esta noche, Samir. No te vayas hasta que sepamos algo de él. -De repente se levantó-. Voy a ponerme la bata. Prométeme que no te irás.

-Estaré aquí, Julie -aseguró él-. Pero quizá debería dormir. La despertaré en cuanto sepa algo.

-No, no podría. Sólo quiero quitarme esta ropa. No tardaré ni un minuto.

Pasó a su dormitorio. Había mandado a Rita a dormir hacía una hora, pues sólo soportaba estar con Samir. Tenía los nervios destrozados. Sabía que Elliott estaba en el hotel, pero no se animaba a llamarlo. No quería verlo o hablar con él. No, hasta que supiera qué había hecho Ramsés. Y no podía evitar el presentimiento de un desastre.

Se quitó las horquillas con lentitud mientras se contemplaba ausentemente en el espejo. De repente se dio cuenta de que había un árabe de gran estatura envuelto en una capa blanca en un rincón de la habitación. Su árabe, Ramsés.

Se dio media vuelta y sus cabellos se derramaron sobre los hombros. Tenía el corazón a punto de estallar.

Por segunda vez en su vida, aquel hombre la tomó en sus brazos cuando estaba a punto de desvanecerse. Entonces vio las manchas de sangre en la túnica y se sintió débil. Las

tinieblas se alzaron a su alrededor.

El la abrazó en silencio y la estrechó contra su cuerpo.

-Mi Julie -dijo con voz desgarrada.

-¿Cuánto hace que estás aquí?

-Poco rato -murmuró él-. Déjame estar en silencio un momento, déjame abrazarte.

-¿Dónde está ella?

El se apartó de Julie y retrocedió.

-No lo sé -repuso con amargura-. La he perdido.

Julie lo observó caminar de un lado a otro de la habitación. Se dio cuenta de que amaba con toda su alma a aquel hombre, y de que seguiría amándolo, pasara lo que pasara. Pero no podía decirle tal cosa. No hasta que supiera...

-Llamaré a Samir -decidió ella-. Está en el salón.

-Quiero estar a solas un momento contigo -dijo él. Y, por primera vez, pareció tener miedo de ella. Era una sensación muy sutil, pero Julie la percibía con claridad.

-Debes contarme lo que ha pasado.

El siguió inmóvil, mirándola fijamente, irresistible con aquellos ropajes blancos. Y de repente su expresión le rompió el corazón. No servía de nada negarlo.

-Le diste más elixir -murmuró ella con voz trémula.

-Tú no la has visto -repuso él quedamente, con los ojos llenos de una pena inmensa-. ¡No has oído el sonido de su voz! No has oído su llanto. No me juzgues. ¡Está tan viva como yo! Yo la hice alzarse de la tumba. Deja que yo sea mi propio juez.

Ella se retorcía las manos.

-¿Qué quieres decir con que no sabes dónde está?

-Escapó de mí. Me atacó, intentó matarme. Y está loca. Lord Rutheríord tenía razón: está absolutamente loca. Lo habría matado si yo no la hubiera detenido. El elixir no ha cambiado eso. Sólo ha curado su cuerpo.

Dio un paso hacia ella, pero Julie se dio la vuelta. Iba a echarse a llorar, y no quería hacerlo.

-Reza a tus dioses -dijo ella mirándolo a través del espejo-. Pregúntales qué debes hacer. Mi Dios sólo podría condenarte. Pero, ocurra lo que ocurra con esa criatura, una cosa está clara. -Se volvió hacia él y lo miró a los ojos-. No debes volver a fabricar ese elixir nunca más. Consume lo que te quede. Hazlo ahora mismo, en mi presencia. Y borra la fórmula de tu mente.

No hubo respuesta. Ramsés se quitó el turbante lentamente y se pasó la mano por el pelo. El gesto lo hizo parecer aún más seductor. Parecía una figura bíblica, con el cabello revuelto y las vestiduras sueltas. Aquel hombre la enloquecía. Y reconocerlo sólo la ponía más al borde de las lágrimas.

-¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

-Si es demasiado peligroso consumirlo, busca un lugar en el desierto y excava un profundo pozo para enterrarlo. Pero deshazte de él.

-Quiero hacerte una pregunta.

-No. -Ella volvió a darle la espalda y se cubrió los oídos con las manos. Cuando levantó los ojos, vio que él estaba justo detrás de ella. Por un instante volvió a ser consciente de que todo su mundo se había hundido, de que una luz cegadora había destruido su vida anterior irremisiblemente.

Él le tomó las manos con dulzura y se las apartó de los oídos. La miró a los ojos a través del espejo. Sus cuerpos se tocaban.

-Julie, si la otra noche, en lugar de llevarme el elixir al museo y dárselo al cadáver de Cleopatra, te lo hubiera ofrecido, ¿lo habrías tomado?

Ella se negó a responder. Él le cogió la muñeca con brusquedad y la obligó a volverse.

-¡Responde! Si no la hubiera visto allí, tendida en aquella caja...

-Pero la viste.

Julie quería mantenerse firme, pero él la sorprendió con un beso, con la rudeza y desesperación de su abrazo, acariciándole las mejillas y el rostro casi cruelmente. Pronunciaba su nombre una y otra vez como en una plegaria. Murmuró algo en la antigua lengua egipcia. Y entonces dijo en latín que la amaba. La amaba. Era a la vez como una explicación y una disculpa, como la razón de todo ese sufrimiento: la amaba. Lo dijo como si se estuviera dando cuenta en aquel preciso momento, y Julie sintió que las lágrimas brotaban incontenibles, estúpidamente.

Lo rechazó, y luego lo besó con fuerza y permitió que volviera a besarla. Se apretó contra su pecho y se dejó abrazar.

-¿Cómo es ella? -preguntó entonces suavemente, sin mirarlo.

Él suspiró.

-¿Es hermosa?

-Siempre lo fue. Y ahora también. Es la mujer que sedujo a César, y a Marco Antonio, y al mundo entero. Ella se apartó de él.

-Es tan bella como tú -afirmó él-. Pero tenías razón: no es Cleopatra. Es una extraña con el cuerpo de Cleopatra, un monstruo que mira con los ojos de Cleopatra. Y que intenta usar la inteligencia de Cleopatra para sus propósitos. ¿Qué más se podía decir? ¿Qué más podía ella hacer? Todo había estado en manos de Ramsés desde el principio. Se soltó de su abrazo y se sentó. Puso el codo en el brazo del sillón y apoyó la frente en la mano.

-La encontraré -aseguró él-. Y repararé este terrible error. La devolveré a las profundidades de las que ha salido. Sufrirá lo menos posible. Y entonces dormirá para siempre.

-¡Oh, pero es una locura! Debe haber otra forma... -Julie estalló en sollozos.

-¿Qué te he hecho, Julie Stratford? -dijo él-. ¿Qué he hecho con tu vida, tus tiernos sueños y tus ambiciones?

Ella sacó el pañuelo del bolsillo y se lo apretó contra la boca. Tenía que dejar de llorar como una niña. Se enjugó las lágrimas y miró a Ramsés, aquel ser mítico que se debatía en la tragedia. Un hombre, no era más que un hombre. Inmortal, sí, rey en otros tiempos, maestro, quizá, pero tan humano como ella. Tan falible como todos. Tan adorable como todos.

-No puedo vivir sin ti, Ramsés -declaró ella-. O quizá podría, pero no quiero. -Ah, ahora era él quien lloraba. Si no apartaba la vista de él las lágrimas volverían a brotar-. La razón ya no tiene nada que ver con todo esto -siguió diciendo-. Pero esa criatura a la que has resucitado es la que va a sufrir. Hablas de enterrarla viva. No puedo..., no puedo...

-Confía en mí. Encontraré una forma de hacerlo que no sea dolorosa -susurró él.

Julie no podía seguir hablando. No podía mirarlo.

-Y voy a decirte algo, porque si te enteras después podría confundirte. Tu primo Henry está muerto. Cleopatra lo mató.

-¿Qué?

-Elliott la llevó al escondite de Henry en el viejo Cairo. Me había seguido al museo. Y, cuando los soldados me atraparon, él la protegió y la llevó a la casa, y ella mató a Henry y a la mujer, Malenka.

Julie sacudió la cabeza, y una vez más se llevó las manos a los oídos. Nada de lo que sabía de Henry, de la muerte de su padre, del intento de asesinarla a ella, nada podía ayudarla en aquel momento. Sólo sentía horror.

-Confía en mí cuando te digo que encontraré una forma de hacerlo sin que sufra. Pero debo hacerlo antes de que se derrame más sangre inocente. No puedo descansar hasta que lo consiga.

-¿Mi hijo no ha dejado ningún mensaje? -Elliott no había abandonado la butaca de cuero ni la ginebra, ni tenía intención de hacerlo. Pero sabía que tenía que llamar a Alex antes de estar demasiado borracho. Por eso había pedido un teléfono-. Pero él no saldría sin decírmelo. De acuerdo. ¿Dónde está Samir Ibrahaim? ¿Puede telefonear a su habitación de mi parte?

-Está en la *suite* de la señorita Stratford, señor. Dos cero tres. Ha dejado orden de que se le transmitan allí todos los mensajes. ¿Quiere que lo llame? Son las once, señor.

-No. Subiré yo. Gracias.

Julie se inclinó sobre el gran lavabo de mármol y se lavó la cara con agua fría. No quería mirarse al espejo. Entonces se secó los ojos con la toalla. Cuando se volvió, Ramsés estaba de pie en el salón. Podía oír la voz grave y tranquilizadora de Samir.

-Por supuesto, te ayudaré, mi señor, ¿pero qué debo hacer?

Sonaron unos golpes suaves en la puerta. Era Elliott. Sus ojos se encontraron un instante, y ella apartó la vista. No podía juzgarlo, ni tampoco mirarlo a la cara. «Él ha tomado parte en todo esto -pensó-. Lo sabe todo, sabe más que yo.» De repente sintió náuseas al pensar en toda aquella pesadilla.

Elliott entró en el salón y tomó asiento en un rincón.

-Me dejaré de rodeos -dijo mirando a los ojos a Ramsés-. Tengo un plan y necesito su cooperación. Pero, antes de empezar, permítame recordarle que éste no es un lugar seguro para usted.

-Si me encuentran, volveré a escapar -repuso Ramsés con un gesto de indiferencia-. ¿Cuál es ese plan?

-Un plan para sacar a Julie y a mi hijo de aquí -contestó

Elliott-. ¿Pero qué ocurrió cuando me fui? Si quiere contármelo.

-Es como usted la describió. Está loca, tiene una fuerza incalculable y es peligrosa. Pero ahora está entera. Las heridas han desaparecido. Y sus ojos son del color del cielo, como los míos.

-Ah.

Elliott guardó silencio, como si hubiera sentido un agudo dolor en su interior y contuviese el aliento hasta que desapareciera. Julie se dio cuenta entonces de que estaba borracho, totalmente borracho. Era la primera vez que lo veía así. Digno, contenido, pero borracho. Elliott cogió el vaso que tenía Samir y tomó de nuevo un sorbo de coñac con gesto ausente.

Samir se acercó en silencio al pequeño mueble bar y se sirvió otra copa.

-Me salvó la vida -dijo Elliott a Ramsés-. Debo darle las gracias.

Ramsés se encogió de hombros. Pero el tono de la conversación intrigó a Julie. Era como si aquellos dos hombres se conocieran muy bien. No había animosidad entre ellos.

-¿Cuál es el plan?

-Debe cooperar. Tendrá que mentir, y de un modo convincente, pero el resultado final será que saldrá usted libre de los cargos de los que lo acusan, y Julie y Alex podrán irse de aquí. Y Samir también quedará libre de toda sospecha. Entonces se podrá ocupar de otras cosas...

-No voy a ir a ningún lado, Elliott -intervino Julie-. Pero Alex debe volver a casa lo antes posible.

Samir sirvió otra copa de coñac para Elliott, y éste la vació de un trago.

-¿No tienes ginebra, Samir? Prefiero la ginebra para emborracharme.

-Milord, debo marcharme -declaró Ramsés-. La última reina de Egipto anda suelta por esta ciudad, y va dejando un rastro de muerte a su paso. Tengo que encontrarla.

-Habrá que hacer de tripas corazón -replicó Elliott-, pero creo que se podrá culpar a Henry de todas esas muertes. Él fue quien lo dispuso todo. Pero, Ramsey, tendrá que mentir como le he dicho...

En la quietud de la noche, Alex Savarell yacía desnudo y dormido entre las blanquísimas sábanas de la suave cama de plumas. La fina manta de lana le cubría el cuerpo hasta la cintura, y su rostro brillaba suavemente a la luz de la luna.

En medio de la habitación oscura, Cleopatra había deshecho todos los paquetes en silencio, y había examinado con detenimiento la delicada ropa interior, los vestidos, los zapatos. Había dejado sobre el tocador los dos papeles de la ópera. La luna brillaba sobre las finas sedas. Relucía en el collar de perlas enroscado sobre el tocador como una serpiente. Y, más allá de las finas cortinas de gasa, brillaba sobre el Nilo y sobre los tejados redondeados y las torres de El Cairo.

Cleopatra fue hasta la ventana. Daba la espalda a la cama y al joven dios que dormía en ella. Se habían amado como dioses. Su inocencia y sencillo poder masculino la habían cautivado, igual que el misterio y la destreza de ella lo habían cautivado a él. Alex le había dicho que nunca había estado en brazos de una mujer como ella, que nunca había dado rienda suelta a todos sus deseos con tanto abandono.

Y ahora dormía el sueño de los niños mientras ella miraba por la ventana...

... Mientras los sueños, o los recuerdos, volvían a relampaguear en su mente. Se dio cuenta de que no había dormido desde que Ramsés la había despertado. No había conocido el fresco misterio de la noche, cuando los pensamientos se hacen más profundos. Y lo que ahora volvía a su mente eran recuerdos de otras noches, de otros palacios resplandecientes de mármol y sostenidos por grandes columnas, con mesas repletas de fruta y carne asada, y de vino en copas de plata. Y Ramsés le hablaba, mientras yacían juntos en la oscuridad.

-Te amo como no he amado a otra mujer. Vivir sin ti... no sería vivir.

-Mi rey, mi único rey -había dicho ella-. ¿Qué son los otros, más que juguetes en las manos de un niño? Pequeños emperadores de madera que una mano mueve a capricho.

La escena se ensombreció. La perdió como los demás recuerdos. Lo único real era la voz de Alex, que murmuraba entre sueños.

-Alteza, ¿dónde estás?

La tristeza había descendido sobre ella como una maldición, y no podía rasgar aquel pesado velo. Se puso a tararear para sí la dulce canción de la caja de música, «Celeste Aída». Cuando se volvió *y* vio el rostro iluminado por la luna, los ojos cerrados, la mano abierta sobre la sábana, sintió una profunda y desesperada nostalgia. Siguió cantando en voz baja. Se acercó a la cama y lo miró.

Le acarició el pelo con ternura y le tocó los párpados con las yemas de los dedos. «Ah, mi dios durmiente, mi dulce Endimión.» Su mano descendió lenta, perezosamente, y tocó su garganta, los tiernos huesos que había roto a los otros.

«Qué frágil y mortal eres a pesar de tu fuerza, tus brazos musculosos, tu pecho fuerte y plano, tus manos poderosas que me hacen morir de placer.»

¡No quería que él conociera la muerte! No quería que sufriera. Sintió una súbita e intensa ansia de protección, y se introdujo entre las sábanas junto a él. Nunca le haría daño, jamás. £)e improviso la muerte misma le pareció algo injusto y terrible.

«¿Pero por qué yo soy inmortal y él no? Oh, dioses.» Por un momento pareció que se abría una gran puerta, y que a través de ella entraba un torrente de luz que lo iluminaba todo: su pasado, su identidad, lo que había ocurrido. Todo estaba claro. Pero la habitación estaba silenciosa y oscura. No había tal luz.

-Mi amor, mi bello y joven amor-dijo mientras lo volvía a besar. El se desperezó, respondiendo a la llamada. Abrió los brazos y la llamó.

-Alteza.

Ella sintió que el sexo del joven dios volvía a erguirse. De repente deseó con urgencia que volviera a entrar en ella, que la llenara por completo. Sonrió para sí. «Si no puede ser inmortal, al menos que sea joven», pensó con tristeza.

Ramsés llevaba un buen rato escuchando en silencio a Elliott cuando por fin habló.

-Entonces pretende usted que contemos a las autoridades que yo discutí con él, lo seguí al museo, lo vi robar la momia y que entonces me apresaron los soldados.

-Mintió por Egipto cuando era rey, ¿no es así? Mintió a su pueblo diciéndole que era un dios viviente.

-Pero, Elliott -interrumpió Julie-, ¿y si esos crímenes continúan?

-Y es fácil que eso ocurra -aseguró Ramsés empezando a impacientarse- si no salgo de aquí de inmediato y la encuentro.

-No hay pruebas de que Henry esté muerto -contestó Elliott-. Y nadie va a encontrarlas. Es perfectamente verosímil que Henry se encuentre en El Cairo. Y lo más verosímil es lo que aceptarán. Pitfield se tragó la historia, y los demás lo harán también. Pueden buscar a Henry mientras usted busca a Cleopatra. Pero Alex y Julie estarán a salvo y lejos.

-No me iré, ya te lo he dicho -declaró Julie-. Pero intentaré convencer a Alex de que se vaya...

-Julie, puedo reunirme contigo en Londres más adelante -sugirió Ramsés-. Lord Rutherford es un hombre inteligente. Hubiera sido un buen rey, o consejero de reyes.

Elliott sonrió con amargura y acabó con su tercera copa de ginebra.

-Contaré esa sarta de mentiras con todo el convencimiento que me sea posible. ¿Qué más debemos discutir?

-preguntó Ramsés.

-Nada más. Debe llamarme a las diez de la mañana. Para entonces ya tendré una garantía de inmunidad de puño y letra del gobernador. Entonces tendrá que acompañarme a hacer una declaración. Y saldremos de allí con nuestros pasaportes.

-Muy bien -asintió Ramsés-. Ahora debo irme. Deséenme buena suerte.

-¿Pero cuándo empezarás a buscar? -preguntó Julie-. Tienes que descansar.

-Cariño mío, te olvidas de que no necesito dormir. La buscaré hasta que nos encontremos aquí a las diez de la mañana. Lord Rutherford, si esto no funciona...

-Funcionará. E iremos a la ópera mañana, como estaba planeado, y después al baile.

-¡Eso es absurdo! -exclamó Julie.

-No, pequeña mía. Hazlo por mí. Es el último favor que os pediré. Quiero que todo vuelva a ser como antes. Que vean a mi hijo con su padre y sus amigos, y con Ramsey, cuyo nombre quedará limpio. No quiero más sombras sobre el futuro de Alex. Y a ti, no sé lo que el futuro te deparará, pero te daré un consejo: no cierres la puerta a la vida que tuviste hasta ahora. Vale la pena una noche de pompa y ceremonia para que esa puerta siga abierta.

-Ah, lord Rutherford, siempre me sorprenden y me agradan sus palabras -dijo Ramsés-. En otro mundo y en otra vida yo mismo solía decir cosas parecidas a los que me rodeaban. Son los palacios y los títulos los que nos hacen ser así. Pero ya es hora de que me vaya. Samir, ven conmigo si lo deseas. Si no es así, saldré enseguida.

-Voy contigo, mi señor -respondió Samir. Se levantó e hizo una inclinación de cabeza a Elliott-. Hasta mañana, milord.

Samir salió primero, y al cabo de unos minutos lo hizo Ramsés. Durante unos instantes Julie fue incapaz de moverse. Entonces salió apresuradamente de la habitación en busca de Ramsés. Lo alcanzó en las escaleras de servicio, y una vez más se abrazaron.

-Por favor, ámame, Julie Stratford -susurró él-. No siempre soy tan necio, te lo juro. -Le tomó el rostro con las manos y la miró a los ojos-. Vuelve a Londres, donde estarás a salvo, e iré a buscarte cuando todo este horror haya terminado.

Ella empezó a protestar.

-No te estoy mintiendo. Te amo demasiado para hacerlo. Te he contado todo.

Ella lo vio bajar por la escalera. Ramsés se puso el turbante y se convirtió de nuevo en el imponente jeque. Después de hacerle un gesto de despedida con la mano, desapareció en la oscuridad.

Julie no quería volver a sus habitaciones, no quería ver a Elliott.

Ahora sabía por qué había emprendido aquel viaje el duque. Lo había presentido desde el principio, pero ahora lo sabía con seguridad. Con todo, le asombraba que hubiera llegado al extremo de seguir a Ramsés al museo.

Aunque, pensándolo bien, ¿por qué iba a asombrarse? Después de todo, él había creído la historia. Quizá había sido el único, además de Samir, que la había creído. Y por ello el misterio y la esperanza de la inmortalidad lo habían cautivado.

Mientras volvía a su habitación, intentó comprender la dimensión del peligro que se había desatado. Y al pensar que alguien, por muy peligroso y malvado que fuera, podía llegar a ser encerrado en una cueva oscura, incapaz de volver a despertar, se estremeció y comenzó a llorar de nuevo.

Elliott seguía allí, sentado en la butaca con su vaso de ginebra, tan contenido y elegante como siempre a pesar de la borrachera, con los dedos curvados sobre el puño del bastón.

No levantó la vista cuando la oyó entrar. Tampoco se sentía con fuerzas para irse. Julie cerró la puerta y lo miró.

Las palabras brotaron en un torrente, sin pensar. Pero no acusó a Elliott de nada. Sólo le dijo lo que Ramsés le había contado acerca de la comida que no se podía comer, el ganado que no podía ser sacrificado, el hambre insaciable; le habló de la soledad, del aislamiento; todo salió poco a poco, mientras caminaba de lado a lado de la habitación sin mirarlo a los ojos.

Cuando terminó de hablar, se hizo un silencio mortal.

-Cuando éramos jóvenes -dijo Elliott-, tu padre y yo, pasamos mucho tiempo en Egipto. Estudiábamos nuestros libros, visitábamos tumbas antiguas, traducíamos textos, recorríamos el desierto día y noche. El antiguo Egipto se convirtió en nuestra musa, en nuestra religión. Soñábamos con un conocimiento secreto que nos apartara de todo lo que parecía conducir al aburrimiento y a la desesperación final.

«¿Contenían las pirámides realmente algún secreto todavía por descubrir? ¿Conocían los egipcios un lenguaje mágico que les permitía hablar con los dioses? ¿Cuántas tumbas intactas ocultaban aquellas colinas? ¿Qué filosofía quedaba por revelar? ¿Qué alquimia?

»O era tan sólo una imagen de conocimiento, de verdadero misterio, la que producía esta cultura? Nos preguntábamos de vez en cuando si no habría sido un pueblo sabio y místico, pero simple y brutal.

»Nunca lo averiguamos. Ahora mismo no lo sé. Sólo sé que nuestra pasión era la búsqueda. La búsqueda, ¿entiendes?

Julie no respondió. Cuando lo miró, vio sus ojos hundidos y le pareció muy viejo. Elliott se levantó lentamente, se acercó a ella y la besó en la mejilla con la misma elegancia con que hacía todo. Julie volvió a pensar, como otras veces en el pasado, que habría podido enamorarse de Elliott, de no haber existido Alex y Edith.

Ni Ramsés.

-Temo por ti, mi pequeña -susurró él, y salió de la habitación.

Ella quedó sola en la noche silenciosa y vacía. Sólo se oía débilmente la música de la sala de baile. Y de repente todas las noches anteriores de sueño tranquilo y profundo le parecieron como las ilusiones perdidas de la infancia.



Amanecía. Ramsés contempló el inmenso cielo rosado que se extendía más allá de las sombras de las pirámides y de la erosionada y desfigurada esfinge, tendida con las enormes garras apoyadas en la arena dorada.

La forma borrosa del Mena Hotel estaba silenciosa y oscura excepto por algunas luces encendidas.

Sólo se divisaba en el horizonte a un hombre solitario, vestido de negro y montado en un camello. En algún lugar un tren dejó oír el silbato.

Ramsés, con la capa flotando hacia atrás por el frío viento del desierto, caminó por la arena hasta llegar junto a la esfinge. Se detuvo entre sus grandes zarpas y miró su rostro desfigurado, que en otros tiempos había sido tan bello.

-Aquí sigues todavía -murmuró en la antigua lengua egipcia.

Recordó el tiempo en que todas las respuestas le habían parecido tan simples, cuando él, el rey, arrebataba vidas con un rápido golpe de su espada o de su maza. Cuando había asesinado a la sacerdotisa de la cueva para que nadie más poseyera el gran secreto.

Se había preguntado mil veces si no habría sido aquél su primer y más terrible pecado, matar a la inocente anciana, cuya risa todavía le resonaba en los oídos.

«No soy tan tonto como para beber el elixir restante.»

¿Debía avergonzarse de ello? No lo sabía. Lo único que sabía era que ya no podía soportar ser el único. Había errado, y volvería a hacerlo.

¿Y si aquella terrible soledad fuera su destino? ¿Y si cualquier nuevo intento acababa en un desastre?

Apoyó la mano sobre la dura piedra de la garra. La arena era suave y espesa. Volvió a mirar el rostro desfigurado. Recordó el tiempo en que había acudido a aquel lugar en peregrinación. Volvió a oír las flautas, los tambores. Olió el incienso y escuchó los suaves y rítmicos conjuros.

Entonces pronunció su propia oración, pero lo hizo en la lengua y forma de aquellos tiempos antiguos, lo que le produjo un consuelo casi infantil.

-Dioses de mis padres, de mi tierra. Contempladme con indulgencia. Enseñadme el camino; decidme lo que debo hacer para devolver a la naturaleza lo que le he arrebatado. ¿O debo retirarme humildemente clamando que ya he errado bastante? No soy ningún dios. No sé nada de creación, y muy poco de justicia. Pero una cosa es cierta: los que nos crearon a nosotros también saben muy poco de justicia. O, si lo saben, es como tu sabiduría, gran esfinge: un misterio insondable.

La gran sombra gris del Shepheard's Hotel pareció oscurecerse y solidificarse con la primera claridad del día. Ramsés y Samir se acercaron furtivamente al edificio.

Pasó junto a ellos un viejo camión negro que lanzó junto a la puerta varios paquetes de periódicos atados.

Samir cogió uno con gesto rápido mientras los jóvenes voceadores se los repartían. Buscó en el bolsillo una moneda y se la dio a uno de ellos, que apenas pareció reparar en él.

ROBO Y ASESINATO EN COMERCIO DE LUJO

Ramsés leyó el titular por encima de su hombro.

Los dos hombres se miraron.

Entonces se alejaron del hotel para buscar un café tranquilo y madrugador donde sentarse a leer con detenimiento las malas noticias y pensar lo que harían al respecto.

Todavía tenía los ojos abiertos cuando los primeros rayos de sol atravesaron las cortinas. Los grandes brazos del dios se extendían para abrazarla.

¡Qué estúpidos habían sido los griegos al pensar que el poderoso disco era el carro de una deidad lanzada al galope por el cielo!

Sus antepasados lo sabían muy bien: el sol era el dios Ra, el dador de vida, el único dios anterior a todos los dioses, y sin el cual los demás no eran nada.

Los rayos alcanzaron el espejo, y un intenso resplandor dorado llenó la habitación, cegándola por un instante. Se incorporó en la cama, con la mano apoyada en el hombro de su amante. Sintió que se mareaba. La cabeza le daba vueltas.

-¡Ramsés! -susurró.

El cálido sol cayó silenciosamente sobre su rostro, sus negras cejas y sus párpados cerrados. Lo sintió en los pechos y en el brazo extendido.

Un cosquilleo, calidez. Una repentina e intensa oleada de bienestar.

Se levantó de la cama y cruzó la habitación con pasos rápidos. La tupida alfombra verde oscura, más suave que la hierba, amortiguaba por completo sus pasos.

Se acercó a la ventana y contempló la plaza que se extendía a sus pies. Más allá, el río brillaba con destellos plateados. Se tocó la mejilla con el dorso de la mano.

Un remolino de sensaciones le recorrió el cuerpo. Era como si un viento extraño le alborotase los cabellos; un viento cálido del desierto que llegase reptando sobre la arena, que se introdujera en los salones del palacio y de alguna manera penetrase en su cuerpo y lo recorriera por completo.

Sintió un leve zumbido en los cabellos, como si un cepillo estuviera peinándoselos.

¡Todo había empezado en las catacumbas! El viejo sacerdote le había contado la historia, y todos se habían reído durante el banquete: un inmortal que dormía en una profunda tumba de piedra, Ramsés el Maldito, consejero de los faraones del pasado, que dormía en la oscuridad desde los tiempos de sus tatarabuelos.

Al despertar a la mañana siguiente, Cleopatra había mandado llamar al anciano.

-Es una antigua leyenda. El padre de mi padre se la contó a éste, y él no la creyó. Pero yo he visto con mis propios ojos al rey durmiente. Debes comprender el peligro que representa.

Ella tenía trece años y no creía en el peligro, al menos no en el sentido ordinario. Siempre había habido peligro.

Se habían internado en el oscuro pasadizo, por cuyo techo se filtraba arena. El sacerdote la precedía con una antorcha.

-¿Qué peligro? Estas catacumbas son el peligro. Van a caer sobre nosotros en cualquier momento. Anciano, te digo que esto no me gusta.

El sacerdote, un hombre calvo, enjuto y encorvado, había seguido adelante.

-La leyenda dice que, si se lo despierta, no obedecerá órdenes de nadie. Es un inmortal con voluntad propia. Aconsejará al rey o reina de Egipto, como hizo en el pasado, pero también hará su voluntad.

-¿Sabía esto mi padre?

-Sí. Pero no lo creyó. Ni tampoco el padre de tu padre. Ah, pero en los tiempos de Alejandro el rey Tolomeo llamó a Ramsés pronunciando el conjuro: «Despierta, Ramsés,

un rey de Egipto necesita tu consejo».

-¿Y este Ramsés volvió a su tumba? ¿Sólo los sacerdotes sabían el secreto?

-Eso me han contado, como se lo contaron a mi padre, y me fue dicho que debía transmitírselo al soberano de mi tiempo.

Hacía un calor sofocante, y Cleopatra no quería proseguir. No le gustaba la débil luz de la antorcha ni su siniestro reflejo en el techo. De cuando en cuando distinguía antiguas inscripciones en las paredes, pero no sabía leerlas. Todo aquello le hacía sentir miedo, y odiaba tener miedo.

Habían tomado ya tantos pasadizos y ramales que ella sola no habría sido capaz de salir de allí.

-Sí, te dijeron que le contaras la historia a la reina de tu tiempo -dijo ella con sorna-, mientras fuera lo suficientemente joven para escucharte.

-Lo suficientemente joven para tener fe. Eso es lo que tienes: fe y sueños. La sabiduría no siempre es el don de la edad, majestad. Muchas veces es una maldición.

-¿Por eso acudimos a este antiguo rey? -Cleopatra se había echado a reír.

-Coraje, majestad. Aquí está, detrás de esa puerta.

Cleopatra vio en la penumbra que, en efecto, había una gran puerta doble cubierta de inscripciones. El corazón había comenzado a latirle con fuerza.

-Entremos en la cámara.

-Sí, majestad. Pero recuerda la advertencia: si lo despiertas, no podrás deshacerte de él. Es un inmortal de gran poder.

-¡No me importa! ¡Quiero verlo! Ella se había adelantado al sacerdote. A la luz trémula de la antorcha había leído la inscripción en griego:

«Aquí yace Ramsés el Inmortal, que se dio a sí mismo el nombre de Ramsés el Maldito porque no puede morir. Y aquí duerme, esperando la llamada de los reyes y reinas de Egipto.»

Cleopatra retrocedió.

-¡Abre las puertas! ¡Rápido!

A sus espaldas, el sacerdote había tocado alguna palanca oculta en las paredes. Las puertas se habían abierto lentamente con gran ruido, revelando una vasta cámara de paredes desnudas.

El sacerdote había levantado la antorcha al entrar tras ella. Polvo, todo cubierto del claro polvo pálido que indicaba que aquel lugar había permanecido oculto de las fieras salvajes y de los profanadores de tumbas durante muchos años.

Y en el centro, un altar. Sobre él había un ser acartonado con los brazos cruzados sobre el pecho. Su cráneo estaba cubierto por abundantes mechones de cabello castaño.

-Te han engañado -dijo al sacerdote-. Está muerto. El aire seco lo ha conservado.

-No, majestad. Mira la ventana que hay en lo alto y las cadenas que la sujetan. Ahora debemos abrirla.

Cleopatra le había sujetado la antorcha mientras él tiraba con las dos manos de la cadena. La madera crujió y chirrió, y cayeron nubecillas de polvo del techo. Pero de repente vio que se había abierto una ventana, como un ojo que mirase al cielo azul.

El cálido sol del verano cayó sobre el cuerpo de aquel hombre. Cleopatra vio con ojos incrédulos cómo el cuerpo parecía rellenarse, revivir. Los cabellos castaños crecían con rapidez. Sus párpados temblaron levemente, y sus pestañas se curvaron con suavidad.

-Está vivo. Era cierto.

Cleopatra había tirado la antorcha y había corrido al altar. Se acercó a él sin ocultarle los rayos del sol.

Entonces se habían abierto sus brillantes ojos azules.

-¡Ramsés, despierta! Una reina de Egipto necesita tu consejo.

El la miraba inmóvil, silencioso.

-Eres tan bella... -había susurrado.

Miró por la ventana hacia la plaza que se abría delante del Shepheard's Hotel. Vio cómo despertaba despacio la ciudad de El Cairo. Las carretas y los automóviles comenzaban a circular ruidosamente por las calles limpias y pavimentadas. Los pájaros cantaban en los árboles podados con esmero. Algunas barcazas surcaban las tranquilas aguas del río.

Las palabras de lord Rutherford resonaron de nuevo en sus oídos: «Han pasado muchos siglos... tiempos modernos... Egipto ha sufrido muchas conquistas... maravillas que no puedes imaginar».

Ramsés estaba delante de ella vestido con una túnica blanca. Lloraba y le suplicaba que le escuchara.

¡Había despertado en un lugar oscuro lleno de cristales brillantes, estatuas y sarcófagos! ¡Se había levantado aullando de dolor, con los brazos extendidos, gritando su nombre!

Una mancha de sangre había aparecido en la camisa de Ramsés cuando lo habían herido. Pero él había intentado acercarse a ella. Entonces un segundo disparo lo había alcanzado en el brazo. El mismo dolor que el hombre llamado Henry le había infligido a ella, la misma sangre y el mismo dolor. Y a la débil luz del amanecer había visto cómo lo arrastraban lejos de ella.

«Ya no puedo morir. ¿No es verdad?» Ramsés estaba de pie a la puerta de su dormitorio. Ella había estado llorando. Era una joven reina atormentada.

-¿Pero cuánto tiempo?

-No lo sé. Sólo sé que ahora no puedes abandonar todo esto. No comprendes todavía el significado de lo que te ofrezco. Por eso me voy. Haz uso del conocimiento que te he transmitido. Volveré. Puedes estar segura de ello. Volveré cuando más me necesites, y quizá entonces hayas tenido amantes y guerras y dolor, y me des la bienvenida.

-Pero yo te amo...

La habitación del Shepheard's Hotel estaba bañada en una luz anaranjada y cegadora. Los muebles y las paredes habían desaparecido en el resplandor. Las suaves cortinas le acariciaron el rostro al moverse. Se asomó a la ventana. La cabeza le daba vueltas.

-¡Ramsés, ahora recuerdo!

Vio el rostro de la mujer de la tienda de ropa, la joven esclava que gritaba... y el joven, el pobre muchacho que había visto sus huesos desnudos.

«¡Oh, dioses, qué me habéis hecho!»

Intentó apartarse de la luz, pero ésta parecía rodearla por todos lados. El espejo estaba envuelto en llamas. Cayó de rodillas y apoyó las manos en la suave alfombra. Se retorció en el suelo intentando rechazar el inmenso poder que inundaba su cerebro, su corazón. Todo su cuerpo vibraba violentamente, y se sentía flotar en el espacio. Por fin quedó inmóvil. Sentía el calor del sol en toda su piel y un fuego anaranjado en los párpados.

Elliott estaba sentado en el inmenso porche del hotel. La botella vacía reflejaba el primer sol de la mañana. Tenía la cabeza apoyada en los almohadones de la gran butaca y su mente vagaba entre sueños. Había pasado la noche bebiendo, sin comer nada, y ahora todos sus sentidos parecían haberse agudizado.

La locura debía de ser algo así. La luz parecía un milagro incomprensible del cielo; el gran automóvil plateado que se acercaba al hotel le pareció una broma, y también el curioso hombre de cabellos grises que salió de él y se dirigió hacia Elliott.

-He pasado toda la noche con Winthrop.

-Te compadezco.

-Muchacho, tenemos una entrevista a las diez y media para aclararlo todo. ¿Crees que estarás en condiciones?

-Sí, por supuesto. Puedes estar tranquilo. Y Ramsey también estará allí si..., si..., si has conseguido la inmunidad para él.

-Inmunidad absoluta, siempre que firme una declaración jurada contra Stratford. Supongo que sabrás que hemos tenido nuevas noticias suyas. Anoche robó en una tienda y asesinó a una mujer. Se lo llevó todo.

-Hmmm. Canalla -murmuró Elliott.

-Muchacho, es muy importante que te levantes de ese sillón, te des un buen baño, te afeites y estés allí...

-Gerald, estaré allí. A las diez y media en el palacio del gobernador.

«Bendito silencio.» El espantoso coche se había alejado. El muchacho volvió a acercarse.

-¿Desayuno, milord?

-Sí, tráeme algo de comer, y un zumo de naranja. Y vuelve a llamar a la habitación de mi hijo. Y pregunta en recepción. Tiene que haberme dejado un mensaje.

La mañana estaba muy avanzada cuando al fin despertó el joven lord.

Roma había caído, y habían pasado dos mil años.

Cleopatra se había puesto un suave y ligero camisón de seda azul y había pasado horas sentada junto a la ventana, mirando la ciudad moderna. Todos los retazos de lo que había visto y oído formaban ahora una trama compacta. Y sin embargo había todavía tantas cosas que tenía que comprender...

Había comido mucho, y después había ordenado a los sirvientes que retiraran las evidencias de su banquete. No quería que nadie viera la forma bestial en que había consumido tanta comida.

Y ahora le tocaba a él darse su pequeño banquete. Alex salió del dormitorio y se acercó a ella.

-Es tan bello... -murmuró ella para sí.

-¿Qué sucede, alteza? -Se inclinó sobre ella y la besó.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y besó su pecho desnudo.

-Toma tu desayuno, joven lord -le dijo-. Hay tantas cosas que descubrir, tantas cosas que ver...

El se sentó ante la pequeña mesa y encendió las velas con aquellas curiosas «cerillas».

-¿No vas a acompañarme?

-Yo ya he comido, mi amor. ¿Me enseñarás la ciudad moderna? ¿Me acompañarás a ver los palacios de los británicos que gobiernan esta tierra?

-Te lo enseñaré todo, alteza -contestó él con su habitual ternura.

Ella se sentó frente a él.

-Eres la persona más extraña que he conocido jamás -declaró él sin la menor sombra de burla o desconfianza-. El caso es que me recuerdas a alguien que conozco, un hombre sumamente enigmático..., pero eso no importa. ¿Por qué me sonríes así? ¿En qué estás pensando?

-Eres tan hermoso -susurró ella de nuevo-. Y la vida es tan hermosa, mi joven lord...

Él se ruborizó como una doncella. Dejó los cubiertos, se levantó y se aproximó a ella.

-Estás llorando -dijo.

-Sí. Pero soy feliz. Quédate conmigo, joven lord. No me dejes ahora.

Él pareció desconcertado y transfigurado. Cleopatra intentó recordar si había conocido en el pasado a alguien tan dulce. Quizá durante la niñez, cuando era demasiado estúpida para comprenderlo.

-No te dejaría por nada del mundo, alteza -aseguró él. Por un instante la tristeza pareció apoderarse de él.

-¿Y la ópera, joven lord? ¿Vendrás conmigo a la ópera? ¿Bailaremos juntos después?

Los ojos de Alex se iluminaron.

-Eso sería como estar en el cielo -susurró él. Ella hizo un gesto hacia la mesa.

-Tu desayuno, lord mío.

Él fue comiendo lentamente y de repente cogió de la mesa unos papeles en los que Cleopatra no había reparado hasta aquel momento. Era un gran manuscrito de muchas hojas cubierto de una escritura diminuta.

-Dime qué es eso.

-¿Qué es...? Ah, un periódico -explicó él con gesto divertido. Entonces lo recorrió con los ojos-. Y trae malas noticias.

-Léelo en voz alta.

-No creo que te interese. Han asesinado a una pobre mujer en una tienda. Tenía el cuello roto, como los demás. Y aparece una foto de Ramsey con Julie. ¡Qué desastre!

«¿Ramsés?»

-Todo El Cairo habla de lo mismo, alteza. Es extraño que no sepas nada. Mis amigos se han visto envueltos en un complicado asunto, pero eso es todo. No tienen nada que ver. Mira, ¿ves a este hombre?

Ramsés. «Son amigos de Lawrence Stratford, el arqueólogo, el que desenterró la momia de Ramsés el Maldito.»

-Es un buen amigo de mi familia. Están buscándolo. Dicen que ha robado una momia del museo de El Cairo, pero no son más que estupideces. Pronto se aclarará todo. -Alex la miró y frunció el entrecejo-. Alteza, no dejes que esta historia te asuste. En realidad no tiene ninguna importancia.

Ella miró la «foto». No era un dibujo, sino una imagen más densa, parecida a un cuadro pero hecha enteramente con tinta. Allí estaba Ramsés, vestido con ropas modernas, junto a un camellero con su camello. Debajo de la foto se podía leer: «Valle de los Reyes».

Cleopatra estuvo a punto de soltar una carcajada, pero no dijo una palabra. El momento pareció alargarse eternamente. El joven lord estaba hablando, pero no podía entenderle. ¿Decía que tenía que llamar a su padre, que su padre podía necesitarlo?

Como en un sueño, vio a Alex levantarse y dejar el periódico en la mesa. Volvió a mirar la foto. El joven lord había cogido un extraño objeto de la mesa y hablaba con él. Preguntaba por lord Rutherford.

Se levantó con rapidez y se acercó a él. Le quitó suavemente aquel artefacto de la mano y lo volvió a dejar en la mesa.

-No me dejes ahora, joven lord -rogó-. Tu padre puede esperar. Te necesito.

El la miró desconcertado, pero no hizo ningún movimiento para detenerla cuando ella lo abrazó.

-No dejes que nada nos moleste ahora -le susurró al oído sin dejar de besarlo-. Ahora estamos solos tú y yo. Él se abandonó por completo. El fuego brotó al instante.

-No seas tímido -musitó ella-. Acaríciame, deja que tus manos hagan su voluntad, como anoche.

De nuevo le pertenecía por completo, y a la vez la esclavizaba con sus besos mientras le acariciaba los pechos a través del camisón azul.

-¿Eres un milagro que me ha sucedido? -murmuró él-. Precisamente cuando pensaba..., cuando creía que... -La besó de nuevo vorazmente y la condujo a la cama.

Ella cogió el periódico al pasar junto a la mesa, y cuando se tendieron en la cama se lo mostró.

-Dime -dijo, señalando la foto-. ¿Quién es esa mujer que está a su lado?

-Julie, Julie Stratford -respondió él.

Se acabaron las palabras. Se abrazaron y se acariciaron con frenesí, como si no hubiera tiempo; entonces las esbeltas caderas del joven lord comenzaron a golpear las suyas, mientras su sexo la penetraba profundamente una y otra vez.

Cuando todo acabó y él estaba tendido boca arriba, Cleopatra le acarició el pelo.

-Y él... ¿quiere a esa mujer?

-Sí -repuso él con voz soñolienta-. Y ella también lo ama. Pero ahora ya no importa.

-¿Por qué dices eso?

-Porque te tengo a ti.

Ramsés se empleó a fondo en la entrevista, derrochando aquel encanto capaz de conquistar a cualquiera. Estaba arrellanado en una butaca, descuidadamente elegante con su traje de lino blanco, el cabello pulcramente peinado y los ojos azules resplandecientes de vigor, como los de un muchacho.

-Intenté razonar con él. Cuando rompió la vitrina y cogió la momia me di cuenta de que era inútil. Intenté salir, pero entonces llegaron los guardias y... ya conoce el resto de la historia.

-Pero dicen que le alcanzaron varios disparos...

-Señor, ésos no son precisamente los soldados del antiguo Egipto. Son mercenarios que apenas saben manejar sus armas. No hubieran sido capaces de derrotar a los hititas.

Winthrop se echó a reír a su pesar. Incluso Gerald estaba encantado. Elliott miró a Samir, que no se atrevió a sonreír.

-Bien, si al menos pudiéramos encontrar a Henry...

-dijo Miles.

-Sin duda también sus acreedores le están buscando

-aseguró Ramsés.

-Bien, volvamos al asunto de la comisaría. Parece que había allí un doctor cuando usted...

-Winthrop -intervino Gerald-, sabe usted muy bien que este hombre es inocente. Es de Henry de quien debe preocuparse. Ha sido Henry desde el principio. Todas las evidencias lo señalan. Entró en el museo de El Cairo, robó la momia, la vendió y fue a emborracharse con el dinero. Encontraron restos de vendajes en la casa de la bailarina. Su nombre figuraba en la libreta de direcciones del prestamista de Londres.

-Pero toda la historia es tan...

Elliott alzó una mano pidiendo silencio.

-Ramsey ya ha soportado demasiados atropellos, y nosotros también. Ya ha declarado que Henry confesó haber asesinado a su tío.

-Me lo dijo con toda claridad -confirmó Ramsés secamente.

-Quiero que nos devuelvan los pasaportes de inmediato

-exigió Elliott.

-Pero el Museo Británico...

-Joven... -comenzó a decir Gerald.

-Lawrence Stratford donó una fortuna al Museo Británico -declaró Elliott tajantemente. Ya se había cansado. La farsa había sobrepasado los límites de su paciencia-. Escuche, Miles -agregó, inclinándose hacia él y fulminándolo con la mirada-, quiero que aclare este asunto aquí y en este mismo momento, a no ser que tenga la intención de convertirse en un proscrito social. Porque le aseguro que si mis amigos, incluido Reginald Ramsey, no cogen mañana el tren a Port Said, jamás volverá a ser recibido por ninguna familia de El Cairo que tenga el menor respeto por el decimoséptimo duque de Rutherford. ¿Me he explicado con claridad?

El despacho quedó en silencio. El joven palideció.

-Sí, milord -respondió en un susurro. Entonces abrió un cajón de su escritorio, sacó los pasaportes uno por uno y los dejó sobre la mesa.

Elliott los recogió con un gesto rápido antes de que Gerald pudiese hacerlo.

-Esto me resulta tan desagradable como a usted -aseguró-. Jamás he dicho nada parecido a un ser humano en mi vida, pero quiero que mi hijo quede libre y pueda volver a Inglaterra de inmediato. Yo me quedaré en esta ciudad inmunda todo el tiempo que sea necesario, y responderé a todas las preguntas que quiera.

-Sí, milord, si puedo darle al gobernador garantías de que usted...

-¡Acabo de decírselo! ¿Qué necesita, un juramento de sangre?

Ya era suficiente. Sintió que Gerald le apoyaba una mano en el brazo. Había conseguido lo que quería.

Samir lo ayudó a levantarse. El grupo cruzó la antesala y siguió el pasillo hasta llegar al amplio porche.

-Bien hecho, Gerald -dijo Elliott-. Te llamaré si te necesito. Te agradecería que le notificaras a Randolph todo esto. Ahora mismo no me siento capaz de hacerlo yo mismo. Pero hoy mismo le escribiré una larga carta...

-Yo suavizaré las cosas, Elliott. No hace falta darle detalles. Cuando arresten a Henry ya va a ser bastante doloroso.

-Ya nos preocuparemos de ello cuando suceda.

Ramsey estaba impacientándose. Comenzó a descender los escalones hacia el coche que los esperaba. Elliott estrechó la mano de Gerald y se dirigió también hacia el coche.

-¿Hemos acabado ya con esta representación? -preguntó Ramsés-. Estoy perdiendo un tiempo muy valioso.

-Yo creo que ahora tiene mucho tiempo -repuso Elliott con una amable sonrisa. Se sentía de buen humor: habían vencido y estaban libres-. Es imprescindible que nos acompañe al hotel, que lo vean allí.

-¡Tonterías! Y la idea de ir a la ópera esta noche es ridícula.

-Hay que hacer las cosas con propiedad -replicó Elliott tras tomar asiento en el automóvil-. Pase. Ramsés se quedó allí, inmóvil, furioso.

-Mi señor, ¿qué podemos hacer hasta que tengamos alguna pista sobre su paradero? -preguntó Samir-. Nosotros solos nunca podremos encontrarla.

Esta vez no le dio miedo la pequeña habitación que se movía. Sabía lo que era, y que era una comodidad de la gente de aquel tiempo, como el tren, los automóviles y todos los extraños artefactos que en un principio le habían parecido instrumentos del horror, cosas concebidas para infligir sufrimiento y muerte.

Aquella habitación móvil no servía para torturar a la gente, ni las locomotoras servían para lanzarlas contra la multitud. Era extraño que hubiese interpretado todo pensando en sus más terribles posibilidades.

Y ahora el joven lord le estaba explicando multitud de cosas. De hecho llevaba ya horas sin parar de hablar. Prácticamente no hacía falta preguntarle nada: a él le gustaba hablar sobre la momia de Ramsés el Maldito y sobre Julie Stratford, que era una mujer moderna; y sobre cómo Gran Bretaña había forjado su gran imperio y cosas por el estilo. Era evidente que había estado enamorado de Julie Stratford, y que Ramsey se la había «robado». Pero no le importaba, en absoluto. Lo que él había creído amor era algo más débil, de conveniencia, algo demasiado fácil. Le había preguntado si realmente quería saber más cosas sobre su familia. Ella le había pedido que le hablara de historia, de El Cairo, de Egipto, del mundo...

Había sido difícil evitar que llamara a su padre. El pobre se sentía culpable. Pero ella

había empleado todo su poder de persuasión para evitarlo. Y le había dicho que no necesitaba cambiarse de ropa, que su camisa y su traje estaban tan inmaculados como la noche anterior.

Cruzaron al vestíbulo y se dirigieron a su Rolls Royce para ir a visitar las tumbas de los mamelucos y los monumentos históricos que tanto le interesaban. El tapiz de sus recuerdos se iba completando por momentos.

Pero él había comentado más de una vez que su rostro parecía haberse ensombrecido desde la noche anterior. Y eso le producía inquietud, pues sentía por aquel joven un afecto muy poderoso.

-¿Y a ti te gusta esto? -había preguntado ella mientras se aproximaban a la puerta principal.

El hizo una pausa y la miró como si fuera por primera vez. Era tan fácil sonreírle... Aquel muchacho merecía la más tierna de las sonrisas.

-Eres la cosa más maravillosa que me ha sucedido jamás -aseguró él-. Me gustaría poder expresar con palabras el efecto que tienes sobre mí. Eres...

Se detuvieron y se miraron profundamente a los ojos entre el bullicio del vestíbulo.

-¿Como un fantasma? -sugirió ella-. ¿Como un ser de otro mundo?

-No, eres demasiado... real para ser un fantasma. -Alex rió suavemente-. Estás tan viva, eres tan cálida...

Atravesaron el porche tomados del brazo. El coche estaba esperando, como él había dicho. «Es un gran salón negro con mullidos asientos de terciopelo», había dicho él.

-Espera. Me acercaré a recepción y dejaré un mensaje para mi padre. Lo veremos esta noche.

-Puedo hacerlo yo por usted, milord -sugirió el sirviente que les había abierto la puerta.

-Oh, gracias, es usted muy amable -agradeció Alex con cortesía, con la misma generosidad que mostraba en todo. Mientras le ofrecía una pequeña propina, lo miró directamente a los ojos-. Dígale que lo veremos esta noche en la ópera, por favor.

Cleopatra admiraba la gracia sutil con que hacía las cosas más insignificantes. Volvió a cogerse de su brazo mientras descendían las escaleras.

-Cuéntame más cosas de Julie Stratford -pidió ella mientras él le abría la puerta del coche-. ¿Qué es una mujer moderna?

Ramsey seguía discutiendo cuando el coche se detuvo delante de la escalinata de entrada del Shepheard's.

-Haremos lo que la sociedad espera de nosotros -dijo Elliott-. Tiene el resto de la eternidad para buscar a su reina perdida.

-Pero lo que me asombra -insistió Ramsey-, es que Julie acuda a un baile cuando se busca a su primo por varios asesinatos.

-Según las leyes inglesas, amigo mío, un hombre es inocente mientras no se demuestre su culpabilidad -explicó Elliott, aceptando la ayuda de Ramsey para descender del coche-. Y, en teoría, para nosotros Henry es inocente. No sabemos nada acerca de las atrocidades que se han cometido, así que ante la sociedad cumpliremos con nuestro deber como ciudadanos de la Corona.

-Sí, definitivamente debía haber sido consejero de un rey -afirmó Ramsey.

-Dios mío, mire allí.

-¿Qué?

-Mi hijo va en aquel coche con una mujer. ¡En un momento como éste!

-Bueno, supongo que está haciendo lo que la sociedad espera de él -repuso Ramsey de mal humor dirigiéndose hacia la puerta del hotel.

-Lord Rutherford, perdone. Su hijo me ha encargado que le diga que se reunirá con

usted esta noche en la ópera.

-Gracias -contestó Elliott, y dejó escapar una breve risa irónica.

Elliott entró en el salón de su *suite.* Sólo tenía ganas de dormir. Se tomaría una copa, aunque estaba empezando a cansarse de beber. Quería tener la cabeza despejada, pero era consciente de los peligros que ello entrañaba.

Ramsey lo ayudó a sentarse en una butaca.

De repente se dio cuenta de que estaban solos. Samir se había retirado a su habitación y Walter debía de haber salido.

-¿Y qué hará usted ahora, milord? -preguntó Ramsey. Estaba de pie en el centro de la habitación y miraba a Elliott fijamente-. ¿Volver a Inglaterra después de su bonito baile, como si nada de todo esto hubiera ocurrido?

-Su secreto está seguro. Siempre lo ha estado. Nadie creería lo que han visto mis ojos. Sólo desearía poder olvidarlo, aunque sé que no será así.

-¿Y se ha desvanecido su ansia de inmortalidad? Elliott dejó escapar una breve carcajada y respondió con voz tranquila, como aliviado ante su propia resignación.

-Quizás encuentre en la muerte lo que busco, más de lo que merezco. Siempre existe esa posibilidad. -Sonrió a Ramsey, que pareció sorprendido ante la respuesta-. De vez en cuando -prosiguió Elliott- me imagino el cielo como una inmensa biblioteca con infinitos libros que leer. Y dibujos y estatuas que contemplar. Lo imagino como una gran puerta que se abre al conocimiento. ¿Cree usted que el más allá podría ser algo así, y no una única y aburrida respuesta a todas nuestras preguntas?

Ramsey le dedicó una sonrisa triste y soñadora.

-Un paraíso hecho a la medida del hombre. Como el cielo de nuestra antigua religión.

-Sí, supongo que sí. Un gran museo y una derrota de la imaginación.

-No lo creo.

-Oh, hay tantas cosas que me gustaría discutir con usted, tantas preguntas que querría hacerle...

Ramsey siguió mirándolo en silencio, y Elliott tuvo la absurda sensación de estar siendo juzgado, evaluado.

-Pero es demasiado tarde para todo eso -suspiró Elliott-. La única inmortalidad que me importa ahora es mi hijo Alex.

-Es usted un hombre sabio. Lo supe la primera vez que lo miré a los ojos. Y, por cierto, engaña usted muy mal. En cuanto me dijo que Cleopatra había asesinado a Henry y a su amante, comprendí que ella debía estar en la casa de la bailarina. Lo dejé seguir con su juego pues quería ver hasta dónde se atrevía a llegar, pero abandonó. No sirve usted para estas cosas.

-En fin, mi breve carrera como aventurero ha terminado. A no ser que quiera usted que me quede aquí cuando los chicos vuelvan a casa. Pero no sé de qué ayuda puede serle un hombre tullido y prematuramente envejecido.

Ramsey parecía perplejo.

-¿No tuvo miedo de ella cuando la vio en el museo? -preguntó por fin.

-¿Miedo? Estaba horrorizado.

-Pero la ayudó, le dio cobijo. No puede haberlo hecho sólo para sus propios fines.

-¿Mis fines? No, no lo creo. Me parecía irresistible, como usted. Era el misterio lo que me atraía. Quería capturarlo, entrar en él. Además...

-Sí.

-Era... un ser vivo. Un ser humano que sufría terriblemente.

Ramsey pareció pensar un momento.

-Debe usted convencer a Julie de que vuelva a Londres. Hasta que todo esto haya

terminado -dijo Elliott.

-Sí, lo haré -repuso Ramsey.

Salió de la habitación en silencio y cerró la puerta tras de sí.

Pasearon por la Ciudad de los Muertos, «el sitio de los exaltados», como dicen los árabes, donde los sultanes mamelucos habían construido sus mausoleos. Vieron la fortaleza de Babilonia y recorrieron los bazares. Ahora Alex comenzaba a sentir con fuerza el calor de la tarde, y Cleopatra estaba impresionada por todas las cosas que había aprendido y descubierto, el largo hilo de la historia que iba engarzando los siglos desde sus tiempos hasta aquella tarde radiante.

Pero ya no quería ver más ruinas. Sólo quería estar con él.

-Me gustas, joven lord -le dijo-. Me consuelas. Me haces olvidar el dolor y las cuentas que debo ajustar.

-¿Pero qué quieres decir con eso, mi amor?

La fragilidad de aquel mortal volvió a abrumarla. Le pasó los dedos por el cuello. Los recuerdos volvieron a su mente. Todo se parecía demasiado a las profundidades tenebrosas de las que había salido.

¿Sería siempre igual? ¿Se habría hundido Marco Antonio en aquellas oleadas negras? Volvió a ver a Ramsés darle la espalda y negarse otra vez a darle el elixir a Marco Antonio. Ella había caído de rodillas a sus pies y le había suplicado: «No lo dejes morir».

-Sois tan frágiles, todos vosotros... -susurró para sí.

-No te entiendo, cariño.

¿Estoy condenada a la soledad en medio de este mundo de mortales? ¡Oh, Ramsés, te maldigo! Y, sin embargo, cuando volvió a ver aquella habitación, con el hombre moribundo tendido en la cama y el otro, el inmortal, dándole la espalda, comprendió algo que no había percibido en aquellos momentos trágicos: vio que ambos eran humanos, vio el dolor en los ojos de Ramsés.

Más tarde, después del entierro de Marco Antonio, cuando ella se había negado a moverse o a hablar, Ramsés le había dicho: «Tú eras la mejor de todas. Eras la única. Tenías el coraje de un hombre y el corazón de una mujer. Eras la mejor. Tenías la inteligencia de un rey y la astucia de una reina. Pensé que los amantes serían para ti una escuela, y no tu ruina».

¿Qué hubiera dicho ahora, de repetirse la misma situación? ¿Ahora lo sé, ahora comprendo? Pero la amargura estaba profundamente arraigada en su interior, aquel odio oscuro e incontrolable que sentía incluso al mirar al joven lord Summerfield, aquel muchacho frágil y bueno.

-¿No tienes confianza en mí? -preguntó él-. Sé que hace muy poco que nos conocemos, pero...

-¿Qué quieres decirme, Alex?

-Te sonará demasiado estúpido.

-Dímelo.

-Que te amo.

Ella le acarició la mejilla con dulzura.

-¿Pero quién eres? -inquirió él-. ¿De dónde vienes? -Le tomó la mano y se la besó. Un leve estremecimiento de pasión recorrió el cuerpo de Cleopatra e hizo palpitar sus pechos.

-Jamás te haré daño, lord Alex.

-Alteza, dime tu nombre.

-Dame tú un nombre, lord Alex. Llámame como quieras, ya que no crees el nombre que te dÍ.

Sus oscuros ojos castaños mostraban preocupación. Si la besaba en aquel momento, lo

arrastraría al suelo y le haría el amor sobre las grandes losas de piedra hasta que volviera a caer exhausto.

-*Regina* -susurró él-. Mi reina.

Así que Julie Stratford lo había abandonado. La mujer moderna que iba sola a todas partes y que hacía lo que le venía en gana. Pero, por otra parte, era un gran rey el que la había seducido.

Y ahora Alex también tenía su reina.

Vio a Marco Antonio muerto, tendido en el diván. «Majestad, debemos llevárnoslo ya.»

Ramsés se había vuelto hacia ella y le había dicho: «¡Ven conmigo!»

Lord Summerfield atizó las brasas de su pasión cubriéndole el rostro de besos, sin preocuparse por las miradas de los turistas. Lord Summerfield, que moriría como Marco Antonio había muerto.

¿Y Julie Stratford, moriría ella también?

-Volvamos a mi habitación -susurró ella-. Tengo hambre de ti, lord Alex. Si no nos vamos te arrancaré la ropa aquí mismo.

-Soy tu esclavo para siempre -respondió él. Cuando entraron en el automóvil, Cleopatra se abrazó a él con fuerza.

-¿Qué te ocurre, alteza? Dímelo.

Ella contemplaba las muchedumbres de mortales que llenaban las calles, los miles de habitantes de aquella antigua ciudad vestidos con sus milenarias ropas de campesinos.

¿Por qué la había devuelto a la vida? ¿Cuál había sido su propósito? Volvió a ver el rostro de Ramsés inundado de lágrimas. Vio la foto en la que aparecía sonriendo, rodeando con el brazo los hombros de Julie Stratford, la mujer de ojos oscuros.

-Abrázame, lord Alex. Dame calor.

Ramsés deambulaba a solas por las calles del viejo Cairo.

¿Cómo podía convencer a Julie de que subiera al tren? ¿Y cómo podría dejarla ir? Pero, en realidad, era lo mejor para ella. Ya la había hecho sufrir bastante.

¿Y cómo podría saldar su deuda con el duque de Rutherford? Le debía mucho al hombre que había salvado a Cleopatra, aquel hombre cuya compañía tanto apreciaba y cuyos consejos siempre lo habían beneficiado, aquel hombre por el que sentía un afecto tan profundo y extraño que bien podía llamarse amor.

Convencer a Julie de que subiera al tren. ¿Cómo? Ramsés se debatía en un mar de confusiones. Una y otra vez volvía a ver su hermoso rostro. «Destruye el elixir. No vuelvas a mezclarlo jamás.»

Pensó en los titulares del periódico, en la mujer tendida en el suelo de la tienda. «Me gusta matar. Alivia mi dolor.»

Elliott dormía profundamente en la gran cama victoriana de su habitación. Estaba soñando con Lawrence. Los dos conversaban sentados en una mesa del Babylon. Malenka bailaba en el escenario, y Lawrence le dijo:

-Ya casi es hora de que te reúnas conmigo.

-Pero tengo que volver a casa, con Edith. Tengo que cuidar de Alex. Y luego quiero sentarme a beber hasta la muerte. Ya lo he planeado.

-Lo sé -repuso Lawrence-. A eso me refiero. No tardarás mucho.

Miles Winthrop no sabía qué hacer con todo aquel embrollo. Habían expedido una orden de búsqueda y captura contra Henry, pero en aquel momento todo hacía pensar que aquel canalla estaba muerto. Ropa, dinero, documentación, todo había quedado en la casa de la bailarina. Y además estaba el caso de la mujer de la tienda.

Tenía el presentimiento de que aquel oscuro asunto nunca se aclararía.

Sólo estaba agradecido porque lord Rutherford no se había convertido en su enemigo declarado, lo que lo habría convertido en un hombre marcado para toda la vida.

Bien, al menos el día había sido tranquilo. No habían aparecido nuevos cadáveres con el cuello roto, con el gesto vacío, como si dijeran en un susurro: ¿No vas a encontrar al que me ha hecho esto?

No quería ni pensar en lo que sería la ópera aquella noche. Tendría que soportar preguntas sin fin de toda la comunidad inglesa. Y sabía que no podría refugiarse a la sombra de lord Rutherford. Por el contrario, temía volver a encontrarse con él. Tendría que arreglárselas solo.

Eran las siete, y Julie estaba delante del espejo del salón de su *suite.* Se había puesto el vestido escotado que tanto había perturbado a Ramsés, porque no tenía otro para una ocasión como aquélla. Miró a través del espejo a Elliott, que le estaba abrochando el collar de perlas.

Elliott siempre tenía mejor aspecto que la gente que lo rodeaba. Atlético y todavía atractivo a los cincuenta y cinco, llevaba el frac con la corbata de lazo blanco como si fuera natural en él.

A Julie le producía cierto horror pensar que todos pudieran actuar como si nada hubiera sucedido. Aquella escena podría haber tenido lugar en Londres. De repente Egipto le pareció una pesadilla, y sin embargo temía despertar de ella.

-Muy bien, ya estamos todos con nuestras mejores galas -comentó-, dispuestos a celebrar el ritual.

-Recuerda: mientras no lo detengan, y no lo detendrán, tenemos todo el derecho a creer que es inocente, y a comportarnos como si lo fuera.

-Es monstruoso, y lo sabes.

-Es necesario.

-Para Alex, sí. Y Alex no ha aparecido en todo el día. En cuanto a mí, la verdad es que me da igual.

-Tienes que volver a Londres -replicó él-. Quiero que vuelvas a Londres.

-Siempre te querré, Elliott -aseguró ella-. Eres para mí como un padre, siempre lo has sido. Pero lo que tú quieras ya no me importa.

Se volvió y lo miró de frente.

Podía percibir claramente la tensión en su rostro. Parecía envejecido, como Randolph cuando se había enterado de la muerte de su hermano. Estaba tan atractivo como siempre, pero ahora había en sus rasgos un tinte de tragedia, una cierta tristeza filosófica en los ojos que había reemplazado al brillo de antaño.

-No puedo volver a Londres -agregó ella-. Pero convenceré a Alex de que suba a ese tren.

«Destruir el elixir.» Ramsés estaba delante del espejo, poniéndose las prendas requeridas por la ocasión, todas ellas procedentes del baúl de Lawrence Stratford: pantalones negros relucientes, zapatos, cinturón... Con el torso desnudo, contempló su propio reflejo. Seguía llevando el cinturón oculto, como siempre desde que habían salido de Londres. Los pequeños tubos resplandecían en sus fundas de lona.

«Destruye el elixir. Nunca vuelvas a usarlo.» Cogió la camisa blanca que había extendida sobre la cama y se la puso. Vio el rostro cansado de Elliott Savarell: «Convencerá a Julie de que vuelva a Londres... hasta que todo haya pasado.»

Al otro lado de las ventanas se extendía la ciudad de El Cairo. ¿Dónde estaría la reina de cabellos oscuros y ojos de azul intenso? Volvió a verla jadeando bajo su cuerpo, con la cabeza hundida en los almohadones, *su misma carne.* «¡Poséeme!», había gritado, como tantos siglos atrás, con la espalda arqueada como la de un gato. Y entonces aquella sonrisa

en sus labios: la sonrisa de una desconocida.

-Sí, señor Alex -dijo Walter al teléfono-. A la *suite* dos cero uno, le llevaré su ropa de inmediato. Pero llame a su padre. Está en la *suite* de la señorita Stratford y lleva todo el día intentando ponerse en contacto con usted. Han ocurrido muchas cosas, señor Alex... -La comunicación se había interrumpido. Marcó con rapidez el número de la *suite* de la señorita Stratford, pero no hubo respuesta. No tenía tiempo. Tenía que darse prisa con el traje.

Cleopatra estaba frente a la ventana. Se había puesto el lujoso traje plateado que había robado a la pobre mujer de la tienda, y las hileras de perlas caían en cascada sobre sus turgentes pechos. No se había peinado la cabellera, que caía sobre sus hombros como un velo, todavía húmeda del baño y perfumada. Le gustaba así. Sonrió al pensar que era como ser de nuevo una niña.

Se vio corriendo por los jardines del palacio envuelta en la capa de sus cabellos.

-Me gusta tu mundo, lord Alex -dijo mientras contemplaba las titilantes luces de El Cairo bajo el cielo del anochecer. Las estrellas parecían perdidas entre todo aquel esplendor-. Sí. Me gusta tu mundo. Me gusta en todos los sentidos. Quiero vivir en él con dinero y poder. Y quiero que tú estés a mi lado.

Se volvió. Alex la miraba como si lo hubiera herido. Cleopatra hizo caso omiso de los golpes que sonaron en la puerta.

-Querida, esas cosas no siempre van de la mano en mi mundo -repuso él-. Tengo tierras, títulos y educación, pero no tengo dinero.

-No te preocupes -lo tranquilizó ella, aliviada de que ése fuera el único problema-. Yo conseguiré la riqueza, lord Alex, eso no es difícil. No, cuando uno es invulnerable. Pero primero hay algunos asuntos pendientes que debo zanjar.

Debo hacer daño a una persona que me lo hizo a mí. Debo arrebatarle lo que él me arrebató a mí.

Volvieron a sonar unos golpes en la puerta. Como si despertara de un sueño, Alex apartó los ojos de ella y abrió la puerta. Era un sirviente que traía su traje para la ópera.

-Su padre ya ha salido, señor. Sus entradas están en la caja del hotel a su nombre.

-Gracias, Walter.

Apenas le quedaba tiempo para vestirse. Al cerrar la puerta, volvió a mirarla con aquel curioso aire de tristeza.

-Ahora no -dijo ella, besándolo con rapidez-. Podemos usar estas entradas, ¿no crees? -Cogió del tocador las entradas que había robado al pobre muchacho muerto en el callejón.

-Pero quiero que conozcas a mi padre, quiero presentarte a mis amigos. Y quiero que ellos te conozcan.

-Desde luego, y muy pronto los conoceré. Pero ahora quiero estar sola contigo entre la muchedumbre. Ya los veremos cuando nos apetezca. Por favor...

Alex intentó protestar, pero ella estaba besándolo, acariciándole el pelo.

-Dame la oportunidad de ver a Julie Stratford, a tu amor perdido, desde lejos.

-Oh, pero ahora ya no importa nada de eso... -contestó él.



Estaban en el Palacio de la Ópera, otro de aquellos grandes palacios modernos hormigueante de mujeres enjoyadas vestidas con los colores del arco iris y elegantes hombres de negro y blanco. Era curioso que sólo las mujeres fuesen vestidas de colores. Los hombres parecían llevar uniformes idénticos. Cleopatra entrecerró los ojos para ver las manchas de color danzar entremezclándose.

Contempló la marea humana que ascendía la ancha escalinata, mientras sentía en la piel las miradas de admiración, como una luz cálida que la estuviese acariciando. Lord Summerfield le sonreía con orgullo y afecto.

-Tú eres aquí la reina -susurró en su oído, y se ruborizó levemente. Entonces hizo una seña a uno de los muchachos que vendían extraños instrumentos, cuya utilidad Cleopatra no podía imaginar.

-Anteojos -dijo él mientras le daba uno de aquellos objetos-. Y aquí tienes el programa.

-¿Pero qué es? -preguntó ella.

Él dejó escapar una breve risa de asombro.

-¿Es que has caído de repente del cielo? -La besó con ternura en el cuello y en la mejilla-. Pomelos en los ojos, y ajústalos hasta que estén enfocados. Eso es. ¿Lo ves?

Cleopatra no salía de su asombro. Dio un paso atrás al ver que los espectadores de la galería parecían abalanzarse sobre ella.

-¡Qué objeto más curioso! ¿Por qué tiene ese efecto?

-Por la amplificación de las lentes -explicó él-. Trozos de cristal pulido.

Parecía maravillado de que nunca hubiera visto nada parecido. Ella se preguntó qué opinaría Ramsés de todas aquellas invenciones. Ramsés, cuya «tumba misteriosa» había descubierto apenas un mes antes «el pobre Lawrence», que ahora estaba muerto; Ramsés, que había proclamado en sus manuscritos su amor por Cleopatra. ¿Era posible que Alex no supiera que Ramsey y la momia eran la misma persona?

Sonaron unas campanillas.

-La ópera va a comenzar.

Subieron juntos las escaleras. Parecía que una luz brillante los rodeaba a los dos, separándolos de los demás. Y todos podían percibir claramente que era el amor, sí, amor. Amaba a aquel hombre. No era un amor enloquecido, como el que había sentido por Marco Antonio, una carrera hacia la muerte y la destrucción porque no podía vivir con él ni sin él, una carrera en la que había sabido que se consumía.

No. Este era un amor nuevo, fresco y tierno como el mismo Alex, pero era amor. Julie Stratford había sido una necia por no amarlo. Pero Ramsés habría podido seducir a la misma diosa Isis. De no haber existido Marco Antonio, ella misma no habría podido amar a nadie más que a Ramsés. Y él lo había sabido desde el primer momento.

Ramsés, el padre, el juez, el maestro. Marco Antonio, el joven alocado con el que ella había escapado. Jugando en la cámara real como niños; borrachos, locos, despreocupados por todo, hasta que Ramsés había reaparecido después de muchos años.

«¿Esto es lo que has hecho con tu libertad, con tu vida?»

La cuestión era qué haría ahora con su libertad. ¿Por qué el dolor no acababa con ella? Porque esta nueva edad era demasiado maravillosa. Porque ahora tenía lo que había soñado

en sus últimos meses de vida, cuando los ejércitos romanos arrasaban Egipto, cuando Marco Antonio estaba desesperado y hundido: *otra oportunidad.* Otra oportunidad, sin el peso de aquel amor que la había hundido en las tinieblas para siempre, sin la carga del odio por Ramsés, que no había querido salvar a su amante, que no la perdonaba por haberse condenado a sí misma.

-Alteza, otra vez te alejas de mí -susurró él.

-No, no me alejo -repuso ella. La luz brillaba con la misma fuerza a su alrededor-. Estoy contigo, lord Alex. -La inmensa lámpara formada por millones de cristales relucía con destellos como de diminutos arcos iris. Podía oír el tintineo de los cristales al moverse por efecto de la suave corriente de aire que subía por las escaleras.

-¡Oh, mira, ahí están! -dijo Alex de repente, señalando la curva que hacía la balaustrada de la galería al unirse con la escalera.

El murmullo de la multitud pareció desaparecer, y también las luces, la gente y el bullicio. ¡Ramsés estaba allí!

Ramsés, vestido de negro y blanco, como todos los hombres, y a su lado la mujer, de considerable belleza, joven y frágil como Alex, con el cabello castaño exquisitamente recogido y peinado en la nuca. Cleopatra percibió un destello de luz marrón al posar Julie los ojos en ellos por un instante sin verlos. A su lado estaba lord Rutherford, el buen lord Rutherford, apoyándose con esfuerzo en su bastón. Era increíble que Ramsés, aquel gigante cuyo rostro resplandecía con el vigor de la inmortalidad, pudiera engañarlos a todos. Y la mujer... No, ella no había tomado el elixir. Todavía era mortal, y se agarraba al brazo de Ramsés desesperadamente.

-Oh, cariño, ahora no -suplicó a Alex.

El grupo se alejó de ellos arrastrado, por la muchedumbre.

-Pero, amor mío, sólo quiero que sepan que estamos aquí. Y, además, es maravilloso: la presencia de Ramsey quiere decir que las cosas se han aclarado. Todo ha vuelto a la normalidad. Pitfield ha hecho el milagro.

-¡Quédate conmigo, Alex, por favor! -¿Había sido su tono demasiado imperioso?

-Como quieras, alteza -aceptó él con una sonrisa comprensiva.

¡Lejos de ellos! Cleopatra sintió que la desesperación la sofocaba. Cuando llegaron al final de la escalera, miró atrás. El grupo había desaparecido tras una puerta con cortinas de terciopelo. Alex y ella iban en otra dirección, gracias a los dioses.

-Bien, parece que estaremos en el extremo opuesto del auditorio -comentó él con una sonrisa-. ¿Pero cómo puedes ser tan tímida, cuando eres tan adorable, cuando eres la mujer más hermosa que he conocido jamás?

-Te quiero para mí. No quiero compartirte con nadie. Créeme, el mundo destruirá esto, Alex.

-Ah, eso no es posible -dijo él con la mayor inocencia.

Elliott estaba junto a la entrada del auditorio.

-¿Dónde diablos estará Alex? ¿Qué le habrá pasado para desaparecer de esta forma? Estoy empezando a perder la paciencia.

-Elliott, Alex es la menor de nuestras preocupaciones -afirmó Julie-. Posiblemente habrá encontrado otra heredera norteamericana: el tercer gran amor de su vida en una semana.

Una amarga sonrisa se dibujó en los labios de Elliott cuando pasaron al palco. Sólo había visto de la mujer con la que se había alejado su hijo un gran sombrero, muchos encajes y una melena oscura y suelta. Quizás hubiera tenido el golpe de suerte que tanto necesitaba.

Era como un gran anfiteatro cubierto. Al fondo, oculto por grandes cortinajes, estaba el

escenario. Y a los pies de éste, un numeroso grupo de hombres y mujeres haciendo horribles sonidos con sus instrumentos. Cleopatra se llevó las manos a los oídos.

Alex la condujo por el estrecho pasillo hasta sus asientos. Cleopatra se volvió hacia la izquierda y vio a Ramsés, al otro extremo de la sala. A su lado estaba sentada la mujer pálida de ojos grandes y asustados. Lord Rutherford había tomado asiento detrás de ellos, junto a un egipcio de piel oscura, tan elegantemente vestido como todos.

Intentó apartar los ojos de ellos. No podía comprender plenamente el torbellino de emociones que se había desatado en su interior. Entonces Ramsés pasó el brazo por los hombros de la mujer y la estrechó contra sí como si estuviera consolándola. De repente vio en los ojos de ella el inequívoco brillo de las lágrimas. Ramsés la besó, y ella, inclinándose hacia él, le devolvió el beso.

Un lanzazo de dolor atravesó el corazón de Cleopatra. Era como un cuchillo que la traspasase de parte a parte y la abriese en dos. Apartó la vista, temblorosa, y miró hacia adelante, a la oscuridad.

Creyó que iba a echarse a llorar. Sentía un odio devastador hacia aquella mujer. «Dale a Marco Antonio el elixir.»

En ese momento, la sala se oscureció por completo y apareció un hombre ante el público, que lo saludó con un fuerte aplauso.

El hombre hizo una reverencia, alzó las manos y se volvió hacia los músicos, que ahora estaban inmóviles en completo silencio. Al hacer una señal, la música comenzó a sonar. Era una melodía poderosa, trágica y hermosa.

El sonido la conmovió profundamente. Sintió la mano de Alex sobre la suya. La música pareció envolver su cuerpo y aliviar su dolor.

-Tiempos modernos -susurró-. ¿Estaba llorando? ¡No quería sentir aquel odio! Ramsés volvió a aparecer en su mente, inclinándose sobre ella en la oscuridad. ¿Era una tumba? Sintió el elixir en la boca y lo vio retroceder aterrado. «Ramsés.» ¿Pero lo odiaba realmente por haberla resucitado? ¿Podía realmente maldecirlo por ello?

¡Estaba viva!

Elliott salió un momento del palco para leer a la luz eléctrica del pasillo la nota que le habían llevado.

-Estaba en la recepción del hotel, señor -explicó el muchacho mientras Elliott buscaba una moneda en el chaleco y se la daba.

«Padre:

»Os veré en la ópera o después, en el baile. Siento ser tan misterioso, pero he conocido a una dama extraordinaria.

»Alex.»

Asombroso e indignante. Pero, en fin, que así fuera. Volvió a entrar en el palco y tomó asiento.

Ramsés no hubiera creído posible disfrutar del espectáculo. Todavía estaba furioso con Elliott por haberlo obligado a perder aquel tiempo precioso. Y, desde luego, la ópera le habría parecido ridícula de no haber sido tan hermosa. Los obesos «egipcios» cantaban en italiano con un fondo de templos de cartón y estatuas de aspecto grotesco. Pero la música lo cautivó, a pesar de que era evidente que acentuaba el dolor de Julie. Las poderosas voces que cantaban lo conmovieron profundamente. Debía reconocer que le estaban proporcionando un placer inmenso. Incluso llegó a pensar que quizá Cleopatra hubiera huido de El Cairo, que se hubiera perdido para siempre en el mundo moderno, fuera de su alcance. La idea lo aliviaba y a la vez lo aterraba. ¿Qué efecto tendría la soledad en

Cleopatra cuando pasaran los meses y los años? ¿Qué la impulsaría a hacer el odio?

Se llevó a los ojos los mágicos anteojos, y vio a Ramsés y Julie con claridad. Ella estaba llorando, de eso no había duda. Tenía los ojos oscuros fijos en el escenario, donde un feo hombrecillo cantaba aquella hermosa canción, «Celeste Aída». Su voz era extraordinariamente potente, y Cleopatra sintió que la melodía le rompía el corazón.

Iba a dejar los anteojos cuando de repente Julie Stratford susurró algo en el oído de su acompañante. Los dos se levantaron. Julie Stratford cruzó la cortina, y tras ella Ramsés.

Cleopatra tocó la mano de Alex rápidamente.

-Espera aquí -le susurró al oído.

A él le pareció bastante natural, pues no intentó detenerla. Se dirigió con pasos rápidos a la salida del auditorio y salió con cautela al vestíbulo del segundo piso.

Estaba casi desierto. Tras un mostrador de mármol los sirvientes preparaban bebidas a un grupo de ancianos que parecían bastante incómodos en sus uniformes blancos y negros. Uno de ellos tiraba del cuello de su camisa obviamente molesto.

Al otro extremo del salón estaban Julie Stratford y Ramsés en una mesa, hablando en susurros. Intentó acercarse más para oír sus palabras y se llevó los prismáticos a los ojos, pero, aunque vio sus rostros con claridad, no pudo oír sus palabras.

Julie Stratford negaba con la cabeza e intentaba apartarse de él, pero Ramsés le retenía la mano. ¿Qué era lo que ella decía con tal apasionamiento? Él seguía suplicando, con aquella insistencia que Cleopatra conocía muy bien, pero al parecer Julie Stratford era tan fuerte como ella misma lo había sido.

De repente la joven se levantó, cogió su pequeño bolso y se alejó con la cabeza baja. Ramsés, con aire desesperado, apoyó la frente en la mano.

Cleopatra siguió a Julie sin apartarse de la pared, rogando que Ramsés no la viera.

Julie Stratford cruzó una puerta de madera con una inscripción que rezaba «DAMAS».

Cleopatra no sabía qué hacer. Entonces oyó una voz a su lado. Era un joven sirviente.

-¿Busca el tocador, señorita? Es aquella puerta de allí.

-Gracias -dijo ella, y se dirigió hacia la puerta. Evidentemente era un lugar público.

Gracias a Dios el tocador estaba desierto. Julie se sentó en el último taburete de terciopelo, frente al gran espejo, e intentó serenarse. Se cubrió los ojos con las manos.

Aquella criatura, o aquel monstruo, o como quisiera llamarlo, andaba libre por algún lugar, y ellos estaban allí encerrados asistiendo a la representación como si no hubiera sucedido ningún horror, como si no fueran a seguir sucediendo.

Pero lo peor era que Ramsés insistía en que debían separarse, mientras le apretaba la mano y le decía que no podía soportar perderla.

Entonces ella había estallado.

-Ojalá no te hubiera visto nunca. Ojalá hubieras dejado a Henry acabar con lo que había, empezado.

¿Lo había dicho de verdad? Él le había hecho daño en la muñeca al apretarla. Todavía le dolía ahora, mientras seguía llorando suavemente en aquella habitación llena de espejos.

-Julie -le había dicho él-, sé que he hecho una cosa horrible. Pero ahora estoy hablando de ti y de mí. Tú estás viva y eres una mujer completa, un cuerpo y una alma unidos...

-No, no lo digas -había suplicado ella.

-Bebe el elixir y ven conmigo para siempre. Julie había sido incapaz de permanecer junto a él. Se había alejado llorando y se había refugiado allí. Intentó calmarse, pensar, pero no pudo. Se dijo que tenía que ver su vida en perspectiva, antes de comenzar aquella terrible aventura, antes de conocer a aquel misterioso hombre que había entrado en su vida... Era insoportable.

Al ver que se abría la puerta ocultó el rostro en el pañuelo e inclinó la cabeza, tratando de tranquilizarse.

En aquel momento sólo deseaba estar sola en el hotel. Y la mujer que había entrado, ¿por qué estaba tan cerca? ¿Por qué se había sentado en el taburete contiguo al suyo? Julie volvió la cabeza hacia el otro lado. Tenía que recuperar el control sobre sí misma. Tenía que aguantar hasta que terminara aquella absurda velada, aunque sólo fuera por Elliott. Dobló el pañuelo y se enjugó las lágrimas.

Por casualidad levantó la vista hacia el espejo. La mujer que estaba sentada a su izquierda la miraba fijamente con grandes y feroces ojos azules. Estaba muy cerca de ella, a pocos centímetros. Era de una belleza extraordinaria, y la larga y rizada melena negra le caía sobre los hombros desnudos y la espalda.

Julie se volvió y miró de frente a la mujer. Intentó apartarse de ella todo lo que le permitía el taburete y apoyó una mano en el espejo para sostenerse.

-¡Dios santo! -Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Estaba temblando violentamente.

-Oh, eres muy bella, es verdad -dijo la mujer con voz grave y perfecto acento británico-. Pero no te ha dado su precioso elixir. Eres mortal. De eso no hay duda.

-¿Quién es usted? -preguntó Julie, horrorizada. Pero lo sabía.

-¿O no lo llamáis así? -siguió la mujer mientras se acercaba más a ella. Su rostro fuerte y hermoso parecía eclipsar la luz-. ¿Por qué me ha despertado a mí de mi sueño, y a ti no te ha dado su poción mágica?

-¡Déjeme! -murmuró Julie, presa de violentos temblores. Intentó levantarse, pero la mujer la tenía arrinconada. Estaba a punto de gritar.

-Pero rebosas vida -siseó la mujer-. Eres joven, delicada como una flor. Sería tan fácil cortarte...

Julie tenía la espalda contra el espejo. ¿Podría hacer caer a la mujer si la empujaba? Parecía imposible. Igual que cuando había visto a Ramsés salir de su sarcófago, sintió que estaba a punto de desmayarse.

-Parece monstruoso, ¿verdad? -continuó la mujer con la misma voz sibilante-. Que yo pueda cortar esta hermosa flor simplemente porque él dejó morir al hombre que yo amaba. ¿Qué tienes tú que ver con lo que yo perdí hace tanto tiempo? Julie Stratford a cambio de Marco Antonio. No parece justo.

-¡Por Dios, déjeme ir! -gimió Julie-. Que Dios nos ayude a las dos. Oh, por favor, déjeme...

La mano de Cleopatra aferró su garganta como un rayo. No podía soportar ver cómo sus dedos le arrebataban la vida a aquella pobre joven. Le golpeó la cabeza contra el espejo una vez, dos veces, y ella casi perdió la conciencia.

-¿Por qué no debo matarte? ¡Dímelo! -le susurró al oído.

De repente la mano soltó su presa. Julie cayó de bruces sobre el tocador intentando hacer llegar aire a sus pulmones.

-¡Ramsés! -gritó sin fuerzas-. ¡Ramsés!

Se abrió la puerta de la habitación, y dos mujeres contemplaron la escena boquiabiertas. Cleopatra se levantó de un salto, pasó entre las dos mujeres apartando a una de ellas de un empujón y desapareció como un torbellino de satén plateado y cabellos negros.

Julie cayó al suelo sollozando.

Oyó gritos y carreras. Una anciana de manos suaves y arrugadas la ayudó a ponerse en pie.

-Tengo que ver a Ramsés -murmuró Julie, tratando de llegar a la puerta. Las mujeres la retuvieron, insistiendo en que se sentara.

-¡Que alguien le traiga un vaso de agua!

-¡No, déjenme!

Al fin consiguió llegar a la puerta y se abrió paso a través del grupo de mujeres que se arremolinaba a su alrededor. Ramsés llegó corriendo y la tomó en sus brazos.

-Estaba allí -gimió en su oído-. Me habló. Me tocó. -Se llevó la mano a la garganta-. Huyó cuando entraron aquellas mujeres.

-¿Qué ocurre, señorita?

-Señorita Stratford, ¿qué le ha sucedido?

-Nada, estoy bien. -Ramsés la alzó prácticamente en vilo y la llevó a un lado.

-Bueno, yo sólo vi a una mujer junto a ella. Sí, una mujer alta con el pelo negro y suelto.

Ramsés la condujo de nuevo al palco. Julie no veía con claridad. Elliott y Samir estaban inclinados sobre ella, y la música volvía a sonar con toda su fuerza. Samir le ofreció una copa de champán. ¡Qué absurdo, champán!

-Está aquí, en algún lugar. Dios mío, era como un ángel de la muerte... Como una diosa. ¡Ramsés, me conocía! Sabía mi nombre. Habló de venganza por la muerte de Marco Antonio. ¡Ramsés, sabía quién soy!

El rostro de Ramsés era una máscara furiosa. Se dirigió hacia la puerta, pero ella se aferró a su brazo, volcando la copa de champán.

-¡No, no te vayas! No me dejes sola-susurró-. Podría haberme matado. Quería matarme, pero no pudo. ¡Ramsés! Es un ser humano, con sentimientos. ¡Oh, Dios, qué has hecho! ¡Qué hemos hecho todos!

Había sonado un timbre en el auditorio y la gente salía en tropel a los vestíbulos. Alex estaría buscándola, y quizá se encontrara con ellos.

Cleopatra se sentía confusa, incapaz de moverse.

Estaba apoyada en la barandilla de hierro de un pequeño balcón, del que descendía una escalerilla metálica hasta un callejón desierto y oscuro. A sus espaldas, percibía la luz y el bullicio del público que abarrotaba los pasillos. La ciudad era un inmenso tapiz de tejados y luces, cúpulas resplandecientes y torres que horadaban el cielo azul oscuro. Desde allí no se podía ver el Nilo, pero no importaba. El aire era fresco y dulce y llevaba hasta ella el olor de los árboles que se alzaban a sus pies.

De repente oyó su voz.

-Alteza, te he estado buscando por todos sitios.

-Abrázame, Alex -susurró ella-. Tómame en tus brazos. -Respiró profundamente al sentir sus manos cálidas. Con suavidad, Alex la hizo sentarse en los escalones que conducían a otro balcón en el piso superior.

-Tienes mal aspecto -dijo él-. Te traeré algo de beber.

-No. No te apartes de mí -rogó ella, consciente de que su voz era apenas audible.

Miró las luces de la ciudad con desesperación. Hubiera querido poder concentrarse en la visión de la moderna ciudad para huir de su angustia. Era su única salida, eso y el hombre que tenía a su lado, aquel muchacho limpio e inocente que la abrazaba y la besaba con ternura.

-¿Qué puedo hacer? -murmuró ella en latín-. ¿Es dolor o rabia lo que siento? Sólo sé que es sufrimiento.

Se dio cuenta de que estaba torturándolo sin querer. ¿Habría comprendido sus palabras?

-Tienes que abrirme tu corazón -declaró él con seriedad-. Te amo, alteza. Dime qué te tortura. No dejaré que nadie te haga daño. Si está en mis manos hacerlo, lo impediré.

-Te creo, joven lord. Yo también te amo.

¿Pero qué era lo que quería? ¿Podría la venganza saciar el odio que la estaba desgarrando? ¿O debería huir, llevarse al joven Alex, alejarse como pudiera de su mentor, de su creador? Por un momento pareció que el dolor que sentía en el pecho lo consumiría

todo: la razón, la esperanza, la voluntad. Pero entonces se dio cuenta de algo, y fue como volver a sentir la cálida luz del sol en el cuerpo.

Amar y odiar con furia: ésa era la esencia de la vida misma. Y era la vida lo que volvía a sentir, con todos sus placeres y todo su dolor.

El último acto estaba a punto de terminar. Elliott miraba con gesto ausente el escenario iluminado, los amantes condenados en la tumba, la princesa Amneris rezando junto a ella.

Gracias a Dios, ya casi había acabado. Dadas las circunstancias, la música de Verdi tenía unos tintes macabros. En cuanto al baile, harían acto de presencia durante unos minutos, y después llevarían a Julie a su habitación.

Julie se hallaba al borde del colapso. Estaba inmóvil en su asiento, temblorosa, aferrándose desesperadamente a Ramsés.

Se había negado a separarse de él. Elliott y Samir habían recorrido una y otra vez los vestíbulos durante los descansos, buscando a la mujer que sólo Elliott conocía, pero que Samir podría identificar por el vestido plateado y la melena.

No aparecía por ninguna parte. Y no era sorprendente.

Podía haber abandonado el teatro tras su breve ataque. Lo misterioso era cómo sabía tantas cosas sobre Julie, cómo la había encontrado entre la multitud.

Y, además, Alex seguía sin aparecer. Aunque quizá fuera así mejor. De algún modo Alex parecía mantenerse a salvo de todo lo que estaba sucediendo. Quizá fuera posible alejarlo de El Cairo sin más explicaciones, aunque a Elliott le parecía demasiado esperar.

Elliott no tenía ya duda de que Julie tenía que subir con Alex a ese tren al día siguiente. El se quedaría en El Cairo hasta que todo hubiera pasado. Samir acompañaría a Julie de vuelta a Londres, ya lo habían decidido. Alex no podía ayudarla o consolarla porque no sabía nada de lo que había ocurrido.

Samir se quedaría en Mayfair con Julie hasta que Ramsés regresara. Elliott no sabía si serviría de algo, pero él se quedaría. Tenía que hacerlo. Y había que llevar a Julie lejos, muy lejos.

El último dúo de la ópera estaba en su apogeo. No podría soportarlo mucho más. Se llevó los prismáticos a los ojos y comenzó a recorrer con ellos el auditorio. ¡Alex, dónde diablos estás! Llegó al extremo izquierdo del patio de butacas y volvió a recorrer lentamente las filas hacia la derecha.

Cabezas canosas, collares de diamantes, grandes bigotes... Y una mujer extraordinariamente bella de melena negra y rizada que le caía en cascada sobre los hombros y que se dirigía hacia unos asientos libres con su hijo Alex. Iban cogidos de la mano.

A Elliott se le heló la sangre en las venas.

Hizo girar la diminuta rueda de los anteojos para ampliar la imagen. La mujer se había sentado a la izquierda de Alex, pero la disposición lateral de los palcos le permitía distinguirlos con claridad. «Tendría gracia que te diera un ataque de corazón ahora, Elliott, después de todo lo que has pasado.» Alex se volvió y besó en la mejilla a la mujer que observaba el escenario: la tumba, los amantes condenados... De pronto ella se volvió con una expresión de angustia en los ojos y se refugió en los brazos de Alex.

-Ramsey -susurró Elliott. Algunas de las personas del palco contiguo le dirigieron miradas furibundas, pero Ramsey lo oyó y se agachó junto a su asiento-. Allí, mire. Está con

Alex. Es ella. -Cedió los prismáticos a Ramsey y clavó los ojos en las dos figuras distantes. Cleopatra había tomado también sus anteojos y los miraba a ellos.

Pudo oír el leve gemido de desesperación de Ramsey.

Alex había reparado también en ellos y les hacía un alegre gesto con la mano izquierda.

El dúo terminó y estallaron los aplausos en todo el teatro. Las luces se encendieron. El público comenzó a levantarse.

Julie y Samir estaban en la puerta del palco.

-¿Qué sucede? -preguntó Julie.

-¡Se van! ¡Voy tras ellos! -exclamó Ramsés.

-¡No! -gritó Julie.

-Julie, está con Alex Savarell -replicó Ramsey-. Parece haberlo embrujado. Ustedes quédense con Julie. Acompáñenla al hotel.

Al llegar al lugar donde los había visto, Ramsés comprendió que no iba a encontrarlos. Había al menos tres puertas que se abrían a unas grandes escaleras de hierro que conducían al costado del edificio. Avanzó por la galería escrutando todos los rostros, aunque sabía que era inútil.

Estaba delante de la puerta principal cuando vio a Julie, Elliott y Samir descender por la gran escalera. Julie parecía un fantasma y se aferraba al brazo de Samir. Elliott estaba apurando sus últimas fuerzas y su rostro estaba pálido como el de un muerto.

-Es inútil -dijo Ramsés cuando se reunieron con él-. He vuelto a perderlos.

-Nuestra única oportunidad es el baile -declaró Elliott-. Es un juego, ¿no lo ve? Alex no entiende lo que está pasando. Dijo que nos reuniríamos aquí o en el baile.



Tras dejarse llevar por el río de invitados que salía del Palacio de la Ópera, cruzaron la gran plaza para dirigirse al hotel. Estaba segura de que Ramsés los seguiría. Sin duda, lord Rutherford haría todo lo posible por rescatar a su hijo.

Cleopatra no había tomado ninguna decisión sobre lo que debía hacer. El encuentro era inevitable. Se cruzarían palabras, ¿y después? Sólo veía la libertad, pero no sabía qué debía hacer ni adonde debía ir para ser libre.

Matar a Julie no era solución. De repente sentía una gran revulsión por los crímenes que había cometido con tanta inconsciencia, incluso por el del hombre que le había disparado, fuera quien fuera.

Tenía que resolver la incógnita de por qué Ramsés la había resucitado, de cómo lo había hecho. Eso era parte de lo que debía hacer. Pero quizá fuera mejor huir de él y de aquella pregunta.

Miró los automóviles que se iban aproximando a la rotonda de entrada del Shepheard's. ¿Por qué no huir con Alex en aquel mismo momento? Al fin y al cabo tenía tiempo suficiente para buscar a su viejo maestro, el hombre que había dominado su vida mortal y que ahora la había resucitado por razones que ella no alcanzaba a entender.

Durante un instante se sintió abrumada por una terrible sensación de que algo horrible iba a suceder, y apretó la mano de Alex con más fuerza. De nuevo él sonrió con gesto tranquilizador. Ella no dijo nada. Su mente estaba envuelta en un mar de confusiones cuando entraron al brillante vestíbulo del hotel y subieron por otra escalera arrastrados por la muchedumbre.

La gran sala de baile que apareció ante sus ojos era un inmenso espacio mucho mayor que el que había visto la noche anterior. A ambos lados había largas hileras de mesas con manteles de hilo y la orquesta ya estaba tocando oculta por la multitud que llenaba la sala.

Algunas parejas ya habían comenzado a bailar. Las grandes arañas de cristal resplandecían con mil reflejos, y los jóvenes sirvientes deambulaban entre los grupos de invitados ofreciendo copas de vino blanco en vistosas bandejas de plata.

-¿Cómo vamos a encontrarlos? -dijo Alex-. Oh, tengo tantas ganas de que los conozcas...

-¿Sí? -susurró ella-. ¿Y si no aprueban tu elección, lord Alex, qué harás?

-Dices cosas muy extrañas -respondió él con su característica inocencia-. Es imposible que eso ocurra. Y, al fin y al cabo, no importa lo que piensen.

-Te amo, lord Alex. No pensé enamorarme de ti cuando te vi. Pensé que eras bello y joven y que me gustaría tenerte entre mis brazos. Pero te amo.

-Comprendo muy bien lo que dices -musitó él con una extraña mirada en los ojos-. ¿Te sorprende? -Parecía intentar desesperadamente decir algo más sin encontrar las palabras. Volvió a aflorar a sus ojos la sombra de tristeza que había visto en él desde el primer momento. Y por primera vez se dio cuenta de que era ella la que provocaba aquella tristeza; era algo que veía en su rostro.

Alguien pronunció el nombre de Alex. Cleopatra reconoció la voz de su padre antes de volverse.

-Recuerda que te amo, Alex -murmuró ella otra vez, con la extraña sensación de estar

despidiéndose de él. «Demasiado inocente»: eran las únicas palabras que resonaban en su mente.

Se volvió y vio que el grupo avanzaba hacia ellos desde la puerta.

-¡Padre, y Ramsey! Ramsey, viejo amigo, me alegro de verle.

Contemplaba la escena como en un sueño. Alex estrechaba con entusiasmo la mano de Ramsey, que la miraba a ella fijamente.

-Querida mía -dijo Alex-, déjame presentarte a mi padre y a mis mejores amigos. Eh, su alteza... -de repente se interrumpió y añadió para ella en un susurro-: Ni siquiera sé tu verdadero nombre.

-Sí, lo sabes, amado mío -repuso ella-. Te lo dije cuando nos conocimos. Me llamo Cleopatra. Tu padre me conoce, y también tu buen amigo Ramsey, como lo llamas. Y también he conocido brevemente a tu amiga Julie Stratford.

Fijó la mirada en lord Rutherford. La música y el bullicio de los invitados eran como un rugido en sus oídos.

-Permítame darle las gracias, lord Rutherford, por la amabilidad que hace poco tuvo conmigo. ¿Qué hubiera hecho sin su ayuda? Además, al final fui muy desconsiderada con usted.

La sensación de catástrofe se acentuó. Si permanecía en aquella sala estaba condenada. Y sin embargo permaneció allí. Le temblaba la mano con la que se seguía aferrando a Alex, que parecía completamente confuso.

-No entiendo. ¿Quieres decir que os conocéis? De improviso Ramsés avanzó hacia ella, la tomó con fuerza por el brazo y la apartó de Alex.

-Tengo que hablar contigo -declaró fulminándola con la mirada-. Ahora, y a solas.

-Ramsey, ¿qué demonios le ocurre?

Algunas personas se habían vuelto y los miraban.

-¡Alex, quédate aquí!

Ramsés se alejó unos pasos más con ella. Ella tropezó.

-¡Suéltame! -susurró.

Como entre nubes vio que Julie Stratford se volvía con desesperación hacia el egipcio de piel oscura, mientras el viejo lord Rutherford intentaba sujetar a su hijo.

En un acceso de rabia, se zafó de la presa de Ramsés. Oyó jadeos de asombro de toda aquella extraña gente moderna que miraba fingiendo no hacerlo.

-Hablaremos cuando yo lo diga, mi querido maestro. Ahora quieres echar a perder mis placeres, como hiciste siempre en el pasado.

Alex llegó junto a ella. Cleopatra se asió a su brazo mientras Ramsés volvía a avanzar hacia ella.

-Pero, en nombre de Dios, ¿qué le ocurre, Ramsey?

-protestó Alex.

-Ya te lo he dicho, vamos a hablar, tú y yo, a solas

-repitió Ramsés a Cleopatra, haciendo caso omiso de su amante.

Ella sintió estallar toda su furia.

-¡Crees que puedes obligarme a hacer tu voluntad! ¡Pues te voy a pagar con tu misma moneda!

Él la cogió por los brazos y la alejó de Alex, cuyo padre volvió a tomarlo del brazo. Cleopatra volvió la vista atrás y vio que la muchedumbre los absorbía. Ramsés la arrastró entre las parejas que bailaban. Ella se debatió, pero él aferraba su muñeca izquierda con la mano derecha y su cintura con la izquierda.

A su alrededor las parejas giraban vertiginosamente al ritmo de la música. Él la obligó a bailar, casi levantándola del suelo al girar.

-¡Suéltame! -siseó ella-. ¡Piensas que soy la misma criatura enloquecida que dejaste en

aquella casa miserable! Crees que soy tu esclava.

-No, no. Me doy cuenta de que eres diferente -repuso él en latín-. ¿Pero quién eres realmente?

-Tu magia me ha devuelto la mente, la memoria. Ahora recuerdo todo lo que sufrí, y te odio mucho más de lo que nunca te he odiado.

¡Qué desconcertado parecía! ¡Cómo sufría! ¿Debía acaso compadecerse de él?

-Siempre has sabido sufrir muy bien -le espetó-. Y también juzgar a los demás. Pero no soy tu esclava, ni tu propiedad. Lo que has devuelto a la vida será libre para vivirla.

-¿Eres tú -susurró él-, aquella reina tan sabia como impulsiva? ¿La que era temeraria en el amor y prudente en el gobierno?

-Sí, la misma. La reina que te pidió que compartieras tu elixir con un mortal y a la que tú rechazaste. Fuiste egoísta, ruin y mezquino hasta el final.

-Oh, no. Sabes que eso no es cierto. -El mismo encanto, la misma persuasión. Y la misma voluntad férrea e inquebrantable-. ¡Habría sido un terrible error!

-¿Y yo, no soy yo un error?

Cleopatra se debatió sin éxito para liberarse de su abrazo. Una vez más él la obligó a describir un amplio círculo al ritmo de la música.

-La otra noche me dijiste que al sentirte morir intentaste llamarme -dijo él-, que el veneno de la serpiente te había paralizado. ¿Estabas diciéndome la verdad?

Ella intentó liberarse una vez más.

-¡No me digas esas cosas! -replicó ella entre dientes. Consiguió soltarse el brazo izquierdo, pero él volvió a capturarlo. Ahora todos se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo y muchas cabezas se volvieron hacia ellos. Algunas parejas, alarmadas, se habían detenido.

-Responde -insistió él-, ¿intentaste llamarme en esos últimos momentos? ¿Es eso cierto?

-¡Piensas que eso justifica lo que me has hecho! -Ella lo obligó a detenerse. No pensaba seguir dejándose arrastrar-. Tenía miedo. Estaba a las puertas de la muerte -confesó-. ¡Era miedo, no amor! ¿Crees que alguna vez te perdonaré que dejaras morir a Marco Antonio?

-Oh, eres tú -susurró él. Los dos se miraron, inmóviles-. Realmente eres tú, mi Cleopatra, con todas tus contradicciones y tu pasión. Eres tú.

-¡Sí, y no miento cuando te digo que te odio! -gritó ella con los ojos llenos de lágrimas-. ¡Ramsés, maldigo el día en que dejé entrar la luz en tu tumba! Cuando tu dulce Julie Stratford esté muerta a tus pies como Marco Antonio lo estuvo a los míos, conocerás el significado de la sabiduría, del amor, y el poder de la que siempre conquista y gobierna. Tu Julie Stratford es mortal. Su cuello puede romperse con la misma facilidad que un junco del río.

¿Estaba hablando en serio? Ni ella misma lo sabía. Con una sacudida furiosa se libró de él y echó a correr.

-¡No, no te dejaré que le hagas daño! -gritó él en latín-. ¡Ni tampoco a Alex, ni a nadie más!

Ella se abrió paso a empujones entre los bailarines. Una mujer lanzó un grito; un hombre cayó sobre su pareja. Cleopatra se volvió y vio que Ramsés estaba muy cerca.

-¡Antes te devolveré a la tumba, a las tinieblas! -vociferaba.

La confusión reinaba en la sala. Cleopatra, aterrada, vio por fin la puerta, y tras ella la libertad. Corrió hacia ella con todas sus fuerzas.

-¡Espera, detente, escúchame! -gritó Ramsés. Al llegar a la puerta, Cleopatra miró atrás y vio que Alex estaba sujetando a Ramsés.

-¡Basta, Ramsey, déjela ir! -Otros hombres rodeaban a Ramsés.

Cleopatra corrió escaleras arriba. Ahora era la voz de Alex la que gritaba su nombre, la que le suplicaba que esperara, que no tuviera miedo. Pero Ramsés se libraría de ellos. No

podrían retenerlo, y sus amenazas le resonaban con fuerza en los oídos.

Bajó la escalera agarrada a la barandilla y recogiéndose la falda. Los zapatos de tacón le hacían daño.

-¡Alteza! -gritaba Alex.

Atravesó el vestíbulo a la carrera y salió a la puerta principal. Se acababa de detener un coche al pie de la escalinata. Un hombre y una mujer estaban descendiendo de él mientras un sirviente mantenía la puerta abierta.

Cleopatra miró atrás. Alex bajaba los escalones de tres en tres, y a poca distancia lo seguía Ramsés.

-¡Alteza, espera!

Ella dio la vuelta al coche y apartó de un poderoso empujón al criado. Se sentó al volante y hundió el pie en el acelerador. Cuando el coche arrancaba, Alex saltó sobre la puerta derecha y cayó junto a ella en el asiento. Cleopatra intentó dominar el volante, esquivó por poco los canteros y tomó la calle que conducía al bulevar.

-¡Dios del cielo! -gritó Alex por encima del viento y el rugido del motor-. Ha cogido otro coche. Nos sigue.

Ella pisó a fondo el acelerador y dio un volantazo para evitar a otro automóvil que se acercaba de frente.

-¡Alteza, nos vamos a matar!

Cleopatra sintió el aire frío en el rostro mientras se aferraba al volante. Alex le suplicaba que se detuviese, pero ella sólo podía oír la voz de Ramsés: «¡Te devolveré a la tumba, a las tinieblas!» Huir, tenía que huir.

-¡No les dejaré que te hagan daño!

Por fin el bulevar había dado paso a la carretera abierta. Ahora nada se interponía en su camino, pero mantuvo el acelerador pisado a fondo.

En algún lugar, no muy lejos, estaban las pirámides, y más allá el desierto infinito. ¿Pero adonde iría, dónde se escondería?

-¿Todavía nos sigue? -gritó.

-Sí, pero no dejaré que te haga daño. ¡Te lo dije! Escúchame.

-¡No! -gritó ella-. No intentes detenerme.

Cuando Alex intentó abrazarla, ella lo empujó y, al hacerlo, perdió el control del coche durante un instante y se salió de la carretera. De repente estaban rodeados por la oscuridad. Los faros del coche apenas iluminaban unos metros de desierto. ¡Había perdido el camino!

A lo lejos vio una luz parpadeante que parecía acercarse a ellos. Entonces oyó aquel sonido, aquel aullido aterrador: el rugido de una locomotora de vapor. ¡Dioses! ¿Dónde podía estar?

El pánico se apoderó de ella. Ya podía oír claramente el zumbido de las ruedas de hierro.

-¿Dónde está? -chilló aterrada.

-Para, detente. ¡No intentes pasar antes que él!

Un fuerte resplandor se reflejó en el espejo retrovisor cegándola momentáneamente. Se llevó las manos un instante a los ojos, pero de inmediato volvió a aferrar el volante. Entonces vio el horror de los horrores, el gran monstruo de metal que la había asustado más que cualquier otra cosa en el mundo. La gigantesca locomotora negra se acercaba a ellos por la izquierda a toda velocidad.

-¡El freno! -vociferó Alex.

Las ruedas golpearon contra algo. El coche pareció saltar en el aire y se detuvo. La locomotora pasó a pocos centímetros del coche. Cleopatra vio las enormes ruedas pasar como una exhalación ante sus ojos.

-¡Estamos atascados en los raíles! ¡Maldita sea, vamos, hay que salir! -gritó Alex.

El agudo silbido volvió a sonar, y los raíles zumbaron con fuerza. ¡Se acercaba otra locomotora por la derecha! Cleopatra vio el redondo ojo amarillo que la miraba fijamente.

Estaba atrapada. ¿Cómo podía escapar? A su espalda estaba Ramsés, que gritaba su nombre. Sintió que Alex la cogía del brazo e intentaba sacarla del coche. La horrenda locomotora se abalanzó sobre ella. En el instante en que golpeó el coche, Cleopatra lanzó un grito desgarrador.

Su cuerpo salió despedido hacia arriba. Por un momento se sintió flotar en el aire, por encima del desierto, como una muñeca de trapo que alguien hubiera lanzado al viento. Abajo, los dos monstruos se cruzaban en medio de las arenas del desierto. Entonces un violento resplandor anaranjado la envolvió y escuchó un rugido ensordecedor.

La explosión proyectó hacia atrás a Ramsés, que cayó sobre la arena de espaldas. Durante un breve instante había visto el cuerpo de Cleopatra salir despedido por el aire. Entonces el coche había explotado, y su cuerpo había sido devorado en el aire por una cegadora llama anaranjada. De nuevo la explosión hizo temblar la tierra con su fuerza brutal, y por un momento no pudo ver nada más.

Cuando se puso en pie, la gran locomotora que se dirigía hacia el norte había conseguido frenar. A un lado de las vías estaban los restos ardientes y retorcidos del coche. El tren que se dirigía al sur seguía su camino, inconsciente de la tragedia.

Ramsés corrió hacia el automóvil en llamas. La carrocería retorcida parecía un carbón ardiente, y no se veía en su interior vida ni movimiento. No había rastro de Cleopatra. Iba a lanzarse a las llamas, cuando Samir lo contuvo. De pronto oyó gritar a Julie.

Como en un sueño, se volvió y los miró. Alex Savarell, con las ropas ennegrecidas y humeantes, intentaba levantarse. Su padre estaba de pie junto a él. Era evidente que al joven no le había ocurrido nada grave.

¿Pero dónde estaba ella? Horrorizado, Ramsés contempló los monstruos de metal: uno inmóvil, exhalando vapor entre las ruedas; el otro alejándose a toda velocidad. ¿Se había visto una fuerza parecida en el mundo? La explosión había sido similar a la erupción de un volcán.

-¡Cleopatra! -gritó. Entonces sintió que, a pesar de su fuerza inmortal, se desvanecía. Julie Stratford lo sostuvo en sus brazos.

Llegó el amanecer iluminando el horizonte con un feroz resplandor. Entre la neblina, el sol parecía un pozo de calor abrasador. Las estrellas se habían desvanecido lentamente.

Ramsés volvió a recorrer el mismo tramo de vía una vez más, bajo la paciente mirada de Samir. Julie intentaba dormir en el asiento trasero de su automóvil.

Elliott y su hijo habían vuelto al hotel.

El fiel Samir era el único que seguía a su lado. Una vez más miró el amasijo de hierros en que se había convertido el automóvil incendiado. Su negro esqueleto era horrendo, como los fragmentos de tapicería achicharrada que seguían colgando de los muelles ennegrecidos.

-Mi señor -dijo Samir con suavidad-, nadie podría sobrevivir a ese accidente. En los tiempos antiguos hubiera sido inimaginable una explosión así.

No. Él había visto una explosión así, en la cima de un volcán en erupción. Era la misma imagen que había acudido a su mente unas horas antes.

-Pero debe haber algún resto, Samir. Debe quedar algo.

¿Pero por qué castigar a aquel pobre mortal que nunca había hecho nada más que ayudarlo y confortarlo? Y Julie, su amada Julie. Tenía que llevarla de vuelta a la tranquilidad y a la seguridad del hotel. No había dicho una palabra desde que todo había ocurrido. Había permanecido a su lado, sosteniéndolo, pero no había pronunciado una

palabra.

-Mi señor, debemos dar gracias por lo que ha ocurrido -afirmó Samir-. La muerte la ha reclamado. Sin duda ahora vuelve a descansar en paz.

-¿De verdad lo crees? -susurró Ramsés-. Samir, ¿por qué la asusté? ¿Por qué la hice huir en la noche? Samir, volvimos a luchar como siempre lo habíamos hecho. ¡Los dos queríamos hacernos daño! De repente el tiempo había desaparecido, y nosotros seguíamos peleando... -Se interrumpió, incapaz de continuar.

-Ven a descansar, mi señor. Hasta los inmortales necesitan descansar.



Estaban todos juntos en la estación de ferrocarril. Para Ramsés era un momento de la más pura y sofocante angustia. Pero ya se le habían agotado los argumentos de persuasión. Cuando la miraba a los ojos no veía frialdad, sino un dolor profundo y lacerante.

Alex también se había convertido en otro ser humano que sólo conservaba el rostro y la figura de aquél. Había escuchado en resentido silencio las verdades a medias que le habían dicho: que era una mujer a la que Ramsey había conocido anteriormente, que estaba loca y que era muy peligrosa. Entonces se había cerrado en sí mismo negándose a escuchar nada más.

Tanto él como ella parecían haber envejecido. El rostro de Julie había perdido algo de su brillo, y Alex tenía un aire de indiferencia completamente nuevo en él.

-No me retendrán aquí más que unos pocos días -dijo Elliott a su hijo-. Calculo que llegaré a Londres una semana después que vosotros. Cuida de Julie.

-Lo sé, padre. Será lo mejor para mí.

Aquella sonrisa que siempre había rezumado calidez era ahora puro hielo.

Volvió a sonar el silbato del tren. Estaban a punto de partir. Ramsés no quería verlo alejarse, no quería oír aquel sonido. Sintió el impulso de escapar, pero sabía que se quedaría hasta el final.

-¿No vas a cambiar de idea? -susurró. Ella siguió evitando sus ojos.

-Siempre te amaré -murmuró con una voz tan débil que él tuvo que inclinarse para oír sus palabras, hasta que los labios de Julie casi rozaban su piel-. Te amaré hasta el día de mi muerte. Pero no, no puedo cambiar de idea.

Alex tomó la mano de Ramsey.

-Adiós, Ramsey. Espero que nos veamos en Inglaterra.

El ritual casi había terminado. Se volvió para besar a Julie, pero ella ya estaba en la plataforma de metal que daba entrada al vagón. Sus ojos se encontraron un instante.

No era reproche ni condena lo que había en los de Julie, pero ya no podía hacer nada más. Ella se lo había explicado mil veces en las últimas horas.

Finalmente, otra vez aquel estruendo, el terrible sonido chirriante de la locomotora, y la larga hilera de vagones comenzó a moverse a tirones irregulares. Julie apretó la mano contra el cristal y volvió a mirarlo, y una vez más él intentó interpretar la mirada de sus ojos. ¿Era arrepentimiento lo que había visto durante un breve instante?

La voz de Cleopatra resonó en sus oídos: «Grité tu nombre en los últimos momentos».

El tren ya se movía suavemente. La ventana se iluminó de repente por el reflejo del sol y Ramsés ya no pudo ver nada más.

El duque de Rutherford lo condujo fuera de la estación. Allí esperaban los chóferes con las puertas de los automóviles abiertas.

-¿Adonde irá ahora? -inquirió el duque. Ramsés estaba mirando el tren que se alejaba.

-¿Tiene eso alguna importancia? -respondió él. Entonces, como si despertara de un sueño, miró a Elliott. Su expresión casi lo sorprendió tanto como la de Julie. No había en ella reproche; sólo tristeza-. ¿Qué ha aprendido de todo esto, milord? -preguntó de repente.

-Eso tardaré un tiempo en saberlo, Ramsés. Quizás un tiempo que no tengo.

Ramsés sacudió despacio la cabeza.

-Después de todo lo que ha visto -dijo a Elliott en voz baja-, ¿todavía querría tomar el elixir? ¿O lo rechazaría, como Julie?

El tren ya había desaparecido, y el silencio reinaba en la estación vacía.

-¿Qué importa eso ahora, Ramsés? -repuso Elliott, y por primera vez Ramsés vio en él un leve aire de amargura y resentimiento.

Se estrecharon la mano.

-Volveremos a vernos -aseguró Ramsey-. Ahora debo irme, o llegaré tarde.

-¿Pero adonde va? -quiso saber Elliott.

Ramsés no respondió. Se volvió y lo saludó con la mano al alejarse. Elliott contestó con una leve inclinación de cabeza y un imperceptible movimiento de la mano, y entró en el coche.

Elliott abrió los ojos. El sol entraba en delgadas líneas a través de las persianas, y el ventilador giraba perezosamente en el techo.

Cogió el reloj de oro de la mesilla: eran más de las tres de la tarde. El barco había zarpado. Disfrutó de un breve momento de alivio antes de pensar qué más debía hacer ya.

Entonces oyó a Walter abrir la puerta.

-¿Han llamado ya esos cretinos de la oficina del gobernador? -le preguntó.

-Sí, milord. Dos veces. Les dije que estaba durmiendo y que no tenía la menor intención de interrumpir su sueño.

-Eres un buen hombre, Walter. Que se vayan al infierno.

-¿Milord?

-Déjalo, hablaba solo.

-Ah, milord. También ha venido ese egipcio...

-¿Samir?

-Trajo la botella de medicina de parte del señor Ramsey. Está ahí, milord. Dijo que usted ya sabía lo que era.

-¿Qué? -Elliott se incorporó de un salto y volvió la vista hacia la mesa. Era una pequeña botella, como las que se utilizan para vodka o whisky. Y estaba llena de un líquido lechoso que desprendía un extraño resplandor.

-Yo tendría cuidado con esas cosas, milord-recomendó Walter mientras abría la puerta-. Puede ser alguna de esas pócimas egipcias. Yo no me fiaría.

Elliott estuvo a punto de echarse a reír. Junto a la botella vio una nota con su nombre, pero se quedó inmóvil, sentado en la cama, hasta que Walter cerró la puerta. Entonces abrió el pequeño sobre.

La nota estaba escrita en mayúsculas limpias y angulosas que recordaban a las inscripciones romanas.

«Lord Rutheríord, a usted le toca decidir. Le deseo que su filosofía y su sabiduría lo ayuden. Ojalá elija el camino correcto.»

Elliott no podía creerlo. Se quedó un rato con la vista clavada en la nota, y al fin desvió los ojos hacia la pequeña botella.

Aún medio dormida, Julie abrió los ojos y se dio cuenta de que era su propia voz la que la había despertado. Estaba llamando a Ramsés. Se levantó de la cama y se puso la bata. ¿Tenía alguna importancia que la viera alguien en bata en cubierta? Pero era la hora de la cena: tenía que vestirse. Alex la necesitaba. Oh, si al menos pudiera pensar claramente... Abrió el armario y comenzó a sacar lo que se iba a poner. ¿Dónde estarían? ¿Cuántas horas llevarían navegando?

Cuando llegó a la mesa, Alex ya estaba sentado. Miraba hacia delante con gesto vacío. No la saludó, ni se levantó para acercarle la silla, como si ya nada importara. Comenzó a hablar.

-Sigo sin comprender nada de todo esto. De verdad. No parecía estar loca, en serio.

Aquella conversación era una agonía más, pero Julie pensó que debía escucharlo.

-Quiero decir que había algo triste y sombrío en ella -prosiguió él-, pero sólo sé que la amaba. Y que ella me amaba. -Se volvió hacia Julie-. ¿Crees lo que estoy diciendo?

-Sí -repuso ella.

-¿Sabes? Me dijo cosas muy extrañas. Que no había pensado enamorarse de mí, pero que había ocurrido. Y yo le dije que sabía lo que quería decir. Yo nunca hubiera creído que... Quiero decir, todo era completamente diferente, como si alguien hubiera pensado toda su vida que las rosas blancas eran rojas.

-Sí, lo sé.

-Y que el agua tibia era caliente.

-Sí.

-¿Pudiste verla bien? ¿Viste lo hermosa que era?

-Pensar en ella no va a ayudarte en nada. No puedes hacer que vuelva.

-Sabía que iba a perderla. Lo supe desde el principio. No sé por qué, pero lo sabía. No era de este mundo, ¿comprendes? Y sin embargo ella *era* el mundo, más que cualquier otra cosa que...

-Lo sé.

Él volvió a mirar al frente. Parecía observar a los demás comensales, a los camareros de negro que deambulaban entre las mesas, quizás escuchar los suaves y civilizados murmullos. Los pasajeros eran casi todos británicos, y encontraba que había algo repugnante en ello.

-¡Es posible olvidar! -aseguró ella de repente-. Lo sé, es posible.

-Sí, olvidar -repitió él con una sonrisa helada que no iba dirigida a nadie en particular-. Olvidar. Eso es lo que haremos. Tú olvidarás a Ramsés, porque sé que algo os ha separado. Y yo la olvidaré a ella. Y seguiremos moviéndonos por la vida como si nunca hubiéramos amado así, ninguno de los dos. Tú a Ramsés y yo a ella.

Julie lo miró vagamente asombrada.

-¡Movernos por la vida! -susurró-. Suena horrible. Él ni siquiera la había oído. Tomó el tenedor y comenzó a picar la comida.

Julie estaba temblando con los ojos fijos en el plato.

En el exterior hacía frío. La luz azul brilló un momento entre las persianas cerradas. Walter había entrado para preguntarle si quería cenar, y le había dicho que no, que quería estar solo.

Sólo llevaba la bata y las zapatillas, y seguía mirando la botella que descansaba sobre la mesa y resplandecía débilmente en la penumbra. Junto a ella seguía la nota.

Finalmente se levantó para vestirse. Tardó varios minutos, ya que cada prenda ponía a prueba su paciencia de una forma diferente, pero por fin terminó. Se había puesto la chaqueta de lana gris, algo pesada para los días de El Cairo, pero apropiada para sus noches.

Luego se acercó a la mesa, cogió la pequeña botella y se la guardó en el bolsillo interior. Sentía el bulto en el pecho.

Entonces salió. El dolor de la pierna se agudizó después de caminar unos metros, pero siguió alejándose del Shepheard's lentamente. Se detenía de vez en cuando para recuperar el aliento, y seguía su camino.

Al cabo de una hora llegó al viejo Cairo. Vagó sin rumbo fijo por sus callejuelas. No buscaba la casa de Malenka; simplemente se dejaba llevar. A medianoche el pie izquierdo

volvía a estar insensible, pero no le importó.

Por dondequiera que iba observaba con atención todos los objetos, las puertas, las ventanas, los rostros de los que se cruzaban con él. Se detenía en las puertas de los cabarets y escuchaba la música disonante. De vez en cuando atisbaba a alguna bailarina que movía sinuosamente las caderas desnudas. Estuvo un rato escuchando a un flautista.

No se detenía mucho tiempo en ningún lugar, excepto cuando estaba muy cansado. Entonces se sentaba y cerraba los ojos un momento. La noche era tranquila y agradable. Todos los peligros de Londres quedaban muy lejos.

A las dos de la madrugada seguía caminando. Había recorrido la ciudad medieval y se encaminó de nuevo hacia la zona moderna.

Julie estaba apoyada en la borda, y se sujetaba con las manos el chal. Miró a la masa oscura del agua, vagamente consciente de que tenía frío, de que se le estaban helando las manos. Pero no importaba. Y de repente le pareció maravilloso que aquellas cosas carecieran de importancia.

En realidad no estaba en aquel lugar. Estaba en su casa, en Londres. Estaba en el centro del invernadero y todo estaba lleno de flores. Ramsés también estaba allí, cubierto de vendajes polvorientos. Lo vio levantar la mano y arrancarse las vendas del rostro. Los inmensos ojos azules se posaron en ella. Era amor lo que se leía en ellos.

-No, es mentira -susurró. ¿Pero con quién hablaba? No había nadie que pudiera escuchar sus palabras. El barco dormía. Los civilizados viajeros británicos descansaban de su pequeña aventura por Egipto mientras aquel buque los llevaba de vuelta a casa. «Destruye el elixir. Hasta la última gota.»

Volvió a mirar la turbulenta superficie del agua. El viento le revolvió los cabellos e hizo revolotear las puntas del chal. Se aferró a la barandilla y el aire le arrebató la prenda, que rodó por cubierta hecha una bola. La neblina la engulló. Julie no la vio caer al agua.

Súbitamente se fundieron el ruido del viento y el de las máquinas, y la mezcla parecía estar hecha del mismo material que la niebla.

Su mundo se había desvanecido. Aquel mundo formado por pálidos colores y sonidos lejanos había desaparecido. Entonces oyó la voz de Ramsés.

-Te amo, Julie Stratford.

A continuación escuchó su propia voz.

-Ojalá nunca te hubiera visto. Ojalá hubieras dejado a Henry acabar lo que había empezado.

Sonrió. ¿Había tenido alguna vez tanto frío? Se miró las piernas. Sólo llevaba un camisón. Y, en realidad, en aquel momento ella debiera haber estado muerta, como su padre, pues Henry había envenenado su café. Cerró los ojos y dejó que el viento le apartara los cabellos de la cara.

-Te amo, Julie Stratford -volvió a resonar aquella voz en su memoria, y esta vez ella respondió con las viejas y hermosas palabras, tantas veces repetidas-: Te amaré hasta el día de mi muerte.

No tenía ningún sentido volver a casa, no tenía sentido moverse por la vida. La aventura había terminado. Y a partir de ahora el mundo real sería una pesadilla perpetua, a no ser que se reuniera con su padre. O que se aislara de toda realidad para pensar sólo en los gloriosos momentos que había vivido.

Estaba en la tienda con él, haciendo el amor; por fin era suyo, en el templo bajo las estrellas.

No quería tener que ocultar a nadie cuando envejeciera por qué no se había casado, qué había sucedido en el viaje a

El Cairo. No quería pasar toda una vida escondiendo un terrible arrepentimiento.

Pero no había por qué darle tantas vueltas: las aguas oscuras esperaban. En pocos momentos la corriente la arrastraría muy lejos del barco, y no habría posibilidad de salvación. De repente la idea la atrajo irresistiblemente. Se subió a la barandilla. Sólo tenía que saltar al viento.

Pensó que el aire le daría un mayor impulso para alejarse del barco. Abrió los brazos y se lanzó hacia adelante. La velocidad del aire pareció aumentar mientras ella volaba hacia el agua. «¡Lo había hecho!»

En una fracción de segundo supo que nada podría salvarla. Ya caía hacia la oscuridad, y quiso pronunciar el nombre de su padre. Pero fue el de Ramsés el que brotó de sus labios. Ah, qué dulzura.

Entonces dos fuertes brazos la atraparon. Quedó suspendida en el aire, atónita, intentando ver algo a través de la niebla.

-No, Julie. -Era Ramsés el que suplicaba, el que la levantó en el aire por encima de la barandilla y la estrechó en sus brazos. Era Ramsés el que estaba en cubierta y la abrazaba-. La muerte no puede triunfar sobre la vida, Julie.

Los sollozos brotaron de su pecho en un torrente. Temblaba incontrolablemente y sentía la calidez de las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Se abrazó a él con fuerza y enterró el rostro en su pecho.

Repitió su nombre una y otra vez, mientras sus poderosos brazos la protegían del azote del viento.

El sol estaba despertando a la ciudad. El calor parecía alzarse de las calles polvorientas mientras el bazar cobraba vida y se empezaban a escuchar los rebuznos de los asnos y los resoplidos de los camellos.

Elliott estaba agotado. Sabía que no podría mantenerse despierto mucho más tiempo, pero seguía caminando. Paseó entre las tiendas de los plateros y los mercaderes de alfombras, los vendedores de *galabiyyas* y de antigüedades falsas, con sus tesoros egipcios ofrecidos por un puñado de peniques. Allí estaban también los traficantes de momias, que ofrecían cadáveres de reyes a precio de saldo.

Las momias estaban apoyadas en fila contra una pared encalada; resecas, envueltas en sus vendajes polvorientos y desgastados, pero con sus rasgos visibles bajo las capas de tela.

Se detuvo. Todos los pensamientos que le habían ocupado la mente durante la noche desaparecieron. La imagen de los que amaba se desvaneció. Estaba en el bazar, el sol caía a plomo y contemplaba una fila de cadáveres alineados contra un muro.

Las palabras de Malenka resonaron en sus oídos.

-Harán de mi inglés un gran faraón. Mi hermoso inglés... Lo meterán en betún y harán con él una momia para vender a los turistas. Mi hermoso inglés. Lo envolverán en lino, lo convertirán en un gran rey.

Cediendo a una atracción irresistible, Elliott se acercó más, aunque el espectáculo le repugnaba. Sintió la primera oleada de náuseas al contemplar la primera momia, la más alta y esbelta. La segunda oleada llegó al acercarse el mercader precedido por su voluminoso vientre y con las manos entrelazadas a la espalda.

-¡Permítame ofrecerle una gran oportunidad! -dijo el mercader-. Éste de aquí no es como los otros. ¿Lo ve? Si se fija verá sus hermosas facciones. Éste era un gran rey. ¡Venga, acérquese más! Mírela bien.

Elliott obedeció lentamente. La envoltura era gruesa y se tensaba sobre el rostro. Su aspecto era tan antiguo como cualquier otra momia verdadera que hubiera visto antes. Y su olor, el hedor a podredumbre de la tierra y el betún. Pero bajo los vendajes se veía el rostro con claridad: la nariz, la frente ancha y despejada, los ojos hundidos, la boca fina... Sin ninguna duda estaba contemplando el rostro de Henry Stratford.

El sol de la mañana inundó con sus gloriosos rayos el camarote.

Estaban sentados en la cama, sudorosos y calientes de hacer el amor, de beber vino.

Julie lo observó mientras él llenaba la copa con el líquido del pequeño tubo. En el extraño fluido danzaban extraños reflejos. Ramsés se lo ofreció.

Ella tomó la copa y lo miró a los ojos. Por un breve instante volvió a tener miedo. Y de repente le pareció que no estaba en aquella habitación sino en cubierta, en medio de la niebla. Hacía frío y el mar aguardaba. Entonces se estremeció, y el sol le calentó la piel. Vio también inquietud en los ojos de Ramsés.

«No es más que un hombre -pensó-. Es humano. Igual que yo, desconoce lo que pasará.» Julie sonrió y apuró la copa de un largo sorbo.

-Es el cuerpo de un rey, se lo aseguro -insistía el mercader en tono confidencial-. Se la daré por una insignificancia. Me gusta usted. Se ve que es un caballero. Tiene buen gusto. Incluso sobornaré a los soldados de la aduana para que pueda llevársela a Inglaterra...

¡Era Henry, envuelto en vendas de lino para siempre! El mismo Henry que había acariciado en la pequeña habitación de París hacía una eternidad.

-Vamos, señor, no dé la espalda a los misterios de Egipto, señor, la tierra de la magia...

La voz se desvaneció. Elliott se alejó varios pasos hasta sentir con toda su fuerza la luz del sol.

Era un gran disco ardiente suspendido sobre los tejados. Al mirarlo se sintió cegado por un momento.

Sin apartar los ojos de él, se apoyó con firmeza en el bastón y buscó la botella en el bolsillo de su chaqueta. Entonces dejó caer el bastón al suelo, abrió el tapón y bebió el líquido blanco hasta el final a grandes tragos.

Petrificado, sintió que un violento escalofrío le recorría el cuerpo. A continuación experimentó intensos espasmos de calor. La pierna dormida despertó rápidamente. La opresión en el pecho fue desapareciendo poco a poco. Se desperezó con el abandono de un felino y miró con los ojos muy abiertos el cielo resplandeciente y el disco dorado.

El mundo palpitaba y relucía ante él, y de pronto se llenó de nitidez. Volvió a verlo todo como cuando tenía treinta años, antes de que su visión comenzara a deteriorarse. Podía distinguir con claridad los granos de tierra del suelo.

Echó a andar haciendo caso omiso del mercader, que le gritaba algo sobre su bastón, y salió del bazar a grandes y ágiles zancadas.

El sol estaba bien alto en el cielo del mediodía cuando salió de El Cairo y tomó la carretera que conducía al este. En realidad no sabía adonde se dirigía, ni le importaba. Había infinitas ciudades y monumentos que visitar. Caminaba con pasos rápidos y seguros, y pensó que jamás el infinito mar de arena del desierto le había parecido tan bello.

¡Lo había conseguido! Y ya no había marcha atrás. Con los ojos fijos en la inmensidad azul del cielo, lanzó un breve grito que no iba dirigido a nadie. Era la más insignificante y espontánea muestra de su alegría.

Se hallaban en cubierta, y el cálido sol los envolvía en su abrazo. Julie sentía la magia fluir sobre su piel y en sus cabellos. Los labios de Ramsés tocaron los suyos y de repente se besaron como no se habían besado nunca. Era el mismo fuego, sí, pero ahora la fuerza y el ansia de Julie se igualaban a los de él.

Ramsés la tomó en sus brazos y la llevó de vuelta al pequeño camarote. Una vez allí la tendió sobre la cama. El velo del mosquitero cayó silenciosamente a su alrededor envolviéndolos y aislándolos del mundo.

-Eres mía, Julie Stratford -susurró él-. Eres mi reina para siempre. Y yo soy tuyo. Siempre lo seré.

-Qué palabras tan hermosas -musitó ella, y sonrió casi con tristeza. Quería recordar siempre aquel momento, la expresión de sus ojos azules.

Entonces, lenta pero febrilmente, comenzaron a hacer el amor.

11



El joven médico cogió apresuradamente su maletín y echó a correr hacia la enfermería detrás del soldado que había ido a buscarlo. -Es terrible, señor. Está completamente abrasada. La encontramos casi aplastada en el fondo de un vagón, entre las cajas. No sé cómo puede seguir viva.

¿Qué diablos esperaban que pudiera hacer él, con los medios de que disponía en aquel puesto avanzado de la selva del Sudán?

Se apoyó en la jamba de la puerta antes de entrar en la habitación.

La enfermera se acercó a él sacudiendo la cabeza.

-No lo entiendo -dijo en un susurro haciendo una seña hacia la cama.

-Déjeme verla. -Apartó la mosquitera y miró el cuerpo-. Pero esta mujer no tiene ninguna quemadura.

Estaba dormida con la cabeza sobre la almohada blanca. Su cabellera negra se movía levemente a la luz del sol, como si pudiera haber una leve brisa en medio de aquel calor infernal.

Si había visto alguna vez a una mujer más hermosa, no lo recordaba, ni quería hacerlo. Era casi doloroso contemplar su belleza. Y su hermosura no era la de una muñeca de porcelana. Sus rasgos eran fuertes pero exquisitamente proporcionados. Su frondosa melena, dividida en dos por el centro, formaba una pirámide resplandeciente bajo su cabeza.

Cuando él estaba rodeando la cama, la mujer abrió los ojos. Era curioso que fueran tan azules. Entonces sucedió el milagro: ella sonrió. El médico creyó que se le iban a doblar las piernas ante aquella sonrisa. Las palabras «sino» y «destino» acudieron a su mente, sin fundamento alguno pero con persistencia. ¿Quién diablos podría ser?

-Es usted un hombre muy atractivo -murmuró en un perfecto inglés. «Es uno de los nuestros», pensó él, y se avergonzó al instante por su esnobismo. Pero aquella voz era puramente aristocrática.

La enfermera musitó algo. Oyó murmullos a su espalda. Acercó una silla de tijera a la cama y se sentó junto a la mujer. Cubrió disimuladamente con la sábana sus pechos medio desnudos.

-Traigan algo de ropa para la señora -ordenó sin mirar a la enfermera-. Nos ha dado usted un buen susto. Todos pensaron que estaba completamente quemada.

-¿Ah, sí? -susurró ella-. Han sido muy amables al ayudarme. Estaba en un lugar cerrado, y casi no podía respirar. Todo estaba a oscuras. -Parpadeó al mirar la luz que entraba por la ventana-. Por favor, ayúdeme a salir al sol.

-Oh, creo que es demasiado pronto para que se levante.

Pero ella se incorporó y se envolvió en la sábana como si fuera una toga. Sus cejas finas y oscuras le daban un aire de voluntad y decisión que excitó al joven médico de forma inequívocamente física.

Parecía una diosa. Se levantó y de nuevo le lanzó aquella sonrisa, esclavizándolo por completo.

-Escuche, debe decirme quién es. Avisaremos a su familia, a sus amigos.

-Venga afuera conmigo -pidió ella.

Él la siguió como un estúpido y la tomó de la mano. ¡Que murmuren cuanto quieran! Habían ido a decirle que estaba achicharrada como un filete pasado, y a aquella mujer no le pasaba absolutamente nada. ¿Se había vuelto loco todo el mundo?

Ella cruzó el patio polvoriento y se dirigió hacia un pequeño jardín que casualmente pertenecía al médico y que se extendía ante la puerta de su dormitorio y su consultorio.

La mujer se sentó en el banco de madera, y él tomó asiento a su lado. Ella lanzó su melena hacia atrás al levantar la vista hacia el sol ardiente.

-Pero no debería usted ponerse al sol -objetó él-. En especial si ha sufrido quemaduras.

Pero era una estupidez. Su piel era perfecta y radiante, y sus mejillas estaban teñidas de un saludable rubor. Jamás había visto a nadie tan sano en su vida.

-¿Hay alguien con quien quiera que me ponga en contacto? -insistió él-. Tenemos teléfono y telégrafo en el puesto.

-No se preocupe por eso -repuso ella, acariciándole los dedos de la mano izquierda.

El médico sintió vergüenza de la reacción que provocaba en él. No era capaz de apartar la vista de ella, de sus ojos y de su boca. Podía verle los pezones a través de la sábana.

-Sí, tengo amigos -agregó ella con aire distraído-. Y también citas que cumplir, y cuentas que saldar. Pero háblame de usted, doctor. Y de este lugar.

¿Quería besarlo aquella mujer? Apenas podía creerlo, pero no tenía la intención de dejar escapar la oportunidad. Se inclinó sobre ella y le rozó los labios con los suyos. No le importaba que miraran. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí, atónito por la forma en que ella se plegaba a sus deseos. Los ardientes pechos de aquella mujer se apretaban contra su torso.

De un momento a otro la iba a arrastrar a su cama, si es que ella no se resistía, pero sabía que no iba a hacerlo.

-No tengo prisa por ponerme en contacto con nadie -murmuró ella mientras le introducía la mano por dentro de la camisa. Echaron a andar lentamente hacia su cabaña. Ella se detuvo como si no pudiera esperar más. El la tomó en brazos y la llevó adentro.

Era una locura, pero no podía detenerse. Ella pegó la boca a la suya y él estuvo a punto de caer al suelo. La dejó sobre la cama y cerró las persianas de madera. Al diablo con todos.

-¿Está segura de que... ? -No pudo decir más. Se estaba arrancando la camisa.

-Me gustan los hombres que se ruborizan -musitó ella sin dejar de mirarlo-. Y sí, estoy segura. Quiero prepararme bien antes de volver a encontrarme con mis amigos. -Desató la sábana y la dejó caer-. Quiero prepararme muy bien.

-¿Qué? -Él se había tendido a su lado y le besaba la garganta a la vez que le acariciaba los pechos. Entonces se puso sobre ella, que alzó las caderas apretándolas contra su vientre. Se movía como una serpiente sobre la cama, pero no era ninguna serpiente. Era una mujer extraordinariamente cálida y fragante, dispuesta para recibirlo.

-Mis amigos... -susurró ella mirando al cielo con una leve chispa de inquietud en los ojos azules. Pero entonces lo miró. Sentía una hambre insaciable. Comenzó a acariciarlo y a arañarle la piel deliciosamente con las uñas-. Mis amigos pueden esperar. Tenemos mucho tiempo para vernos. ¡Todo el tiempo del mundo!

Él no tenía la menor idea de lo que querían decir sus palabras. Ni le importaba en absoluto.